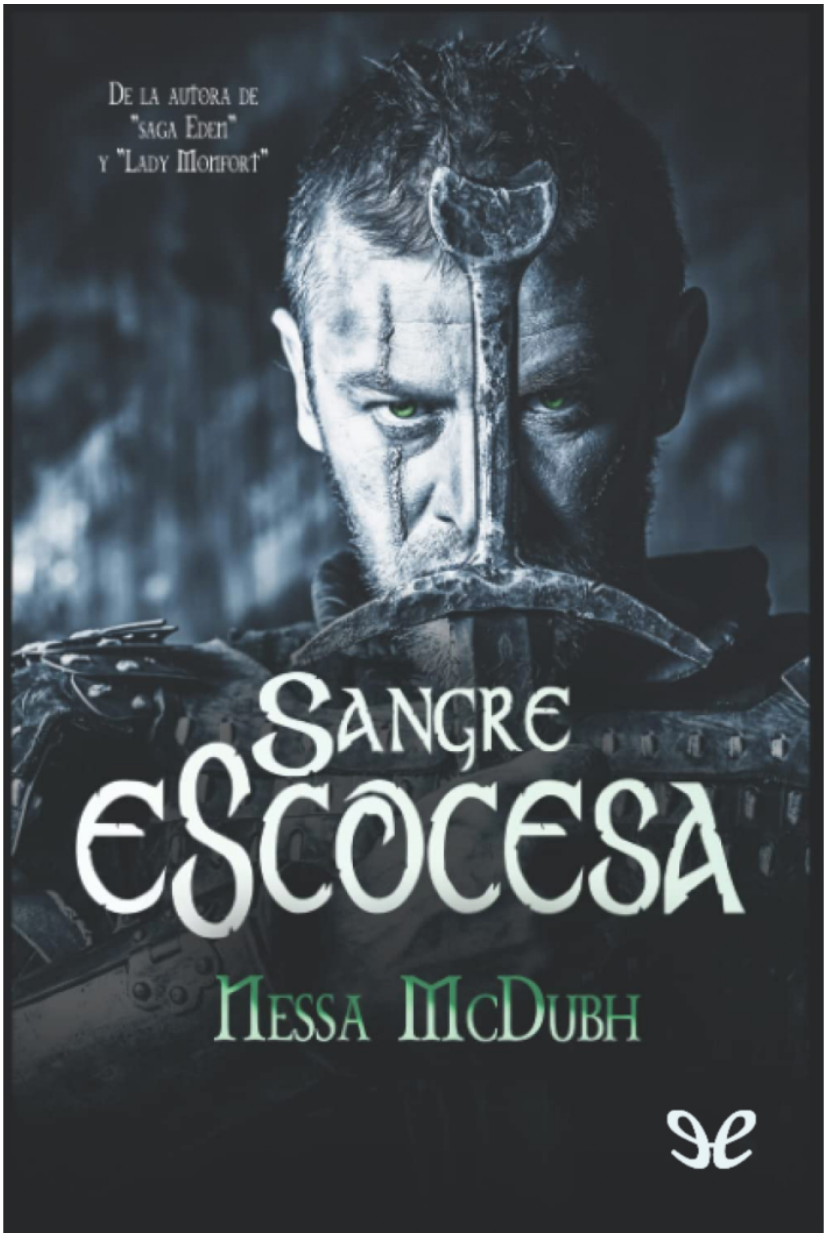
De la autora de
"saga Eden"
y "Lady Montfort"

Sangre escocesa

Nessa McDubh


De la autora de
"saga Eden"
y "Lady Montfort"
Sangre
escocesa
Nessa McDubh

Tras el trágico accidente sufrido por quien fuera su gran amor, Aliena Campbell decidió unir su vida a la de Alaister MacLeod. Un gran laird del clan MacLeod de la isla de Lewis y quien hará todo lo que esté en su mano para cerrar su herida. Tras una emboscada de regreso a su hogar en Stornoway, Aliena y su dama son secuestradas. La noticia llegará a oídos de su hermanos, James Campbell, quien pondrá Escocia patas arriba para encontrarla.

Ian SinClair llevaba cinco años lejos de su familia. Después de sufrir un terrible accidente, fue rescatado por una familia de comerciantes y llevado a su hogar para curar así sus heridas. Durante meses, Ian se mantuvo entre el limbo de la vida y la muerte. Tan solo el recuerdo de quien fuera su gran amor lo mantuvo sujeto a la vida. Cada noche se dormía y entre susurros tan solo decía un nombre: Aliena.

Nessa McDubh

Sangre escocesa

Tambores de guerra - 02

ePub r1.0
Titivillus 11.04.2023

Nessa McDubh, 2021
Diseño portadilla X Aniversario: orhi
Retoque portadilla X Aniversario: rednij

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

X Aniversario

Epub base EPL

OZN Ledo ariblack xentaric ZirKo GusiX DULCEMIRADA mega Alkyria ArthurPaendragon Smoit betatrón Gonzakpo Fénix capitancebolleta Garland Bercebus karpanta DaDa Perseo Siwan whatsername liete Patitapetit JanoPerplejo Carlos. TammyBaker jukogo Batera Etsai hofmiller Miguelex Bisky Yorik libra Cygnus Ozzeman Piolin epubyrrn Rov Farnsworth lestrobe Jules69 GONZALEZ CeleHormiga Verdugol Nitsy AkakiyAkakiyevich Meddle gosubusk RufusFire Polifemo7 MolcajeteSalsero Himali Clío orhi Artifex andres3 RicIV minicaja NitoStrad kennatj Glokta Matt MartínFierro mezki adruki Noonesun chungalitos ulyss Werth lezer miope Kyrylys banbaal iBrain Griffin gertdelpozo Bodo-Baas carly debianjoker Fanhoe nalasss jugaor nemiere Tarloth JackTorrance Tiver Rayul Acummbens memento santoposmoderno gatoyfelpudo Mcphist Narukei pepotem kokodrilo2 Vieri Faro47 ikero Lightniir ualah zxcvb66 Cko Sharadore everox Horus micamica24 rodricavs arma_x arthor Arnaut Abraxas rosmar71 othon_ot Sarah Jianka Joselin wertmon cowinsaint DoñaJacinta draflaeon Kytano moower trips123 KILLROY Lihuen laNane ebookofilo jlmarte Tirith Fauvar Gigio superpollo1968 matiaSanCar creepy JeSsE Cecco leyendoaver Shemes Prometeo Talizorah MadU ptmas Honradomercenario xxfry serenissimo Eibisi neosk ohcan nordal origen Poldek luismi Ian Raleigh CharlyRB Banshee redde jubosu vidadoble roy_batty xarxa ECairn Dermus Ninguno nuevosoul Deucalión rimmer Orkelyon Darkwood asolbap Johan LeoLuegoExisto Seoman RyanMc Frane robin Giuseppe AngelF ZaucioOlmian dj70 bestofus lockereilly BathoryBaroness percas Coco eljosemi Elle518 Mowgli ifilzm eric-draven FranciscoJavier2 Luffier yosoySonia ronstad emiferro Lecram Crissmar MrX thekillingjoke Dirdam nosena tecavian Alex zidane11 ozn2 gercachifo darklooker

Proyecto Scriptorium

Primera portada para el Epub base, creada por orhi

La rosa es más bella bañada por el rocío de la mañana,
y el amor es más hermoso humedecido por las lágrimas.

Sir Walter Scott

Capítulo 1

—¡Ian, Ian!—Los gritos desesperados de su hermano se podían oír en todo el acantilado, rebotando entre las rocas que habían amparado su caída. Unas voces que apenas podía distinguir en la lejanía de su inminente muerte. Los agonizantes relinchos de su caballo despeñado junto a él, pero que aún luchaba por mantenerse con vida… o por encontrar una muerte rápida y dejar de soportar aquel tremendo dolor.

La niebla envolvía por completo el lugar de su caída y apenas podía ver nada a su alrededor, salvo la negrura de las rocas y la sangre derramada en ellas producida por la enorme brecha que asomaba en el vientre de su montura. «Lo siento, Vladis», logró pronunciar con gran dificultad, pues sentía que hasta las palabras le pesaban en la boca. Sus ojos comenzaron a cerrarse, señal de que la muerte hacía acto de presencia, y un único pensamiento: Aliena Campbell.

Frío, mucho frío.

Humedad.

Sintió dolor, mucho dolor. Pero no debería sentir nada, no al menos en la muerte. Unas manos se posaron en su frente, suaves y delicadas, comprobando la temperatura de su cuerpo. ¿Acaso un hada había venido en su ayuda?

Con mucho esfuerzo, abrió los ojos, tratando de poder ver a quién pertenecían aquellas manos de tacto suave que acariciaban y limpiaban su cuerpo. Un ángel, eso es lo que le pareció. Un ángel de largos cabellos dorados y ojos azules como

el océano que lo miraban con ternura.

Una sonrisa. La alegría de ver que sus remedios y curas habían surtido efecto y parecían haberlo traído de vuelta de la tierra de los muertos al hogar de los vivos. Unas palabras que apenas entendía y el vaivén de su cuerpo tumbado en aquel pequeño catre.

Madera. El olor a madera mojada inunda sus fosas nasales. Estaba en una estancia cuyas paredes estaban hechas de gruesos listones de madera, típicas de una embarcación. Eso era. Estaba en un barco rumbo a algún lugar desconocido con un ángel que velaba y cuidaba de él. Si fuese un vikingo, pensaría que está de camino al Valhala, guiado y custodiado por una hermosa valquiria.

Dolor. Su cuerpo se volvió pesado y sus ojos se cerraron de nuevo.

Oscuridad.

Junio de 1532
Thorshavn, islas Feroe

La fresca brisa veraniega se colaba en la pequeña localidad pesquera ubicada a las llamadas Færeyjar, islas Feroe en nórdico antiguo. Aún siendo principios de verano, el aire seguía siendo algo frío cuando entraba con fuerza. Aunque el olor a mar era absolutamente embriagador y estimulante. El sonido de las olas rompiendo contra la costa de Thorshavn, acompañadas por el cántico de las aves marinas que se congregaban en el pequeño puerto pesquero, siempre a primera hora de la mañana a la espera del regreso de los pescadores de la zona con su pesca matinal, era de lo más relajante.

Ante dos tumbas se encontraba un hombre decidido a volver a su hogar, a sus orígenes. Un hombre que se despedía para siempre de los que habían sido su familia y salvadores durante estos últimos cinco años. Un hombre que, en una sola noche, lo había vuelto a perder todo golpeado con dureza por el destino, quien parecía estar

jugando a un macabro juego con su vida.

—¿Estás seguro de querer regresar a tu hogar, *skozkrbloðs*? —La pregunta de su amigo Harald Bjørnsen, quien había aparecido junto a él sin darse cuenta, lo trae de vuelta de sus recuerdos—. ¿Estás seguro que no prefieres seguir viaje con nosotros y dedicarte al comercio? Ya ves que hemos conseguido buenos acuerdos con los daneses. Y luego está el tema de los saqueos, que parecen estar tomando bastante fuerza. Necesitamos a un buen guerrero con nosotros, Ian, y tú eres el mejor que he conocido hasta ahora —le dijo.

—Harald, tú también eres un buen guerrero y tienes a Sigrid. Esa mujer podría hacer temblar al mismísimo Odín —respondió Ian. Sonrió sin mirar a su amigo y colocó un pequeño ramillete de flores sobre una de las tumbas. «Astrid Sigurðson, amada esposa, hermana y madre» era lo que rezaba en aquella fría y gris lápida.

—Además, no sabes nada de tu familia, ni si siguen viviendo en el mismo lugar ni…

—Harald, ya he tomado mi decisión de volver junto a mi familia. Y si cuando llegue allí, me encuentro con que ya no están, pues los buscaré.

—Pero…

—Lo siento, amigo, pero siento que debo volver junto a los míos. Llevo mucho tiempo lejos y merecen saber que estoy vivo —afirmó Ian.

Cinco años atrás, un joven Ian se veía morir entre aquellas rocas de la costa este escocesa tras haberse caído por los acantilados de North Berwick. Junto a un grupo de guerreros del clan Campbell, liderados por James Campbell, un laird a quien él admirada mucho por su destreza en la lucha y manejo de la espada, perseguían al conde de Angus, Archibald Douglas, quien huía en busca de refugio en el castillo Tantalon.

Todos los clanes y simpatizantes del joven heredero Jacobo V, acudieron a la llamada de Margarita Tudor, madre de este, a la lucha por la liberación del verdadero y único rey de Escocia. Tras unos largos meses de asedio de la ciudad de Edimburgo, lograron entrar en el castillo y liberar al rey del encarcelamiento de su padrastro, Archibald.

En el intento de huir del conde para lograr llegar a tierras

inglesas y pedirle asilo al rey Enrique VIII, se vio perseguido por uno de los guerreros más temidos de toda Escocia. Y es que James Campbell bien se había ganado la fama de ser conocido como «el demonio rojo Campbell». Temido por sus enemigos y amado de igual forma por su clan y sus seres queridos. Era un hombre que Ian había admirado desde el primer instante en el que se conocieron. Y la admiración parecía ser mutua, pues así se lo había hecho saber James en sus entrenamientos. Incluso había estado barajando la posibilidad de irse a su clan y proseguir así su aprendizaje como guerrero, aún a riesgo de disgustar a su familia.

Hasta que la fatalidad puso fin a sus planes e ilusiones.

Como buen jinete que era, Ian había conseguido dar alcance a Archibald Douglas a escasos metros del castillo. Pero, en la lucha por evitar ser capturado, el conde le propinó una patada a su caballo, desestabilizándolo y haciendo que, tanto jinete como montura, se viesen precipitados hacia el vacío del acantilado. Lo último que Ian recordaba son los gritos desesperados de su hermano Robbie y los agonizantes relinchos de su caballo intentando levantarse de entre las afiladas rocas que habían amparado su caída.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba en un barco, tumbado sobre un camastro y siendo atendido por las manos de un ángel que lo había traído de vuelta de la muerte. Astrid, que así se llamaba ella, limpiaba sus heridas con sumo cuidado, tarareando una canción en un extraño idioma que le era completamente desconocido. Sus rubios cabellos ondulados y sus casi cristalinos ojos le otorgaban la imagen de un ángel bajado del cielo para salvarle la vida. Aún recordaba su hermosa sonrisa cuando se lo encontró sentado en el camastro, esperando a que ella apareciese con sus ungüentos y cánticos sanatorios.

Poco a poco fueron entablando una bonita amistad que día a día fue creciendo en algo más que un puro sentimiento de agradecimiento. Ella le contó cómo lo habían encontrado entre las rocas de aquella costa escocesa cerca del castillo de Tantallon, llevados por los desgarradores relinchos de su caballo. El padre de Astrid había sido llamado a negociar el transporte de un importante conde a tierras inglesas, ya que eran una familia de comerciantes marinos que solían viajar a los importantes puertos donde se movía

bien el comercio de especias.

Ya habían embarcado cuando comenzaron a oír los relinchos del caballo y se acercaron hasta allí para encontrarse con una imagen dantesca. El pobre animal tenía las patas delanteras completamente rotas y el vientre desgarrado dejando salir todas sus vísceras mientras intentaba ponerse en pie. Su padre y su amigo Harald acabaron con la agonía de aquel pobre animal y fue entonces cuando vieron el cuerpo de Ian entre las rocas. Había sufrido una gran conmoción, pero la cama de algas sobre las que cayó lo habían salvado de una muerte fija.

Con sumo cuidado, cogieron su cuerpo y lo trasladaron a su knörr donde Astrid, a pesar de lo que todos le decían, se había propuesto salvarle la vida ejerciendo sus artes de curandera. Y lo había conseguido para sorpresa de todos.

Tras dejar Tantallon, con un acuerdo comercial fallido por parte de su padre, pues no había confiado en los motivos ni en las promesas que aquel grupo de escoceses le habían presentado, pusieron rumbo hacia su hogar, Thorhavn, en las islas Feroe. Durante casi todo el trayecto, Ian había permanecido sumido en un profundo sueño del que a veces, y producto de las fiebres que le acontecieron, tan solo pronunciaba un nombre: Aliena.

—¿En verdad crees que seguirán en el mismo lugar en el que los dejaste? —preguntó Harald sacándolo de sus recuerdos. Ian esbozó una sonrisa, comprendiendo sus dudas y entendiendo su tristeza por tener que separarse.

Habían congeniado a la perfección desde el primer momento, pues ambos tenían en común la pasión por la lucha. Eran dos grandes guerreros y por fin, Harald, había encontrado a su homólogo. Y, de forma cariñosa, había decidido apodar a su nuevo amigo como *skozkrbloðs*, sangre escocesa en nórdico antiguo.

—Y si no siguen allí, los buscaré, Harald. Son mi familia, mi gente. Necesito verlos. —Su amigo suspiró resignado, comprendiendo que nada podía hacer para hacerlo cambiar de opinión.

—Nuestra pequeña familia pierde a un gran guerrero y un gran compañero de viajes —dijo colocando su mano sobre el hombro de Ian, palmeandolo de forma amistosa—. ¿Quién cuidará de mis espaldas, ahora?

—Tienes a tu hermano Knut para ocupar mi lugar —respondió con sarcasmo.

—Siempre y cuando no esté más pendiente de Sigrid…

—También están Olaf y Leif.

—Vamos a morir todos —afirmó con cierto tono de desesperación.

Ambos amigos rompieron en carcajadas ante aquellas últimas palabras y se alejaron del pequeño cementerio junto al monasterio de la isla para ir en busca del resto de su grupo de amigos.

Escocia, junio de 1532
Castillo Dunvegan, isla de Skye

La suave brisa veraniega a orillas del lago Dunvegan acariciaba con dulzura las rosadas mejillas de Aliena MacLeod, quien permanecía sentada en uno de los muros del jardín interior del castillo mientras leía un pequeño libro. Hacía apenas dos días que habían llegado al corazón del clan, llamados por el chieff Tormod MacLeod al bautizo y presentación de su nuevo hijo y heredero.

Un evento que todos los miembros del clan recibían con alegría, pues hasta el momento tan solo había tenido tres hijas. Hermosas como su madre, una joven irlandesa sobrina de James FitzGerald de Clare, conde de Desmond; tercas y obstinadas como su padre, aunque la más cabezota de todas era la mayor de las tres, Megan. Una jovencita pelirroja de dieciséis años recién cumplidos y que traía a sus padres de cabeza por sus constantes negativas a buscar una unión que satisfaga las necesidades de su clan.

Tres hermanas con ideales diferentes, aunque de fuertes convicciones. Sangre irlandesa y sangre escocesa mezcladas en perfecta armonía dentro de tres cuerpos que ya empezaban a romper más de un corazón. Megan, Leslie y Mai, los tres tesoros mejor custodiados tanto por su padre como por el resto de los hombres del clan MacLeod de Skye.

Megan, de igual belleza que su madre, había heredado el mismo color rojizo en sus cabellos que sus antepasados irlandeses. De mirada felina y ojos de un verde intenso, era la mayor de sus tres hermanas y la única que sentía pasión por la lucha. Era ágil, vivaracha y de carácter fuerte. Una joven decidida a imponer su

voluntad y a no dejarse doblegar. Manejaba muy bien la espada, ya que su padre, al no tener hijos varones, entrenó a su hija como uno más de su clan. Algo que Tormod comenzaba a lamentar seriamente.

Aliena sentía especial simpatía por esa pequeña rebelde, pues le recordaba mucho a ella misma. No podía evitar sonreír divertida al ver sus constantes discusiones tanto con su nana como con su padre, quien ya no sabía qué más hacer para que su hija comenzase a comportarse como una señorita en edad casadera. «Tienes una ardua tarea por delante, amigo mío», pensó divertida al recordar a su propio hermano desesperarse con ella en alguna que otra ocasión.

Leslie y Mai, en cambio, eran más calmadas. Rubias de ojos azules, eran el vivo reflejo de su padre. Ambas, gemelas, acababan de cumplir los trece años y, aunque no estaban en edad casadera, ya comenzaban a hacer planes de futuro para formar sus propias familias. De rasgos femeninos, su comportamiento en sociedad siempre era impecable. Se podía decir que esas niñas habían nacido para ello.

—Mi *Lady*, le he traído el plaid de su esposo para que no coja frío aquí sentada —dijo Deirdre apareciendo junto a ella y sacándola de sus pensamientos. Los colores del clan de su esposo relucían entre las manos de su joven dama de compañía, quien cuidaba de ella en todo momento, cual hermana.

—Estoy bien, Deirdre. No hacía falta que te molestases. No hace tanto frío —respondió sonriente.

—No, señora. La brisa marina no es tan buena como dicen, y menos en su estado. Aún estáis débil y debéis cuidaros —afirmó la muchacha comenzando a colocar la manta sobre sus hombros.

Aliena recibió aquel maternal gesto con agrado y se dejó arropar. Lo cierto era que sí se sentía algo débil aún y se preguntaba si no habría sido un error el haber decidido acompañar a Alaister hasta Skye. Apenas hacía un mes que se había recuperado de la pérdida de su hijo no nato. Un recuerdo que seguía doliendo como el mayor de los tormentos. Perder a un hijo en tu propio vientre, sin ni siquiera haberlo podido abrazar, era un sufrimiento que no tendría cura.

Alaister y Aliena llevaban mucho tiempo intentando tener

descendencia y el aborto fue un duro golpe para ambos. No entendía el por qué su cuerpo rechazó a ese hijo tras casi cuatro meses de gestación y que casi acabó con su propia vida también. Solo recordaba los fuertes pinchazos en su vientre mientras cosía las mantitas que con tanto amor estaba creando para su ansiado hijo.

Recordó doblarse sobre sí misma y gritar de dolor, abrazándose su bajo vientre mientras los sirvientes corrían de un lado para otro. Despertar entre sudores fríos, tumbada en su lecho y tener las fuertes manos de su esposo sujetando la suya, mientras rezaba y rogaba a Dios por ella. Recordó ver algunas sirvientas llevar sábanas empapadas en sangre y a otras portando baldes con agua. Y recordó el fuerte dolor al sentir las manos de la partera limpiando toda la ponzoña de su interior.

El pequeño feto fue enterrado junto a la tumba de la anterior *Lady* MacLeod, Fiona, y de su hijo Lachlan, quien había muerto a las pocas horas de haber sido alumbrado por su madre. Ella, por el contrario, había fallecido días más tarde, acaecida por unas tremendas fiebres provocadas por la infección del parto. Alaister le puso nombre a los restos del diminuto ser que sacaron del cuerpo de Aliena y, por orden suya, un cura realizó un pequeño bautismo para que el alma del pequeño Thor MacLeod de Lewis pudiese entrar en el reino de los cielos.

Durante una semana, Aliena sufrió de fuertes fiebres y todos se temían lo peor. Estaban convencidos que su actual señora correría la misma suerte que su anterior señora, pero no fue así. La fortaleza de la joven logró ganar aquella dura batalla y poco a poco fue recuperando sus fuerzas. Alaister, por su parte, pidió que le preparasen sus otros aposentos para poder dejarla descansar. Llevaban desde entonces sin compartir lecho, hasta ahora.

—¡Megan MacLeod! ¡Ven aquí ahora mismo! —se escuchó a Elsie, la nana que se encargaba de cuidar de las hijas de Tormod e Isobella MacLeod, gritar desde el interior del castillo.

—¡No! ¡He dicho que no y punto! —respondió la joven saliendo al jardín a grandes pasos. Apretaba los puños contra ambos lados de su cuerpo, mostrando un semblante bastante enfadado.

—¿Ocurre algo, Megan? —preguntó Aliena cuando le vio pasar por delante de ella.

—*Lady* Aliena —dijo sorprendida al verla allí. De pronto, el

color de sus mejillas comenzó a colorearse casi del mismo tono que sus alborotados cabellos rojizos—. Lo-lo siento, yo no sa…

—Tranquila, Megan. No pasa nada —comentó Aliena cerrando su libro y colocándolo sobre su regazo—. ¿Por qué no me cuentas qué te pasa? Tal vez pueda ayudarte. —Le hizo un gesto con la mano, invitándola a sentarse junto a ella.

—Es Elsie… y mis hermanas, y mis padres… ¡Todos parecen haberse puesto de acuerdo para amargarme la vida! —respondió la muchacha resoplando.

—Oh, no creo que sea nada de eso, Meg. Simplemente quieren lo mejor para ti, nada más.

—¿Acaso lo mejor para mí es casarme y acabar mis días cosiendo frente a una chimenea, muerta del aburrimiento? —preguntó con cierto tono de reproche.

—¿Crees que el matrimonio es solo eso?

—Pues claro. Lo veo en mi madre y en mis hermanas. Se pasan el día acicalándose, sentadas junto al calor del hogar mientras cosen cosas absurdas y hablan de banalidades sin sentido alguno. Leslie y Mai solo sueñan con encontrar a su hombre ideal y casarse. Enamorarse… ¡Bah! —reprochó.

—¿Y eso es malo? —Megan la miró intrigada—. Digo el enamorarse. ¿Tan malo sería? —le pregunta a la airada jovencita de cabellos rojizos.

—Enamorarse es una pérdida de tiempo, *Lady* Aliena. Yo…

—Llámame Ali, Megan. Solo Ali, o Aliena.

—Está bien. Ali, enamorarse es una pérdida de tiempo —afirmó Megan.

Se cruzó de brazos, sentándose después junto a Aliena. Esta acarició con ternura su espalda y le apartó el pelo que le cubría parte su rostro. «¿Sería así si tuviese una hija?», pensó con ternura. Esa jovencita le recordaba demasiado a ella misma.

—Dices eso porque nunca te has enamorado. Nunca nadie te ha besado con tanta pasión y tanto amor que te ha vuelto todo tu mundo del revés —comentó.

—Sí que me han besado y no he sentido nada de lo que decís, Lad… Aliena.

—Eso es porque no era el indicado.

En ese instante, la gruesa puerta de madera rugió junto a ellas,

avisando de la salida de algún habitante del interior del castillo. El rostro de Megan se volvió pálido al ver a su padre salir a grandes pasos, seguido por una refunfuñona Elsie, quien caminaba tras su laird sujetando las faldas de su vestido entre sus regordetas manos.

—Oh, oh… —dijo Megan al saber que se avecinaba una de tantas charlas paternales.

—¡Megan MacLeod! ¿Qué es eso de que no vas a asistir al bautizo de tu hermano? —preguntó Tormod sin esperar siquiera a estar a la altura de su hija.

—Será mejor que vayas a hablar con tu padre y accedas a todo lo que te diga, sin oponer resistencia. Créeme, si luchas es peor —le susurró Aliena.

Megan suspiró, miró al cielo y se alejó de allí en dirección a su padre, evitando así que le montase un escándalo allí mismo delante de todos.

—Seréis una gran madre, mi *Lady* —afirmó Deirdre en el momento en el que se ven solas.

—¿Tú crees? —preguntó Aliena casi sin pensarlo, mirando fijamente al vacío y recordando la reciente pérdida de su hijo.

—Pues claro que sí, señora. Tenéis un gran corazón y un esposo que os ama por encima de todo. Volveréis a gestar un hijo, ya lo veréis. —La positividad de su dama de compañía, irlandesa de nacimiento de la zona del Ullster, la hacían sonreír.

—No sé si mi cuerpo lo soportará, Deirdre.

—Claro que sí, *milady*. Mi abuela decía que, tras un aborto, venían hijos fuertes y sanos. —Aquella afirmación hizo que Aliena riese.

—Esperemos que tu abuela tenga razón, porque el clan necesita un heredero —respondió esperanzada. Suspiró y se incorporó con ayuda de la joven—. Será mejor que me vaya preparando para la gran velada. Tengo la sensación que el protagonista de esta noche no será el pequeño MacLeod —bromeó.

Ambas se rieron al saber que Megan haría uso de su maravilloso ingenio para abochornar a sus padres ante todos sus invitados, algo que todos esperaban con ansia. Las constantes salidas de tono de esa muchacha, que traía a los miembros de su clan locos, eran el divertimento del resto de los allí presentes. Y esa noche no iba a ser menos.

Capítulo 11

Tras un relajante baño y una ardua tarea de seleccionar el mejor vestido para la ocasión, Deirdre ultimaba los detalles del recogido de la hermosa melena cobriza de su señora. Entre Aliena y ella habían elegido un precioso vestido verde con mangas abombadas y adornadas con unos pliegues blancos en los codos. El broche de oro lo hacía el precioso corpiño con los colores del clan MacLeod de Lewis, hecho así por las costureras del clan y a petición de su señora. Todo un acierto por su parte.

El peinado que Deirdre le hizo fue un sencillo recogido que realzaba a la perfección su delgado cuello, dejando caer algunos mechones sueltos que acariciaban la blanca piel con timidez. La belleza de su señora era notoria, así como su fuerza y su coraje. Toda una gran esposa para el laird de un gran clan.

Aún recuerda cuando Aliena Campbell, ahora MacLeod, llegó al castillo de Stornoway. Tan hermosa, tan sonriente y tan segura de sí misma que hizo que todos la aceptasen al instante. Una mujer tierna, compasiva, pero a la vez de carácter y luchadora. No le molestaba ensuciarse las manos ayudando en la cocina, o asistiendo algún parto espontáneo. Como tampoco se asustaba a la hora de coger una espada. De hecho, se ganó el respeto de los hombres del clan al verla manejarse con tanta destreza y soltura. Una guerrera y una gran líder.

—*Milady*, que *Lady* Isabella me perdone pero vais a ser la mujer más hermosa del salón. Mi laird va a tener una ardua tarea esta

noche tratando de protegeros de todos los hombres que estarán deseosos de obtener vuestras atenciones —comentó Deirdre colocando el último adorno en el recogido.

—Me adulas demasiado, Deirdre —respondió Aliena agradecida.

—Porque vos os lo merecéis, señora. —Unos ligeros golpes en la puerta captaron su atención y la joven dama de compañía se acercó presurosa a abrirla.

—¿Está lista mi dulce esposa? —preguntó Alaister sonriente. Deirdre, haciendo una leve reverencia ante su laird, le invitó a entrar en la estancia y, una vez dentro, miró a su señora en busca de una señal suya.

—Puedes irte, Deirdre. Y gracias por tu espléndido recogido —dijo Aliena. La muchacha asintió, respondiendo con una tímida reverencia y saliendo de la estancia para dejarlos solos.

Aliena observó, entonces, la flamante figura de su esposo vestido con su *feileadh mor*. Aunque pocos hombres podían igualar la envergadura y el magnetismo de su hermano, James Campbell, Alaister MacLeod era uno de esos hombres que podrían rivalizar con el atractivo del «demonio rojo Campbell». Al, que así era como ella lo llamaba de forma cariñosa, era un hombre alto, de complexión fuerte y cuerpo atlético, como buen guerrero escocés. Sus rubios cabellos lisos, anudados siempre en una cola baja, y sus azules ojos le otorgaban una imagen más cercana a la de un bravo vikingo. Y es que los escoceses de las islas siempre se han jactado de ser los descendientes de los antiguos vikingos que colonizaron esa zona de Escocia.

—Te ves radiante, esposa mía —comentó Alaister en cuanto se quedan a solas.

—No tanto como vos, mi laird. —Aliena avanzó hacia su esposo, sin bajar la mirada y jugueteando con uno de sus mechones entre sus dedos.

—Vaya, veo que te ha sentado bien el baño.

—Ajam —respondió contoneando su cuerpo, acercándose cada vez más hacia un ya excitado Alaister.

—M-me gusta mucho el recogido que…

—Cállate y bésame. —Sin darle más opciones, Aliena se aferró a su cuello, tomando ella la iniciativa y apoderándose de los carnosos labios de su esposo.

Llevado por el gran deseo de volver a tener a su mujer entre sus brazos, Alaister se dejó hacer y respondió abriendo su boca para dejar que sus lenguas se enredasen de nuevo. Estaban hambrientos el uno del otro. Sus corazones se desbocaron, mientras se besaban con absoluta pasión. Él comenzó a desabrocharle el corpiño, dejando así asomar sus pequeños pechos y tomándolos entre sus manos con absoluta delicadeza y necesidad a la vez.

Al sentir el tacto de las manos de su esposo sobre su piel desnuda, Aliena gimió, provocando que su dureza fuese ya notable. Movida por el deseo de volver a sentirlo dentro de ella, se separó de él y lo empujó contra la cama, dejándolo sentado. Jadeante, se colocó sobre él, manipulando las faldas de su vestido y del traje ceremonial de su esposo en busca de su erecto miembro.

—Ali… aún no estás del todo recuperada, ¿no crees que…? ¡Oh! —expresó al notar cómo se deslizaba en su interior, sintiendo el calor y la humedad de su cuerpo.

—Oh, sí. Ya lo creo que estoy recuperada, querido. Y te necesito dentro de mí, así que cállate y déjame hacer, esposo —le ordenó ella apoderándose de sus labios y comenzando a moverse lentamente.

—Pero, amor… —insistió él tras separar su boca de la suya.

Sabía que aún era pronto para intentarlo de nuevo, no quería lastimarla ni empeorar su recuperación, pero sus fuerzas comenzaban a doblegarse con los sensuales balanceos de su cuerpo. Podía sentir cómo poco a poco su cuerpo se iba rindiendo al placer y el ver jadear a su hermosa mujer, mientras sus pechos bailaban al mismo ritmo que sus movimientos ante su rostro, no ayudaba mucho a su autocontrol.

—La abuela de Deirdre dice que, tras un aborto, vienen hijos sanos y fuertes. Pero para poder comprobar su teoría, debemos trabajar en hacerlos y yo quiero que me des otro hijo, Alaister MacLeod. Y para ello, reclamaré tus atenciones las veces que sean necesarias —afirmó mientras aceleraba el ritmo de sus movimientos.

—Oh, cómo te he echado de menos, Aliena —respondió entonces un derrotado laird, dejándose llevar por el deseo de poseerla y apoderándose de sus pechos de nuevo, pero esta vez para poder saborearlos.

Unas horas más tarde, ambos conversaban distendidamente con el resto de invitados en la celebración. Él, tratando diversos temas que concernían al clan junto otros lairds; ella escuchaba con atención las banales conversaciones de las esposas de los lairds más importantes del clan. Pero ambos se miraban fijamente y se sonreían, recordando su encuentro momentos antes de bajar al salón del castillo y dejando claro su deseo por volver a consumar su amor.

Al fondo del salón, se encontraba una joven soñadora que observaba la luna a través del cristal de la ventana. Parecía estar pidiendo algún tipo de deseo a la diosa Selene, mientras sostenía su vaso entre sus manos. Megan MacLeod, para disgusto de todos, no montó ninguno de sus ya conocidos espectáculos. Por el contrario, se había comportado como toda hija del jefe de un gran clan se esperaba que actuase. Algo que sus padres y su niñera agradecieron soberanamente.

A pesar de que todos comentaban que tal vez la muchacha había aceptado su sino, Aliena sabía exactamente lo que le ocurría. Reconocía esa mirada ensoñadora, esos suspiros furtivos que le salían sin ser consciente. Ese estado de tener tu cuerpo en un sitio y tu mente estar en otro sitio. Sí, sabía perfectamente lo que a la joven Megan le ocurría y quién era el culpable de ese repentino cambio. Un invitado que había llegado esa misma tarde, junto a los miembros de su clan.

Roderick MacLeod de Raasay, único hijo y heredero del clan, era un joven de unos diecinueve años muy apuesto y en quien muchas de las jovencitas allí presentes habían puesto sus ojos. Alto, como casi todos los de ese clan, de cabellos oscuros y ojos marrones, mostraba un aplomo impropio en alguien de su edad. Bien podría ocupar ya el puesto de su padre, John MacLeod, y ejercer el liderazgo del clan. Un esposo muy deseado por los padres de las jóvenes casaderas que habían acudido a la celebración. Y Megan era consciente de todas esas miradas que él generaba a su paso.

Con una educada disculpa, Aliena se alejó del grupo de mujeres con las que estaba, dejando así aquella tediosa conversación, y se acercó a la rebelde muchacha de mirada ensoñadora.

—¿Pensando en alguien? —preguntó cuando hubo llegado junto

a ella.

—Teníais razón, *lady* Aliena —dijo Megan tras un suspiro, sin apartar la vista de la luna.

—¿Sobre qué?

—Sobre eso que se siente cuando el que te besa es el indicado —respondió.

Aliena sonrió, siendo consciente de que su intuición no le había fallado. La rebelde Megan, la indomable pelirroja se había enamorado y tenía muy claro quién era el elegido.

—Veo que Roderick ha hecho su elección —comentó divertida.

—¿Cómo sabes que es de Rod de quién estoy hablando? —preguntó sorprendida la joven, mirándola fijamente.

—Bueno, es cuestión de observación, mi querida Megan. He podido ver cómo os mirabais durante toda la cena y cómo tus mejillas se sonrojaban al cruzar vuestras miradas; cómo habéis bailado en el centro de la pista, sin ser conscientes de estar siendo observados por todos los invitados; y he sido consciente de vuestra repentina desaparición de hace unos instantes. Al volver, él sonreía irradiando un brillo en su mirada que ya he visto otras veces. El vivo reflejo de la felicidad cuando un amor es correspondido. Intuyo que fue durante esa ausencia que os habéis besado, ¿me equivoco? —le relató a una atónita Megan.

—Vaya… y eso que intentamos ser lo más discretos posibles y que nadie notase nuestra ausencia ni…

—Nadie, al menos que yo sepa, ha sido consciente. Simplemente, lo veo en tu mirada.

—¿A sí? ¿Y cómo podéis saber lo que mis ojos expresan, *milady*?

—Porque yo he estado en tu misma situación y también hubo un hombre que me hacía tener esa mirada de ensoñadora —le respondió con sinceridad.

—Habláis en pasado, *lady* Aliena. ¿Acaso el laird Alaister no es…?

—Lamentablemente, no. Hubo otro antes que el primo de vuestro padre, pero… —Aliena suspiró y cerró los ojos, pues el recuerdo de Ian aún estaba muy presente y la herida de su pérdida seguía sangrando.

—¿Pero?

—Ya no está entre los vivos —contestó con pesar.

—Oh, vaya. Lo-lo siento mucho, *milady*. N-no debí preguntar, yo… soy una impertinente, disculpadme —dijo la joven poniéndose nerviosa.

—Tranquila, Megan. No pasa nada. No ha sido culpa tuya —respondió Aliena tomándola de las manos.

De forma instintiva, le apartó los rebeldes mechones que siempre se le venían a la cara y se los colocó tras sus orejas. Un gesto muy maternal que estaba siendo observado desde la lejanía por un hombre enamorado que ansiaba poder abrazarla y amarla hasta el final de sus días.

—*Lady* Aliena, ¿puedo haceros una pregunta? —preguntó Megan en ese instante.

—Sí, por supuesto.

—Sé que vos sois hábil con la espada, porque se lo escuché decir a mis padres alguna que otra vez, y que tenéis un carácter luchador. ¿Cómo conseguís ser la esposa perfecta y no dejaros llevar por el deseo de coger un arma y poneros a luchar? Yo no quiero perder mi identidad para pasar a ser la insulsa esposa de un laird, a quien no tienen en cuenta para nada. Que su única misión será la de darle hijos y herederos a su esposo, y coser junto al calor del hogar. No sirvo para eso, *milady*. Yo… yo no…

—Megan, te voy a contar un secreto. Alaister me consulta todas sus estrategias, todos sus planes y sus conversaciones con el resto de los hombres del clan. Tomamos las decisiones juntos, me pide consejo y me permite ser libre para entrenar alguna que otra vez con él. Pero no solo yo, mi niña. Tu padre también busca consejo en tu madre. Incluso mi hermano, ese al que todos conocéis como el temible «demonio rojo Campbell», busca consejo en su esposa. —Megan la miraba boquiabierta, sin poder creerse lo que le estaba contando.

—Entonces, ¿lo que me estás diciendo es que debo hacer el papel obediente esposa de cara al resto?

—Cariño, a los hombres hay que dejarles creer que mandan ellos y para eso debes dejar que se reúnan y que piensen que ellos toman las decisiones más importantes para su familia —respondió entre risas.

—Y todo eso, sin perder mi esencia…

—Es que es tu esencia la que hará posible que mantengas ese equilibrio.

—Lo veo muy difícil, *milady* —comentó algo agobiada—. Creo que no seré una buena esposa y…

—Megan —dijo Aliena posando sus brazos sobre sus hombros—, vas a ser una esposa perfecta para Roderick. Ya lo verás.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Alaister apareciendo por sorpresa junto a ellas.

—Bueno, yo mejor me voy a… esperar. Gracias por vuestros consejos, *lady* Aliena —expresó Megan haciendo un leve gesto con la cabeza.

—De nada, cielo. Puedes pedirme consejo siempre que lo necesites. —Y la joven muchacha se aleja de ellos sonriente y decidida a hablar con el que era ya su enamorado y, tal vez pronto, su prometido.

—¿Va todo bien? Encuentro algo rara a Megan, demasiado calmada para cómo es ella realmente —comentó Alaister en ese instante.

—No está rara, mi amor. Está enamorada —afirmó Aliena.

—¿Cómo?

—No puedes decir nada a nadie, Al. Ni siquiera a tu primo, ¿me oyes bien? —Se giró para mirarlo fijamente, exigiendo complicidad ante aquel secreto recién descubierto.

—Pero…

—Al, prométemelo —le instó ella.

—Está bien. No diré nada. Solo espero que no cometa ninguna locura de las suyas y te acabe salpicando a ti.

—No va a cometer ninguna locura, créeme. Y auguro que los problemas entre sus padres y ella se van a terminar muy pronto.

—Está bien. Si mi flamante esposa está convencida de ello, no seré yo quien ose contradecirla y mucho menos enfadarla —bromeó.

Aliena le dio un ligero empujón, sin apenas emplear nada de fuerza, a modo de regañina por aquellas palabras. Él, sin importarle que el salón estuviese repleto de gente, la tomó entre sus brazos y la besó.

—¿Qué te parece si desaparecemos de la fiesta, de forma discreta, y nos vamos a nuestros aposentos, esposo? —susurró ella

con un halo de picardía y sensualidad, mordiendo su labio inferior para provocar el deseo en él.

—Creía que jamás me lo pedirías. —Y sin más, con la inocente disculpa de que su esposa estaba algo cansada, Alaister se llevó a Aliena a sus aposentos donde le quitó la ropa y le hizo el amor de forma calmada y apasionada.

A media noche, Aliena se despertó sobresaltada y con el corazón algo agitado. Su esposo dormía profundamente a su lado, completamente desnudo y con semblante relajado. Tuvo el impulso de acariciar su masculino rostro vikingo, pero optó por sonreír y dejarlo en los brazos de Morfeo. Tomó el *plaid* que tenían extendido sobre la cama y se lo enrolló en su cuerpo, cerrando los ojos al sentir el calor que le proporcionaba. Descalza, notando el frío de la piedra en la planta de sus pies, caminó hasta la ventana de su habitación y se apoyó contra un lateral para poder observar la maravillosa luna llena que brillaba en la negrura de la noche isleña.

La conversación con Megan le había traído recuerdos algo amargos a su memoria y había despertado a un viejo fantasma. El del hombre al que entregó su corazón tiempo atrás y del que jamás había hablado con nadie sobre ello, salvo con Alaister y, ahora, con la joven Megan MacLeod. El recuerdo de la pérdida de ese gran amor era aún demasiado doloroso, y más al no poder decirle a nadie que fue el primer hombre al que se había entregado. Quería mucho a su esposo, y era obvio el gran deseo que sentía por él, pero jamás volvería a amar a nadie como amó a Ian SinClair.

Se llevó una mano a sus labios, cerrando los ojos y recordando el sabor de los besos de la última y única noche que pasaron juntos. Recordando cómo se dejó amar y acariciar por ese hombre que le había robado el corazón la primera vez que cruzaron sus miradas. Los verdes ojos de Ian, idénticos a los de su hermana Abigail, la hipnotizaron casi al instante. Una extraña conexión se instauró entre ellos entre aquellas tiendas de campaña montadas a las faldas del castillo de Edimburgo, durante la liberación del actual rey Jacobo V.

«No puedo seguir torturándome así. Debo dejarte partir, mi amor. Debo soltar este peso que me oprime el corazón y encontrar la felicidad junto al hombre con el que me he casado. Adiós, Ian

SinClair. Mi amor, mi alma, mi todo», susurró tan bajo como pudo para no despertar a su esposo y tratando de que la luna llevase su mensaje hasta el más allá, liberando así a dos corazones atados.

En aquel instante en el que suspiró profundamente, unos fuertes brazos la rodearon, aprisionándola y transmitiéndole calor. Ella se dejó caer sobre el torso de su esposo, aspirando el olor a masculinidad que emanaba de su cuerpo desnudo.

—La cama está muy fría sin vos, *milady* —le susurró Alaister, dándole sensuales besos en el cuello.

—Siento haberte despertado, mi amor —respondió ella aun con los ojos cerrados.

—¿Otra pesadilla, verdad?

—Sí. —La abrazó con fuerza, volviendo a besarle base de su cuello y provocando que todo su cuerpo se erizase.

—Ali, ¿puedo preguntarte algo? —Ella solo emitió un sonido gutural en señal afirmativa—. ¿Por qué no les hablaste a tu hermano y a tu cuñada sobre Ian? —La pregunta la desconcertó, quien se giró entre sus brazos para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Pues, verás. Tú y yo ya estábamos casados, no veo por qué no te sinceraste con ellos. Te hubiese apoyado, nada hubiese cambiado entre nosotros…

—Lo sé, Al. Lo sé —dijo. Suspiró para coger fuerzas y poder responder a su esposo con total y absoluta sinceridad, tal y como se habían prometido hablar siempre desde el día en el que se comprometieron—. No les dije nada porque no quería remover el pasado, ni abrir viejas heridas en el corazón de Abigail. Con que su fantasma atormente a una persona, es suficiente —explicó con calma.

—Bien. Entiendo tu postura, pero creo que deberías contárselo a ellos y dejarlo ir.

—Alaister MacLeod, ¿estás celoso de un fantasma? —preguntó ella tratando de borrar la tristeza del momento.

—Bueno, es difícil competir con el recuerdo de un hombre que ya no está aquí y con el que no me puedo medir, pero… no, Aliena. No estoy celoso. Comprendo que aun te duela su pérdida —respondió sin dejar de mirar fijamente sus grises ojos, acariciando con ternura su mentón y sus mejillas—. Mientras no pienses en él

cuando te hago el amor —bromeó sonriendo.

—Pues… tal vez quieras comprobarlo, ¿no crees? —Ahí estaba de nuevo esa pícara sonrisa y esa forma tan sensual que tenía de morderse la comisura de sus labios que tanto lo excitaban y lo volvían loco.

—Aliena MacLeod, te voy a hacer el amor hasta dejarte completamente exhausta y me supliques que cese mis acometidas.

—Me acabas de hacer una promesa, MacLeod, y espero que la cumplas. —Y sin más, dejó caer la manta al suelo, mostrando su desnudez ante un hambriento Alaister.

Al amparo de la noche, con la luna entrando de forma furtiva a través de los cristales de su ventana, ambos hicieron el amor de forma apasionada, saboreando cada rincón de sus deseados cuerpos y provocándose los mayores de los placeres ocultos tras aquellas gruesas paredes.

Capítulo iii

Tras haberse despedido de todos los invitados que aún permanecían en el castillo de Dunvegan y de sus anfitriones, enterándose también del reciente compromiso entre Megan y Roderick, el clan MacLeod de Lewis allí presente parte rumbo de nuevo a su isla, a su hogar. Aliena estaba deseando llegar a la comodidad de su estancia en el castillo y, cómo no, poder seguir con su misión de engendrar otro hijo. Estaba decidida a no tirar la toalla, a no dejarse vencer. Era una Campbell y ellos nunca se rendían.

Aún les quedaba el tedioso viaje en barco para cruzar el Minch hasta llegar a la isla de Harrys y, de ahí, tomar el carruaje que dejaron a la ida para emprender camino a Stornoway. Pero ese trayecto en esas agitadas aguas no eran del agrado de Aliena. A pesar de ya llevar tres años cruzándolo en diversas ocasiones en las que la presencia de su esposo era requerida ante el chief del clan, esa corta pero arriesgada travesía, seguía provocándole tal nudo en el estómago que solo lograba liberar cuando por fin estaban en tierra firme.

El mar no estaba hecho para ella.

Ya en la embarcación, y con todos los caballos bien sujetos, soltaron amarras y tomaron rumbo a su siguiente destino. Aunque el día estaba completamente despejado, el mar parecía no querer darles un viaje tranquilo y decidió poner a prueba los nervios de Aliena. Daba vueltas, siempre acompañada por Deirdre, hablando

de temas casi sin sentido para tratar de distraer su angustiado cuerpo. La tensión era más que palpable y Alaister fue consciente de ello.

—Disculpen, señoritas —dijo apareciendo junto a ellas—. ¿Mi querida esposa me haría el honor de acompañarme? —Extendió su mano con galantería hacia su mujer, quien lo miró intrigada.

Aliena sonrió al ver la traviesa mirada de su esposo y le hizo un gesto a Deirdre para que los dejase a solas. La muchacha asintió con la cabeza y se alejó de ellos.

—¿Qué osada travesura está pasando por tu mente, Alaister MacLeod? —preguntó divertida.

—Una que estoy seguro harás que dejes de pensar en el mar. —Con delicadeza, tomó a su esposa del brazo y se la llevó al interior del barco.

Caminaron juntos, con apenas la luz de las velas que les indicaba el camino y no sin esfuerzos debido al vaivén de las olas meciendo la embarcación. Cuando llegaron a la altura del camarote del capitán, Alaister la tomó de la cintura y la llevó al interior, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Se puede saber qué hace, MacLeod? —preguntó divertida sabiendo perfectamente cuál era su respuesta.

—Mantener a mi sufridora esposa distraída de la agitación del mar —respondió él, cerrando el pestillo de la puerta y caminando hacia ella mientras se iba desabrochando los puños de su camisa de lino.

—¿Y no crees que alguien podría querer entrar aquí? ¿El capitán, tal vez? —Aliena lo miró con picardía, caminando hacia atrás con movimientos sensuales hasta chocar contra la pesada mesa de roble macizo que había en el centro del camarote.

En ese momento, Alaister la acorraló colocando ambas manos a los lados de su cuerpo e impidiéndole moverse, mirándola con absoluto deseo.

—¿Quién te piensas que me dio permiso para entrar aquí? —Y sin dejarla responder, se apoderó de sus labios, pegando su cuerpo contra el suyo y obligándola a sentarse en el borde de la mesa.

Con apremio, y sin separar sus bocas, él la ayudó a desabrocharse el corpiño para liberar sus redondeados pechos. Tomó uno de sus rosados y erectos pezones entre sus manos,

pasando a saborearlo y juguetear con su lengua sobre el duro botón. Aliena arqueó su espalda gimiendo de placer, separando aún más sus piernas para permitirle colocarse mejor. Alaister levantó los pliegues de la falda de su vestido y poco a poco se introdujo en ella.

Al sentirlo entrar, Aliena gimió a la vez que él gruñó al sentir el calor de su interior abrazando su dureza. Comenzó a moverse lentamente dentro de ella, dejándose mecer por los movimientos del barco, hasta que ya no pudo más y aceleró el ritmo de sus embestidas. Ella se dejó vencer sobre la mesa, sintiendo como la fuerza y la masculinidad de su adorado vikingo entraba y salía de ella con ferocidad. Y ahí estaba el tan ansiado orgasmo al que ambos llegan casi al unísono, jadeantes y saciados.

Una vez amarrado el barco en el puerto de Tarbert y de haber descendido todos, Aliena casi se arrodilló para besar el suelo y dar gracias por haber superado otra difícil travesía. Solo esperaba no tener que volver a cruzar esas aguas en mucho tiempo o no sería capaz de retornar junto al que era ya su clan, los MacLeod de Lewis.

Alaister había decidido hacer la primera noche allí mismo, para poder dejar descansar a sus hombres. Aunque su verdadera excusa era poder llevarse a su esposa a una habitación y volver a hacerle el amor como una dama de su categoría se merecía: al calor de un hogar y en una confortable cama. Nadie opuso resistencia, no solo porque lo ordenase su laird, sino porque realmente necesitaban que sus cuerpos se acomodasen a estar en tierra firme. Y porque la noche ya la tenían sobre sus cabezas y no querían tener que viajar así.

A la mañana siguiente, todos esperaban junto al carruaje en el que viajarían las damas, mientras el resto del clan viajarían en sus propias monturas. Aliena siempre le había dicho a su esposo que veía innecesario la utilidad de tanto aparataje, ya que les ralentizaba el paso bastante. Pero Alaister la había convencido con su argumento. «Cariño, el que tú puedas aguantar un viaje sobre una montura, no quiere decir que el resto de damas puedan hacer lo mismo», le había dicho refiriéndose, entre otras, a su dama de compañía.

Alaister MacLeod era de sobra consciente de lo única que era la mujer que había elegido como esposa y compañera. Una mujer

fuerte, luchadora, culta. Para nada una de las típicas damas que se pasaban el día hablando de banalidades absurdas o volviendo locos a sus esposos porque no podían comprarse algún vestido nuevo por el simple hecho de que los millones que ya tienen no podían volver a presentarlos en sociedad.

No, Aliena Campbell MacLeod no era para nada como ellas. Era única. Hasta era buena en el manejo de la espada. Estaba claro que su hermano, James Campbell, le había enseñado bien.

—*Milady*, ¿podría haceros una consulta? —preguntó Deirdre sentada frente a su señora.

Ambas viajaban en el carruaje, teniendo que soportar el tedioso vaivén en cada tramo debido a la inestable orografía de la isla. Algo que solo hacía que Aliena detestase más viajar de aquella forma y prefiriese ir sobre su propia montura.

—Si, por supuesto, Deirdre.

—Veréis, no pude evitar escuchar la conversación que mantuvisteis con la joven Megan en los jardines del castillo y yo… pues… quería saber cómo se sabe…

—¿Cómo se sabe, qué?

—Pues cuando estás enamorada. Me preguntaba si existía alguna forma de saberlo —comentó sintiendo cómo sus mejillas se teñían de rojo.

—Oh, eso —dijo Aliena al recordar lo que le había dicho a la muchacha rebelde de Dunvegan—. ¿Acaso no estás segura de los sentimientos que John profesa por ti, Deirdre? —preguntó sin más. Su dama se sorprendió ante tal comentario, pues no sabía que su señora era consciente de su afer con uno de los guerreros del castillo.

—*Milady*, yo… —Deirdre retorcía sus manos en su regazo, mostrándose más nerviosa de lo que ya estaba.

Aliena estiró su mano para posarla sobre las suyas y transmitirle serenidad.

—Cuando estas enamorada, se sabe. Se siente, lo necesitas casi tanto como el aire para respirar. Cuando amas a alguien, ya todo tu mundo cambia y comienzas a hacer planes de futuro. Cuando estás enamorada, sentir sus besos y sus caricias te hace perder la razón; sientes que todo tu cuerpo arde por dentro. Solo un mínimo roce de sus dedos sobre tu piel hace que todo tu cuerpo se erice y se

estremezca. Cuando estás enamorada, mi querida Deirdre, solo deseas estar con esa persona —le explicó sonriéndola con ternura.

—Vaya… En verdad que el señor es un gran hombre, pero…

—Alaister no fue el primer hombre en mi vida, ni mi primer amor. —Aquella confesión dejó a la joven dama atónita—. Tranquila, él lo sabe. Es conocedor de todo mi pasado y lo acepta. No nos guardamos secretos —dijo para tranquilizarla.

—*Milady*, pero… entonces… ¿el señor no fue el primero…?

—No, Deirdre. El señor no fue el primero. —Aliena suspiró, tomando fuerzas de su interior para contarle a su compañera de viaje cómo se enamoró de un hombre bueno y de la noche a la mañana todo su mundo se oscureció—. Hubo otro hombre en mi vida y nuestro amor fue intenso, corto, pero magnífico. El hombre que me robó el corazón y hasta el alma. Un hombre que supo ver más allá de mi belleza o mi título. Un hombre que me amó y me respetó hasta que decidí entregarme a él —explicó con añoranza, teniendo que contener las lágrimas que amenazaban con aflorar en ese momento. Dejar marchar a Ian SinClair iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba, pues su corazón parecía resistirse a ello.

—¿Y qué ocurrió, *milady*? —preguntó intrigada Deirdre.

—Sufrió un accidente y… Ian ya no está entre nosotros —respondió con semblante serio.

—¡Oh, mi señora! Lo siento mucho, n-no sabía… yo… oh, perdonadme por haberos hecho recordar tanto dolor…

—Tranquila, Deirdre. Fue hace mucho y… yo debo olvidarme ya de él para poder seguir adelante con mi vida. Ahora tengo a mi lado a un gran hombre, apuesto y gentil. Un gran laird para un gran clan y solo espero poder darle todos los hijos que el señor nos conceda para que puedan continuar con su legado —dijo.

—*Milady*, en verdad os digo que sois la pareja perfecta. Envidiable la complicidad que siempre muestran, y se puede ver que hay una gran química entre ustedes —afirmó Deirdre.

—Pues, entonces, deberías conocer a mi hermano y su mujer. Esa sí que es una pareja perfecta y con una gran complicidad —comentó recordando a su querido James y su ya hermana Abigail.

—Estaría encantada de poder conocerlos, *milady*. Me habláis tanto de ellos, que es como si ya los conociese…

—Deirdre, dime que has tomado precauciones —le dijo sin más.

—Sí, *milady*. Tal y como vos me habéis enseñado, tomamos precauciones. He hecho cada uno de los pasos que me habéis indicado y me he tomado las infusiones de esas hierbas tan extrañas —respondió con serenidad para alivio de su señora.

—Bien, porque no quiero verte repudiada por tu familia ni por nadie por traer al mundo a un niño bastardo, Deirdre.

—No sucederá nada de eso, señora. Os lo prometo.

—No prometas algo que está más en manos del señor que en las tuyas, mi querida amiga, pues el destino a veces nos juega mala pasadas. —Y tras aquellas palabras, ambas estallan en risas y prosiguen con su amena conversación hasta su siguiente parada en el camino.

En un claro cerca de Lacasaigh es donde Alaister decidió parar la comitiva y ordenar a sus hombres montar las tiendas para las damas. Esa noche dormirían al raso, dando así un merecido descanso a los caballos que tiraban del carruaje.

Mientras los hombres terminaban de montar el campamento, Aliena y Deirdre se encargaban de preparar un improvisado guiso con los pocos materiales de que disponían más algunas cosas que habían logrado comprar en Tarbert esa misma mañana. Entre risas, brumas y algún que otro chascarrillo pasaron la velada tanto hombres como las dos damas que allí estaban.

Alaister se sentía orgulloso de la pronta aceptación de su esposa entre sus propios guerreros. No era habitual que las mujeres viajasen entre un grupo de hombres y eso, en ocasiones, hacía que los viajes fuesen tediosos cuando les tocaba escoltar a alguna. Su actitud se volvía más formal, incluso a veces algo tosca por no poder hablar con libertad ni gastarse las típicas bromas que entre ellos se solían gastar cuando no había mujeres entre ellos. Pero con Aliena todo fue diferente.

Tal vez haya sido por haberse criado entre hombres, o haber sido entrenada casi como uno más del clan, la joven pelirroja demostró poder mantener una conversación con hombres duchos en la batalla y saber cómo capear sus bromas. Y, cómo no, el verla manejar la espada con tal destreza y montar a caballo tan alegremente, sin quejarse ni una sola vez por la dureza de los caminos, hizo que enseguida todos la aceptasen como uno más.

Respeto, eso era lo que Aliena Campbell MacLeod se había

ganado con su naturalidad y sencillez. Un gran respeto lleno de admiración a la vez.

—¿Mi hermosa esposa me haría el honor de pasear conmigo bajo este cielo estrellado? —Alaister estaba ante ella, extendiendo su mano en un gentil gesto de galantería y esbozando su clásica sonrisa seductora que tanto le gustaba.

—*Milady*, vaya sin problemas. Nosotros ayudaremos a Deirdre a recoger todo, no se preocupe —comentó uno de los guerreros de forma voluntariosa tras acabar su cena.

—¿Y bien? —insistió Alaister parado frente a ella.

—Bien. Ya todo parece estar controlado, acepto gustosamente, esposo —respondió ella asintiendo con la cabeza. Dejó a un lado su cuenco vacío y tomó la mano de su marido con delicadeza, ayudándola este a levantarse y dándole un beso en los labios que provocó los vítores y las palmas de sus hombres. Unos gestos que, a pesar de estar más que acostumbrada a esas reacciones, lograron sonrojarla aún.

Caminaron durante un rato cogidos de la mano, dejándose envolver por la suave brisa marinera que azotada esas tierras. Alaister la llevó hacia la arboleda que rodeaba el campamento, buscando un lugar en el que poder estar solos y lejos de la vista de los demás. Quedaron claras sus intenciones cuando acorraló a su esposa contra un árbol y comenzó a besarla con pasión mientras le desabrochaba el corsé de su vestido. Al ver que Aliena no oponía resistencia alguna, sino que se entregaba como siempre lo hacía, tuvo que hacer acopio de todo su control para no derramarse entre los pliegues de su falda antes de empezar.

La pasión con la que siempre hacían el amor era algo que lo volvía loco, provocándole así un tremendo deseo constante por tenerla y no salir de ella nunca. La amaba tanto que hasta a veces sentía miedo por tanta felicidad; miedo a que les arrebatasen su historia juntos. Deseaba tanto poder formar una familia junto a ella que ya ni los asuntos del clan le importaban lo suficiente. Tan solo quería conseguir una cosa: conquistar el corazón de su pelirroja.

Alaister sabía que ella, a su modo y en cierta manera, lo amaba. Pero también era consciente de no ser el poseedor de su corazón y su alma. Ese honor le corresponde a otro, aun no estando ya entre

los vivos. Y eso, a veces, le ocasionaba un remolino de celos bastantes molestos. Él no era un hombre celoso, jamás lo había sido. Ni tan siquiera cuando estuvo casado con Fiona y la veía tratando de seducir a algunos de sus hombres. Pero no podía evitar sentir envidia de ese joven que logró conquistar el corazón de Aliena Campbell de esa manera tan profunda.

Sentir celos de un fantasma… ¡Qué estupidez!

Terminado su momento de pasión, Aliena se ajustó de nuevo su ropa, pasando a atusarse su larga melena cobriza con sus dedos. Comenzó a hacerse una trenza a un lado de la cabeza. Alaister la abrazó por detrás, dándole un suave beso en la base de su desnudo cuello.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes un cuello muy sensual? —comentó dándole sutiles besos y caricias.

—Mmm, no. Es la primera vez que me lo dices —respondió ella sonriendo.

—Pues tendré que decírtelo más a menudo. Eso y lo mucho que me encanta cómo te entregas a mí. Aliena MacLeod, sois una auténtica tentación y no hay nada que me cause más placer que poder haceros el amor una y otra vez —susurró contra su piel con tanta sensualidad que hizo que su cuerpo se estremeciese.

—Al, acabo de conseguir anudarme bien el corsé —dijo ella cerrando los ojos.

—¿Y?

—Pues que no pienso volver a quitarme la ropa, mi laird.

—No necesito que te quites la ropa. Tan solo tengo que levantarte las faldas y…

—¡Alaister MacLeod! —le recriminó ella dándole un codazo.

De forma ágil, se liberó del abrazo de su esposo y salió corriendo huyendo de él…, pero logró cogerla antes de que se alejase. Sujetó su muñeca y tiró de ella hasta tenerla de nuevo entre sus brazos. Entonces, se apoderó de sus labios para darle un apasionado beso.

—Te amo, Aliena —dijo tras separar sus labios, sin poder dejar de admirar esos grises ojos que lo observaban con devoción.

—Y yo también a ti, vikingo.

—No, no es cierto. Sé que aún no me amas. No cómo quisieras tú y deseo yo, pero sé que me quieres lo suficiente como para dejarme entrar poco a poco en el reino de tu corazón —afirmó él.

Calló sus protestas con otro beso, sintiendo como ella se rendía por completo sabiendo que eran ciertas sus palabras.

Cuando llegaron al campamento, ya todos estaban durmiendo, salvo aquellos que se habían quedado montando guardia. Alaister acompañó a su esposa hasta la entrada de la tienda, pero no entró con ella. Tenía un mal presentimiento, había demasiada calma a su alrededor y eso solo auguraba algo malo. Se despidió de Aliena con un beso, divertido por los infantiles gestos de ella por negarse a no compartir lecho, pero molesto a la vez por no poder pasar la noche rodeando su cuerpo. Una vez ubicado en el lugar elegido para vigilar, se acomodó en su sitio y trató de no dejarse vencer por el sueño.

Capítulo IV

Todo sucedió demasiado rápido.

Los gritos de los guerreros; el sonar de las espadas al chocar entre sí; los relinchos de los caballos atados y asustados por el ataque sorpresa. Aliena y Deirdre se vestían de forma apresurada cuando Alaister entró agitado en el interior de la tienda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aliena al ver el rostro de su esposo manchado en sangre. No era suya, obviamente, pero estaba claro que era de alguien.

—Nos atacan —respondió él con la respiración agitada, mientras se seguían oyendo los gritos en el exterior.

—¡¿Qué?! Pero, cómo…

—Ali, escúchame bien. Quiero que tú y Deirdre corráis hasta la arboleda y os ocultéis allí.

—¡No, ni hablar de eso! ¡No pienso dejarte! —dijo angustiada—. Dame una espada, puedo luchar, Al. Yo…

—Aliena, por favor. Nunca te he ordenado nada, pero ahora necesito que te pongas a salvo. Te daré una espada, pero para que os protejáis tú y Deirdre. No entres en la contienda, ¿me oyes bien? Yo iré a buscarte —sentenció él.

—Al, por favor. N-no quiero… no puedo… —Alaister la tomó entre sus brazos y la besó.

—No vas a perderme, pelirroja. Pero necesito saber que vas a estar a salvo. No puedo preocuparme de luchar junto a mis hombres y de protegerte a la vez. Caería bajo la espada de alguno de los

atacantes. Aliena, por favor…

—Está bien. Dame la espada. Os esperaremos en la arboleda. Pero, por favor, Alaister MacLeod, no dejes que te maten —le suplicó ella mirándolo a los ojos. Ella también tenía un mal presentimiento que comenzaba a atenazar su corazón. Él, al ver la preocupación en su mirada, sonrió con ternura y le volvió a dar un furtivo beso.

—Idos, vamos —ordenó rajando la tela trasera de la tienda para dejarlas escapar. Una vez seguro que nadie las había visto marchar y que estaban a salvo, Alaister MacLeod volvió a la lucha al grito de *Luceo non uro*, lema de su clan.

Aliena y Deirdre llegaron sin ser vistas al abrigo y protección que ofrecían los árboles del bosque. Jadeantes, encontraron un sitio donde poder esconderse entre un pequeño montículo formado por dos grandes troncos tumbados en el suelo y un grupo de rocas.

—Señora, ¿seguro que estaremos a salvo aquí? —preguntó la joven muchacha angustiada y casi sin aliento.

—No lo sé, Deirdre, pero no veo nada mejor a nuestro alrededor ahora mismo —respondió Aliena sintiendo como su corazón latía de forma desbocada, no tanto por el esfuerzo de la carrera como por la angustia que sentía por saber si Alaister estaba bien.

—Oh, dios santo, *milady*. ¿Quiénes son esos hombres que nos atacan y por qué…?

—Deirdre. No puedo responderte ahora mismo porque sé lo mismo que tú. Debemos mantenernos lo más en silencio que podamos para no ser descubiertas. Al vendrá a por nosotras, pero necesito que estés callada —dijo Aliena sin mirar a su dama de compañía y sin poder dejar de mirar al campamento tratando de vislumbrar lo que ocurría allí.

—Sí, tenéis razón, *milady*. Lo siento mucho —respondió la muchacha agachando la cabeza avergonzada. Aliena se giró para mirarla al darse cuenta de lo duras que habían sonado sus propias palabras y, comprendiendo lo asustada que debía de estar, la abrazó con fuerza.

—Perdóname tú, Deirdre. No debí hablarte así, lo siento. Yo también estoy angustiada y lo he pagado contigo —susurró con ternura.

Unas ramas crujieron a sus espaldas, alertándolas de no estar

solas. Aliena le hizo un gesto con el dedo a la asustada Deirdre para indicarle que estuviese en silencio y se giró para poder ver bien al intruso. Sujetó con fuerza la empuñadura de la espada que Alaister le entregó momentos antes y asomó ligeramente la cabeza para poder ver mejor.

De repente, una sombra saltó sobre ellas, apoderándose de la joven dama de compañía que gritó movida por el pánico de ver a su atacante sobre ellas. Aliena se giró para poder ayudar a Deirdre, moviendo la espada tal y como su hermano le enseñó. Con un ágil movimiento, logró cortar el rostro de su atacante sin valorar si se trataba o no de algún miembro de su clan. Pronto comprobó que era uno de los asaltantes de su campamento. El hombre se llevó la mano hacia la herida que Aliena le acababa de provocar, comprobando así que sangraba por el pequeño corte en su mejilla.

—Una mujer que sabe pelear… Bien. Nos vamos a divertir, muñeca —dijo desenvainando su espada y moviéndola en círculos como si apenas pesase.

Aliena pudo comprobar que su forma era diferente a las que solían portar los escoceses, más corta y por lo tanto más ligera y fácil de maniobrar. Pero eso a ella no le importaba. Tan solo tenía que aguantar lo suficiente hasta que Alaister llegase en su ayuda. Armada de valor, se colocó delante de Deirdre a modo de escudo y fijó su mirada desafiante en los oscuros ojos de su atacante. Él sonrió al comprobar que no se amilanaba y decidió dar el primer golpe.

No sin dificultad. Aliena levantó su espada para detener el primer golpe. Sus rostros se quedaron uno frente al otro, momento que él aprovechó para lanzarle un beso y tratar así de desestabilizarla. Ella no mostró miedo ni inseguridad. Por el contrario, y con un ágil movimiento, logró realizarle otro corte en la otra mejilla. Aquello empezaba a molestarle a su atacante y prueba de ello fue su siguiente ataque. Sabiendo que él haría algo así, Aliena aprovechó la fuerza de su atacante para desestabilizarlo con su propio cuerpo.

Sorprendido, el guerrero se vio con la espalda contra uno de los árboles y el filo de la espada de Aliena peligrosamente apoyado sobre su garganta. Ella lo miró victoriosa, creyéndose vencedora, pero nada más lejos de la realidad. A su espalda, alguien silbó y,

cuando esta se dio la vuelta, vio a otro guerrero sujetando a Deirdre entre sus brazos y un cuchillo pegado a la yugular de la muchacha.

—Querida, será mejor que bajes esa espada —le dijo mirándola fijamente a los ojos—. ¿Es que acaso no puedes con dos mujeres, Aiden, que siempre tengo que venir yo a salvarte el culo? —se burló entonces de su amigo.

—Esta gata salvaje sabe cómo usar una espada —protestó el joven.

—No volveré a repetíroslo, *milady*. Soltad la espada o vuestra dama de compañía acabará con la garganta cercenada —repitió el hombre que mantenía prisionera a Deirdre.

Para demostrarle que no iba de farol, clavó la punta de su puñal sobre la carne de la muchacha, provocando un pequeño hilo de sangre. Derrotada, Aliena soltó la espada sin bajar la mirada y viendo el terror en los ojos de su dama. En ese mismo instante, Aiden la agarró por detrás y pegó su cuerpo al suyo.

—Eres una gata que con mucho gusto degustaré en su debido momento, muñeca —le susurró al oído.

—No soy tu muñeca —protestó ella tratando de alejarse de él, pero de nada le servía ya luchar.

—Oh, sí. Me va a encantar domarte, pelirroja…

—Vámonos. Boyd nos espera en el campamento —ordenó el otro hombre.

—¿Dónde está mi esposo? —preguntó Aliena de forma altiva.

—Pronto os reuniréis con él, *milady* —le respondió sin mirarla.

Llevadas casi a empujones, caminaron hasta llegar al centro del campamento donde habían apresado algunos miembros del clan. Aliena y Deirdre vieron el horror según se iban acercando. Los cuerpos de sus guerreros, los miembros del clan MacLeod esparcidos por el suelo sobre su propia sangre. Angustiada, buscó el rostro de su esposo entre los caídos. Cuando llegaron a la altura del líder al que llamaban Boyd, vio a Alaister de rodillas ante él, con las manos atadas a la espalda al igual que unos pocos miembros del clan supervivientes.

Aliena intentó correr a abrazarlo pero un fuerte agarre se lo impidió.

—Permitidme que me presente, *milady*. Mi nombre es Boyd MacDonald y siento deciros que no podéis acercaros a vuestro

esposo —le dijo sujetándola con fuerza de la cintura.

—¡Suéltame, sucio MacDonald! —protestó ella tratando de librarse de su agarre. Aquella lucha parecía excitar a su captor, pues la giró entre sus brazos hasta tenerla frente a él para apoderarse de sus labios con fervor.

Aliena le mordió con rabia, provocándole sangre en su labio inferior. Boyd la miró divertido, limpió la sangre de su boca y le propinó un fuerte bofetón en la cara que la hizo desestabilizarse y caerse al suelo.

—¡Juro que te mataré, MacDonald! —vociferó Alaister en ese instante.

Boyd fijó su mirada en el semblante desafiante del laird del clan y sonrió. Con mucha calma, desenvainó su espada, se acercó a él y, sin mediar palabras, le atravesó el pecho de lado a lado.

—¡No! —gritó Aliena horrorizada. Movida por un fuerte impulso, se levantó del suelo de un salto y corrió hacia Alaister, quien mostraba un claro gesto de incredulidad.

—Lo siento, mi laird. Tengo órdenes para con vos y debo cumplirlas. Pero prometo tratar bien a vuestra esposa —le susurró Boyd antes de sacar su espada de su cuerpo.

Alaister tosió al sentir el filo salir de su cuerpo, tambaleándose y comenzando a sentir cómo la vida abandonaba su cuerpo. Aliena se arrodilló ante él y lo tomó entre sus brazos, con los ojos anegados en lágrimas y tratando de tapar la herida.

—Al, no te mueras. Tú también no, por favor… Quédate conmigo, mi amor, por favor. No me dejes —suplicó angustiada.

—Aliena, prométeme que encontrarás la forma de llegar hasta tu hermano —le dijo él no sin esfuerzo.

—Te lo prometo, mi amor. No dejaré de luchar por mi libertad, pero debes vivir… N-no…

—Escúchame bien, pelirroja. Aquí se acaba mi camino y nuestra historia. Júrame que serás feliz y dejarás que alguien conquiste tu corazón, Aliena.

—Y-yo… yo no…

—Ali, júramelo.

—Te lo juro, Alaister MacLeod. Igual que juro que vengaré tu muerte —respondió entre lágrimas y sollozos. Él sonrió para después cerrar los ojos y dejarse ir entre los brazos de la mujer que

más ha amado jamás.

Aliena se abrazó con fuerza al cuerpo inerte de su esposo, llorando y gritando de rabia y dolor. No podía creer lo que estaba sucediendo. Todo aquello tenía que ser un mal sueño del que pronto despertaría y vería los azules ojos de su vikingo mirarla con deseo y amor, como cada mañana al despertar.

—Muy bien, señoritas —dijo Boyd cogiéndola con fuerza del brazo y tirando de ella—. Se acabó el duelo. Debemos irnos. —Arrastró a Aliena, quien se resistió como pudo a su captor, hasta entregársela de nuevo a Aiden.

—Permitidme, al menos, enterrar a mi esposo —suplicó ella ya derrotada, vencida por el dolor de la pérdida del hombre al que ya había comenzado a amar como se merecía.

—Tranquila, *milady*. Vuestro esposo tendrá el entierro que todo laird se merece, no os preocupéis por eso —respondió Boyd mientras indicaba a sus hombres recogerlo todo para partir rumbo a donde quiera que debieran ir.

—¡Sois un bastardo, Boyd MacDonald! ¡Y os juro que…! —Un fuerte golpe en la nuca hizo que Aliena perdiese el conocimiento y se quedase completamente inerte entre los brazos de Aiden. Boyd le lanzó una mirada reprobatoria al joven, quien respondió encogiéndose de hombros.

—Me estaba poniendo nervioso —comentó asiendo el cuerpo de la joven pelirroja entre sus brazos.

—Espero que no la hayas matado, o no nos darán nada por ella —aseveró Boyd.

Aliena se despertó con el vaivén de los movimientos de la montura sobre la que iba, sintiendo unos fuertes brazos rodear su cuerpo. Por un momento, creyó estar subida al caballo de Alaister pero la cruda realidad le golpeó duramente trayéndola a la realidad. Alaister MacLeod estaba muerto, había abandonado esta vida entre sus brazos. Su vikingo ya jamás volverá a mirarla; jamás volverá a amarla ni a besarla con la pasión con la que siempre lo hacía.

«Hasta siempre, mi amor… mi vikingo», pensó con tristeza.

—Vaya, veo que estáis despierta. Ya empezaba a preocuparme que ese bruto de Aiden os hubiese golpeado demasiado fuerte, *milady*. —La voz de Boyd a sus espaldas hizo que todo su cuerpo se

tensase. Era él quien la asía con fuerza, pegando su cuerpo al suyo con demasiada familiaridad para su gusto.

—¿Dónde estamos? ¿A dónde me llevas? ¿Y dónde está Deirdre? —preguntó en tono imperativo.

Ese arrojo que mostraba aquella mujer le gustaba al MacDonald. Tanto que hasta podía sentir cómo su erección empezaba a ser notable. No pudo evitar sonreír al pensar en cómo sería domar aquella pelirroja, esa gata salvaje como Aiden la había bautizado. En verdad que tener una mujer así entre sus sábanas podría ser hasta mortal para cualquier hombre. Estaba seguro que le gustaba ser ella quien dominase el acto. Ese pensamiento hizo que su dureza se tornarse incómoda.

—Dais demasiadas órdenes, *milady*. ¿Qué me dais a cambio de responderos a todas esas preguntas? —susurró de forma sensual al oído de la pelirroja.

—No pienso daros nada, sucio MacDonald.

—No soy sucio, *milady*. Procuro darme un baño al día, con pastilla de jabón y todo —respondió en tono burlón—. Con un beso vuestro, me contentaré. —En ese instante, Aliena se giró sobre la montura para enfrentar su mirada, sin saber que eso era lo que él buscaba provocar en ella.

Sin darle opción a hablar, se apoderó de sus labios con fervor, pero teniendo cuidado de no volver a recibir otro mordisco por parte de esa gata salvaje. Con un arañazo por su parte, tenía suficiente. Aliena logró separar sus labios.

—Si volvéis a hacer eso, os cortaré las pelotas, Boyd MacDonald —aseveró ella. Tuvo que controlar las tremendas ganas de abofetear a ese descarado, pero corrían el riesgo de irse los dos al suelo.

—*Milady*, si os vuelvo a besar, será para después arrancaros la ropa y poder haceros el amor —respondió con picardía. Estaba claro que aquella situación lo divertía demasiado, pues ella pudo notar cómo su dureza ya era lo suficientemente notable—. Exacto, querida. Me la habéis puesto muy dura con vuestro arrojo —volvió a susurrarle de forma sensual contra su boca.

—Sois un cerdo.

—Puede, pero un cerdo que podría haceros cosas que un hombre os haya hecho jamás.

—No os…

—Vuestra dama de compañía está bien. La tiene MacQueen bien sujeta y, por lo que veo, ella no da tantos problemas como vos, mi querida Aliena MacLeod.

—No soy vuestra querida —aseveró ella desafiante. Boyd sonrió divertido, pero teniendo que hacer acopio de todo su autocontrol para no parar su montura, bajarla y hacerle el amor como la gata salvaje que le estaba demostrando ser.

—Acomodaros bien, *milady*. No estamos lejos de nuestro destino… y no me volváis a desafiar u os juro que os arrancaré el vestido para poder disfrutar de vuestro cuerpo como me plazca —sentenció él asiéndola con más fuerza contra su cuerpo.

Casi al despuntar el alba, llegaron a una pequeña cala donde había un bote amarrado al embarcadero y un grupo de hombres esperando junto a él. Parecían estar esperándolos a ellos, pero ¿quiénes eran esos hombres? ¿Y a dónde las llevaban?

Aliena trató de buscar el barco al que serían llevadas, pero no vio ninguno. Supuso que estaría anclado en alta mar, esperando a su llegada en aquel diminuto bote. Escudriñó bien a los hombres que estaban allí, buscando algún signo de ser piratas. Aunque no es que ella haya podido ver a muchos, Alaister le había contado cómo poder diferenciar a un simple comerciante de un pirata. Estos no parecían serlo.

—¡Boyd MacDonald! Llegas tarde —aseveró el que parecía ser el capitán.

—No me incordies, Nicolson. Estoy aquí y con la mercancía prometida —respondió Boyd parando su montura junto al embarcadero.

Desmontó de un salto y ayudó a Aliena a bajar del caballo con una delicadeza que la asombró incluso a ella. ¿Dónde estaba ese descarado y rudo bastardo que hacía horas había asesinado a su esposo junto a todo su clan y la había amenazado con violarla si no se estaba callada? Sin previo aviso, él la tomó del mentón, obligándola a mirarlo a los ojos. Eran marrones, con un pequeño halo verdoso alrededor del iris que parecía intensificarse al fijar su mirada en los de ella.

—*Lady* Aliena, aquí se separan nuestros caminos. Espero tengáis una vida larga y próspera allá a donde vais —dijo sonriendo,

dispuesto a volver a robarle un beso a aquella gata salvaje.

—¿Quieres que os deje unos minutos a solas para que podáis despediros mejor? —bromeó el tal Nicolson.

—Tranquilo, John. No es mujer para mí —afirmó Boyd—. Cualquier hombre que se precie, no metería en su lecho a una mujer como ella, o perdería su alma por completo —respondió para sorpresa de la mujer.

—Pues creo que a Aiden no le hubiese importado arriesgar su alma, jajaja —bromea uno de los hombres de Boyd.

—Y por eso lo envié de vuelta con el mensaje —sentenció su líder.

Ambas mujeres son presentadas ante John Nicolson, quien las miró de arriba a abajo como si estuviese valorando una yegua. Se acarició el mentón, haciendo extraños chasquidos con su lengua, mientras observaba a Deirdre. Ella, en cambio, no se atrevía a levantar la cabeza. Aliena, por el contrario, mantenía su pose altiva y lista para defenderse de cualquier intento de agresión por parte de quienes quieran que fuesen esos bárbaros.

John caminó alrededor de ellas, fijándose en cada forma de sus cuerpos y en sus poses. Estaba claro por quién iban a pagar más. La pelirroja le creaba mucha curiosidad, demasiada diría él. Se la veía una mujer con carácter, e intuía que debajo de toda esa maraña de telas se escondía el cuerpo de una ninfa. Al rey Federico I de Dinamarca le iba a gustar mucho el regalo que había comprado para su hijo Cristian, aunque puede que decida quedársela para él mismo.

Se paró frente a ella, mirándola fijamente a esos grises ojos que lo miraban con desprecio. Observó como su pecho subía y bajaba por su agitada respiración. Movido por el deseo, estiró su mano hasta posarla sobre uno de sus pechos.

—Yo no haría… —intentó advertir Boyd, pero el puñetazo que Aliena lanzó contra la nariz del capitán lo dijo todo. John se llevó las manos a su rostro al sentir el golpe—. Intenté advertirte que era peleona, amigo.

—Pega bien para ser mujer —protestó.

—Te auguro un viaje interesante, Nicolson. Solo espero que alguno de tus hombres no acabe cayendo por la borda —comentó Boyd entre risas, contagiando a sus hombres con ese chascarrillo.

—Tendré que ingeniármelas para mantenerla ocupada —respondió mirándola fijamente de nuevo.

Ahí estaba esa mirada desafiante que comenzaba a admirar. Estaba claro que esa mujer no se iba a dejar domar tan fácilmente, pero tenía pensado intentarlo hasta llegar a las costas noruegas. Nadie le dijo que tenía que llevar a una mujer pura y, cuanto más experimentada, mejor para el príncipe. ¿Quién sabe? Lo mismo acaba enamorando al muchacho y convirtiéndose en reina. Pero mientras tanto y no, disfrutaría de los placeres de ese cuerpo guerrero.

—¿Y bien? No tengo todo el día para ti, Nicolson. Me esperan mujeres que saciar y créeme, lo necesito mucho —inquirió Boyd con socarronería agarrándose sus partes y haciendo un gesto de lo más desagradable para Aliena, ya que lo hacía mientras la miraba a ella.

—No entiendo por qué no te desquitaste con ella, si tan cachondo te ha puesto —comentó Nicolson.

—Ya te lo he dicho, porque no quiero perder mi alma.

—Bien —dijo John desatando una bolsa de monedas del cinturón—. Aquí tienes, pues. Lo pactado.

—Disfruta del viaje, amigo. Y recuerda, cuida tu alma. —MacDonald, guardando la bolsa del dinero en su *sporram*, subió a su caballo de un salto. Boyd azuzó su montura hasta estar frente a Aliena.

—No os olvidéis de mí, *lady* Aliena. Yo no lo haré de vos.

—Cuando mi hermano os encuentre, os matará a todos —aseveró ella.

—Cuando vuestro hermano me encuentre, vos estaréis muy lejos de aquí y él no sabrá que he sido yo el causante de vuestra desaparición. —Y sin más, giró su montura y la espoleó para salir al galope de allí seguido de cerca por el resto de sus hombres.

—Muy bien, señoritas. Es hora de emprender viaje a vuestras nuevas vidas —dijo John ordenando a sus hombres con un gesto que ayudasen a subir al bote a las mujeres.

Subidas en aquel bote, Aliena contuvo las lágrimas que Deirdre no podía controlar, mientras observaba la costa de la isla de Lewis alejarse con el remar de los hombres. En su mente, tan solo un pensamiento: encontrar la forma de huir para poder llegar hasta su

hermano. Luego, podría vengarse de todos ellos. Pero mientras llegaba ese momento debía ser lista y sobrevivir, sin importar el precio.

Capítulo V

Con el mecer de las olas y el canto de las aves marinas que indicaban estar cerca de tierra firme, Aliena veía la luz de un nuevo día mientras se peinaba su ondulada melena pelirroja. Miró en derredor en busca de su cinta verde para poder sujetarse la trenza que se acababa de hacer. La vio sobre la mesa de caoba, junto al montón de hojas esparcidas y donde minutos antes estuvo escribiendo John Nicolson.

Desde hacía unos días, y tras el intento de fuga fallido por parte de ambas mujeres en la ciudad de Inverness, el capitán del barco había decidido recluirla en su camarote, mientras a Deirdre la mantenía encerrada en la bodega del barco con el resto de esclavos. Si las mantenía separadas, se aseguraba que no volviesen a urdir ningún plan de escape más. Aunque esas no fueron las únicas medidas que tomó para con Aliena.

Bajo la amenaza de cortarle el cuello a su dama de compañía, tras habérsela entregado a sus hombres para que pudiesen tener su momento de desahogo, John obligó a Aliena a yacer con él sin oponer resistencia alguna y a mantenerla allí encerrada hasta que llegasen a su destino: Noruega.

—¡Suéltame, cerdo bastardo! —le gritó Aliena pataleando y dando puñetazos sobre la espalda de John Nicolson, mientras este cargaba con ella en sus hombros cual saco de avena.

—*Milady*, si no dejáis de patalear así, os haréis daño —

respondió él sonriendo divertido al ver todo el genio que esa pelirroja desplegaba de forma insistente.

Caminó con ella por el estrecho pasillo del barco hasta llegar a la puerta de su camarote, la cual abrió de una patada para no tener que soltar a esa gata salvaje que llevaba bien sujeta. Esa pelirroja lo estaba volviendo loco y, a la vez, lo excitaba y atraía de una forma casi antinatural. Jamás había conocido a una mujer así, con tanto arrojo y valentía. Cuando la vio blandir aquella espada para defenderse del ataque de sus hombres y proteger a su dama sin importarle su rango ni posición, tuvo que controlar el frenético deseo de besarla allí mismo delante de todos.

Su intento de fuga por las callejuelas de Inverness, ciudad que conocía muy bien, pues él era natural de allí, hizo que su deseo por ella creciese aún más de lo que había comenzado a crecer cuando la vio por primera vez ante él en aquella pequeña cala de la isla de Lewis. Recordó las palabras de su amigo Boyd y la forma en la que la miraba minutos antes de entregársela a él. «Una mujer que te robaría el alma, si sucumbes a sus encantos», pensaba mientras la observaba desplegar todo su arrojo. Debía reconocer que la pelirroja sabía cómo manejar una espada muy bien.

Temperamental, fuerte y valiente.

Una vez dentro de su camarote, cerró la puerta de la misma forma brusca que la abrió, asegurándose de echar bien el pestillo para que nadie los molestase. Ella seguía vociferando y pataleando, tratando de librarse de su agarre y, en algún momento, hasta mordiendo con fuerza su hombro. El dolor no fue lo único que Aliena logró provocarle a ese bruto animal.

Sin ningún tipo de delicadeza, la depositó en el suelo, observando divertido la forma en la que ella lo desafiaba con su mirada. Su pose altiva, para nada acobardada, lo volvía loco.

—Quítate la ropa —le ordenó.

—Ni lo sueñes. —Aliena cruzó sus brazos y dio un paso hacia atrás.

—Querida, será mejor para ambos que no os resistáis y cedáis al castigo que tengo pensado imponeros por haberme hecho correr tras vos y vuestra dama.

—¿Y qué? ¿Vas a violarme como si fueses un salvaje tan solo porque te sientes humillado? —John rio de forma socarrona, dando

un paso hacia ella y mirándola como si fuese un tigre hambriento.

—*Milady*, yo no voy a violaros. Voy a haceros el amor y vos vais a disfrutarlo.

—Qué pretencioso, Nicolson. ¿Eso os funciona con todas las damas con las que alternáis?

—*Lady* Aliena, quítate la ropa o…

—¿… o qué? —Sin decir nada, él se giró y abrió la puerta de su camarote.

—¡Alex! —gritó llamando a uno de sus hombres.

—Capitán —respondió a los pocos segundos el muchacho al que acababa de llamar.

—Diles a los hombres que tienen permiso para divertirse con la damisela de…

—¡No! —suplicó Aliena en ese instante. Él volvió a mirarla, sonriendo victorioso.

—¿Vais a quitaros la ropa, *milady*?

—Sí.

—Bien. —Ordenó a Alex de llevar a Deirdre de nuevo a la bodega y dio la orden de no tocar a la muchacha bajo ningún concepto o se irán por la borda. Cerró la puerta y se giró hacia ella —. Estoy esperando, *milady* —dijo cruzándose de brazos.

—Eres un cerdo. —Aliena comenzó a desabrocharse su vestido, tomándose todo el tiempo que le fuese posible y tratando de alargar el inminente final.

Mientras ella se va desprendiendo poco a poco de cada una de sus prendas, John tuvo que hacer acopio de todo el autocontrol que pudo para no lanzarse sobre ella y terminar de arrancarle la ropa. Ardía en deseo de ver el cuerpo desnudo de esa mujer, y de poder saborear todos y cada uno de sus rincones. La haría gritar de placer, de eso estaba convencido. No hay mujer que no se resistiese a sus encantos, ni a sus hábiles manos. Aunque tenía la sensación de que, con ella, todo iba a ser diferente.

«Voy a perder mi alma en un momento», pensó al ver su blanca y perfecta piel desnuda ante él.

—Suéltate el pelo. Me gustan las mujeres de largas melenas y ver cómo sus cabellos caen sobre sus pechos —dijo mientras se soltaba su negra melena rizada.

En cuestión de segundos, tanto hombre como mujer se quedaron

completamente desnudos uno frente al otro. Al ver como se encendía la gris mirada de esa gata salvaje pelirroja, John sintió que su dureza no lograría soportar mucha más contención. Pudo ver en ella cierto halo de deseo por él. O al menos, por su curtido cuerpo marinero, forjado en alta mar y teñido por los rayos del sol. A esa figura casi de un dios de las aguas, había que sumarle sus cabellos largos y rizados, y una mirada ambarina penetrante.

Sí, John Nicolson era muy consciente del efecto que causaba entre las féminas. Y Aliena no era muy distinta en eso a las demás.

—Túmbate en la cama —ordenó. Ella, obediente, caminó hacia atrás hasta acabar sentada sobre el acolchado catre.

—No hace falta que te demores…

—Oh, *milady*. Al contrario —dijo ayudándola a tumbarse boca arriba y colocándose a su lado, relamiéndose al ver a su presa por fin entre sus fauces—. Voy a haceros disfrutar y os juro que gritaréis como nunca antes lo habréis hecho —le susurró mientras acariciaba su cuerpo.

Aliena cerró los ojos, dejándolo hacer y deseando que aquella tortura pasase lo más rápido posible. Pero no iban a ser tan fáciles sus deseos.

Al principio, su cuerpo permanecía rígido mientras sentía sus callosas manos recorrer su cuerpo. Sintió una ligera arcada que le sobrevino cuando este posó sus labios en su cuello y comenzó a darle suaves besos. Pero todo cambió cuando metió su mano entre sus piernas y comenzó a bailar con sus dedos sobre su sexo.

De forma involuntaria, Aliena emitió un breve gemido. Ese sonido fue música para los oídos del experimentado John Nicolson, por quien habían pasado decenas de mujeres por sus manos. En el mismo momento en el que se apoderó de uno de sus pezones con sus labios, introdujo un dedo dentro de ella en busca de la tecla que la haría gritar de absoluto placer.

Traicionada por su propio cuerpo, Aliena arqueó su espalda al sentir la tremenda ola de sensaciones que aquellas hábiles manos le estaban produciendo. Él, al verla ya rendida ante él, gruñó tomando con ferocidad sus pechos y saboreándolos con fervor. Prosiguió con sus caricias hasta provocarle el ansiado orgasmo, que hizo que su cuerpo temblase de espasmos y gritase sin control alguno sobre su cuerpo.

Con esa señal, John se colocó sobre ella y separó sus piernas para poder entrar en su interior. Comenzó a moverse lentamente, aun sintiendo su cuerpo temblar por el orgasmo. Jadeantes, se dejaron llevar por el momento, culminando él en una fuerte embestida seguida de un gruñido de derrota.

John se dejó rodar a un lado de ella, jadeante y saciado por haber cumplido el mayor de sus deseos hasta la fecha. Aliena, por su parte, y sintiéndose la persona más sucia del mundo en ese instante, se incorporó en la cama con la intención de volver a vestirse. Aunque lo que más deseaba en esos momentos era tirarse por la borda y dejar que el mar terminase con su tortura.

—Tranquila, *milady*. No hay prisa —dijo él sujetándola por la cintura y obligándola a tumbarse de nuevo a su lado—. Os dije que os haría gritar de placer, gata salvaje —le susurró al oído.

—Por favor, me gustaría estar en silencio. No hay necesidad de hablar… —John se apoyó sobre uno de sus codos y colocó un dedo de su otra mano sobre los labios de la joven, haciéndola callar en ese instante.

—No debes sentirte culpable, Aliena. Toda mujer tiene su propia melodía. Es cuestión de saber tocar las teclas indicadas y el cuerpo deja de resistirse para pasar al baile del placer.

—Eso no quita que me sienta humillada, violada y sucia —respondió ella conteniendo las lágrimas—. Me gustaría poder volver junto a mí…

—Lo siento, *milady*, pero este será ahora vuestro único lugar en el barco. Además, me gusta despertarme con una mujer desnuda a mi lado para poder hacerle el amor con los primeros rayos del sol. —Aquellas palabras hicieron que todo el cuerpo de Aliena se estremeciese.

—¿Acaso crees que soy una prostituta con las que estás habituado a andar? ¿No te ha sido suficiente para ti con esto?

—Para nada, *milady*. Yacer con vos no ha hecho más que alimentar mi hambre y mis ganas de teneros más tiempo. Al final, mi amigo Boyd tenía razón. Acabo de perder mi alma entre vuestros brazos. —Y sin más, se dejó vencer por el cansancio y se quedó profundamente dormido abrazando con fuerza el frío cuerpo de Aliena.

«Perderás algo más que tu alma, John Nicolson. Te lo juro por

mi clan… y por mi alma», se dijo Aliena a sí misma. Cumpliría la promesa que le hizo a su esposo de sobrevivir para poder luchar otro día, pero también cumpliría la que acababa de grabar en lo más profundo de su corazón. No sabe cómo ni cuándo, pero lograría vengarse de todos los que le han causado daño. Sobre todo, de aquellos que le arrebataron su felicidad junto a Alaister.

Y con el recuerdo del rostro de su amado vikingo, Aliena se dejó vencer por el sueño, sin poder contener que dos furtivas lágrimas arrollasen por su rostro hasta posarse entre los mechones de sus cobrizos cabellos.

—Oh, vaya. Ya estás vestida —bromeó John nada más abrir la puerta del camarote y encontrársela sentada sobre el borde de la cama, atusándose su trenza roja a un lado del cuello.

—Quiero ver a Deirdre —sentenció sin más. Siempre evitaba mirarlo a los ojos, pues no quería ver el rostro del hombre que llevaba días abusando de ella y que se le grabase tanto que ni con su muerte lograría sacárselo de su mente.

—Tranquila, querida. Pronto podréis reuniros.

—No soy tu querida. Hemos hecho un pacto. —En ese instante, se giró para enfrentarlo—. Yo dejo que mancilles mi cuerpo y tú no le haces ningún daño a mi amiga —profirió con desprecio.

—¿Mancillar tu cuerpo, eh? —comentó él—. Creía que ambos disfrutábamos de los placeres carnales que nuestros cuerpos nos daban, pelirroja —afirmó mirándola divertido mientras se acaricia el mentón. Sus ambarinos ojos parecían refulgir de deseo otra vez.

—Eres un cerdo, John Nicolson. Te juro que algún día lo pagarás muy caro —aseveró ella.

—Mmm, mi gata salvaje… No sabes cuán dura se me pone solo con acercarme al camarote y saber que estarás desnuda y tendida para mí —dijo avanzando hacia ella, dejando claro el hambre que tenía y su predisposición a ser saciada.

—¡Capitán! ¡Tierra a la vista! —gritó en ese momento uno de los hombres John, salvándola así de otro arrebato carnal.

—Salvada, *milady*. —Abrió la puerta, dispuesto a dejarla allí encerrada otra vez.

—Dime, al menos, dónde estamos —inquirió ella. Él rio divertido por las constantes muestras de valor y rebeldía de su

pelirroja.

—Amarraremos en Thorshavn en breves y pasaremos allí unos días. Tengo que hacer algunas transacciones importantes. Además, mis hombres necesitan descansar y desfogar un poco. Tú ya me entiendes, querida —respondió él guiñándole un ojo—. Ya que no les he dejado hacerlo con tu dama de…

—Se llama Deirdre —aseveró Aliena. Y ahí estaba de nuevo esos aires de luchadora, de guerrera, que tanto le provocaban.

—Tranquilízate, si no quieres que te arranque el vestido y te de otra lección de esas que tanto parecen gustarte. —Esas palabras y el recuerdo de la constante traición de su cuerpo sucumbiendo a las caricias de aquel hombre, tensaron a Aliena—. Aquí no tienes a dónde ir, pelirroja. Ni a ningún escocés que te salve. Estás en mis dominios, querida, y será mejor que te comportes y no me des más quebraderos de cabeza —dijo con firmeza.

—Creía que tú también disfrutabas de los placeres que mi cuerpo te otorgaba —respondió de forma impulsiva ella.

—Oh, ya lo creo que disfruto mucho viéndote retorcerte y gritando de placer entre mis brazos. Pero eso no quita de que sea una ardua y dura pelea cada encuentro contigo, gatita. —Sin darle opción a réplica, John salió del camarote y volvió a dejarla sola y encerrada entre aquellas cuatro paredes con olor a suciedad y humillación.

Unas horas más tarde, Aliena y Deirdre descendían por la pasarela del barco, vigiladas de cerca por los hombres encargados de su custodia. John Nicolson estaba en el muelle hablando con un hombre de aspecto tosco y con una larga barba trenzada. Ambos parecían conocerse, pues los ve conversando distendidamente y riéndose de forma relajada.

—Bienvenidas a Thorshavn, señoritas. Hogar de vikingos —comentó uno de los hombres que las custodiaban.

—Y de buenas valkirias —afirmó otro agarrándose sus partes y haciendo gestos obscenos, mientras los demás estallas en carcajadas.

—Caballeros, compórtense ante la presencia de las damas —bromeó John apareciendo junto a ellas en ese momento—. Venid conmigo —les dijo asiendo a Aliena del brazo y comenzando a

caminar. Deirdre, que mostraba un temor enorme por aquellos brutos, caminaba junto a ellos sin levantar cabeza.

—¿A dónde vamos? —preguntó Aliena.

—Nos alojaremos en la vieja taberna de mi amigo Thorquil. Ya está todo preparado —respondió sin mirarlas.

No tuvieron que caminar mucho, pues Thorshavn no parecía ser un sitio muy grande en extensión aunque sí se le veía bastante movimiento por las calles entre comerciantes y mujeres de dudosa reputación buscando aliviar la pesada carga de los marineros que allí amarraban sus barcos.

La taberna de Thorquil, un nombre para nada ingenioso a juicio de Aliena, era un auténtico cuchitril. Hasta la taberna más sucia y lúgubre de Escocia parecía un palacio al lado de aquel rincón oscuro y pestilente a donde John las había llevado. Lleno de toscos hombres, que bebían y escupían al suelo mientras reían y manoseaban a las mujeres que permanecían sentadas sobre sus rodillas. Algunos hasta se permitían el lujo de meter sus rostros entre sus pechos, emitiendo sendos gruñidos y provocando las risas en ellas.

—*Milady*, este sitio es un poco… —comenzó a decir Deirdre casi entre susurros.

—Sucio, asqueroso, impuro —aseguró Aliena poniendo cara de asco más por el olor que por las acciones que allí sucedían.

—Es perfecto, queridas —sentenció John.

Caminaron entre el amasijo de gente hasta llegar a un rincón reservado expresamente para ellos. Unas amplias mesas, iluminadas por gruesas velas y todo lo limpias que se podía considerar en aquel lugar. John las empujó ligeramente, ordenándoles con un gesto que tomaran asiento. Algunos de sus hombres, se sentaron a su alrededor y otros se fueron desperdigando por ahí en busca de otro tipo de compañía.

Al poco rato, aparecieron dos mujeres rollizas, mostrando un gran escote las dos y dejando casi a la vista sus voluminosos pechos. Traían en sus brazos varios platos de comida y, tras dejarlos sobre la mesa, John les dio a ambas un par de cachetadas en sus nalgas en señal de agradecimiento. Aliena no se sorprendió ante aquel despliegue de vulgaridad, pues no era la primera vez que lo veía entre los hombres MacLeod, pero a Deirdre parecía costarle no

sonrojarse con todo aquello.

—Comed tranquilas. Nadie os molestará, ni se acercará a la mesa —dijo John.

Estaban hambrientas, así que no pusieron resistencia y degustaron aquel exquisito plato de guiso de pescado. Él, mientras tanto, se acercó a la barra para hablar con su amigo mientras bebía con tranquilidad una jarra de cerveza. Un par de mujeres se acercaron a él, comenzando a acariciarle el cuerpo y a susurrarle palabras impropias de una dama. Muy educadamente, y dejando sorprendidos a los allí presentes, salvo a sus hombres, rechazó las atenciones de esas mujeres.

Aliena suspiró resignada, sabiendo el motivo por el cual John Nicolson rechazaba a todas las mujeres que se le acercaban. Estaba claro que no iba a soltarla tan fácilmente. Dudaba incluso que, llegando a su destino, se la vendiese a su comprador. Solo de pensar tener que pasar el resto de sus días junto a ese hombre, dejándose hacer, la estremecía.

Habiendo acabado su plato de comida, John se acercó a la mesa y la invitó a levantarse con un gentil gesto. Ella tomó su mano, obediente como quería parecer, y se incorporó.

—Le he pedido a Lorna que preparase una bañera y la llevase a nuestra habitación. Necesitas darte un baño, querida. Hueles a pescado —dijo en tono burlón, provocando así las carcajadas de sus hombres.

—No, gracias. Prefiero quedarme con Deirdre —respondió ella retirando su mano de forma brusca.

En ese instante, él la tomó con fuerza del brazo, la atrajo hasta su cuerpo y se apoderó de sus labios con fervor. Aliena se resistió, ante los vítores y las soeces voces de aquellos brutos marineros, y logró separarse, propinándole de seguido un bofetón en la cara. John la zarandeó de forma brusca y la volvió a atrapar entre sus brazos.

—Recuerda que, a una orden mía, tu amiga lo pasará muy mal —le susurró al oído para que nadie más pudiese oírlo. Aliena miró a Deirdre, quien los observaba horrorizada y temblando de auténtico pavor. Suspiró y sucumbió, para regocijo del maldito bastardo Nicolson—. Así me gusta, gatita. Ahora, ve y date un baño con calma. Yo iré al finalizar mis negocios y prometo darte el merecido

placer que mereces —sentenció.

Derrotada, aunque sin demostrarlo, Aliena ascendió las escaleras de aquel lúgubre lugar perdido en algún rincón del océano. No sabía dónde estaban con exactitud; no entendía el lenguaje de aquellas personas. Comenzó a sentirse desfallecer, pues se vio sola y sin nadie a quien poder pedir ayuda. Nadie la conocía allí; nadie correrá en su auxilio.

Pero, en el fondo de aquella taberna, lejos de la vista de todos, unos ojos verdes la observaban subir las escaleras y desaparecer tras la puerta de su habitación.

Capítulo VI

Ían y Harald caminaban tras el resto de sus amigos por las calles de Thorshavn. A Olaf se le había ocurrido que sería bueno tomarse su última ronda juntos en la taberna de Thorquil y poder despedirse de sus mujeres, ya que embarcarían rumbo a su nueva vida al día siguiente. Por supuesto, cuando este les hizo a todos esa proposición, todos sabían a qué «mujeres» refería. Y es que, el gran Olaf Ericsson, era un hombre de sobra conocido entre las prostitutas. Tanto él como su hermano Leif, quien, decían las malas lenguas, en alguna que otra ocasión compartió lecho con su hermano y varias mujeres.

Luego estaba Knut, hermano de Harald y un joven de grandes cualidades con la contabilidad y el control del dinero. Se defendía bien con la espada, pero no era un guerrero como Harald o Ian. Y estaba perdidamente enamorado de la alta y atractiva Sigrid Sigurðson. Toda una valkiria propiamente dicho. Sobre todo en el manejo de la espada. Se podría decir que era la mejor de todo el grupo. Ella también estaba enamorada de Knut, pero esos dos preferían jugar al gato y al ratón, volviendo locos al resto del grupo con sus constantes discusiones.

—¿Crees que en este viaje, mi hermano será capaz de lanzarse con Sigrid? —preguntó Harald observando a esa pareja de incomprendidos delante suyo, mientras caminaba junto a Ian.

—Me apuesto lo que quieras a que es ella quien se lanza primero —afirmó Ian.

—Sea quien sea, solo espero que ocurra más pronto que tarde o creo que me veré sacando a Knut de las frías aguas cada dos por tres —dijo divertido. Ambos amigos rieron al imaginarse la situación conviviendo tanto tiempo juntos, de nuevo.

Ian no pudo evitar pensar en su mujer, Astrid, y hermana de Sigrid. Les debía mucho a todos ellos, pues le salvaron de una muerte segura. Aunque sentía pena por no haber podido amarla como ella se merecía y como ella lo amó a él. Hasta le había dado un hijo, fruto de su unión. Pero el destino parecía tenerle deparado algo muy distinto y gustaba mucho de jugar con su fortaleza al llevarse a ambos de su lado.

—¿Pensando en ella, hermano? —Harald apoyó su mano sobre su hombro, trayéndolo de vuelta a la realidad.

—Sí —respondió Ian tras un largo suspiro.

—Tranquilo. Estás haciendo lo correcto, *skozkrblóðs*. Ella lo hubiese querido así, estoy seguro. —La afirmación de su amigo y hermano de armas no lograron reconfortarlo del todo.

—Pues yo solo siento que los estoy abandonando…

—Ian, escúchame bien. Conocía muy bien a Astrid. Ya sabes que crecimos todos juntos bajo la protección de su padre, Úlfarr, y éramos como hermanos. Créeme, ella lo entendería y te apoyaría en todo. Y si no, siempre puedes preguntarle a Sigrid —dijo Harald tratando de consolar a su amigo.

—¿Para qué me vuelva a salir un chichón en la cabeza? No, gracias. —Tras aquella respuesta, y el recuerdo de la reacción de la valkiria tras decirle su decisión de volver a su tierra natal, Escocia, ambos rieron alegremente.

—Toda está bien, Ian. Estaremos bien —afirmó su amigo.

Al llegar a la taberna, se encontraron a Lorna secándose sus manos a la tela de su roído mandil, mientras regañaba a una de las muchachas que solían alternar su taberna en busca de hombres a los que sacarles su dinero con el placer de sus cuerpos. Ver a esa rolliza mujer enfadarse era peor que ser aplastado por una docena de vacas peludas. Con su gran envergadura y tamaño, los cuales nada tenían que envidiar a los hombres más robustos de la zona, la cocinera y esposa de Thorquil imponía su ley a golpe de rodillo de amasar.

—¿Todo bien, Lorna? —preguntaron Knut y Sigrid, mientras Olaf y Leif entraban dentro sin siquiera esperar por el resto. Iban

con prisa, al parecer.

—No. Esta estúpida de Brenda ha roto una botella del mejor hidromiel que tenía en la despensa y ahora tengo que reponerlo —protestó la ofuscada cocinera, propinándole un manotazo en la coronilla a la muchacha que no hacía más que pedirle perdón.

—Bueno, algo se podrá hacer. ¿Cuánto cuesta la botella? Yo te la pago —dijo Ian de forma cortés, echando mano de su monedero.

—Siempre tan galán, mí querido niño escocés. Pero no hace falta. Lo pagará ella con las ganancias de esta noche —afirmó Lorna —. Así que ya te puedes esmerar bien, jovencita, porque hoy tenemos una visita inesperada y sus hombres vienen sedientos —aseveró la mujer.

—¿Ha llegado algún viajero al pueblo? —preguntó Knut. Lorna tan solo respondió estirando su brazo en dirección al puerto, donde se podía ver un gran barco mercante amarrado y del que comenzaban a colocar la pasarela para que los marineros a bordo pudiesen desembarcar.

—Nicolson —pronunció Ian entre dientes, apretando su mandíbula y sus puños reconociendo la nave.

—Tranquilo, amigo. Hoy vamos a divertirnos y nada más —comentó Harald poniendo su mano sobre su hombro y tratando de calmar la rabia surgida en el joven escocés, quien había tenido sus más y sus menos con aquel al que llamaban Capitán Nicolson.

—No quiero problemas, muchachos —inquirió Lorna en ese momento—. La última vez, me costó mucho reparar las mesas y sillas que destrozasteis.

—No te preocupes, Lorna. Si comienzan a alterarse, yo misma zanjaré el asunto —afirmó Sigrid guiñándole un ojo a la mujer.

—¡Qué Odín nos proteja! —dijo poniendo los ojos en blanco, casi con desesperación. Todos estallaron en carcajadas al ver la reacción de la mujer del tabernero.

El grupo de amigos bebían tranquilamente, mientras hablaban de la ruta a seguir y de los planes para su reciente empresa. Ya hacía casi un año que no habían vuelto a embarcar, desde que el padre de Astrid y Sigrid había muerto de forma repentina tras su último viaje al reino de Noruega.

Los Sigurðson eran una familia de comerciantes que viajaban de puerto en puerto, vendiendo sus propios productos hechos por ellos

mismos. Astrid elaboraba productos y ungüentos curativos de todo tipo que tenían mucho éxito entre los habitantes de las ciudades a las que acudían. En algunos mercados hasta tenía clientes de los más importantes y adinerados. Sigrid trabajaba el cuero, realizando verdaderas obras maestras y que gustaban mucho tanto a hombres como mujeres. Y Úlfarr, por su parte, se centraba en la venta de espadas, cuchillos y varios enseres para el hogar elaborado en su fragua durante los meses en los que no salían del puerto por los temporales.

Cuando Harald y Knut Bjørnsen, y Olaf y Leif Ericsson entraron a formar parte de su tripulación, sus productos adquirieron tal perfeccionamiento, logrando además producir en mayor escala, que eran requeridas sus mercancías prácticamente de un año para otro. Tenían tantos encargos que pasaron de viajar un par de veces al año, a tener que salir a navegar casi cada pocos meses. Una empresa en completo auge y con buenos beneficios para todos que se vio truncada por la repentina pérdida del capitán de su nave.

Sus hijas se quedaron devastadas, pues era ya el único pariente vivo que les quedaba. Y había que añadir el avanzado estado de embarazo de Astrid, por la que todos temieron que sufriese una pérdida del bebé provocado por el *shock*. Todo el grupo fue duramente golpeado y no habían vuelto a salir a navegar desde entonces. Ian estaba convencido que la pena fue quien en realidad se llevó a su mujer y a su hijo aquella fatídica noche, ya que ella no se había recuperado nunca de la pérdida de su padre.

—Dicen que el Nicolson trae consigo a una mercancía muy importante y cara. También dicen que es un encargo del rey —comentó Olef tras sentarse con su ya tercera cerveza.

—¿Qué rey? —preguntó su hermano Leif.

—¿Qué rey va a ser, mendrugo? El nuestro —respondió Olef dándole una ligera colleja en la cabeza.

—Nosotros no tenemos rey que nos gobierne —insistió, llevándose una mano al lugar donde su hermano le acaba de golpear.

—Leif… —comenzó a decir Sigrid.

—Aunque los færeyskr estemos unas islas en mitad del océano, seguimos perteneciendo a la corona de Noruega y Dinamarca. Por lo que, nuestro rey es Federico I de Noruega y Dinamarca —

interrumpió Knut con su clásica forma de matizar las cosas y dejando claro quién era el culto en ese grupo.

—Bah —pronunció Leif seguido de un chasquido con la lengua —. Está muy lejos, así que no tenemos rey —sentenció dándole, después, un largo trago a su bebida. Olef solo suspiró y puso los ojos en blanco. A veces, la testarudez de su hermano gemelo era insufrible.

De pronto, la puerta de la taberna se abrió para dejar entrar al grueso de los marineros de Nicolson, seguidos de su capitán y un par de mujeres que caminaban junto a él. Apenas se podían ver sus rostros debido a la capucha de sus capas, pero Ian pudo vislumbrar una cabellera pelirroja asomar de forma furtiva. Observó cómo, de una forma nada delicada, Nicolson sentaba a las mujeres en una mesa a la que les siguieron algunos de sus hombres. Otros se fueron quedando desperdigados por el interior del local, agasajados por las atenciones de las chicas que vendían allí sus favores.

Su sorpresa viene cuando ellas se retiraron la capucha de sus capas hacia atrás y dejaron ver sus rostros. Ian se atragantó al reconocer a la muchacha de cabellos cobrizos, dando un ligero salto en su silla y atrayendo la mirada de sus amigos.

—Aliena —pronunció en voz baja.

—¿Ahora también dices su nombre despierto? —se burló Sigrid de su cuñado.

Harald, por su parte, se fijó en la dirección de la mirada de su amigo y ve a la joven pelirroja sentada a la mesa de los Nicolson, degustando un cocido junto a otra joven de cabellos castaños.

—¿Esa es Aliena? ¿Tu Aliena? —le preguntó a su amigo.

—¿Qué demonios está haciendo aquí, y con ese pirata de Nicolson? —se dijo más para sí mismo, que para el resto.

—¿No creerás que las tiene retenidas en contra de su voluntad, verdad? —preguntó Harald.

—Lo que tengo claro es que ella no estaría con ese tipo de gente por voluntad propia, y mucho menos tan lejos de su hogar y de su hermano. Aquí ocurre algo —afirmó Ian sin poder dejar de mirarla. Tenerla de nuevo ante él, tan cerca, y no poder acercarse le empezaba a causar cierto malestar.

Desde su posición, lejos de la vista de esos piratas, pudo observar la incomodidad de ambas mujeres. Pero, sobre todo, de

Aliena. Siempre había sido una mujer muy expresiva y pocas veces lograba ocultar su malestar con algo o alguien. Su rostro la delataba. A la otra muchacha no la reconocía, pero sí pudo ver el terror que sentía cuando alguno de los hombres de Nicolson agitaba sus brazos o jaleaba a otros cuando abordaban a alguna de las prostitutas.

Nicolson se acercó a la barra a hablar con Thorquil y Lorna, rechazando las atenciones que siempre solía aceptar por parte de alguna de las mujeres del local. Algo que lo extrañó en exceso. Poco después, observó cómo regresó junto a las mujeres y tomó a Aliena de la mano, un gesto que hizo que Ian resoplase de forma inconsciente. Los vio hablar, demasiado cerca para su gusto. Pero cuando vio cómo él se apoderaba de sus labios, sintió el impulso de abalanzarse sobre él y atravesarlo con su espada. Al ver cómo ella le abofeteaba y lo desafiaba con la mirada, pasando a ser zarandeada por aquel hombre al que tanto odiaba, Ian casi rompió su jarra al cerrar su puño con fuerza a su alrededor.

—Oh, oh —dijo Sigrid al ver el gesto de su cuñado.

—¡Hoy dormirá caliente, mi capitán! —vociferó uno de los marineros de Nicolson, siendo este respondido por una pícara y socarrona sonrisa por parte del pirata.

—Se avecina tormenta —comentó Leif de forma burlona.

—¿Es que no lograremos dejar de pelearnos con esta gente nunca? —protestó Knut, a quien era de sobra conocido lo poco que le gustaban las peleas y las luchas.

—Sí. Cuando ellos estén muertos —afirmó Olaf.

—O nosotros porque, no sé si os habéis dado cuenta, pero son bastantes más —apuntó Knut.

—Tengo que salvarla —sentenció Ian mientras la veía subir cabizbaja las escaleras de la taberna.

—¿Estás seguro, amigo? —preguntó Harald.

—Nunca he estado tan seguro en toda mi vida —respondió sin poder dejar de mirarla.

—Empieza la fiesta, muchachos —dijo Sigrid dando un último trago a su cerveza y dejándola caer con un duro estruendo sobre la mesa. Olef y Leif la imitan. Una buena pelea los animaba casi tanto o más que una lujuriosa noche rodeados de esas a las que ellos llamaban «sus mujeres».

Con el plan puesto en marcha, lo primero que necesitaban saber era más información sobre las intenciones de Nicolson y de lo que estaba hablando con Thorquil tan distendidamente. Para ello, los gemelos usaron su destreza con las muchachas y les pidieron prestar atención a las conversaciones que esos piratas estaban manteniendo entre todos ellos. Para poder sacar a Aliena de allí, debían saber dónde se encontraba Nicolson y el resto de su tripulación en todo momento.

Durante un eterna hora, fueron recabando información necesaria para saber cuándo proceder con su plan. Durante ese tiempo, la joven que estaba con Aliena había subido a otra habitación y se había encerrado. Por suerte para ella, ningún hombre la había seguido.

—¿Y bien, *skozkrblóðs*? ¿Cómo quieres proceder? —preguntó Harald.

—Debemos mantener a Nicolson entretenido todo lo más que podamos, lejos de esa habitación —contestó Ian.

—Eso déjamelo a mí —afirmó Sigrid.

—Sig, ¿qué vas a hacer? John Nicolson sabe de sobra quiénes somos como para dejarse engatusar por… —comenzó a decir Knut.

—¿Quién te ha dicho que yo quiero engatusar a ese cabrón?

—Tampoco matarlo, Sigrid. Llamaríamos mucho la atención —comentó Harald.

—¡Hombres de poca fe! —protestó ella—. Vamos, Knut. Vendrás conmigo para asegurarte que no cometo ningún acto impropio de una mujer —le dijo a su amigo. Este miró a su hermano, quien asintió con la cabeza en señal de aceptación.

—Espero que esos dos no nos metan en un lío —dijo Ian viendo a sus amigos alejarse.

—Más del que nos vas a meter tú, lo dudo —afirmó Harald.

Tras varios minutos de incertidumbre por saber lo qué estaba tramando la valkiria, ven a Lorna acercarse a Nicolson con una botella de hidromiel. Le sirvió un vaso, el cual el pirata saborea con calma y sonriendo. Thorquil miró a su mujer intentando adivinar qué se traía entre manos, pero decidió no intervenir y la dejó hacer. Al poco, ambos salen de la taberna conversando y portando la botella en la mano. Desde el umbral de la puerta, Knut emitió un silbido en señal de camino despejado.

—Bien. Es el momento —dijo Ian levantándose de su silla y dejando sobre la mesa su jarra de cerveza tras tomarse el último trago. Harald hizo lo mismo.

—¿Qué quieres que hagamos nosotros? —preguntaron los gemelos.

—Provocad una pelea —sentenció Ian para regocijo de los Ericsson, quienes emiten sus clásicos gruñidos de guerra, frotándose ambas manos sin dejar de sonreír.

No hubo que esperar mucho para que el caos se desatase en el interior del establecimiento. Mujeres que gritaban asustadas por la contienda, otras que salían despavoridas hacia la calle, tratando de ponerse a salvo de la lluvia de objetos, gritos y puñetazos varios que todos en su interior se estaban propinando. Al poco, aparecieron Knut y Sigrid, uniéndose a la contienda. Thorquil, por su parte, intentaba separar a varios hombres peleando sobre la barra de madera, protegiendo como podía las botellas que aún habían sobrevivido.

Aprovechando todo el caos generado, Ian y Harald se escabulleron escaleras arriba hasta llegar a la habitación de Aliena. Comprobando no haber sido vistos por ninguno de los hombres de Nicolson, se disponen a entrar.

—Yo me quedaré aquí fuera a vigilar, mejor —propuso Harald. Ian asintió con la cabeza y abrió la puerta despacio.

La encontró tumbada en la cama, tapada con unas gruesas mantas y dando la espalda a la entrada. Parecía estar profundamente dormida, algo que hace que los recuerdos de su última noche juntos vuelvan a golpearlo duramente en su cabeza. Podría estar horas observándola, recorriendo cada curva de su cuerpo con su mirada y deseándola como antaño lo hizo. Pero no tenían tiempo. Nicolson podía llegar en cualquier momento y debían apresurarse.

De forma sigilosa, y sin apenas hacer ruido, Ian se acercó a la cama y la cogió entre sus brazos, tapando su boca con sus manos para que no gritase y alertase a los hombres de Nicolson.

—Sschh Tranquila, pelirroja traviesa. Soy yo —le susurró al oído.

Capítulo VII

Tras liberarse del agarre de Nicolson, y la seguida humillación por parte de sus marineros con esos vítores ante los obscenos gestos de su capitán, Aliena suspiró al encontrarse sola en el refugio de su habitación. Era consciente que no duraría mucho su soledad, pues ya le había asegurado que acudiría a su cama en cuanto terminase con sus negocios y estaba convencida que haría todo lo posible para que sus reuniones fuesen lo más rápidas posibles. «¿Cuánto tiempo más durará este tormento, dios mío?», se preguntó mientras comenzaba a desabrocharse los cordones de su corpiño.

Llamaron a la puerta en ese instante con unos ligeros golpes en la madera algo carcomida. Aliena respondió con un sencillo «adelante».

—*Milady*, traemos lo que el capitán ha encargado —dijo una joven muchacha de rojizos cabellos, casi como los de ella, asomando tan solo su cabeza.

—Sí. Pasad, por favor —contestó Aliena.

La puerta se abrió por completo, dejando entrar a un séquito de mujeres, que claramente eran prostitutas, portando una especie de bañera. Más bien se trataba de un balde grande de madera que una vez fue un barril gigante y que, en su día, transportó algún tipo de bebida. Lo colocaron junto al pequeño hogar de la estancia, situado frente a la cama que estaba pegada a la pared.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Aliena a la joven pelirroja, mientras llenaban el balde con agua caliente para su baño.

—Me llamo Elizabeth, *milady*, pero todos me llaman Beth —respondió sonriendo de forma cortés.

Al escuchar su nombre, Aliena no pudo evitar recordar a su querida Beth de Clackmannanshire. Una muchacha que llevaba trabajando en el castillo de su familia desde bien pequeña y la cual se había convertido, en alguna que otra ocasión, en su cómplice de fechorías. Aquellos recuerdos le producen tal añoranza y desazón que a punto estuvo de romper a llorar.

—Ya está lista, *milady*. Espero que disfrutéis del baño. Me he permitido el atrevimiento de traeros unas sales para el agua —comentó Beth dejando un saquito de tela sobre una pequeña banqueta de madera junto a la bañera.

—Muchas gracias, Beth —dijo Aliena. La muchacha asintió con la cabeza y se fue hacia la puerta para abandonar la habitación—. Beth, espera. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, *milady*.

—¿De dónde eres?

—Bueno, llevo muchos años viviendo aquí, pero soy escocesa de nacimiento. Del norte, cerca del lago Shin —respondió Beth.

—¿Eres del clan Sutherland?

—¿Conocéis la zona, *milady*?

—No mucho, la verdad. Pero sí conocí a algunos miembros del clan.

—Bueno, yo no recuerdo mucho a la gente con la que convivía allí, pero mi madre trabajaba para un laird importante. Mi padre había muerto de fiebres; mamá se terminó enamorando de un vikingo que viajó hasta esas tierras y terminamos trasladándonos aquí, pero yo era pequeña aún. Es todo lo que puedo deciros, *milady* —le explicó la muchacha.

—Está bien. Gracias, Beth —respondió Aliena.

—Si necesitáis algo más, solo tenéis que llamarme, *milady*. —Y tras esas palabras, Beth abandonó la habitación.

Una escocesa como ella, en aquel lugar remoto lejos de la mano de Dios. Por un instante, y aunque pudiese parecer una tontería, Aliena no se sintió tan sola como hasta entonces.

El sol comenzaba a descender en el horizonte cuando ella ya había decidido finalizar su relajante baño. Aprovechando el regalo

envenenado que Nicolson le había hecho, se lavó cuerpo y cabello a conciencia. Inconscientemente, Aliena intentaba borrar con el agua todo rastro de las sucias caricias y besos que ese bastardo le había estado propiciando durante todo ese tiempo.

Una vez que su cuerpo y su larga melena estuvieron secos, tomó su camisola para colocársela y poder irse a la cama. «No pienso meterme en esa cama desnuda», protestó mientras dejó que la suave tela blanca resbalase por su cuerpo. Tomó una de las mantas que había dobladas a los pies de la cama y la estiró cubriendo todo el ancho. No tenía pensado pasar frío tampoco mientras esperaba que llegase su tormento diario.

El sueño pronto se apoderó de ella, abandonándose así a los brazos de Morpheo.

No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando un estruendo bajo sus pies la despertó de golpe. Agitada, y a oscuras, abrió los ojos. Se giró en su cama, tratando de mirar en derredor en busca del pirata, pero allí no había nadie salvo ella y la soledad de la noche que ya había caído del todo sobre la villa. Agudizó entonces su oído y pudo comprobar que, esos ruidos, provenían de la taberna. Parecía estarse librando una auténtica batalla campal bajo sus pies. Se oían gritos, golpes, lo que debían ser sillas lanzadas con las paredes del local, etc.

Unos pasos cercanos alertaron a Aliena de la llegada de alguien a su habitación. Convencida de que se trataba del capitán, se volvió a tumbar y cerró los ojos, haciéndose la dormida. Tal vez, si la veía así, esa noche la dejaría tranquila. «¡Qué tonta ilusa eres, Aliena Campbell!», se recriminó a sí misma. Ese hombre sin escrúpulos ya le había asegurado que gozaría de su cuerpo hasta que fuese entregada a su nuevo señor, el rey de Noruega y Dinamarca. ¿Qué harían con ella después, cuál sería su destino? Nadie lo sabía con certeza.

Escuchó cómo la puerta se abría y lo que parecían las voces de dos hombres hablando en susurros en el umbral. Al poco, se volvió a cerrar. Sintió la necesidad de girarse y encarar a su intruso, pero decidió quedarse lo más quieta que le fuera posible. Escuchó unos ligeros pasos por la habitación y una respiración calmada.

El silencio de nuevo.

De pronto, el extraño se abalanzó sobre ella y le tapó la boca

con su mano.

—Sschh Tranquila, pelirroja traviesa. Soy yo —le susurró al oído.

Aquella voz… aquel tacto… Todo su cuerpo se erizó al oír aquellas palabras en boca de un extraño. Esa forma de llamarla solo la sabían tres personas. Dos de ellas estaban en Escocia y una ya no estaba entre los vivos. O eso creía ella. Se giró para enfrentarlo, quedándose atónita al ver su rostro. Ese rostro que creía que jamás volvería a ver. Esos verdes ojos tan intensos con los que llevaba tanto tiempo soñando y a los que ya había decidido renunciar.

—Parece que hayas visto un fantasma —dijo él de forma burlona.

—N-no… no puede ser. Tú-tú estás… tú no… —Aliena balbuceó, parpadeando sin parar. Ian Sinclair estaba ahí, ante ella.

Estiró su mano para poder comprobar que no se trataba de otra de sus pesadillas, sintiendo así el calor de su piel. Su corazón se aceleró de golpe al comprobar que, efectivamente, era él y estaba vivo. Llevada por un fuerte impulso, se lanzó a sus brazos y lo besó con pasión, reclamando ser correspondida. Él la abrazó y respondió a su demanda, permitiendo que sus lenguas se volviesen a reencontrar después de tanto tiempo.

En verdad que era él. Eran sus labios, su sabor… su calor.

—Chicos, tenemos un problema. —Un hombre alto, robusto y de perfectas facciones irrumpió en la estancia, interrumpiendo así su apasionado beso. Ian y Aliena separaron sus labios, casi hasta molestos por la interrupción.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ian.

—Creo que Lorna y Nicolson ya están de regreso. En pocos minutos entrarán por la puerta de la taberna. Los chicos ya se han ido, dejando aún al resto enfrascados en la pelea —respondió el vikingo. Ian suspiró y asintió con la cabeza.

—Te presento a Harald. Mi amigo y mi hermano en estas tierras —le dijo Ian a Aliena.

—Encantado, *milady*, pero no es momento de presentaciones —aseveró él mirando a través de la puerta entreabierta.

Harald cerró con suavidad y se dirigió hacia la ventana, abriendo sus hojas y asomándose para mirar en derredor. Se giró hacia ellos y les dijo:

—Siento mucho deciros esto, chicos, pero vamos a tener que salir por la ventana. —Extendió su mano hacia Aliena—. *Milady*, os ayudaremos a bajar. No os preocupéis por la altura…

—Oh, al diablo con todo —pronunció ella para asombro del vikingo, quien la miró asombrado tanto por su arrojo como por su lenguaje teniendo en cuenta el lugar del que procedía.

Aliena salió de la cama, se enrolló bien la manta alrededor del cuerpo, se puso sus medias y su calzado, y pasó por delante de Harald. Con decisión, se encaramó a la cornisa de la ventana y comenzó a descender con cuidado por la fachada de la taberna, amparada por la oscuridad de la noche.

—No me habías dicho que tu chica era tan atrevida y tan… —comenzó a decir un sorprendido Harald.

—¿Vikinga? —respondió Ian divertido—. Y no es mi chica —dijo palmeando el hombro de su amigo.

—Ya. —Ambos amigos descendieron con suma destreza y agilidad hasta llegar al suelo, donde Aliena los esperaba oculta entre las sombras.

—Perfecto, vámonos. No pod… —comenzó a decir Ian.

—Esperad, no —los instó ella para sorpresa de ambos—. No puedo irme sin Deirdre. Ella es… es mi amiga y no puedo dejarla a merced de esos bárbaros salvajes. La matarán o peores cosas. —Ian y Harald se miraron el uno al otro, sopesando la decisión.

—Está bien. Vosotros iréis al encuentro de los demás. Yo sacaré a la otra muchacha y nos encontraremos allí —sentenció Harald.

—¿Estás seguro, Har? —dijo Ian.

—Tranquilo, skozkrblóðs. En peores problemas me he visto —respondió sonriendo, dejando asomar una perfecta y blanca dentadura. Un hombre muy apuesto, a juzgar por ella, y todo un dios nórdico.

—Está bien, pero ten cuidado —comentó Ian.

—Ten, entrégale esto y sabrá que estás conmigo —dijo Aliena cogiendo una de las cintas que sujetaban sus medias, dejando así que esta descendiese por su pierna hasta frenar en su tobillo. Harald la cogió, asintió y se giró para ir en busca de Deirdre, pero ella le coge del brazo—. Gracias, Harald. Por todo.

—No hay de qué, *milady* —respondió de forma gentil, desapareciendo después entre las sombras.

—Bien. Ahora nos va a tocar a nosotros caminar rápido, Ali, o correremos el riesgo de ser descubiertos y entonces sí que estaremos en un tremendo problema —afirmó Ian.

—Sabes que no me asustan lo problemas —comentó ella, haciendo que él sonriese.

Esa tremenda confianza que siempre demostraba era lo que más le había atraído de ella, al igual que su belleza. De forma inconsciente, Ian estiró su mano y acarició su mejilla con su pulgar, deteniéndose en sus labios y mirándolos con deseo. El deseo de volver a saborearlos, de volver a tenerla. Ambos se quedaron fijos el uno en el otro, demostrando que sus sentimientos aún seguían fervientes en sus corazones. Aliena humedeció sus labios, mostrando así su predisposición a una nueva invasión; Ian sintió latir su corazón a toda velocidad y se acercó a ella lentamente, pero un ruido a sus espaldas los sacó de su embrujo.

—Estáis aquí. Menos mal —dijo Lorna apareciendo de repente de entre las sombras.

—Lorna, ¿qué ocurre? ¿Cómo sabías…?

—No hay tiempo, muchacho. Al otro lado del edificio tenéis disponibles dos caballos. Llegaréis más rápido así —les explicó la rolliza cocinera—. ¿Dónde está Harald? —preguntó al verlos a ellos dos solos.

—Ha ido en busca de la otra chica —respondió Ian.

—¡Maldito hijo de Odín! —protestó Lorna poniendo los ojos en blanco—. Está bien. Llevaos uno y el otro que lo coja Harald —sentenció.

—*þakka* Lorna —dijo Ian abrazando a la cocinera.

—Ya, muchacho, ya. Sigrid y Knut me comentaron lo que ese despreciable de Nicolson les estaba haciendo a esas dos muchachas y ya sabes que no ha sido nunca santo de mi devoción ese bárbaro pirata que se las da de comerciante legal. No entiendo esa amistad que Thorquil ha entablado con él. Venga, marchaos antes de que os descubran —les indicó.

Ian tomó a Aliena de la mano y se fueron en busca de los caballos que Lorna les tenía preparados. Caminaron pegados a la pared, siempre atentos de no ser descubiertos por ninguno de los secuaces de Nicolson. Cuando llegaron junto a los animales, la ayudó a subir a la grupa con delicadeza para, posteriormente, subir

él de un salto tras ella. Tomó las riendas, rodeando su cintura y ciñéndola más a su cuerpo, y azuzó al caballo. Resoplando, y con los ollares del todo abiertos, el animal emprendió camino a un trote largo y rápido.

Por suerte para ella, no tuvieron que cabalgar mucho rato, ya que con solo esa fina prenda interior y la manta no servían para abrigar bien su cuerpo en aquella fría noche isleña. Aunque el calor del cuerpo de Ian era un bálsamo en esos momentos, no pudo evitar comenzar a tiritar al sentir el frío penetrar por sus piernas. Por no decir de su trasero, que, sin un vestido o algo que amortiguase mejor el roce del trote del caballo, empezaba a sentir cierta molestia.

Ya bien lejos de la villa y de los ojos de todos, atravesaron una amplia explanada cubierta de vegetación y rocas. Ian relajó el ritmo de la montura para pasar a un paseo más liviano. Aliena se quedó maravillada de lo maravilloso que se veía el cielo estrellado en aquellas lejanas tierras y lo cerca que parecía estar la luna de ellos. Una luna llena grande y brillante que parecía ir mostrándoles el camino. Suspiró al recordar las noches estrelladas en Lewis y cómo Alaister y ella solían escabullirse del castillo para ir a darse un baño nocturno, lejos de las miradas del clan.

—Estás helada —dijo Ian en ese instante, abrazándola con más fuerza para prodigarle calor con su cuerpo.

—Bueno… no es el atuendo más adecuado para salir a galopar bajo las estrellas de donde quiera que estemos —respondió ella sonriente al sentirlo tan cerca.

—Thorshavn.

—¿Perdón?

—Digo que estás en Thorshavn, en las islas Feroe. —Y un silencio incómodo se instaló entre ellos.

Tenerla tan cerca hizo que un aluvión de sentimientos y emociones comenzasen a nublarlo por completo. Ella, por su parte, comenzaba a sentir lo mismo y por eso retorcía los extremos de su manta entre sus manos. Era tan fácil antes hablar el uno con el otro, tan fácil saber lo que pensaban o sentían en cada momento, que ahora se sentían como dos extraños que se deseaban de forma descontrolada. Parecía como si, ese apasionado beso momentos antes de su huida, los hubiese incomodado aún más.

—Ya hemos llegado —dijo Ian rompiendo el silencio.

Aliena levantó la cabeza y vio al fondo una pequeña cabaña de madera a orillas de lo que parecía ser un lago. El fuego del hogar alumbraba el interior de la casa, pues podía verse a través de los cristales. También pudo distinguir sombras, lo que indicaba que no estaban solos. «Tal vez sean los amigos que Harald mencionó antes», pensó. Tras atravesar un cercado de gruesos troncos, se fijó en el letrero que indicaba el nombre del lugar.

—Úlfarsheimr —pronunció de forma pausada.

—El hogar de Úlfarr —le dijo Ian.

—Ah. ¿Y quién es Úlfarr?

—Mi suegro —respondió sin dar más explicaciones.

La respuesta le cayó a Aliena como un jarro de agua fría y sintió que se le había parado el corazón por completo. Ian se había casado, había formado su propia familia en estas remotas tierras… y lejos de ella. ¿Por qué no había retornado a casa? ¿Con su familia? ¿O junto a ella? Sentía la enorme necesidad de encontrar respuestas a todas esas preguntas, pero tendría que ser en otro momento, pues ya estaban ante la puerta de la cabaña. Del interior, salió una mujer de cabellos castaños, y una belleza increíble, que dejaron a Aliena impresionada.

—¿Se puede saber dónde estabais, skozkrblóðs? Estábamos a punto de salir en vuestra busc… ¿Dónde narices está Harald? —preguntó la exuberante vikinga. Estaba claro que debía ser su mujer.

—Está de camino. Fue a rescatar a la otra muchacha —respondió Ian descendiendo del caballo y ayudando a Aliena posteriormente. Sabía que no necesitaba ayuda, pero quería tenerla entre sus brazos un poco más.

—Genial. Dos problemas, en vez de uno —protestó la mujer.

—Sigrid —la increpó Ian.

—Será mejor que pases dentro y entres en calor, o te helarás —le dijo Knut a Aliena de forma galante, acercándose a ellos.

—Gracias —balbuceó Aliena tratando de controlar el rechinar de sus dientes.

—Ve. Yo entraré ahora —le susurró Ian—. Sigrid, tengo que hablar contigo —comentó haciéndole un gesto con la cabeza a su airada cuñada.

Knut le pasó el brazo por encima de sus hombros, proporcionándole así calor y frotando un poco sus manos contra sus brazos, mientras ella observó cómo Ian y Sigrid se alejaban de ellos para tener más intimidad. Con semblante entristecido, y aceptando que nada podría esperar del que fuera su gran amor del pasado, Aliena caminó arropada por un extraño y amigable vikingo de cabellos negros y ojos azules. En la puerta se encontraron con otros dos hombres, hermanos y gemelos, presentándose como Olaf y Leif.

El interior de la cabaña no era muy amplio, pero sí lo suficientemente acogedor. Además, el calor del fuego de la chimenea había calentado toda la estancia, lo que hizo que Aliena emitiese un sonoro gemido de agradecimiento al sentirlo golpear su rostro congelado. Se acercó rápidamente para poder estirar sus brazos contra el abrasador calor de las llamas y poder así calentar su acartonado cuerpo. Mientras, Olaf le sirvió un cuenco con una especie de puchero caliente que ella agradeció con una leve sonrisa.

Knut tomó una manta de piel de oveja, bien tupida y gruesa, y se la colocó sobre los hombros para darle más calor aún. Tantas atenciones por parte de aquellos hombres que hacía tan solo unos minutos que la conocían, le hicieron sentirse protegida. En apenas unas horas, pasó de estar resignada por un futuro oscuro e incierto entre los brazos de un hombre al que detestaba, a ver la posibilidad de poder retornar junto a su hermano y su gente. Pero, ¿y él? ¿Retornaría con ella? ¿Debería decirle que su hermana estaba casada con James y que ahora, para bien o para mal, eran familia?

Demasiadas preguntas sin respuesta acumulándose en su cabeza.

Capítulo VIII

La puerta de la cabaña se abrió de golpe, dejando entrar a una enfada Sigrid portando una serie de prendas y un par de botas entre sus brazos. La miró con enfado y se las lanzó a los pies.

—Toma, ponte esto o enfermarás y no queremos que te nos mueras por el camino —le espetó con rabia. ¿Por qué la odiaba tanto? ¿Qué le podría haber hecho a aquella mujer para que le hablase así?

—Sigrid —le recriminó Ian apareciendo tras ella.

—Gracias —respondió Aliena tratando de no darle importancia a los malos gestos y bufidos de la valkiria.

Ian se acercó a ella y se sentó a su lado.

—Cuando termines eso, puedes vestirte ahí detrás. Nosotros saldremos fuera para darte más intimidad —dijo.

—¡¿Y por qué narices tenemos que salir a morirnos de frío, solo porque la damisela necesite intimidad para quitarse la ropa?! —protestó Sigrid.

—Sigrid, por favor. ¿Te desnudarías tú aquí mismo, delante de todos? —preguntó Knut en tono serio y molesto por la reacción de su amiga.

—Qué preguntas que haces, Knut —bromeó Leif. Su hermano le dio una colleja en señal de reprimenda, haciendo que este se quejase.

—Vaya, pero si ya le ha salido un escudero a *milady*…

—¡Sigrid ya está bien! —gritó Ian cansado de su actitud infantil.

Aquella esbelta mujer los miró a ambos mostrando un rencor que Aliena no lograba comprender. Sin más, se colocó su capa de lana de oveja y salió de la cabaña seguida por el resto de los chicos. Ian suspiró, avergonzado por haber tenido que hablarle así a su cuñada. Comprendía su malestar, pero no debía pagarlo con Aliena. Había sido decisión suya, y debía respetarlo.

—Estaré fuera. —Y tras esas palabras, se fue al encuentro de los que ahora eran su gente, dejándola sola al calor de las llamas del hogar.

Sintiendo una ganas enormes de romper a llorar, Aliena suspiró y se incorporó. Dejó el cuenco sobre una mesa redonda que había junto a la chimenea y se alejó de la visión de las ventanas para poder cambiarse su ropa por las prendas que Sigrid le había traído. Todo estaba siendo demasiado extraño, difícil de poder creer. «Por favor, que sea todo una pesadilla y despierte pronto», rogó en voz baja mientras se vestía con unos pantalones de cuero marrón oscuro. Minutos más tarde, vestida con un atuendo que la hacía parecer una auténtica vikinga, salió en busca del resto.

—¿Ian? —preguntó al darse cuenta de su ausencia.

—Está ahí detrás —respondió Olaf señalando con la cabeza la parte trasera de la cabaña.

—Gracias —dijo Aliena.

—Tal vez debas dejarlo un momento a solas. ¿No os parece, *milady*? —Ahí estaba. Un nuevo ataque gratuito por parte de Sigrid, quien la observó cruzándose de brazos y con aires desafiantes. Estaba claro que aquella vikinga buscaba una confrontación con ella sí o sí.

—Sigrid, por favor. Estás insoportable —le recriminó Knut.

—¡Oh, discúlpame, mi querido amigo! ¿Acaso he ofendido a tu damisela? ¿O es que no sabe defenderse sola? —dijo de forma sarcástica aquella mujer que comenzaba a agotar la poca paciencia que le quedaba a Aliena.

—¡Ya basta, joder! ¡No sé qué bicho te ha picado con ella, pero déjala en paz, Sigrid! —vociferó Knut, que se levantó de un salto del suelo y entró en la cabaña dando un tremendo portazo.

Sigrid se quedó mirando fijamente a la joven pelirroja que había llegado, parece ser, para desestabilizar a los que consideraba su familia. Le dio una patada a uno de los troncos cortados que había a

su lado, soltó un bufido y se alejó de allí soltando improperios en una lengua que Aliena no entendía.

—Tranquila, no es nada personal. Siempre están así estos dos —afirmó Leif al ver la expresión de la pelirroja—. Ve, te está esperando —le dijo.

—Gracias, chicos —respondió Aliena. Esos dos hermanos gemelos le habían caído bien desde el principio, y Knut también. En realidad, solo parecía tener problemas con Sigrid, aunque no lograba entender el por qué de esa inquina hacia ella.

Nerviosa y con el corazón agitado, caminó bordeando todo el lateral de la cabaña. Se sentía como antaño, cuando se veían a escondidas lejos de las miradas de todos y se robaban besos apasionados. Como cuando sus miradas se cruzaban de forma furtiva mientras comían todos reunidos ante la hoguera del clan, a las faldas del castillo de Edimburgo.

Lo encontró sentado frente a tres tumbas. Parecía estar meditando, o tal vez despidiéndose. Jugueteaba con una hoja, moviéndola entre sus dedos con gracilidad. Esos dedos que una vez la habían acariciado con ternura y pasión. Aliena suspiró al recordar aquellos momentos vividos juntos, atrayendo así su atención hacia ella. Él, al verla acercarse, sonrió y la invitó a sentarse a su lado.

—Te sienta bien la ropa —le dijo él clavando su verde mirada sobre ella—. Pareces toda una vikinga.

—Gracias, pero…

—Debes perdonar a Sigrid. No es nada personal contra ti, es solo que…

—Ian, no debes darme explicaciones. Lo entiendo —interrumpió ella colocando su mano sobre la suya de forma inconsciente.

—Esa ropa era suya, de mi mujer… y su hermana —le explicó desviando su mirada para posarla en el suelo.

—¿De tu…? Oh —exclamó ella al darse cuenta que Sigrid, en verdad, no era su esposa—. Espera, dices que era. Hablas en pasado. —Ian la miró de nuevo, pero esta vez con semblante triste. Volvió a desviar su mirada y la fijó en la lápida que tenían frente a ellos.

—Mi mujer —respondió señalando con la cabeza.

Aliena notó la nostalgia en su voz y comprendió entonces que él también era viudo, como lo era ella. Que ambos habían perdido a

dos personas que habían sido importantes en sus vidas. «Astrid Sigurðson, amada esposa, hija y madre» rezaba en la inscripción de la lápida. ¿Madre? Fijó su mirada a la tumba de la derecha. «Ragnar Sigurðson SinClair, amado hijo». Sintió un duro golpe en lo más profundo de su ser al comprender que él había perdido a ambos.

—Murieron el mismo día del alumbramiento, con horas de diferencia —le explicó con semblante serio, mirando al vacío de la noche.

—Lo siento mucho, Ian —atinó a decir ella, ya que su único deseo era poder abrazarlo y consolarlo.

—No es culpa tuya, Ali. Son cosas del destino, nada más.

—Lo siento porque sé lo que es perder a un hijo… y a tu compañero, casi al mismo tiempo los dos. —Él la volvió a mirar sorprendido por sus palabras.

—Ali, no sería…

—No, tranquilo. No me quedé en cinta entonces —respondió aludiendo a su encuentro la noche antes del fatídico accidente de Ian—. Me casé hace cuatro años con… con… —Ella tragó saliva para tomar fuerzas y poder contarle todo, pero decir el nombre de su esposo muerto le costaba bastante.

No lo había pronunciado en voz alta desde la emboscada. Sintiendo que las lágrimas parecían querer brotar de forma descontrolada, cerró los ojos y tomó aire llenando por completo sus pulmones. En ese instante, él le cogió su mano y la apretó con ternura.

—Ali, ¿qué sucede?

—Mi esposo está muerto, Ian —sentenció sin poder decir su nombre. Sin previo aviso, él la estrechó con fuerza entre sus brazos, transmitiéndole consuelo con ese abrazo tan añorado por ella. Por ambos, más bien.

—Cuánto lo siento, mi pelirroja traviesa —le susurró metiendo su rostro entre sus rojizos cabellos y pudiendo oler de nuevo su aroma—. Parece que al destino le gusta jugar con nuestras vidas —bromeó él. A ella se le escapó una ligera risa, aunque lo que en verdad deseaba era poder romperse en llanto porque, ahora que lo recordaba, nunca pudo llorar a Alaister como se merecía.

De pronto, oyeron el ruido de unos cascos de caballo en la lejanía que indicaba la llegada de alguien. Ian se levantó de un

salto, extendiendo su mano hacia ella para ofrecerle su ayuda. Aliena la tomó con delicadeza, pero él tiró tan fuerte de ella que acabó volando hacia sus brazos. Ambos se miraron, con sus corazones latiendo a toda prisa y sus respiraciones agitadas. Ian le apartó el pelo de la cara, colocándoselo hacia atrás y dejando libre su hermoso rostro. Acarició, entonces, el contorno de su mandíbula, deteniéndose en sus labios.

Iba a besarla. Quería besarla. Deseaba besarla. Y ella sentía el mismo anhelo que él, pues pudo ver cómo humedecía sus labios de forma inconsciente, preparándolos para la invasión.

—Siento interrumpir —dijo Olaf apareciendo tras ellos y rompiendo así la magia que se había creado—, pero Harald ya está aquí —les informó.

Roto el hechizo, fueron al encuentro de su compañero, caminando el uno junto al otro sin mirarse siquiera. «Una vez fuimos cercanos —pensó ella—, pero ahora que nos volvemos a reencontrar, somos dos extraños». Cuando llegaron a la parte delantera de la cabaña, se encontraron a Harald ayudando a Deirdre a bajar del caballo. Aliena se fijó en lo embelesada que parecía la joven, quien no dejaba de mirar al vikingo. Pudo imaginarse sus mejillas sonrosadas al sentir sus fuertes brazos sujetarla por la cintura.

—¡*Milady*! —dijo Deirdre con efusividad al ver la figura de su señora. Se liberó de los brazos de Harald y, agarrando las faldas de su vestido con ambas manos, caminó hacia ella apresurada.

—Gracias a dios que estás bien —respondió Aliena tomándola entres sus brazos en cuanto estuvo ante ella.

—¿Estás bien, Harald? —preguntó Ian al ver a su amigo acariciarse la zona del pulgar de su mano derecha.

—Se me pasará, no te preocupes. Es solo un mordisco —contestó mirando hacia ambas mujeres.

—¡Deirdre! —le dijo Aliena mirándola sorprendida.

—Lo siento, de verdad. Me asusté al sentir una mano sobre mi boca. Pe-pensé que era uno de esos cerdos bastardos de Nicolson que habían venido en busca de apaciguar su… ya me entendéis, *milady* —explicó haciendo gestos indicando su zona genital.

—Por dios santo, Deirdre. Mi compañía te está empezando a sentar mal. Ya hablas como un hombre. ¿Qué pensaría tu abuela, si

te escuchase hablar así? —bromeo Aliena.

—Pues llamaría al párroco para que me sacase todos los demonios que llevo dentro. —Tras esa ágil respuesta, ambas se rieron y se abrazaron de nuevo, suspirando aliviadas por haber logrado escapar de los lazos de esos piratas.

—¿Habéis tenido algún problema? ¿Os han visto venir? —preguntó Ian a su amigo.

—Será mejor que entremos —respondió Harald.

Iniciando el camino al interior de la cabaña por parte de aquel hombre de cabellos rubios y ojos azules cristalinos, que parecía haber impactado con fuerza en Deirdre, el resto le siguieron intrigados por el mensaje que les tendría que contar. Ya una vez dentro, Aliena y su amiga se sentaron en un extremo de la estancia, junto al calor del hogar, mientras que Ian y el resto lo hicieron cerca de la entrada. Todos miraban a Harald, esperando escuchar su historia.

—Nicolson ya sabe que han desaparecido, pero no sabe que fuimos nosotros —empezó a relatar—. Lorna nos escondió detrás de una estantería de la despensa mientras todos andaban de un lado para otro en busca de su tesoro más preciado: ellas —contó señalándolas.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de especial estas dos mujeres para formar tanto revuelo y por el que estemos arriesgando tanto? —inquirió Sigrid.

—Porque, al parecer, eran un regalo para el rey de Noruega. Más bien, ella —respondió señalando a Aliena—. Iba a ser la concubina del príncipe Cristien.

—¿Sabíais algo de esto? —les preguntó Knut.

—Sí. O, al menos, eso me confesó cuando… —Aliena no terminó la frase y optó por mirar al suelo, cerrando los ojos y respirando profundamente. No sabía cómo contarles las cosas que se vio obligada a hacer para mantener viva a Deirdre, y a ella misma, incluso. Aunque no hizo falta que lo contara, pues todos supieron qué se callaba la pelirroja.

—Así que ahora, nuestro amigo, se dedica a secuestrar y violar muchachas para después venderlas al mejor postor —comentó Leif en ese instante. Olaf, como siempre, le propinó otra colleja como reprimenda.

—Voy a matarlo —sentenció Ian, quien permanecía fijo en el suelo, apretando sus puños y comenzando a respirar como un animal embravecido.

—No vas a hacer nada de eso —le recriminó Sigrid. Colocó su mano sobre sus puños cerrados, tratando de transmitirle calma.

—Debí hacerlo cuando tuve la oportunidad…

—Pero no lo hiciste —le recordó Harald.

—Solo porque Astrid me lo suplicó, pero no debí escucharla —afirmó él.

—Mi hermana no quería que te pusieses en peligro por un ser tan despreciable como él, Ian. No harás nada, salvo devolverlas a su hogar —sentenció Sigrid.

Todos recordaban aquel enfrentamiento, un par de años atrás, cuando el pirata intentó propasarse con Astrid e intentó llevársela a la fuerza al interior de su barco. Recordaban cómo Ian había saltado sobre él, cual tigre encolerizado. Ambos estuvieron un largo rato luchando y chocando sus espadas hasta que fue el escocés quien logró doblegar a Nicolson. Con él de rodillas ante él, Ian estaba más que dispuesto a cercenarle la cabeza cuando ella se lo había impedido. Le dijo que no debía ensuciar así su alma y este, después de meditarlo durante unos segundos, bajó su brazo y lo dejó ir.

—Necesito tomar el aire. —Y sin más, se levantó de su taburete y salió fuera. Sigrid hizo amago de ir tras él, pero Knut la retuvo.

—Tal vez deba ser ella quien vaya —le dijo a su amiga, quien le lanzó una mirada reprobatoria.

Aliena los miró a ambos y luego miró a Harald, quien asintió con la cabeza en señal de estar de acuerdo con su hermano. A la valkiria pareció molestarle el hecho de que todos estuviesen tan protectores y embelesados con aquellas débiles mujeres, a las que empezaba a considerar inferiores a ella en cuanto a la lucha se refiere, y soltó un bufido de desaprobación.

Haciendo caso omiso a la mirada desafiante de Sigrid, Aliena salió en busca de Ian. Lo encontró sentado en la tarima de madera de la entrada, rompiendo en pedacitos una pobre rama que tenía entre sus manos. Sin mediar palabra alguna, se sentó junto a él.

—Si lo hubiese matado entonces, tú no tendrías que haber pasado por todo esto, ni tu esposo estaría muerto —dijo él sin mirarla.

—Nicolson no fue quien mató a Alaister. Otro grupo nos emboscó de camino a casa y los mataron a todos. A nosotras nos secuestraron y nos entregaron a él —le explicó sin entrar en más detalles. El recuerdo de aquella noche estaba demasiado fresco aún en su mente y en su corazón, y dolía demasiado.

—¿Por qué no me dijiste que él te… que Nicolson…?

—Porque no me siento orgullosa de ello, Ian.

—Ali, no es tu culpa —dijo él, mirándola en ese momento a los ojos. Ahora era ella quien bajaba la mirada y tomaba otra rama para romperla.

—Amenazó con entregar a Deirdre a sus hombres, si yo no accedía a acostarme con él. Pensando que tan solo tendría que soportarlo una vez, dejé que hiciese con mi cuerpo lo que desease, pero… —Se detuvo y suspiró.

—¿Pero?

—No fue suficiente, no se sació con una sola vez y… para sobrevivir y mantener a Deirdre a salvo, yo-yo tuve que yacer con él cuando así lo requiriese. Me mantuvo cautiva en su camarote para poder…

—Basta. No sigas —aseveró levantándose y alejándose de ella. Aliena le siguió sin pensarlo.

—Ian —pronunció su nombre llegando junto a él y tomando su mano, entrelazando sus dedos como antaño solían hacer.

—He soñado tantas noches contigo, Aliena. Con volver a verte, con volver a tocarte, a tenerte a mi lado, entre mis brazos…

—Estoy aquí. Me tienes junto a ti, Ian. —Él se colocó frente a ella, mirándola embelesado y sonriente. Acarició sus mejillas con suavidad, fijando su verde mirada en su boca. Ella cerró los ojos al sentir el tacto de su mano sobre su rostro, a punto incluso de dejar escapar un lágrima de pura felicidad por sentir que su corazón aún seguía latiendo por ella.

—Deseo tanto besarte, Ali… pero no puedo. Yo no… —En ese instante, la puerta de la cabaña se abrió y la figura de Olaf apareció ante ellos.

—Ya hemos trazado un plan, chicos. Deberíais entrar —les informó.

—¿Un plan? —preguntó Aliena intrigada sin comprender bien lo que sucedía.

—Vamos a llevaros de regreso a Escocia. Os llevaré junto a tu hermano, para que él os proteja —sentenció Ian.

Volver a Escocia, a su hogar… Aquellas apalabras sonaron como música para sus oídos y no pudo sentirse más agradecida. Pero se preguntaba si él se quedaría allí, con ella, o por el contrario retornaría junto a sus amigos. En ese instante, Aliena se dio cuenta que Ian no sabía que su hermana estaba casada con Jamie, ni que su familia al completo se habían trasladado a vivir a Dollar para formar parte del clan. ¿Cómo se lo iba a contar? Y lo qué es más importante, ¿cómo reaccionaría él?

Debía encontrar el momento oportuno para contárselo, pero, mientras tanto, necesitaba saber qué le impedía estar con ella.

A pesar de estar en verano, el cambio de temperaturas eran más que notables y pudo sentir el calor del interior de la cabaña acariciar su rostro entumecido por el frío de la noche isleña. Aliena retomó su sitio junto a Deirdre, quien se había hecho un ovillo con la manta que anteriormente había llevado ella puesta. Leif estaba echando más troncos al fuego del hogar y removiendo los restos de los que ya se habían desintegrado por las llamas. Harald permanecía de pie hablando con su hermano, Knut, y Sigrid. Ian se unió a ellos.

—Bien. Esto es lo que tenemos —comenzó a relatar Harald—. Nuestro barco está amarrado en el muelle, así que no podremos acceder a él sin levantar sospechas y arriesgarnos a que Nicolson nos descubra. Y tampoco podremos huir en él porque nos relacionarán enseguida con la desaparición de las muchachas y posiblemente nos diesen caza. Así que, barajando diferentes salidas, no nos queda otra que echar al mar el drakkar del abuelo de Sigrid y navegar hasta Lerwick. Allí, Olaf y Leif tienen familia que nos podrán acoger unos días hasta encontrar la forma de llegar a Escocia —explica con claridad.

—¿Qué es un drakkar? —preguntó Deirdre entre susurros a su señora.

—Es un barco vikingo —les respondió Aliena.

—Vaya, si la pelirroja es culta —se mofó Sigrid al escucharlas.

—Sigrid —le recriminó Ian.

—No nos desviemos del tema, por favor. Es importante —inquirió Knut.

—Habla el escudero protector —dijo la valkiria.

—Basta los dos, por favor. Empezáis a levantarme dolor de cabeza —protestó Harald—. Prosigo. Saldremos mañana, con las primeras luces del amanecer. Podríamos partir ahora, pero no quiero arriesgarme a navegar entre las rocas en plena noche. Así que, dormiremos, algunos montaremos guardia por si apareciesen por aquí los esbirros de Nicolson, y mañana saldremos temprano —terminó así su explicación.

—Yo haré la primera guardia —se ofreció Ian una vez hubo terminado su amigo de exponer el plan.

—Me parece bien. La siguiente la haré yo y la última le tocará a Leif —indicó Harald.

—¿Por qué siempre me tocan a mí las últimas guardias? —protestó el gemelo, recibiendo de nuevo otra colleja de su hermano.

—Porque en las primeras siempre te duermes —le reprochó Olaf. Todos rieron ante los gruñidos de protesta del joven.

Esos dos hermanos le recordaban a Aliena, en parte, a la relación entre su hermano y su mano derecha y mejor amigo, Gavin. Se pasaban el tiempo así, regañando uno al otro, pero siendo inseparables. Con esa nostalgia que le produjo aquel recuerdo de aquellos que la vieron crecer, se durmió sintiendo la ilusión de que pronto estaría en casa.

Pronto estaría a salvo.

Capítulo IX

Con las primeras luces del alba, y tras una merecida noche de absoluto descanso para Aliena y Deirdre, todos emprendieron camino hacia el pequeño arenal que había a pocos metros de la cabaña. El aire era frío, aunque el sol parecía mandar un mensaje de que el día pronto se tornaría más caluroso. Las aves marineras llevaban un tiempo despiertas, pues los recibieron a todos con cánticos y aleteos sobre sus cabezas.

A pesar de ir a la cabeza de la comitiva, junto a Harald, Ian iba pendiente de Aliena en todo momento. La veía sonreír hablando con su amiga y con los gemelos, quienes parecían desvivirse por prestarles sus atenciones. Una sonrisa que siempre iluminaba allá donde estuviera y que provocaba que su corazón se desbocase por completo. «Qué extraño es el destino», pensó mientras su amigo le explicaba a dónde se dirigirían tras asegurarse de no ser seguidos por Jonathan Nicolson y sus secuaces.

—Deberías estar con ella —le dijo Harald en ese momento, atrayendo así su mirada.

—Sabes que no puedo —respondió Ian. Su semblante se volvió de nuevo serio y oscuro, dejando ver la tremenda losa con la que llevaba tiempo cargando. Algo que apenaba a su amigo.

—Dudo mucho que Astrid quisiera verte así, amigo. Ella te amaba demasiado como para permitir que vivieses atado a una culpa…

—Ella murió sabiendo que jamás pudo lograr que la amase

como… como…

—Como amas a esa pelirroja que camina tras nosotros, lo sé —respondió Harald—. Y aún sabiendo todo eso, Astrid querría verte feliz. Hasta Sigrid desea lo mismo que todos nosotros, skozkrblóðs —afirmó.

—¿Tú crees? Porque no ha dejado de increparla desde que ha llegado —dijo Ian.

—Pero es porque sabe que, ahora, sí te irás a tu añorada tierra y nos abandonarás —contestó.

—Sigrid ya sabe desde hace meses de mi decisión de volver a Escocia. No sé por qué ahora se siente molesta, ni qué culpa tiene Aliena de todo esto —comentó en forma de reproche.

—Porque Aliena ha hecho realidad algo que, en el fondo, esperaba que no sucediese nunca, mi querido amigo. Todos manteníamos la esperanza de que cambiases de idea en algún momento. Pero, ahora, con la llegada del fantasma que asolaba tus noches, tu marcha se ha materializado y hecho realidad. No nos culpes por quererte a nuestro lado, skozkrblóðs —le dijo dándole un ligero codazo y sacándole, así, una sonrisa a Ian.

Una vez en la playa, divisaron el drakkar a un lado de la costa, entre un grupo de gigantescas piedras y cubierto por varias ramas y una gran tela de rafia algo roída por algunas zonas. Se notaba que llevaba mucho tiempo en espera de volver a salir a navegar. Entre todos limpiaron la cubierta de ramas y restos de algunos pequeños animales que se habían alojado allí.

Debían trabajar con rapidez, si no querían ser descubiertos y tener serios problemas. Así que, asignadas las tareas de cada uno, se afanan en adecentar y asegurarse de poder navegar hasta su siguiente destino sin perecer a mitad de camino. Sigrid observaba a la pelirroja en la distancia, sorprendiéndose de la decisión que mostraba a la hora de realizar tareas nada fáciles para una mujer. Pudo ver una fuerza en ella propia de una vikinga. Se podría decir que hasta empezaba a sentir cierta admiración por ella.

Aliena, por su parte, ayudó a Leif y a Olaf con los cabos que sujetaban el mástil, asegurándose de dejarlos bien atados y que no se les cayesen sobre sus cabezas con el mínimo soplo de aire. Reían y bromeaban entre ellos, mientras Ian observaba todo desde su posición alejada. Él revisaba, junto a Harald, que la madera del

barco no estuviese dañada y no filtrase agua por ningún sitio. Aunque lo sabrían con más certeza una vez estuviesen sobre él en el agua. Y por último, Deirdre se había encargado de estirar la vela y revisar que estuviese utilizable para navegar, aunque Aliena la ayudó en algún momento.

Una vez todo listo, empujaron todos juntos el barco hasta estar bien metido en las gélidas aguas del mar que bañaba aquella zona, siendo golpeados por el oleaje que rompía contra sus cuerpos. En alguna ocasión, la joven irlandesa emitió un gruñido de protesta por la sensación que le producían las olas al chocar contra su cuerpo. Uno a uno subieron al barco. Mientras que Deirdre era ayudada por Harald, Aliena trepó con gran destreza sujetándose con fuerza de los cabos que con anterioridad había estado anudando. Se esperaba que fuese Ian quien la ayudase a ascender el tramo final, pero se sorprendió al ver que quien extendió su brazo fue Sigrid.

Por unos segundos dudó si aceptar su ayuda, pues no sería de extrañar que la soltase en el último segundo. Decidió finalmente estirar su mano y sujetarse con fuerza a la mujer que se ofrecía a ayudarla por alguna extraña razón. Cuando posó sus dos pies en el interior del barco, ambas mujeres se miraron y se sonrieron. Un gesto que hizo que Ian esbozase una leve sonrisa. Conocía muy bien a Sigrid y sabía que, tarde o temprano, acabaría aceptando a Aliena. El problema era que su cuñada tenía unas extrañas formas de entablar amistad con la gente, sobre todo con otras mujeres.

Con la vela desplegada y bien tensada, y un viento a favor que comenzaba a coger fuerza, como si los hubiese estado esperando, aquel viejo drakkar comenzó a moverse hacia mar adentro. En cuanto dejaron la costa atrás, y por ende toda esa agitación que hizo que a Aliena casi se le saliese el corazón de su sitio, cada uno ocupó su posición correspondiente. Ella y Deirdre acabaron sentadas en un extremo del barco, haciéndose compañía la una a la otra.

—*Milady*, deberíais taparos con algo o enfermaréis de nuevo —le dice su joven dama.

Aliena la miró, sonriendo con ternura al verla enroscada en aquella tela gruesa que Harald se había preocupado de sacar de uno de los fardos que subieron al barco. Con gran maestría la envolvió al sentirla castañear tanto los dientes. Parecía que al vikingo le

había caído en gracia su querida Deirdre y, por lo visto, a ella también.

—Estoy bien, Deirdre —respondió—. Harald parece muy atento y, además, es muy guapo —le dijo sin más.

—S-sí, sí… eso parece. —La muchacha comenzó a sentirse azorada y agachó la cabeza tratando de tapar la rojez de sus mejillas. Un gesto que divirtió a Aliena y no pudo evitar reírse, lo que atrajo la atención de unos ojos verdes que la miraron con atención.

—No debes avergonzarte, Deirdre. Es bonito sentirse atraída por alguien como él. Enamorarse es lo más bonito que puedas sentir porque sientes que le perteneces a alguien y que ese alguien te pertenece a ti. Todo tu mundo cambia en ese instante y ya no concibes la vida sin ese sentimiento —le explicó con cierta añoranza al recordar tiempos pasados.

—*Milady*, ¿y cómo se sabe cuándo una está enamorada?

—Deirdre, creo que ya va siendo hora de que me llames por mi nombre. Ya no estamos en Lewis, ni soy tu señora. Ahora somos amigas.

—Muy bien… Aliena. ¿Cómo se sabe cuando…?

—Porque sientes que te falta el aire cuando no lo ves. Porque te sientes invencible cuando estás con él. Porque no deseas otra cosa que sentirlo, tocarlo, besarlo. Porque tu corazón se agita con el más mínimo gesto suyo hacia ti. Y porque cierras los ojos y solo puedes ver los suyos fijos en ti —relató cerrando sus ojos y abrazándose a sí misma, como intentado emular los brazos que una vez rodearon su cuerpo y la hicieron sentir la mujer más maravillosa del mundo.

De pronto, como si su corazón hubiese emitido una llamada silenciosa, sintió el calor de unos brazos rodeándola. Abrió sus ojos sorprendida y se encontró con la intensa mirada del único hombre que la hizo sentir todas aquellas sensaciones. Ian le había colocado una gruesa manta sobre los hombros y la estaba abrazando.

—Deirdre tiene razón. Te vas a resfriar. No estás acostumbrada a esta temperatura, pelirroja —le susurró él al oído. Sin darle opción a nada más, Ian cesó su abrazo para dirigirse a su posición en el barco.

—Ian —se apresuró a decir Aliena, cogiéndolo de la mano y obligándolo a que la mirase de nuevo—. Gracias —le dijo. Él

simplemente sonrió y se alejó de allí.

—¡Oh, *milady*! Es-es —comenzó a balbucear Deirdre al comprender quién era el extraño conocido que las había salvado—. Aliena, él es el hombre del que le hablasteis a la hija del laird MacLeod en Dunvegan. Él es…

—El hombre por el que Al no logró conquistar mi corazón —respondió Aliena tras un suspiro mientras observaba la figura de su antiguo amor hablar divertido con sus amigos.

—Pero, yo suponía que, por vuestras palabras, él estaba… bueno, que había…

—Muerto, sí. Yo también lo pensaba. Incluso su fantasma me visitaba cada noche y por eso solía tener aquellas horribles pesadillas.

—Señora, pero… perdón —dijo Deirdre al darse cuenta que seguía tratando a Aliena como alguien superior a ella—. Aliena, pero esto es bueno. El destino os ha vuelto a unir…

—Curiosa forma tiene el destino de unir las almas de dos personas que ya se habían forjado en un tiempo pasado, ¿no crees?

—¿Acaso él ya no siente lo mismo?

—Por momentos parece que sí, pero es como si estuviese librando una lucha interna que le impide acercarse a mí —contestó —. Todo era tan sencillo antes entre nosotros. Las conversaciones fluían solas. Nos conocíamos tan bien que… —Aliena volvió a suspirar—. Ahora es como si fuésemos dos extraños, Deirdre. Y eso me está matando —confesó. Su joven amiga la abrazó con ternura, transmitiéndola cariño y compasión.

—Mi abuela diría que todo pasa por una razón y, tal vez, este camino lo debáis recorrer así para haceros más fuertes el uno al otro y hacer vuestros lazos irrompibles e inquebrantables —le dijo.

—Tengo que conocer a tu abuela. Qué mujer tan sabia debe de ser esa mujer. Tu abuelo se sentirá orgulloso de tener una mujer así a su lado.

—Cuando no lo echa a dormir al pajar, sí. —Tras aquellas palabras, ambas rieron divertidas.

Al otro extremo del barco, y sujetando el timón, se encontraba Harald, quien observaba con admiración a esa muchacha irlandesa que reía junto a Aliena y que parecía haberle golpeado duramente en lo más profundo de su ser. No pudo evitar sonreír al oír la

melodiosa voz de Deirdre, ni podía dejar de recorrer con su azul mirada las líneas de sus delicadas facciones. Nunca había conocido a una mujer así y esa joven risueña de cabellos castaños y ojos marrones lo tenía eclipsado. Hasta adoraba esas pequeñas, y casi invisibles, pecas que tenía esparcidas por su nariz y parte de los pómulos.

—Soy yo o pareces estar enamorado, amigo —comentó Ian a su lado, quien ya se había fijado en cómo Harald estaba siempre pendiente de Deirdre.

—No digas tonterías, skozkrblóðs. Solo admiro su belleza, como la de cualquier otra mujer —refunfuñó el vikingo.

—Pues, permíteme que te diga, viejo amigo, que jamás te había visto mirar así a ninguna otra mujer —le soltó Olaf a modo de burla.

—Ni tan siquiera mirabas así a mi hermana, antes de que nuestro amigo escocés apareciese en nuestras vidas —dijo Sigrid recordando esos momentos de juventud en los que Harald mostraba claras intenciones de conquistar a una joven Astrid.

—¿Es que os habéis golpeado todos la cabeza o qué os pasa? —protestó Harald.

—No. Simplemente comentamos lo evidente, hermano —respondió Knut divertido.

—Lo cierto es que Deirdre es muy bonita, y está libre. Tal vez intente conquistarla —comentó Leif mirando hacia las dos mujeres que dialogaban de forma alegre y relajada, sin ser conscientes de estar siendo observadas por el resto de la tripulación.

—No harás nada por el estilo, Ericsson, o te juro que te tiro por la borda —aseveró Harald mirándolo fijamente, aunque el gemelo mantenía su vista fijada en ellas y no fue consciente de la severidad con la que su amigo lo miraba.

—¡Ay! —se quejó Leif al sentir la colleja que su hermano le da en su cabeza—. Me vas a dejar tonto de tanto golpearme, Olaf —protestó.

—Lo dudo mucho. Más, es imposible —respondió su hermano con sarcasmo, provocando que los demás estallasen en carcajadas.

En las zonas más al norte del planeta, la noche caía antes que en otros lugares y, cómo no, la oscuridad cayó sobre ellos en plena travesía. Algo que a Aliena no le causó demasiado alivio, pues la

inmensidad del océano y la oscuridad del cielo otorgaban a aquella visión una sensación de inseguridad absoluta. Solo lo salvaba la enorme y brillante luna llena que se veía en el firmamento, iluminando todo a su paso.

Como aún les quedaban unas cuantas horas para llegar a su destino, decidieron turnarse para llevar el timón y así poder ir descansando por turnos. El viento era constante y eso les permitía no tener que recurrir a los remos, algo que agradecieron con sumo gusto. Deirdre se quedó dormida al calor de su manta y la cercanía del cuerpo de Harald, quien se había acercado para pasar tiempo con ellas.

Al no lograr conciliar el sueño, Aliena decidió enroscarse su manta al cuerpo y alejarse del pequeño grupo que se había formado a su alrededor para no despertarlos. Caminó con cuidado hasta lograr apoyarse en la cabeza de dragón que parecía estar a punto de expulsar una ráfaga de fuego al cielo. Observó la inmensidad del horizonte que tenía ante ella y lo maravilloso que se veía el firmamento, tan lleno de pequeñas luces tintineantes y alguna que otra estrella fugaz. Pensó en si alguna de ellas sería el alma de Alaister, y si la estaría observando desde allá arriba.

—¿No puedes dormir? —Ian apareció junto a ella, con su deslumbrante sonrisa y sus hipnóticos ojos verdes.

Ella lo miró y sonrió, negando con la cabeza en señal de respuesta. Él la abrazó para darle calor con su cuerpo, ya que se fijó en cómo trataba de cobijarse mejor bajo su manta, y le dio un beso en la frente. Aliena cerró los ojos y suspiró al sentir el tacto de sus labios sobre su piel. Deseaba poder hablar con él con la misma sinceridad y confianza con la que lo hacían antaño, pero decidió quedarse en silencio entre la comodidad de sus fuertes brazos.

—¿Pensabas en él? —le preguntó en ese instante.

—¿En quién?

—En tu esposo.

—Pienso en él a diario —respondió con sinceridad—. ¿Y tú en tu mujer?

—También pienso en ella a diario. —Ambos volvieron a quedarse en silencio, dejando que la brisa marina acariciase sus rostros.

—¿Vas a volver a Thorshavn? Me refiero, una vez que me lleves

hasta mi hermano, si tú vas a volver a irte —preguntó ella.

—No. Voy a quedarme en Escocia e iré a buscar a mi familia. Deben saber que estoy vivo —contestó.

—Ian, en cuanto a eso, tengo que decirte algo.

—Soy todo oídos.

—Tu familia está viviendo en Clackmannanshire, con Jamie…

—¿Cómo? ¿Qué hacen allí? ¿Es por Robbie? ¿Se quedó con tu hermano?

—En realidad es por tu hermana —respondió Aliena moviéndose entre sus brazos para poder colocarse frente a él y mirarlo asó a los ojos.

—¿Mi hermana? ¿Abigail? ¿Qué…?

—Tu hermana se ha casado con mi hermano —afirmó dejándolo pasmado.

—¿Que Abi se ha casado con James Campbell? —Aliena tan solo asintió con la cabeza, divertida al ver la expresión de sorpresa de Ian.

—Son una pareja envidiable y tienen dos niños hermosísimos, los cuales yo ayudé a traer al mundo —le dijo.

—Vaya con mi hermana.

—Todos en el castillo la quieren mucho. Bueno, en todo el clan la admiran y respetan. Se puede decir que congeniamos nada más conocernos. De hecho, ella fue quien me ayudó el día de mi boda…

—Cuéntame más sobre mi familia, por favor —le pidió Ian, sintiendo añoranza y una gran alegría por saber que su familia estaba toda bien.

Con calma, Aliena le relató todo lo acontecido entre James y Abigail. De cómo ella pudo ver la gran conexión que existía entre ellos; de cómo se cuidaban el uno al otro; de lo dura que había sido su ruptura y lo bonita que había sido su reconciliación; y de cómo James había luchado por obtener la bendición del rey ante su matrimonio con ella. Le cuenta también cómo su padre y su hermano Robbie habían decidido formar parte de su clan, jurando fidelidad ante su hermano y adquiriendo, así, el apellido Campbell. Pero la mayor sorpresa le vino cuando Aliena le contó la historia de su padre con Iona.

—¿Que nana y mi padre están casados? —preguntó tan atónito que no fue consciente de lo alto que había elevado su voz.

—Sschh Calla o despertarás al resto —respondió ella divertida, tapándole la boca con su mano.

De forma instintiva, Ian acarició su mano y le dio un beso en la palma, provocando que una descarga recorriese todo el cuerpo de Aliena. Se miraron a los ojos, añorando esos momentos de intimidad que habían tenido en el pasado. Un pasado que les parecía muy lejano y al cual desearían poder regresar. Acarició, entonces, su mentón y sus labios, sintiendo como el corazón se le empezaba a desbocar. La agitada respiración de Aliena dejaba claro que a ella le estaba pasando lo mismo. Ambos se deseaban aún más incluso que antes.

—Lo siento, Ali —pronunció con tristeza sin dejar de mirarla.

—¿Por qué?

—Por haberte abandonado.

—Ian, tú no me abandonaste. Sufriste un accidente y todos te dieron por muerto. No ha sido cul…

—Te robé tu virtud y después desaparecí, obligándote a tener que casarte con otro hombre —dijo.

—Escúchame bien, Ian SinClair —respondió Aliena tomando su rostro entre sus manos y fijando su gris mirada en él—. Nadie me obligó a hacer nada que yo no quisiera. Jamie jamás me obligaría a casarme por un acuerdo. De hecho, fue el que más se opuso a mi matrimonio con Alaister.

—¿Y por qué te casaste, entonces?

—Pues porque él me lo pidió, aun sabiendo que no obtendría a una mujer pura. —Aliena tomó aire para poder hablar de su esposo sin derrumbarse, pues la imagen de él muriendo entre sus brazos no dejaba de venirle una y otra vez—. Nos conocimos en una celebración en el castillo de mi tío Colin Campbell, en Inveraray. Estaba tratando de lograr una alianza con el clan MacLeod de Lewis y surgió una bonita amistad entre ambos. Siempre me hizo sentir cómoda, podía ser yo misma y nunca tuvo reparos porque me hubiese entregado a otro hombre. Él me quería a mí, no mi apellido ni mi virtud. Alaister MacLeod era un hombre tranquilo, conciliador y un gran laird para su clan. Y un hombre muy apuesto —le explicó.

—¿Le amaste?

—No lo sé… y eso me mata, porque él sí que me amaba con locura. Al menos, así me lo demostraba cada día. Sí sentía algo muy

fuerte por él, no te lo niego. Poco a poco, y con mucha paciencia, fue curando mi herida. Pero el destino parece que tenía otros planes para nosotros —contestó agachando su mirada, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con brotar. Él la tomó del mentón, obligándola a mirarlo a los ojos. Por un instante, parecía como si la fuese a besar.

—El destino parece haber estado jugando una partida un tanto macabra con nosotros, pelirroja —dice finalmente, controlando a duras penas sus impulsos.

—Ian…

—Ve a dormir, Ali. Yo tengo que sustituir a Knut en el timón y aún nos quedan unas horas para llegar. —Y sin más, volvió a alejarse de ella, dejando un tremendo y frío vacío entre ambos que parecía casi insalvable.

«Señor, ¿acaso nos has vuelto a juntar para sufrir? ¿Tan grande fue nuestro agravio que debemos pagarlo de esta forma tan cruel?», se preguntó para sí mirando al firmamento. Pero no obtuvo respuesta alguna. Suspiró y retomó su lugar entre el grupo de cuerpos durmientes, cerrando posteriormente sus ojos para tratar de conciliar el sueño.

Capítulo X

Un fuerte estruendo despertó a Aliena de golpe, mirando en derredor completamente desorientada. Aún era de noche, pues el cielo se veía completamente negro y la luna seguía brillando en el firmamento.

—Tranquila, pelirroja. Tan solo ha sido el barco al entrar en el arenal —dijo Ian tumbado a su lado, mirándola divertido al verla tan asustada—. ¿No te gusta navegar, verdad? —le preguntó.

—No mucho, la verdad —respondió.

Él se levantó casi de un salto, como si un muelle hubiese activado un resorte escondido bajo su espalda, y estiró su mano hacia ella para ayudarla a incorporarse. Ella la cogió gustosamente, sonriendo con picardía. Ian tiró de ella con tanta fuerza que acabó con Aliena entre sus brazos, con sus rostros a escasos centímetros el uno del otro. Y otra vez ese dulce momento en el que parecía que la besaría de nuevo, que hizo que sus corazones latiesen con gran fuerza en sus pechos. Pero no sucedió nada y dejó que ella se deslizase entre sus brazos hasta quedar de pie frente a él.

—¿Has dormido a mi lado? —preguntó Aliena.

—Estabas hecha un ovillo, tiritando de frío, y decidí tumbarme a tu lado para darte calor —respondió apartándole un mechón de pelo de la cara y colocándolo de forma delicada detrás de su oreja —. ¿Te molesta?

—No…

—¡Skozkrblóðs! ¡Ven a echarnos una mano con la sujeciones! —

le gritó Harald en la lejanía, rompiendo su momento mágico.

—¡Ya voy! —respondió Ian. Volvió a clavar sus ojos en ella, teniendo que contener el deseo de besarla—. ¿Podrás bajar bien tú sola, Ali? —le preguntó acariciando sus mejillas.

—¿Es que todavía no me conoces? —respondió divertida. Ian sonrió, con su rostro entre sus manos y sabiendo que su pelirroja era la mujer más intrépida que jamás había conocido. No tenía miedo a nada y era valiente como ninguna otra.

—Pelirroja traviesa —dijo entre susurros.

Le dio un sensual beso en la comisura de los labios que a punto estuvo de hacerlo perder el control. Cuando se separó de ella, pudo ver la rojez de sus mejillas emerger y la decepción en sus ojos. Muy a su pesar, se alejó de ella y bajó del barco para ayudar a sus amigos con las tareas de amarrar el barco para que las olas no se lo llevasen de vuelta mar adentro.

Resignada, Aliena enrolló su manta y la anudó con fuerza para poder meterla de nuevo en el saco con el resto de provisiones. No pudo evitar pensar en ese fugaz beso, en esa forma tan sensual que tuvo Ian de rozar sus labios y de la calidez que aún recorrió todo su cuerpo, producto por la excitación de tenerlo tan cerca de nuevo. Sin darse cuenta, suspiró con resignación.

—No os aflijáis, *milady* —dijo Deirdre apareciendo a su lado para ayudarla a recoger las mantas—. Ian es un buen hombre y os ama. Todos lo ven y todos los saben bien —afirmó.

—Deirdre, ya te he dicho que me llames por mi nombre…

—Perdón, seño… Aliena. Es la costumbre.

—En cuanto a lo que dices, no sé qué pensar. Tan pronto parece estar tan cerca, como se aleja de mí igual que si fuese una brasa candente que le estuviese quemando en las manos —comentó ella.

—Tal vez no sean sus manos lo que arden —respondió su joven amiga.

—Vaya… veo que te has hecho toda una experta en el tema del amor, amiga —bromeó Aliena que, al comprobar cómo Deirdre se sonrojaba tras sus palabras, no pudo evitar reírse.

—Bueno, yo no… n-no… —balbuceó nerviosa. En ese momento, Harald reapareció en la cubierta del barco y caminó hacia ellas.

—Lo cierto es que ese vikingo no está nada mal. Y puedo asegurarte, mi querida amiga, que lo tienes loquito por ti —le

susurró divertida a Deirdre.

—¿Estás lista? —le preguntó a la muchacha, quien tan solo logró asentir con la cabeza—. Vamos, te ayudo a bajar. Los gemelos se encargarán de bajar el resto de las cosas —le dijo tomándola de la mano.

Aliena sonrió viéndolos alejarse de ella cogidos de la mano. Lo cierto es que Harald parecía haberse enamorado por completo de su amiga, pues siempre estaba muy pendiente de ella, atento a todo lo que a su alrededor ocurría. La ayudaba en todo momento y charlaban de forma relajada cuando estaban juntos. «Me alegro por ti, amiga», pensó mientras se preparaba ella también para descender por la cuerda.

—¿Necesitáis ayuda, *milady*? —preguntó Sigrid de forma burlona, apareciendo junto a ella de la nada.

—No, gracias. Puedo sola perfectamente —respondió Aliena con suma educación para no mostrar su malestar ante las constantes burlas de la valkiria que la había tomado con ella.

—Como gustéis, princesa —le dijo haciendo una reverencia de lo más forzada.

Aliena obvió responder ante su provocación y comenzó a descender. Sujetaba con fuerza la gruesa cuerda entre sus manos, apoyando sus pies en la madera del barco y dejándose descender con cuidado. No era la primera vez que hacía algo así, aunque se trataba de la ventana de su habitación y era piedra lo que tenía bajo sus pies. La madera del barco estaba húmeda y eso le impedía poder agarrarse con fuerza, en caso de resbalón.

Tan solo le quedaba un último paso para llegar al suelo, pero, en ese tramo de la cuerda, algo se le clavó en los dedos e hizo que la soltase por instinto, precipitándose al vacío. Unos fuertes brazos la cogieron en ese instante, evitando así que se cayese de culo contra la arena mojada. Ian estaba ahí, sujetándola con fuerza y salvándola de hacer el mayor de los ridículos. Sigrid cayó sobre sus pies a su lado en ese momento. Parecía haber bajado de un salto, sin agarres ni nada.

—Mejor sus brazos que los míos, *milady* —dijo con sarcasmo pasando a su lado y alejándose en dirección al resto del grupo.

—¿Se puede saber qué le he hecho para que me odie tanto? —preguntó Aliena ofendida. Ian rio y la depositó con cuidado en la

húmeda arena de la playa.

—No te odia. Más bien le creas curiosidad. Digamos que siente cierta admiración por ti —le respondió él.

—Curiosa manera de mostrarlo.

—Sigrid tiene una extraña forma de entablar amistad, sobre todo con otra mujer. No se lo tengas en cuenta. Os parecéis más de lo que te puedas imaginar.

—Si tú lo dices…

—Ven, vamos —dijo cogiéndola de la mano—. Aún faltan un par de horas para que amanezca. Montaremos las tiendas allí y haremos una pequeña hoguera para que podáis entrar en calor —le explicó caminando con ella sujeta.

—¿Dónde estamos?

—Estamos en *Sealtainn*. Si todo va bien, en un par de días llegaremos a tierras escocesas. Luego, os llevaré a ti y a Deirdre con tu hermano.

—Bueno… En cuanto a eso, no tengo claro que ella vaya a querer venirse conmigo a Dollar —comentó mirando la imagen de su amiga y Harald sentados juntos sobre un tronco, hablando muy cerca el uno del otro. Ian siguió la dirección de sus ojos, viendo la misma imagen que Aliena.

—Nunca había visto a Harald comportarse así con una mujer. Bueno, ni con nadie, si te soy sincero —dijo divertido.

—El poder del amor es muy grande. Cambia a las personas.

—También las ayuda a mantenerse con vida —susurró sin pretender ser escuchado. Pero ella fue muy consciente de sus palabras, aunque no comprendiese muy bien a qué se refería con ello.

En cuanto los primeros rayos de sol comenzaron a asomar por el horizonte, Ian, Harald y Olaf emprendieron camino hacia el poblado donde vivían los primos de los gemelos para conseguir un transporte que los llevase hasta Escocia lo antes posible. Cuanto antes llegasen a tierras Campbell, más difícil sería que Nicolson y sus hombres les encontrasen, si es que ya los habrían relacionado con la desaparición de las muchachas. Aunque a Ian no le importaría volver a enfrentarse a ese bastardo y poder darle así su más que merecido final.

Pasaron el tiempo contándoles cómo habían sido emboscados por parte de un grupo de mercenarios, los cuales Aliena comenzaba a sospechar que habían sido contratados por alguien de su propio clan. Tenía algunas personas en mente, pero no quería adelantarse hasta estar totalmente convencida de ello. Knut parecía muy interesado en conocer más sobre esas dos mujeres y las escuchaba con suma atención, al igual que Leif. No así, Sigrid, quien decidió ir a dar un paseo por los alrededores para no tener que ver la cara de admiración de sus compañeros. Sobre todo la de Knut.

—¿Te enfrentaste tú sola contra uno de ellos? —preguntó Knut sorprendido.

—Mi señora es muy valiente, y sabe manejar la espada muy bien —se apresuró a responder su amiga.

—Deirdre… —protestó Aliena.

—Lo siento, mí… Aliena —dijo sonrojándose—. Es la costumbre.

—¿Y no tuviste miedo? —Leif parecía sentir una gran admiración por esa pelirroja que mostraba tanta valentía.

—Estaba aterrada. No sabía dónde estaba Al, ni si lograría encontrarnos a tiempo… pero, si algo me enseñó mi hermano bien, es a no mostrarme débil ante un oponente —respondió. En ese momento, sintió una mezcla de sentimientos al recordar a su esposo muerto y a su querido Jamie, su hermano y protector por siempre.

—Ali, sentimos mucho tu pérdida —comentó Knut cogiendo su mano con delicadeza. Ella simplemente lo miró y asintió, pues las palabras no salían de su boca sin dejar clara la amenaza de las lágrimas.

—Ojalá yo fuese tan valiente como lo sois vos, mi… amiga —dijo Deirdre imitando el gesto del joven.

De pronto, Leif se levantó de un salto del tronco en el que estaban sentados, quitándose las pieles con las que se mantenía en calor y desenvainando su espada.

—Vamos, pelirroja. Demuéstranos lo que sabes hacer —le dijo a modo de desafío.

—Leif… —intentó protestar Knut.

—Tranquilo, amigo. No seré muy brusco. No quiero lastimarla y que Ian me acabe matando por ello —respondió divertido, moviendo su espada en el aire a modo de calentamiento.

—No te cortes por mí, Ericsson. He tenido un gran maestro. —

Aliena aceptó el desafío y, tomando la espada que Knut le ofrecía, se levantó dispuesta a demostrar de lo que era capaz.

Sin más, la lucha dio comienzo con el ataque del gemelo, quien saltó sobre ella casi sin previo aviso, dejando caer su espada sobre su cabeza. Para su grata sorpresa, Aliena mostró tener muy buenos reflejos y logró bloquear su ataque con su espada. Durante unos breves minutos, ambos bailaron entre estocada y estocada sobre la fina arena de la isla y bajo la atenta mirada de sus amigos. A Leif parecía costarle doblegar a la pelirroja, quien manejaba su arma con suma destreza para ser una dama de la nobleza.

Entre risas, golpes y alguna que otra zancadilla, Aliena y Leif pusieron fin a su demostración de habilidades, jadeantes y sonrientes por el esfuerzo realizado. Deirdre, por su parte, no pudo evitar aplaudir a su amiga, pues no había sido derrotada.

—Dame tu espada, Leif —comentó Knut levantándose en ese instante—. Me toca a mí, y yo no seré tan benévolo —dijo con cierto brillo en sus ojos y un ligero toque de picardía.

—Mejor prueba conmigo. —Sigrid apareció junto a ellos, con semblante serio y portando su ya desenvainada espada.

—Sig…

—No, tranquilo, Knut. No me importa. No pasará nada —se apresuró a decir Aliena, pues la decisión que se veía en los ojos de la vikinga no auguraban nada bueno. Y si a eso le añadimos que había dejado claro la animadversión que sentía por ella, iba a ser una lucha interesante.

—Muy bien, *milady*. Veamos de qué pasta estáis hecha… —Y sin previo aviso, Sigrid comenzó a descargar con furia sus ataques sobre una agotada Aliena.

Bajo la atenta mirada del resto de sus compañeros, quienes veían cómo a la pelirroja cada vez le costaba más sostener su espada, ambas mujeres parecían haber dejado de tomárselo como una mera exhibición y habían pasado al duro enfrentamiento. Golpe tras golpe, Aliena sentía la fuerza de esa furiosa vikinga con cada estocada.

«Cuando te veas en inferioridad de fuerza, utiliza la astucia», recordó entonces las sabias palabras de su hermano en uno de tantos entrenamientos. Sin pensárselo dos veces, giró su cuerpo hasta dejar su espalda pegada contra el cuerpo de la valkiria y,

aprovechando su baja estatura, la tomó del brazo y la derribó. Sigrid, que no fue capaz de adivinar esa maniobra, acabó tumbada boca arriba sobre la arena, escuchando los aplausos y vítores por parte de sus espectadores.

Aliena, por su parte, estaba casi de rodillas junto a ella, jadeante y apoyada sobre su espada clavada en la tierra, tratando de llenar sus pulmones de aire. Un duro esfuerzo que había finalizado con la derrota de una vikinga que comenzaba a resoplar y a llenarse de furia, pues nunca jamás la habían tumbado de aquella forma. Y mucho menos, por otra mujer.

De pronto, Sigrid vio como la pelirroja se ponía en pie y le extendía su mano en señal de ayuda. Con la mirada llena de ira, la tomó de forma gustosa, aprovechando así que había bajado la guardia, para tirar de ella y lanzarla por los aires con un ágil movimiento de sus piernas. Aliena gritó sorprendida por la reacción de su oponente, cayendo sobre la arena de espaldas. Una encolerizada vikinga saltó sobre ella con espada en mano y gritando como una loca. Estaba fuera de sí, sin control alguno. Sin más, descargó toda su rabia sobre Aliena. Se disponía a asestar el golpe final cuando otra espada se interpuso en su camino.

—¡¿Es que te has vuelto loca, Sigrid?! —Ian había llegado justo en el instante en el que la había lanzado por los aires. Viendo la decisión reflejada en el rostro de su cuñada, sintió una tremenda punzada y corrió a interponerse entre ellas.

—¡Ella aceptó el reto! ¡Yo no la obligué a nada! —respondió la vikinga ofuscada.

—¡Por dios que estás acabando con la poca paciencia que me queda sobre ti y empiezo a cansarme de soportar tu inmadurez, valkiria estúpida! —Ahora, el que estaba fuera de sí era él, y eso se vio reflejado en el semblante de su cuñada, quien soltó su espada y se alejó de allí a grandes pasos. Ian se había arrepentido de sus palabras en el mismo instante en el que las dijo, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Sabía que la acababa de hacer mucho daño… pero cuando vio el cuerpo de Aliena salir por los aires, el posterior grito al caer sobre la arena y la decisión de Sigrid al saltar sobre ella, nublaron por completo su juicio.

—Ian… —La voz de Aliena lo trajo de vuelta. Se arrodilló frente a ella, tomándola del mentón y comprobando que no tenía ningún

rasguño o moretón.

—Juro que si te llega a…

—Estoy bien, Ian —respondió ella posando su mano sobre la suya, mirándolo a los ojos y sonriendo con ternura—. Sigrid no me iba a hacer nada. Tan solo estábamos entrenando un poco, nada más —afirmó.

—¿Entrenando? ¿Acaso te has vuelto loca, Ali? Esa mujer es una luchadora nata, nacida para la guerra. Sigrid aprendió antes a manejar una espada que a hablar o a andar. Podría haberte…

—Pero no lo hizo, Ian.

—Cuando te oí gritar, yo…

—Estoy bien. Tal vez un poco magullada y con un tremendo dolor de culo que hará que me cueste sentarme en una temporada, pero nada más. —Esas palabras hicieron que él sonriese.

Su pelirroja traviesa y su forma tan sincera y masculina a la hora de expresar sus emociones. Esa mujer por la que se mantuvo aferrado a la vida, con la que tantas noches había soñado y llamado desesperadamente, y por la que sentía unas tremendas ganas de apoderarse de sus labios y volver a saborearla como deseaba. Y así lo hizo. La besó, para sorpresa de ella, y pudo sentir el fuego en su interior crecer por segundos. Un fuego que exigía ser apagado de la única forma que se podía, y era volviendo a estar dentro de ella.

Aliena, quien en un principio solo pudo abrir los ojos en señal de sorpresa, se dejó llevar por el anhelo de volver a besarlo. Poder sentir de nuevo el calor de sus labios y la pasión con la que siempre la había besado, hizo que abriese su boca para dejar que sus lenguas se entrelazasen en una sensual danza. Pero, en cuanto ella rodeó su cuello para poder profundizar en ese ansiado beso, emitiendo un pequeño gemido, él se separó de ella. Jadeante, apoyó su frente sobre la suya, sin abrir los ojos por miedo a sucumbir a su fortaleza y dejarse llevar de nuevo.

—Lo siento, pelirroja —susurró acariciando sus mejillas. No podía separarse de ella, no quería, pero debía—. No puedo… yo no…

—¡Chicos! ¡Siento interrumpir, pero debemos irnos! —La voz de Harald irrumpió entre ellos, rompiendo la magia y volviendo a instaurar ese frío abismo que parecía negarse a desaparecer entre ambos.

—Ian —dijo ella, haciendo así que él abriese por fin sus ojos y clavase en ella su profunda mirada esmeralda.

Sin dejarla hablar, se incorporó y extendió su mano para ayudarla a levantarse. Aliena, sin comprender qué era eso que le frenaba tanto, la tomó y se dejó ayudar. La deseaba, eso estaba claro. Y también era más que evidente que aún seguía sintiendo algo por ella, pues ese beso así lo había demostrado, pero algo o alguien le impedían soltarse.

—No me mires así, Ali —dijo él al ver su expresión.

—¿Y cómo debo mirarte, Ian? Me besas y luego me rechazas. Me abrazas y te alejas…

—¡Maldita sea, Aliena! Te besé porque te deseo, más incluso que antes… pero no puedo. Yo no… —Frustrado por haber sido tan incauto, suspiró y se alejó de ella, dejando un enorme vacío. Aliena, tratando de no romper a llorar, optó por sacudirse la arena de su ropa y volver junto a Deirdre, quien observaba la escena con tristeza al ver el semblante de su antigua señora y ahora amiga.

«¿Qué pecado he cometido, señor, para que me estés castigando así?», pensó observándolo en la distancia debatiéndose con lo que quiera que lo mantuviese tan lejos de ella. Ian parecía estar cargando con una tremenda losa que no le estaba permitiendo poder ser feliz. Estaría vivo, pero apenas se veía diferencia entre él y un fantasma.

Un fantasma de carne y hueso.

Capítulo XI

—Bien. Mientras Knut va en busca de Sigrid, será mejor que recojamos todo —comentó Harald al resto del grupo cuando Aliena se acercó a ellos.

—¿Habéis conseguido un barco? —preguntó ella.

—Sí, pero no partirá hasta mañana por la mañana. Nos alojaremos en casa de los primos de los gemelos. Montaremos las tiendas allí, ya que las habitaciones están todas ocupadas debido a la celebración…

—¿Qué se celebra? —interrumpió Leif en ese instante.

—La boda de nuestra prima Anya —le respondió su hermano.

—¿Esa pequeña traviesa ha logrado engañar a alguien? —preguntó divertido.

—Creo que ha sido Eric quien ha logrado que esta unión se llevase a cabo. —Ambos hermanos sonrieron al imaginarse la situación, pues de sobra eran conocedores los métodos de persuasión de su primo y hermano mayor de la muchacha en cuestión.

—Ese cabrón lograría doblegar al mismísimo Odín —comentó Olaf entre risas.

Entre risas, bromas y chascarrillos recogieron todas sus pertenencias, mientras esperaban por el regreso de Sigrid y Knut. Aliena observaba a Ian desde la distancia, quien parecía evitar su mirada y su cercanía. No lograba comprender qué le estaba reteniendo tanto… o quién. Si al menos hablase con ella, podría

entenderlo o ayudarlo incluso. Pero él parecía más bien preferir seguir castigando su alma por algún extraño motivo.

Con el drakkar bien asegurado en tierra, y todo cargado en el carro de madera que Olaf le había pedido a su primo Eric, el grupo al completo emprendió rumbo a la casa de los familiares de los gemelos. Por el camino, Leif les explicó a Aliena y Deirdre cómo eran las celebraciones entre su gente y divertidas anécdotas de infancia vividas con sus primos. Recuerdos que hicieron que Ali, por un instante, sintiese una tremenda añoranza por su hermano y su vida en Dollar.

No tuvieron que andar mucho, pues el hogar de los Ericsson de Lerwick estaba a tan solo un par de millas de la playa donde habían desembarcado. Durante el trayecto, Aliena observó el comportamiento de Ian, quien parecía ir escuchando con atención lo que Harald le contaba. Pudo ver cómo el vikingo le palmeaba en varias ocasiones en el hombro y a él asintiendo con la cabeza.

—Tranquila, mi la… Ali —dijo Deirdre al ver la tristeza con la que su amiga observaba a su antiguo amor—. Estoy segura de que todo se acabará solucionando. Ian os ama y no puede negarlo. Todos lo vemos con claridad —afirmó convencida. Aliena suspiró al escuchar sus palabras, sintiendo una tremenda frustración por no lograr llegar a él como antaño lo solía hacer.

—Todos lo veis con claridad… pero solo uno parece ciego ante esa afirmación —comentó cabizbaja.

—*Milady*…

—No pasa nada, Deirdre. Estoy bien… o, al menos, lo estaré en un tiempo —respondió esbozando una leve sonrisa.

Su conversación fue escuchada con suma atención por una vikinga que caminaba tras sus pasos, del lado de su buen amigo Knut. Sigrid se dio cuenta en ese instante que debía hacer algo por ayudar a su cuñado. Alguien debía abrirle los ojos y traerlo de nuevo del mundo de las sombras, y nadie podría hacerlo mejor que esa pelirroja a la que él llamaba en sueños. Decidió, entonces, ser ella quien le contase a Aliena la carga que Ian llevaba a cuestas, aun a sabiendas que ello provocaría su enfado.

Cuando llegaron a su destino, el alboroto que se encontraron fue, cuento menos, divertido. Las mujeres deambulaban de un lado a otro colocando ramilletes de flores por todas partes; otras

preparando los vegetales que se servirían con el asado que algunos hombres estaban poniendo a punto en el exterior; y otras ayudando a la novia con los últimos detalles de su vestido y peinado. Aunque con este último parecían tener sendos problemas.

—¡Que no! ¡Que este peinado es horrible y a Jenssen no le va a gustar nada en absoluto! —gritaba la novia deshaciendo el recogido que una de sus damas le había hecho. Parecía ser el quinto peinado que le hacían y el quinto que la joven Ericsson había deshecho sin más.

—Tal vez nosotras os podamos ayudar con eso, si nos lo permitís —se aventuró a decir Aliena. La novia y el resto de las mujeres allí presentes la miraron sorprendidas—. Deirdre hace unos peinados muy bonitos. Siempre sabe qué es lo que cada una necesita…

—Me da igual quién me haga el dichoso peinado, pero tiene que ser ya o acabaré apareciendo con una simple cinta en la cabeza —respondió Anya sentándose de nuevo en el pequeño taburete de madera y dejando que la joven invitada obrase su magia—. Ojalá tú sepas exactamente entender lo qué quiero, Deirdre —dijo dejando sobre su regazo el ramo de flores perfectamente anudado con un grueso lazo azul.

Entrelazando mechones y colocando preciosos adornos florales en su cabeza, logró realizar un fabuloso peinado sencillo, y a la vez elegante, que dejó tanto a la novia como a sus acompañantes boquiabiertas. Ayudada por Aliena y el resto de mujeres allí expectantes, vistieron el menudo cuerpo de Anya y la prepararon para encaminarse hacia quien sería su futuro esposo. Con los nervios a flor de piel, comenzó a caminar con paso firme hasta llegar al umbral de la puerta donde la estaba esperando su más que orgulloso padre.

Al ver esa escena, los recuerdos de su boda con Alastair y del grandísimo nerviosismo que tuvo ese día, golpearon con fuerza a Aliena en su interior. No pudo evitar sonreír con tristeza al recordar lo radiante y hermoso que estaba su esposo esperándola ante el altar. Y lo tenso que la llevaba su hermano del brazo, casi como debatiéndose entre dejar que otro hombre se la llevase o impedir que se celebrase aquella unión. Jamie, su querido hermano, también estaba imponente con su traje ceremonial.

En ese instante, en el que se divagaba por sus recuerdos,

aparecen Sigrid y Deirdre a su lado. La vikinga sonreía de una forma que Aliena no logró comprender, pero que estuvo segura no auguraba nada bueno. Aunque su amiga extrañamente sonreía de igual forma. Parecían llevar algo entre los brazos.

—¿Qué es eso que…?

—Les hemos pedido un favor a las primas de esos descerebrados Ericsson —comentó Sigrid mostrándole la prenda que ambas traían entre sus manos— y nos han prestado esto. Queremos que te lo pongas. —Aliena se quedó estupefacta al ver la belleza de la prenda. Un precioso vestido de color verde, muy del estilo al que siempre solía vestir ella, que hace que lo mire con asombro y añoranza.

—¿Cómo habéis…? ¿Por qué? —preguntó confusa acariciando la suave tela.

—Hemos estado hablando, *milady*, y estamos convencidos que esto hará que Ian os vuelva a ver como la Aliena de la que una vez se enamoró —respondió Deirdre, para sorpresa de la pelirroja.

—¿Habéis estado hablando, quiénes?

—Pues, todos, princesa —contestó la vikinga—. Deirdre, ¿podrías dejarnos un momento a solas? Tengo algo importante que contarle a nuestra escocesita.

—Estaré fuera con los demás. Llamadme si queréis que os haga un recogido. —Y con una ligera reverencia, la muchacha se encaminó en busca del resto del grupo.

—¿Vas a burlarte de alguna forma extraña de mí y no quieres tener público? —preguntó Aliena en cuanto se vieron solas.

—Nada más lejos de la realidad, princesa. Os habéis ganado todos mis respetos, mi dama guerrera —respondió sonriendo de forma burlona. Aquella respuesta descolocó por completo a Aliena, quien la miró intrigada.

—¿No me odiabas?

—Para nada. Solo te tanteaba.

—Ya —dijo aun desconfiando de quien se había pasado todo el viaje torturándola y burlándose de ella—. ¿No estás molesta por cómo te habló Ian en la playa por mi culpa? —Sigrid clavó su verde mirada sobre ella, sonriendo de forma divertida.

—No te negaré que, por un momento, sintiese granas de estrangularte allí mismo, pero…

—¿Pero?

—Hay algo que debes saber sobre Ian. Algo que, estoy convencida, hará que me mate cuando sepa que te lo he contado. —Aliena cruzó sus brazos, instándola con la mirada a continuar con su exposición y así lo hizo la vikinga.

Poco a poco, Sigrid fue relatando la historia de cómo encontraron a Ian y el arduo trabajo de su hermana por mantenerlo con vida. Le habló de cómo él susurraba su nombre mientras su cuerpo estaba siendo devorado por las fiebres y de cómo siguió llamándola en sueños tras su recuperación. Le contó del acercamiento entre él y su hermana, de su gratitud para con su familia por haberle salvado la vida.

—Aunque mi hermana estaba convencida que ella no tuvo nada que ver en ello. Astrid decía que tú eras quien lo había mantenido anclado a la vida. El amor que sentía por ti era más fuerte que el propio poder de la muerte. Ella simplemente curó sus heridas físicas, pero su corazón siguió latiendo por ti, Aliena —dijo dejándola pasmada—. Tras la muerte de nuestro padre, el corazón de mi hermana se oscureció por completo y comenzó a martirizar el de Ian, llegando a culparlo de su dolor por no haberla podido amar como ella le amaba a él. En el lecho de muerte, tras haber dado a luz a un niño muerto, ella le dijo que todo eso era culpa suya y que ojalá no lograse encontrar jamás el amor —finalizó.

—¡Pero eso es horrible! —Aliena no pudo creer lo que estaba escuchando de boca de Sigrid, casi con lágrimas en los ojos.

—Quiero que sepas una cosa, pelirroja. Mi hermana era una bellísima persona que, rota por el dolor de la pérdida de nuestro padre, se dejó llevar por sus más oscuros pensamientos. Astrid no era así, o Ian no habría aceptado casarse con ella.

—Por eso parece estar teniendo la peor de las batallas internas cada vez que se acerca a mí, porque se culpa por…

—Porque Ian te ama más que a nada en el mundo. Siempre ha sido así, Aliena, y tú le recuerdas constantemente las horribles palabras que mi hermana le dijo minutos antes de dejar el mundo de los vivos. Y por eso —explicó entregándole el vestido— debes ponerte esto. Porque estamos convencidos que solo tú podrás llegar a él. —Aliena tomó la prenda entonces, sintiendo un remolino de emociones diferentes en su interior.

—Pero voy a necesitar ayuda para atar el corpiño a la espalda.

—Tranquila, princesa. Con sumo gusto os ayudaré en tal tarea —bromeó Sigrid haciendo una teatral reverencia.

—Odio que me hables así, valkiria —protestó.

—Lo sé —respondió divertida.

Minutos después, y gracias la ayuda de su nueva amiga, Aliena lucía el precioso vestido verde que resaltaba por completo sus facciones y pelirroja cabellera. Sigrid le trenzó su larga melena y la anudó con una cinta del mismo color verde de su traje. Simple, pero hermosa.

—Ahora, princesa, sal ahí y traérnoslo de vuelta —le susurró segundos antes de abandonar la estancia y dejarla sola con sus pensamientos.

Aliena se miró en el reflejo de la ventana, acariciando la gruesa tela de su vestido y viendo la mujer en la que se había convertido. No pudo evitar pensar en su difunto esposo, Alaister MacLeod, sintiendo un profundo pesar por su pérdida. Él siempre le decía que el verde era su color porque resaltaba por completo toda su belleza. Sus cabellos cobrizos parecían brillar y su mirada se hacía más intensa. Tal vez por eso, y de forma inconsciente, siempre fue su color preferido.

¿Serviría esa artimaña para hacer que Ian volviese a ver a su dama pelirroja de la misma forma en la que la miraba cuando se conocieron? ¿Lograría traerlo de vuelta, como le dijo Sigrid? ¿Cómo estaban todos tan convencidos de que podría hacerlo, si ella era el motivo por el que Astrid lo maldijo antes de su muerte? Demasiadas preguntas sin respuestas en su cabeza; demasiadas dudas que le creaban una tremenda inseguridad. «No existe reto que no puedas vencer, pelirroja», recordó entonces las palabras que tanto Alaister como su hermano siempre le decían.

Sintiendo el nerviosismo apoderarse de ella, esbozó una tímida sonrisa. Se atusó la trenza con los dedos, colocándola sobre su hombro y dejándola caer de forma grácil. Se alisó alguna arruga invisible de su vestido y se volvió a mirarse en el reflejo de la ventana. Tomada la decisión, y sintiendo el apoyo del fantasma de su esposo, suspiró y emprendió camino al banquete justo en el momento en el que los vítores por la reciente unión comenzaron a resonar en el exterior.

Ian comenzó a inquietarse al ver que Aliena no aparecía por ningún lado. Cuando Sigrid llegó junto a ellos sola y le preguntó por ella, tan solo obtuvo una ligera sonrisa por parte de la que fuera su cuñada. Todos estaban allí, escuchando los votos de los novios y las palabras del sacerdote. Todos menos ella. ¿Dónde demonios se había metido?

Comenzaba a sentirse demasiado inquieto cuando todos los invitados profirieron en vítores y aplausos tras la bendición del clérigo y el consiguiente beso de los novios. Una nueva familia se venía en camino y la alegría había invadido en los corazones de todos los allí presentes. Incluido el de Ian, quien se dejó llevar por la euforia del momento y animó con efusividad a la joven pareja. Los tambores comenzaron a sonar casi al segundo de dar por zanjado el casamiento y todo el mundo comenzó a bailar en el centro del jardín, mientras otros disponían toda la comida y la bebida sobre las mesas. La felicidad invadió el hogar de los Ericsson de Lerwick.

Harald y Knut sirvieron jarras de cerveza al resto, salvo a los gemelos, quienes parecían estar inmersos en sus ya clásicos coqueteos con las mujeres del lugar. Ian no dejaba de mirar a todas partes buscando una cabellera pelirroja, pero no había rastro de Aliena. Harald extendió su mano ante Deirdre, pidiéndole un baile y provocando que la muchacha se sonrojase. Knut y Sigrid ya habían decidido dar comienzo con sus danzas y solo quedaban ellos tres sentados a la mesa.

—Deberías divertirte un poco, amigo. Se te ve algo tenso —comentó su amigo segundos antes de mezclarse entre la gente y llevando de la mano a su irlandesa.

Ian lo miró fijamente, esbozando una forzada sonrisa y dándole un trago a su jarra de cerveza. «Sí, amigo. Tal vez deba divertirme por una vez…», pensó. Volvió a darle un trago a su bebida cuando una joven muchacha de cabellos rubios como el sol se acercó a él con una seductora sonrisa, invitándole a bailar. Una belleza de ojos marrones que sabía cómo engatusar a un hombre, lo que le dio que pensar sobre su pureza al respecto. Pero debía divertirse y distraerse, y si esa joven lo reclamaba, quién era él para negarse. Aceptando la invitación de la muchacha, le da un último gran trago

a su cerveza, dejando la jarra sobre la mesa y mirando en ese instante hacia la casa.

Y entonces la vio.

Capítulo XII

Cuando Aliena salió de la casa, las antorchas ya estaban prendidas, los tambores resonaban con fuerza y la gente bailaba sin descanso en el centro del jardín. Algunos pequeños grupos de hombres cantaban y bromeaban alzando sus jarras y profiriendo gritos de guerra. «Al final, no somos tan distintos unos de otros», pensó divertida recordando las fiestas tanto en el castillo Campbell como en Lewis. Divisó a lo lejos a Deirdre bailando entre los brazos de Harald, riendo cual joven enamorada. También pudo ver a Knut y Sigrid, y a los gemelos con sus chanzas mientras palmeaban el trasero de las jovencitas que permanecían sentadas sobre sus regazos.

—Si me lo permitís, *milady*, estáis muy bella —dijo una masculina voz junto a ella. Aliena miró, entonces, a su recién llegado admirador y esbozó una ligera sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, Eric. Eres muy amable, pero no me trates con tanta galantería, por favor…

—¿Y cómo debo llamaros?

—Aliena. Simplemente, Aliena.

—Muy bien, Aliena. ¿Serías tan amable de concederme el primer baile? —preguntó estirando su mano ante ella.

—Con mucho gusto bailaré contigo.

Guiada por el primo de los gemelos, llegaron al centro de la zona de baile y comenzaron a saltar y a mezclarse entre los demás invitados. Parecían haberse creado dos grupos amplios de

bailarines, tal vez por las diferentes familias, pensó Aliena. Pero en su zona tan solo estaban ella, Eric y Leif, quien se había unido de la mano de una joven risueña de cabellos claros y mirada cristalina.

Rieron, saltaron, bailaron y se intercambiaron entre varios invitados danzando en su círculo. Debía reconocer que Eric era un gran bailarín, y muy apuesto. Aliena fue consciente de las miradas que ocasionó al aparecer de la mano de quien parecía ser el soltero más deseado de la celebración. El cabeza de familia de los Ericsson de Lerwick era un hombre alto, de cuerpo atlético y perfectamente musculado. De cabellos castaños claros y ojos marrones, lo que más impactaba era su hipnotizadora sonrisa. «Todo un rompe corazones», pensó ella en el instante en que fueron presentados.

En cuanto los tambores cesaron, Aliena se disculpó con los invitados y se dirigió hacia una mesa para poder comer algo, y descansar así sus doloridos pies. Eric la acompañó hasta una zona repleta de platos de comida y, de forma sumamente caballerosa, la ayudó a tomar asiento. Las jarras de cerveza estaban ya vacías en esa zona, así que tomó una entre sus manos y se fue en busca del sabroso líquido de cebada que fabricaban en su familia. Ella, por su parte, permaneció sentada degustando un trozo de cerdo y observando cómo los invitados volvían a bailar tras el resonar de nuevo de los tambores.

—Parece que te diviertes bien… —Esa gutural voz que siempre provocaba en ella que todo su cuerpo vibrase le indicaba quién era ahora su visitante.

—Siempre me gustó bailar, ya lo sabes —respondió fijando su cristalina mirada en los fríos ojos verdes de Ian.

—Lo sé, créeme que lo sé. —Un incómodo silencio se instaló entre ellos, por lo que él opta por sentarse a su lado—. ¿Vas a seguir bailando toda la noche con Eric? —preguntó sin más.

—¿Por qué? ¿Quieres bailar conmigo?

—No.

—Entonces, sí. Bailaré toda la noche con Eric.

—¿Sabes que, en realidad, él solo quiere…?

—¿Qué es lo que te molesta, Ian? ¿Que baile con otro? ¿Acaso te molesta que me divierta en brazos de otro hombre?

—Ni se te ocurra siquiera pensar en eso, Aliena, o me volveré loco solo de pensarlo —aseveró en ese instante asiéndola con fuerza

del codo y obligándola a mirarlo. Ella, mostrando su clásico orgullo de guerrera, se liberó de un tirón de su agarre.

—Pues, si no quieres verme en los brazos de otro hombre, ya sabes lo que tienes que hacer.

—He encontrado algo de cerveza fresca, pero tengo una familia que bebe más de lo que respira y pronto se acabarán los barriles. —Eric hizo acto de presencia justo en ese momento, haciendo que Ian se separase de ella.

—¿Me sacas a bailar otra vez, Eric? —preguntó ella sonriendo de forma coqueta al vikingo.

—Encantado, *lady* Aliena. Con sumo gusto bailaré de nuevo con vos. ¿Vamos? —respondió extendiendo su mano, la cual ella tomó con delicadeza. Ambos se encaminaron de nuevo a la zona de baile, donde los invitados volvieron a dar palmas y a vociferar cánticos al compás de los tambores.

Ian se quedó ahí sentado, viendo como la mujer a la que amaba se alejaba de él de la mano de otro hombre. Los celos comenzaron a hacer mella en él, quien comenzó a resoplar cual toro bravo listo para embestir. Meditó durante unos minutos qué decisión tomar, hasta que vio cómo él la cogía de la cintura, la acercaba hacia su cuerpo y le susurraba algo al oído que hizo que ella estallara en carcajadas. Ese fue el detonante que necesitaba. Se levantó de su asiento de un salto y se dirigió hacia ellos, con la mirada fija en ella y la rabia fijada en él.

—Ali, necesito hablar contigo —le dijo cuando hubo llegado a su lado. Ella lo miró con indiferencia, mientras seguía dando palmas al compás de la música.

—Tal vez más tarde. Le prometí a Eric que… —Pero no pudo terminar su exposición, pues él la tomó en brazos y la cargó al hombro como si fuese un saco de pasto—. ¡Ian! ¡Bájame ahora mismo! —protestó pataleando mientras se dirigía cargando con ella hacia la arboleda, lejos del bullicio y del resto de invitados. Eric tuvo intención de ir a socorrerla, pero sus primos le interceptaron y le alentaron a no interponerse entre ellos. «Esa pelirroja ya tiene dueño, querido primo», le dijo Olaf.

Ian caminó a grandes pasos hasta estar bien lejos de la vista de todos, cargando con una Aliena que no dejaba de patalear y golpearle en la espalda exigiendo que la soltase. Estaba decidido a

acallar sus demonios. Esos que llevaban demasiado tiempo susurrándole al oído. No se dio cuenta del error que estaba cometiendo al mantenerse tan distante de ella hasta que la vio entre los brazos de Eric, sonriendo divertida por lo que quiera que ese hombre le estuviese susurrando al oído. No pudo contener más su rabia. Aliena era suya y de nadie más. Era su pelirroja traviesa, su todo; la que lo mantuvo sujeto en la tierra de los vivos.

Cuando estuvo seguro de estar lo suficientemente lejos para poder tener la intimidad necesaria, la depositó en el suelo con calma y delicadeza, algo que no hizo que la furia de la joven se aplacase.

—¡¿Es que te has vuelto loco, Ian?! —profirió Aliena una vez se vio en tierra firme—. ¡¿Tanto tiempo entre vikingos te ha hecho perder la cordura y te has vuelto un bárbaro que va por ahí secuestrando mujeres?!

—Al menos yo no me voy restregando por ahí con cualquiera… —No pudo terminar su alegato. Ella le abofeteó con tanta fuerza que pudo sentir al instante el ardor en su mejilla.

—¡¿Cómo te atreves siquiera a insinuar nada?! —Aliena no pudo creer que aquellas palabras, aquella sucia insinuación, saliesen de la boca del hombre al que más había amado en este mundo… y al que aún seguía amando con toda su alma. Cerró los ojos al ver cómo él se llevaba una mano a su rostro, acariciando su mejilla con semblante dolorido, más por la culpabilidad de haber dicho aquello que por la bofetada en sí. Sin poder mirarlo, herida y cansada de luchar por traerlo de vuelta, decidió poner fin a todo. Pasó por su lado, conteniendo las enormes ganas de llorar que estaba sintiendo y haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban… pero él la retuvo sujetándola de la muñeca.

—Ali…

—¡No! ¡Suéltame! —respondió soltándose con fuerza de su agarre—. No puedo más, Ian. Te juro que no lo soporto más. Estoy agotada, desgastada y hundida. Tan pronto te acercas a mí y me das esperanzas, como de repente te alejas tanto que hasta el invierno parece instaurarse entre ambos. Le hice una promesa a mi esposo antes de morir entre mis brazos y pienso cumplirla… contigo o sin ti. Pero no puedo seguir aferrándome a ti, por mucho que te ame, Ian —confesó desesperada.

—Ali, yo no… Hay cosas que no entiendes. Luchas internas…

—¡Maldita sea, Ian! ¡Tu mujer está muerta! —gritó sin más— Astrid fue muy cruel al decirte todas esas cosas en su lecho de muerte, pero, por dios santo, tú no has hecho nada mal y no puedes seguir atado a sus palabras porque te estás matando… y a mí contigo.

—¿Quién te ha contado eso?

—Sigrid. —Ian maldijo, cerrando los ojos y apretando los puños.

—No debió contarte nada. Ella no…

—¿Qué? ¿Vas a recriminarle que se preocupe por ti? ¿Vas a castigarla a ella también, Ian?

—¡No debió meterse en mis asuntos! ¡Nada más!

—Esto es increíble —dijo incrédula por lograr reconocer al hombre que tenía ante ella—. ¡Tus amigos están preocupados por ti, bárbaro del demonio! ¡Y por alguna extraña razón piensan que yo puedo ayudarte y sacarte de ese mundo de tinieblas en el que pareces querer quedarte! —Al ver la pasividad que parecía mostrar él, suspiró resignada. —Se acabó, Ian. No pienso luchar más por ti, no puedo—. Y tras aquellas palabras, se alejó de él corriendo, esta vez sí, dejando que las lágrimas invadiesen por completo sus ojos.

Con tal desazón, el corazón latiendo a gran velocidad más por la discusión con Ian que por el gran esfuerzo que acababa de hacer, Aliena entró en su tienda con la única intención de meterse entre las mantas y llorar hasta quedar exhausta. Para ella la fiesta ya se había terminado, pero no como le hubiese gustado. Angustiada y sin poder dejar de llorar, se tapó su rostro con sus manos y se dejó llevar por el dolor.

Lloró por todo: por la muerte de Alaister, por la tortura vivida en aquel barco durante su cautiverio… y por la pérdida, otra vez, del que fuera su gran amor hasta la fecha. Lloró por su hermano, porque se lo imaginaba buscándola sin descanso o, peor aún, creyéndola muerta y muriéndose de la pena por su pérdida. Lloró. Lo hizo hasta casi quedarse sin fuerzas…, hasta que sintió a unos fuertes brazos rodear su cintura y la cercanía del calor de un cuerpo al que reconocía sin necesidad de mirarlo.

—Perdóname, Aliena —susurró él metiendo su rostro entre sus rojizos cabellos—. No quería decir lo que dije. Yo solo… no puedo…

—¿Por qué me haces esto, Ian? —interpuso sin dejarlo terminar de hablar.

—Porque te amo más que a mi propia vida, Ali —confesó para su sorpresa, haciendo que ella se girase para poder mirarlo a los ojos—, y porque no sé cómo volver a ti. No sé cómo soltar este lastre que me atormenta desde entonces porque… —Pero no pudo proseguir y volvió a dejar que el silencio tomase el control.

—Háblame, Ian, por favor. Estoy aquí, contigo —suplicó ella. Sin pensarlo, posó su mano sobre su mejilla, acariciándola con ternura aún con lágrimas en los ojos. Él suspiró al sentir el suave tacto femenino de su caricia, besó su palma y la tomó entre sus brazos, apoderándose luego de sus labios con ferocidad.

—Ayúdame, Aliena —susurra él contra su boca tras separarse, casi con dolor en sus palabras y apoyando su frente contra la suya —. Libérame de esta prisión en la que estoy atrapado. Tráeme de vuelta, como ya lo hiciste una vez. —Aquella súplica e rompió el corazón a la joven que lo miraba con tristeza y a la vez con absoluta adoración.

Ella tomó su rostro entre sus manos y volvió a besarlo de forma lenta y suave. Ian, entonces, dejó escapar las lágrimas contenidas en su interior durante tanto tiempo y se dejó amar por la mujer que gobernaba sus sueños desde el primer día que la vio pasearse por aquel campamento repleto de hombres, valiente, risueña y segura de sí misma. Aliena Campbell, su pelirroja traviesa y su ángel salvador que fue su ancla en el mundo de los vivos.

Ian volvió a tomarla entre sus brazos, atrayéndola más hacia su cuerpo para poder sentir su calor. Ella rodeó su cuello para poder profundizar más en ese deseado beso, abriendo su boca y dejando que sus lenguas comenzasen su sensual danza. Movidos por el deseo, se besaron con pasión mientras sus corazones se desbocaban por completo. Ya no había vuelta atrás, ni tampoco querían frenar aquel amor que parecía rugir en ambos.

Ambos, llevados por la lujuria del momento, intensificaron sus besos y sus caricias, provocando que de sus gargantas saliesen gemidos y gruñidos de auténtica excitación. Con suma agilidad, Ian la tomó de las nalgas y la elevó hasta dejarla sobre su cintura, rodeándolo esta con sus piernas. Jadeantes, separaron sus labios por unos segundos para poder mirarse a los ojos.

—Te deseo, Ali. Te deseo y ya no sé cómo saciar esta hambre que tengo de ti…

—Sáciala conmigo, porque yo siento la misma hambre, Ian —respondió ella.

Comprendiendo que aquella necesidad solo se calmaría de una forma, Ian soltó el lazo que mantenía sujetos sus pechos dentro del corpiño. Una vez los tuvo ante él, tersos, redondos y listos para ser devorados, metió su rostro entre ellos, besándolos y saboreándolos con fervor. Aliena sintió una tremenda descarga recorrer todo su cuerpo al sentir sus besos sobre su piel, arqueando su cuerpo entre sus brazos y emitiendo gemidos de placer.

Con ella revolviendo sus negros cabellos, Ian desató los cordones de la parte trasera de su vestido y acarició su desnuda piel, provocando un largo suspiro que no supo si vino de ella o de él mismo. Apoderándose de nuevo de sus labios, le fue bajando el vestido hasta dejarlo caer a sus pies. Con suma habilidad, deseosos de volver a sentir sus cuerpos rozarse, se quitaron el resto de la ropa.

—Eres más hermosa aún de lo que recordaba —susurró él separándose ligeramente de ella para poder observarla con detenimiento—. Necesito hundirme en ti, Aliena. Entrar y no salir hasta que el día deje existir.

—Pues hazlo, Ian. No te demores más —respondió ella jadeante.

Obedeciendo, y esbozando una traviesa sonrisa, la tomó entre sus brazos, alzándola en el aire y caminando con ella hacia su confortable cama hecha de mantas apiladas. Cayeron entre risas y besos, sin poder separar sus labios. Comenzó, entonces, a acariciar su fina piel hasta meter su mano entre sus muslos en busca del deseado punto de placer femenino.

Al sentir sus dedos hábiles juguetear con su botón oculto, Aliena arqueó su espalda y soltó un gemido para nada silencioso. No tardó mucho en llegar a su ansiado orgasmo, dejándose llevar por la necesidad de volver a sentirlo. Ian se había vuelto más habilidoso de lo que ella recordaba, algo que agradeció. Tras sacar sus dedos de su interior, con ella aún teniendo pequeños espasmos, se colocó sobre ella.

Con su verde mirada fijada en ella, se hundió en su interior poco a poco. Al sentirlo entrar, Aliena arqueó su espalda elevando sus

pechos hacia él, quien tomó uno de sus erectos pezones mientras iba profundizando más en su interior. Ella elevó sus caderas, indicándole que estaba lista para más y así lo hizo. Con un pequeño empujón, Ian entró en ella por completo, gruñendo al sentir el calor de su interior.

Jadeantes, comenzaron a moverse al mismo ritmo lento, mirándose fijamente a los ojos. Con sus dedos, Aliena acarició su tensa espalda hasta llegar a posar sus manos sobre su trasero. Sin poder contenerse más, Ian aceleró el ritmo, provocando que a ella le sobreviniese un nuevo orgasmo. Un par de empujones más y se derramó en ella, emitiendo un gutural sonido salido de lo más profundo de su garganta.

Se quedaron así durante unos segundos más, uno dentro del otro y mirándose con auténtico amor. Parecía como si ninguno de los dos quisiese romper aquel hechizo que los mantenía unidos, como si temiesen romper la magia al separar sus cuerpos. Pero Ian estaba casi sin fuerzas en sus brazos, que lo mantenían sujeto sobre ella para no aplastarla. Se dejó rodar a un lado suyo y la atrajo hacia su cuerpo, abrazándola con fuerza.

—Te amo, Aliena —pronunció entonces, con una voz ronca y dándole después un beso sobre su hombro desnudo.

—Yo también te amo, Ian —respondió ella casi con lágrimas en los ojos por tenerlo de nuevo a su lado.

Y tras aquellas sinceras confesiones, con sus corazones rebosantes de felicidad, ambos se dejaron vencer por el sueño.

Capítulo XIII

Las celebraciones nupciales se alargaron hasta casi tres días, momento en el que los novios comenzaban su viaje hasta tierras escocesas. Se embarcaron en un barco que los llevaría hasta su primera parada, Inverness. Desde allí, comenzarían su recorrido por las tierras altas de los antepasados del novio, ya convertido en esposo. Y es en ese barco donde el grupo de amigos también viajaban rumbo al añorado hogar de Aliena.

—¿Nerviosa? —preguntó Ian, abrazándola por detrás y dándole un suave beso en la mejilla, mientras ella observaba a Lerwick alejarse en el horizonte. Desde aquella noche en la que se entregaron de nuevo el uno al otro, no se habían separado y ambos mostraron, para regocijo de los suyos, su enorme alegría y felicidad.

—¿Por el mar o por volver? —Él rio con su rostro pegado al suyo al sentir su voz temblorosa.

—No te gusta nada navegar, ¿verdad?

—No sé por qué lo preguntas… —Tras esa sagaz respuesta, Ian rompió en carcajadas, atrayendo la mirada de los que por allí paseaban. Siempre había admirado su astucia y la rapidez en sus respuestas, sin sonrojarse por la brusquedad muchas veces de las rudas expresiones masculinas.

—Sabes, conozco un método para mantenerte distraída y aliviar así la angustia que te invade —susurró contra su oído, apretándola más contra su cuerpo y dejando asomar su más que evidente despertar masculino. Ella acarició sus brazos, sonriendo y sintiendo

el calor que él le transmitía con su abrazo.

—¿Ah, sí? ¿No tendrá algo que ver con introducirnos en la oscuridad del interior de las bodegas, dejándonos mecer por el movimiento del barco?

—No estaba pensando en la bodega, precisamente. Hay mucho trajín por ahí abajo —respondió antes de comenzar a darle pequeños y sensuales besos en la base de su cuello.

—¿Y dónde, entonces? —Con un rápido movimiento, él la giró hasta dejarla frente a él. Su verde mirada era intensa, brillante, y acompañada de una pícara sonrisa.

—He encontrado un rincón, lleno de sacos y alforjas, al que apenas acude nadie. Nos dará la suficiente intimidad…

—Calla y no hables más —se apresuró a cortarlo ella, sintiendo la enorme urgencia de volver a tenerlo dentro de ella. Él, con la misma necesidad, la cogió de la mano y se la llevó al interior del barco.

Caminando con alguna que otra dificultad por aquel estrecho pasillo, oscuro en algunos tramos, y chocando contra las gruesas paredes de madera con cada vaivén del barco, llegaron a un pequeño cuarto repleto de sacos de rafia, telas varias, cuerdas y algún que otro colchón de plumones.

De pronto, un movimiento brusco de la embarcación los lanzó contra un montón de sacos que parecían estar colocados para recibirlos a ellos. Los dos rieron divertidos por unos instantes, hasta que la pasión se apoderó por completo de ambos y comenzaron a besarse con hambre.

Y con el mecer del mar, hicieron el amor sobre la improvisada cama de aquel pequeño almacén.

Momentos más tarde, cuando abandonaron su rincón de pasión y regresaron de nuevo a la cubierta del barco, les sorprendió la algarabía entre sus amigos, los recién casados y algunos de tripulantes del navío. Todos estaban haciendo un corro alrededor de algo, vitoreando y aplaudiendo con efusividad. Ian y Aliena se miraron extrañados y caminaron cogidos de la mano hacia el grupo para ver qué ocurría. Su sorpresa fue cuando uno de los gemelos les informó del reciente compromiso entre Harald y Deirdre. Se acercaron a sus amigos y, con efusividad él y cariño ella, los felicitaron.

—No sabes lo mucho que me alegro por ti, amigo —dijo Ian palmeando con firmeza la espalda de su buen amigo.

—No más de lo que yo me alegro por ti, skozkrbloðs —respondió Harald de igual forma—. Creo que ambos hemos encontrado a nuestras respectivas mitades, amigo. Doy gracias a los dioses por poner a tu pelirroja en nuestro camino, pues con ella vino la que pronto será mi mujer y madre de mis hijos. Es maravillosa, Ian —dijo mirando a las dos mujeres abrazarse con cariño, sin poder dejar de sonreír.

—Sí que lo es.

—Yo hablaba de Deirdre… —Ian rio al ver a su amigo tan enamorado. De pronto, una idea se instaló en su mente y miró a Harald.

—¿Qué planes tienes para tu boda? —preguntó entonces.

—Quiero casarme con ella en cuanto pongamos pie en Inverness y, de ahí, prometí llevarla a ver a su familia en Irlanda. Intuyo que nuestros caminos se separarán allí, mi querido amigo, pero…

—Harald, tengo que hablar contigo. Quiero hacerte una propuesta —se apresuró a decir Ian, colocando su mano sobre el hombro de su amigo y mirando en dirección a Aliena.

—Lo siento, skozkrbloðs, pero ya estoy comprometido —bromeó el vikingo, esbozando una traviesa sonrisa.

Inverness, capital de las tierras altas y uno de los puertos más importantes de Escocia, rebosaba vida cuando por fin lograron llegar. La primera en descender aquella pasarela fue Aliena, quien no se molestó en ningún momento por disimular su desagrado por la navegación. Tanto Ian como el resto, tripulación y capitán del barco incluidos, no pudieron evitar reírse al verla casi arrodillarse y besar el suelo en cuanto hubo pisado tierra firme.

Una vez descargaron todo el equipaje de los novios, se fueron todos en busca de un alojamiento para los próximos días, ya que habían decidido celebrar la boda de Harald y Deirdre allí mismo sin más demora. Parecían tener prisa por desposarse y comenzar con la creación de su propia familia. Los recién casados les habían pedido poder quedarse a la celebración y estos aceptaron con sumo gusto.

Encontraron alojamientos para todos en un par de tabernas cerca de la zona de más tránsito de la ciudad. Comieron y bebieron alegremente, aunque Aliena poco pudo degustar, ya que su

estómago aún estaba bastante cerrado debido al mareo del viaje. Tras acabar de comer, las mujeres tomaron camino hacia las tiendas de ropa en busca de un bonito vestido para Deirdre y los hombres se dispusieron a buscar un párroco que los pudiese casar esa misma noche.

Las horas pasaron entre pruebas y pruebas de vestidos, a cada uno de una costura diferente y más hermoso. Difícil elección tenía por delante la pobre Deirdre, quien solo podía responder a todos con un «¡Qué bonito!». Visitaron al menos tres tiendas, con los correspondientes gruñidos y protestas por parte de Sigrid, ya que a ella este tipo de interacciones le causaban un gran desagrado.

Lograron dar con el vestido ideal, aquel que hizo enmudecer a todas, novia incluida, y hasta Sigrid pareció emocionarse al verla salir de aquel cuarto llevando un elegante, pero sutil vestido de un color crema claro casi blanco.

—Deirdre, estás preciosa —dijo Aliena sonriendo emocionada.

—¿Tú crees? —preguntó la joven nerviosa, sin poder dejar de mirarse y acariciar aquella suave tela que envolvía su cuerpo.

—Harald se va a desmayar cuando te vea aparecer así —afirmó Sigrid. Aquel comentario tan sincero provocó que a Deirdre se le escapase una risa nerviosa.

—Y con estos detalles —comentó la prima de los Ericsson acercándose a la muchacha para colocarle un bonito lazo de color marrón en su cabello y un collar del mismo material y color.

—Anya, p-pero… es precioso —balbuceó Deirdre acariciando el collar ya anudado en su cuello—. N-no sé si el dinero alcanzará…

—Déjame que te regale algo nuevo para tu boda —se apresuró a decir Anya.

—Gracias…

—Vas a necesitar algo prestado, también —dijo Sigrid quitándose su pulsera de su muñeca izquierda y haciéndole entrega de ella a una sorprendida novia—. Toma, aquí tienes tu «algo prestado» —afirmó.

—Al final vas a ser una sentimental —bromeó Aliena sonriendo a la valkiria.

—Pero no os acostumbréis —respondió con agudeza provocando que todas estallaran en risas.

Con el vestido perfectamente empacado, junto con algunos

complementos que a Anya y a Aliena se les antojaron ideales para completar su *look* de novia, las cuatro mujeres salieron de la tienda de la señora McBean riendo divertidas al imaginarse la cara de Harald cuando por fin la viese avanzar hacia él. Sigrid, aunque intentaba mantener su posición ruda y poco femenina, estaba igual de emocionada que ellas. Ese vikingo cabezota llevaba muchos años en su familia y lo quería como a un hermano. Iba a ser muy feliz junto a aquella muchacha menuda y sonriente.

Caminaban dialogando distraídas por una de las calles aledañas al puerto, en busca de los chicos, sin percatarse de estar siendo observadas y vigiladas por un grupo de hombres apostados a ambos lados de la avenida.

—Vaya, vaya, vaya —dijo uno de ellos, cortándoles el paso y moviendo un pequeño cuchillo entre sus dedos con suma destreza —. Pero si es mi pelirroja guerrera. No sé cómo has logrado escapar de las garras de Nicolson, pero intuyo que estará sumamente decepcionado. En cambio yo…

—¡Tú! —Aliena se dio cuenta al instante de quién estaba ante ellas—. Eres Aiden. Uno de los esbirros de MacDonald.

—Veo que me recordáis, *milady*. He debido dejaros una huella imperturbable…

—Matastéis a mi esposo, perro traidor —siseó ella con rabia.

—Aliena, nos están rodeando —susurró Sigrid colocándose junto a ella y sin dejar de observar al resto de los atacantes.

—Lo sé —respondió ella—. No estamos solas, Aiden. Será mejor que nos dejes pasar, si no quieres tener problemas —le espetó al joven que la miraba con el mismo deseo que la primera vez que la vio blandiendo aquella espada con firmeza.

—Yo no veo a nadie más aquí. ¿Vosotros, muchachos? —preguntó con ironía a sus compañeros, quienes negaron con la cabeza mientras cerraban cada vez más el círculo alrededor de las mujeres.

—Estamos en una clara desventaja, pelirroja. Espero que tengas un plan —comentó Sigrid de forma disimulada.

—¿Es miedo eso que escucho, valkiria? —bromeó, sabedora que así golpearía en el ego de su amiga y lucharía con más fiereza.

—No por mí, princesa. Y tú te sabes manejar bien con la espada, pero ¿que hay de ellas? —Aliena miró entonces hacia Deirdre,

quien permanecía sujeta con fuerza del brazo de Anya y con tal expresión de terror que se le encogió el corazón.

—¿Cuántos crees que son? —preguntó en ese instante a Sigrid, mirando ella también en derredor.

—Cuento a cinco, si no hay ninguno escondido a nuestras espaldas.

—Supongo que podrás apañártelas con tres… —Sigrid miró ceñuda ante aquella afirmación.

—¿Qué tramas, pelirroja?

—Anya, tú y Deirdre huiréis por ese callejón y buscaréis a Ian y a los demás. Nosotras los entretendremos para que vosotras podáis huir —afirmó Aliena sin dudar.

—Pero… *milady*, no voy a dejaros sola. Esos hombres… e-ese Aiden…

—Deirdre, sé defenderme bien y no puedo estar preocupándome de protegerte a ti también. Necesito que corras como nunca y encuentres a los chicos —aseveró sin desviar la mirada de Aiden, quien sonreía divertido al ver el miedo en los ojos de las otras dos mujeres.

—Yo la protegeré, no te preocupes. Correremos como si nos persiguiese el mismo demonio, Aliena —inquirió Anya entonces, sacando una pequeña daga de uno de los bolsos de su vestido.

—Ten —dijo Sigrid desenvainando su espada de su espalda y entregándosela con una traviesa sonrisa—. Vas a necesitar con qué defenderte, princesa.

—¿Y tú? —preguntó Aliena.

—Yo tengo a mis dos hermosas Frigg y Freya —respondió echando mano a sus dos dagas con grabados vikingos en sus hojas, fijando su mirada ya en sus objetivos.

—Muy bien. Anya, Deirdre —dijo sujetando con fuerza la empuñadura de la espada, la cual sintió más ligera de lo que estaba acostumbrada y es algo que agradeció—. En cuanto yo os lo diga, saldréis corriendo sin mirar atrás. ¿Entendido? —Miró por encima de su hombro y vio a ambas asentir con la cabeza—. Bueno, vikinga. Demostrémosles que tipo de mujeres somos—. Y tras aquellas palabras, Sigrid se lanzó contra sus tres víctimas elegidas, emitiendo un poderoso grito de guerra.

—Esto va a ser interesante —pronunció Aiden divertido,

desenvainando él también su espada. Estaba deseoso de medirse de nuevo contra aquella guerrera de cabellos rojizos. Esta vez, sin dejarse vencer y convencido de su victoria…, y del posterior premio que se cobraría.

—¡Ahora! —gritó entonces Aliena, levantando su espada para detener su ataque y viendo así cómo Deirdre y Anya se adentraban en el callejón de su derecha.

De pronto, uno de los hombres sale corriendo tras las dos muchachas. Aliena, que movía su espada con suma destreza y lograba repeler los embates de Aiden, giró sobre sus talones tal y como su amigo Gavin la había enseñado de pequeña y golpeó a su adversario en la espalda con la empuñadura de su arma. Aprovechando el desconcierto del joven, saca una pequeña daga de su bota y la lanza con tal precisión que se clava en el muslo del hombre que iba en persecución de Deirdre y Anya.

—Buena puntería —comentó Sigrid sonriente mientras luchaba con maestría contra aquellos tres hombres, quienes comenzaban a enfadarse por estar siendo derrotados por una mujer.

—¿Alguna otra sorpresa más que deba conocer antes de haceros mía, *milady*? —dijo Aiden en ese instante girándose hacia ella y cargando de nuevo con espada en mano.

—Pronto lo averiguaremos. —Y ambos comenzaron un baile de espadas chocando entre sí, con sus respiraciones completamente agitadas debido al esfuerzo que estaban realizando.

—No os hacéis una idea de lo mucho que ardo en deseos de poder teneros sobre mí, pelirroja. Creo que me la estáis poniendo dura, *milady* —afirmó Aiden en uno de los ataques.

—¿Así os enseñó vuestra madre que debéis hablarle a una dama?

—Mi madre era prostituta y me enseñó unas cuantas formas de hacer gritar a una mujer de placer. Y yo estoy dispuesto a probarlas todas con vos.

—Pues buena suerte con eso, Aiden MacDonald. —Un grito de dolor atrajo su atención y, al mirar en aquella dirección, pudo ver el brazo de Sigrid comenzando a sangrar provocado por el corte que uno de sus atacantes le acababa de hacer. Esa distracción fue lo que hizo que perdiese la concentración y le diese ventaja a su atacante, quien no dudó en aprovecharlo. De un golpe, desarmó a la joven y

colocó la punta de su espada contra su garganta.

—Vaya, vaya, vaya. Qué interesantes son estos giros de los acontecimientos, ¿no creéis, pelirroja? —Sin más, Aiden la agarró de su larga melena y tiró de ella hasta tenerla contra su cuerpo. Aliena intentó forcejear, pero solo logró hacerse más daño. Con la punta de la espada apuntado a su estómago, él se apodera con ferocidad de sus labios, gruñendo de auténtica excitación. Tras separarse de ella, recibe un escupitajo en su rostro acompañado de una mirada llena de ira. Un gesto que lo divirtió sobremanera.

—¡Ali! —gritó Sigrid con serias dificultados para seguir repeliendo los ataques de sus oponentes.

—¡Mantened a esa vikinga a raya, muchachos! —inquirió Aiden arrastrando a Aliena del pelo hacia otro de los callejones que daban al puerto—. Yo voy a divertirme un rato con la pelirroja —afirmó para espanto de ella.

—¡No te atreverás a tocarme, sucio bastardo! —bramó forcejeando e intentando liberarse de su agarre.

—*Milady*, ¿quién os ha enseñado a hablar así, por favor?

—Alguien que te hará cosas horribles cuando te ponga las manos encima.

—Si habláis de vuestro hermano, querida, las últimas noticias que le hemos hecho llegar es que perecisteis en la huida de los asesinos de vuestro esposo. Debíamos asegurarnos de no tener al demonio rojo tras nuestros pasos. —Tal afirmación golpeó duramente el corazón de Aliena. No, Jamie no podía creerse que estuviese muerta. Su pobre hermano… Estaría roto de dolor pensando en su pérdida. No. Estaba convencida que la estaría buscando, poniendo el reino patas arriba para encontrarla. Conocía bien el tesón de James Campbell y sabía que no se habría creído nada de lo que le habían contado.

Cuando llegaron a la altura de una pila de sacos sucios y mohosos, Aiden la zarandeó con vehemencia y la lanzó contra la mugre. La miró relamiéndose por el botín que acababa de conseguir, saboreando ya su triunfo. Aliena se arrastró de espaldas hasta chocar contra la pared de uno de los edificios. Trató de buscar algo con lo que golpearlo y poder salir en ayuda de Sigrid, pero tan solo pudo tantear restos de los que esperó fuesen comida en descomposición.

—*Milady*, ¿qué tal si no alargamos más esto y os levantáis la falda de una vez? No os podéis imaginar las ganas que tengo de haceros mía y… —Pero sus palabras dejaron de salir de su garganta, pasando a expulsar pequeños esputos de sangre. Sintió un fuerte dolor que le atravesaba el pecho y, cuando bajó su mirada, se quedó atónito al ver sobre salir el acero de una espada fantasma.

—Y seguiréis con las ganas de hacerla vuestra, mi señor, porque no volveréis a ponerle una mano encima nunca más —susurró Ian a su oído, apoyando una mano sobre su hombro mientras empuñaba con fuerza la espada que atravesaba el pecho del joven. Con suma lentitud, sacó el filo de su arma del cuerpo de Aiden, dejándolo desplomarse en el suelo envuelto en su propia sangre. Apenas unos segundos en los que intentó tomar aire y el MacDonald se dejó ir.

—Ian… —Agradecida por su aparición, Aliena se intentó poner en pie, pero resbaló con la sangre de Aiden que empapaba por completo el suelo bajo sus pies. Con un rápido movimiento, él la tomó entre sus brazos.

—Ali, ¿estás bien? —preguntó con preocupación. Ella no pudo hablar. Tan solo pudo mirarlo con devoción y gratitud, y abrazarse a él con fuerza.

—Gracias a dios que Deirdre te encontró —dijo—. ¿Sigrid? —preguntó separándose de él.

—Está bien. Tan solo tiene un corte en el brazo y el orgullo herido. —Ian la tomó del mentón para poder mirarla con detenimiento, apartándole el pelo hacia atrás y acariciándole sus sonrojadas mejillas. Quería comprobar que no tuviese ningún rasguño, aunque no pudo evitar besarla en los labios al sentir cómo sus manos temblaban. Su pelirroja traviesa y guerrera—. ¿Así que estos hombres son los que os secuestraron y mataron a tu esposo?

—Aiden, al menos. A los otros no los reconozco —respondió ya más calmada.

—Vámonos de aquí. Este ya no podrá hacerte daño nunca más. —Agradecida por su aparición en el momento indicado, Aliena lo volvió a abrazar y lo besó, abriendo su boca para dejar que sus lenguas se encontrasen y se enredasen. Ian rodeó su cintura y la atrajo hacia sí, gruñendo al sentir el deseo despertar en su entrepierna—. Pelirroja, si me vuelves a besar así, juro por dios que te haré el amor aquí mismo —susurró tras separar sus labios, con

una ronca voz y apoyando su frente sobre la suya.

—Sinceramente, no me importaría que me tomaras aquí…

—Aliena Campbell, sois una descarada —dijo esbozando una pícara sonrisa. Ella lo miró y sonrió, mordiéndose el labio y haciendo que a él se le dilatasen sus pupilas y su corazón se desbocase—. Ali… —protestó atrayéndola de nuevo hacia su cuerpo y dejando que ella pudiese notar su dureza contra su vientre. En ese instante, se escucharon las voces del resto del grupo llamándolos en la distancia, rompiendo así la magia entre ambos.

Capítulo XIV

El resto del grupo rodeaban a Sigrid, quien se anudaba un trozo de tela blanca alrededor de la herida que ya había dejado de sangrar tanto. Knut intentó ayudarla, pero solo recibió gruñidos y desaires por parte de su desesperante amiga. Harald abrazaba a Deirdre con un brazo, mientras sujetaba su ensangrentada espada con el otro y con el cuerpo de uno de los atacantes tendido a sus pies.

Los gemelos Ericsson habían salido corriendo tras los otros dos hombres contra los que Sigrid había estado luchando, dándoles caza cerca del embarcadero donde cargaban los bidones de bebidas. Volvían con una enorme sonrisa en sus rostros, por lo que Ian y Aliena intuyeron que les habían dado alcance y ya nada quedaría de ellos, salvo sus cuerpos flotando en las frías aguas del fiordo de Moray.

Una vez llegaron a la altura de todos, Sigrid corrió a abrazar a Aliena, quien la recibió con la misma efusividad. Ese gesto hizo que Ian sonriese al ver lo buenas amigas que se habían hecho al final su cuñada y su pelirroja traviesa. Por fin todo parecía estar en su sitio.

—¿Estás bien, princesa? —preguntó la valkiria separándose de ella y acariciando su roja cabellera.

—Mejor que tú, por lo que veo —respondió Aliena posando su mano sobre el vendaje de su brazo.

—Tranquila. He tenido heridas peores —dijo divertida—. El hombre al que heriste, salió corriendo y desapareció entre la

multitud —le informó para su malestar.

—Maldito bastardo. Y se ha llevado mi daga —protestó entonces Aliena.

—¡Oye! ¡Esa boca, pelirroja! ¿Qué voy a hacer contigo? —protestó Ian divertido al oírla pronunciar aquellas quejas cual hombre indignado.

—Besarme y acallar así mis palabras. —Su propuesta no se hizo esperar. Él se apoderó de sus labios, tal y como ella le había solicitado.

—Chicos… —protestaron Sigrid y Knut al verlos enfrascados en su apasionado beso—. Dejad algo para la noche, ¿no? —dijo Knut.

—¿Celoso, Bjørnsen? —preguntó la vikinga con cierto sarcasmo.

—Para nada.

—Venga, vámonos ya de aquí —se apresuró a decir Harald, antes de que su hermano y Sigrid se enfrascaran en una de sus clásicas discusiones—. Tengo una boda que celebrar y una mujer a la que satisfacer cuanto antes. —Aquella afirmación ruborizó a Deirdre, pero apenas nadie se dio cuenta pues él la tomó entre sus brazos y la besó con pasión.

En una pequeña capilla a la afueras de la ciudad, fue el lugar elegido para celebrar la repentina boda. En el altar, observado de forma divertida por sus amigos, un nervioso Harald caminaba de lado a lado sintiendo todo su cuerpo vibrar de emoción por poder tener pronto a esa muchacha de ojos marrones que tanto lo había vuelto loco desde el primer instante en el que posó su mirada sobre ella.

—O te relajas un poco, amigo, o acabaremos celebrando tu funeral, en vez de tu boda —bromeó Ian provocando las risas de Knut y los gemelos.

—Tú mejor que nadie deberías mantener tus burlas calladas, skozkrbloðs —gruño Harald sintiendo el sudor en sus manos—. ¿Se puede saber qué demonios hacen ahí dentro tanto tiempo? —preguntó mirando hacia la sacristía.

—Una novia debe poder tener su momento de intimidad para poder ataviarse con las prendas más bonitas elegidas por ella y así deslumbrar a su futuro esposo, quien la espera con suma paciencia ante los ojos de Dios —respondió el sacerdote con calma, pero

poniendo especial énfasis en esas últimas palabras. Tan solo obtuvo un bufido del novio en respuesta a su exposición y las consiguientes carcajadas por parte de los testigos allí presentes para dar fe de sus votos.

En el interior de la pequeña estancia sacerdotal, las mujeres hacían los últimos retoques a una novia inmersa en lágrimas de felicidad y temblorosa mientras sujetaba con fuerza el pequeño ramo de flores blancas y azules escogido aquella misma tarde para la ocasión. Anya y Aliena se encargaron del recogido, no tan bien como lo hubiese hecho la propia Deirdre.

Por suerte para ella, les había dado tiempo a darse un baño en sus hospedajes. Sigrid llevaba su indumentaria vikinga, ya que se había negado rotundamente a ponerse un vestido. Aliena, en cambio, había logrado sacarle la mayor parte de las manchas de barro y sangre a su vestido. Era el mismo que le había regalado la valkiria en Lerwick y, ya que no pudo comprarse uno nuevo para ella, decidió llevarlo como dama de honor de la novia. Tan solo se peinaría su larga melena rojiza y se la trenzaría hacia un lado.

—¿No pretenderás ir con esa insulsa trenza? —inquirió Sigrid observando su manejo con los mechones gruesos entre sus dedos.

—¿Acaso no te gusta mi destreza? —respondió Aliena a modo de burla.

—Deberías llevar algo más elegante. Trae, déjame a mí. —Para sorpresa de todas, Sigrid liberó los mechones ya trenzados y comenzó a peinar su melena.

—Cuento con que vosotras vigiléis para que no me corte mi pelo, chicas —bromeó mirando a Anya y a Deirdre.

—Disfruta del momento, princesa. Jamás cortaría una cabellera tan bonita y bien cuidada —respondió la valkiria con el mismo tono burlón con el que Aliena se había burlado. Cuando Sigrid hubo terminado, Deirdre miraba a la que una vez fue su señora pasmada al ver el peinado tan bonito que le acababan de hacer.

—Es precioso, Aliena —dijo Anya antes que nadie. Sigrid había tomado un par de mechones laterales de su cabeza y con suma destreza hizo una fina trenza, dejando el resto de su melena libre y suelta, y soltando algunos finos mechones sobre su rostro. Todas la miraron boquiabiertas.

—¿Quién os pensabais que peinaba a mi hermana? —comentó

divertida la vikinga. Aliena se giró hacia ella y la abrazó con efusividad. De haber iniciado su relación casi como enemigas, a convertirse en su más fiable amiga.

—Gracias —susurró aferrada a ella.

—Ian se va a desmayar cuando te vea… y yo me alegro por él, por los dos. Gracias a ti por traerlo de vuelta, pelirroja.

—Disculpen, señoritas, pero creo que tenemos a un novio con serios problemas ahí afuera y me temo que vendrá a tirar la puerta abajo, si no salen ya —dijo el párroco apareciendo ante ellas tras abrir la puerta de forma sigilosa. Sonrientes, las cuatro mujeres recogieron sus utensilios y se encaminaron hacia el interior de la capilla, donde estaban esperando en el altar un Harald que no dejaba de recolocarse los puños de su blanca camisa y a unos amigos que lo observaban entre risas y burlas.

La primera en llegar ante ellos fue Anya, quien se acercó a su recién esposo y le dio un casto beso en la mejilla, sonriendo al recordar su no tan lejana boda. La siguiente fue Sigrid, que no fue todo lo femenina y elegante que se esperaba, pero sí logró caminar con cierta calma hasta ubicarse en su lugar correspondiente. Sí pudo ver la mirada de Knut sobre ella y un extraño brillo en sus ojos que, extrañamente, la pusieron nerviosa.

Fue el turno entonces de Aliena, quien tuvo un sin fin de emociones dentro de su cuerpo mientras recorría el corto y estrecho camino hasta el altar. Quiso poder mirar a todos, pero sus ojos se quedaron fijos en los de Ian, quien la observaba con absoluta adoración. Pudo percibir amor, deseo y hasta orgullo en su mirada, y un cierto calor recorrer todo su cuerpo cuando este le guiñó un ojo y sonrió con esa traviesa sonrisa que tanto la volvía loca.

Y llegó el ansiado momento.

Deirdre apareció ante ellos, sujetando con fuerza su pequeño ramillete y caminando nerviosa hacia el altar. Harald, por su parte, enmudeció al verla entrar y no pudo cerrar la boca casi hasta que ella hubo llegado a su altura y porque Ian se acercó para susurrarle que la cerrase. Tuvo que contenerse mucho para no apoderarse de sus labios en ese momento, pero sabía que no debía hacerlo hasta estar bendecido por Dios.

«En nuestro hogar no hubiésemos necesitado de toda esta pantomima. Ya estaríamos encamados y formando nuestra propia

familia. Los dioses nos habrían bendecido en la primera noche», pensó a modo de protesta. Y sí, lo cierto es que sus costumbres son mucho más diferentes que las suyas, pero Deirdre así se lo había solicitado. No quería tener que explicare a su abuela que no estaba casada a los ojos de su creador y provocarle una angustia con ello a su familia.

Dichos los votos y pronunciadas las mágicas palabras por parte del párroco, el vikingo desató toda su pasión en un beso al que todos aplaudieron y vitorearon con alegría por la reciente unión.

—Bien —comenzó a decir el sacerdote con sus manos entrelazadas sobre su regazo—, podemos proceder con la siguiente unión —dijo para sorpresa de Aliena, quien miró con intriga al resto.

—Te toca, princesa —susurró Sigrid a su lado, dándole un ligero empujón hacia el altar.

—¿Qué…? —Pero no pudo acabar su pregunta, pues Ian la tomó de la mano, sonriente y con un brillo en sus ojos que la dejaron sin palabras.

—Aliena Campbell, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa y poder, así, forjar nuestro futuro y nuestra propia familia? —preguntó él.

—Ian… —No podía creer que le estuviese ocurriendo aquello. Ante ella, el gran amor de su vida, aquel al que habían dado por muerto cinco años atrás y con el que soñaba todas y cada una de sus noches. El hombre por el que sería capaz de dar hasta su propia vida, su guerrero de ojos verdes le estaba pidiendo compartir el resto de sus vidas juntos. Con lágrimas en los ojos, fijó su cristalina mirada en él y simplemente se abalanzó a sus brazos gritando un «¡Sí!» que se pudo escuchar hasta en el exterior de la capilla.

Ante los ojos de Dios, y ante el abrigo de sus amigos, Ian y Aliena unieron sus almas para el resto de sus vidas.

La celebración tuvo lugar en la taberna donde se alojaban los recién casados. La cerveza no faltó en ningún momento, mientras comían y brindaban alegres y felices, contagiando al resto de los clientes. Sin darse cuenta, acabaron todos cantando y bailando al ritmo de gaitas y tambores que algunos huéspedes habían sacado para darle música al ambiente.

Los primeros en escabullirse de la fiesta fueron Harald y Deirdre. El vikingo, harto de contener más el deseo por hacerle el amor a su esposa, la cogió en brazos y, emitiendo un grito de guerra vikingo que fue correspondido por Ian y sus amigos, subió las escaleras de madera casi de cinco en cinco. Abrió la puerta de su estancia de una patada, cual bárbaro, y desapareció de la vista de todos, entre vítores y aplausos.

Cuando les tocó el turno a Aliena e Ian de tener su noche de bodas, este fue mucho más caballeroso con ella que Harald. La tomó con delicadeza entre sus brazos, dejando que esta posara sus labios sobre los suyos y caminó con paso firme hasta la puerta de su habitación, abriéndola después con suavidad. Sí la cerró de golpe con su pie porque no quería soltar a su flamante esposa, ni separar sus labios.

Con sumo cuidado, la dejó de nuevo en el suelo frente a él, sin dejar de mirarse con devoción absoluta los dos. Por fin era suya por entera. Tal y como siempre había deseado. Tal y como había planeado el día que la hizo suya antes del fatídico accidente. Hoy, Aliena Campbell era por fin su mujer y así sería para el resto de sus días. Sin querer demorarse mucho más, la ayudó a quitarse su vestido y le hizo el amor como nunca antes lo había hecho.

A media noche, Aliena se despertó sintiendo una cálida brisa acariciar sus mejillas. Como si de un embrujo se tratase, sintió la necesidad de levantarse del lecho y acercarse a la ventana para dejarse bañar por la blanca luz de la luna brillando en el oscuro firmamento. Con sumo cuidado de no despertar a Ian, apartó el brazo que rodeaba su cintura y se colocó su camisón blanco sobre su desnudo cuerpo. Tomó la manta que había a los pies de la cama y se la enrolló alrededor de su cuerpo.

No quiso abrir la ventana, pero sí se quedó apoyada contra el marco, observando las estrellas tintinear como entonando algún tipo de melodía silenciosa que solo los más afortunados podrían escuchar. Cerró los ojos, suspiró profundo y lo dejó entrar. El recuerdo de unos ojos, de unos cabellos rubios como el oro y una sonrisa enternecedora. Alistair MacLeod hacía acto de presencia en su mente… y en su corazón.

«He cumplido la promesa que te hice, Al. Por fin he logrado encontrar la felicidad y sé que tú la apruebas y bendices esta unión.

Siento no haberte amado como te merecías, pero… mi corazón siempre le ha pertenecido a él. Aún así, me has dado un tiempo maravilloso junto a ti, Alistair MacLeod, y te llevaré siempre en mi corazón. Hasta siempre mi vikingo amado», susurró al cielo, esperando que su mensaje le llegase a quien fue su esposo.

Tras decir esas palabras de despedida, una lágrima furtiva asomó en su rostro, arrollando por su mejilla. Justo cuando iba a limpiarla con su mano, siente el calor de un cuerpo y los fuertes brazos de Ian rodeándola.

—¿Qué haces despierta? —preguntó dándole un tierno beso en la frente.

—Pensar…

—Pensabas en él, ¿no es cierto? En tu esposo.

—Me despedía de él, en realidad. —Aliena apoyó su cabeza sobre el torso de Ian, acariciando los brazos que la rodeaban, sin dejar de mirar al frente—. Quería decirle que lo había logrado, que era libre y que… que por fin era feliz. Que había cumplido la promesa que le hice antes de morir —afirmó tratando de contener las lágrimas al recordar los últimos momentos vividos con Alistair.

—Por cómo hablas de él, tuvo que ser un buen hombre.

—Fue un gran hombre, y un gran laird para su clan. Todos lo querían y respetaban. Al me curó, Ian. Aún sabiendo que no se casaría con una mujer pura, me aceptó y guardó mi secreto hasta su último aliento. Me amó, mucho…, pero yo no pude amarlo de igual forma a él —comentó con tristeza.

—Ahora siento un poco de celos por haberte tenido durante esos años. —Aquella confesión la hizo reír—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Pues que él me dijo lo mismo en una ocasión de ti.

—¿De mí?

—Acudías a mí todas las noches. Invadías mi mente y siempre me despertaba angustiada. Al me dijo una vez que sentía celos por ver cómo yo aún seguía buscándote aunque fuese en sueños. Que envidiaba al hombre que hacía latir mi corazón de esa forma.

—Siento haberte abandonado, Ali. Siento mucho que tuvieras que pasar por todo lo que has pasado y siento mucho no haber estado ahí para ti…

—Tú no me abandonaste, Ian. No al menos por propia elección —dijo girándose para mirarlo a los ojos.

—Pero pude haber intentado volver en cuanto me recuperé. —Aliena estiró su mano hasta posarla sobre su mejilla y acarició su rostro con ternura. Él le dio un suave beso en su cálida palma.

—Todo tenía que suceder así, ahora lo entiendo. Ya no somos los mismos jóvenes de hace unos años, Ian. Yo siento que te amo ahora más que antes.

—Pues ya somos dos porque yo siento que me va a estallar el corazón de lo mucho que te amo, Aliena. Hasta duele tanta felicidad. Te necesito, te necesité y te necesitaré el resto de mi vida. —Sin dejarla hablar, posó sus labios sobre los suyos, urgiéndola abrir su boca para poder enredar sus lenguas.

La abrazó con más fuerza, apretándola contra su cuerpo y sintiendo la redondez de sus pechos acariciar su torso. Ella se aferró a su cuello, profundizando con pasión en aquel beso que los estaba llevando a la lujuria que iba camino de desatarse. Necesitando volver a hundirse en ella, Ian la tomó de su trasero y la elevó hasta dejarla sobre su cintura, con sus piernas rodeándolo y besándose ambos con deseo.

Caminó con ella hasta la cama, sentándose sobre el mullido colchón y dejándola a horcajadas sobre él. Con urgencia, desanudó el cordón que sujetaba su camisón y lo dejó descender por sus hombros hasta quedar arrugado sobre sus caderas. Comenzó a darle sensuales besos por todo su cuello hasta llegar a tomar uno de sus pechos entre sus labios. Aliena, al sentir su lengua juguetear con uno de sus pezones, gimió y abrazó su cabeza, revolviendo y acariciando sus oscuros cabellos.

Sus respiraciones se aceleraron y sus corazones se agitaron con cada caricia, con cada beso que se daban. Se entregaban el uno al otro sin más que darse salvo un profundo amor y deseo. El culmen del placer vino cuando ella se colocó mejor sobre su erecto miembro y lo dejó entrar en su interior, descendiendo de forma lenta. Aliena arqueó su espalda en cuanto lo sintió entero dentro de ella, presentándole de nuevo sus pechos y dejando que los devorase con pasión mientras ella comenzaba a balancearse sobre él.

Excitados y hambrientos el uno del otro, aceleraron sus movimientos, gimiendo de placer. Sujeta entre sus fuertes brazos, Aliena lo miró fijamente a sus verdes ojos, haciendo este lo mismo. Su conexión era única e irrompible, y el deseo que sentían el uno

por el otro era insaciable. Sintió entonces cómo él empezaba a necesitar acelerar el ritmo y ella así lo hizo. Abrazada a él, sin dejar de moverse ni de sentir la dureza de su miembro dentro de ella, Aliena llegó a su ansiado orgasmo casi al mismo tiempo que él se derramaba en su interior.

Jadeantes y con sus cuerpos aún ardiendo, permanecen unidos durante un tiempo, sin querer separarse.

—Te amo, mi pelirroja traviesa —susurró él, dándole después un beso sobre su hombro desnudo.

Capítulo XV

Llegó el momento de despedirse uno de otros, pues sus caminos tomaban diferentes direcciones.

Los primeros en marcharse fueron Anya y su esposo, acompañados por los gemelos Ericsson. Para sorpresa del resto, y disgusto a la vez, Olaf y Leif habían decidido unirse a la ruta del viaje nupcial de su prima. Por supuesto, no sin el consentimiento por parte de estos. Anya aceptó al instante, no solo porque adorase la compañía de sus queridos primos, sino porque así se sentiría más segura aún.

Mientras Deirdre y Aliena se fundían en un largo e intenso abrazo, lleno de lágrimas de agradecimiento y felicidad por ambas partes, Ian terminaba de anudar a sus monturas las pocas pertenencias con las que viajarían de vuelta al hogar de los Campbell de Clackmannanshire. Harald estaba inmerso en una conversación con su hermano Knut, quien parecía desconcertado por algo.

—¿Va todo bien, chicos? —preguntó Ian acercándose a sus amigos.

—Sí —se apresuró a responder Knut.

—No —respondió Harald a la vez que su hermano.

—Sí, no. ¿En qué quedamos? —dijo Ian mirándolos a ambos. En ese instante, Sigrid pasó por su lado cabizbaja, algo nerviosa y con actitud extraña. No era su clásico comportamiento tosco y gruñón. Parecía más bien otra cosa. Ni siquiera se atrevía a mirarlos a ellos.

Simplemente, se fue junto a sus amigas y se abrazó a ellas—. ¿Qué ocurre aquí? —preguntó mirando de nuevo a sus amigos.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —expresó Harald cruzándose de brazos, incitando a su hermano a confesar. Knut, sabiéndose derrotado, suspiró poniendo los ojos en blanco.

—Anoche, Sigrid y yo nos acostamos —sentenció dejando a Ian boquiabierto.

—Pero esta mañana, ella salió de la habitación y no ha vuelto dirigirle la palabra —finalizó su hermano la historia.

—No lo entiendo —comentó el escocés saliendo de su asombro —. Llevamos teniendo que soportar vuestras discusiones de enamorados desde hace años, viendo cómo suspirabais el uno por el otro, y ahora que por fin habéis dado el paso, ¿os da vergüenza? —preguntó.

—Es ella la que no quiso hablar conmigo, y no será porque no lo intentase. Por eso tengo el brazo dolorido, skozkrbloðs —respondió Knut mostrando los morados en su antebrazo derecho.

—¿Eso te lo ha hecho ella?

—¡Pues claro!

—¿Qué vamos a hacer con vosotros dos, hermano? —dijo Harald entonces, moviendo su cabeza en señal de desesperación.

A una distancia del grupo de hombres, y sin poder escuchar lo que ellos hablaban, permanecían Deirdre y Aliena mirando atónitas lo que Sigrid les estaba contando. La misma historia, pero vista desde su posición y mostrando un claro nerviosismo. Realmente que entre esos dos existía algo mucho más fuerte de lo que ellos se pensaban, pero la gran amistad que tenían desde hacía años hacía que aquella vikinga tan segura y de carácter fuerte se sintiese la persona más insegura del mundo en ese instante.

—Pero, eso es maravilloso, Sigrid —le dijo Deirdre cuando hubo terminado su exposición.

—Yo no lo tengo tan claro… N-no sé cómo mirarlo a la cara, me avergüenza porque nos conocemos desde que éramos unos niños y… yo…

—Escúchame bien, vikinga cabezota —inquirió Aliena cogiéndola por los hombros—. Ese hombre que está ahí te ama desde hace mucho antes de esta noche y tú a él también —afirmó.

—¿Cómo has…?

—Calla y escúchame bien, Sigrid. Ve ahí y dile lo que sientes a Knut porque estoy segura que él quiere poder decirte lo mismo. Déjate llevar por lo que tu corazón te dicta y, sobre todo, mi querida y nueva amiga, déjate amar por una vez en tu vida —aseveró la pelirroja, sacándole una tímida sonrisa.

—Ánimo, Sigrid. Verás que es maravilloso sentirse así y saber que has encontrado a tu otra mitad. Caminaréis juntos a partir de ahora y seguro que seréis muy felices. Y los niños van a ser hermosísimos, porque… —comenzó a decir Deirdre.

—¿Niños? ¿Es que hay que tener niños? No creo que pueda hacerme cargo de esas criaturas tan pequeñas y gritonas —comentó poniéndose nerviosa al pensar en sus propios descendientes. Aliena suspiró y volvió a sacudirla para calmarla.

—Ve ahí y bésalo. Toma tú el control, si así te sientes más segura —le instó entonces.

Sigrid levantó en ese momento la cabeza y miró hacia Knut, quien la miraba también desde la distancia. Pudo ver una leve sonrisa asomar en su rostro, lo que provocó que un repentino calor recorriese todo su cuerpo. Como poseída por algún ente extraño, tomó aire y se encaminó hacia el grupo de hombres. Él, que la veía acercarse con paso decidido y con cara de asombro, tan solo pudo recibirla entre sus brazos y dejarse besar. Harald e Ian se miraron sorprendidos ante aquella escena, mientras Deirdre y Aliena silbaban y vitoreaban la valentía de su amiga.

Tras despedirse los seis, entre palmadas en la espalda por parte de ellos y alguna que otra lágrima por parte de ellas, Aliena e Ian emprendieron rumbo de vuelta a casa. Rumbo a Dollar, al castillo Campbell que la había visto crecer y donde tan protegida se había sentido siempre. De vuelta a su hogar.

—¿Nerviosa? —preguntó él al verla fija en el horizonte e inmersa en sus propios pensamientos.

—No veo la hora de volver a ver a Jamie, y a Gavin…, y a todos.

—Lo sé. Ya también estoy nervioso por reencontrarme con mi familia. No sé cómo reaccionarán…

—Pues te puedo asegurar que se alegrarán de que estés vivo y de vuelta junto a ellos —afirmó ella—. He mantenido largas conversaciones con tu hermana hablando sobre ti y sé del gran amor que sentía por ti. Ella siempre dice que le arrebataron una

parte muy importante de su vida porque tú eras su mejor amigo, su confidente, y sufrió mucho tu pérdida. Será la que más se alegre, estoy segura.

—Mi querida Abigail. Cuánto la he echado en falta yo también durante todos estos años…

—¿Quieres que te cuente cómo surgió la historia entre mi hermano y ella?

—Sí, por favor —respondió con rapidez esbozando una brillante sonrisa—. Y háblame de mis sobrinos. Quiero ir haciéndome una idea de cómo son, antes de poder conocerlos.

Aliena fue relatando con detalle cómo su hermana y toda su familia acabaron viviendo en Dollar. Le habló sobre la relación entre su padre e Iona, provocando que una sonrisa involuntaria asomara en el rostro de Ian al pensar en sus seres queridos. No veía la hora de volver a verlos y poder abrazarse. Lamentaba tanto no haber hecho más por mostrarles que estaba vivo y a salvo…, pero se tomó el suceso como un castigo y una penitencia que debía cumplir.

Fueron unos largos meses de recuperación en los que perdía a veces la consciencia y se sumía en un profundo sueño en el que viajaba hasta la puerta de su hogar y veía a su familia hundida por su pérdida. Veía también a Aliena desolada por haber entregado su virtud a un hombre que la había abandonado y la pena comenzó a pesar demasiado en él. No se consideraba merecedor de su amor y, al año de estar del todo recuperado, decidió intentar una nueva vida junto a las personas que lo habían salvado. Tal vez así lograse redimir su alma. Y debió de hacerlo, pues su recompensa no fue otra que recuperar el amor de la mujer que le había robado el alma y la pronta vuelta junto a su familia. Ella tenía razón al decir que debían recorrer ese camino para volver a estar juntos y tener, por fin, su final feliz.

Llevaban una semana de viaje cuando una enorme tormenta los atrapó bordeando los Cairngorns. Un fuerte viento y unas intensas lluvias se apoderaron del cielo y, en cuestión de segundos, acabaron completamente empapados. Apresuraron el paso de sus monturas para encontrar donde guarecerse antes de pillar una pulmonía o sufrir algún accidente por el camino, ya que los caballos parecían inquietos con los truenos.

A lo lejos del camino, divisaron una pequeña cabaña de la que

salía humo de su chimenea. Azuzaron sus monturas y desmontaron casi de un salto en cuanto lograron llegar. Ian golpeó la vieja puerta de madera con los nudillos, sujetando las riendas de su caballo y mirando a Aliena por encima de su hombro para comprobar que estaba bien. Y lo estaba, pero no dejaba de tiritar como una hoja mecida en los árboles.

Segundos después, una anciana de cabellos grises y rojizos mofletes les abrió la puerta.

—Discúlpenos, señora, pero nos ha pillado la tormenta en pleno camino y queríamos saber si habría posibilidad de que nos pudiésemos guarecer de ella hasta poder retomar nuestro viaje —preguntó él con mucha educación. La señora se ajustó su roído chal sobre sus hombros y los miró a ambos como tratando de adivinar si en verdad eran unos simples viajeros o traían ocultas intenciones. Posó sus oscuros ojos en el rostro de Ian y sonrió, para luego mirar hacia la empapada joven que permanecía tras él, sujetando con fuerza las riendas de su caballo.

—Nos sirve el establo, señora. No queremos molestarla —balbuceo Aliena castañeteando sus dientes. En ese instante, un fuerte estruendo invadió el cielo sobre sus cabezas, agitando a los ya nerviosos animales.

—¡Oh, por favor! ¿Cómo vais a dormir entre animales con este temporal, muchacha? Pasad, pasad —respondió la anciana para alivio de la pareja—. Puedes dejar los caballos en el establo que hay detrás de la casa, joven —dijo sonriendo a Ian.

—Muchas gracias, señora —respondió él asintiendo. Tomó las riendas de ambos animales y se alejó de ellas.

—No sabe cuánto se lo agradecemos, señora…

—Lorna —indicó la anciana—. Me llamo Lorna MacAwe.

—Encantada, Lorna. Yo soy Aliena SinClair —dijo asintiendo agradecida—, y él es mi esposo, Ian SinClair —comentó al verlo aparecer junto a ellas en ese instante.

—Vamos. Pasad y sentaos al calor del hogar. Prepararé algo caliente para comer, porque me imagino que estaréis muertos de hambre. —Lorna abrió la puerta por completo, dejándolos entrar en su casa y cerrando tras ellos.

—No hace falta, Lorna. Traemos comida… —se apresuró a decir Aliena.

—Muchacha estáis empapados y tus dientes castañetean con tal fuerza que podría ponerme a bailar ahora mismo —respondió la anciana comenzando a remover el cocido que tenía colgado al calor del fuego.

—Le estamos muy agradecidos, señora —dijo Ian.

—No me las deis, muchachos. Viene bien tener visita de vez en cuando por estas remotas tierras. Normalmente, mis conversaciones van dirigidas a mis gallinas o a intentar que ese terco caballo del establo no me acabe tirando al suelo de una coz.

—Será un gran honor poder darle una conversación de humanos, señora MacAwe. Aunque no le prometo que ella no le de una coz —bromeo Ian sorprendiendo a Aliena por aquel comentario.

—¡Oye! —protestó ella dándole un pequeño punta pie.

—¡Ay! ¿Ve lo que le digo? —Lorna observó a la joven pareja con añoranza de algún amor pasado. Sonrió con ternura mientras servía un poco de comida en los cuencos.

—Hacéis una pareja muy bonita y se os ve muy enamorados a ambos —comentó la anciana con cierto tono de tristeza—. Me recordáis a mí y a mi Ewan…

—¿Su marido no…? —Aliena no sabía cómo hacer la preguntar sin causarle dolor a la pobre Lorna, pues se la veía afligida hablando de su esposo.

—Se lo llevaron unas fiebres el invierno pasado. Estaba arreglando el tejado del granero y cayó de lo alto, rompiéndose una pierna. Una astilla se le clavó en la caída y eso le produjo las fiebres que se lo llevaron de mi lado. —Lorna suspiró compungida, fijando su mirada en las brasas que ardían en el hogar—. Ay, mi Ewan… y te fuiste sin terminar de arreglar ese condenado tejado y el enrejado de las gallinas.

—Si quiere, puedo hacerlo yo, señora MacAwe —se ofreció Ian en ese momento.

—¿Harías eso por mí, muchacho? —preguntó Lorna dejando sobre la mesa los cuencos llenos de ese cocido que olía de maravilla.

—Por supuesto. Usted nos ha dado alojamiento y qué menos que la pueda ayudar en lo que necesite.

—Muchacha —dijo la anciana sonriendo y mirando a Aliena, quien se llevaba una cucharada a la boca—, has conseguido a un

buen hombre. No lo dejes escapar por nada del mundo.

—No me separaré de él jamás. —Tras esa firme promesa, Aliena clavó su cristalina mirada en los verdes ojos de Ian, quien la miraba con una intensidad que provocó que su cuerpo ardiese de nuevo de deseo por estar entre sus brazos—. ¡Madre mía, Lorna! Esto está buenísimo —pronunció con sinceridad, haciendo que tanto Ian como la anciana estallasen en risas.

Tras una cena caliente y una conversación más que agradable, ambos se fueron hacia la habitación que un día había sido de Lorna y su esposo. «Estoy muy vieja para andar subiendo y bajando esas condenadas escaleras, jovencitos. Por eso, mi Ewan hizo una pequeña habitación aquí abajo. El altillo ahora es todo vuestro. Descansad, lo necesitáis», les había dicho la anciana.

Lo cierto era que se sentían cansados del viaje, pero no les impidió quitarse la ropa el uno al otro y disfrutar de la desnudez de sus cuerpos. La pasión con la que se hacían el amor cada noche no hacía más que acrecentar un hambre que llevaba mucho tiempo esperando ser saciada. Y esta vez, podían unirse ya como marido y mujer, sin temor a que nadie se interpusiese entre ellos.

Amor. Eso era lo único que necesitaban el uno del otro. Un amor infinito y bien arraigado en lo más profundo de sus almas.

—Me ha gustado oírte decir tu nombre seguido de mi apellido —dijo Ian rompiendo el silencio que se había instaurado entre ellos tras hacer el amor. Ella, con su cabeza reposando sobre su pecho desnudo, acariciaba su torso con la punta de sus dedos mientras él paseaba sus manos por su espalda y enredaba sus dedos entre los rojizos mechones de su cabello.

—Bueno, es que soy tu esposa.

—Pero tal vez preferías seguir siendo Campbell, y no cambiar tu apellido por el mío.

—¿Es que acaso no quieres que lleve tu apellido? —preguntó ella levantando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No es eso. Pero… Tú me has dicho que mi familia ahora está con tu hermano y que les concedió llamarse Campbell. Tal vez yo pueda…

—Ian, yo no quiero que pierdas tu identidad por mí —afirmó Aliena sorprendida por sus palabras.

—Y no perderé mi identidad, Ali. Tan solo llevaría el nombre de

tu clan y podría pertenecer a él, al igual que mi familia.

—En mi clan hay MacAllisters y no se cambiaron el apellido para poder jurar lealtad a mi hermano.

—¿Segura que no te importa llevar el apellido de un hombre sin clan?

—Soy tuya, te llames como te llames y tengas clan o no. Ian SinClair, yo no te acepto solo por tus bienes o por tu apellido. Te acepto a ti por tu corazón y por tu alma. —Ian clavó su intensa mirada sobre los de la mujer a la que siempre había amado, sintiendo como su corazón latía con fuerza tras escuchar aquella confesión. Él sabía que no tenía nada que ofrecerle y aún así lo aceptaba y parecía sentirse más orgullosa de llevar su apellido que él mismo. No pudo evitar darle un tierno beso en los labios.

—Me llena de orgullo oírte hablar así, mi pelirroja traviesa.

—¿Nunca has pensado en buscar más información sobre tu familia? Los SinClair no sois precisamente un clan pequeño, ni desconocido. Tal vez…

—Abi y yo intentamos alguna que otra vez hablar con nuestro padre sobre nuestras raíces, ya que sentíamos curiosidad por saber más y por conocer si teníamos primos, tíos o incluso abuelos.

—¿Pero?

—Pero papá nunca nos habló mucho y siempre trataba de desviar el tema. Parecía dolerle hablar de ello, así que desistimos —respondió él recordando algunas de sus conversaciones en la granja familiar—. Solo sabemos que nuestra madre era española, hija de un comerciante que venía todos los años a vender sus productos por los mercados más conocidos, y que ambos se enamoraron casi al instante. Nada más.

—¿Y los padres de tu madre no viven en Escocia?

—Solo estaban él y mi madre, y parece ser que murió mucho antes de nacer nosotros.

—Tal vez puedas hablar con él cuando volvamos…

—Dudo mucho que nos vaya a contar algo diferente, Ali —dijo con resignación.

—Bueno, pues —comenzó a decir colocándose sobre él y quedándose sentada a horcajadas, tomando su rostro entre sus manos—, yo te ayudaré a buscar a tu familia.

—El caso es que ya la he encontrado —afirmó dejándose

acariciar y besar por aquella pelirroja que tan loco lo volvía—. Tú eres mi familia ahora, Aliena. Y lo serás siempre, incluso cuando me vaya. —Y sin dejarla opción a más réplica, Ian se apoderó de sus labios, desatando de nuevo la pasión y el deseo entre ambos.

Capítulo XVI

A la mañana siguiente, tras un despertar lleno de pasión donde se amaron con la intensidad de siempre, Ian se dispuso a reparar el tejado de la cuadra y el vallado del cercado exterior para evitar que el caballo se escapase. Aliena quiso colaborar con la mujer que les dio alojamiento ayudándola con el enrejado del gallinero. A pesar de las protestas de Lorna e Ian, ella hizo caso omiso de sus palabras y cogió todo lo necesario para la labor. No era la primera vez que lo hacía, ya que en el castillo de su hermano lo hizo miles de veces. Incluso en Stornoway lo hacía, dejando a los miembros del clan MacLeod de Lewis asombrados por ver a su señora mancharse las manos con trabajos destinados a los sirvientes. Aunque Alaister la miraba orgulloso, pues siempre supo que había elegido a la mujer perfecta para ser su compañera y señora de su clan.

—Os auguro un futuro prometedor, muchacha —dijo Lorna mientras esparcía el pienso a las gallinas y los pollos que revoloteaban a su alrededor—. Sois perfectos el uno para el otro y estoy segura que formaréis una familia fuerte en lazos y llena de niños tan nobles como sus padres.

—Vaya —respondió Aliena ajustando con fuerza la tensa red que acababa de reparar—, gracias. Son unas palabras muy bonitas, Lorna. Ojalá pueda darle todos los hijos que él desea. Siempre quiso tener una familia numerosa.

Un relincho atrajo las miradas de las mujeres hacia el cercado de la casa y ambas pudieron ver cómo Ian parecía mantener una

conversación con el caballo del difunto señor MacAwe. Un precioso ejemplar de clydesdale tordo que parecía algo inquieto por la cercanía de aquel desconocido.

—Deberías avisar a tu esposo que tenga cuidado con *Jonas* —comentó la anciana dejando el cesto del pienso sobre unos fardos de paja, dispuesta a dirigirse hacia allí.

—Tranquila, Lorna —se apresuró a decir Aliena—. Ian sabe lo que hace y se le dan muy bien los caballos. Créame, señora MacAwe. No le pasará nada.

La anciana emitió un chasquido con la lengua a modo de protesta, cruzándose de brazos y mostrándose bastante disconforme con las palabras de la muchacha pelirroja, pero su actitud cambió por completo cuando pudo ver, con sus propios ojos, como ese testarudo caballo se dejaba acariciar y manipular sus patas sin oponer resistencia alguna. Atónita, observó cómo Ian revisaba una a una cada pezuña de *Jonas*, quien tan solo lo miraba y golpeaba de vez en cuando con su hocico. Aliena, por su parte, solo pudo reírse de forma disimulada al ver boquiabierta a Lorna.

—Jovencita, ese hombre es un encantador de bestias —dijo la anciana saliendo de su estupor—. Hace maravillas con sus manos…

—Oh, sí. Ya lo creo que sí —respondió divertida y provocando un ataque de risa en Lorna, quien comprendió muy bien a qué se refería Aliena con su respuesta.

Las risas de las mujeres atrajeron la mirada de Ian, quien mantenía sujeta una de las pezuñas del hermoso semental entre sus rodillas. Le resultó reconfortante ver a Lorna reír de esa forma tan relajada y a la vez divertida, pero lo que hizo que su corazón se agitase como un potro desbocado fue oír la risa de Aliena. Sonaba a música celestial en sus oídos. La sonrisa de su pelirroja traviesa siempre lo había vuelto loco. Una sonrisa sincera que deslumbraba a todo el que osase fijar su vista en ella.

Las observó alejarse del gallinero y desaparecer en el interior de la casa. Supuso que se pondrían con la elaboración de un delicioso guiso. Al pensar en ello, sus tripas comenzaron a rugir con furia, deseosas de poder degustar tal exquisito manjar. *Jonas*, por su parte, agitó sus crines y emitió un ligero relincho, indicándole a Ian algún tipo de malestar. Este liberó su pata de su agarre y se acercó a su cabeza, pasando su mano por todo su lomo y hablando entre

susurros tranquilizadores.

—¿Qué te ocurre, amigo? —dijo una vez tuvo la frente del caballo apoyada contra la cuya—. ¿Te ponen nervioso las risas de las mujeres? —preguntó mientras acariciaba la frente y el cuello del animal con pequeños círculos.

De pronto, unos gritos del interior de la casa rompieron el embrujo creado entre bestia y hombre. *Jonas* cabeceó nervioso y relinchó de igual forma que lo solía hacer su caballo antes de entrar en batalla, lo que alertó a Ian de un posible ataque. Sin pensárselo dos veces, tomó la pequeña hacha con la que había estado realizando las labores de arreglo del cercado y salió corriendo en auxilio de Lorna y Aliena. Al llegar a la puerta, un extraño chocó contra él, provocando que casi se vaya de bruces al suelo. Iba herido en una de sus manos, pues pudo ver cómo se la sujetaba con fuerza con su otra mano y la sangre arrollaba entre sus dedos.

Su primer instinto fue perseguir al intruso, quien salió corriendo como alma que llevaba el diablo, pero los sollozos de Aliena lo empujaron al interior de la cabaña. Al entrar, Ian se encontró con un panorama desolador. Lorna yacía entre los brazos de Aliena, quien no dejaba de llorar y de acunarla como si fuese un bebé. Se fijó en el vientre de la anciana. Una gran mancha de sangre brotaba de ella, a pesar de los intentos de su esposa por parar la hemorragia.

—¿Qué ha…?

—Nos estaba esperando oculto en el interior de la casa, Ian —dijo Aliena entre sollozos—. Saltó sobre mí. Forcejeamos y Lorna… e-ella intentó quitármelo de encima, p-pero él se giró y-y… No pude hacer nada, Ian. No pude evitar que la apuñalase como un salvaje. Y-yo… yo n-no. —Aliena estaba en *shock* y no conseguía decir una frase entera. Él dio un paso hacia ellas para arroparla, pero el relincho de un caballo en el exterior atrajo su atención. *Jonas* había saltado el cercado y lo estaba esperando en la puerta de la casa. Parecía como si el propio caballo supiese lo que había que hacer. Sin más, Ian salió corriendo, saltando sobre la grupa del animal y azuzándolo para ir en busca del asesino.

No sabía cómo, pero *Jonas* parecía saber qué camino tomó el intruso y dejó que su instinto los guiase a ambos hasta lograr capturarlo. No tenía pensado dejarlo con vida, pero sí quería

obtener algunas respuestas antes de cortarle el cuello. ¿Cómo se atrevía a entrar en una casa con dos mujeres y asesinar a una anciana con la saña con la que lo hizo? ¿Qué clase de hombre hace algo así? «Solo un cobarde actuaría de esa forma tan rastrera. Un hombre sin principios», pensó mientras cabalgaba a lomos de *Jonas*, con la única sujeción de sus propias piernas y aferrando sus manos a las grises crines del semental.

Encontró un rastro de pisadas de caballo y varias ramas rotas. Estaba claro que por ahí había pasado alguien con mucha prisa por alejarse de algún lugar. Continuó las huellas durante un buen rato, hasta llegar a un pequeño riachuelo y comprender, entonces, que ya nada podría hacer por darle alcance. Si estuviese solo, le daría caza, pero Aliena estaba sola esperando por él y debía volver cuanto antes junto a ella. Así que, echando aún un último vistazo al frente y maldiciendo al aire, giró por completo su montura y emprendió camino de regreso.

Se encontró a su mujer aún sentada junto al cuerpo sin vida de Lorna, sujetando su mano entre sus ensangrentadas manos y llorando de forma desconsolada. Aquella buena mujer no se merecía una muerte así. No después de haberles acogido en su hogar, a dos completos desconocidos, y haberlos tratado como si fuesen sus propios hijos. Nadie se merecía un final así. Ian cerró los ojos y los puños tratando de controlar la rabia que crecía en su interior. Sentía ganas de gritar al universo cuándo iba a dejar de enviarles desgracias y sufrimientos.

—Debemos enterrarla, Ian… Junto a su esposo —comentó Aliena en ese instante.

—Ahora estarán juntos —respondió él agachándose junto a ella y abrazándola.

—Venía por mí, Ian. Él —comenzó a explicarle entre sollozos—, cuando saltó sobre mí, dijo mi nombre. Creo-creo que era uno de los hombres que mataron a Alaister. U-un… un…

—Sschh Ya, mi amor —susurró él contra su sien, abrazándola con más fuerza para calmarla y dándole un beso en la mejilla.

—¿Por qué, Ian? ¿Por qué me quieren muerta?

—Probablemente porque, quien orquestase el asesinato de tu esposo, no quiera que puedas reconocer a tus atacantes y lo lleven hasta él.

—¿Crees que alguien del propio clan pudo ser el artífice de… de…?

—No tengo la menor duda, Ali. Lo siento.

—No… no es culpa tuya, Ian.

—Lo sé, pero aún así siento que tengas que pasar por todo esto. Juro que daré con quien haya orquestado todo esto y pagará por ello, Aliena. —Ella simplemente apretó su mano en señal de agradecimiento—. Vamos, debemos enterrarla y emprender camino. Si en verdad existe algún tipo de conspiración, no estarás a salvo hasta que llegues junto a tu hermano. —Tras esa afirmación, ambos se pusieron en pie y comenzaron con los preparativos para enterrar a Lorna junto a la tumba de su amado esposo. La familia MacAwe se acababa ahí. El único consuelo que tuvo Aliena fue el saber que aquella bondadosa mujer no murió sola.

Tras el entierro, ambos prepararon las pocas pertenencias que tenían y llenaron sus alforjas con alimento suficiente para sobrevivir la dura semana que aún les quedaba de camino. Decidieron liberar a todos los animales, ya que no quedará nadie para cuidarlos y encerrados acabarían muriendo. La sorpresa les vino cuando, tras abrir la portilla del cercado de *Jonas*, este no había salido huyendo como el resto de los animales. Por el contrario, caminó directo hacia Ian y posó su frente contra la suya. Comprendiendo el mensaje que el animal les estaba diciendo, cambió la montura de su caballo, colocándola sobre *Jonas*. De esa forma, con tres caballos, podrían repartir el peso de las alforjas y tener uno de refresco.

Con todo listo, y echando un último vistazo con tristeza, emprendieron camino rumbo a su hogar; rumbo a Clackmannanshire.

El camino era largo y en ocasiones bastante difícil, ya que, a pesar de estar a principios de septiembre, las noches ya empezaban a ser bastante frías. Debido al ataque tanto en Inverness como en la casa de los MacAwe, Ian decidió que lo mejor era viajar lejos de los caminos centrales y evitar entrar en ciudades o poblados donde podrían ser reconocidos. Al menos, Aliena. Por ello, su viaje se hizo más largo de lo esperado.

Por suerte para ellos, lograron encontrar algunas cabañas de

pastores abandonadas por el camino y alguna que otra cueva donde guarecerse de las lluvias que solían irrumpir en los cielos de los Cairnsgorms. Incluso de las ráfagas de viento que a veces acompañaban a los aguaceros les ralentizaban el viaje. Y aún así, Aliena se sentía a salvo y muy feliz. Estaba con él, con su primer y verdadero amor. El único que logró llegar poseer su alma y su corazón. Y ahora, su cuerpo cada noche.

—No me cansaré nunca de hacer el amor contigo —dijo apoyada sobre su torso desnudo, tapados ambos por un plaid del clan MacAwe. Ella acariciaba el poco bello rizado que tenía en su pecho y él hacía pequeños círculos sobre su hombro.

—Ni yo en hacerte el amor cada noche —respondió él. Aliena levantó su cabeza, entonces, y lo miró a los ojos.

—Bueno… espero que no sea solo cada noche —comentó divertida, mordiéndose el labio inferior y provocando que Ian estallase en risas.

—Mi pelirroja traviesa e insaciable —dijo segundos antes de besarla.

—¿Cuántos hijos crees que podremos tener?

—Los que tú desees, mi amor. Tú pide y yo te serviré.

—Muchos. Lo cierto es que quiero una familia numerosa, muy numerosa…

—¿Y no crees que quizás te acabes volviendo loca? —bromeó él acariciando su mentón, mirándola embobado y sintiéndose el hombre más feliz de la tierra al escucharla hablar de planes de futuro con él—. Mi amor, sabes que no eres una típica dama que tan solo busca contentar a su esposo dándole hijos y quedándose a bordar junto al fuego…

—Uy, y no tengo pensado cambiar eso. Pero sí puedo enseñar a nuestros hijos a ser fuertes e independientes; a respetarse unos a otros, sean hombres o mujeres; a luchar siempre por sus deseos y a no rendir… —Sus palabras son acalladas por los labios de Ian, quien se apoderó de ellos para besarla con fervor.

—Eres maravillosa, perfecta, hermosa… Y te daré tantos hijos como desees, Aliena SinClair.

—Te amo, Ian.

—Yo también te amo, Ali. Mi alma es tuya, y mi corazón.

Amparados por el refugio de aquella cabaña de madera, perdida

entre las montañas, hicieron el amor de forma apasionada. Grabándose a fuego cada rincón de sus cuerpos y devorándose con ansia.

El sol de la mañana auguraba un día caluroso y sin lluvias. Los pájaros cantaban con fuerza una melodía que bien podrían estarles cantando una balada de amor, o celebrando la felicidad que se había instaurado entre ambos. Los caballos parecían no estar agotados del viaje y eso les animó bastante, pues otra parada más y Aliena se arrancaría los pelos de su hermosa cabellera. No veía la hora de llegar a su hogar y poder abrazar de nuevo a su hermano.

Y ahí estaba el castillo Campbell, el gran bastión del laird de Clackmannanshire. Una imagen que, vista desde lo alto de la colina, aún era más impresionante y mágica que cuando se estaba ante sus muros. Aliena sintió como su corazón se agitaba y su respiración se aceleraba de la emoción de volver al lugar que la vio nacer y donde tanta felicidad la había llenado. Ian, comprendiendo toda la vorágine de sentimientos que le estarían pasando a su mujer en esos momentos, acercó su montura a la suya y tomó su mano con fuerza.

—¿Preparada para volver con tu clan, mi amor?

Capítulo XVII

Dollar, Castillo Campbell

La vida en el castillo siempre comenzaba bien temprano, con el sonar de las pisadas de la gente subiendo y bajando escaleras, dando comienzo a sus labores de limpieza y mantenimientos diarios. Con las voces y risas de los guerreros que daban comienzo sus entrenamientos en el campo exterior, o los que se saludaban con el cambio de guardia. Caballos relinchando al ver entrar a sus cuidadores en el establo y saber que pronto serán liberados para galopar libres en el cercado habilitado para ellos. Sí, todos despertaban con alegría mientras el laird y su esposa se amaban apasionadamente con los primeros rayos de sol entrando a través de los ventanales de sus aposentos.

Todo tenía su ritmo de trabajo y todos sabían cuáles eran sus tareas diarias.

Iona seguía siendo quien dirigía al séquito de sirvientas encargadas de la limpieza del castillo, ya que ella así se lo hizo saber a Abigail y James. No quería cambiar su estatus ahora que se había casado con Gideon. Quería seguir cuidando del castillo y de todos sus integrantes. Además, su ahijada estaba muy ocupada con la crianza de sus dos pequeños terremotos y necesitaba toda la ayuda posible.

Gideon, por su parte, había ocupado el puesto de criador y domador de los caballos del clan, trabajando junto a Malcom. A

pesar de los gruñidos y constantes protestas del viejo cuidador, sabía que estaba agradecido de tener a alguien más que le ayudase con tales labores. Sobre todo cuando se trataba de lidiar con la yegua de Abigail o el caballo de su señor. Esos dos demonios lo traían por la calle de la amargura y por eso fue Gideon quien se encargó de ellos a partir de su entrada en el clan.

Robbie se había convertido en el pupilo de Gavin, quien se encargaba de entrenarlo y enseñarle a luchar, a pesar de su problema de movilidad con su pie izquierdo. Y había conseguido grandes avances, algo que hizo que todos se sintiesen orgullosos del paso de niño a hombre del joven, quien pidió que se le llamase Robert Campbell. Como mucho, aceptaba que le llamasen Rob, aunque no pudo evitar que para su padre y su hermana siguiese siendo el pequeño Robbie SinClair.

El sol calentaba ya con fuerza desde primera hora de la mañana y auguraba un gran día libre de lluvias. Al menos, por el momento. Abigail había estado casi toda la mañana ocupándose de sus «pequeños demonios», así era como los llamaba de forma cariñosa, y ahora caminaba con premura por los pasillos del castillo. Beth se quedó al cuidado de los gemelos, mientras ella iba en busca de su momento de paz.

Los niños estaban siendo destetados y eso la mantenía aún más agotada que cuando debía darles el pecho cada vez que la reclamaban. A pesar de lo que muchas mujeres del clan le habían sugerido, ella decidió liberarlos ya de su agarre porque sus pequeños dientes empezaban a hacerle daño y darles sus tomas se había convertido en una auténtica tortura. El problema era que debía vaciar sus pechos, ya que ellos aún seguían produciendo leche al mismo ritmo que antes.

Saludando con una sonrisa a cada sirviente que se cruzaba por el camino, Abigail bajó las escaleras de la primera planta a toda velocidad, pero con cuidado de no pisar los bajos de su vestido y caer rodando. Sentía su corazón agitado y un calor recorrer todo su cuerpo. Pero pronto lograría apaciguar toda esa vorágine de sensaciones que le recorría cada vez que sacaba la leche de sus pechos.

—Buenos días, esposo —dijo entrando en el despacho donde James se encerraba cada mañana para poner al día el papeleo del

clan. Cerró tras de sí y echó el pestillo de forma disimulada.

—Mi flamante esposa viene a verme… algo trama —respondió él sin apenas levantar la vista de los documentos que tenía sobre la mesa.

—¿Por qué he de tramar algo? —preguntó mientras avanzaba hacia él contoneándose—. ¿No puede una mujer visitar a su hombre por el simple hecho de desear verlo?

—Porque he visto cómo acabas de echar el pestillo a la puerta, amor.

—Bueno, eso es para poder tener un poco más de intimidad y que nadie nos moleste. —Cuando hubo llegado a su altura, James dejó lo que estaba haciendo y fijó su gris mirada sobre el rostro de su mujer, quien lo miraba con deseo. Apartó los papeles a un lado, permitiéndola sentarse frente a él sobre la mesa, viendo como su pecho subía y bajaba con cada respiración.

—Acabas de vaciarte los pechos, ¿verdad?

—¿Tanto se nota? —En ese instante, y como si un muelle bajo su asiento lo impulsase hacia adelante, James se levantó y se colocó entre sus piernas, apoyando sus manos a ambos lados de la mesa.

—Cada vez que te los vacías vienes en mi busca cual gata en celo…

—¿Y eso te molesta? —dijo ella mordiéndose el labio inferior a sabiendas de lo que aquel gesto provocaba en su esposo, quien ya comenzaba a sentir la urgencia de su dureza golpear en su entrepierna.

—Para nada —respondió apoderándose de sus labios y desanudando el cordón de su corpiño para poder liberar aquellos dos tesoros en los que tanto adoraba meter su cabeza—. Pero, al ritmo que llevamos, acabarás encinta de nuevo, mi amor —comentó tras separar sus labios y liberando su miembro con premura.

—Me prometiste una gran familia, ¿no lo recuerdas? —De forma apresurada, ella levantó sus faldones y abrió sus piernas para dejarlo entrar, emitiendo un sonoro gruñido al sentir la humedad de su interior rodear su erecto pene. Ella se tumbó sobre la mesa, arqueando su espalda y dejándose llevar por la pasión y el deseo que sentía por aquel gran hombre.

James saboreó sus pechos mientras entraba y salía de ella de forma lenta y calmada, pues no quería terminar muy rápido y

pretendía darle el placer que ella le estaba reclamando. Le encantaba la predisposición que siempre le mostraba, la necesidad que tenían de sentirse el uno al otro y la pasión que siempre le mostraba cuando hacían el amor. Esa mujer lo volvía loco y sería capaz de recorrer cien mil infiernos por ella. Su *lady* Monfort; su pequeña ninfa descarada de ojos verdes. La mujer que le dio luz a su vida y trajo con ella la felicidad absoluta, dándole unos maravillosos hijos.

—Dios, Abigail… No sabes cuánto te deseo, mi amor —dijo jadeante acelerando su ritmo de embestidas, mientras ella se agitaba bajo su cuerpo, llevada por su tan ansiado orgasmo.

—Sigue, no pares, James —suplicó ella aferrada a su camisa, rodeando su cintura con sus piernas para que profundizara mejor en sus acometidas.

—Oh, por todos los infiernos. —Y tras esas palabras, él se dejó ir y se derramó, sintiendo cómo su interior se contraía. Apoyado sobre sus codos, para no caer sobre ella y aplastarla, suspiró con su rostro casi metido entre sus hinchados pechos—. Mi amor, vas a acabar con mi resistencia. Por no decir que me vas a dejar seco con tanta reclama —profirió recobrando la compostura e incorporándose para salir con cuidado de su interior.

—Hum, tú nunca te vas a secar. Eres el gran James Campbell. Tienes resistencia para esto y más —bromeó con picardía. Él tan solo emitió un sonido gutural de aceptación y le dio un beso en los labios, para luego volver a abrocharse sus pantalones. Ella se recolocó su corpiño y sus faldones, y bajó de la mesa con la ayuda de los fuertes brazos de su esposo.

—¿Cómo llevas el proceso de destete?

—Pues, como puedes ver, maravillosamente —respondió divertida.

—Abigail… —protestó él—. Sabes que no me refiero a esto.

—Lo llevo bien, James. Tus hijos son los que peor lo llevan. Son testarudos como su padre y parecen tener el mismo apego por mis pechos que tú. —En ese momento, oyeron un grupo de jinetes entrando en el castillo, lo que atrajo sus miradas hacia la ventana.

—Gavin y tu hermano ya han vuelto —dijo él al reconocerlos.

—¿Crees que habrán averiguado algo de tu hermana?

—Eso espero —respondió acompañado de un largo suspiro—.

Solo espero poder encontrarla lo antes posible. Ya lleva demasiado tiempo desaparecida y no hemos logrado encontrar rastro alguno, ni una sola pista sobre su paradero.

—James, puede que…

—No lo digas, Abi. Por favor…, no lo digas —respondió cerrando los ojos tratando de alejar esos oscuros pensamientos. Sabía que las posibilidades de encontrar a Aliena con vida eran prácticamente nulas, pero algo en su interior él decía que debía seguir buscando. Su hermana, su pelirroja traviesa estaba ahí fuera, en algún lugar, y él la encontraría y mataría a quien la hiciese daño.

Abigail no dijo nada más, tan solo se abrazó a su esposo y dejó que la rodease con sus brazos, dándole después un tierno beso en la frente. Pero no pudo evitar fijarse en el semblante de su hermano. No solo era por no traer noticias nuevas sobre su cuñada, si no que algo más parecía ocurrirle a Robbie. Lo ve descender de su caballo, tomarlo de las riendas y adentrarse en el establo cabizbajo, seguido por la atenta mirada de preocupación de Gavin. Eso la preocupó bastante, pues no recordaba haberle visto así nunca.

Al ver a su mano derecha dirigirse al interior del castillo, James le pidió a Abigail quitar el cerrojo antes de que su buen amigo echase la puerta abajo a golpes. Divertida, así lo hizo y esperó junto a su esposo por las noticias que le traerían de Edimburgo. Hacía unas semanas, unos mercaderes que pasaron por las tierras del clan, comentaron haber visto a una muchacha pelirroja ser llevaba casi arrastras al interior de un barco en el puerto. James no dudó en enviar a Gavin y a un grupo de hombres en busca de más información sobre el asunto, ya que la descripción que les dieron de aquella joven se asemejaba mucho a Aliena.

La puerta del despacho se abrió y sus corazones se agitaron con la esperanza de recibir buenas noticias.

—¿Y bien? —preguntó James sin más.

—Hola a ti también, amigo. Todo bien por Edimburgo y el viaje de vuelta fue bastante tranquilo —respondió él con sarcasmo.

—Gavin… —protestó su laird.

—Disculpa a tu amigo, Gavin. Está ansioso por saber de Aliena —se apresuró a decir Abigail.

—Lo sé. Yo también quisiera traer mejores noticias, pero…

—¿Pero? —dijo James tensando todos los músculos de su

cuerpo.

—No era ella, amigo. No era nuestra pelirroja —confesó para disgusto de todos—. Pero sí pude enterarme sobre un tal Nicolson que se dedica a secuestrar jovencitas para luego venderlas como esclavas en otras tierras —contó.

—¿Habéis logrado interrogarlo? —se apresuró a preguntar James, sentándose en su confortable silla e indicando a su amigo que hiciese lo mismo. Abigail, por su parte, se apoyó sobre uno de los brazos de la silla de su esposo.

—No dimos con él. Por lo visto aparece cada cierto tiempo, aunque no tiene una fecha exacta de su llegada. Pero creo que estaría bien que informases al rey sobre este tema. No creo que le haga mucha gracia que uno de sus súbditos se dedique a secuestrar a sus mujeres y a venderlas como esclavas sexuales.

—¿Cómo sabes que las vende como esclavas sexuales? —preguntó Abigail horrorizada por aquella afirmación.

—Pues porque es la información que logramos recabar durante estas dos semanas hablando con unos y con otros, Abi. Son interesantes las cosas que llegas a escuchar alternando en los sitios indicados…

—Los sitios indica… Oh —dijo ella al comprender lo que Gavin quiso decir.

—Veo que, al menos, no habéis perdido el tiempo —comentó James con sorna.

—No sé de qué te sorprendes, amigo. Son unas prácticas que tú también hacías antes de que te echasen el lazo. —Un ruido en el exterior atrajo su atención y los tres se acercaron a la ventana para ver de qué se trataba. Del interior del establo, vieron salir a Robbie de malos modos, airado y lanzando a un lado un trozo de cuero. Tras él, salía Gideon, quien parecía intentar hacer entrar en razón a su hijo, sin conseguirlo.

—¿Se puede saber qué pasa ahí abajo? —preguntó Abigail al ver la escena.

—Deberías hablar con tu hermano, amiga —dijo Gavin.

—¿Por qué? ¿Pasó algo en Edimburgo?

—No lo sé, pero lleva así de insoportable desde hace unos días. Yo digo que es por una mujer con la que se estuvo viendo allí.

—¿Una mujer? —Abigail no podía creerse lo que Gavin le estaba

contando. No sabía de ningún amorío que tuviese su hermano.

—Mi querida amiga, ese mal humor solo lográis provocarlo vosotras —se burló él.

—En eso tengo que darle la razón —comentó James.

—Así que las mujeres somos las causantes de vuestros malos humores, ¿eh?

—Cielo, no te lo tomes…

—No, tranquilo. Lo entiendo muy bien, mi amor. —Tomó sus faldones entre sus manos y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir de allí, se giró y clavó su mirada su esposo y dijo: —Tal vez esta noche me sobrevenga algún tipo de dolor y debas dormir en otra estancia—. Y sin más, cerró la puerta y desapareció de allí.

—Si quieres, te hago sitio en mi habitación.

—Cállate, Gavin.

Con esa orden, ambos amigos retomaron su conversación para tratar de llegar a alguna conclusión de todo lo que pudieron averiguar en su estancia en Edimburgo y de cómo le plantearían al rey la noticia de un esclavista dentro de sus súbditos. Por supuesto, Jacobo no se lo tomaría nada bien y decidiría enviar una orden a cada rincón del reino para capturar a ese desalmado. Pero lo que a James más le preocupaba era el no haber podido encontrar ni una mísera pista de su hermana. Era imposible que nadie supiese de ella. Las personas no desaparecen así como así. Y lo que era más importante, nadie había logrado saber quién y por qué había sido el artífice de la matanza de Alaister MacLeod y sus guerreros. No, algo no encajaba bien y James estaba decidido a averiguarlo por encima incluso de la orden del rey.

Abigial, por su parte y tras haber hablado con su padre para saber qué pasó con Robbie en el establo, se fue tras los pasos de su hermano decidida a averiguar si era cierto que todo ese mal humor se debía a una mujer y, en caso de ser así, quería saber de quién se trataba. Lo encontró hablando con un grupo de miembros del clan en las murallas exteriores del castillo. Sin decir una sola palabra, lo tomó del brazo y se lo llevó arrastras hasta los jardines para poder tener una conversación a solas y sin que nadie los escuchase.

Quedando el patio desierto, nadie fue consciente de la entrada de dos extraños encapuchados en el interior del castillo.

Capítulo XVIII

Ian y Aliena llevaron sus monturas ladera abajo, nerviosos y a la vez ansiosos por volver junto a sus familias. Infinidad de preguntas surcaban sus mentes mientras descendían lentamente. Sobre todo él. Era quien más incertidumbre tenía, pues se suponía que él había muerto en la persecución del padrastro y secuestrador del rey Jacobo. ¿Cómo lo recibirían su padre y sus hermanos? ¿Y el resto de los hombres con quienes había compartido su tiempo mientras duró el asedio del castillo de Edimburgo?

—¿Nervioso? —preguntó Aliena irrumpiendo en el silencio instaurado entre ambos.

—¿Y tú no?

—Yo no llevo desaparecida tanto tiempo como tú, Ian. —Detuvo su montura y la miró a los ojos, suspirando después al saber que estaba a pocos metros de renacer, literalmente, para su familia.

—No sé cómo presentarme ante ellos; si entrar corriendo y abrazarlos, o provocarles un infarto a todos al verme ante ellos…, o ambas cosas a la vez.

—Conozco una entrada secreta por la que podemos ir sin ser vistos —propuso ella, estirando su mano para acariciar la suya con ternura.

—¿Entrar como simples ladronzuelos en tu propio hogar?

—¿Por qué no? Yo lo hice muchas veces —comenzó a decir divertida—, y tenías que ver los diferentes cambios de color que sufría el rostro de mi pobre hermano cada vez que me saltaba sus

órdenes y me escapaba para… bueno, para irme de paseo…

—Te escapabas en busca de algún enamorado, no tienes que ocultarme nada. Ali, todos hemos tenido nuestro pasado.

—¿Tú has tenido muchas enamoradas a las que…?

—Tuve. Como pudiste comprobar, no fuiste la primera mujer con la que yací. Pero ninguna logró conquistar mi alma como lo hiciste tú, pelirroja.

—Me cuesta imaginarte en los brazos de otra mujer, la verdad —confesó ella.

—Al igual que a mí pensar en que otro hombre te pudiese…

—Vamos a dejar el tema, ¿quieres? —Ian sonrió y asintió, volviendo a poner en marcha su montura y dejando que Aliena los llevase a ambos hasta esa entrada secreta.

Dejaron sus caballos atados a unos árboles, junto al muro este del castillo. Por suerte, las copas de los árboles eran lo suficientemente copiosas, protegiéndolos así de ser avistados por los vigías apostados en las almenas. Tuvieron que ascender unos metros hasta llegar a una pequeña portilla de madera, cuyas bisagras estaban algo cubiertas por el musgo generado por la humedad del lugar.

Una vez dentro, se toparon de bruces con la imponente figura del castillo Campbell de Clackmannanshire y cuya sombra los cobijó hasta estar a salvo de la vista de cualquier miembro del clan. Caminaron por los pasillos del interior de la gran edificación hasta llegar al gran salón. Por suerte para ellos, o quizás por obra del destino, no se toparon con nadie por el camino. Mientras ella sentía una alegría enorme por volver a estar en su hogar, él en cambio parecía un manojo de nervios. Nunca lo había visto así y no dudó en abrazarlo para tratar de transmitirle calma.

—Disculpen —se escuchó a una femenina voz a sus espalda—, ¿cómo han entrado aquí? ¿Quiénes son ustedes? —Aliena reconoció la dulce voz de Iona al instante y, girándose hacia ella, dejó caer la capucha que la cubría para dejarse ver ante la ama de llaves que prácticamente había sido como una madre para ella.

—Soy yo, Iona —dijo sonriendo, casi con lágrimas en los ojos por la emoción.

—¡Virgen santísima del cielo! —pronunció la mujer santiguándose y sin lograr cerrar la boca del asombro. —¡Mi niña!

¡Estás viva!—. Sin pensarlo, Iona corrió a abrazarla sin poder creerse que Aliena Campbell estuviese ante ella—. ¿Sabe tu hermano que estás aquí, niña? —preguntó al separarse de ella, mirándola con ternura y acariciando sus rojizos cabellos.

—Acabamos de llegar y no me ha dado tiempo a…

—¿Acabáis? —preguntó intrigada Iona. En ese instante, Ian se movió tras Aliena y se retiró también su capucha, dejando asomar su verdadero rostro. La mujer no pudo evitar soltar un grito de sorpresa al reconocer al joven que tenía ante ella.

—Hola, nana —pronunció él sin saber qué hacer en ese instante, ni cómo reaccionaría la mujer que los crio a él y a sus hermanos como su fuese su madre.

—N-no puede ser —dijo con voz temblorosa—. Ian, tú… tú no…

—Soy yo, nana. Soy Ian… —Sin dejarlo terminar, Iona se abrazó con fuerza a él y rompió a llorar, sintiendo una vorágine de sentimientos abrumadores. Al igual que él, quien la rodea con sus brazos y se dejó vencer por la tensión acumulada de los últimos minutos.

—Mi niño, mi niño, mi niño —repetía la mujer sin cesar—. Estás vivo, mi tesoro del alma. Gracias al cielo, a Dios y a todos los ángeles por traerte de vuelta a casa. ¡Santo cielo! —exclamó separándose de él—. Tus hermanos y-y Gideon… ellos no saben que estás aquí. ¡Iré a avisarlos a todos ahora mismo! —Y sin más sale corriendo de allí.

—Bueno, creo que no ha ido tan mal —bromeó Aliena sonriente.

—Lo cierto es que no, aunque aún me queda la parte más dura. Ver a mi familia y explicarles dónde he estado todo este tiempo y el no haberme puesto en contacto con ellos.

—Mi amor —dijo ella rodeando su cuello y mirándolo con devoción—, no estás solo y yo te ayudaré a afrontar todos y cada uno de los obstáculos que se nos aparezcan por el ca…

—¡Por todos los ángeles del cielo! ¡Ali! —La gutural voz de su hermano hizo que todo su cuerpo se erizase y sus ojos comenzasen a llenarse de lágrimas. Liberada del abrazo de Ian, se giró para poder mirar a su amado hermano, quien estaba atónito observando la escena.

—¡Jamie! —Aliena salió corriendo hacia su hermano, recibiéndola este con los brazos abiertos y abrazándola con tanta

fuerza que casi la dejó sin respiración.

En cuanto Iona le dio la noticia de que su hermana estaba en el salón del castillo, James salió corriendo del despacho y bajó las escaleras de siete en siete y con el corazón latiendo a gran velocidad. Tres meses llevaban buscando alguna pista de su paradero; tres angustiosos meses sin una sola noticia y ahora la tenía de nuevo entre sus brazos. Su querida hermana pequeña.

—Mi pequeña traviesa, ¿dónde has estado, Aliena? Te he buscado por todas partes, no dejé un solo rincón de toda Escocia que no registrase a conciencia —le susurró abrazándola, sintiendo como ella se rompía en sollozos entre sus brazos.

—Intenté luchar, Jamie. Y-yo… Alaister…

—Sschh, ya estás en casa, hermana. Ya estás a salvo. —De pronto, James se percató de la presencia de alguien más y levantó la vista para cruzarla con unos ojos verdes que lo dejaron pasmado —. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Ian! —exclamó sin más.

—¿Me reconocéis, señor? —preguntó sorprendido.

—Reconocería los ojos de tu hermana en cualquier lugar del mundo.

—Jamie, él me salvó y me trajo de vuelta a casa —comentó Aliena en ese momento. James la miró intrigado y volvió a fijar su mirada en el joven que permanecía ante él. Un joven que se había convertido en todo un hombre y que le había devuelto a su hermana sana y a salvo. Liberando a Aliena de su abrazo, se acercó al muchacho que lo miraba sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Estoy en una tremenda deuda contigo, cuñado —dijo entonces, extendiendo su brazo derecho y siendo estrechado por un Ian sonriente—. Santo cielos, tu hermana… Debo ir en su busca y…

—¡Ay! ¡Nana! ¿Se puede saber qué mosca te ha picado hoy? — escucharon la voz de Abigail, quien estaba siendo llevada arrastras hacia el salón, junto a su hermano Robbie.

—Callaos y entrad ahí ahora mismo, niños —les ordenó.

Ambos muchachos se miraron el uno al otro sin comprender qué le sucedía a su madrastra y la miraron a ella después, quien señaló hacia los dos invitados que estaban junto a James. De primeras, solo vieron el rostro de Aliena, que los miraba con su deslumbrante sonrisa, pero cuando pasaron su vista hacia el extraño hombre que estaba parado junto a ella, Abigail dio un grito de sorpresa y Robbie

se quedó en *shock*.

—¿No vais a saludar a vuestro hermano? —bromeó Ian tratando de romper el hielo.

—Ian… —pronunciaron ambos hermanos segundos antes de correr a abrazarse a él.

—¿Cómo…? ¿Qué…? ¡Oh, dios mío, Ian! —dijo Abigail tomando su rostro entre sus manos y dándole besos por toda la cara.

—Deja algo para los demás, ¿no? —protestó Robbie.

—Esperas tu turno, hermanito —respondió ella con cierto retintín.

—Ah, cómo echaba de menos vuestras peleas —bromeó Ian aguantando la risa.

—Créeme si te digo que son insoportables estos dos —comentó James divertido—. ¡Ay! —exclamó tras recibir un codazo de su esposa.

En ese instante, hacen acto de presencia Iona y Gideon, quien venía limpiándose las manos a un viejo trozo de lino. Iona estaba emocionada, pero ni comparación con lo que le esperaba por ver. Al oír la voz de su padre, Abigail y Robbie dejaron de arropar a su hermano, dejándolo a la vista de todos. Padre e hijo se miraron durante unos eternos segundos, sin saber qué hacer uno y sin creerse lo que estaba viendo el otro. Hasta que Ian pronunció un «padre…» con la voz temblorosa.

Gideon no pudo más y se dejó caer al suelo de rodillas, llevándose las manos a la cara y sollozando el nombre de su hijo al que creía muerto. Sin pensárselo dos veces, Ian corrió a abrazarlo, seguido por sus hermanos. Iona, que decidió mantenerse a unos metros de ellos, lo observaba todo envuelta en un mar de lágrimas de felicidad. Una escena que a todos sobrecogió. Aliena se abrazó a su hermano, con lágrimas en los ojos también.

—¿Acaso se está celebrando algo y nadie me ha invitado? —dijo Gavin apareciendo en ese instante en la sala. Parecía haberse dado un baño, pues llevaba su melena rubia suelta y aún algo mojada.

—¡Gavin! —gritó Aliena, soltándose de su hermano y corriendo hasta saltar a los brazos de su hermano postizo. Él, por su parte, la recibió con agrado y con auténtica sorpresa, mirando a James en busca de una respuesta. Pero tan solo pudo ver la enorme sonrisa de

su amigo.

—Pelirroja traviesa, ¿se puede saber dónde te has metido todo este tiempo? —preguntó con ella entre sus brazos, aferrada a su cuello como cuando era una niña—. ¿Sabes el tormento que nos has hecho pasar a todos? Por no hablar de lo que he tenido que soportar a tu hermano…

—Gavin —protestó James.

—Lo sé y os lo contaremos todo, lo prometo —respondió ella, liberándose del abrazo de su amigo.

—¿Nos lo contaréis? ¿Tú y quién más? —Aliena hizo un gesto con la cabeza, señalando al grupo que se abrazaba a su lado y dejándolo atónito.

—¿Ian? ¿Ian SinClair? —preguntó Gavin boquiabierto.

—Así es, señor —respondió el joven sonriente, siendo abrazado con fuerza por su hermana, que parecía decidida a no soltarlo nunca.

—¡Que todos los infiernos se congelen! ¡Ven aquí muchacho y déjame que te abrace también! —En dos zancadas acortó la distancia que los separaban y se dieron un sonoro abrazo. Abigail, tras abrazar a su cuñada, se acercó a su esposo y se dejó arropar por sus brazos. Ahora sí estaba completa su familia. Una perfecta y maravillosa familia.

—Bien. Creo que esto es motivo de una gran celebración —comenzó a decir James—. Iona, avisa en las cocinas que preparen los mejores platos porque vamos a celebrar que…

—Antes de eso, hermano —interrumpió Aliena dando un paso hacia Ian y entrelazando ambos sus manos—. Debemos deciros algo que… bueno, que…

—Nos hemos casado —finalizó él lo que su pelirroja intentaba decir.

—¿Que habéis hecho qué? —James no pretendía que su pregunta sonase tan autoritaria, pero no pudo evitarlo. Esa noticia lo había pillado por sorpresa.

—Verás, Jamie. Ian y yo ya nos conocíamos de antes. Él y yo… ehm. —Aliena intentaba encontrar la forma de decirle a su hermano que Ian era el gran amor de su vida y que él fue el primero.

—Vuestra hermana me robó el corazón cuando nos conocimos en la liberación del rey, en Edimburgo. Ella y yo comenzamos a

vernos a escondidas, pero luego sucedió lo de mi accidente y… Bueno, el resto ya lo sabéis —explicó Ian.

—Alguien ha perdido una apuesta, querido amigo —comentó Gavin con sorna, posicionado al lado de su laird, quien solo respondió poniendo los ojos en blanco—. No pongas esa cara, James. Yo tenía razón, así que paga lo que me debes —dijo extendiendo su mano hacia él.

—¿Vosotros lo sabíais? —preguntó Aliena atónita.

—¿Crees acaso que iba a dejar a mi hermana pequeña sin vigilancia en un campamento lleno de hombres ávidos de mujeres que les calentasen sus catres? —respondió James para sorpresa de todos.

—¡¿Y te has atrevido a hacer una apuesta con… con…?! ¡Sois lo peor vosotros dos! —protestó Aliena cruzándose de brazos y mirándolos de forma inquisitiva.

—Sí, sigue teniendo el mismo genio que su hermano —se burló Gavin.

—¡Cállate, Gavin! —exclaman los dos hermanos Campbell.

Capítulo XIX

Mientras todo el mundo en el castillo se apresuraba en preparar el banquete, Aliena e Ian les relataban paso por paso toda su locura de viaje. Comenzó ella a contarles todo lo sucedido desde el ataque en Lewis, el asesinato de Alaister y la posterior entrega al capitán Nicolson para ser vendida como concubina del hijo del rey de Dinamarca. Quiso ser sincera y por eso no omitió ningún detalle, aún sabiendo que ello iba a ocasionar mucho dolor. Sobre todo en su hermano, quien cambiaba de semblante con cada palabra hasta que no lo soportó más y, tras relatar Aliena lo que ese depravado le hizo mientras la mantuvo cautiva, se levantó de su asiento y golpeó con fuerza la pared de piedra que tenía a su lado.

—¡James! —dijo Abigail levantándose rápidamente para frenar sus intenciones de seguir con la descarga de su ira. Le tomó su mano para comprobar que no se hubiese hecho mucho daño y pudo ver cómo sus nudillos comenzaban a sangrar—. Serás bruto. La pared no siente dolor, ni tiene la culpa —le regañó.

—Voy a matarlo —aseveró él mientras su esposa limpiaba la sangre con cuidado.

—Permíteme que yo te ayude —se apresuró a decir Ian.

—¿Por qué no escribiste —interrumpió Robbie—, al menos para informarnos que estabas vivo? —Todos miraron en ese instante al pequeño de los SinClair, pasando después a mirar a Ian, quien suspiró sabiendo que debía darles una explicación a todos. Sobre todo, a su padre.

—Es una historia larga y…

—Pues, comienza por el principio —indicó su hermano pequeño.

Resopló, buscando fuerzas para comenzar su historia, agachando la cabeza y mirando al suelo. Aliena, consciente de la lucha que Ian estaba teniendo, entrelazó su mano con la suya en señal de apoyo. Un gesto que él agradeció mirándola a los ojos, sonriendo y dándole un beso en el dorso de su mano. Su fuerza, su corazón y su alma. Eso era ella para él. La persona que lo mantuvo atado a la tierra de los vivos.

Poco a poco, fue relatando todo lo acontecido en estos años tras el fatal accidente por el que todos le habían dado por muerto. Les explicó por qué no habían encontrado su cuerpo y en cambio sí el de su caballo. Les contó que estuvo semanas agonizando entre la vida y la muerte, siendo cuidado por las sabias manos de la que se acabó convirtiendo en su esposa. Astrid y su familia lo cuidaron y ayudaron a recuperar por completo su fuerza.

Les relató su vida entre esas gentes de orígenes vikingos, comerciantes en los meses en los que era seguro la navegación hacia el continente y cómo acabó casándose con ella. La trágica muerte de su suegro y la enfermedad que le sobrevino a Astrid tras la pérdida de su pilar más importante, lo que hizo que perdiese a su hijo al nacer y horas después, su propia vida. Les contó la última conversación con ella antes de cerrar los ojos para siempre y de cómo se estuvo martirizando y castigando hasta que vio a Aliena en aquella taberna.

—Ian… —pronunció Iona con lágrimas en los ojos, llevándose una mano al pecho por la tremenda angustia que le causó el relato de su niño querido.

—Pero eso no explica por qué no te pusiste en contacto con nosotros —insistió su hermano.

—¡Robbie! —le recriminó Abigail.

—Por vergüenza —respondió Ian con pesar—, y porque estaba convencido que se trataba de un castigo que debía cumplir.

—¿Por qué dices eso, hijo? —preguntó su padre.

—Pues… —Ian miró a su esposa, quien asintió con la cabeza en señal de apoyo. Sabía que lo que tenía que contar ahora no iba a gustar a todos—. Por haber tomado a la mujer que amaba sin haber pasado antes por la iglesia —respondió mirándola a ella.

—¡¿Que tú qué?! —aseveró James dándose cuenta del significado de aquellas palabras.

—Vaya, hermanito. Así que no lo puedes saber todo —bromeó Aliena.

—¡Aliena Campbell! ¡Por tu bien, espero que no hayas…! —prosiguió su hermano con la regañina.

—¿Me vas a reclamar a mí algo que tú llevas haciendo desde que eres consciente de que tienes dos pelotas entre las piernas? —respondió ella ofendida.

—Ali… —la instó Ian.

—¡Yo soy un hombre! —gritó James avanzando hacia la feliz pareja que permanecía sentada con sus manos entrelazadas. Por puro instinto, Ian se incorporó de su asiento y se interpuso entre ella y su hermano, sin importarle estar ante el temible demonio rojo Campbell.

—¡Basta, James! Por favor —suplicó Abigail colocándose entre ambos hombres retándose con la mirada—. Tú y yo no fuimos precisamente muy recatados antes del matrimonio, ¿recuerdas?

—Se va a liar… —comentó Gavin con desesperación y una pizca de diversión.

—¡Exacto! —dijo Aliena de forma victoriosa.

—Ali, ¿qué tal si me dejas a mí lidiar con tu hermano? —respondió Abigail mirando a su cuñada.

—Mi amor, te amo con locura, pero te agradecería que no te metieses en esta discusión —aseveró James.

—No pienso dejar que luches contra mi hermano, por el amor de dios —protestó ella, aún con sus manos apoyadas sobre el rígido torso de su esposo.

—¿No puedes decirme que te parece bien lo que han hecho?

—James, conozco a mi hermano. Estoy segura que, si no hubiese sufrido aquel accidente, él mismo le hubiese propuesto matrimonio a Aliena.

—Es verdad, señor —respondió Ian en ese instante—. Por eso la vergüenza, porque le arrebaté la virtud a vuestra hermana y después desaparecí de su vida. Y por eso el castigo, porque debía cumplir mi penitencia por haber obrado tan mal —confesó con semblante serio.

—¡Oye! —protestó Aliena—. Aquí nadie ha obrado mal, ¿de

acuerdo?

—Pero ¡¿me estás tomando por…?! —comenzó a vociferar James cuando unas sirvientas se acercaron para informar que estaba todo listo para poder comenzar con el banquete.

—Bien, sentémonos todos a comer y a celebrar las buenas noticias —expresó Gavin cambiando rápidamente de tema y sintiendo la fría mirada de su amigo clavada en su nuca—. Vamos, James. Es Ali… Ha vuelto a casa, sana y a salvo. Y tu mujer ha recuperado a su hermano, al que creían muerto. Alégrate un poco y deja lo sucedido en el pasado. Además, ahora están casados. Poco podrás hacer —le dijo de forma amistosa, apoyando su mano sobre su hombro.

—Gavin…

—Lo sé: cállate —respondió sonriendo.

Tras una velada llena de anécdotas, risas y bailes, la reciente pareja logró escabullirse a los nuevos aposentos que James mandó preparar para ellos. Se trataba de la estancia personal de la madre de ambos, *Lady* Ailein Campbell. Todo un detalle, por parte de su hermano, que hizo que Aliena se emocionase. No tenía recuerdo de ella, pues había muerto al alumbrarla y tan solo había podido verla en retratos y a través de las historias que su padre les contaba sobre ella. Al parecer, Aliena era el vivo retrato de su madre y de carácter también guerrero.

Una estancia casi tan grande como la del laird del clan y su esposa, pero igual de sencilla y acogedora. Sin lugar a duda, la habitación ideal para que ella e Ian comenzasen a formar su nueva familia juntos.

—Por un momento, pensé que tu hermano no nos iba a permitir compartir habitación —dijo él, abrazándola desde atrás y dándole un beso en la mejilla.

—Hubiese tenido una dura resistencia por mi parte —respondió ella divertida.

—¿En qué piensas?

—En todo y en nada, la verdad.

—¿Cómo es eso posible?

—Ni yo misma sabría explicarlo —contestó girándose para poder mirarlo a los ojos—. Pienso en todo lo acontecido hasta

ahora; en todas las dificultades por las que hemos tenido que pasar para poder estar juntos de nuevo; y en que ahora me siento plena, completa y feliz. —Ian sonrió, pegándose más a su cuerpo y dándole un tierno beso.

—Me alegro que sientas eso, mi querida esposa —comentó mientras pasó de tiernos besos, a sensuales caricias con sus labios sobre su piel—, porque yo siento lo mismo. Salvo porque yo me siento más completo cuando estoy dentro de ti, Aliena —susurró con tal sensualidad que ella sintió que sus piernas dejaban de sostenerla.

Sus respiraciones comenzaron a acelerarse, sus besos se acompañaron con caricias y sus cuerpos empezaron a arder en deseos por devorarse de nuevo. Un deseo y una atracción que cada vez era más fuerte entre ellos. Poco a poco se fueron quitando la ropa. Ella le ayudó a él, sintiendo cómo la humedad crecía de su interior al volver a verlo desnudo y listo para la pasión.

Ian, por su parte, tuvo más problemas a la hora de poder quitarle su hermoso vestido verde. No recordaba la complejidad de las prendas femeninas y protestó con tanto cordón por desatar. Cuando por fin la tuvo desnuda ante él, se alejó unos pasos, observándola y sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza. Y no solo era eso lo que más le latía. Su dureza hacía rato que había comenzado a golpear su entrepierna.

De pronto, una idea surcó su mente. Se acercó en dos zancadas al gran ventanal cubierto por gruesas telas con el tartán del clan y las apartó a ambos lados, dejando entrar así la luz de la luna e inundando toda la estancia.

—Ian —protestó ella intentando tapar su desnudez de forma instintiva.

—Quiero hacerte el amor a la luz de la luna y ver cómo los rayos del astro que gobierna la noche acarician todo tu cuerpo.

—Pero… —No pudo responder nada más, ya que él la tomó entre sus brazos y comenzó de nuevo con sus besos y caricias. Abandonándose al deseo, Aliena se dejó llevar al mismísimo cielo mientras Ian le hacía el amor con pasión.

Entre tanto, al otro lado del pasillo, James esperaba tumbado en la cama a que su flamante esposa regresase de visitar a sus hijos. Siempre la reclamaban a esas horas para su toma nocturna diaria y,

a pesar de estar en proceso de destete porque sus pequeños dientes le hacían daño en sus pechos, las noches seguía dándoles su toma para que durmiesen de seguido y sin molestarla. Una ardua tarea la de una madre, y que apenas ha comenzado su trabajo. Solo esperaba poder estar a la altura del marido y padre que Abigail necesitaba que fuese. Pero, ahora, poco podía hacer.

—Creo que voy a empezar a quitarles la toma de las noches también. —Abigail entró en la estancia resoplando y comenzando a desatarse el nudo que mantenía su capa bien sujeta a su cuerpo, cubriéndola por completo, ya que tan solo llevaba puesto su fino camisón blanco de lino. Dejó la prenda sobre la silla y corrió a meterse bajo las mantas de la cama, en busca del calor de su esposo.

—Mmm —dijo James a modo de sonido gutural.

—¿Qué?

—Nada. Tan solo que eso significa que tendrás que vaciarte los pechos también por las noches y ya sé qué es lo que vendrá después.

—¿Acaso tienes queja alguna? —preguntó ella seria—. ¿Prefieres que busque liberarme de otras formas o en los brazos de otros…? —Sin dejarla terminar, él, con un hábil movimiento, la colocó a horcajadas sobre su cuerpo.

—¿Crees que voy a permitir que otro hombre toque lo que es mío? —dijo él, levantando su pelvis y dejando que notara su dureza latiendo con fuerza.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó ella posicionándose mejor sobre él y dejando que su camisón se deslizase lentamente por su cuerpo hasta quedar desnuda ante él.

—El problema, mi amada esposa —respondió él comenzando a besar con sensualidad su hinchados pechos, aún con sabor a leche —, es que pronto volverás a quedar encinta a este ritmo. Y, no me malinterpretes, cielo, pero me gustaría poder disfrutarte un poco más y no perderte entre las atenciones de nuestros hijos —finalizó tomando uno de sus pezones entre sus labios y provocando que ella gimiese de placer.

—Tendremos toda la vida por delante para poder disfrutar el uno del otro, amor mío. —Abigail dejó que su cuerpo descendiera sobre su miembro, abrazándolo en su interior y sintiendo como latían con fuerza sus venas—. ¡Oh, James! Eres tan poderoso… —

susurró entre gemidos de placer mientras se balanceaba sobre su esposo.

—Cómo me gusta que me cabalgues, mi amor. No te haces una idea de lo dura que se me pone tan solo con imaginarte sobre mí.

—Pues no te lo imagines más y deja que yo tome las riendas, mi semental —respondió ella dejando que él devorase con deseo sus pechos, a la vez que ella aceleraba el ritmo y sentía la fuerza de su miembro entrando y saliendo de ella.

—Mi ninfa descarada…

—Mi demonio de ojos grises…

Capítulo XX

Un nuevo día llegó al clan Campbell de Clackmannanshire, pero esta vez lleno de alegría y felicidad por el retorno a su hogar de Aliena. Por supuesto, la aparición de Ian no dejó a nadie indiferente, mucho menos a su familia. En el clan conocían la trágica desaparición del mayor de los SinClair y, al igual que en su día todos lo dieron por muerto, los miembros del clan hicieron lo mismo. Por eso, su inesperada aparición los dejó sorprendidos y felices a la vez.

Como cada mañana, ya con los primeros rayos de luz y tras haberle hecho el amor a su maravillosa esposa, James Campbell acudió al campo de entrenamiento para proceder con el entreno tanto de sus hombres como el suyo propio. Un highlander debía estar siempre listo para la lucha y, siendo conocedor de muchos de los planes estratégicos de su rey, no tardarían mucho en ser llamados a la guerra. Otra más. Otra de tantas que comenzaban a cansarle y resultarle tediosas.

Cuando llegó al cobertizo donde se guardaban todas las armas, se encontró a su cuñado Ian preparándose para comenzar con el entrenamiento. Gavin estaba junto a él. Tenía en sus manos una espada de corte vikingo, con una empuñadura rústica pero de fácil manejo toda ella. Ligera y bien afilada. Nada que ver con sus enormes y pesadas claymore. La admiraba embobado. Como si nunca hubiese visto una espada de ese tipo, y las tuvo aquí durante meses. El clan MacLeod, algunos de ellos, portaban ese tipo de

espadas para hacer alarde de su herencia vikinga.

—Admiras esa espada como si estuvieses viendo a una mujer desnuda, mi querido amigo —bromeó James entrando en el cobertizo.

—Bueno… He tenido mujeres en mi cama más pesadas y más difíciles de manejar que esta espada —respondió divertido.

—Si quieres, le mandamos al herrero que te haga una para ti —comentó el laird.

—Mejor no pedirle nada que lleve mi nombre… Al menos, en una larga temporada…

—Por favor, Gavin —dijo James poniendo los ojos en blanco—. Dime que no te has acostado con su mujer…

—En mi defensa diré que no sabía que era su mujer.

—¿Es que no conocéis a todos los miembros del clan? —preguntó Ian intentando aguantar la risa.

—Sí —afirmó James.

—Andrew se acababa de casar y yo no conocía a su nueva esposa… Y, claro, cuando fui a hacer unos encargos, pues —comenzó a contar Gavin—. La muchacha es joven, risueña, una belleza norteña, con tremendas curvas que…

—¡Gavin Campbell! —intercedió James, cortando en seco la descripción de su amigo y provocando las carcajadas de su cuñado —. Un día vas a tener un serio problema y estoy seguro que me salpicará a mí —afirmó.

—Para eso están los amigos, mi laird. Para protegerlos, en la salud y en la enfermedad…

—Esos son los votos del matrimonio, y tú y yo no estamos casados —protestó James.

—Oh, ya lo creo que sí, mi querido amigo. Tú me cuidas las espaldas a mí y yo te las cuido a ti. —Con una pícara sonrisa asomando en su rostro, Gavin dejó a su laird sin formas de rebatir sus argumento.

—Ya —dijo James, entonces. Se acercó hasta su espada, la tomó entre sus manos y la movió en el aire—. ¿Vamos? —preguntó segundos antes de salir del cobertizo.

En el exterior, los miembros del clan pertenecientes a su ejército comenzaban a llegar y a armarse para otro duro día de entrenamiento con su laird. Gavin, por su parte, era el encargado de

adiestrar en la lucha a los más jóvenes. Los curtidos, los que ya sabían blandir bien una espada, se entrenaban con James Campbell… y nunca se lo ponía nada fácil. Por eso, los hombres de ese clan eran de los mejores preparados de toda Escocia y en quien más confiaban tanto Jacobo V, como su chieff, Colin Campbell de Ayrshire.

A lo lejos, vieron llegar a Robbie. Caminaba despacio, cabizbajo y absorto en lo que quiera que fuese que le rondase en su mente esos días. Definitivamente, algo le había ocurrido en su estancia en Edimburgo porque no había vuelto a ser el mismo. Pasó junto a Gavin, su hermano y su laird, hizo un ligero movimiento de cabeza a modo de saludo y desapareció en el interior del cobertizo.

—¿Aún sigue así? Creía que la resurrección de su hermano lo había alegrado algo —comentó Gavin con semblante preocupado.

—Ya ves que no —respondió James con la misma expresión.

—¿Ninguno sabe lo que le pasa? —preguntó entonces Ian.

—No. —James se ajustó bien el cinturón del que colgaba su daga y apoyó su mano sobre la empuñadura de su espada—. Tu hermana intentó hablar ayer con él, pero no consiguió que le dijese nada —explicó.

—¿Os importa si nos saltamos el entrenamiento? —preguntó Ian mirando hacia el cobertizo.

—Por supuesto que no, Ian. Ve y habla con tu hermano. Tal vez a ti te cuente lo que le pasa —respondió James dándole una palmada en el hombro.

—Yo apuesto por una mujer —dijo Gavin alejándose de ellos en dirección a su grupo de novatos ya preparados y esperando por él.

Dejando al resto del clan dar comienzo con sus entrenamientos, Ian se adentró en el cobertizo en busca de su pequeño hermano. Nunca lo había visto así de apagado y pensativo. Ni siquiera cuando tenía sus clásicas discusiones con su hermana Abigail. Algo raro le ocurrió en ese viaje junto a Gavin, por lo que le habían contado la pasada noche al verlo retirarse casi de los primeros.

—¿Robbie? —dijo nada más entrar y verlo de espaldas a él. Este se giró nada más oír su nombre. Ya no era un niño. Tenía cuerpo de guerrero. Los entrenamientos con Gavin le habían venido muy bien a su pequeño rebelde sin causa. Ian no pudo evitar sentirse orgulloso de él, aunque le hubiese gustado mucho haber podido

estar aquí y poder ayudarlo en su evolución.

—Creía que pasarías el día con tu esposa…

—Ya ves que no —respondió acercándose a él—. ¿Estás bien, hermano?

—¿Qué te ha contado ya la pesada de nuestra hermana? —protestó Robbie.

—Nada. Realmente, nada. Pero están todos preocupados por ti.

—Pues no deberían estarlo. Sé cuidarme bien solo. —Ahí estaba. La confirmación que había algo que lo estaba atormentando y no quería, o no podía, decírselo a nadie.

—Vamos, hermano. Habla conmigo —suplicó Ian. Robbie suspiró, dejando a un lado sus espadas.

—¿Y de qué quieres que hable contigo, Ian? ¿De lo solo que me sentí cuando te dimos por muerto? ¿De lo horrible que fue para mí verte despeñarte por aquellos acantilados? ¿Quieres hablar de todos estos años donde tú estabas vivo y no te dignaste ni a mandar una mísera carta para avisarnos a todos? —respondió el joven a modo de reproche, casi sin respirar entre pregunta y pregunta.

—Robbi… yo…

—¡Es Robert! ¡Ahora soy Robert Campbell! ¡Metéoslo en la cabeza padre, tú y Abigail! —gritó sin control alguno, dejando a su hermano estupefacto por su reacción. Sin darle opción a seguir con la conversación, salió del cobertizo a grandes zancadas, dando un portazo al salir y atrayendo las miradas del resto del clan en el campo de entrenamiento.

Ian, sin querer darse por vencido con su hermano, salió tras él, pero con quien se encontró fue con la imponente figura de su cuñado.

—¿Va todo bien? —preguntó al verlo salir con cara de asombro.

—Sí, eso solo que… —Ian suspiró tomando fuerzas para la dura batalla que se le venía encima—. Creo que va a costar más de lo que yo creía.

—Ya no es el muchacho joven e impaciente que una vez conociste, Ian. Ten paciencia.

—En eso os equivocáis, señor. —James lo miró intrigado por su respuesta—. Mi hermano sigue siendo el mismo testarudo y cabezota de siempre. Y temperamental…

—Eso es una seña de vuestros genes, mi querido amigo. Ni los

años, ni las tempestades, lograrían apaciguar esa sangre brava que tenéis los tres. Antes se congela el infierno —bromeó su cuñado, sacándole una sonrisa—. Anda, ve tras él y trata de calmar lo que quiera que sea que le atormenta —dijo. Ian asintió con la cabeza y se alejó de allí a grandes zancadas, en busca de su testarudo y joven hermano.

«Robert Campbell… No digas tonterías, hermano. Para mí seguirás siendo Robbie. Robbie SinClair», protestó Ian para sí mismo, mientras recorría la distancia que había entre el campo de entrenamiento y los jardines del castillo. Por el camino, se encontró a Iona, quien le dijo que había visto a su hermano salir como alma que lleva el diablo hacia la parte baja del jardín. Allí no había salida alguna y no podría huir más de él. Le sacaría el trauma a golpes, si era preciso.

Lo encontró dando patadas a alguna raíz imaginaria a sus pies y profiriendo varios improperios al aire. Estaba claro que se sentía muy ofuscado, demasiado dolido y nada tenía que ver con él, al parecer. Al final, Gavin iba a tener razón y todo eso se trataba de una mujer. Al menos, eso fue lo que les contó durante la parte final de la velada sobre Robbie. Conoció a una mujer misteriosa en Edimburgo y su carácter cambió por completo.

—¿Acaso vienes en busca de más reproches? ¿No te han servido de nada mis gritos? Porque creo haberlo dejado bastante claro…

—Rob, por favor. No quiero discutir. No vengo a hacerte daño, ni a incomodarte —dijo Ian levantando las manos en señal de paz.

—¿Entonces?

—Vengo porque veo tu dolor, hermano, y me preocupas. Quiero ayudarte, quiero que hables conmigo… o con alguien, pero sácalo de tu interior o te comerá por dentro hasta pudrirte —le aconsejó como buen hermano, acercándose despacio hacia él como quien se acerca hacia un animal herido o a un caballo asustadizo.

—Ian, no puedo decir nada. Yo no…

—Vamos, Robbie. —Su hermano lo miró fijamente al oírlo llamar por su nombre de antaño, mostrando su malestar por ello—. Robert, perdón. Aunque, si me lo permites, prefiero Rob —dijo sonriendo de forma amable, mostrando tranquilidad.

—Si te lo cuento, tienes que jurar que no saldrá de aquí. Que nadie, ni tu mujer, ni sobre todo nuestra hermana, sabrán nada.

—Lo juro, hermano. Seré una tumba con tu secreto —prometió Ian aliviado al verlo dispuesto a hablar por fin—. Cuéntame. —Robbie tomó aire, llenando sus pulmones y cogiendo fuerzas para empezar con su desahogo.

Comenzó contándole el motivo de su estancia en Edimburgo durante un período de dos semanas. No era otro que la búsqueda de Aliena, ya que les habían llegado rumores de haberla visto allí. Cuando llegaron a la ciudad, se encontraron con que no era ella, pero sí supieron de un tal Nicolson que, por lo visto, se dedicaba a secuestrar a muchachas escocesas para venderlas como esclavas en tierras lejanas. Ian cambió por completo su semblante al volver a oír el nombre de su enemigo.

Robbie siguió contándole sus días por la próspera Edimburgo y, tal y como todos afirman, estuvo con una mujer. Pero no era ninguna desconocida, pues ya la conocía de tiempo atrás y mucho. Le dijo que mantuvieron unos pequeños encuentros esporádicos, los cuales se acabaron convirtiendo en algo más serio. Tanto que ella le confesó estar viviendo un infierno en el castillo donde vivía.

El laird, con quien parecía compartir más que una simple relación de jefe de clan y sirvienta, no la trataba nada bien e incluso temía muchas veces por su vida. Le describió un ser sádico, despreciable, que trataba mal a las mujeres y las torturaba de formas jamás imaginables.

—Le ofrecí venirse conmigo al castillo, formar parte del clan —dijo Robbie con semblante serio, casi entristecido—. Le aseguré que aquí estaría a salvo y que nadie iba a dejar que le hicieran daño. Que la protegería con mi vida, si era necesario. Pero, sobre todo, Abigail pondría a todo el clan Campbell a su disposición…

—¿Abi? ¿Por qué habría de hacer una cosa así? —preguntó Ian.

—Porque se trata de Vicky —respondió para asombro de su hermano.

—¿Vicky MacKay?

—Sí, Vicky. Nuestra Vicky —dijo—. Ya sé que estuvo enamorada de ti cuando éramos unos niños, pero, no sé cómo, conectamos y… yo, pues…

—Estás enamorado de ella —afirmo Ian.

—Sí —sentenció tras un largo suspiro el pequeño de los SinClair.

—¿Por qué crees que no aceptó tu proposición?

—No lo sé… y eso es lo que me martiriza porque esos días juntos fuimos muy felices. Te lo juro, Ian. Jamás me había sentido tan pleno, tan alegre, feliz. Sonriendo sin motivo alguno con el solo hecho de pensar en ella, o en alguna de sus muecas, o…

—O con el simple hecho de recordar su risa —completó Ian sus palabras, sonriendo al pensar en Aliena—. Sí. Sé lo qué es sentirse así, hermano.

—Ian, por favor te lo pido, no cuentes nada a nadie. Sobre todo a Abigail.

—Tranquilo, Robbie. Soy una tumba y tu secreto está a salvo conmigo.

—Ni siquiera a Aliena, Ian —instó.

—Palabra de hermano mayor.

—Está bien —aceptó sintiendo que su carga ya era menos pesada el compartirla con alguien más—. Y no me llames Robbie —protestó, provocando que Ian estallase en carcajadas al ver su expresión de enfado.

—Lo siento, hermanito, pero seguirás siendo Robbie para mí —respondió agarrándolo del cuello y comenzando a provocarlo de igual forma que lo solían hacer cuando eran niños.

Capítulo XXI

Aliena se despertó a la vez que Ian, hicieron el amor y se volvió a quedar dormida tras abandonar este el lecho. Aún era muy temprano y ella no tenía pensado levantarse, a no ser que pretendiese coger una espada y ponerse a entrenar con el resto del clan. Algo que no le parecía descabellado, ni sería raro, pues no era la primera vez que lo hacía. Pero ya no era esa alocada y rebelde niña de cabellos rojos que volvía loco a su hermano. No, ahora a quien volvía loco era a su esposo de verdes ojos.

Todavía le costaba creer que estuviese casada con el amor de su vida. Todo parecía un sueño. Un maravilloso y precioso sueño que se mantuvo escondido, durante mucho tiempo, tras una pesadilla irreal. Porque eso era lo que el corazón de Aliena le decía una y otra vez tras el accidente en el que Ian había desaparecido. Se le dio por muerto después de muchas búsquedas, pero en su interior había algo que le decía que no podía ser cierto.

Todas esas noches en vela, esos sueños recurrentes y repetitivos donde corría por los acantilados llamándolo se habían convertido en sus pesadillas diarias. Casi hasta consumirla. Tan solo Alaister McLeod había logrado calmar algo su angustia y curar su corazón herido. Pero no fue suficiente. Algo la mantenía atada a Ian y se negaba a soltarlo. Y es que, en un lugar lejano, él seguía llamándola. Sus almas se llamaban a gritos, y se buscaban hasta que se encontraron.

«Arduo camino el que hemos tenido que recorrer para estar de

nuevo juntos», susurró al vacío de su estancia iluminada por la tenue luz del amanecer en Dollar Glen. Sin ser capaz de dormir más, saltó de la cama en busca de un vestido que ponerse y comenzar así su día. La vida en el castillo Campbell se despertaba pronto, casi a la vez que su laird, así que ella no sería la holgazana de la casa.

Tras asearse de forma rápida con el agua de la jarra, vestirse y atusarse bien el pelo, se encaminó por los pasillos del hogar que la vio nacer sonriendo y saludando a todos los que se encontraba por el camino. «Estoy en casa… por fin», pensó vagando casi sin rumbo. Se sentía inmensamente feliz, plena y completa. Lo tenía todo: a su hermano, a su clan, y al amor de su vida con ella. ¿Qué más se podría pedir?

—Buenos días, cuñada. Te veo feliz —dijo Abigail apareciendo ante ella como salida de la nada. Y lo cierto es que se podría decir que así era, pues salía de la habitación de los gemelos con mucho sigilo para no despertarlos. Posiblemente vendría de darles el pecho.

—Es que lo soy, mucho. Me siento completa y feliz de estar de vuelta en casa —respondió dándole un abrazo.

—Me alegro por ti, Ali. En serio. Y por traer de vuelta a mi hermano —respondió estrujándola con fuerza—. No sabes el tremendo regalo que nos has hecho a todos, mi querida amiga y ahora hermana.

—Bueno… Yo no he hecho nada. Más bien fue cosa del destino. Un extraño y diabólico destino…

—Tu hermano casi se vuelve loco buscándote por todas partes, Ali. Puso Escocia patas arriba y estaba a punto de pedirle al rey un salvoconducto para ir en tu busca a tierras inglesas. —Aquella afirmación la dejó atónita.

—¿Qué? ¿Pero se ha vuelto loco? ¡A tierras inglesas! ¿Y qué demonios iba a hacer yo allí, rodeada de tanto *sassenach*, por el amor de dios? —protestó Aliena pensando en todo lo que hubiese sucedido si su hermano entraba con todo un clan dispuesto a poner patas arriba Inglaterra si hacía falta.

—Ali, James se enfrentaría al mismísimo demonio por ti. Sería capaz de levantar piedra a piedra hasta la misma casa del Papa por encontrarte.

—Creía que esas locuras solo las haría por ti.

—Tú eres su sangre, su clan y una parte de él. Por mucho amor que a mí me tenga, tú eres su hermana y te ama con todo el alma.

—El loco y testarudo de James Campbell —bufó Aliena—. Pensar en poner en jaque a todo un reino por mí.

—Sí, así es tu hermano —respondió con sorna Abigail, estallando ambas en risas cómplices—. Si buscas a Ian, está en el jardín hablando con Robbie. Los he visto desde la ventana mientras vigilaba a los pequeños.

—Así que por fin han hablado los hermanos…

—Hablar, discutir, increpar. Todo puede pasar cuando se juntan los hermanos Monfort en una misma sala, amiga —respondió comenzando a caminar juntas cogidas del brazo—. ¿Tenéis planes para hoy?

—Voy a pedir en cocinas que me preparen una cesta con algo de comida y le propondré a tu hermano escaparnos a recorrer los alrededores del clan.

—No os alejéis mucho, o James enviará al rey en vuestra búsqueda —bromeó Abigail, haciendo que ella se riese solo de pensar en que eso era cierto.

—Mantelo ocupado y ni se dará cuenta de nuestra ausencia.

—En eso creo que sí puedo ayudarte. —Ambas amigas vuelven a reír y se dan un tierno abrazo segundos antes de separar sus caminos.

Con todo listo, y con canasta en mano, Aliena se apresuró a llegar hasta los establos para poder interceptar a su esposo y evitar así que hiciese planes donde no la incluyese a ella. Sabía que tenía mucho que hablar con su familia, pero quería tenerlo un poquito más a solas antes de que sus rutinarias vidas dieran comienzo.

Por suerte para ella, no tuvo que ir muy lejos para encontrarlo. Apenas había bajado los escalones de la entrada, vio a los cuatro hombres caminar en su dirección, supuso que para poder tomarse un buen desayuno antes de ponerse a sus labores, cuales quiera que sean las de Robbie y Gavin.

—Abi te estaba buscando hace un rato —informó a su hermano, quien resopló rascándose la cabeza de forma nerviosa, pues ya sabía cuál era la urgencia de su esposa.

—Eres el único hombre que conozco que protesta porque una mujer lo persiga —bromeó Gavin. James tan solo clavó su gris

mirada sobre su amigo, quien levantó las manos en señal de paz—. Ya me callo, ya me callo —dijo.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó James al verla cargando con una cesta enorme.

—Quería llevarme a mi esposo a dar un paseo por las cercanías del…

—Ali —protestó James cruzándose de brazos.

—¿Qué? ¿No pensarás tenerme aquí encerrada solo porque sufrí un pequeño percance hace unos meses? —respondió ella con semblante serio.

—No le des ideas —comentó Gavin haciendo que Robbie e Ian tuviesen que contener la risa ante la severa mirada de su laird.

—Quiero ir a dar un paseo con mi esposo, que para eso estoy casada como dictan los mandatos. Y no creo que deba darte explicaciones a ti de a dónde me voy o con quién decido tener un desahogo corpor…

—¡Aliena Campbell! ¡Por el amor de dios! ¡No termines esa frase! —protestaron Gavin y James al mismo tiempo.

—Pues entonces, apartaos de mi camino y dejadme poder disfrutar de la compañía de mi esposo a solas —contestó sintiéndose victoriosa—. Además, mi lenguaje es así porque crecí y me educasteis… vosotros —dijo señalándolos a ambos.

—Mi amor, no deberías hablarle así a… —intentó decir Ian.

—¿Por qué? —preguntó ella seria.

—Porque soy tu laird —contestó James.

—También eres mi hermano. ¿A cuál de los dos pego primero? —Aquella reacción, típica en ella, hizo que James suspirase y pusiese los ojos en blanco.

—Ian, llévatela de aquí —contestó el laird finalmente—, pero no os alejéis mucho del castillo —ordenó con voz severa.

—Sí, papá —dijo Aliena en tono de burla, sacándole la lengua como hacía cuando era niña y desobedecía alguna de sus órdenes.

James, Gavin y Robbie se quedaron el pie de las escaleras viéndolos desaparecer en el interior de los establos en busca de sus caballos para poder irse a dar su paseo.

—Definitivamente, nuestra pelirroja traviesa ha vuelto a casa —comentó Gavin palmeando de forma ligera el hombro de su amigo —. Bien. Nosotros dos debemos ponernos en marcha cuanto antes

para ir a ver los ejemplares de potros nuevos que Gideon está preparando para los nuevos miembros. Y tú, mi querido amigo, tienes una mujer que saciar —se burló al ver a Abigail aparecer en lo alto de la escaleras, con su clásico acaloramiento.

Dejada la arboleda tras ellos, Aliena e Ian montaron su pícnic en un pequeño claro junto a uno de los ríos que alimentaban aquellas tierras. Por suerte para ellos, el día parecía que iba a ser algo caluroso y soleado, aunque allí en Escocia el tiempo cambiaba a cada segundo. Degustaron una sabrosa cecina con unos trozos de queso y algo de pan, mientras hablaban de forma distendida.

—Así que ya has podido hablar con tu hermano —comentó Aliena dándole un mordisco a su trozo de cecina.

—Bueno, lo poco que se puede llegar a hablar con Robbie cuando algo le ronda la cabeza.

—¿Te lo ha contado?

—Sí, y me ha pedido que no diga nada a nadie. Ni tan siquiera a mi bella esposa, la cual está intentando sonsacármelo.

—¿Yo? —dijo sorprendida, sin dejar de sonreír de forma pícara.

—Mi amor, sabes que te lo contaría todo, pero mi hermano me pidió que no dijese nada a nadie y debo mantener mi promesa. ¿No te habrá pedido mi hermana que me lo sonsacases, verdad?

—No, claro que no. Aunque pude ver en su rostro su necesidad por saberlo y la felicidad que le produjo veros juntos de nuevo. De hecho, dijo algo que me desconcertó un poco…

—¿El qué?

—Dijo algo así como «los hermanos Monfort», refiriéndose a vosotros tres. Pero sois SinClair, ¿no?

—Monfort era el apellido de nuestra madre y, según nuestro padre, nos peleamos como auténticos españoles. Dice que se nota nuestra sangre española corriendo por nuestras venas, y no solo por nuestros físicos. Se nota mucho más en Abigail. Padre dice que es el vivo reflejo de nuestra madre, salvo porque ella era algo más paciente y dialogante. Ella parece haber heredado más la parte escocesa en cuanto a testarudez.

—Tú heredaste la parte paciente y dialogante de tu madre. Siempre he admirado la gran habilidad que tienes para mantener la calma en muchas situaciones y ser capaz de entablar conversación para calmar los problemas. Por no hablar de la mano que tienes con

los caballos…

—Eso es herencia de mi padre —afirmó él sonriente, dándole un mordisco a un trozo de queso.

—¿Cómo era tu madre? —preguntó ella sin más.

—Bueno, como te he dicho antes, Abigail es el vivo reflejo de nuestra madre, así que te podrás hacer una idea de cómo era físicamente. En cuanto a lo demás, poco más puedo decirte salvo lo que nuestro padre nos contó. Murió cuando Robbie apenas tenía un año acaecida por unas fiebres. Prácticamente nos criaron padre y nana. Solo sabemos que nuestra madre era española y que se conocieron aquí porque su padre era mercader. Se vieron, se enamoraron y se casaron —explicó con calma.

—¿Y no sientes curiosidad por saber más sobre ella? ¿O sobre tu familia paterna? Porque tendréis que tener familia por parte de tu padre…

—Nunca nos ha hablado de su familia y cuando alguna vez le preguntábamos, podíamos ver el dolor reflejado en su rostro. Optamos por dejar de preguntar para no causarle dolor. A nosotros nos ha valido siempre con él y con nana. Crecimos felices, Ali. Sin clan, sin tierras, pero felices.

—Mi hermano siempre pensó que vuestro padre había sido criado en algún castillo o algo. De hecho, pensaba que sería hijo de algún laird porque tú le dijiste que él os había enseñado a manejar la espada y eso le sorprendió. Un granjero no sabe mucho de esas cosas —comentó ella.

—Bueno, tú sabes luchar con una espada y no es muy común que una mujer se maneje tan bien en el cuerpo a cuerpo…

—Porque me entrenó un laird, un guerrero y de los buenos —dijo orgullosa de su hermano.

—No sé dónde aprendió mi padre a luchar con una espada o a pelear como un highlander. Simplemente, nos entrenó a mí y a Robbie. Enseñó a Abigail a defenderse también, pero poco más. Tengo un padre granjero que sabe leer, escribir y es diestro en la lucha de espadas. Orgulloso del linaje que tengo —comentó tumbándose boca arriba y colocando sus brazos tras la cabeza. Aliena se movió sigilosa hasta colocarse sobre él a horcajadas, dejando que la cascada de sus cobrizos cabellos cubriesen sus rostros.

—Yo sí que estoy orgullosa de ti, mi querido y amado esposo —dijo antes de posar sus labios sobre los suyos.

Ambos comenzaron a besarse con pasión, saboreándose y jugando con sus lenguas, a la vez que sus respiraciones se agitaban a la misma velocidad que sus corazones. Ian liberó sus manos de su posición para poder acariciar los hombros de su mujer y desanudar las cintas de su corsé. Dejando ante él sus redondos y pequeños pechos perfectos, tomó uno de sus pezones entre sus labios y lo saboreó con ansia, provocando los gemidos de placer en ella.

Aliena, completamente excitada, levantó bien las faldas de su vestido y metió sus manos por dentro para poder liberar la dura erección de su esposo. Con sumo cuidado, gimiendo ambos al sentirse de nuevo, ella descendió sobre su miembro, abrazándolo con el calor de su interior. Ya llevaba un rato lista para él, pues empezó a fantasear con ello casi desde que habían salido del castillo.

Poco a poco, mientras él volvía a saborear sus pechos, Aliena se balanceó sobre él, montando a su semental cual amazona… o vikinga. Desatada la pasión, ya solo les quedaba culminar antes de que alguien pasase por allí y viese el espectáculo. Llevado por un impulso, Ian invirtió los roles de sus posiciones, quedando ella con su cuerpo atrapado bajo el suyo. Ya no podía aguantar más y aceleró el ritmo de las embestidas hasta acabar culminando los dos en un grande y sonoro orgasmo.

—Te amo, Ian SinClair —pronunció ella mirándolo a los ojos, sintiéndolo aún dentro de ella y con la respiración agitada.

—Te amo, Aliena SinClair.

Capítulo XXII

A media mañana, ambos amantes decidieron regresar al castillo o James Campbell mandaría una partida en su búsqueda. A pocos metros de la entrada, vieron salir a un jinete portando un par de alforjas bordadas con el emblema del escudo real.

—Un mensajero del rey —comentó Ian.

—Por favor, espero que no sea otra guerra y os acaben convocando a todos para librar alguna de sus maravillosas luchas absurdas —dijo Aliena.

—¡Ali! —le recriminó él—. Podrían oírte…

—Estamos en tierras Campbell. Nadie osaría traicionarme, y mucho menos a mi hermano. Puedo decir lo que pienso.

—Sabes que me encanta tu sinceridad, mi amor, pero hay veces que creo que debes controlar tu lengua o nos meterá en serios problemas —dijo Ian.

—Lo tendré en cuenta, mi querido esposo —respondió con una pícara sonrisa en su rostro que hizo que él sonriese a su vez.

Al llegar a la altura de la escalinata del castillo, vieron a James arrugando la misiva que le acababan de entregar con gesto serio y de pocos amigos. Desmontaron rápido de sus caballos y se acercaron al laird, quien no dejaba de maldecir mientras Gavin intentaba calmarlo.

—¿Malas noticias? —preguntó Ian.

—Sí —aseveró James lanzando la nota al suelo, hecha una bola de papel. Aliena la recogió entre sus manos y la estiró como pudo

para poder leer lo que decía.

—No es para tanto —comenzó a decir Gavin—. Es solo que…

—El rey convoca a todos los clanes a una reunión en los campos de Stirling, donde se realizarán unos nuevos juegos de las Highlands —leyó Aliena en voz alta—. Dicha reunión no es negociable la asistencia, ya que se requiere que los lairds y chiefs de cada clan estén presentes en una importante discusión que se ha de tomar por el bien del reino de Escocia —finalizó, poniendo la misma expresión seria que su hermano. Ian también endureció sus facciones al comprender lo que ese mensaje significaba en realidad y dijo:

—Esa última parte suena a…

—Guerra —afirmó James.

—Otra absurda idea de su majestad —protestó Aliena.

—Ali, ¿qué acabamos de hablar hace un momento? —le recriminó Ian.

—No, Ian. Aliena tiene razón. Ya me llegaron rumores sobre la tensión que empieza a haber entre nuestro rey y el rey de Inglaterra. Al parecer, Enrique quiere que Jacobo abandone el catolicismo e instalar en Escocia su nueva religión —comentó James.

—¿Y cuál sería el problema, entonces? Aquí ya sabemos que muchos se han pasado a esa nueva religión y, sinceramente, no la veo tan mal —afirmó ella.

—Pues que Jacobo no va a dejarse manejar por su tío, y mucho menos teniendo sobre su hombro a su susurrador particular —respondió Gavin. Aliena e Ian miraron a ambos extrañados, pues no tenían ni idea de quién estaba hablando.

—Nuestro queridísimo cardenal Beaton —respondió James con sorna. Era evidente la poca, o nada, simpatía que sentía por ese hombre.

—¿Creéis que conspira para llevar a Escocia a una guerra contra Inglaterra? —preguntó Ian, entonces.

—No lo descarto. Beaton perdería muchos de sus privilegios si Jacobo accede a las pretensiones de Enrique, muchas. Por no decir que lo perdería todo, incluido el favor del Papa —contestó James.

—Bueno, pues —comenzó a decir Aliena—, sea lo que sea lo que quiera el rey, debemos ir. No nos podemos negar. Jamie, ya sé que odias este tipo de reuniones y de fiestas, pero es tu deber como laird

del clan y como uno de los amigos más cercanos a Jacobo. Sabes lo mucho que tiene en consideración tu apoyo y tus opiniones, y nunca hará nada sin que antes hable contigo. Juegas con ventaja. Utilízala, hermano —finalizó sonriendo a un gruñón laird, cruzado de brazos y con expresión de disgusto.

—En verdad que me asombra la mente estratega que tienes, mi querida hermana —le dijo con sorna.

—Aprendí de ti.

—Muy bien, pues… a prepararlo todo para irnos de fiesta —pronunció Gavin dando una sonora palmada con sus manos.

—No es una fiesta —protestó James.

—Para ti, que gruñes por todo. Pero para mí serán unos días donde conocer a diferentes muchachas y poder desplegar todos mis encantos. —Tras aquella afirmación, Ian y Aliena estallaron en risas, a la vez que Gavin sintió peligrar su vida tras la severa mirada de su amigo.

James meditaba en la terraza de su biblioteca privada. Ese rincón lejos de todos al que tanto le gustaba ir para poder tener un momento de paz y donde le hizo el amor por primera vez a su mujer. Ese momento en el que la vio desnuda ante él fue uno de los mejores momentos de su vida. Su ninfa descarada, como salida de las mismísimas aguas donde moran las hadas.

Aún recuerda el tacto de su piel bajo sus manos, la redondez de sus pechos y de cómo gimió cuando tomó uno entre sus labios. La sensualidad con la que se movía bajo su cuerpo, o cabalgándolo cual hermosa amazona. Sí, esa estancia guardaba mucho secretos. Cerró los ojos al recordarla vibrar entre sus brazos cuando por fin se hundió en ella, sin ser consciente de haber soltado un suave gemido. Sintió entonces el despertar de su dureza y se llevó su mano hacia su entrepierna, acariciándose de forma sutil para calmar la urgencia. Suerte que estaba solo y nadie podía verlo.

—Sabía que te encontraría aquí —escuchó la femenina voz de su esposa a sus espaldas. Al girarse sorprendido, la vio mirarlo de arriba a abajo hasta parar justo donde él tenía su mano metida. Cuando volvió a fijar su verde mirada en su rostro, pudo ver como el deseo se despertaba al intuir lo que acababa de interrumpir—. ¿Necesitas ayuda, mi amor? —preguntó de forma pícara, acercándose a él contoneándose cual gata en celo.

Sin decirle nada, la cogió por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo para apoderarse de sus labios con frenesí. Siempre era mejor desahogarse entre sus brazos que solo. Ella, como siempre había hecho, respondió a su invasión con el mismo deseo, dejándose devorar con fervor. James acarició su cuerpo hasta posar sus manos en sus grandes pechos y comenzó a masajearlos, dejando que un sonoro gemido se ahogara entre sus labios.

—Dime que te acabas de vaciar los pechos y que por eso has venido en mi busca —susurró jadeante tras separarse de ella, desanudando los cordones de su corsé para poder liberar sus senos y así saborearlos.

—No necesito vaciar mis pechos para sentir deseo por ti, James. Ya deberías saberlo…

—Oh, Abigail. ¿Cuándo se apaciguará este deseo que siempre siento por ti?

—Nunca, espero.

—Vayamos dentro. Quiero desnudarte y tenerte para mí solo, como la primera vez que te tuve —la instó con urgencia tras liberar por fin sus pechos ante él. Llevado por el deseo, se apoderó de uno de sus pezones y lo saboreó con hambre, haciendo que ella arquease su cuerpo entre sus brazos y gimiese de placer.

—Si sigues así, no creo que lleguemos, cariño —dijo ella entre jadeos, abrazando su cabeza entre sus brazos y revolviendo sus pelirrojos cabellos. Con un ágil movimiento, James la cargó casi al hombro y se la llevó al resguardo del interior de la habitación para desatar por completo la pasión.

Una hora más tarde, ambos amantes yacían desnudos sobre la mullida alfombra, rodeados de cojines, tapados con una manta con los colores del clan. Abigail reposaba su cabeza sobre el robusto pecho de su esposo, quien respiraba de forma calmada mientras le acariciaba su espalda con sus dedos y enredaba en ellos algunos oscuros mechones de su largo cabello.

—Ya veo lo preocupado que te tenía la misiva del rey —comentó ella, rompiendo el silencio—. Yo que venía porque Gavin me dijo que estabas algo disgustado por la ordenanza a acudir a la reunión…

—Y lo estaba —respondió él dándole un beso en la coronilla—, pero me puse a recordar cosas que me hacen más feliz y me

estimulan más. —Abigail levantó su cabeza para poder mirarlo, apoyando su barbilla sobre su mano.

—¿Ah, sí? Y, dime, querido esposo, ¿en qué pensabas cuando llegué?

—En la primera vez que te besé, que fue aquí, y cuando te hice el amor por primera vez. También fue aquí.

—Sí, aquí dentro sucedieron muchas cosas buenas —dijo ella sonriendo.

—Cosas maravillosas, diría yo.

—¿Vas a ir?

—¿A dónde?

—A la reunión.

—Sí, y tú te vienes conmigo —afirmó él acariciando su mejilla.

—James, sabes que no puedo. Los gemelos…

—Los niños se vienen con nosotros —le interrumpió—. No pienso ir a esa tediosa reunión, ni a esos juegos, si no te tengo a mi lado.

—Pero…

—No voy a discutirlo más, Abigail. Vendrás conmigo y punto —sentenció para disconformidad de su esposa.

A James Campbell no era al único al que le resultaban tediosas ese tipo de reuniones y celebraciones. Abigail sentía exactamente lo mismo, sobre todo porque tendría que soportar cómo algunas de las mujeres que acudirían al evento no dejarían de agasajarlo a él mostrando sus encantos femeninos, sin importarle siquiera que ella estuviese delante.

Ella odiaba sentirse así de insegura, pero no podía evitarlo. Sobre todo desde que tuvo a los gemelos. Su cuerpo cambió por completo. Sus pechos se hicieron aún más grandes de lo que ya los tenía antes y sus caderas ensancharon algo más. Ya no se veía esa figura esbelta y delgada que antes tenía, y eso la hacía sentirse insegura ante otras mujeres mucho más hermosas que ella. Era consciente del profundo amor que James sentía por ella y de la absoluta pasión que aún despertaba en él, pero le era imposible dejar de sentirse tan estúpidamente insegura entre esas mujeres.

Mientras los líderes del clan permanecían en su rincón privado, libres de las responsabilidades rutinarias, Aliena jugaba con sus sobrinos en el jardín interior. Beth, quien había sido elegida como

la nana de los niños, estaba sentada sobre un plaid extendido en la hierba. Sonreía observando cómo los gemelos se reían a carcajadas por las gracietas que su tía les hacía.

—Me alegra vuestra vuelta, *milady* —dijo sonriente.

—Y yo me alegro de estar en casa por fin, Beth. ¿Qué tal todo con Fergus? —preguntó Aliena sentándose junto a ella, dejando a sus sobrinos sobre la manta para que jugasen entre ellos.

—Bien, señora. Nos entendemos bien, pero… —El semblante de la muchacha cambió de alegre a triste en un segundo.

—¿Pero?

—Que no logro quedarme encinta, *milady*. Lo intentamos, y mucho…, créame, pero no conseguimos que los niños vengan. —Aliena tomó sus manos entre las suyas, obligándola a que la mirase a los ojos.

—Beth, los niños vendrán cuando menos te lo esperes. No te preocupes —afirmó con ternura.

—Señora, no os di el pésame por la muerte del laird MacLeod. Disculpadme…

—Beth, no tienes que disculparte por nada —dijo Aliena sintiendo un nudo en su garganta al recordar a su difunto esposo.

—El señor Alaister siempre fue muy bueno con todos. No nos trataba de forma diferente por ser sirvientes y se le quería en el clan —comentó Beth. Los ojos de Aliena se llenaron de lágrimas tras aquellas palabras.

—Sí. Al era un gran hombre, un gran laird para su clan…, y hubiese sido un gran padre…

—¿Ustedes no tuvieron hijos, *milady*? —preguntó Beth de golpe. Al segundo de decirlo, se arrepintió por su imprudencia y agachó la cabeza avergonzada—. Perdonadme, por dios. Qué descaro el mío —dijo compungida.

—Tranquila, Beth. No, no tuvimos hijos, pero sí llegué a quedarme encinta. Tan solo… lo perdí a los pocos meses. No era nuestro momento, nada más.

—*Milady*… —En ese momento, escucharon el sonido de los cascos de un caballo entrando al galope en el castillo. Dieron por hecho que se trataría de algún mensajero que traería noticias nuevas sobre algún asunto del clan y prosiguieron con su distendida charla.

Momentos después, Ian vino en su busca. El laird había requerido su presencia ante él en su despacho.

—¿Es sobre la reunión de clanes de Stirling? —preguntó ella de camino a la reunión.

—No lo sé. Gavin vino, me dijo que te buscase y que nos reuniéramos con tu hermano enseguida —respondió Ian.

Intrigada, Aliena se preguntaba a qué vendría tanta prisa y qué motivo habría para que su hermano los hubiese llamado a ambos a su despacho. No podía imaginarse el motivo, pero pronto lo averiguaría. Al llegar ante la puerta de la privada sala donde se debatían todos los temas importantes del clan, Ian abrió la puerta y la invitó a entrar primero con un gesto de su mano.

—¿Ocurre algo, hermano? —preguntó Aliena nada más entrar.

—Será mejor que os sentéis, Ali —dijo James, de pie tras su enorme mesa. Gavin permanecía sentado sobre el alfeizar de la ventana, con los brazos cruzados al pecho y semblante serio al igual su hermano.

—Jamie, dímelo ya —ordenó ella. Ian se posicionó junto a ella y entrelazó su mano con la suya, prestándole apoyo aún sin saber el motivo de todo eso.

—Ha llegado una misiva del rey… —comenzó a decir James.

—¿Otra? —interrumpió ella.

—Esta es de asuntos privados —se apresuró a responder Gavin. ¿Un asunto privado? Aliena no entendía nada. Su hermano le entregó la nota a Ian para que la leyese mientras él empezaba a hablar.

—Le han llegado noticias al rey sobre un escocés que, al parecer, se dedica a llevarse súbditos de Escocia para venderlos o intercambiarlos por favores en otros lugares remotos. Parece realizar sus trabajos entre el puerto de Inverness y el de Edimburgo, aunque existen rumores sobre algunas otras zonas donde también hace sus negocios. Llevamos tiempo recabando información, aunque muy escueta porque la gente, aún a sabiendas que se le ha puesto precio a su cabeza, le temen más a él que a las represalias de su rey —explicó con calma.

»Cuando nos contaste que habías sido vendida a un capitán de barco y que habías visto a varias personas más en sus bodegas, llegué a la conclusión de que podría tratarse del mismo hombre al

que el rey está buscando…

—Nicolson —pronunció Ian apretando su mandíbula. Estaba claro la enorme enemistad que existía entre ellos, aunque a James la gustaría saber el motivo porque intuye que no solo es debido a las barbaridades que le hizo a su hermana.

—¿Dices que Jacobo está al corriente de lo que ese malnacido está haciendo? —preguntó ella sorprendida.

—Digo que el rey nos ha pedido, a los más íntimos y cercanos, que le demos caza —afirmó James.

—El problema es saber quién es y cómo reconocerlo… —comenzó Gavin a exponer la misión en la que llevaban tiempo trabajando.

—Yo puedo deciros quién es. Iré con vosotros —afirmó Ian dejando la misiva sobre la mesa casi golpeando la madera—. Debí matarlo cuando pude hacerlo. Ese cerdo bastardo…

—Pero, no entiendo —dijo Aliena—, ¿para qué me quieres a mí, entonces? —preguntó.

—Porque necesito que me vuelvas a contar, con todo detalle, lo vivido desde el ataque en Lewis hasta que Ian te liberó. —Las palabras de James sonaron en su cabeza distantes. Tener que revivirlo todo otra vez sería una auténtica agonía, pues Alaister murió entre sus brazos. Y los abusos dentro de aquel barco por parte de Nicolson tampoco eran algo que quiera recordar. ¿Cómo iba a decirles a todos, incluso a Ian, que hubo momentos en los que llegó a disfrutar de la maestría de sus caricias? ¿Cómo explicarles que su cuerpo la traicionó y llegó a disfrutar del placer que ese hombre le provocaba?

Aturdida, decidió sentarse, tomar aire y fuerza de lo más profundo de su interior, y se lanzó a relatar todo.

Capítulo XXIII

Unos días más tarde, toda la comitiva del clan Campbell de Clackmannanshire se ponía en movimiento rumbo a la reunión de clanes de Stirling, convocada por el rey Jacobo. Y para disgusto tanto de Aliena como de Abigail, ellas debían ir en el carruaje junto con Beth y los gemelos. Aún así, se las ingeniaron para convencer a su esposo de que las dejasen llevar a sus yeguas.

Al principio, a James esa idea le pareció una imprudencia, ya que conocía de sobra la afición de su mujer por montar sobre *Seelie* para alejarse del estrés de los llantos de los niños. Con tanto hombre bebido y descontrolado por allí, no le hacía mucha gracia que su esposa anduviese cabalgando sola por ahí. Podría pasarle algo y él estar reunido con el rey, sin poder protegerla. Pero cuando a Abigail se le metía algo en la cabeza, no había forma de poder sacárselo.

Además, utilizaba unas armas bastante persuasivas que sabía que surtían el efecto deseado sobre su esposo. James sonrió sobre su montura al recordar cómo fueron esas súplicas momentos antes de salir de la habitación. Tal recuerdo, hizo que su entrepierna comenzase a latir con fuerza, moviéndose incómodo en su silla al notar su dureza.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Gavin cabalgando a su lado. Como siempre, iban a la cabeza del grupo, liderando el camino, pendientes de cualquier improvisto que pudiese surgir.

—Un ligero tirón en la pierna —respondió sin quitar la vista del frente.

—Te estás haciendo mayor, amigo —bromeó riéndose.

—Dijo el joven Campbell… —La respuesta de James hizo que ambos estallasen en unas carcajadas tan sonoras que se escucharon en toda la comitiva.

—Veo a mi hermano muy feliz —dijo Aliena al escuchar las risas de los hombres, sonriendo mientras sostenía entre sus brazos a uno de los gemelos.

—Eso espero, la verdad —respondió Abigail con la vista perdida en algún punto lejano del camino.

—¿Va todo bien, Abi?

—Sí… no. Verás, es solo que… —Tomó aire, llenado sus pulmones por completo, y lo soltó en un largo suspiro—. No me siento segura de volver a estar en la corte, ni entre todas esas… esas mujeres —dijo. Aliena la miró intrigada, sin comprender muy bien a qué se refería.

—¿Ha ocurrido algo entre mi hermano y alguna otra…?

—¡Oh, no! No, Ali, por dios. No ha ocurrido nada. Al menos que yo sepa, vaya —se apresuró a responder Abigail—. El problema es que sabes del poder que James ejerce sobre el resto de mujeres en esas reuniones. Siempre lo rodean con la esperanza de poder obtener sus favores, sin importarle si estoy yo delante. Para ser una sociedad que sabe de protocolos, se los saltan bastante sin miramientos.

—Pero… no entiendo el problema, entonces, Abi.

—El problema es que me siento insegura. Siempre me he sentido insegura entre esas mujeres porque, como bien sabes, yo no fui criada de esa forma. No como lo has sido tú o el resto de damas de la corte.

—Pues, sinceramente, te sabes comportar tú mejor que muchas de ellas. Tienes más educación que todas esas tediosas damas a las que tanto aborrece mi hermano… y yo también, si te soy sincera.

—Aliena, yo… —Su cuñada le cedió la custodia del niño a Beth, que iba sentada a su lado con el otro niño en su regazo, y posó sus manos sobre las de Abigail.

—Escúchame bien. Eres la mujer que mi hermano ha elegido y eres muy hermosa, Abi. No tengas dudas al respecto de ello. Jamie no tiene ojos para nadie más, créeme —afirmó para alivio de *lady* Campbell.

—Prométeme que no me dejarás sola entre esas arpías —pronunció con una tímida sonrisa en su rostro.

—Por supuesto que no te dejaré sola. Incluso, le daré una patada en su hermoso y real trasero a quien ose intentar humillarte. Palabra de Campbell —dijo con vehemencia.

—¡Ali, esa boca! —Pero más que una regañina por su lenguaje, fue una burla, ya que las tres mujeres acabaron estallando en risas en el interior del carruaje. Unas risas que contagiaron a los gemelos, quienes las acompañaron con sus infantiles risas.

Stirling rebosaba vida, ya que todos los clanes comenzaban a llegar cargados de carruajes y jinetes con ansias de una buena fiesta. Porque, para la mayoría de los allí presentes, de eso se trataba aquella reunión. A la llamada de su rey acudieron casi todos los clanes que podían trasladar tal montante de enseres: tiendas, caballos, arcones con los diferentes vestidos para las damas que se alojarán en el castillo, etc. Durante una semana, todos podrán disfrutar de la bebida, comida, música y los diferentes juegos que se disputarán cada día hasta lograr al vencedor absoluto.

Toda la explanada a las faldas del castillo estaba ya casi cubierta de estandartes y tiendas de varios clanes. James decidió montar su campamento cerca del puente donde se libró la batalla con la que William Wallace y Andrew de Moray habían logrado su primer triunfo contra los ingleses. Un viejo puente de madera, derruido para tal fin, y reconstruido posteriormente, aunque no en el mismo lugar donde se ubicaba el antiguo. Muchos jinetes con sus monturas perecieron en aquel río y aquel campo, pero fue una maniobra asombrosa por parte de los Guardianes de Escocia.

Mientras Gavin supervisaba a los hombres Campbell con la instalación de las tiendas, James se fue con el resto de la comitiva que se alojaría en el castillo. Ian y Aliena debían ir con ellos y acudir a los bailes y reuniones tras los muros de la fortaleza. Beth dormiría en la habitación con los gemelos, muy a su pesar, pues Fergus se quedaba en el campamento para hacerse cargo de los hombres cuando Gavin no estuviese.

Como siempre, el rey Jacobo ordenó que se le otorgasen los mejores aposentos para su buen amigo y salvador, James Campbell. Lo que también originaba las miradas inquisitorias por parte de algunos otros lairds y chiefs, e incluso de alguna que otra dama.

Aunque a Abigail le parecía que las miradas de odio iban más dirigidas hacia ella, que por el favoritismo de la familia real hacia ellos.

Tres estancias para los Campbell de Clackmannanshire. La más grande, por supuesto, era para el laird y su esposa. La habitación contigua a ellos, para los niños y Beth. Y la siguiente, para Ian y Aliena. La aparición de la pelirroja de nuevo en la corte, tras la noticia de su desaparición y muerte de su esposo y laird del clan MacLeod, había dejado a todos consternados. Por eso se alegraron al verla junto a su hermano y de la mano de su nuevo esposo.

Tras dejar su baúl en la habitación, Ian fue requerido por James para reunirse con Gavin antes de ser llamados ante el rey. Dejarían a sus mujeres que descansases y se aseasen para el primero de los infinitos bailes que tendrán lugar tras la cena. A Aliena le molestaba bastante el no pode acudir con su esposo a esa reunión, pero las mujeres no estaban bien vistas en un debate sobre estrategias y demás temas. Por mucho que en algunas circunstancias, alguna que otra mujer les haya demostrado ser mejores cabezas pensantes que ellos mismo.

Resignándose a ser solo escuchada por los hombres de su clan y familia, decidió darse un más que merecido baño. Una vez que los sirvientes del castillo llenaron su bañera con agua caliente y la dejaron sola, Aliena sacó una bolsita de entre sus pertenencias y dejó caer en el interior del agua unas hojas y sales de lavanda. Se desnudó con premura y se introdujo con lentitud, emitiendo pequeños gemidos de placer.

—Bien, llego justo a tiempo —dijo Ian apareciendo en la habitación, sorprendiéndola.

—¿Tiempo para qué?

—Para darme un baño contigo —respondió mientras se quitaba la ropa y la lanzaba sobre la cama.

—Pero… —No le dio opción a decir nada más. En cuanto se quedó desnudo, se metió en la tina de madera emitiendo los mismos gemidos de placer que ella.

—Oh, sí. Está a buena temperatura…

—¿Eres consciente que esta bañera no es para dos? —preguntó ella a modo de protesta.

—A la larga, quizás no, pero —comenzó a decir. Con un rápido

movimiento, la cogió y sentó sobre él— en esta posición cabemos los dos —dijo victorioso.

—Es usted un pícaro, señor SinClair…

—Solo cuando estoy con vos, mi pelirroja traviesa —respondió segundos antes de apoderarse de su boca con fervor.

Sentir como rodeaba su cuello con sus brazos y abría sus labios para dejarlo entrar, lo excitó sobremanera. Pero notar el roce de sus redondeados pechos desnudos sobre su piel hizo que su dureza cobrase vida y comenzase a palpitar con cada pequeño movimiento de sus cuerpos. Mientras entrelazaban sus lenguas en un sensual baile, Aliena movió su cuerpo hasta quedarse sobre su erecto miembro.

De forma lenta, se dejó deslizar sobre él, ahogando ambos gemidos de placer en sus bocas. Ian descendió sus manos por toda su espalda hasta posarlas sobre sus caderas para marcarle el ritmo. Ella se separó de él, apoyando sus manos en el borde de la bañera y arqueando su cuerpo al sentirlo dentro de ella. Él tomó uno de sus rosados pezones entre sus labios y lo saboreó con pasión. Mientras besaba sus pechos, llevó una de sus manos hacia la intimidad del sexo femenino, encontrando allí el botón del placer y llevando a su esposa hasta el éxtasis de la pasión.

Hicieron el amor con hambre, con fervor, como si llevasen demasiado tiempo sin tocarse. Las hábiles caricias de Ian llevaron a su esposa a tal orgasmo que casi la dejó sin sentido. Tan solo las justas para recibir la descarga de su esposo en su interior.

A la hora del gran banquete que daría por inaugurada la jornada de los juegos, se reunieron en el Gran Salón del castillo todos los lairds y chiefs de los clanes, junto a sus esposas e hijas. Por supuesto, este tipo de eventos no solo servían para medirse entre los hombres. Era el lugar idóneo para presentar a las damas casaderas de cada familia y, por ende, lograr así uniones satisfactorias bendecidas y aprobadas por el mismo rey.

Toda la estancia estaba decorada con gigantescas cortinas que cubrían ambas paredes laterales, lugar donde la gente se agolpaba y dejaba un único camino hacia la zona más elevada donde los reyes permanecían sentados en sus tronos y asentían con la cabeza ante las presentaciones de cada invitado. Al no existir reina que lo acompañase aún, este presidía solo todo el proceso, siempre

acompañado por su fiel perro guardián, el cardenal Beaton.

El gran salón era un edificio alargado, de techos altos y con la asombrosa forma de la quilla de un barco. Una obra arquitectónica mandada a construir por el rey James III y mejorada por el padre del rey Jacobo V, James IV. Una edificación más grande incluso que el gran salón de Edimburgo, a juicio de Abigail, quien empezó a sentir cierta angustia y falta de oxígeno al entrar allí y sentirse observada por todos los ojos críticos que allí estaban.

—Tranquila —dijo James posando su mano sobre la suya, que permanecía bien sujeta de su fuerte brazo—. En una semana estaremos de vuelta a la tranquilidad de nuestro hogar. —Palabras que apenas consiguieron calmar los nervios de la esposa de uno de los lairds más importantes de toda Escocia.

—Eso no es que me alivie mucho —susurró ella, provocando que él tuviese que agachar la cabeza para ocultar su risa. Era consciente de lo poco que le gustaban este tipo de reuniones a su esposa. Tan poco como a él, que se libraría de todas ellas si estuviese en sus manos. Pero eran los representantes de su clan y debían estar en casi todas ellas. Al menos, en las que el rey requiriese su presencia.

Por suerte para Abigail, quien saludaba de forma educada con un leve gesto de cabeza a los rostros que reconocía a ambos lados de la estancia, su hermano y Aliena iban tras ellos. Se los veía tan felices y enamorados que hasta ella misma se sentía plena con solo mirarlos. Estaba claro que eran un solo ser, al igual que lo eran ella y James. Se alegraba tanto por su hermano… su resucitado hermano.

Un par de presentaciones más y los representantes del clan Campbell de Clackmannanshire estaban ante el rey y David Beaton, quien, como siempre, observaba a Abigail con cierta lascivia. Por desgracia para ella, debía aceptar los húmedos besos y leves toqueteos del cardenal. Por suerte para ella, James no la soltaba nunca y siempre clavaba su inquisitoria mirada sobre aquel ser al que también a él le desagradaba por completo.

Jacobo se demoró más tiempo con ellos, no solo por dejar claro el afecto que sentía por su buen amigo, sino porque quiso conocer la historia del reencuentro de Aliena e Ian. Una vez terminadas sus exposiciones, los cuatro tomaron rumbo hacia la salida del salón, ya que el calor allí era sofocante. Todas las chimeneas parecían estar a

pleno rendimiento y eso, sumado a la cantidad de gente que allí dentro había, hacía que el aire fuese totalmente irrespirable.

No así, no pudieron evitar tener que detenerse con cada conocido o interesado al ver a *lady* Aliena Campbell de nuevo junto a su hermano y de la mano de un nuevo esposo. Todos parecían muy interesados por conocer su historia, aunque ellos procuraban resumirla bastante para así poder lograr salir de la estancia lo antes posible. A ellos también les resultaban tediosas aquellas reuniones.

—¡Jamie! —escucharon una femenina voz gritar a sus espaldas cuando ya tenían casi un pie fuera del edificio. Ambos se giraron, quedándose Abigail pasmada al ver quién era la mujer que corría en dirección a ellos.

—Oh, por el amor de dios —protestó poniendo los ojos en blanco.

—Abi… —respondió él a modo de divertida regañina.

Capítulo XXIV

Davina Drummond se abalanzó a los brazos de James casi sin dejarle más opción que recibirla, mientras Abigail le clavaba su verde mirada cargada de desagrado. Esa jovencita era su peor pesadilla. Ya desde que se conocieron en aquel viaje donde él acabó pidiéndole matrimonio, la relación con esa morena descarada había sido muy tensa. Y peor aún fue cuando se enteró de su compromiso.

—Jamie, querido mío —pronunció con demasiada cercanía, a sabiendas que aquel gesto molestaría a su esposa—. Estás impresionante, como siempre —dijo sonriendo.

—Hola, Davina. Siempre es un placer verte —respondió él con galantería—. ¿Tu hermano no ha venido? —preguntó separando el pequeño cuerpo de quien fuera su amante y tomando a su mujer de la cintura.

—Andará por ahí, buscando alguna conquista nueva —contestó Davina.

—Ah, el bueno de Johnny —dijo James.

—Jamie, quería presentarte a unas amigas mías que… —En ese instante, Abigail hizo un ruido con su garganta, llamando la atención de ambos.

—Davina, ¿recuerdas a mi esposa, *lady* Abigail Campbell? —se apresuró a decir él.

—Oh, no me había dado cuenta de tu presencia, perdona. Estás tan cambiada… —Y ahí estaba el primer golpe directo a su baja autoestima.

—*Lady* Davina, siempre tan mordaz con tus comentarios —espetó con una falsa sonrisa.

—Me gusta ser una mujer sincera y de principios, querida —respondió ella con sarcasmo—. Si me disculpáis, debo ir a atender a otras personas. Nos veremos luego, Jamie —dijo guiñándole un ojo de forma pícara y descarada. Davina Drummond desapareció de su vista de la misma forma en la que había aparecido ante ellos, dejándole a Abigail un terrible mal sabor de boca.

—¿Estás bien? —preguntó James en el instante en el que se vieron lejos de las miradas del resto de los invitados.

—No —aseveró ella incómoda, controlando las enormes ganas que tenía de llorar en esos momentos.

—Mi amor —dijo él tomándola del mentón y obligándola a mirarlo a los ojos—, no deberías dejar que sus palabras te importunen. Davina no debería tener poder sobre ti. No es más que una niña caprichosa que…

—Que una vez disfrutó de tu compañía en su cama y se cree aún con el derecho de tratarte como si fueseis amantes. Esa…, niña caprichosa está deseando que abandones mi lecho para ir corriendo al suyo y… —James acalló sus palabras con un beso, abrazándola con fuerza y saboreando con ansia sus carnosos labios. No le importaba estar delante de tanta gente. Quería dejar claro que esa era su mujer y que no tenía ojos para nadie más que para ella.

—Nadie conseguirá arrancarme de nuestro lecho, mi amor. Ni siquiera tú, *milady* Monfort —dijo tras separar sus labios y viendo la intensidad del brillo de sus verdes ojos.

—Creo que voy a necesitar algo más que un beso, demonio de ojos grises…

—Mi ninfa descarada —susurró James contra su boca—. No debemos abandonar aún el salón, pero prometo dejarte saciada por completo en cuanto estemos bajo la protección de nuestra alcoba —afirmó.

—Y yo te haré cumplir esa promesa, James Campbell. —Y dicho eso, rodeó el cuello de su esposo con sus brazos para ser ella, esta vez, quien besase sus labios delante de todo el mundo.

A una distancia prudencial, ya en el exterior, Aliena e Ian observaban a la feliz pareja dando muestras de su profundo amor. Habían estado hablando con un grupo de parientes Campbell de la

zona de Moray, a quienes les tuvieron que relatar de nuevo toda su aventura desde el secuestro de la joven hasta su regreso a su hogar. Por supuesto, lo más complicado era explicar las aberraciones sufridas a manos de su captor y por eso obviaba mencionarlas. Con una vez vividas, era suficiente.

La noche estaba despejada y en el oscuro manto del cielo brillaba una luna llena perfecta y grande, rodeada de tintineantes estrellas que brillaban con diferente intensidad y como enviando una especie de mensaje celestial que nadie podía escuchar.

—Hacen una pareja tan bonita —dijo Aliena entre los brazos de su esposo, quien miraba también en dirección a su hermana y su cuñado con una sonrisa en los labios.

—Lo cierto es que sí —respondió él—, y se les ve muy felices.

—Lo son, doy fe de ello.

—¿Quién era esa joven con la que estaban hablando? —preguntó intrigado.

—Davina Drummond. Una insufrible y caprichosa niña que se cree con el derecho de ir pisando a todo el mundo por ser la hermana de un Lord importante —respondió ella.

—Y, por lo que puedo intuir, tuvo alguna especie de romance con tu hermano.

—Nada serio, al menos por parte de Jamie. Pero ella lo persigue siempre como una gata en celo, como has podido comprobar.

—Ya —dijo sin más. Aliena lo miró intrigada por aquella extraña expresión que parecía encerrar algún tipo de mensaje encriptado.

—¿A qué viene esa cara?

—Pues a que creo que mi hermana no va a seguir tolerando esas acciones por parte de esa tal Davina. Conociéndola como la conozco, me sorprende que aún no haya hecho algo ya —afirmó para sorpresa de la pelirroja.

—Oh…, no tenía a tu hermana por una mujer celosa…

—Celosa, no. Pero no le gusta mucho compartir sus cosas y mucho menos si no le piden permiso o intentan medirse con ella. Abigail es muy tranquila, pero tiene su carácter y cuando lo saca, es mejor no estar cerca ni ser objeto de su ira. Además, es bastante ingeniosa a la hora de cobrarse sus venganzas —explicó divertido al recordar sus clásicas discusiones con su hermano Robbie y de cómo

este amanecía al día siguiente con alguna sorpresa en su cama, o con las cinchas de su montura rotas.

—Vaya con Abigail. Cualquiera diría que es una Campbell de pura sangre —comentó Aliena riendo.

—Tal vez por eso haya encajado tan bien en tu clan y se compenetre tanto con tu hermano. Son dos pesos pesados en cuanto a cabezonería.

—En eso estamos de acuerdo, mi querido esposo.

Tras todas las presentaciones oficiales, se pasó a la cena, la cual se celebró en el mismo salón. Los sirvientes se apresuraron a montar todas las mesas y sillas, mientras los invitados seguían con sus conversaciones en el exterior y extremos de la estancia. Fue una velada llena de interesantes intercambios de opiniones, de debates sobre la dirección del reino y de la creciente tensión entre el rey y su tío Enrique VIII, rey de Inglaterra.

El ambiente estaba cargado de un olor que James reconocía muy bien: guerra. Algo que le incomodaba en demasía, pues no entraba en sus planes tener que partir y dejar su hogar, a su esposa e hijos solos para librar una absurda lucha con la que no estaba para nada de acuerdo. Pero a Jacobo parecía importarle bien poco lo que su más fiel guerrero desease. Estaba dispuesto a imponerse ante su tío al precio que fuese necesario. James solo esperaba poder refrenar sus impulsos el tiempo suficiente.

Abigail, que estaba sentada frente a su esposo y con su cuñada Aliena y su hermano Ian a su izquierda, mantenía una tranquila conversación con Douglas Gordon de Galloway. Se trataba de un hombre robusto al que no le hacía ascos a nada, en cuanto a comida se refería. Todo un divertido escocés de las Lowlands, padre de siete hijos varones y una jovencita muy risueña que no le quitaba ojo a Gavin.

Cómo no, la mano derecha de su esposo siempre estaba rodeado de muchachas dispuestas a complacerle. Mujeres de todo tipo y edades que sonreían de forma tímida ante las galanterías del Campbell. James, en cambio, mantenía una conversación algo incómoda con Ellen Stewart, una viuda muy libertina que no dudaba en dar muestras de lo mucho que el laird le atraía.

Abigail, intentando evitar el tener que ver como otra mujer se deshacía en caricias hacia su esposo, pasó su vista por el resto de

invitados allí sentados hasta quedarse fija en unos azules ojos que le resultaban familiares. Al otro extremo de la mesa, y casi al fondo, un misterioso hombre la miraba fijamente. Era alto, fuerte y de facciones duras…, o al menos eso parecía por la severidad con la que la estaba mirando.

La intensidad de su mirada empezaba a incomodarla, pues estaba claro que a él no parecían importarle las formas ni el decoro.

—¿Ocurre algo, querida? —preguntó Douglas al observar cómo se removía en su asiento.

—Señor Gordon, ¿usted conoce a todos los invitados?

—Bueno, no a todos, pero sí a la gran mayoría. ¿Hay alguien que te interese en particular?

—Sí. Ese hombre del final de la mesa, a nuestra derecha, ¿quién es? —preguntó intrigada. Gordon miró de forma disimulada hasta reconocer el rostro del hombre por el que Abigail le preguntaba. No tuvo que buscar mucho, tampoco, ya que seguía con su mirada clavada en ella.

—Se trata de Allan Ferguson. Sus tierras lindan con las mías y es el laird del clan Ferguson del castillo Caerlaverock. Un tipo sombrío, diría yo —comentó Douglas.

—¿Diría usted que es peligroso?

—Cielo, digamos que no lo desearía como yerno. Se dicen cosas sobre Ferguson. Que le habla a un cuadro que mandó pintar de su difunta prometida, de la que estuvo muy enamorado. No se le conoce esposa alguna, pero sí gusta de meterse de cama en cama —explicó viendo como ella volteaba la mirada para mirarlo de nuevo —. Muchacha, será mejor que te alejes de él. No es buena compañía y dudo mucho que a vuestro esposo le haga gracia que…

—No, tranquilo, señor Gordon. Mi interés no va por ese camino, de verdad. Es solo que…, me resulta familiar —respondió ella sintiendo que conocía esos ojos azules que la devoraban. Se podría decir que había hasta algo de odio o rencor en su mirada. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Abigail, quien decidió seguir con su conversación con Gordon.

Acabada la velada, se dispuso todo para dar comienzo con los bailes y así poner fin después al inicio de una larga jornada de juegos y reuniones importantes.

Las gaitas no tardaron en inundar todo el salón, abriendo así los

deseados bailes. Hombres acercándose para sacar a bailar a las muchachas casaderas; grupos de lairds y chiefs donde el debate estratégico era el tema central; grupos de damas sentadas, hablando y criticando a unos y a otros. La típica reunión de los miembros más destacados de la corte del rey. La sociedad selecta de Escocia.

Mientras Aliena e Ian bailaban en el centro del salón, Abigail se quedó sentada junto a Ellen Stewart y otro grupo de mujeres casadas. No le hacía mucha gracia tener que soportar a esa mujer hablar con tanto descaro sobre su esposo o el del resto de las damas, pero no debía montar ningún escándalo que avergonzase a James o a su clan. Como *lady* Campbell, debía respetar ciertos protocolos.

—No me malinterpretéis, *lady* Campbell —dijo Ellen con su clásica sonrisa, cargada de soberbia—, sé lo mucho que vuestro esposo os ama, pero también sé que habéis tenido dos hermosos hijos recientemente.

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó Abigail tratando de mantener la calma.

—Pues que de todos es sabido que, cuando se es madre, el tiempo y las prioridades pasan a ser exclusivamente de los niños. Algo lógico y normal, ya me entendéis todas —comentó—. Eso suele molestar bastante a los hombres y por eso acaban buscando refugio en los brazos de diferentes…, distracciones —dijo pronunciando con cierto sarcasmo la última palabras y provocando que las otras damas riesen.

—¿Intentáis decirme que mi esposo tiene una amante? —Abigail comenzaba a perder la poca paciencia que tenía siempre con este tipo de mujeres.

—Oh, no, querida —se apresuró a decir Ellen—. Yo solo te aviso para que no te asustes, llegado el momento, ni pienses que ya no te ama.

—O sea, que afirmáis que James me será infiel en algún momento.

—Querida, todos acaban siendo infieles. Es ley de vida. Un hombre tiene ciertas necesidades que cubrir y, cuando su mujer no está para ayudarlo, pues busca liberarse de otras formas. —Eso fue ya el sumun de su paciencia y no tenía pensado seguir escuchando tantas sandeces juntas.

Con una hipócrita sonrisa y una disculpa, se levantó de su asiento y se alejó de ellas en busca de un poco de *whisky* que llevarse a la boca. Buscó con la mirada a su cuñada, quien seguía bailando con su hermano. Ambos sonreían y se miraban con deseo. Los veía tan felices que no pudo evitar sonreír a la vez que ellos y suspirar.

—¿Me permitís este baile, *milady*? —preguntó una masculina voz a su espalda. Al girarse para ver de quién se trataba, se quedó pasmada, pues no era otro que Allan Ferguson. Dudó por unos segundos, pero no quería ser descortés. Además, tan solo sería un baile y luego se alejaría de allí con la excusa de ir a atender a sus hijos.

—Por supuesto, señor…

—Ferguson. Allan Ferguson —contestó él con una leve reverencia. Una pícara sonrisa asomó en su rostro, impactándola de golpe. Ese hombre se parecía mucho a su hermano pequeño, demasiado. Mismos ojos, mismo porte y misma sonrisa. Pero no era él, obviamente. Robbíe estaba en el campamento, junto al resto del clan.

—Encantada, señor Ferguson. Yo soy…

—Abigail Campbell, lo sé —respondió para sorpresa de ella, quien lo miró extrañada—. No os asustéis, *milady*. Todo el mundo conoce a vuestro esposo y, por ende, a vos —dijo para alivio de ella. Él extendió su mano hacia ella, quien posó la suya de forma ligera. Se dejó conducir hacia el centro de la pista y ambos comenzaron a danzar al ritmo de las gaitas.

Capítulo XXV

El baile parecía no tener fin y Abigail comenzaba a sentirse algo incómoda, aunque intentaba no mostrarlo. Se dejaba llevar por los fuertes brazos de ese hombre que bien podría ser su padre, pues ahora que lo tenía frente a ella pudo comprobar que era ya un hombre bien maduro. Pero sí que intentaba evitar su mirada porque no le gustaba cómo la miraba. Se sentía algo intimidada.

—Parecéis distraída, *lady* Campbell. ¿Va todo bien? —preguntó Allan.

—Sí, lo siento. Es solo que…, pensaba en los niños. Quizás debería ir a ver cómo se encuentran —respondió sonriendo.

—¿Queréis acabar el baile?

—No, señor Ferguson. No pasa nada. No sería decoroso dejaros en la pista a mitad del baile. Podré esperar y los niños no se van a ir a ninguna parte —dijo ella con educación.

—Me alegro porque me está resultando de lo más placentero este baile —afirmó él.

Con cada giro, Abigail buscaba a James entre la gente allí aglomerada o a Aliena…, o incluso a Gavin para que fuese a socorrerla. Pero no pudo encontrar a ninguno, o quizás estaba tan absorta en buscar una salida que no lograba encontrarlos. Estaban allí, eso lo sabía, pero no lograba dar con ellos.

—Sabéis, me recordáis mucho a alguien —dijo entonces Allan, atrayendo su mirada y causándole intriga.

—¿Ah, sí? ¿Un antiguo amor, tal vez? —preguntó de forma

cortés.

—Se podría decir así. De hecho, que me arranquen el corazón si miento, pero sois prácticamente su vivo retrato. Mi Arabela era tan hermosa como lo sois vos, *milady*. —Ese nombre la dejó en *shock* y sintió que su cuerpo se helaba por completo.

—¿Habéis dicho Arabela? —preguntó intrigada.

—Sí. Arabela Monfort. ¿Conocéis ese nombre, *milady*? —El nerviosismo se apoderó de ella y se liberó de sus brazos de golpe. Necesitaba salir de allí, huir. Algo le decía que se alejase rápido de Allan Ferguson, y no solo porque se lo aconsejase Douglas Gordon —. ¿Estáis bien, *lady* Campbell? Os habéis puesto pálida —dijo él intentando cogerla de nuevo.

—Si me disculpáis, señor, debo ausentarme. No me encuentro bien —respondió con la voz temblorosa.

Sin darle opción a más conversación, Abigail tomó las faldas de su vestido entre sus manos y emprendió camino hacia el exterior del salón. Necesitaba salir de allí y tomar oxígeno porque sentía que le faltaba el aire tras oír el nombre de su madre en labios de un desconocido. ¿Cómo podría alguien como Allan Ferguson conocer a su madre? ¿Conocería también a su padre?

Con el corazón agitado, logró llegar al exterior, donde tomó aire hasta llenar sus pulmones.

—Abi, ¿qué ocurre? —preguntó James apareciendo junto a ella. Había estado observando todo el baile desde la distancia y pudo ver su semblante cambiar y su posterior huida—. ¿Te ha dicho algo que te ha importunado?

—No…, es que…

—Sabía que traería problemas. No te ha quitado ojo en toda la noche. Prácticamente te lleva vigilando desde que entramos en el salón y…

—¿Tú lo sabías? ¿Y no creíste importante comentarlo conmigo? —preguntó ella sorprendida porque su esposo hubiese sido consciente en todo momento de la vigilancia de Ferguson sobre ella.

—No quería incomodarte y esperaba que se quedase solo en unas miradas. Jamás pensé que se atreviese a hacerte nada. ¿Qué te ha hecho, Abigail? —insistió en saber James, cogiéndola de la cintura y obligándola a mirarlo a los ojos.

—No es lo que ha hecho. Es lo que ha dicho.

—¿Qué te ha dicho?

—Me llamó…

—¡Abi! ¿Estás bien? Hemos visto lo que ha pasado desde lejos —dijo Aliena apareciendo junto a ellos, seguida de Ian.

—¿Estás bien, hermana? —preguntó él.

—Ese hombre me llamó por el nombre de nuestra madre, Ian —respondió Abigail por fin, dejando a su hermano pasmado.

—¿Dices que conoce a nuestros padres?

—No. Digo que él afirmó que yo era el vivo retrato de un antiguo amor suyo: Arabela Monfort. —La respuesta dejó a Ian estupefacto, al igual que ella.

—Voy a hablar con él y a pedirle una explicación —dijo James girándose para entrar de nuevo en busca de ese hombre.

—¡No, James! —se apresuró Abigail a frenar sus impulsos, sujetándolo del brazo e instándolo a quedarse junto a ella.

—Abi, necesitas saber por qué conoce el nombre de tu madre —comentó él.

—No hace falta, de verdad. Estoy bien —afirmó—, y estaré mejor cuando vea a nuestros hijos.

—Entonces, vamos. Iré contigo —contestó James.

—No tienes que dejar el baile por mí…

—¿Y por quién demonios iba a dejar esta tediosa reunión si no es por ti, Abigail? —James la tomó del mentón y posó sus labios sobre los suyos, dándole un tierno beso.

—Bueno, si lo dices así…, tal vez podamos retirarnos y… —dijo mordiendo su labio y viendo cómo ese gesto tensaba por completo a su esposo.

—Abigail Campbell —pronunció él atrayéndola más hacia su cuerpo—, si vuelves a hacer ese gesto, juro que te tomaré aquí mismo.

—Entonces, llévame a donde tengamos más intimidad, mi demonio de ojos grises.

—Mi ninfa descarada.

Tras quedarse solos, Ian y Aliena decidieron salir a dar un paseo por el jardín, lejos de la vista y la curiosidad del resto de los invitados. Ya que Gavin se había ausentado también del brazo de dos muchachas muy risueñas y dispuestas a disfrutar de la

compañía del highlander, ambos enamorados aprovecharon para escabullirse de todos y buscar refugio en el pequeño remanso de paz que ofrecía aquella parcela tan bien cuidada.

Pero no parecían ser los únicos en pensar en ese rincón como su vía de escape, pues se encontraron a varias parejas paseando o robándose besos al amparo de las sombras que proyectaba el castillo. Una situación que les hizo reír y tener que buscar un rincón donde poder estar tranquilos y solos. Lo encontraron cerca del gran árbol que ya anunciaba, con el color de sus hojas, la llegada del otoño.

—Pues no sabría decir qué está más concurrido, si el salón o el jardín —bromeó Ian abrazando a su esposa desde atrás y dándole un tierno beso en la mejilla.

—Sin duda alguna el jardín —respondió entre risas ella.

—Sin duda alguna. —Ambos se quedaron en silencio y abrazados, admirando la cálida noche que se estaba quedando y la brillante luna que comenzaba a iluminar todo a su paso. Desde ese punto, se veía toda la explanada de Stirling casi como una visión fantasmal.

—¿No sientes curiosidad por saber cómo ese misterioso hombre conoce a tu madre? —preguntó Aliena, rompiendo así la tranquilidad del momento.

—Lo cierto es que sí, pero me gustaría hablar antes con mi padre —respondió él.

—¿Por qué?

—Porque algo me dice que carga con un gran secreto desde mucho antes de nacer nosotros.

—¿Has llegado a esa conclusión porque un desconocido ha llamado a tu hermana por el nombre de tu madre? —preguntó intrigada.

—No. He llegado a esa conclusión porque ese tal Allan Ferguson es el vivo retrato de Robbie y dudo mucho que mi hermano sea un hijo suyo. Por no hablar que también tiene parecido con mi padre. Creo que ya es hora de que Gideon SinClair nos cuente la historia de nuestra madre y de su familia —contestó él. Aliena ladeó su cabeza hacia un lado. Un gesto que siempre hacía cuando le rondaba algo en su mente—. ¿Qué? —preguntó él.

—Nada…, es solo que intuyo que será una conversación difícil y

algo dolorosa.

—Todo lo relacionado con mi madre es difícil y doloroso. Cada vez que intentábamos ahondar más en nuestros orígenes, nuestro padre daba rodeos o directamente cambiaba de tema. Por eso lo dejamos por imposible, y porque veíamos el sufrimiento que le causábamos con nuestras preguntas.

—¿Y crees que ahora será diferente?

—No. Ahora será peor —afirmó Ian.

El resonar de unos cascos y el posterior relinchar de caballos al otro lado del muro, hizo que ambos se acercasen para ver lo que sucedía a los pies del castillo. Parecía que un clan rezagado acababa de llegar, algo tarde, a la reunión convocada por el rey Jacobo. Aliena, al darse cuenta de quién se trataba, profirió un bufido en señal de protesta.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó Ian intrigado al ver la incomodidad en su mujer.

—Kenneth Murray y su clan —respondió ella con desprecio.

—Intuyo que no es un clan amigo…

—Ni mucho menos. Ya nuestros clanes en sí son rivales, pero entre Kenneth y James siempre saltan chispas cada vez que están en una misma habitación. Y no es la primera vez que se mide con mi hermano, por supuesto siempre acabando con el filo de la espada de Jamie en su garganta. Pero desde que intentó sobrepasarse conmigo y con tu hermana…

—¿Que hizo qué? —dijo Ian cambiando por completo semblante.

—Tranquilo, mi amor. Mi hermano ya se ocupó de darle una buena lección y un ultimátum que no dudará en cumplir, llegado el caso —contestó Aliena calmando la creciente ira de su esposo.

—Pues espero que no intente acercarse a ti estando yo cerca porque no dudaré en…

—Me encanta cuando te pones así de protector conmigo, Ian SinClair —dijo ella rodeando su cuello con sus brazos y acercando sus labios a los de él.

—Hablo en serio, Ali.

—Y yo también —afirmó—. Ahora, ¿qué tal si me besas, esposo? Porque no hemos venido aquí para ver la llegada de un indeseable, ¿verdad?

—Pelirroja traviesa, eres la mujer más descarada que jamás haya conocido —respondió él sonriendo con ella entre sus brazos.

—Entonces, no te sorprenderá que te diga que siento la inminente necesidad de tenerte dentro de mí —susurró ella pegando sus labios contra su oreja, acariciándola con la punta de su lengua y sintiendo como él la apretaba más contra su cuerpo, dejando clara su creciente erección.

Ian tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener el control y no tomarla allí mismo. Pero no dudó en cogerla de la mano y llevársela al abrigo de las paredes de su habitación, donde se quitaron la ropa con premura e hicieron el amor hasta caer exhaustos y quedarse dormidos.

La luz de un nuevo día atravesó los ventanales de su estancia iluminando todo a su paso. Aliena, que dormitaba tras haber hecho el amor con su esposo horas antes de su partida a una reunión junto a su hermano, se desperezó sonriendo y sintiéndose la mujer más feliz del mundo. Sintió a su estómago cobrar vida y comenzar a protestar por llevar tantas horas sin ingerir alimento.

Se levantó de un salto, tan rápido que tuvo que sujetarse a uno de los mástiles del dosel de la cama porque le sobrevino un extraño mareo. Al poco, su ansiada hambre pasó a ser una tremenda gana de vomitar. Corrió hasta un balde que tenía al otro extremo de la cama y se dobló sobre él para echar apenas el agua que acababa de beber.

«Puede que sea agotamiento», pensó limpiándose. Se aseó con calma y se vistió con uno de sus vestidos hecho con los colores de su clan. Al ser de tez blanca y cabellos rojizos, el verde era un color que resaltaba aún más su belleza y por suerte, el tartán Campbell, lleva muchos tonos verdes. Las nauseas volvieron cuando hubo por fin anudado la lazada de sus zapatos y sintió la necesidad de volver a coger el balde entre sus brazos, pero logró contenerlas.

Caminó por los pasillos del edificio adecuado para los invitados sonriendo y saludando con educación a todo aquel que se cruzaba por su camino. Esperaba poder encontrar a su cuñada en el gran salón desayunado aún y poder hablar con ella sobre el extraño suceso de la anterior noche. No dejaba de darle vueltas. Allan Ferguson, por alguna razón, conoció a su madre e incluso llegó a sentirla como su prometida. «Aquí hay un secreto que debo

averiguar», pensó entrando en el salón y encontrando a Abigail sentada junto a Beth, con los niños sentados ambos en sus regazos.

—Buenos días a todos —dijo sentándose junto a ellas y comenzando a hacerles carantoñas a sus sobrinos.

—Ali, estás pálida. ¿Te encuentras bien? —preguntó Abigail una vez la tuvo sentada a su lado.

—Sí, sí. Creo que me ha sentado algo mal en la cena, pero ya estoy bien.

—*Milady*, ¿quiere que me lleve a los pequeños al jardín y así dejarlas a las dos desayunar con tranquilidad? —interpuso Beth en ese instante.

—No, Beth. Gracias. Desayunaremos e iremos todas juntas a tomar un poco el aire —respondió Abigail. Su antigua compañera en el castillo, a la cual considera una amiga y ahora su salvación con el cuidado de los gemelos, asintió con la cabeza en señal de respuesta.

Degustaron su primera comida del día con la calma y tranquilidad que las reclamas de los niños les permitieron, para luego salir del gran salón e ir caminando hacia el jardín. El día estaba soleado y parecía que así se iba a mantener.

Capítulo XXVI

Abigail pudo observar a más damas compartiendo juegos con sus hijos, lo que le dio cierto respiro al comprobar que no había sido la única en acudir a un evento así con niños. Por supuesto eran tan solo unas pocas, pero suficiente para dejar de sentirse incómoda por presentarse allí con unos niños de poco más de un año. Si por ella fuese, se hubiese quedado en el castillo disfrutando de la paz y la tranquilidad que su hogar le proporcionaba. Pero James se hubiese visto en la tesitura de declinar la invitación de su rey y eso le ocasionaría muchos problemas.

Y por si esa situación no fuese lo suficientemente incómoda, lo vivido la anterior noche con Allan Ferguson le martilleaba la cabeza sin apenas dejarla descansar bien. Sus palabras se repetían en su mente una y otra vez. La forma en cómo la miraba y el que conociese el nombre de su madre la descolocaron mucho. ¿Quién era ese hombre? ¿Y por qué tenía tanto parecido con su hermano Robbie y su padre?

—Soñadora —dijo Aliena, sacándola de sus pensamientos y trayéndola de vuelta a la realidad—. ¿Va todo bien? —preguntó preocupada.

—Sí…, bueno. No del todo, si te soy sincera.

—Dime que no sigues dándole vueltas a lo que esas insulsas mujeres te han dicho, Abi.

—No, no. Tranquila —respondió—, aunque no te negaré que no me hayan afectado en algo sus palabras. Pero, en realidad, no

puedo quitarme de la cabeza lo sucedido con el señor Ferguson.

—Sí, en verdad que es muy extraño. El parecido con vuestro hermano es, cuanto menos, extraño…

—Y el que conozca el nombre de mi madre y diga que soy su vivo retrato, Ali. Eso me dice que ese hombre, de alguna forma, la conocía y la consideraba su prometida.

—Amiga, te digo lo mismo que le dije a tu hermano anoche: debéis hablar con vuestro padre y exigirle la verdad —comentó Aliena.

—Lo sé, Ali, lo sé. Pero también sé que le hará mucho daño porque…

—Ian me lo contó, Abi. Tranquila. Pero no puede guardar el secreto por más tiempo —afirmó.

—¡Demonios de reunión! —maldijo Abigail tras un profundo suspiro. Aliena estalló en carcajadas por la naturalidad con la que su cuñada expresó su más sincero enfado. Beth y los gemelos se contagiaron de la risa de la pelirroja y acabaron riendo todos, divertidos por la espontánea reacción.

—¿Podemos unirnos a la diversión? —Ian y Robbie se habían acercado a la divertida reunión sin que ninguna de ellas se percatase de su presencia.

—¡Hola! —dijo Aliena con alegría. Se levantó de un salto y se abrazó a su esposo, dándole un apasionado beso.

—Vaya…, qué alegría desborda por las mañanas mi dulce esposa —susurró él tras separar sus labios.

—Eso es porque me encanta tenerte cerca, esposo mío —respondió la pelirroja con picardía.

—Pelirroja traviesa…

—Buenos ojos te vean, Robbie —saludó Abigail a su hermano pequeño, quien respondió con un gruñido de desaprobación—. Uy, nos hemos levantado con el pie izquierdo hoy…

—No es eso —contestó él rascándose la cabeza con nerviosismo. Un gesto que sus hermanos conocían muy bien, sobre todo ella.

—¿Te preocupa algo, Robbie? —preguntó Abigail entonces—. Te veo intranquilo. No será por tu dama misteriosa, ¿verdad? —Ese comentario, por parte de su hermana, lo dejó pasmado. Miró a su hermano, quien negó con la cabeza. Pero ¿cómo pudo saber ella que había una mujer de por medio?

—Gavin te ha contado algo, ¿no es así? —inquirió al comprender quién habría podido haberla puesto al corriente de sus malos humores—. Pues no sé por qué se tiene que meter en lo que no le importa, la verdad. Sí, estuve con una mujer en Edimburgo, pero…

—¿Vicky? —dijo Abigail atónita al ver la figura de su amiga a lo lejos. Robbie sintió que se le helaba todo el cuerpo al oír a su hermana decir el nombre de la mujer que le había roto el corazón y de la que se negaba a hablar, salvo con su hermano Ian.

—¿Qué tiene que ver…? —Pero no pudo acabar su pregunta, pues su hermana se levantó de golpe y salió corriendo hacia la entrada del castillo. Al girarse para seguir su trayectoria, se cruzó con los verdes ojos de Vicky MacKay.

Durante unos largos segundos, se quedaron fijos el uno en el otro, sin poder evitar recordar los momentos vividos durante sus breves encuentros en Edimburgo. Unos momentos que parecían pertenecer a otras vidas. Ian se acercó a su hermano y lo trajo de vuelta a la cruda realidad al posar su mano sobre su hombro. Robbie lo miró a los ojos y sonrió en señal de gratitud por su apoyo y comprensión, ya que él era el único que conocía su secreto.

—¡Oh, santo cielo, Vicky! ¡Cuánto tiempo! —dijo Abigail abrazando a su amiga.

—Hola, Abi. Me alegra de verte después de…

—¿Qué te ha pasado, Vick? Te he escrito decenas de cartas y jamás respondiste a ninguna de ellas.

—¿Me has escrito? —preguntó sorprendida.

—Pues claro que te he escrito. ¿Cómo puedes dudarlo? —respondió Abigail incrédula y algo ofendida por las dudas de su amiga.

—Pe-perdona, Abigail. Yo… —balbuceó nerviosa, sin saber qué excusa poder darle a su amiga, pues no quería contarle la verdad que con tanto fervor guardaba desde hacía tiempo. Sus manos comenzaron a sudar y trató de secarlas contra la tela de su falda.

—Vicky, ¿va todo bien? —preguntó Abigail al observar el nerviosismo en su amiga.

—¡Vicky! —grito una voz masculina a sus espaldas. En la lejanía, Kenneth Murray avanzaba hacia ambas mujeres con semblante serio, casi se podría decir que hasta enfadado—. ¡Tan

solo tenías que hacer una cosa y no pararte a entablar conversación con cualquiera por el camino! —le recriminó, haciendo que la joven comenzase a temblar. Abigail fue consciente del cambio en su amiga y la tomó de las manos para calmarla.

—¿Estás bien, Vick?

—S-sí, sí. No pasa nada, Abigail. Yo-yo…

—¡Que vengas aquí ahora mismo, MacKay! —vociferó Kenneth. Abigail, sintiendo la rabia crecer en su interior por las formas en las que ese hombre trataba a su amiga, intentó no mirarlo y mantuvo su mirada fija en su amiga.

—Escúchame bien, Vicky. Si te ha hecho algo, puedes decírmelo y nosotros te protegeremos. James hablará con el rey…

—¡No! ¡No, por favor, Abigail! No puedes decir nada. Estoy bien. Yo…, yo no… —Kenneth, al ver que sus órdenes no eran obedecidas, acortó la distancia en apenas dos zancadas. Cogió a Vicky del brazo y la zarandeó delante de todos. Abigail intentó ayudarla y liberarla del agarre de ese bárbaro, recibiendo un puñetazo en el estómago por parte de él. Robbie e Ian se acercaron corriendo para socorrer a ambas mujeres, pero James llegó antes que ellos.

La reunión con el rey y el resto de líderes de los clanes no fue excesivamente larga, pero sí tediosa para James. Esa absurda obsesión que Jacobo había desarrollado con el catolicismo y su inminente necesidad de perseguir y castigar a todos los que no abrazasen su religión acabaría llevando al reino a una nueva guerra civil. O lo que es peor, a un nuevo enfrentamiento con su reino vecino: la Inglaterra de Enrique VIII.

La casa Tudor se desvinculó de la iglesia católica tras el deseo de su rey en contraer matrimonio con su amante, Ana Bolena. Rompió toda relación con Roma, creando así la iglesia anglicana con sus propias normas. De esa forma, logró lo que deseaba. Se separó de su esposa, Catalina de Aragón, y se casó con su amante. La notificación de la próxima coronación como reina consorte de Ana fue la que hizo que Jacobo se apresurase a reunir a los clanes.

—Está claro que a John MacDonald le interesa mucho apoyar a Jacobo —comentó Gavin mientras caminaba al lado de James en busca de su familia.

—A los MacDonalds solo les interesa obtener su favoritismo por las concesiones de las tierras colindantes. Aunque dudo que eso acabe con el saqueo de ganado —respondió James.

—¿Crees que Jacobo hará algo para provocar a su tío y meternos en otra nueva guerra?

—Espero que no, por el bien de todos. —Unas voces y el posterior grito de una mujer provenientes del jardín del castillo, alertaron a todos los que salían de la reunión con el rey en el gran salón. James reconoció la voz de su mujer al instante y sin más, salió corriendo en su auxilio, seguido por Gavin y más asistentes a la reunión.

Tras atravesar el pórtico de piedra que dividía las estancias del castillo, se encontró con el hombre que más problemas le había dado en toda su vida sujetando con fuerza a una joven de cabellos rubios y a su esposa intentando liberarla de su agarre. Pero lo que hizo que desatase toda su furia fue el ver cómo ese hombre le propinaba un puñetazo en el estómago a Abigail, doblándola de dolor.

Dejándose llevar por la rabia, James salió corriendo hasta saltar sobre el agresor de su esposa, propinándole tal puñetazo en su mandíbula que lo hizo trastabillar hacia atrás y hasta casi caer al suelo.

—¡Tienes suerte que no podemos cruzar espadas en presencia del rey porque te atravesaría esa bolsa que tienes por corazón sin dudarlo ahora mismo! —vociferó un James completamente fuera de sí.

—Auch, Campbell…, golpeas bien —se burló Kenneth llevando su mano hacia su dolorida mandíbula—. Si tanto deseas que crucemos nuestras espadas, podemos salir del castillo y…

—¡No! —se apresuró a decir Abigail al ver a su esposo dar un paso al frente, con la decisión de zanjar aquel asunto de una vez por todas—. James, mírame —le instó ella. Él la miró, con los ojos inyectados en sangre y la respiración agitada cual toro bravo. Ella tomó su rostro entre sus manos para calmarlo—. Estoy bien. Por favor, no desafíes las órdenes de tu rey.

—Sí, James…, hazle caso a tu mujercita. No queremos que te acaben apresando…

—¡Cállate, Murray! —aseveró Gavin. Kenneth, al verse en clara

desventaja, pues no solo los Campbell estaban allí congregados, decidió cesar con sus provocaciones.

—Debes saber que esta vez no he sido yo quien provocó esta situación. Tu mujer fue la que se entrometió —comentó Murray.

—Lárgate de mi vista, antes de que me arrepienta, Kenneth —siseó James.

—Con sumo gusto, mi laird —dijo haciendo una burlona reverencia— ¡Vicky! Nos vamos. ¡YA! —ordenó a la muchacha temblorosa que apenas levantaba cabeza.

—Si no se quiere ir contigo, no puedes obligarla. —Robbie se plantó al lado de su familia, con una presencia más fuerte y poderosa de lo que jamás antes había transmitido. Algo que sorprendió y enorgulleció enormemente a sus hermanos.

—Oh, vaya. ¿Eso crees? Muy bien, pues que ella decida con quién quiere irse —afirmó Kenneth, cruzándose de brazos en espera de una respuesta.

—Vicky, por favor —suplicó Robbie extendiendo su mano hacia ella. Angustiada por verse en aquella terrible encrucijada, la joven levantó su mirada hacia aquel niño que vio crecer para convertirse en un hombre apuesto y maravilloso. En su mirada vio amor, ternura, protección y esperanza, y por un momento quiso lanzarse a sus brazos. Pero cuando miró hacia el hombre que la mantenía cautiva, supo que no tenía salvación alguna.

—Vicky, podemos protegerte. No vuelvas con él —dijo Abigail casi con lágrimas en los ojos al ver la lucha interna que su amiga estaba teniendo, sin comprender muy bien por qué.

—¿Y bien? No tengo todo el día —aseveró Kenneth. Comprendió entonces lo que sus palabras escondían y tras un largo suspiro, y unas lágrimas que brotaron sin control alguno, miró por última vez a sus amigos, a aquellos a los que consideró una vez familia, y se fue junto al hombre que la torturaba desde hacía demasiado tiempo.

—Vicky… —susurró con tristeza Abigail. James la mantenía abrazada y sujeta entre sus brazos, proporcionándole la protección que tanto necesitaba en esos momentos.

—Si me disculpáis. —Robbie no dijo nada más y se alejó de allí a grandes pasos, con la cabeza baja y los puños apretados a ambos lados de su cuerpo. La rabia recorría todo su cuerpo. Rabia e impotencia. ¿Por qué se fue con él? ¿Por qué lo había vuelto a

abandonar? ¿Acaso no confiaba en que él podría protegerla de todo y de todos? ¿No sabía ya que daría su vida por ella? ¿Qué le sucedía?

—¡Robbie! —lo llamó su hermana al verlo marchar tan derrotado.

—Tranquila. Iré con él —dijo Ian saliendo tras los pasos de su hermano pequeño.

—Interesantes los caminos del destino —pronunció Gavin, dejando a Abigail y a James intrigados por su comentario—. Oh, perdón. Esa es la mujer con la que el joven Robert estuvo en Edimburgo —afirmó.

Ambos se quedaron pasmados al oír aquellas palabras, pero sobre todo ella. ¿Robbie y Vicky? ¿Juntos?

Capítulo XXVII

Ian logró dar alcance a su hermano casi al salir del castillo. Robbie iba tan ensimismado en sus propios pensamientos, que no fue consciente de la presencia de su hermano hasta que sintió cómo le palmeaban la espalda.

—Sí que caminas rápido, hermanito —bromeó.

—¿Qué quieres, Ian?

—Tan solo saber que estás bien, Robbie. Nada más.

—Es Robert —protestó.

—Está bien, pero ¿estás bien? —dijo Ian tras un largo suspiro—. Sabes que puedes hablar conmigo.

—Pues, la verdad es que no sé cómo estoy. No entiendo qué le pasa. Está claro que le teme y que le da una mala vida. ¿Por qué le elige a él, entonces? —preguntó desesperado.

—No lo sé, Rob. Pero debemos pensar que algo la retiene a su lado y por eso no se quedó a tu lado.

—Pero, ya le dije que la protegería con mi vida, si hacía falta. Que no dejaría que nada ni nadie le hiciese daño. Conmigo estaría a salvo, por no hablar que recibiría la protección del clan más fuerte de toda Escocia. ¿A qué tiene miedo?

—Escúchame, Robbie…, Robert —dijo Ian apoyando sus manos sobre los hombros de su hermano—. Vicky es fuerte. Tú y yo sabemos que es una mujer inteligente, pero, insisto. Tal vez haya algo que no te ha contado, algo que la retiene a su lado que es mucho más fuerte que todo el amor que pueda sentir por ti…, o por

Abi.

—¿Y qué podemos hacer, Ian? ¿Qué puedo hacer yo? —preguntó desesperado.

—Bueno…, podríamos empezar por intentar averiguar algo más sobre ese Kenneth Murray. Tal vez alguien haya escuchado algo, o sepa algo que nos pueda servir para liberarla —contestó Ian.

—¿Me ayudarás a salvarla?

—Siempre, hermanito. Siempre —respondió revolviéndole su negra cabellera.

Mientras ambos hermanos se dirigen al campamento Campbell, en el jardín la gente empezaba a dispersarse. Aliena, que permanecía sentada en una manta sobre el suelo y cuidando de los gemelos junto a Beth, se incorporó para poder hablar con su cuñada y hermano, que se acercaron a ellas acompañados por Gavin.

—Kenneth Murray entrando siempre con elegancia en un baile —dijo Aliena con sorna—. ¿Estás bien, Abi? —le preguntó preocupada a su cuñada.

—Sí, sí. Estoy más preocupada por Vicky —respondió—. ¿Por qué se iría con él? Si se hubiese quedado, no le habría pasado nada malo. La hubiésemos podido proteger —dijo preocupada.

—Algún motivo tendría, mi amor —respondió James, dándole un beso en la frente.

—De eso estoy segura, pero ¿cuál? ¿Qué motivo podría tener para soportar lo que quiera que sea que Kenneth le esté haciendo?

—Puedo intentar averiguar algo en el campamento —se ofreció Gavin.

—Te lo agradecería mucho, la verdad —dijo Abigail sonriendo.

—Algo me dice que Ian y Robbie se te han adelantado —comentó Aliena.

—Probablemente…, pero ellos no conocen mis métodos para averiguar los secretos más bien guardados dentro de los muros de un castillo —respondió mostrando una pícara sonrisa.

—Levantarle las faldas a las sirvientas no lo llamaría un método exhaustivo de investigación —bromeó James.

—Tienes envidia de mis logros.

—Sí, será eso —respondió James.

—En fin, mis queridos amigos. Me complace mucho vuestra compañía, pero debo ir a supervisar a nuestros hombres al

campamento —dijo Gavin de forma teatral.

—Voy contigo…, si no te molesta —se apresuró a decir Aliena.

—Siempre es grata tu compañía, pelirroja. Siempre y cuando no me metas en ningún lío y ello haga que tu hermano me corte mi hombría.

—Haré lo que pueda —se burló ella, sujetándose a su brazo y alejándose de allí ambos, dejando sola a la pareja con Beth y los niños.

James se acercó a sus hijos, cogiendo a uno de ellos en brazos y provocando la risa en el pequeño que se vio súbitamente alzado al aire. El otro, al ver que él se quedaba sin su abrazo paternal, comenzó a protestar entre los brazos de Beth. Abigail lo cogió, entonces, y lo acunó entre sus brazos con ternura.

—¿Estáis bien, señora? —preguntó la joven niñera.

—Sí, Beth. Estoy bien, tranquila. Por suerte, el cambio de mi cuerpo ha servido para poder resistir mejor los golpes.

—¿A qué viene eso? —preguntó James sorprendido por aquel comentario—. ¿Abi? —insistió. Ella suspiró y le entregó el niño de nuevo a su niñera, haciendo lo mismo con el otro que él tenía en brazos.

—Beth, ¿puedes encargarte un momento? Tengo que hablar con mi esposo —dijo.

—Sí, por supuesto. Vayan tranquilos.

Abigail tomó a James de la mano y se alejó lo suficiente hasta estar solos. Ya cerca de las almenas, apoyó sus manos contra el muro de piedra y miró hacia el valle de Stirling. La explanada estaba repleta de tiendas y estandartes de los clanes que habían acudido a la llamada de su rey. Debía reconocer la belleza de aquel lugar, a pesar de las circunstancias. Pero nada igualaría la magia de su hogar.

—¿Vas a decirme de una vez lo que te pasa? —preguntó James abrazándola desde atrás, profiriéndole el calor y la protección que tanto adoraba ella siempre.

—Es una tontería, James…

—No debe ser tan tontería si te mantiene en ese estado de incomodidad. ¿A qué ha venido eso que has dicho de tu cuerpo, Abigail?

—Es…, es por algo que dijo Ellen Stewart la otra noche —

respondió al fin. Él profirió un bufido de disgusto.

—Oh, por favor. ¿Y qué ha dicho esa arpía deslenguada?

—Bueno, pues… —Abigail suspiró buscando fuerzas para sincerarse con su esposo sobre las crecientes dudas que tenía—. Ella dice que, tras alumbrar un hijo, las prioridades de una mujer cambian, por no hablar de su cuerpo. Que por eso los hombres acaban teniendo amantes. Porque tienen unas necesidades que cumplir y ya no ven a sus esposas con los mismos ojos porque sus cuerpos ya no son lo que eran.

»Dice que eso no significa que no amen a sus esposas, pero es algo que todos hacen. Es más una cuestión de hombres…, su forma de sobrellevar el cambio de roles que la paternidad y la rutina del mat… —James no dejó que terminase su exposición. Giró su cuerpo hasta tenerla frente a él y se apoderó de sus labios para darle un apasionado beso, acallando así esas absurdas palabras. Tras separar sus bocas, apoyó su frente sobre la suya y acarició su femenino rostro con sus pulgares.

—¿No te he demostrado ya que no soy como los demás hombres?

—S-sí…, lo cierto es que me lo demuestras constantemente, pero yo…

—Escúchame bien, Abigail Campbell. Eres y serás siempre la única mujer a la que ame, a la que desee y a la que le entregaré siempre mi corazón. Tu cuerpo es hermoso, tu rostro es hermoso y tú eres hermosa. Pero no te amo solo por eso. Te amo por la belleza de tu corazón y de tu alma —confesó mirándola con intensidad.

—Ahora me siento como una estúpida por haber dejado que las palabras de esa mujer me influenciasen de esa forma —comentó ella avergonzada.

—Sí, has sido una estúpida —afirmó él sonriendo—. Y por eso te amo aún más, por tu inocencia.

—Bésame, mi demonio de ojos grises —solicitó ella humedeciendo sus labios.

—Como gustéis, *milady* —respondió él acercando sus labios a los suyos.

—¡James! ¡Abigail! —El grito desesperado de Gavin a sus espaldas hizo que ambos se sobresaltasen. Cuando miraron en dirección a su amigo, lo vieron venir corriendo con Aliena entre sus

brazos. Parecía haberse desmayado.

—Ali —dijo James segundos antes de salir corriendo al encuentro de Gavin. Abigail siguió sus pasos también.

—Santo cielo, pero ¿qué ha pasado? —preguntó ella al llegar a su altura y poder ver el pálido rostro de su cuñada.

—Comenzó a sentirse mal de camino al campamento y se desplomó. Logré sujetarla antes de que se cayese de bruces al suelo, pero se desmayó entre mis brazos —explicó Gavin con esfuerzo para tomar aire. James lo liberó de su carga y tomó el cuerpo de Aliena entre sus brazos.

—Ali —le susurró—…, despierta. Vamos, hermana. No me hagas esto —suplicó compungido.

—Llevémosla a su habitación, rápido —ordenó Abigail mientras le hacía gestos a Beth para que los siguiese con los niños—. Gavin, tú ve a buscar a mi hermano.

Mientras su amigo desapareció de allí corriendo como alma que lleva el diablo en busca de Ian, ellos emprendieron camino hacia la comodidad de su estancia. Caminaron todo lo deprisa que pudieron, siendo observados con estupor por la gente con la que se iban cruzando. Ya a salvo en la intimidad de su habitación, y con Beth y los niños esperando por ellos en su estancia, Abigail le pidió a James que tumbase a su hermana sobre la cama para poder comprobar su estado.

Posó su mano sobre su frente, confirmando que no había sido una fiebre repentina. Su respiración parecía constante, pero la palidez de su rostro la desconcertaba bastante. Recordó que le había comentado su malestar al levantarse esa mañana y del repentino mareo que le había venido poco antes de encontrarse con ella en el desayuno. Una idea surcó su mente en ese momento.

Decidió abrirle el vestido, pero antes le pidió a James que saliese en busca de alguien que le trajese un balde con agua tibia. Iba a tener que hacer una buena revisión y necesitaría dónde poder lavar sus manos antes de manipular ciertas zonas. Con algo de dificultad, logró abrirle el corsé, lo que le permitió poder palpar la redondez de sus senos. Estaban algo hinchados.

Para confirmar sus sospechas, levantó las faldas de su vestido y palpó sus piernas poco a poco. Hinchadas también. Llegó a la zona que le daría la confirmación, metiendo sus dedos en su interior. Con

sumo cuidado, avanzó hasta comprobar lo que se suponía: Aliena estaba embarazada. Sonriendo, sacó su mano y volvió a colocar bien los faldones y el corsé. En ese momento, su cuñada abrió los ojos.

—¿Qué-qué ha pasado? —preguntó algo desorientada.

—Pues que nos has dado a todos un buen susto, amiga. Pero, sobre todo, a Gavin —respondió ayudándola a incorporarse en la cama—. ¿Recuerdas algo?

—Unas nauseas horribles y un mareo enorme. Después de eso, nada. Oscuridad.

—Bueno, es algo normal en los primeros meses de…

—Perdona, ¿en los primeros meses? ¿Qué estás diciendo, Abi? —preguntó atónita.

—Digo que estás embarazada, mi querida cuñada. —La respuesta dejó a Aliena en *shock*, con los ojos abiertos como platos y sin poder cerrar la boca. Y, justo de golpe, se abrió la puerta de la habitación.

—¡Ali! Gavin a venido a buscarme. Dijo que te habías desmayado… —expresó Ian casi sin aliento de la carrera que se acababa de dar para llegar junto a su esposa cuanto antes.

—Tranquilo. Está bien. Es muy común que tenga malestar en su estado —respondió Abigail dejándole sitio a él para poder sentarse junto a Aliena.

—¿En su estado? —preguntó desconcertado. Miró entonces a su esposa, quien asintió con la cabeza sin poder dejar de sonreír.

—Sí, hermano. Vas a ser padre —afirmó Abigail. James apareció también, seguido de Gavin, quien portaba el balde con agua y unos trapos.

—Ali… —se apresuró a decir al ver a su hermana despierta por fin—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Jamie. No te preocupes —respondió ella.

—¿Cómo demonios no me voy a preocupar? Estabas pálida —protesto él.

—Mi amor, no es nada malo. Tan solo las típicas molestas cuando se tiene a un nuevo ser creciendo en tu vientre —intervino Abigail.

—¡Santo cielo! ¡Estás embarazada! —proclamó Gavin comprendiendo aquellas palabras.

—¿Es-está…? —balbuceó James.

—Así es…, tío Jamie —bromeó Abigail, mientras lavaba sus manos en el agua tibia.

—Voy…, voy a ser tío.

—La familia crece, amigo mío —comentó Gavin dándole a James una ligera palmada sobre su espalda.

—Deberíamos bajar al campamento y celebrarlo con nuestros hombres. Al fin y al cabo, ellos son parte de la familia también —propuso Aliena.

—¿Estás segura que no quieres descansar? Podremos decírselo mañana —opinó Ian.

—No, estoy bien. A no ser que mi sanadora diga lo contrario… —Todos miraron a Abigail a la espera de su veredicto.

—Si ella se encuentra bien, no veo por qué no podamos ir.

—Esta reunión mejora por momentos —afirmó Gavin.

Para que Abigail pudiese ayudar a Aliena a vestirse bien, los hombres salieron de la habitación. James estaba seguro que esa buena noticia los animaría, ya que, al igual que él, su gente no era muy de este tipo de eventos donde la tensión entre los clanes era aun más palpable al permanecer tanto tiempo juntos. Todos los días surgían pequeños enfrentamientos entre miembros de clanes rivales y había que intervenir. Por eso, saber que Aliena traería un pequeño Campbell al castillo, les haría olvidar por unos momentos las diferencias que pudiesen tener con sus enemigos cercanos.

Capítulo XXVIII

Tal y como James había afirmado, la noticia del reciente embarazo de Aliena alegró en demasía el ambiente algo tenso entre sus hombres. El clan Campbell era un clan grande y poderoso, y por eso tenía muchos enemigos. Uno no llegaba al poder sin dejar muertos por el camino. Y, por desgracia, su clan no está exento de muertos en su trayectoria. Aunque no era el único, ni el peor, pero sí parecía ser el más odiado…, o envidiado.

Por suerte para todos, los juegos estaban llegando a su fin. En la lucha de espadas, como siempre, James había salido vencedor absoluto, no sin encontrar fieros oponentes que se lo pusieron algo difícil en algunos momentos. Pero de lo que más orgulloso se sentía no era el de haber logrado ese triunfo para su clan. No. El mayor logro que le hacía sentir que esa reunión no había sido un fiasco fue conseguir hacer entrar en razón al rey y evitar, así, una guerra con Inglaterra. Aunque tenía la extraña sensación que Jacobo no lo iba a dejar pasar así como así y pronto volvería a verse encerrado en ese salón para preparar otra estrategia.

En eso iba pensando de camino a reunirse de nuevo con su rey, tras haber sido proclamado vencedor, cuando chocó contra un corpulento hombre.

—Disculpad, mi laird. Iba algo despistado —se excusó aquel extraño, quien sentía cierto temor a mostrar por completo su rostro. Algo que hizo a James sospechar que no tramaba nada bueno.

—Tranquilo. Yo también iba pensando en mis cosas —respondió

con educación. Cuando iba a preguntarle su nombre, el hombre salió corriendo de allí casi como alma que llevaba el diablo. Su primer instinto fue seguirlo, pero debía presentarse ante el rey y a Jacobo no le gustaba que le hiciesen esperar. Justo antes de cruzar el pórtico de entrada al castillo, se cruzó con su esposa, su hermana y Beth y los niños.

—Aquí está mi campeón —dijo Abigail aferrándose a su cuello para darle un beso en los labios.

—Has luchado bien, hermano —comentó Aliena.

—Gracias, aunque empiezo a pensar que estoy ya algo mayor para este tipo de gestas —contestó él, acercándose a sus hijos para hacer unas carantoñas que fueron correspondidas con contagiosas risas de bebés—. ¿Vais a dar un paseo? —preguntó tomando a su esposa de nuevo entre sus brazos.

—Sí, vamos a buscar a mis hermanos y pasar un rato allí con ellos y los niños. Así, Beth y Fergus podrán estar un rato juntos —respondió Abigail mirándolo a los ojos. Él se quedó fijo en ella, embobado y mirándola con adoración. Acarició sus mejillas para luego darle un tierno beso en los labios.

—Me parece perfecto. Esperadme allí, entonces. Espero no tardar mucho en hablar lo que quiera que sea que Jacobo quiere hablar conmigo.

—Muy bien, mi aguerrido demonio de ojos grises. Esperaré con ansia tu regreso —susurró ella cerca de su oído. James cerró los ojos tratando de mantener el control y no cargarla sobre sus hombros para llevársela a sus aposentos, arrancarle el vestido y hacerle el amor como un salvaje.

—Abi…, te juro que rompes todas mis barreras —protestó él con una gutural voz.

—Dejad algo para la noche —bromeó Aliena. James y Abigail sonrieron. Se dieron un tierno beso, simple y sencillo, y cada uno prosiguió su camino. Él, hacia otra tediosa reunión con Jacobo, y ellas, hacia el campamento.

Las tres mujeres descendieron la ladera del castillo hasta llegar a la explanada donde empezaba el campamento, parándose a cada pocos pasos para recibir las felicitaciones por el embarazo de Aliena y el triunfo de James en los juegos. Era extraño ver tanta

cordialidad junta, sin que unos acabasen intentando matar a otros. Aunque hubo alguna que otra escaramuza, pero nada que tuviesen que lamentar. Tan solo algunas heridas que curar y unas pocas suturas, nada más.

—¡Aliena, querida! —Ellen Stewart y Davina Drummond caminaban hacia ellas mostrando una forzada pero enorme sonrisa —. Mi más sincera enhorabuena por tu reciente embarazo. Tu esposo debe de estar pletórico y lleno de felicidad —comentó dándole un abrazo.

—He podido ver a Ian y es un gran guerrero, Aliena. Aparte de ser muy apuesto —indicó Davina con clásico tono condescendiente.

—Gracias a las dos. Le transmitiré vuestras palabras —respondió ella de forma cortés y educada. Uno de los niños, que estaba entre los brazos de su madre, emitió un pequeño sonido gutural y atrajo la mirada de las dos mujeres.

—Oh, Abigail. Tienes unos niños preciosos —dijo entonces Ellen, acercándose para hacerles carantoñas y provocando que ambos sonriesen—. Cómo se notan los genes Campbell en estos pequeños. Se les ve fuertes y vigorosos como su padre —expuso de forma hiriente.

—Mi Jamie es un hombre muy vigoroso. Y siempre tuvo buen gusto —aseguró Davina, esbozando una maliciosa sonrisa. Estaba claro que buscaban provocar y hacer daño a Abigail.

—Por supuesto que mi hermano siempre tuvo buen gusto. Por eso se casó con ella y la eligió para tener sus hijos. «La más bella entre todas las mujeres» como él dice en incontables ocasiones —proclamó Aliena con pose altiva y zanjando así los burdos intentos de esas dos arpías por derrumbar la estabilidad de su cuñada. Davina hizo amago de responder, completamente ofendida, pues su rostro así lo demostraba, pero Ellen se adelantó.

—Davina, querida. Debemos ir en busca de tu hermano. No es bueno hacer esperar a un conde —dijo. Tomó a su amiga del brazo y se alejaron de allí, derrotadas y airadas.

—No soporto a esas dos —profirió Aliena en cuanto se vieron solas.

—Me he dado cuenta —respondió divertida su cuñada.

—Abi, no permitas que ese tipo de mujeres te destruya, ni interfiera entre tú y mi hermano.

—Tranquila, Ali. Mis inseguridades han desaparecido en estos días. De hecho, me siento más fuerte y segura que nunca. Aunque me hubiese gustado arrancarles esos absurdos recogidos que siempre llevan y tirarlos al río —aseveró. Aliena estalló en carcajadas, acompañada de Beth, quien no pudo evitar reírse ante la sinceridad de las palabras de su señora.

—Vaya, Abigail. Eres toda una Campbell —afirmó la pelirroja.

—No tengas ninguna duda —respondió.

De pronto, de entre las tiendas y el gentío, Aliena observó la figura de un hombre que le resultó familiar. Durante unos segundos, se quedó mirando a la espera de poder verle mejor el rostro. Fue en una fracción de segundos, pero pudo ver de quién se trataba, quedándose atónita. Boyd MacDonal, el hombre que mató a su esposo y la secuestró para después entregarla a ese sucio pirata, caminaba entre las tiendas casi como una sombra.

Parecía ir en busca de alguien y ella sintió la necesidad de saber con quién iba a reunirse. Boyd era un paria de su clan, por eso se hizo mercenario. Era imposible que estuviese con los MacDonald. Además, no lo había visto en todo el torneo. No, ese perro venía a reunirse con alguien. Algún otro sucio pacto, un asesinato por encargo o a saber qué se traería entre manos. Debía averiguar más.

—Ali, ¿estás bien? —preguntó su cuñada al verla así.

—Abi, necesito que vayáis al campamento y busquéis a Ian…, y a mi hermano —respondió.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Acabo de ver al hombre que me secuestró y mató a Alaister —explicó para sorpresa de Abigail.

—No estarás pensando en ir tras él tú sola, ¿verdad?

—Sinceramente, sí —afirmó.

—De eso nada. Vamos las dos —aseveró Abigail entregándole a su niñera al pequeño que llevaba en brazos—. Beth, ve al campamento y avisa a los demás. Que vayan en busca de James y de mi hermano. Rápido —le ordenó a la muchacha.

—Sí, señora —respondió asintiendo. Con los niños bien sujetos entre sus brazos, emprendió camino al campamento Campbell.

—Muy bien. Vamos —dijo Abigail.

—Mi hermano me va a matar por meterte en este lío —protestó Aliena caminando con su cuñada siguiéndole el paso.

—Tu hermano me mataría a mí si dejase que algo te pasase estando conmigo.

—Tienes razón. Somos dos mujeres muertas.

Caminaron sigilosas entre la gente, procurando no llamar la atención de Boyd, pero sin perderlo de vista en ningún momento. Como sospechaba, no iba a reunirse con nadie de su clan. Pero sí llevaba prisa y parecía estar nervioso, pues no dejaba de mirar a todos lados, sujetando con fuerza la empuñadura de su espada. Su persecución las llevó a las afueras del campamento, entre la espesa arboleda que bordeaba una parte del río.

Se adentraron tras él hasta llegar a un pequeño claro donde un hombre parecía estar esperándolo. Ambas mujeres se quedaron pasmadas al ver de quién se trataba. No era otro que Allan Ferguson, plantado de pie junto a un robusto árbol y con su caballo pastando de forma tranquila a unos pocos metros de él. Cuando Boyd llegó a su altura, ambos hombres se saludaron de forma amistosa.

Después, Allan sacó una bolsa de monedas de una de las alforjas de su caballo y se la entregó al mercenario. Este, la abrió y contó las monedas que dejó caer sobre su mano. Cuando terminó, levantó la vista, sonrió y volvieron a estrechar sus brazos. El pacto estaba sellado, pero ¿cuál? Poco más podrían averiguar, ya que Ferguson montó en su caballo y desapareció de allí a galope tendido.

—Ali, debemos volver —susurró Abigail a su cuñada, quien tenía la vista fija en Boyd.

—Pero no sabemos qué han hablado…

—Y no lo sabremos nunca. Debemos irnos y buscar a tu hermano.

—Está bien —respondió finalmente y casi molesta por tener que dejarlo ir—. Vámonos.

De la misma forma sigilosa que entraron en la arboleda siguiendo a su presa, emprendieron camino de regreso a la seguridad del campamento. Confiadas en no haber sido descubiertas, aligeraron el paso para salir de allí cuanto antes, pero, justo a pocos metros del final de su camino, Boyd les salió al paso con espada en mano y sorprendiéndolas por completo.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? Si es mi pelirroja favorita —dijo sonriendo y sintiéndose victorioso.

—Apártate, Boyd, o gritaremos y vendrán en nuestro auxilio —aseveró Aliena mirándolo con auténtico odio.

—Querida mía, nadie os va a oír, por mucho que gritéis. No con todas esas gaitas sonando y el bullicio de la gente. Estáis a mi merced, las dos. —Soltó una carcajada tras decir aquellas palabras y volvió fijar su mirada en ambas mujeres—. ¡Qué situación tan familiar, *lady* Aliena! Me volveré a llevar a dos bonitas mujeres y me pagarán muy bien. Tu amiga es más hermosa que la otra…

—No te llevarás a ninguna de las dos, sucio MacDonald —espetó Aliena.

—¿Y cómo me lo vais a impedir? Estáis desarmadas y dudo mucho me venzáis en un combate cuerpo a cuerpo…, aunque se me pone dura de solo pensarlo… —De pronto, Aliena cogió una piedra del suelo y se la lanzó a la cabeza, dándole de pleno en la frente y abriéndole una ceja de la que empezó a brotar sangre.

Aprovechando ese momento, tomó a su cuñada de la mano y emprendieron carrera hacia el campamento. Segundos antes de toparse con la primera de las tiendas, Boyd agarró a Abigail del brazo y tiró de ella, desestabilizándolas y tirándolas al suelo. Aliena se levantó más rápido que ella y se abalanzó contra él, evitando así que volviese a coger a su cuñada.

—¡Abi, corre! ¡Busca a Ian! —instó a su cuñada. Aún queriendo quedarse y ayudarla, supo que debía hacer caso e ir en busca de ayuda. Aliena sabía luchar mejor que ella. Asintió con la cabeza y salió corriendo de allí en busca de su clan. Solo esperaba no llegar demasiado tarde y que volviesen a secuestrar a su cuñada.

—Bueno, parece que quedamos solos los dos, pelirroja —susurró Boyd con ella sujeta y pegada a su cuerpo—. ¿Sabes? Igual me cobro mi recompensa antes de devolverte de nuevo a mi amigo. Estoy seguro que él se ha cobrado la suya, así que…

—No vas a ponerme una mano encima, bastardo —profirió ella revolviéndose entre sus brazos.

—Siempre me gustó tu alma guerrera, querida.

—Será mejor que me sueltes o mi hermano te matará —le amenazó en un último intento de liberarse.

—Me crucé hace un momento con él. Parecía ir con bastante prisa, así que dudo mucho que pueda darnos alcance.

—Todo el clan Campbell te buscará y te acabarán encontrando.

Y, entonces, James te matará.

—Pero hasta entonces, nos divertiremos juntos. —Y sin más, la golpeó con la empuñadura de su daga en la nuca, dejándola inerte entre sus brazos.

Cargándola al hombro, Boyd caminó entre la arboleda en dirección a su caballo. Le ató las muñecas y la colocó a lomos del animal, cual saco de heno. Luego se subió a su montura, azuzó al caballo y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Capítulo XXIX

El vaivén del galope despertó a Aliena, sintiendo un tremendo dolor de cabeza. Tardó unos segundos en recordar lo ocurrido, hasta que le vinieron a la mente los recuerdos de su enfrentamiento con Boyd. Recordó también la imagen de su cuñada alejándose de allí en busca de su hermano y su esposo. Solo esperaba que llegase a tiempo de encontrarlos, antes de que se viese de vuelta en manos de Nicolson.

—Bien. Por fin os despertáis, *milady* —dijo él a su espalda. En algún momento la había colocado sentada sobre la grupa del caballo, manteniéndola firme y sujeta entre sus brazos mientras él llevaba las riendas.

—¿A dónde me llevas, Boyd? —preguntó dolorida.

—De vuelta a vuestro sitio, querida. Al lugar del que nunca deberíais haber salido. Por suerte para ti, Jon tiene su barco amarrado en el puerto de Inverness y es allí a donde nuestro camino nos lleva.

—No pienso volver con ese bastardo. Encontraré la forma de volverme a escapar —aseveró ella, revolviéndose sobre la montura.

—Tranquila, pelirroja. U os caeréis y tendré que presentarle una presa algo magullada —se burló él apretándola más contra su cuerpo—. No sabes lo que me excita tu rebeldía, tu arrojo y el tener tu trasero tan pegado a mí, querida —susurró metiendo su nariz entre sus rojizos cabellos y aspirando su aroma.

—Eres un cerdo, Boyd —protestó ella.

—Pero uno que te hará gritar de pasión, ya lo verás.

—Cuando mi hermano te encuentre…

—… ya estarás en alta mar y yo a cientos de kilómetros de Escocia —respondió él riéndose—. Pasaré algún tiempo por tierras francesas y españolas. A tu querido hermano le va a ser muy difícil darme caza. —Boyd tiró de las riendas de su caballo, dirigiendo su montura hacia un lago que se veía a su izquierda.

—¿Qué haces? —preguntó intrigada.

—Darle de beber a mi caballo. Lleva demasiada carga para el tremendo esfuerzo que acaba de hacer y no quiero acabar en el suelo a mitad de camino. Además, nadie sabe que hemos venido por este camino, ni nos han visto…

—Mi esposo es un gran rastreador y sabrá encontrar tus huellas. —Aquella firme expresión provocó que Boyd soltase una carcajada.

—Es admirable la fe que tienes en las habilidades de tus seres queridos, Aliena. Ojalá mis hombres fuesen tan fieros y leales como lo eres tú con los tuyos —dijo frenando a su caballo cerca de la orilla.

Boyd desmontó de un salto y estiró los brazos para ayudarla a bajar. Aliena se dejó ayudar, aprovechando así para tomar entre sus manos la daga que él tenía sujeta en una de sus alforjas. Se giró de golpe, apuntando a su garganta con el filo del arma.

—Querida, te vas a hacer daño…

—Sé muy bien cómo manejar una espada y una daga. Algunos de tus hombres pudieron comprobarlo —afirmó ella.

—Ah, sí. Soy conocedor de ese incidente en Inverness. Pero, sabes. Ellos no son tan buenos luchadores como yo. —Y con suma agilidad, y un rápido movimiento de manos que casi le fueron imperceptibles, le quitó la daga de entre las manos.

Aliena, que llevaba sus manos atadas, le propinó un fuerte golpe en la cara y una patada en su entrepierna, aprovechando ese momento para salir corriendo de allí. Debía llegar a la arboleda y tratar de ocultarse entre la espesura bosque, o subirse a un árbol y esperar a que Boyd desistiese en su búsqueda. El tener las manos atadas le obstaculizaban bastante sus intentos por sujetarse las faldas de su vestido para correr.

Casi sin aliento, llegó a la protección de los árboles. Echando una mirada rápida en busca de una salida, Aliena emprendió

carrera sin saber muy bien a dónde ir o qué se encontraría en el interior de aquel bosque. Aunque morir a manos de un lobo no le parecía tan descabellado como acabar siendo violada y apaleada por ese bastardo. Tan solo debía conseguir un refugio donde esperar a que Ian y su hermano la encontrasen.

De pronto, algo la agarró de las piernas y la hizo irse al suelo de bruces. Boyd le había dado alcance. Aliena pataleó para soltarse, pero él era mucho más fuerte que ella y logró arrastrarla hasta tenerla donde siempre había deseado: bajo su cuerpo. Forcejeó, gritó e intentó darle algún que otro cabezazo. Solo consiguió excitarlo más, pues no dejaba de esquivar sus golpes con una lasciva sonrisa en su rostro.

Cogió sus muñecas y se las colocó sobre su cabeza, sujetándolas a una raíz saliente del suelo y manteniendo sus brazos estirados. Rompió los cordones de su corsé, liberando así sus pechos y tomando uno entre sus labios. Lo saboreó con ansia y hasta se permitió el lujo de mordisquear su erecto pezón. Perfectamente colocado sobre ella, la obligó a abrir las piernas, metiendo una de sus manos bajo las faldas de su vestido y comenzando a acariciar su sexo.

Aliena no cesó en su intento de defenderse, ni de gritar…, pero no había nadie. Era imposible que alguien pasase por allí y oyese sus gritos de auxilio. Las lágrimas comenzaron a brotar al sentirse derrotada y que nada impediría que ese cerdo la penetrase. Gruñendo de autentica excitación, Boyd liberó su erecto miembro y apartó bien los faldones para poder entrar en ella con urgencia. Necesitaba sentir el calor de su interior. Esa fierecilla le había puesto demasiado cachondo y ahora sentía la inminente necesidad de dejarse ir en su interior.

Necesitaba entrar…, y entró. Sin ningún tipo de delicadeza, ni tacto y gimiendo como un animal. Comenzó a moverse con premura, golpeándola con dureza en cada embestida y saboreando de nuevo sus desnudos pechos. Por fin era suya, por fin esa pelirroja salvaje sabría lo que era tener a un hombre entre sus piernas. Aunque la hubiese preferido tener desnuda sobre él y poder hacerla gritar de placer como su amigo Jon Nicolson le contó que hizo con ella en su barco.

—Oh, pelirroja. No sabes el placer que estoy sintiendo al

poseerte por fin. Si aquella anciana no se hubiese interpuesto, lo hubiese hecho hace mucho tiempo —dijo refiriéndose al incidente en la cabaña de Lorna, mientras la embestía con fuerza. De pronto, el filo de una espada pegada a su cuello le hizo detener sus acometidas y quedarse quieto por completo.

—Le he jurado a su hermano que no os mataría, viese lo que viese y ahora mismo estoy manteniendo un gran autocontrol sobre mis impulsos. —Ian estaba de pie junto a ellos, con los ojos inyectados en sangre y con la firme decisión de acabar con la vida de ese bastardo.

—El esposo, imagino —contestó Boyd sin mostrar miedo o remordimiento alguno.

—Alejaos de ella ahora mismo o juro que romperé mi promesa —aseveró Ian apretando su mandíbula.

—Muchacho, si salgo de aquí, me veré obligado a desenvainar mi espada y mataros. No sois rival para mí…

—Tal vez prefieras a un oponente mejor. —La gutural voz de James hizo que la sangre de Boyd se helase por completo. Se esperaba de todo, menos tener al Demonio Campbell tras él. Parecía ser que la fe de Aliena en los suyos era más que merecida. Le habían dado alcance y ahora pagaría por todo. Al mirar por encima de su hombro, pudo ver que no solo estaban Ian y James allí. Todo un ejército de highlanders los rodeaba, montados sobre sus caballos y con sus manos sujetas a sus empuñaduras, listos para acabar con su vida a una orden de su laird.

En cuanto Boyd se retiró de encima de su mujer, Ian la cogió en brazos, dejándola que llorase bajo la protección de su abrazo. Caminó con ella hasta su caballo, mientras los hombres del clan apresaban al mercenario.

—Ali —dijo James acercándose a ellos, pero ella no sacó su rostro de la protección que el cuerpo de su esposo le estaba proporcionando. Sentía vergüenza y repulsión al mismo tiempo, y no podía mirarlo a los ojos. No quería ver la tristeza en los ojos de su hermano, no podía. Él al comprender que su hermana pequeña necesitaría su tiempo para hablar, tomó el plaid de sus alforjas y se lo dio a Ian para que la arropase con él. «Los colores del clan…», pensó Aliena mientras acariciaba el borde de la manta con sus dedos temblorosos. Miró entonces a su hermano y solo pudo

balbucear un gracias, que fue correspondido por una tierna caricia de sus mejillas y una fraternal sonrisa.

Ian ayudó a su esposa a montar sobre su caballo y, en cuanto todos estuvieron listos, a una orden de James, todo el grueso del clan Campbell de Clackmannanshire emprendieron rumbo de vuelta a Stirling. Boyd iba amordazado y atado sobre su propio caballo. Sería llevado ante el rey y él decidiría qué castigo imponerle, aunque con total seguridad acabaría muerto en la horca.

Aliena se dejó vencer contra el cuerpo de su esposo, dolorida, magullada y ultrajada. Su cuerpo había sido corrompido en dos ocasiones por unos cerdos sádicos a los que tan solo podía desearles la muerte más dolorosa que existiese. Aún temblando, a pesar de ir bien arropada por la manta y sintiendo el calor de Ian, rompió de nuevo a llorar. Él, impotente por no haberla podido encontrar antes de esa brutal agresión, la abrazó con fuerza y le dio un beso en coronilla.

En cuanto llegaron al campamento, Gavin, quien se había visto obligado a permanecer allí representando a James, por si a Jacobo se le ocurriese la necesidad de llamar a su más fiel guerrero, se acercó corriendo hasta el caballo donde iban Ian y Aliena. Estiró los brazos para ayudarla a bajar y ella, casi sin pensarlo, se abalanzó sobre él, aferrándose a su cuello y llorando de forma desconsolada.

—Ya, niña, ya. Estás a salvo y no dejaremos que nadie más te vuelva a hacer daño, Ali —le susurró su buen amigo y hermano de clan. Gavin siempre fue alguien muy importante para ella. El que solía cubrir sus travesuras e intercedía entre ella y su hermano cuando sus broncas llegaban ya a niveles en los que podrían derrumbar los cimientos del castillo.

—¡Ali! —gritó Abigail a sus espaldas, saliendo corriendo de una de las tiendas del campamento.

—Abi…, estás bien —dijo ella con voz temblorosa.

—Oh, Ali. No debí dejarte sola. Perdóname —suplico abrazándola con fuerza.

—No fue culpa tuya, Abi. Yo te lo pedí y de no haber huido, ahora no estaría aquí.

—Ian, Gavin. Llevadlas hasta sus aposentos para que Aliena descanse. Yo debo llevar a este bastardo ante el rey —ordenó James aún montado sobre su negro corcel. No esperó una respuesta por

parte de nadie, azuzó su montura y se alejó de allí llevando tras de sí a Boyd con él bien sujeto para que no escapase. Gavin ayudó a Aliena a subir de nuevo al caballo de Ian, quien también se alejó con ella entre sus brazos. No querían que tuviese que caminar hasta el castillo y tener que pararse a hablar con nadie por el camino.

Tras haber hablado con Abigail, mientras esta comprobaba que todo estaba bien y no había sufrido desgarros en su interior, Aliena se dio un merecido baño. Se frotó todo el cuerpo casi hasta dejar su piel enrojecida, pues con cada roce de la esponja, recordaba las embestidas y los gemidos de ese cerdo de Boyd MacDonald. «Espero que te pudras en el infierno, maldito», profirió al aire bajo la protección e intimidad de su habitación.

Lloró, se desgarró por dentro y se sintió la persona más sucia del mundo. Casi más que cuando Jonathan Nicolson abusó de ella. Quizás porque él tuvo más tacto o más delicadeza, no estaba segura. O tal vez sea porque a Boyd le odiaba más por el hecho de haber asesinado a Alaister delante de ella. Imposible saber el por qué. Solo sabía que tenía la necesidad de arrancarse la piel a tiras para poder eliminar por completo el rastro de ese hombre de su cuerpo.

Ya que Ian había sido requerido acudir al encuentro con el rey Jacobo y su hermano, ella pudo así ir recomponiéndose poco en la soledad de su alcoba. Con el cuerpo y el pelo ya bien secos, tras haberse quedado casi dormida sentada en el cómodo sillón que había junto a la chimenea, se puso su camisón de lino blanco y rodeó su cuerpo con una gruesa manta que había sobre la cama.

Había anochecido en algún momento de toda aquella locura de día y ni se había dado cuenta. Ni siquiera había cenado nada, aunque tampoco es que tuviese hambre. Pero debía comer algo, por el bien del ser que crecía en su interior. Su hijo. Su pequeño ser. Se había olvidado por completo de su estado. En ese instante, se dio cuenta de su imprudencia a la hora de ir tras Boyd. «Mi pequeño…, perdóname por ponerte en peligro. No volverá a suceder», dijo acariciando su vientre. Una firma promesa que iba a mantener costase lo que costase.

Se acabaron las aventuras intrépidas, la rebeldía y la impulsividad en su vida. Ya no sería más esa traviesa pelirroja que a todos volvía locos con sus disparatadas acciones. Ahora iba a ser madre y debía proteger a su hijo, por encima de todo. Y eso haría.

Aliena Campbell sería ahora Aliena SinClair, esposa y madre.

Capítulo XXX

Aliena no supo en qué momento se quedó dormida, pero se despertó al sentir el frío en su cama. Estiró sus brazos en busca del calor corporal de su esposo, pero encontró su sitio vacío. Sobresaltada, abrió los ojos y se incorporó de golpe. Buscó a su alrededor, amparada por la luz del fuego del hogar, y lo encontró tumbado sobre el sillón. Sonrió al verlo, pero se preguntó qué demonios hacía allí durmiendo.

Se levantó sigilosa, envolviendo su cuerpo con la gruesa manta que había sobre la cama. Descalza, caminó hasta acercarse a él. Se agachó y acarició el perfil de su mandíbula con ternura. Ian, al sentir el frío tacto de los dedos de su esposa, abrió los ojos para encontrarse con su gris mirada. Con su camisón blanco y sus cabellos rojizos cayendo sobre sus hombros de forma grácil, evocaba una angelical imagen que a él le resultó de lo más sensual.

—¿Qué haces aquí, Ian? ¿Por qué no te has acostado en la cama? —preguntó ella.

—No quería despertarte —respondió desperezándose y sentándose en el sillón. Aliena se sentó junto a él, mirándolo y sin creerse aquella excusa.

—Eso nunca te impidió dormir a mi lado. —Al ver cómo él se revolvía en su sitio, posó su mano sobre las suyas—. ¿Qué ocurre?

—Acabas de pasar por una experiencia terrible y no quería agobiarte con mi cercanía. Necesitas tiempo para… —Sin dejarlo terminar su explicación, se acercó a él y se apoderó de sus labios.

No obtuvo resistencia alguna por parte de su esposo, quien enseguida abrió su boca para dejarla entrar y que sus lenguas se enredasen en un apasionado beso. De forma impulsiva, Aliena se colocó a horcajadas sobre él, dejando caer la manta al suelo y sintiendo el calor de las masculinas manos de Ian sobre sus caderas. Sus respiraciones comenzaron a acelerarse, dejando claro el ansia que tenían el uno del otro.

—Ali, aún es pronto. Quizás no deberíamos…

—Te necesito, Ian. Necesito que borres el rastro de Boyd de mi cuerpo. Solo tú puedes hacer que esta herida se cierre —dijo ella contra sus labios, levantando su camisón para poder quitárselo y quedarse, así, desnuda ante él.

Con la excitación ya fuera de control, Ian tomó uno de sus pechos entre sus manos y lo saboreó con pasión. Aliena arqueó su espalda al sentir sus caricias y sus besos sobre sus pechos, gimiendo y revolviendo sus negros cabellos con sus manos. Ya no había vuelta atrás y él iba a cumplir los deseos de su esposa. Borraría las sucias manos de ese bastardo y la haría olvidar, al menos durante unos minutos, su terrible experiencia. Con un rápido movimiento, invirtió las posiciones, dejándola sentada sobre el sillón, jadeante y excitada.

—¿Qué haces? —preguntó intrigada. Ian comenzó a recorrer todo su cuerpo con sus labios, dándole sensuales besos hasta llegar a su sexo. Con la punta de la lengua, lamió su abultado botón, provocando que los gemidos fuesen más intensos.

—Iremos poco a poco, mi pelirroja traviesa. Poco a poco y saboreando cada rincón de tu cuerpo, excitándolo y llevándolo hasta los límites de su resistencia. Te devoraré de forma lenta y haré que grites tanto que hasta sentirás que perderás el sentido —explicó entre beso y beso en su sexo. Aliena arqueó su espalda, abriendo sus piernas de forma instintiva y gimiendo cada vez más alto.

—Ian…

—Sschh, mi amor. Disfruta de tu momento —susurró antes de meter su cabeza de nuevo entre sus piernas y comenzar su exploración de forma más intensa.

Efectivamente, disfrutó de ese momento y del resto de momentos durante toda la noche, porque él decidió demorarse

hasta hacerla desfallecer de placer. Aliena gritó, gimió llevada por completo por los orgasmos tan grandes que las maravillosas caricias de su esposo le provocaron. Hicieron el amor hasta caer exhaustos sobre la cama y dejándose vencer por el sueño.

Por fin llegó el final de los juegos y de las tediosas reuniones con el rey. Se hizo una presentación de todos los campeones de cada juego y del campeón absoluto ante Jacobo, quien premió con honores a los ganadores. A pesar de lo que todos se esperaban, y era que James fuese proclamado campeón absoluto, ese honor le fue concedido al hijo mayor de los MacKenzie de Kintaill. Un joven con un futuro muy prometedor.

Se celebró un último banquete al que acudieron casi todos los invitados, salvo algunos ausentes que decidieron emprender camino de vuelta a sus tierras antes de que la nieve les impidiese avanzar. Abigail notó la ausencia de Allan Ferguson, por lo que sentía más curiosidad por saber qué tipo de pacto hizo con Boyd MacDonald. Por supuesto, James no quiso contarle nada de lo que habían logrado sonsacarle, pero sí notó que su hermano Robbie y Gavin no estaban en el campamento.

Por mucho que insistiese en obtener una respuesta, no logró doblegar la firme decisión de su esposo. Tal vez fuese porque se trataba de una misión encomendada por el rey, pero había algo que le decía que había algo que no le contaba. Y lo supo porque no se separó de ella en lo que restó de la celebración. Al igual que Ian, James la vigilaba y protegía como un perro a su rebaño.

Que su hermano optase por no separarse de Aliena era algo cuanto menos lógico. Que James Campbell hiciese lo mismo y se pasase el tiempo en un estado constante de alerta, no era del todo normal. Y lo conocía muy bien. Por eso sabía que había algo que le ocultaba. Intentó sonsacarle información a Ian, pero este le dijo que no sabía nada. Podría haber pensado que la estaba mintiendo, pero sabía que James era muy bueno guardando secretos y no tenía por qué compartirlos con él. Optó, entonces, por disfrutar del último día en Stirling.

A la mañana siguiente, todo el clan Campbell de Clackmannanshire emprendió camino de vuelta a su hogar. No podían negar que eran de los más animados por retornar a sus

tierras. Bajo la supervisión de Fergus y el liderazgo de James, levantaron el campamento en un abrir y cerrar de ojos. No veían la hora de volver a encontrarse con sus seres queridos y los compañeros que se quedaron cuidando del castillo.

Para Beth fue todo un alivio que no enviasen a su esposo a esa repentina misión secreta, pues siempre que se tenía que ir, se le quedaba un sentimiento de angustia por si no volviese con vida. La vida en las Highlands no era fácil y su clan tenía muchos enemigos. Aunque era un gran luchador y una persona de gran confianza tanto para su laird, no dejaba de existir una pequeña posibilidad de morir en combate.

El trayecto de vuelta se les hizo mucho más ameno y relajado que cuando lo hicieron a la inversa una semana antes. Aliena estaba mucho más animada y ya no había rastro de los moratones que Boyd le había hecho en el forcejeo. Abigail comprobó que todo estaba bien en su embarazo, pues era lo que más le preocupaba a la joven y a su hermano. Por el momento, todo estaba bien.

Ian, quien viaja pensativo sobre su montura, no dejaba de darle vueltas a un tema que le rondaba desde hacía días. Aunque siempre se sintió orgulloso de su apellido, el suceso entre su hermana y Allan Ferguson hizo que se replantease si en verdad conocía su verdadera identidad. Ya se le habían despertado las dudas en sus conversaciones con Aliena sobre sus antepasados desconocidos, pero ahora más que nunca se le agolpaban demasiadas preguntas en su mente. Tal vez debería hacer como su padre y su hermano y aceptar el apellido del clan Campbell.

—Te veo pensativo, Ian. ¿Va todo bien? —preguntó James acercando su montura a la de su cuñado.

—Sí, sí. Es solo que…, llevo tiempo dándole vueltas a un tema y no sé si deba hacerlo. Está siendo una decisión un tanto complicada de tomar —respondió con sinceridad.

—Si puedo ayudarte en algo.

—Estaba pensando en tomar el apellido Campbell, tal y como hizo mi familia. Aunque eso supondría que Aliena y yo tendríamos que volver a casarnos para que…

—¿Mi hermana sabe algo de esto, Ian?

—No, lo cierto es que no sabe nada.

—No necesitas perder tu identidad por pertenecer a mi clan. Lo

sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé, pero… —Suspiró tomando fuerzas para tratar de explicarse bien—. Quiero hacerlo, James. Si me aceptas y me lo permites, te juraré pleitesía y tomaría tu apellido como mío y de mi familia.

—Para mí será todo un honor, y por supuesto que te acepto, pero me gustaría que lo hablases con Aliena antes —afirmó él.

—¿Crees que no querrá o que se enfadará por ello?

—No. Al contrario, creo que se alegrará mucho de poder seguir llevando el apellido Campbell. Pero no deberías comenzar una vida nueva con secretos.

—¿Como los que tienes tú con mi hermana? —James lo miró fijamente, sorprendido por aquella afirmación—. Abigail me interrogó por tu repentino cambio de actitud. Dice que sabe que hay algo que no le estás contando y quiso saber si yo lo sabía.

—Tu hermana es muy intuitiva —dijo entre orgulloso y atónito por haber sido descubierto—. No es que sea un secreto que quiera guardar, o que pretenda mentir a tu hermana, pero antes debo hablar con tu padre —contestó.

—Entonces debe ser grave. ¿Tiene que ver con la conversación que mantuvo Abi con ese tal Ferguson?

—Sois una familia muy perspicaz…

—Bueno, en mi caso diré que es tan solo cuestión de observación. Teniendo en cuenta lo que Aliena y Abigail nos contaron cuando siguieron a Boyd, solo tengo que unir las pruebas y llegar a esa conclusión —comentó divertido.

—Sí, tiene que ver con Ferguson. Pero me falta una información importante para saber cómo actuar. Aunque, ahora que Boyd está muerto, poco podrá hacer, pero aún así no pienso bajar a guardia —respondió.

—Esperaremos, entonces, a que nos informes.

—¿Por qué me lo has contado, Ian? —preguntó James para sorpresa de su cuñado, que lo miró intrigado—. Podrías haber mantenido en secreto el interrogatorio de tu hermana y lo habría entendido. No deja de ser tu familia…

—Porque no se puede iniciar una vida nueva con secretos. —Aquella referencia a sus propias palabras, dichas acompañadas por la misma forma de sonreír que tenía su esposa, hicieron que James

estallara en carcajadas.

Su entrada en el castillo fue recibida con vítores y palmas por parte de los miembros del clan que se habían quedado allí, entre ellos Iona y Gideon. Pero lo que le sorprendió a Abigail fue encontrarse a Gavin y Robbie esperando por ellos allí. ¿A dónde habrían ido? ¿Y por qué parecían ser los únicos que no sonreían?

Todos desmontaron de sus caballos y las mujeres descendieron del carruaje, ayudadas por Gideon e Iona. Los pequeños, al reconocer a sus abuelos, se lanzaron a sus brazos con su clásica risa infantil. Abigail y Aliena observaron cómo Gavin se acercaba a James y le susurraba algo al oído. Debía ser serio porque el laird apretó la mandíbula y miró con disimulo hacia Ian. Asintió con la cabeza y Gavin se fue hacia la parte trasera del edificio.

—¿Qué estarán tramando esos dos? —preguntó Abigail.

—No lo sé, pero seguro que nada bueno —respondió Aliena al intuir que su amigo se dirigía hacia los calabozos del castillo. ¿A quién tenían allí preso?

Pronto se disiparon sus dudas al ver a Gavin aparecer acompañado de Jonhathan Nicolson. Lo traía atado de las muñecas y amordazado, y se veía que le habían golpeado a conciencia, pues tenía un pómulo hinchado y enrojecido. Ian, al verlo, no lo dudó ni un segundo. Tomó su espada y la desenvainó, decidido a acabar con la vida del hombre que tanto odiaba. Sus impulsos fueron frenados por James, que lo sujetó del brazo y le instó a no cometer una locura delante de los niños.

Abigail pidió a su padre y a Iona que se llevasen a los pequeños a su habitación. Beth los acompañó también.

Aliena se acercó a Ian para tratar de calmarlo, aunque en su fuero interno era ella quien más deseaba acabar con la vida de ese canalla.

—Jamie, ¿cómo has…? —intentó preguntar a su hermano, quien miraba hacia el preso con semblante serio.

—Mandé a buscarlo a Inverness, siguiendo las indicaciones que Boyd nos dio. Le pedí al rey que hiciese el favor de poder traerlo ante mí y decidir qué hacer con él —respondió. Nicolson intentó hablar algo, pero la mordaza se lo impedía. Gavin, a una orden de su laird, se la retiró para poder escuchar lo que tenía que decir.

—Si os pensáis que voy a combatir contra el hombre más temido

de las highlands, es que estáis locos —profirió el pirata—. Vuestra fama os precede, mi señor, y vuestra hermana se encargó bien de dejarme muy claro lo que me haríais si me capturabais.

—No será a mí a quien te enfrentes —aseveró James cruzándose de brazos. Miró entonces a su hermana y a su cuñado y asintió con la cabeza—. Todo tuyo, Ian —dijo.

—¡¿Qué?! ¡No! —gritaron Abigail y Aliena al mismo tiempo.

—Gracias, James —contestó Ian agradecido por brindarle la oportunidad de acabar con la vida de su mayor enemigo.

—Ian, por favor —le suplicó Aliena sujetándolo del brazo. Él la cogió de la cintura y la atrajo hasta su cuerpo, apoderándose de sus labios y dando un profundo beso.

—¿Tan poca fe tienes en mi, mujer? —preguntó con sorna tras separar sus bocas.

—No quiero que te hieran…, te necesito a mi lado…

—Y a tu lado me tendrás siempre, mi amor. Pero sabes que debo hacerlo. Por ti, por Astrid…, por mí —afirmó. Aliena pudo ver la convicción en sus ojos y no tuvo más remedio que soltarlo.

—¡Exijo que se pongan unas normas! —profirió Nicolson.

—¿Quieres una palmadita en la espalda? No creo que estés en condiciones de exigir nada —respondió Gavin de forma irónica, cortando con su daga las cuerdas que lo mantenían atado.

—Habla. Te escucho —dijo James.

—Quiero la firme promesa que no me matarás si gano yo —solicitó el pirata acariciando sus muñecas liberadas de las ataduras.

—Muy bien. No te mataré. Si ganas, no tendrás que enfrentarte a mí —respondió el laird con semblante serio.

—¿Me daréis una espada, o esperáis que luche con las manos…? —protestó.

—Toma esta —respondió Gavin lanzándole una espada. Nicolson la cogió con suma habilidad y comenzó a moverla haciendo círculos en el aire para hacerse con el peso del acero.

Comenzaron así a luchar los dos hombres, dándose sendos golpes con sus espadas y mostrando un baile ante todos los miembros del clan. Aliena permanecía cogida con fuerza de la mano de Abigail, casi con lágrimas en los ojos y rezando porque Ian saliese triunfal. Ella sabía que él era un buen luchador, pero Nicolson también lo era y su faceta traicionera era la que había

hecho que fuese tan temido entre algunos grupos.

—James, dime que no le dejarás libre —dijo Abigail al lado de su esposo, sin soltar a una temblorosa Aliena.

—Dije que no le iba a matar. No dije nada de dejarlo libre. Jacobo estará encantado de someter a juicio a un bastardo que secuestra a sus propios conciudadanos para venderlos como esclavos —respondió él sin desviar la mirada de la lucha.

—Esta era la misión secreta a la que enviaste a Robbie y Gavin, ¿verdad? —preguntó ella.

—Muy perspicaz, mi querida esposa.

El chocar de las espadas hacían que Aliena se sobresaltase con cada golpe. Veía cómo Nicolson se iba debilitando poco a poco, costándole incluso seguir el ritmo de lucha impuesto por un oponente que se movía con más seguridad y agilidad Pero un mal paso, un mal movimiento e Ian acabaría con el pecho atravesado por su espada. Solo de pensarlo, se le revolvía el estómago. Su corazón latía tan fuerte que sentía que se iba a desmayar.

Todo estaba llegando a su fin y el vencedor, a primera vista, parecía que sería Ian. En uno de los ataques, ambos se quedan fijos con sus espadas pegadas y las respiraciones agitadas. El agotamiento se les veía a los dos, momento que Nicolson aprovechó para intentar desestabilizarlo.

—Sabes, disfruté mucho del placer que esa pelirroja me dio en la cama. He de reconocer que es ardiente y apasionada. Tenías que ver cómo se retorcía de placer cada vez que la tocaba, a pesar de sus negativas a yacer conmigo. Oh, sí. Cómo gritaba… —Sin lograr terminar de hablar, Ian le propinó un golpe en la cara con la empuñadura de su espada, haciendo que el pirata acabase de espaldas en el suelo. Se colocó sobre él y levantó su acero sobre su cabeza, dejándolo descender y clavándolo con fuerza a escasos centímetros de la cabeza a su oponente.

—¿Qué haces? ¡Mátame, cobarde! —le gritó Nicolson desconcertado.

—Por un segundo pensé en hacerlo y durante todos estos años era lo único en lo que pensaba cuando te veía, pero yo no soy un asesino a sangre fría. No quiero ser como tú, Jonathan Nicolson. Que otro decida tu destino. Me deuda ya está saldada. —Y sin más, tomó su espada y se alejó de él para acercarse a su esposa. Aliena,

sin dudarlo, salió corriendo hacia él, se aferró a su cuello y lo besó con pasión, provocando los vítores de todos los allí presentes.

—Muy bien, amigo. Es la hora… —comenzó a decir Gavin ayudando al pirata a levantarse del suelo.

—¡Me prometisteis que no me mataríais! ¡Él me lo prometió y el muchacho me ha perdonado la vida! —protestó.

—Yo no te he perdonado la vida, Nicolson —afirmó Ian.

—Y yo te dije que no te mataría —comenzó a decir James—, pero no dije nada de dejarte libre. El rey Jacobo está deseando conocerte, Jonathan Nicolson —finalizó.

Antes de que pudiese seguir con sus protestas, Gavin lo volvió a amordazar. Le ató las manos y se lo llevó de vuelta al calabozo. Su destino sería mucho peor que la muerte por combate y eso lo sabía. Por eso intentó provocar la ira de Ian y que este le atravesase el corazón con su espada, pero el muchacho era mucho más listo que él y pudo intuir su maniobra casi al instante.

Todos aplaudieron y vitorearon cuando el pirata fue llevado de vuelta a su celda. Aliena permanecía abrazada con fuerza a su esposo, quien la rodeaba con sus brazos sintiéndose el hombre más afortunado del mundo.

—Has luchado como un auténtico vikingo, esposo —dijo ella levantando la cabeza para poder mirarlo. Él sonrió y posó sus labios de nuevo sobre los suyos para darle un tierno beso.

—Un vikingo con sangre escocesa, mi pelirroja traviesa —respondió él tras separarse, mirándola a los ojos y acariciando sus mejillas.

—Te amo, Ian.

—Yo también te amo, Aliena.

epílogo

La vida en el castillo Campbell volvió poco a poco a su ritmo habitual. Tras el enfrentamiento entre Ian y el pirata que había mantenido secuestrada a Aliena, con el triunfo del primero para alivio de todos, habían vuelto a retomar sus rutinas. Cada uno desempeñaba su trabajo en el clan y Aliena ayudaba a Abigail con el cuidado de los pequeños, ya que el reciente descubrimiento del embarazo de Beth hizo que esta tuviese que tomarse un tiempo de descanso debido a su débil estado.

Ian, por su parte, le había comunicado a su esposa su intención de seguir los pasos de su familia y tomar posesión del apellido Campbell, jurando así lealtad a James y todo el clan. En un principio se opuso, pues no quería que él perdiese su identidad por ella. Pero, tras varias conversaciones con él, comprendió que en realidad no sabía nada de su pasado y apenas se sentía de ningún clan, salvo ahora. Quería poder formar parte de una comunidad y quería hacerlo bien.

Se organizó una boda y una ceremonia de juramento el mismo día, con su posterior celebración a la que acudieron todos los habitantes de las tierras del clan Campbell de Clackmannanshire. Reconocida la nueva pareja ante los ojos de Dios con sus nuevos apellidos y hecho el juramento de Ian hacia su nuevo laird, dio comienzo a la copiosa cena, seguida de la música de las gaitas.

Todos bailaban y reían cuando uno de los guardias alertó de la aproximación de un caballo a gran velocidad. Salieron corriendo del

edificio y otro de los soldados apostados en las murallas les informó que se trataba de una mujer y un niño. James dio la orden de abrir las puertas y dejarlos entrar. Ante la atenta mirada de todos, un caballo de robusta fisionomía entró guiado por uno de los soldados.

—No puede ser… ¡Vicky! —dijo Abigail al reconocer a la mujer que iba subida a lomos de aquel animal. Robbie, que la había reconocido, ya estaba junto a ella y la ayudaba a bajar del caballo.

—Vicky… ¿qué haces aquí? —preguntó él con ella entre sus brazos, sintiéndola temblar y comprobando su débil estado. Tenía toda la cara magullada.

—Robbie, por fin te encuentro —susurró ella dejándose vencer por el cansancio de la huida. Él se la llevó al interior del castillo, sin darse cuenta que dejaba allí a un niño asustado aún a lomos del caballo. James se acercó, entonces, y cogió al pequeño en brazos, que parecía estar muy asustado.

—Ven aquí, pequeño. Ya estás a salvo —le dijo con ternura. El pequeño se abrazó a él con fuerza, rompiendo a llorar y haciendo que a todos se les rompiese el corazón ante aquella imagen.

¿Qué demonios habría pasado? ¿Qué le había pasado a Vicky? ¿Y quién demonios era ese niño?

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mis lectoras beta porque siempre están ahí para darme su punto de vista crítico con todas mis historias y por otorgarme tiempo de sus vidas, pues soy consciente de que escribo mucho. Sin ellas, esto no podría ser.

Por supuesto, a todos mis lectores y a toda la gente que me sigue en redes sociales, ayudándome a llegar a más personas, compartiendo mis novelas y publicaciones. Porque sin lectores no se puede vivir de la escritura y yo doy gracias porque mis historias parecen gustar.

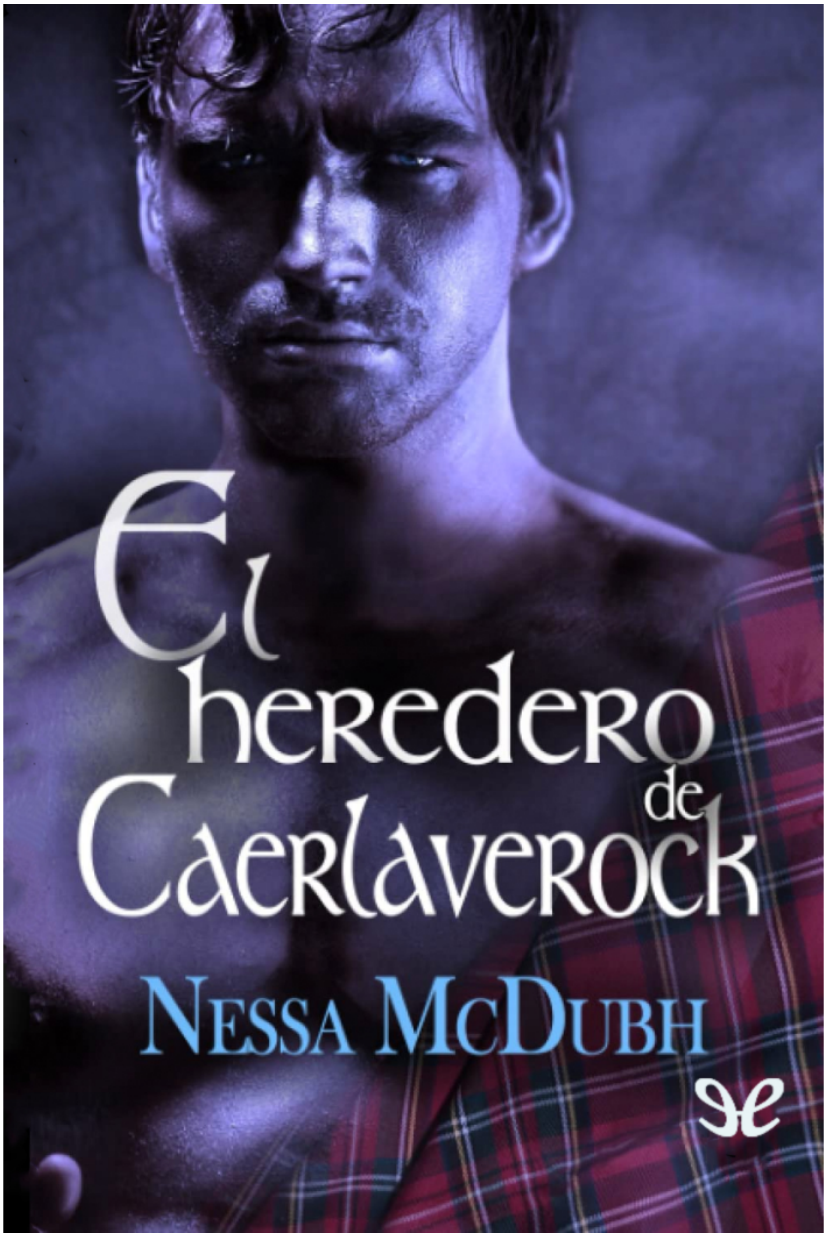
Por último, a mi queridísimo club de las escritoras, dirigido por MJ Moreno. Están siendo un gran apoyo, tanto en lo personal como en lo profesional. Aprendemos mucho unas de otras y es maravilloso pertenecer a una comunidad donde poder crecer de la mano de más apasionadas como tú. Yo ya no concibo la vida sin todas ellas.

Nota de la autora

¡Ey! ¡No te vayas todavía!

Si te ha gustado esta novela, te agradecería mucho que la valorases y, si te apetece, me dejas una pequeña reseña. Lo puedes hacer tanto en Amazon como en Goodreads. A mí me ayudaría mucho porque me dará más visibilidad y podré seguir con la creación de más historias.

Nessa McDubh


El heredero de Caerlaverock
Nessa McDubh

Vicky MacKay jamás sería la misma tras su paso por el castillo de GilliesHill. Kenneth Murray destruyó por completo aquella joven risueña y aventurera para convertirla en una mujer insegura y temerosa. Tan solo el recuerdo del amor que Robbie le profesó en su estancia en Edimburgo la mantenía firme en su decisión de huir de aquel infierno.

Para Robbie SinClair, el pequeño de los hermanos Monfort y ahora Campbell, ya nada tenía sentido. Un alma atormentada por una oscuridad que golpeaba duramente en su interior y dispuesta a volver a apoderarse por completo de él. La confesión de su padre hará que todo se tambalee y deberá luchar por no convertirse en lo que más teme.

Pero nada es facil en los caminos del amor y toda la familia Monfort debera afrontar un terrible secreto.

Nessa McDubh

El heredero de Caerlaverock

Tambores de guerra - 03

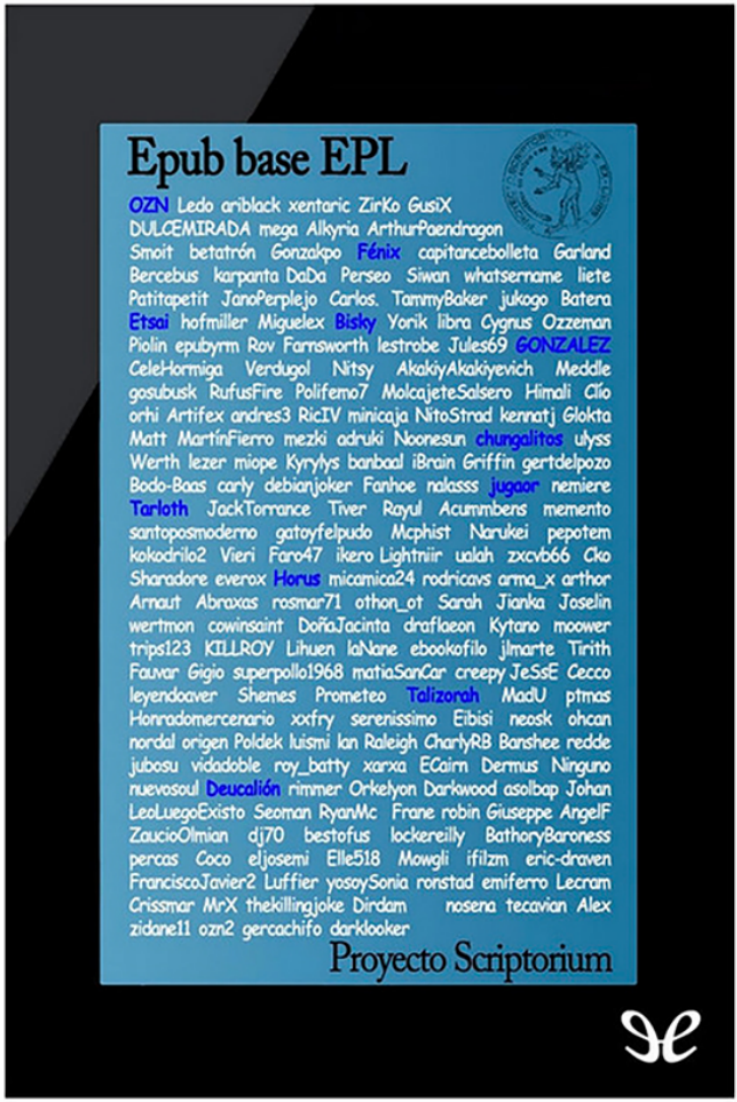
ePub r1.0
Titivillus 22-04-2023

Nessa McDubh, 2022
Diseño portadilla X Aniversario: orhi
Retoque portadilla X Aniversario: rednij

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

Para todas las amantes de Escocia,
su cultura, sus clanes y sus gentes.

X Aniversario



Primera portada para el Epub base, creada por orhi

Capítulo 1

Escocia, Octubre de 1532
Castillo GilliesHill, condado de Stirling

Kenneth Murray atravesó el portón seguido de su escolta de mercenarios que siempre lo acompañaban a todas partes. El atronador retumbar de los cascos de los caballos sobre el suelo hicieron que Vicky se sobresaltase. El señor del castillo había vuelto a su hogar y ya sabía lo que aquello significaba.

Pero no era la única.

Pudo ver el miedo en los rostros de las jóvenes sirvientas, que no dudaron en apresurar sus labores en el exterior para correr en busca de refugio tras los gruesos muros del gran torreón. No existía persona alguna que no temblase ante la presencia de su *laird*. Sus métodos para liderar a su gente no eran para nada aprobados por nadie, pero nadie se atrevía a enfrentarlo.

Desde la muerte del padre de Kenneth, Iain Murray, y la posterior traición de este hacia su hermano mayor y heredero del clan, Brian Murray, se había establecido un ambiente de oscuridad irrespirable. No había risas, no había felicidad tras aquellos muros. Tan solo un silencio sepulcral. El hijo pequeño del señor al que

tanto amor y respeto le habían tenido todos se había convertido en un ser horrible.

Hubo opositores, obviamente, y más tras ver cómo se deshizo sin más de su hermano. Un buen día, entró en las dependencias que le fueron legadas a Brian a la muerte de su padre y lo apresó en pleno lecho conyugal. Respaldado por sus hombres, temidos por sus sanguinarios métodos, lo encerró en los calabozos junto con todos los que mostraron su férrea oposición. Aunque a algunos los pasó por la espada.

No, la vida tras los muros de GilliesHill ya no era nada fácil.

—¡Vicky! ¿Dónde estás, mujer? —vociferó Kenneth sobre su montura.

Al otro lado de las robustas puertas de madera que custodiaban la única edificación de castillo, una temblorosa muchacha de cabellos rubios tomaba aire con fuerza antes de acudir a la llamada de su torturador. Abrió con decisión y atravesó el umbral con una sonrisa de lo más hipócrita.

—Mis disculpas, mi señor. Estaba atendiendo a vuestro hijo y no me percaté de vuestra presencia y la de…

—Sí, sí, sí. No me importa mucho lo que le suceda a ese insulso niño —la interrumpió con desprecio. Kenneth bajó de su caballo de un salto y acortó la distancia entre ambos en dos zancadas. La tomó entre sus brazos y se apoderó de sus labios con fuerza, tanta que le hizo una pequeña herida. Apresó su trasero entre sus manos y lo amasó sin ningún tipo de pudor, un gesto que provocó la exaltación de sus hombres—. Avisa en la cocina que venimos hambrientos. Que preparen un suculento banquete para su señor y sus hombres —dijo tras liberarla.

—Sí, mi *laird* —respondió ella haciendo una leve reverencia.

Él le dio un manotazo en su trasero en cuanto se dio la vuelta, haciendo que los salvajes de sus compañeros prorrumpiesen en vítores y aplausos.

—Pide que suban una bañera a mis aposentos y espérame desnuda, mujer. Necesito descargar toda esta tensión del viaje —comentó llevándose una mano a su entrepierna.

—Sí, señor. —Vicky cerró los ojos, suspiró y emprendió camino hacia la cocina, conteniendo las lágrimas que amenazaban con irrumpir. «Que no me duela, Dios mío. Solo te pido eso», rezó en su

interior.

Media hora más tarde, el último de los sirvientes abandonaba la estancia del señor una vez llenada la bañera. Al mismo tiempo, Kenneth irrumpía como un tornado. Ni siquiera se molestó en agradecer al tembloroso joven por su labor de acarrear baldes de agua caliente desde la cocina. Tan solo lo miró de forma fría y severa, cerrando de un portazo una vez hubo dejado la habitación.

Vicky permanecía en una esquina, aún con su vestido azul claro cubriendo su cuerpo y con la mirada fijada en el suelo. Él se despojó de toda su ropa en un suspiro y se introdujo en la gran tinaja de madera emitiendo un sonoro gruñido.

—¿A qué esperas, mujer? Dije que te quería desnuda y aún veo que llevas la ropa puesta. ¿Acaso debo arrancártelo? —pronunció mirándola.

—No, lo siento, señor. Es que…

—Te di una orden, Vicky. Desnúdate —aseveró.

—Kenneth, aún no me he recuperado de la última vez. Por favor, no quiero… —intentó explicar.

Kenneth salió de la bañera de un salto, empapando todo el suelo. Se acercó a ella, la tomó del brazo y la zarandeó. Con fuerza, arrancó el vestido de un solo tirón. La tumbó boca abajo sobre la cama y la penetró con dureza, sin importarle las súplicas ni su llanto. Era algo que a él le excitaba sobremanera: su resistencia.

La cena no tendría lugar hasta dentro de unas horas, por lo que decidió saborear el cuerpo de su mujer todo el tiempo que le fuera posible. Y no es que no haya tenido sus escarceos en estos días de viaje, porque si hay algo que lo caracterizaba era que jamás dormía solo. Siempre tenía una mujer que le calentara la cama y le diera placer.

Pero Vicky era diferente.

Esa joven risueña de cabellos dorados y verdes ojos lo había obnubilado por completo. Había logrado engatusarla en sus breves encuentros en Edimburgo, cuando ella ejerció de sirvienta en una de las pensiones donde él y sus hombres se habían alojado. Tampoco necesitó esforzarse mucho, pues Vicky MacKay cayó rendida a sus pies y acabó metida en su cama a los pocos días de dar comienzo su cortejo.

Una mujer atrevida, sin miedos. Una mujer que fue capaz de

infiltrarse en un evento organizado por el rey en su castillo, sin importarle ser descubierta. Y todo porque él la desafió a verla mezclada entre las damas de la nobleza escocesa. Una fantasía que no dudó en hacer realidad para él. Aún no se explica cómo lograron que las dejaran entrar, pero cuando la vio junto a su amiga en aquel salón, su dureza fue inminente.

Las dos mujeres más hermosas y excitantes de la sala, porque su amiga también era una mujer impresionante. Nada convencional, la verdad. Una mujer de una belleza exótica y de curvas peligrosas. Un cuerpo que le hubiese gustado mucho degustar, pero ese odioso de James Campbell se le adelantó y se agenció el privilegio de ser el único hombre que saciara los placeres de aquella mujer.

El salón estaba animado por los gritos y exclamaciones de los mercenarios que formaban la guardia privada. «Una reunión de cerdos sería más elegante que esta», pensó Vicky ocupando el asiento de la señora del castillo. Se removía incómoda en su asiento, dolorida tras las incursiones nada agradables de Kenneth.

Degustaba la comida que habían preparado en la cocina callada, como siempre hacía desde que se fue a vivir a las tierras del clan Murray del condado de Stirling. Observaba todo a su alrededor con detalle, viendo con desagrado cómo aquellos hombres se sobrepasaban con las pobres sirvientas que intentaban realizar bien su trabajo y no enfadar a su señor.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó Kenneth sacándola de sus pensamientos.

—No sé cómo te atreves a hacerme semejante pregunta —respondió ella sin pensar. Él estiró su mano hacia ella, posándola sobre la suya y presionándola con fuerza.

—Cuidado, o ya sabes lo que le ocurrirá a tu hijo —aseveró sin elevar la voz.

—¿Castigarías a tu propia descendencia por hacerme daño a mí?

—Haré lo que sea necesario para conseguir lo que deseo, y te deseo a mi lado. ¿Tú no? —Vicky lo miró directamente a los ojos, mostrando entre miedo y fuego. Él sonrió divertido al obtener lo que buscaba—. Te prometí un castillo y ahora eres la señora de uno. Te dije que te daría una familia y te he dado un hijo. ¿Acaso no he cumplido con todas mis promesas?

—Por su puesto, mi señor. Habéis cumplido todas y cada una de

vuestras promesas.

—Pues compórtate como una buena esposa y no me vuelvas a desafiar más. O no volverás a ver a ese pequeño bastardo —sentenció presionando de nuevo su mano. Vicky sintió tal dolor que bien podían habérsele roto todos los huesos de su mano.

—Lo haré —prometió. Kenneth liberó su agarre y ella lo agradeció acariciándose su dolorida extremidad.

—Gracias, querida. Ahora, por favor, ve a por más cerveza y sírveme como una buena esposa. Quiero emborracharme y tomarte sobre la mesa, aunque no tengo claro el orden —dijo con soberbia.

Vicky se levantó de su silla, tomó la jarra y se alejó de allí en busca del líquido que le entregaría la tan ansiada libertad. Esta noche sería el momento perfecto para poner en marcha su fuga. Debía huir de allí y llevarse consigo a su hijo, Sean. Había estado soportando todo ese maltrato por protegerlo, para que Kenneth no los separase. Pero eso se acabó.

Con la jarra rebosante de cerveza y la complicidad de los sirvientes del castillo, daba comienzo su plan. Avanzó por el pasillo iluminado con apenas unas velas, decidida a ponerle fin a esa agónica vida. Se paró a pocos metros del salón, suspiró y sacó una pequeña botellita de entre los pliegues de su vestido. Quitó el tapón con los dientes y vertió todo el contenido en la jarra. Después, removió con el dedo lo justo para mezclarlo bien y emprendió camino de nuevo.

—Espero que funcione o tendré serios problemas —susurró mientras avanzaba.

Había encontrado a una mujer en Stirling que le hizo aquel preparado. Una mezcla de hierbas y condimentos que sumiría en un profundo sueño a quien lo tomase. Tan solo debía asegurarse de mezclarlo bien con la bebida e impregnar los asados con una fina capa de ese jugo. Por eso tuvo que pedir ayuda entre los sirvientes para ese paso, que aceptaron ayudarla sin ningún tipo de oposición.

Tan solo se sintió flaquear en el momento en el que se encontró con Abigail en los jardines del castillo. No se esperaba verla, ya que evitaba pasar por el campamento de los Campbell. Pero no fue por su amiga por quien estuvo a punto de tirarlo todo por la borda, si no por su hermano. Ver de nuevo a Robbie ante ella, después de haber pasado aquellos maravillosos días en Edimburgo, removieron

demasiados sentimientos en su interior y a punto estuvo de lanzarse a sus brazos.

Por unos segundos, sintió el impulso de pedirle ayuda a él y a su amiga. Sabía que ellos la protegerían y pondrían a todo su clan a su disposición, pero Kenneth se había encargado de tenerla bien controlada. Se había llevado a Sean y lo había dejado al cuidado de uno de sus mercenarios hasta su regreso. Por eso se vio forzada a rechazar el ofrecimiento de Abigail, porque la vida de su hijo corría peligro.

Se le partió el alma al ver la decepción en los ojos de Robbie. Ese muchacho que había conocido desde niño y que se había convertido en todo un hombre, alto, apuesto y fuerte. El pequeño SinClair, que había evolucionado en un ser divino y quien le había robado por completo el corazón. Solo esperaba que comprendiese los motivos de su rechazo cuando este le pidió que se fuese con él.

«Lo siento mucho, Rob. Espero que puedas perdonarme y comprender mis motivos cuando por fin pueda explicártelo todo», pensó entristecida. Dejó la jarra sobre la mesa, ocupando de nuevo su sitio junto al señor del castillo. Un *laird* nada querido ni apreciado por sus súbditos y abandonado por muchos de ellos tras la muerte de su hermano Brian, a quien consideraban el verdadero heredero del clan.

—¿Va todo bien, querida? —preguntó Kenneth, sacándola de sus pensamientos.

Vicky lo miró, esbozando una falsa sonrisa y llenándole su vaso antes de que él se lo reclamase.

—No, mi señor. Todo está bien. Es solo cansancio, nada más.

—Pues entonces, come. No te quiero cansada en mi lecho y tengo pensado hacerte el amor hasta que me supliques que me detenga. Lo cual, mi querida señora, no entra dentro de mis planes. Saciarás mi sed —aseveró él segundos antes de vaciar el dorado líquido de su bebida en el interior de su garganta.

Vicky observó con desagrado cómo parte de la cerveza se derramaba por la comisura de sus labios. Tan solo pudo desear que aquel brebaje funcionase y le diese el tiempo necesario para lograr alejarse lo máximo posible de las garras de Kenneth Murray y su ejército de mercenarios. Una vez que vació su vaso, golpeó con él la mesa, reclamando así ser servido de nuevo. Cosa que Vicky hizo sin

oponer resistencia alguna.

—Sírveme un trozo de esa carne —la ordenó con desdén, lanzándole casi el plato a sus manos—. Tiene una pinta deliciosa, y no escatimes en salsa, mujer. Quiero degustarlo todo bien. Llevamos muchos días sin meternos una buena comida en nuestros estómagos, ¿verdad que sí, muchachos? —vociferó esto último, levantando su copa y provocando los vítores de sus hombres.

«Bárbaros bastardos. Hasta los vikingos tenían mejores modales que vosotros», pensó ella mientras llenaba el plato.

—¿No vas a cenar más que esa insulsa ensalada? —inquirió Kenneth una vez le hubo entregado ella su sabroso manjar. Cogió un trozo de pan y lo empapó bien del jugo que la carne soltaba, engulléndolo como si se acabase el mundo tras esos bocados.

—No tengo mucha hambre, señor. Con la carne del primer plato me siento llena —respondió Vicky tomando asiento de nuevo.

—¿Estás encinta, mujer?

—No creo, señor. He manchado asiduamente en los días señalados…

—Pues será mejor que pronto me vuelvas a dar un hijo o tendré que buscarme a otra mujer más fértil. Un hijo solo no es suficiente para afianzar mi linaje. Necesito más descendientes.

—Lo siento, mi señor. Me esforzaré más en ello —contestó del modo más complaciente que podía. Un tono que había adquirido con el paso del tiempo y que sabía que así lo mantenía calmado.

Los gritos de súplica de Mai, una de las jóvenes sirvientas del castillo, atrajo su mirada hacia el centro de la mesa. Pudo ver cómo uno de los babosos hombres de Kenneth la tomaba entre sus brazos y le abría el escote de su camisa, dejando asomar así sus redondos pechos. Mientras la joven forcejeaba para quitárselo de encima, él se llevó uno de sus pezones a la boca y lo saboreó con demasiada furia.

El resto de compañeros lo vitoreaban, a la vez que su señor sonreía al ver tal espectáculo. Animado por el ambiente, sentó a la muchacha sobre la mesa y se colocó sobre ella, relamiéndose cual animal famélico ante su comida. Sin más preámbulos, y haciendo caso omiso a las súplicas y llantos de la joven, liberó su miembro de sus pantalones y la embistió con fuerza.

Vicky miró hacia otro lado, ya que ella poco podía hacer para

impedir tal atrocidad. Él, en cambio, parecía divertirse, pues su mirada se tornó aún más oscura de lo que ya eran sus ojos y esbozó una lasciva sonrisa mientras observaba cómo sus hombres violaban a la pobre muchacha.

—¿No piensas detener esta barbarie? —se atrevió a protestar ella.

—¿Por qué?

—Porque no está bien, Kenneth.

—¿Kenneth?

—Perdón, mi señor —se apresuró a responder.

—Deja que los hombres se diviertan, mujer. Llevan mucho tiempo sin meterla… ¿O acaso estás celosa?

—No digas tonterías —contestó ella. Llevada por un impulso, se levantó de su asiento, dispuesta a salir de allí y buscar refugio entre sus aposentos.

—No te he dado permiso para irte, querida —dijo él, tomando con fuerza su muñeca—. Quiero que te sientes sobre mi regazo —ordenó. Con la otra mano, liberó su erecto miembro y la miró con deseo.

—¿Aquí? Mejor vámonos a nuestros…

—La tengo muy dura ahora y quiero que te sientes sobre mí. Es una orden, mujer —aseveró tirando de ella.

—Kenneth, por favor. Aquí no.

—Siéntate sobre mí o te haré lo mismo que Brom a esa jovencita y después dejaré que mis hombres se desahoguen contigo. —Comprendiendo que sus amenazas iban en serio, levantó sus faldas y se sentó a horcajadas sobre él, dejando que entrase en ella y balanceándose con auténtica desgana—. Oh, Vicky, Vicky, Vicky… No te haces una idea de lo mucho que te he echado de menos, mujer.

—Y yo a vos, mi *laird* —mintió ella.

Por suerte para ella, Kenneth no era un hombre que aguantase mucho en el acto sexual y en seguida se dejó ir, acompañado por un ronco gruñido. Metió su cabeza entre sus pechos, con la respiración agitada y dejando que el calor de esas dos protuberancias envolviese su rostro. Hizo ademán de llevárselo a la boca pero se quedó profundamente dormido.

Vicky comprobó si el sueño era lo suficientemente intenso o tan

solo era su clásico descanso tras liberarse. Movió su cabeza laxa y hasta se atrevió a darle una bofetada. Nada. Kenneth Murray roncaba como un cerdo en busca de sus bellotas. Se percató entonces del silencio del salón y se giró para confirmar que también sus hombres habían caído rendidos con el brebaje que se aseguró de repartir entre la comida y la bebida.

Vio a Mai llorando e intentando quitarse de encima el pesado cuerpo de otro de los hombres. Vicky se apresuró a ayudarla, dejando al señor del castillo allí sentado, roncando y con el miembro expuesto a la vista de todos. Solo esperaba que ese sueño profundo les durase a todos lo suficiente para poder coger a su hijo y escapar de allí.

—Vamos. Ten, cúbrete con esto —dijo apartando el cuerpo inerte de aquel gigante. Tomó uno de los *plaids* del salón y la ayudó a taparse.

Abrazándola con fuerza entre sus brazos, ambas mujeres avanzaron por los fríos pasillos del castillo GilliesHill hasta llegar a la cocina. Allí, la esperaban con su hijo envuelto en gruesas mantas y una cesta llena de provisiones. Al verlas aparecer y fijarse en los moretones en el rostro de la joven Mai, algunas muchachas se llevaron las manos a la boca, conteniendo sus gritos de espanto.

De forma apresurada, Vicky les explicó lo sucedido en el salón, dejando que el resto de las sirvientas arropasen a una destrozada muchacha. Solo esperaba que no le hubiesen robado su virtud aquellos depravados, aunque todo apunta a que Mai era una joven pura antes de ese día. Un día que jamás olvidará.

—Ben os espera con un caballo al pasar la arboleda, mi niña. Tratar de escapar desde el interior del castillo era muy arriesgado —comentó la cocinera con cariño, mientras la ayudaba a colocarse una capa alrededor de su cuerpo.

—Lo sé, Effie. Gracias por todo, de verdad. Sé que os estáis arriesgando mucho todos por ayudarme a huir de aquí.

—Cielo, haríamos lo que fuera por ti y por el jovencito Sean —respondió tomándola de las manos.

Vicky no pudo contener más las lágrimas y se abrazó a la mujer que tanto la había protegido y curado sus heridas durante todo este tiempo.

—Buscaré ayuda y volveré para liberaros a todos. Lo juro.

—Ponte tú a salvo, Vicky. Nosotros podremos cuidarnos solos —afirmó una de las sirvientas.

—Venga, vamos. No hay tiempo que esperar. Saldrás por la puerta de la despensa y así evitarás a los guardias de los torreones. Recuerda, sigue el camino hasta la bifurcación. Allí, toma el camino de la derecha. Cerca del arroyo te estará esperando Ben. A partir de ahí, muchacha, todo queda en manos del altísimo —dijo Effie.

Cargando con su hijo entre sus brazos, Vicky logró llegar sin ser descubierta hasta el punto de encuentro con uno de los mozos de cuadra del castillo. Estaba esperándolos donde Effie le había dicho. La ayudó a subir al caballo y a acomodar bien al pequeño para que no se le cayese por el camino.

—Gracias, Ben —expresó ella con gratitud, tomando las riendas de su montura.

—Recuerda, ahora debes galopar todo lo que puedas para poder tomar mucha distancia. Ve hacia el sureste, atraviesa el río en el punto más bajo y estarás en tierras Campbell. Desde ahí hasta Dollar tendrás dos días de viaje.

—Deséame suerte, Ben.

—Mucha suerte. Rezaré por ti, Vicky MacKay.

Sin más, espoleó los flancos de su montura y salió al galope de tierras Murray con una meta fijada en su horizonte: Robert Campbell.

Capítulo 2

Escocia, octubre 1532
Castillo Campbell

El juramento de Ian a James, como *laird* del clan Campbell de Clackmannanshire, había arrancado sendos vítores y aplausos por parte de los miembros del clan. Pero lo que más alegró los corazones de todos fue ese rotundo ***sí, quiero*** que Aliena expresó en el altar de la pequeña capilla del castillo. Tanto dentro como fuera, la algarabía que se generó fue mucho más sonora que la formada el día del casamiento de su *laird*.

Como buen jefe de su clan, abrió las puertas de su fortaleza a todos los vecinos de la zona para celebrar no solo la unión de su hermana con su cuñado, sino el regreso de la pequeña de los Campbell. Consideró que era un momento que debía poder celebrarse junto a todos los miembros del clan que la habían visto crecer y tanto cariño le tenían.

El salón se había llenado de gente bailando al ritmo de las gaitas; todos sonreían y mostraban su alegría; el ***whisky*** y la cerveza no se acababan nunca, y la comida tampoco dejaba de salir de las cocinas de manos de los sirvientes. Sí, el amor estaba en el aire y se podía respirar en cada rincón del hogar de los Campbell. Aunque no

todos estaban exultantes en ese salón.

En el fondo, apoyado contra el alféizar de uno de los grandes ventanales, se encontraba un hombre absorto en sus propios pensamientos y sujeto a su vaso de cerveza. Robert Campbell, o Robbie como le seguía llamando su familia en contra de su voluntad, observaba a sus hermanos bailar con sus respectivas parejas, rebosantes de felicidad.

No es que él no se alegrase por ellos, pero ver tanto despliegue de sentimientos le hacía recordar a una mujer de cabellos dorados que le robó el corazón mucho tiempo atrás. Esa joven risueña que siempre estaba por su casa correteando y metiéndose en líos de la mano de su hermana, Abigail. Una muchacha que miraba embobada a su hermano, Ian, cada vez que lo veía aparecer.

Un amor de juventud que siempre mantuvo en secreto porque sabía que jamás podría competir con su hermano mayor y conocía las altas miras de la mejor amiga de su hermana. Unas miras que le habían salido demasiado caras. Lo que jamás se hubiese esperado es el ser correspondido por fin por ella.

Esas semanas en Edimburgo que pasaron juntos fueron las mejores de su vida, pero no pudo evitar pensar en si fue todo un sueño o una ilusión. O tal vez él fuese otro más de los pasatiempos de Vicky MacKay. No, eso no era posible. La conocía bien y lo que vivieron juntos tuvo demasiada intensidad como para considerarlo algo pasajero.

Conectaron, mucho. «Entonces, ¿por qué no te quedaste conmigo, Vicky?», pensó dándole otro trago a su bebida. Necesitaba airearse un poco y alejarse de tantos amoríos a su alrededor. Dejó su jarra sobre una de las mesas y emprendió camino hacia el exterior.

—Rob, ¿va todo bien? —preguntó Ian al verlo pasar a su lado con ese semblante ensombrecido.

—Sí, tranquilo, hermano. Solo voy a tomar aire fresco —respondió esbozando un leve sonrisa. Le dio unas palmadas ligeras en el hombro y prosiguió su camino.

—¿Le ocurre algo a Robbie? —dijo Aliena.

—Me temo que así es —contestó dándole un beso en la frente—. Mi amor, si no te importa…

—De eso nada, muchacho. Hoy es tu día. Ya me encargo yo —se

apresuró a decir Gavin pasando por su lado. Sin darle opción a réplica, se fue tras los pasos del pequeño de los hermanos.

En la explanada del castillo había niños correteando y más vecinos de la aldea haciendo sus propias reuniones grupales, animándolas con sus cánticos y sus bailes espontáneos. Al pie de las escaleras, Robbie observaba todo a su alrededor con relativa tristeza y alegría a la vez. No podía evitar pensar en vivir algo así junto a ella en algún momento de su vida.

Intentar superar su rechazo en Edimburgo le estaba costando mucho, pero el haberlo sufrido por segunda vez delante de todo el mundo, en Stirling, fue un duro golpe a su orgullo. No podía comprender por qué se fue con ese bastardo de Kenneth Murray. Tenía a todos de su lado. El mismo James Campbell habría intercedido por ella ante el rey.

¿Por qué lo volvió a rechazar?

—No vas a encontrar respuesta a tus preguntas aquí parado, amigo —comentó Gavin apareciendo a su lado.

—Tampoco es que esté buscando nada.

—Vamos, Rob, que soy yo.

—Gavin, de verdad. No tengo el cuerpo para tus jocosidades —espetó sin más.

—Deberías hablar con ella o te acabarás sumiendo en tal oscuridad…

—¿Y qué importaría si eso ocurriese?

—¿De veras me lo preguntas, Rob? —Su joven protegido lo miró de medio lado, volviendo la vista al frente para perderse en el horizonte—. Tus hermanos sufrirán, tu padre sufrirá. Todos sufriremos si te abandonas al dolor, pequeño SinClair —respondió.

—Soy Robert Campbell.

—Permíteme que te llame como me parezca, ya que soy tu superior y tu amigo —aseveró Gavin.

—Pues vaya amigo…

—Rob, mírame —le instó cogiéndolo con fuerza del brazo. El joven de ojos azules se giró para enfrentarlo—. Si tanto la amas, debes ir en su busca. Yo te acompañaré, si es preciso. James estará de acuerdo, por no decir que él mismo sería capaz de liderar la marcha.

—¿Para que me vuelva a rechazar?

—Escúchame bien, cabezota. Yo he visto cómo te miraba esa muchacha y unos ojos así no brillan con esa intensidad si lo que siente no es amor del verdadero.

—¿Qué sabrás tú del amor, Gavin? —preguntó con desprecio.

—Sé lo suficiente, amigo. Esa mujer te mira de la misma forma en que tu hermana mira a su esposo y tú la miras de la misma forma en que James mira a Abigail. Si eso no es amor, mejor me meto a sacerdote.

—Estás tardando.

—Robbie —aseveró el comandante del clan Campbell.

Un extraño movimiento en los muros del castillo llamó su atención. Uno de los vigías les informó de la proximidad de un caballo que se acercaba a galope tendido. Gavin entró corriendo en busca de James, mientras Robbie permanecía a la espera de más información por parte de los guardias. Las gaitas dejaron de sonar en el interior y todos aparecieron en el exterior tras los pasos de su *laird*.

—¡Es una mujer! —gritó uno de los soldados apostados en las almenas.

—¡Dejadla entrar! —ordenó James a sus hombres.

El estruendo de los cascos del caballo al golpear la tierra se escuchaba cada vez más cerca. Pocos minutos después, un corcel de color marrón entró como una exhalación, frenando de golpe y levantando una polvareda inmensa. Robert se acercó hasta la amazona y se quedó atónito al ver el rostro de aquella mujer.

—Robbie… —pronunció ella segundos antes de desmayarse y dejarse caer entre sus brazos.

—Vicky —susurró él.

—¿Mami? —se escuchó decir.

¡Santo cielo! Sobre el caballo había un niño de ojos oscuros, de no más de cuatro años, que los miraba completamente asustado. ¿Acaso ese pequeño era su hijo?

—¡Vicky! —gritó Abigail a sus espaldas.

—Se-se ha desmayado y yo-yo no… —balbuceó Robbie.

—Llevémosla dentro, rápido —los instó Iona con un gesto.

Cargando con ella como si fuese una pluma, siguió los apresurados andares de su hermana al interior del salón y sintiendo que su corazón estaba a punto de colapsar.

—Ven, pequeño. Ya estás a salvo —dijo James cogiendo a un asustado niño sujeto con fuerza al borde de la silla de montar.

Todo el mundo se apresuró a ayudar con la joven y liberaron una de las mesas para poder depositarla allí. Otras muchachas corrieron a las cocinas a preparar baldes con agua caliente y trapos. Beth, que había subido corriendo a los aposentos de sus señores en busca del canasto de medicinas de Abigail, bajó las escaleras casi de dos en dos.

Empezó revisando que no hubiese ninguna herida sangrante que necesitase sutura. Poco a poco palpó cada rincón del cuerpo de su amiga inconsciente, deteniéndose al llegar a las palmas de sus manos. Estaban en carne viva por las riendas. Debía de haber estado cabalgando durante días, bajo temperaturas extremas. Sus brazos estaban helados, al igual que el resto de su cuerpo.

«Casi te matas del agotamiento, amiga. ¿Qué te ha sucedido?», pensó angustiada mientras limpiaba las ampollas ensangrentadas de sus manos. Empapó uno de los trapos en una mezcla de hierbas y vinagre para limpiar bien las heridas. Vicky emitió un leve quejido al sentir el escozor del preparado en su piel. Algo que alivió a todos los allí presentes, en especial a Robbie.

Abigail pudo ver la angustia en la mirada de su hermano, quien permanecía acuclillado junto al rostro de la joven. Acariciaba sus dorados cabellos rogándola despertar. Definitivamente, Robert SinClair Campbell se había enamorado de la alocada de su amiga y, en cierto modo, se alegraba. Nadie mejor que él para cuidarla y protegerla. Aunque le resultaba raro pensar en ellos dos como amantes, pues habían crecido todos juntos como si fuesen hermanos.

Con las manos limpias de sangre, le colocó sus respectivos emplastos a cada una y las vendó con delicadeza. Beth y otras chicas se llevaron los baldes de agua y el resto del material sucio de vuelta a la cocina. Vicky seguía sin despertarse, por lo que Abigail tomó un pequeño frasco de su canasto y le quitó el corcho que servía de tapón.

—¿Qué es eso? —preguntó su hermano.

—Tranquilo. Esto la traerá de vuelta con nosotros —respondió ella—. Ayúdame, Robbie. Incorpórala un poco o le acabaré derramando el líquido por toda la cara. —Él asintió y tomó el

cuerpo inerte de la joven con delicadeza, dejándola apoyada contra su pecho. Su hermana pasó el frasco por debajo de las narices de su amiga y esta se despertó al instante—. Bienvenida al mundo de los vivos, MacKay. Siempre dándome disgustos —bromeó Abigail.

—Abi, ¿qué…? —balbuceó ella.

—Vicky —pronunció Robbie con una notable felicidad en su voz al verla despierta de nuevo.

—¡Rob! —expresó la joven. Intentó girarse para poder abrazarlo, pero el dolor de sus extremidades se lo impidió.

—Tranquila, Vick. Estás muy débil y necesitas descansar. Además, deberás llevar esos vendajes durante… —comenzó a explicarle Abigail cuando James apareció ante ellos con el niño entre sus brazos.

—¡Mami! —gritó el joven.

Con suma delicadeza, el *laird* dejó al pequeño en el suelo, quien salió corriendo para refugiarse entre los brazos de su madre.

—¡Sean! Oh, hijo mío. ¿Estás bien? —Las dulces palabras de Vicky parecieron calmar la angustia del niño, que no dejaba de llorar entre sus brazos.

—Es un muchacho muy valiente —se apresuró a responder James.

—¿Ya estamos a salvo, mami? ¿Papá no va a volver a hacernos daño? —preguntó Sean entre sollozos.

—Sí, mi amor. Estamos a salvo. Ya no… ya nadie… —Las palabras se le atragantaron en la garganta y no pudo seguir hablando.

Con paso lento pero firme, James se acercó y se arrodilló ante ellos.

—Escúchame bien, muchacho. Nadie osará jamás poneros una mano encima ni a tu madre ni a ti. Todo mi clan es ahora vuestro clan y os protegeremos —aseguró para alivio del pequeño—. Eres un jovencito muy valiente, Sean. Algún día serás un gran guerrero —afirmó revolviendo sus oscuros cabellos.

Sean lo miró con timidez y asintió. Vicky susurró un gracias y abrazó con más fuerza a su hijo. Estaban a salvo, los dos. Abigail sintió cómo su corazón se agitaba al ver el gesto tan paternal de James con el pequeño. Definitivamente, era un gran hombre, y era suyo.

Con la irrupción tan abrupta de la inesperada invitada, la celebración se dio por finalizada y todos regresaron a sus hogares. Vicky y Sean fueron alojados en la antigua habitación de Aliena, ya que ella e Ian se habían trasladado a la que había sido la habitación de James antes de morir su padre.

Estaba apoyada en el marco de la ventana, abrigada con una gruesa manta y mirando a la oscuridad del firmamento bañado por brillantes estrellas y una luna inmensa. Se sentía a salvo. Lo había logrado. Por fin podía vislumbrar un futuro para ella y su hijo, el joven bastardo de GilliesHill. Porque así era como su padre, Kenneth Murray, lo llamaba para hacerle daño. Decía que así se curtía a los hombres, maltratándolos para que sacasen su furia interior y su ansia de lucha.

—Eres un ser despreciable, Ken, y algún día pagarás por todas tus fechorías —susurró al frío cristal de su ventana.

El pequeño Sean se revolvió entre las confortables mantas de la gran cama que compartían, como si la hubiese escuchado proferir aquellas palabras. Vicky se giró para mirarlo y sonrió al verlo bostezar de forma involuntaria, inmerso en un profundo sueño. Él era lo único de lo que no se arrepentía por haber conocido a ese malnacido que la había engañado con falsas promesas de amor.

Unas voces bajo su ventana llamaron su atención. La abrió con sumo cuidado de no hacer mucho ruido y despertar a su hijo ni dejar que el frío helase la habitación por completo, aunque no sería la primera vez que tenían que dormir rozando la congelación. Abajo había dos hombres hablando, pero no distinguía las voces.

—Habla con ella, muchacho. No seas cabezota —dijo Gavin caminando al lado de Robbie.

—No —respondió él de forma cortante.

—A fe mía que sois los hermanos más testarudos que jamás he conocido —bufó este.

—¿De verdad? ¿No conoces hermanos más testarudos? Porque a mí se me vienen dos a la cabeza.

—Haz lo que quieras, joven SinClair.

—Soy Campbell —aseveró Robbie.

—Siento decirte que no eres digno de llevar ese apellido, amigo. Nosotros afrontamos los problemas, no huimos de ellos.

Y sin darle más opciones de réplica, Gavin se alejó de allí en

busca de alguna alocada muchacha que calentase su catre esa noche. Robbie chasqueó la lengua en señal de protesta y se revolvió el pelo con la mano. ¿Qué debía hacer? Por fin la tenía ahí con él, tal y como siempre había querido. Había venido en su busca. Entonces, ¿por qué seguía enfadado?

Saber que Vicky había tenido un hijo con ese bastardo de Kenneth Murray lo hirió en lo más profundo de su corazón, pero más le dolió el comprender el motivo por el cual ella no se había fugado con él. «¿Por qué no me lo contaste, Vicky?», pensó. Tomó aire con un gran suspiro y se sentó en los escalones del castillo.

Un ruido a sus espaldas llamó su atención y se giró para ver a su visitante. Ahí estaba ante él, parada y cubierta con una gruesa manta, clavando sus verdes ojos en él. Esbozó una tímida sonrisa al ver el brillo en su mirada, un gesto correspondido por la más hermosa de las sonrisas que jamás haya visto en ninguna otra mujer.

—Vicky, está frío. No deberías andar así por el castillo, y menos a estas horas —dijo entonces, recobrando su semblante serio.

—Venía a verte.

—Pues aquí me tienes.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó entristecida.

—No… y sí.

Vicky se sentó junto a él, abrigándose bien para que el frío de la piedra no calase mucho y congelase sus delicadas posaderas, las cuales aún tenía doloridas de la cabalgada.

—Robbie, yo…

—No digas nada, Vicky, por favor. Esto está siendo muy difícil para mí. Tú… tú tienes un hijo y no sé cómo sentirme ahora mismo —le cortó él.

—No quiero que creas que lo que tuvimos en Edimburgo fue mentira o que jugué con tus sentimientos —dijo ella.

—No quiero pensarlo…

—Pero lo piensas.

—¿Y qué quieres que haga, Vick? No confiaste en mí. Me rechazaste dos veces —aseveró él.

—Debía proteger a mi hijo, Robbie.

—Pero yo os hubiese protegido a los dos. Habríamos podido liberar a Sean de las garras de ese mal nacido si…

—No, no habríais llegado a tiempo —le interrumpió con angustia, tratando de controlar las lágrimas—. No conoces la maldad que hay en ese hombre. Tiene espías por todas partes. Kenneth Murray es un ser despiadado, sin alma. Mató a su padre y a su hermano para hacerse con el control del clan. Tiene a su mando a un grupo de mercenarios, gente sin escrúpulos que no dudarían en matar a un niño, si así se lo ordenase su *laird*. Han jurado lealtad a…

—Los mercenarios no juran lealtad a nadie, Vicky —comentó Robbie.

—En este caso, sí. Y no sabes la de cosas horribles que han hecho bajo sus órdenes.

—Me hubiese enfrentado a todo un ejército de mercenarios por ti y por tu hijo, si hubieses confiado en mí. Pero no lo hiciste.

Incómodo por aquella conversación que no le apetecía tener, se levantó y se alejó de allí a grandes pasos. Ella tan solo pudo verlo desaparecer, sintiendo cómo el corazón le oprimía el pecho. Sin más, se incorpora y vuelve al calor de su habitación, junto a su hijo.

Capítulo 3

Abigail observó la escena entre su hermano y su amiga desde la protección de su alcoba. Aun teniendo el hogar emitiendo un calor sustancioso desde hacía horas, James se había acercado para dejar un par de troncos gruesos que asegurasen no quedarse congelados en mitad de la noche. Ella permanecía apoyada en el alfeizar, con los brazos cruzados y sintiendo tristeza por ambos.

Los fuertes brazos de su esposo rodearon su cintura, pegándola a su cuerpo y dejando que su calor traspase la tela de su camisola. Cerró los ojos y se dejó vencer contra el duro torso de James, quien la abrazó con más fuerza y le dio un tierno beso en la frente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al oírla suspirar de aquella manera.

—Me entristece ver a mi amiga así, pero ver a mi hermano tan derrotado…

—Bueno, es lo que tiene estar enamorado —afirmó él.

Abigail se giró entre sus brazos para mirarlo a los ojos.

—¿De verdad crees que están enamorados?

—¿Acaso tú no?

—Tengo mis dudas, la verdad.

—Pues yo no tengo ninguna. Lo veo claro como el agua del

manantial —afirmó.

—¿Esa observación la haces desde tu perspectiva de *laird* que todo lo observa y todo lo sabe, o…? —intentó preguntar, pero los labios de James se posaron en los suyos para darle un cálido beso.

—Esa observación, mi querida esposa, la hago como hombre enamorado que soy. Porque veo cómo él la mira, de la misma forma en la que yo te miro a ti, y como ella lo mira a él, de la misma forma en tú me miras a mí.

—Sois muy observador, mi *laird* —dijo ella rodeando su cuello con sus brazos. Esta vez, el beso fue más ardiente, pues enseguida notó la dureza de su miembro golpear contra su vientre—. Y veo que ya estáis listo —susurró tras separar sus labios.

James la cogió de las nalgas y la elevó hasta dejarla sobre su cintura, permitiéndola rodearlo con sus piernas.

—Qué perspicaz sois, mi *lady* —gruñó contra su boca.

Caminó con ella sujeta entre sus brazos hasta llegar al borde de su gran cama, sentándose en el mullido colchón y dejándola a horcajadas sobre él. La ayudó a quitarse la fina tela de lino y así poder apoderarse de sus pechos desnudos para poder devorarlos con fervor. Abigail arqueó su espalda al sentir el calor de sus manos estrujar sus senos a la vez que jugueteaba con su lengua sobre su erecto pezón.

James necesitaba hundirse en ella y, sin más demora, la ayudó a descender sobre su miembro. Ambos gimieron de placer, besándose con hambre mientras comenzaban su sensual baile. Un baile del que eran ya unos expertos. Y mientras las llamas crepitaban en el hogar, los señores del castillo se dejaban llevar por la pasión.

En otra estancia, Aliena se escurría entre el grosor de las mantas de su confortable cama. Ian, al igual que James, colocaba algunos troncos gruesos para mantener el calor de la habitación durante toda la noche. Era su segunda noche de bodas, por llamarlo de alguna manera, aunque la llegada de Vicky había agitado bastante el ánimo de algunos miembros del clan. Concretamente, el de Robbie.

—¿En qué piensas, mi amor? —preguntó ella observándolo escarbar con el atizador.

—En los infortunios que a veces les suceden a las personas sin

buscarlos —respondió.

Dejó a un lado el hierro, una vez hubo colocado los troncos, y se fue a la cama junto a su flamante esposa. Aliena levantó las pesadas mantas, invitándolo a entrar con ella al refugio del calor de sus cuerpos. Ian sonrió al fijar su mirada en su vientre abultado, dejando constancia de la pronta llegada de su primer hijo. Porque esperaba, y deseaba, poder darle todos los hijos que ella quisiera tener.

—¿Hablas de ti, o de tu hermano? —dijo ella apoyando su cabeza sobre su desnudo torso. Cerró los ojos para embeberse del aroma masculino de su hombre y posó su mano sobre su calmado corazón. Ian la abrazó y la atrajo más hacia su cuerpo, besándola después en la coronilla.

—En realidad hablaba de Vicky. La conozco desde que éramos unos niños, es como una hermana para mí y saber que ha pasado por un infierno para llegar a nosotros me atormenta —contestó mirando al techo.

—Puedo hacerme una idea de lo que ha debido de pasar la pobre. Kenneth Murray es un depravado bastardo hijo de…

—¡Mi *lady*! Esa boca, por dios —protestó Ian, divertido—. ¿Qué diría vuestro esposo si os oyese hablar así?

—A mi esposo le encanta mi naturalidad —contestó esbozando una pícara sonrisa. Se movió bajo la ropa de la cama hasta colocarse sobre su esposo, pasándose su rojiza melena hacia un lado y agachándose para apoderarse de sus labios—. Le encantan mis labios y cómo los use dice que es decisión mía —dijo.

Mordisqueó con delicadeza el labio inferior de este, provocando que su erección despertase al instante. Ella se incorporó y posó sus manos sobre sus duros pectorales, sonriendo de forma traviesa. Desanudó el cordón que sujetaba su camisola y la dejó descender por su cuerpo hasta mostrar ante él esos redondeados pechos que tan loco lo volvían.

Con el cambio de temperatura, sus pezones se endurecieron, una señal que Ian aprovechó para tomar uno con sus labios y saborearlo mientras masajeaba el otro con su mano. Estaban llenos, hinchados y sabían a divinidad. Porque eso era su esposa para él: un ser divino caído del cielo. Aliena abrazó su cabeza y revolvió sus oscuros cabellos mientras notaba la calidez de su lengua acariciando sus

pechos.

—Ali, ¿estás segura? —susurró él completamente excitado antes de seguir y perder por completo el control.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Pues, porque… verás, yo no… —titubeó. De forma involuntaria llevó su mirada hacia su bajo vientre, lo que provocó la risa en ella.

—Mi amor, estoy embaraza, no enferma —dijo ella entre risas.

—Pero no quiero haceros daño a ti o al niño…

Aliena tomó su rostro entre sus manos y calló sus palabras con un ardiente beso. Se colocó mejor sobre su duro miembro y dejó que su cuerpo descendiera sobre él de forma lenta. Ian, al sentir el calor de su interior y la pronta humedad que lo envolvía, soltó un gemido que se perdió entre los labios de su esposa.

—Me harás daño si no me tomas en este instante, *skozkrbloðs* — afirmó ella.

Escuchar su nombre vikingo le hacía perder el control por completo, lo excitaba tanto que ya sí que no podría poner freno a su necesidad de hundirse del todo en ella. Con un rápido movimiento, invirtió las posiciones y comenzó a embestirla. Aliena abrió más sus piernas y elevó sus caderas hacia él para recibirlo con ansia.

Entre gemidos y el rechinar de la madera vieja que formaba su cama hicieron el amor de forma salvaje, como a ellos les gustaba.

Como cada día, el hogar de los Campbell de Clackmannanshire amanecía temprano y la vida entre sus muros pronto hacía acto de presencia con las voces de los guerreros que se disponían a realizar sus matutinos entrenamientos. El relinchar de los caballos en los establos, ansiosos por salir y sentir el aire mecer sus crines; las risas de las sirvientas que eran agasajadas por sutiles piropos por parte de los hombres que velaban por la seguridad de su *laird*, y los llantos de los gemelos que reclamaban por la presencia de su madre, aun habiendo sido ya destetados.

Aquella mañana, el cielo se veía gris y corría un gélido viento mensajero del avance de la fría estación que se avecinaba. Pronto las nieves comenzarían a cubrir los valles del Dollar Glen y todo a su alrededor. Y por eso, era tiempo de hacer acopio de provisiones y de llenar las despensas no solo de alimentos. La madera era un bien

muy preciado, pues con ella se calentaban los hogares y las cocinas. Cada uno tenía sus funciones establecidas dentro del castillo.

Mientras los ruidos del exterior y el corretear de los pasos de las sirvientas por los pasillos del interior de castillo advertían la llegada de un nuevo día, Vicky ayudaba al pequeño Sean a vestirse de nuevo con las únicas prendas con las que pudo cargar en su zurrón antes de la huida. Parecía estar más tranquilo, aunque se lo veía algo desorientado aún.

—Todo irá bien, cariño. Aquí nos tratarán bien y estaremos a salvo —dijo colocándole su pequeñita camisa blanca.

—Lo sé, mamá. El *laird* me lo prometió y confío en él. Es bueno —contestó seguro para sorpresa de su madre.

—¿Cómo puedes saber eso, si apenas hace unas horas que lo conoces?

—Por sus ojos, mami. A pesar de su color, no tienen odio como los de papá. Él me ayudó a bajar del caballo y me hizo sentir seguro —respondió.

Vicky sonrió al escuchar a su hijo hablar de esa forma tan animada y cercana del marido de su amiga. Se alegró por ella, por haber podido encontrar a un buen hombre que le diese un hogar y el amor que se merecía. No como hizo Kenneth, engañándola con sutiles palabrerías que endulzaban su oído y calentaban su corazón…, y otras partes de su cuerpo.

«¿Cómo pude ser tan estúpida? Si hubiese escuchado las advertencias de Abigail…», pensó lamentándose.

Unos ligeros golpes en la puerta llamaron su atención y a los pocos segundos vio asomar la hermosa figura de su tan querida amiga. La maternidad le había sentado muy bien, a su juicio, pues se la veía espléndida. Ambas se miraron con ternura y esbozaron unas enormes sonrisas. Tras Abigail, aparecieron su cuñada Aliena cargando con uno de los gemelos y otra chica llevando al otro niño entre sus brazos.

—Buenos días, ¿habéis dormido bien? —preguntó su amiga acercándose a ellos.

—Sí, lo cierto es que sí. Hacía mucho que no descansábamos así. Gracias, Abi —respondió ella estirando su mano hacia ella. Esta la tomó encantada y le dio un ligero apretón.

—Vicky, por favor. No hay nada que agradecer. Eres mi

hermana y haría lo que fuera por ti, ya lo sabes —dijo con sinceridad. Miró al pequeño, que observaba todo algo tímido y le acarició la mejilla—. Sean, ¿te gustaría acompañar a *Lady* Aliena a la cocina y degustar un delicioso bollo recién horneado por la señora Fitz? —le preguntó.

El niño abrió los ojos como platos y pasó una mirada ansiosa de su madre a esa señora de cabellos negros con nerviosismo. Estaba claro que la idea le encantaba.

—¿Puedo, mami? —suplicó a su madre.

—Claro que sí, cielo —contestó ella.

—Vamos, pero tenemos que ser cautos porque a la señora Fitz no le gusta mucho que nos comamos sus bollos antes del desayuno y no queremos que nos regañe, ¿verdad? —dijo Aliena estirando su mano hacia el niño. Sean corrió hacia ella y se sujetó con fuerza, mostrando una disposición y un despertar que pocas veces había mostrado en su anterior hogar.

—Si se enfada, puedo pedirle a mi nuevo amigo que nos defienda. Es muy fuerte —respondió el niño.

—Vaya, ¿tienes un nuevo amigo aquí? —preguntó la pelirroja.

—Sí, y es el señor de este castillo. De mayor quiero ser como él —aseguró Sean.

—Pues, te contaré un secreto, pequeño: —Aliena se agachó para estar a su altura— es mi hermano —susurró.

Seguida por Beth, salió de la habitación rumbo a la cocina y de la mano de un alegre Sean. Ambas amigas se quedaron solas en la habitación, casi sin saber qué decirse.

—Vicky, ¿por qué no me lo dijiste en Stirling cuando te ofrecí mi protección? —preguntó directamente Abigail.

—Porque no podía, Abi —respondió tras un largo suspiro—. Cada vez que viajábamos, Kenneth se llevaba a mi hijo a un lugar secreto y lo dejaba custodiado por algunos de sus hombres. Si yo intentaba escapar o pedir ayuda, él daría la orden de matarlo —dijo para asombro de su amiga.

—¡Pero, Vick! Eso es horrible. —Sin más, Abigail la abrazó con fuerza.

—Ha sido horrible, Abi. No te haces una idea de las torturas a las que fui sometida, de su maltrato diario, sus abusos —sollozó entre los brazos de su amiga.

—Santo cielo —logró pronunciar ella—. Pero, no lo entiendo, Vicky. ¿No se supone que Kenneth es el padre de Sean?

—Eso le da igual, Abi. No le importa nada, salvo el poder. Mató a su padre, encerró a su hermano, y luego lo mató cuando logró huir. Y todo por lograr el control del clan. Muchos partidarios de Brian se marcharon ante tal afrenta, pero él se rodeó de mercenarios. Asesinos despiadados sin alma alguna. Son peligrosos, muy peligrosos.

—Vicky, nosotros te hubiésemos protegido. James hubiese enviado a sus hombres a…

—No hubiesen llegado a tiempo, Abigail. ¿No lo entiendes? Es un monstruo —dijo abriéndose el vestido para dejar ver las marcas que ese bastardo le había dejado en su piel.

Su amiga, ante tal atrocidad, se tapó la boca con ambas manos y ahogó un grito. No podía creerse lo que estaba viendo. Unas líneas enrojecidas surcaban la espalda y el pecho de su amiga. Cicatrices que dejaban claro que llevaban poco tiempo allí y que contaban una historia terrible. Abigail volvió a abrazar a su amiga, quien rompió en un llanto desconsolado entre sus brazos.

—Pagará por esto, Vicky. Te lo juro —susurró acariciando sus dorados cabellos.

—Por favor, no le hables de esto a Robbie.

—En cuanto a eso…

—Abi, júramelo. Tu hermano no puede saber nada de esto —imploró de nuevo.

—Te lo juro, Vicky, pero tendrás que decirme qué hay entre Robbie y tú.

—Es complicado y largo de contar…

—Bien. Suerte que Ali y Beth se hayan llevado a Sean. Tenemos tiempo antes de bajar a desayunar. —Abigail la instó con su mirada a comenzar su historia.

Vicky suspiró sabiéndose sin posibilidad de eludir aquella conversación. Ordenó todo en su cabeza y empezó a relatar su primer encuentro en Edimburgo, con calma y sintiendo añoranza a la vez.

Capítulo 4

Abigail se quedó en *shock* durante todo el relato de su amiga sobre sus encuentros con su hermano Robbie en Edimburgo. Estaba atónita al oír, cómo se había enamorado del hombre que se encontró en la ciudad. Nunca se hubiese imaginado que algo así podría pasar. Sobre todo porque ella siempre supo de la fuerte atracción que Vicky sentía por su otro hermano, Ian.

Sí es cierto que había visto a Robbie mirándola de forma disimulada en varias ocasiones, pero nada más allás de las típicas miradas furtivas de un adolescente que comenzaba a entrar en la etapa de los amoríos y encuentros fugaces. Lo achacó a algo típico de la edad, pues recuerda cómo había sido el paso de su hermano, Ian, de esa etapa a la madurez más absoluta. Aunque, cierto era que él siempre había sido mucho más maduro que el resto de jóvenes de su misma edad.

Pero, ¿Vicky y Robbie? Jamás lo hubiese adivinado.

—Abi —pronunció su amiga para traerla de vuelta de sus pensamientos—, ¿estás molesta porque me haya enamorado de tu hermano pequeño? —preguntó para su sorpresa.

—¿Lo amas de verdad?

—Así es. Jamás pensé que podría ver al pequeño de los SinClair

con ojos de mujer pero…

—Vicky, no hay nadie mejor que tú para mi hermano —dijo tomándola de las manos.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí. Os conocéis desde niños, Vick. ¿Quién hay mejor que tú para ser su mujer?

—Gracias, amiga —respondió abrazándola con ternura—. No sabes lo que esto me atormentaba. Creía que te acabarías molestando porque haya engatusado a tu hermano pequeño y…

—Jamás pensaría eso de ti, de verdad. Pero permíteme que aún me cueste un poco digerir toda esta información. Créeme si te digo que es algo que jamás hubiese pensado, pero ahora que me lo has contado, Vick, tenéis toda mi bendición. Y estoy segura que tanto Ian como papá estarán de acuerdo conmigo —afirmó Abigail.

—Por cierto, cuéntame lo de Ian porque aún sigo sin creerme que esté vivo. Te juro que pensé que me había muerto y estaba en el cielo cuando lo vi ayer en el salón.

—Ah, bueno. Eso es una historia que Aliena te puede contar con sumo gusto mientras degustamos el delicioso desayuno que la señora Fitz nos ha preparado a todos.

Ambas amigas abandonaron la estancia para dirigirse al salón al encuentro de las otras mujeres y los pequeños. Las encuentran sentadas a la mesa, riendo divertidas al ver a Sean devorar con ansia uno de los bollos recién horneados por las cocineras. Vicky sonrió viendo esa imagen y pudiendo comprobar lo relajado que estaba su hijo.

En ese castillo se respiraba un ambiente familiar lleno de amor y respeto, algo imprescindible para la buena crianza de los niños y que por desgracia no pudo darle al suyo. Se entristeció por unos segundos, hasta que sintió el apretón de mano de su amiga. Abigail siempre supo cuándo estaba a punto de derrumbarse y lograba traerla de vuelta con un mínimo gesto. Por eso la quería tanto. Ella era la hermana que nunca tuvo.

Tomaron sus respectivos lugares y comenzaron a dialogar de forma distendida. Por supuesto, el tema que más ocupó su conversación fue el secuestro de Aliena y el reencuentro con Ian. Una historia que hizo que Vicky pasase de la sorpresa al estupor e incluso a la angustia y el dolor. Sobre todo con el relato de lo vivido

durante su cautiverio entre aquellos piratas.

Iona apareció en el salón, dando órdenes a las muchachas que se encargaban de la limpieza de las estancias del castillo y resoplando por tener que lidiar con mentes alocadas que solo pensaban en llamar la atención de los guerreros del clan. Se acercó hasta donde ellas estaban para poder darle el merecido abrazo maternal a esa jovencita rubia risueña que había visto crecer durante sus años conviviendo con los SinClair.

—Mis niños reunidos de nuevo —dijo rodeándola con sus brazos.

—Nana, no sabes cuánto me alegro de verte.

—Has debido de pasar por un tormento, mi cielo, pero ya estás a salvo y aquí te cuidaremos todos. A los dos —comentó tomando el rostro de la joven entre sus manos.

—No sé cómo voy a poder pagaros por tanta amabilidad…

—No tienes que pagar nada, Vicky. Lo hacemos con gusto. Además, eres prácticamente mi hermana y la familia está para ayudarse —afirmó Abigail.

—Opino como ella. La familia estamos para apoyarnos, ayudarnos y protegernos —secundó Iona las palabras de su ahijada.

—¡MacKay! ¿Es que siempre tienes que hacer tus entradas a lo grande? —La voz de Ian sobresaltó a la joven, quien se liberó del abrazo de Iona y corrió hacia los suyos. Este la alzó en el aire como cuando eran niños, provocando que Vicky riese.

—Ian SinClair, si me juran que mis ojos volverían a verte, no me lo hubiese creído —pronunció ella con emoción en cuanto sus pies volvieron a tocar suelo firme.

—¿Acaso crees que no iba a despedirme de mi rubia loca favorita?

—Debo felicitarte por tu recién casamiento y tu pronta paternidad.

—Veo que ya conoces a mi esposa —dijo él desviando su mirada hacia su pelirroja traviesa, que le sonríe de forma pícara mordiéndose su labio inferior de forma sensual.

—Sí, y ya me ha contado vuestra aventura por tierras vikingas.

—¿Toda la aventura? —preguntó él divertido.

—Toda no, mi amor. Hay detalles que quizás no se deban compartir —respondió Aliena.

James entró en ese momento, con semblante serio y portando una carta que acababa de recibir. Abigail sintió que su corazón se paraba de golpe, pues sabía de la firme decisión del rey Jacobo de entrar en guerra con los ingleses.

—Ali, Ian, necesito que vengáis a mi despacho. Tengo algo que hablar con vosotros —dijo, mirando a ambos. Fijó su gris mirada en su esposa, quien pudo respirar al comprender el mensaje de que todo estaba bien. La guerra se mantenía parada… por el momento.

James cerró la puerta tras su hermana y su cuñado, y se posicionó en su lugar al otro lado de la mesa. Ambos lo miraban intrigados, preguntándose el motivos de la repentina reunión.

—¿El rey os convoca para la guerra? —dijo Aliena temerosa de la respuesta.

Su hermano la miró de soslayo, sorprendido por esa pregunta y les entregó la carta que tenía en sus manos.

—No, hermanita. No habrá guerra, por el momento, pero esta noticia os compete a vosotros. Concretamente a ti, Aliena —afirmó James.

—¿A mí? —Intrigada, tomó el papel entre sus manos y leyó con suma atención. Su semblante cambió de sorpresa a un estupor que dio paso a la rabia. Sus ojos se inundaron segundos antes de arrugar la hoja entre sus manos—. Una conspiración… Todo fue una conspiración para optar al control del clan —balbuceó.

Ian abrazó sus manos con las suyas y le apartó un mechón de su rojiza cabellera que le caía sobre el rostro.

—Ali…

—No lo entiendes, Ian. Ese cerdo bastardo de Torquill siempre me odió, y a Alaister. Se le perdonó la vida en varias ocasiones por ser el padrastro de Ruairi y por el amor que Al le seguía profesando a su hermana muerta. Ese hombre era malo para el clan y así se lo dije mil veces…, pero no me quiso escuchar. Y ahora está muerto por la ambición de un hombre que…

—Está muerto, Ali —dijo James en ese instante. Ella lo miró atónita ante tal afirmación, sin encontrar más palabras qué decir—. Jacobo me ha escrito para decirme que Tormod, como chieff de los MacLeod, se encargó de detener y ajusticiar a Torquill ante la atenta mirada de todo el clan de Lewis —le explicó.

—Pero, ¿quién lidera el clan, ahora? —preguntó ella.

—Pues ha pasado a manos de su sobrino, Ruairi. El muchacho será quien lleve las riendas a partir de ahora —respondió.

—¡Ruairi es un niño, por el amor de dios! Apenas sabe nada de los entresijos…

—Y por eso, Tormod lo ha tomado bajo su protección y ha dejado al mando del clan al lugarteniente de Alaister, Clifford MacLeod, mientras entrena y prepara al muchacho para ocupar su puesto de *laird*.

—Cliff —pronunció Aliena con añoranza. Era el mejor amigo de su esposo muerto.

—¿No iba con vosotros cuando os atacaron? —preguntó Ian. Le sorprendía que un lugarteniente no acompañase a su *laird*. Gavin solía acudir a todos los encuentros en los que se requería la presencia de James Campbell.

—Sufrió un accidente entrenando y debía mantener reposo. Intentó venir, pero Al se lo impidió —contestó ella.

—Sea como sea, y viendo con el cariño con el que hablas de él, Tormod ha tomado la mejor decisión para el clan y lo ha dejado en las mejores manos. Yo le pedí a Jacobo que me mantuviese informado sobre este tema, ya que te atañe a ti, Ali. Espero que esto sirva para que puedas despedirte de tus fantasmas para siempre —comentó James.

—Bueno —dijo ella entrelazando sus manos con las de su esposo —, mis fantasmas hace ya tiempo que están en paz, pero gracias, Jamie.

—Para eso está la familia, hermanita. Ahora vayamos a desayunar algo o el rugir de mis tripas se oirá en varios condados a la redonda.

En el salón, varios guerreros se habían unido a la degustación de los deliciosos bollos rellenos de mermelada que la señora Fitz hacía cada día. Todos se volvían unos niños pequeños, ansiosos por probar esos manjares que los hacía retornar a su edad más infantil. Sean, que al principio se había sentido algo cohibido por la aparición de aquellos fornidos hombres, parecía feliz recibiendo tantas atenciones por parte de todos.

Liam, un muchacho que se había ganado el respeto tanto de todos sus compañeros como de su *laird*, bromeaba con el pequeño,

haciendo que la risa de Sean inundase toda la estancia. A Vicky le gustaba ver a su hijo tan relajado y tan feliz.

Abigail fue consciente de la conexión entre su amiga y el guerrero. Por un instante, le alegró ver cómo todos la aceptaban y le daban la bienvenida al clan, pero la imagen de su hermano apareciendo en el salón, disipó todo pensamiento positivo. Sobre todo al observar el semblante serio y oscuro que se le puso al ver a Vicky tan cercana con Liam.

—Buenos días a todos, ¿qué deliciosas sorpresas nos han preparado hoy en las cocinas? —preguntó Gavin entrando con su clásica sonrisa, provocando las risas nerviosas entre las jóvenes sirvientas—. Sonríe un poco, Rob. La vida está para disfrutarla —dijo palmeando con ligereza su hombro al pasar a su lado y ver la dureza de su mirada.

Vicky, al verlos entrar, se levantó y se acercó a ellos. Gavin, con sumo disimulo, se alejó de la pareja y tomó asiento junto a Fergus, dejando la silla del *laird* libre.

—Robbie, ¿podríamos hablar un momento? —preguntó con nerviosismo.

—Es Rob, y creía que ya lo habíamos hablado todo anoche —respondió con sequedad.

—Por favor, yo…

—Buenos días, Rob —pronunció una sirvienta pasando por su lado, acompañada de otra muchacha que portaba un cesto lleno de ropa. La joven de cabellos castaños esbozó una pícara sonrisa y se pasó la punta de su lengua por sus labios de forma disimulada, pero perceptible para quien estuviese frente a ella.

—Bueno días, Sussy —contestó él mirándola con deseo—. Espero que hayas dormido bien.

—Así es, pero mejor me he despertado esta mañana —cocontestó ella.

—Me alegro —dijo él.

Vicky lo miró atónita por atreverse a tontear de esa forma tan descarada delante de ella. Por suerte, las muchachas desaparecieron de su vista en pocos segundos.

—Perdona, ¿qué decías? —preguntó él con cierta ironía. No había buscado esta situación, pero se alegró de que ocurriese.

—¿Ahora te acuestas con niñas?

—Eso no es asunto tuyo, Vicky.

—Lo es porque estoy aquí queriendo hablar contigo y tú estás tonteando con una niña que…

—Al menos ella no se ha quedado preñada del primero que pasa por su cama.

El bofetón resonó tan fuerte que todo el castillo se quedó en silencio. James, Aliena e Ian entraban en el salón justo en ese momento y se quedaron pasmados viendo la escena. Abigail, en cambio, se levantó de un salto de su asiento al ver cómo los ojos de su amiga se empezaban a llenar de lágrimas. Vicky, sin poder creerse lo que Robbie le acababa de decir, subió corriendo las escaleras hacia su habitación. Sean salió corriendo tras su madre.

—¡¿Se puede saber qué demonios te pasa, estúpido cabezota?! —le recriminó a su hermano.

—No es asunto tuyo, Abigail —respondió él.

—Oh, ya lo creo que es asunto mío…

—¡No! ¡No es asunto tuyo, ni de nadie! —vociferó Robbie dando un paso hacia su hermana, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Rob —inquirió James al ver sus intenciones.

Durante unos eternos segundos, ambos hermanos se desafiaron con la mirada, con el pulso y la respiración agitada. Robbie resopló, se giró y desapareció de allí a grandes pasos.

—Creo que me toca hacer de hermano mayor —comentó Ian saliendo detrás de él.

Abigail, por su parte, tomó los faldones de su vestido entre sus manos y emprendió camino en busca de su amiga. Ni siquiera esperó a que su esposo o Aliena le preguntasen qué había pasado. Tan solo se imaginaba a la pobre de Vicky desolada y llorando sola. Con todo lo que había pasado en estos años, era lo que menos necesitaba ahora mismo.

—A veces me avergüenza llamarte hermano, Robbie SinClair —protestó subiendo las escaleras.

Cuando entró en la habitación, se encontró a una desolada Vicky abrazando sus piernas y siendo consolada por su hijo.

—Ay, amiga —dijo Abigail apresurándose a rodearla con sus brazos.

—Ha sido un error venir aquí. Siento mucho haber alterado la

armonía de…

—No digas eso ni en broma, Vicky MacKay. Eres bienvenida y de aquí no te mueves. Mi hermano es un estúpido y un inmaduro, como siempre lo ha sido. Hay momentos en los que tengo un deseo irrefrenable de golpearlo con dureza por su comportamiento arrogante —afirmó acariciando sus dorados cabellos.

—¿Por qué nos odia ese hombre? —preguntó Sean.

—No, cielo. Robbie no os odia, pero es un estúpido —contestó Abigail.

—No me gustan los estúpidos —dijo el niño, haciendo así que ambas mujeres se riesen ante su naturalidad.

—¿Por qué se comporta así conmigo, Abi?

—Porque es un caprichoso, Vicky, ya lo sabes. Y porque es un tonto enamorado que se niega a reconocerlo.

—Dudo que quede algo del amor que nos profesamos en Edimburgo. Aquello se quedo en otra vida, al parecer.

—Habla con él, Vick. Cuéntale todo por lo que has tenido que pasar. Tal vez si le muestras…

—No. Abigail, me lo prometiste. Robbie no puede saber nada de lo que Kenneth me hizo —aseveró ella.

—Pero, amiga, de veras creo que todo este lío se solucionaría si tú y él…

—No, ya es tarde. Anoche no me quiso escuchar y hoy ya ves el resultado. Está claro que Robert SinClair o Campbell ya se ha olvidado de mí —dijo. Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia en el segundo en el que terminaba de pronunciar aquellas palabras. Se llevó las manos a su rostro y refugió su dolor entre el tierno abrazo de su amiga y su hijo.

—Todo se arreglará Vicky, ya lo verás. Yo te ayudaré —prometió Abigail.

Capítulo 5

—Robbie, espera —le pidió Ian a su hermano.

Cuando un SinClair se enfadaba, los cimientos del mundo entero se tambaleaban. No era la primera discusión entre ambos hermanos, salvo porque esta vez había otro dispuesto a hacer de pacificador. Como siempre, ese era el papel que le había tocado ejercer a Ian. Por eso, en cuanto vio a su hermano salir airado del castillo, fue tras él.

—Déjame solo, hermano —protestó Rob al ver que seguía sus pasos.

—Sabes que no lo haré.

Robbie aceleró el paso hasta estar bien lejos de los muros del castillo, siendo consciente de la presencia de Ian. Resopló al comprender que no se iba a librar de su hermano hasta que no aceptase hablar con él. Se paró entre la arboleda, con los puños apretados y se giró para enfrentarlo.

—¿Vienes a regañarme por la discusión con Abi o por el bofetón de Vicky? —preguntó airado.

—Vengo porque estoy preocupado por ti. Porque llevo viendo cómo hay algo que te está atormentando desde hace tiempo y no creo que tenga nada que ver con ella. No del todo, al menos.

—¡Qué perspicaz, hermano!

—Soy un SinClair, al igual que…

—Yo soy Campbell. Robert Campbell, y no Robbie SinClair. Ese niño roto ya no existe —aseveró.

Ian lo miró pasmado tras oírlo referirse a sí mismo de esa forma tan despectiva. Se dio cuenta que su hermano tenía algo mucho más profundo machacando su alma, y ese algo no llevaba nombre de mujer.

—¿Por qué dices eso, Robbie? Nadie piensa que estés roto —dijo tratando de apaciguar la furia que veía en sus ojos.

—¡Todos lo piensan! ¡Todos se reían de mí porque me había convertido en un puto lisiado que no podía correr y, por lo tanto, no podría luchar nunca más! —vociferó con rabia.

—Hermano, pero…

—¡Fue tu culpa, Ian! ¡Si tú no hubieses ido por aquellos acantilados, nada de esto hubiera pasado! —le gritó a su hermano, que estaba completamente en *shock* al verlo tan fuera de sí. Robbie se dejó caer de rodillas al suelo, se tapó el rostro con sus manos y rompió a llorar. Ian, angustiado, se arrodilló junto a él y apoyó sus manos sobre sus hombros.

—Hermano, por favor, habla conmigo. ¿Qué te ocurre? ¿Qué puedo hacer yo para aliviar tu dolor? —suplicó.

—No puedes hacer nada, Ian. Ya no. Jamás seré un digno esposo para nadie porque no podré proteger a mi mujer al igual que tú o James o Fergus…, o incluso padre es capaz de empuñar una espada mejor de lo que jamás lo haré yo —dijo liberando así el mal que le estaba oprimiendo.

—Pero, eso no es cierto, Rob. Yo te he visto entrenar con Gavin y nadie podría decir que tu pie te dificulta los movimientos. Hasta te he visto luchar con James y lograste defenderte con soltura. Ya sabes que a nuestro cuñado es muy difícil ganarle, pero aún así lograste resistir bien. Eres un gran guerrero porque te esfuerzas al máximo y más. Y serás un buen esposo que podrá proteger a su familia…

—¿Y por qué ella no me eligió cuando se lo ofrecí?

Ahí estaba la gran pregunta para la que Ian no tenía respuesta alguna.

—No lo sé, hermano, y dudo mucho que Vicky a mí me contase

algo. Tal vez debas hablar con ella —respondió.

—O tal vez deba pasar página y buscarme a una muchacha más acorde con mi condición —dijo dejando asomar la oscuridad de nuevo en su mirada.

—Vicky es perfecta para ti.

—Pero no me eligió —dijo, poniendo fin así a su conversación.

Robbie se dedicó a evitar tener que encontrarse con Vicky. Por ese motivo, se ofreció voluntario para salir a patrullar el perímetro del territorio del clan junto con dos compañeros más. De esa forma, se garantizaba estar lejos de ella durante varios días y poder así poner en orden todos sus pensamientos.

Vicky, por su parte, se adaptaba a la vida tras los muros del castillo Campbell. Se pasaba los días entre risas y confidencias con Abigail y Aliena, que era la que más interesada estaba en saber cosas sobre la época de niño de su esposo.

La habían aceptado enseguida y eso hacía que lograse alejar de su mente esos pensamientos de abandonar tierras Campbell. Bueno, y por las atenciones que el joven Liam le mostraba cada vez le era posible. Era un hombre muy apuesto, gentil y se portaba muy bien con Sean. Eso era lo más importante para ella, que su hijo dejase de temer a la figura masculina.

Aunque su corazón seguía latiendo con fuerza por Robbie, había aceptado que jamás lo volvería a tener y había decidido mirar hacia el futuro. Se había cansado de hacer las cosas para halagar a otros hombres. Esa Vicky alocada había muerto el día que cruzó las puertas de GilliesHill de la mano de Kenneth Murray y sus falsas promesas de amor.

Le dolía tomar esa decisión, pero estaba claro que Robert Campbell prefería agasajar a otras muchachas y le había dejado claro con sus desplantes que ya no tenía interés alguno en ella. Por ese motivo, decidió dejar que Liam siguiese con sus halagos. No estaba enamorada de él, ni siquiera sentía latir su corazón de igual forma, pero quería hacerle un hueco en su corazón. Debía intentarlo y aprendería a amarlo con el tiempo.

Las noches ya eran bastante frías, pero aún así, aquella noche, el tiempo les había concedido una pequeña tregua para que pudiesen despedirse de los tiempos cálidos.

James observaba la inmensidad de su territorio desde su rincón privado del castillo, su lugar donde escapar de la realidad. Permanecía apoyado sobre la dura piedra del muro, ordenando sus pensamientos y observando la noche despejada que se cernía sobre su cabeza. Un manto oscuro salpicado por tintineantes estrellas, pero falto de su reina nocturna. Esa noche no había luna que iluminase los caminos.

La misiva que había llegado esa mañana informándole de la pronta llegada de Rodderick Stewart lo había puesto de mal humor. No se trataba de una visita habitual, venía a tratar el tema de la necesidad de mantener controladas las ansias de guerra de Jacobo contra Inglaterra. No era un tema del que quisiera volver a hablar, pero estaba claro que algo debían hacer para no acabar entrando en una lucha absurda que tan solo servirá para ocasionar decenas de bajas en el bando escocés. Enrique VIII no era un monarca conocido por ser alguien compasivo y condescendiente. Por mucho que quien lo desafíe sea su propio sobrino.

—¿Es que no me vas a dejar envejecer tranquilo, señor? —dijo en forma de plegaria al cielo.

Unos brazos femeninos lo rodearon por detrás, haciendo que sonriese al notar contra su espalda los grandes pechos de su mujer. Pasó un brazo por encima de su cabeza y la atrajo hacia su cuerpo.

—¿Pidiéndole algo imposible a nuestro Dios?

—Suplicando, más bien —respondió. Le dio un cálido beso en su fría frente y la abrazó con más fuerza.

Unas voces en el patio llamaron la atención de ambos. Al mirar hacia abajo, vieron a Vicky caminando junto a Liam y al pequeño Sean saltando a su alrededor. Se les veía felices. Abigail suspiró con fuerza pensando en que esa no era la pareja que debían formar.

—¿No apruebas que tu amiga esté con Liam? Es buen muchacho —comentó James.

—Sé que Liam es un gran hombre, mi amor, pero…

—No es Robbie.

—No, no es el testarudo y cabezota de mi hermano.

—Pero ellos parecen haber decidido no estar juntos y nosotros debemos respetarlos —dijo él.

—Ya —contestó ella sin más. Algo asomó en su cabeza en ese instante, una idea para hacer que el terco de Robbie abriese los ojos

y se diese cuenta que la única mujer apta para él era Vicky.

—Cariño, no —se apresuró James en decir.

—¿Cómo puedes saber lo que estoy pensando?

—Porque te conozco muy bien. Te pido, por favor, que no te metas. Ya sabes cómo es el temperamento de tu hermano y lo poco que le gusta que te metas en sus asuntos. Y tengo que decir, en su favor, que tiene razón.

—¿Me estás diciendo que me quede cruzada de brazos mientras veo como dos personas que se aman con locura, hagan el tonto y cometan un terrible error?

—Te pido que dejes que las aguas sigan su cauce. Se darán cuenta en algún momento de que se necesitan y que no pueden pasar más tiempo el uno lejos del otro. Créeme, lo harán. Solo hay que tener paciencia —dijo él.

—¿La misma que tuviste tú conmigo?

—Exacto. Al final, este terco y cabezota tuvo que sucumbir a sus sentimientos y reconocer que tú eras la única dueña de su corazón.

—No sin antes encamarte con otra mujer…

—¿No me lo vas a perdonar nunca, mujer?

—Solo si me haces el amor ahora mismo —susurró poniéndose de puntillas para poder acariciar con la punta de su lengua el lóbulo de la oreja de su esposo.

Ese sensual gesto despertó la masculinidad de su entrepierna y sin demorarse más, la tomó entre sus brazos y se apoderó de sus labios con fervor. Caminó a grandes pasos hasta el interior de su rincón secreto, cerrando la puerta tras él. Iba a tomarla allí mismo, sin prisa pero sin pausa.

En cuanto se quedaron desnudos, la alzó hasta dejarla sobre su cintura. Necesitaba entrar en ella ya, así que la ayudó a descender sobre su erecto miembro. Al notar su humedad y su calor abrazarlo, James gruñó de excitación. Era maravillosa, una mujer impresionante que siempre estaba dispuesta para él y lo llevaba a la locura.

Necesitaba poder saborear sus pechos, ya que los notaba hinchados restregarse contra su pecho mientras invadía todo su interior. Caminó con ella bien sujeta a su cuello hasta acabar sentado sobre el pequeño sofá rojo y ahí dejó que ella obrase su magia. Abigail empezó a moverse con lentitud, dejando que su

masculinidad profundizase más en ella y permitiéndole a él tomar sus pechos y saborearlos con pasión.

Su hombre, su gran *laird* que la tomaba cada noche, cada mañana al despertar y siempre que ella así lo requería. Su esposo que siempre le hacía el amor como si fuese la primera vez que la tomaba. Su demonio de ojos grises que la devoraba con fervor en cada uno de sus encuentros.

Excitados y jadeantes, hacen el amor de forma apasionada.

A la mañana siguiente, el día decidió despertar de unas tonalidades grises que tan solo auguraban la pronta llegada de una tormenta. Nada que no sorprendiese a los escoceses, pues el tiempo allí siempre era así de variopinto. Aún así, como cada amanecer en cualquiera de los clanes del reino de Escocia, los guerreros eran casi los primeros en levantarse y comenzar el día con sus rutinarios entrenamientos.

Robbie dormía profundamente aún cuando un bulto femenino comenzó a moverse bajo las sábanas de su camastro. Una joven de cabellos castaños, risueña y de ojos oscuros, se desperezaba de una agitada noche llena de pasiones desenfrenadas. Conocedora de la eficacia de unas buenas caricias sobre ciertas zonas en el cuerpo masculino, la muchacha acarició con sus dedos el dormido miembro de su compañero de cama.

Tal y como ella ya sabía, no necesitó de mucho más estímulo para despertar el deseo de nuevo en el cuerpo del guerrero que descansaba junto a ella. Con una postura relajada, boca arriba y con la simple cobertura de una gruesa tela, Robbie despertó excitado al sentir los cálidos besos que Sussy le daba alrededor de su miembro.

Su cuerpo reaccionó en el mismo instante en el que ella se metió su pene en su boca, emitiendo un enronquecido gemido. Ella, al comprobar la urgencia en él, aceleró sus movimientos y dejó que su miembro rellenase su boca por completo. Robbie ya no podía más. Se retorcía de placer, deseando que no cesase con sus acometidas. Pero no quería derramarse en su boca.

Con un ágil movimiento, la hizo colocarse sobre él a horcajadas. La penetró de una embestida, provocando que gritase al sentir la incursión. Ya con sus cuerpos acomodados, empezaron el baile sobre el pequeño colchón de su camastro. Sussy Campbell era de

figura pequeña, delgada pero de pechos grandes.

Robbie, loco ya de deseo, la animó a cabalgarlo a buen ritmo y así lo hizo ella. Con sus cuerpos ardiendo con cada roce, con cada caricia, ambos llegaron a un ansiado clímax que los dejó exhaustos. Momentos después, salían juntos de la estancia ubicada en el ala donde se encontraban las habitaciones para los guerreros.

De camino al campo de entrenamiento, se despiden a los pies de la escalinata principal. Sussy debía presentarse cuanto antes en su puesto de trabajo o acabaría teniendo que soportar otra más de las broncas que Iona le propiciaba todas las mañanas. Justo en el momento en el que separaron sus labios, Vicky apareció ante ellos. Iba acompañada del pequeño Sean y de su fiel guardián, Liam.

Rob se arrepintió al instante de haber provocado el dolor tan grande que pudo ver en los verdes ojos de la mujer que le había robado el corazón. Sacudió su cabeza para eliminar esos pensamiento de su mente, saludó con gesto cordial y se alejó de allí en dirección al campo de entrenamiento.

Liam entrelazó su mano con la de Vicky tras aquel incómodo encuentro, ya que él era conocedor de los sentimientos que ella aún le profesaba a ese testarudo y engreído de Robert Campbell. No entendía cómo podía hacerle algo así a una mujer tan maravillosa como ella. Y más sabiendo que él la correspondía de la misma forma.

—No se lo tengas en cuenta, Vicky —pronunció mostrándole su apoyo.

Ella lo miró y sonrió agradecida por sus palabras.

—No puedo evitarlo, Liam. El corazón siente lo que siente y elige a quién menos te lo esperas como dueño y señor de todo —respondió.

—Pero a veces se puede equivocar de elección y tal vez se deba abrir posibilidad a otras opciones.

—Eres un gran hombre, pero yo aún no estoy preparada para dejar entrar a nadie más. Lo siento, Liam.

—No tienes que pedirme perdón, Vicky. Mantengo la esperanza y, salvo que tú me digas lo contrario, me gustaría que me permitieses seguir estando a tu lado…, aunque sea como un amigo —dijo él.

—Por supuesto que quiero seguir conociéndote y me encantaría

que siguieses a mi lado. Estás siendo un gran apoyo para mí y te lo agradeceré eternamente.

—Bien, porque eso me lleva a la siguiente conversación —contestó él, dejándola intrigada—. Como ya sabrás, se va a celebrar una pequeña velada por la visita del emisario del rey y me gustaría que fueses mi acompañante —dijo.

—Claro, no tengo a muchos sitios a donde ir y estaré en la fiest…

—No me estás entendiendo, Vicky. Quiero que seas mi pareja, que todos los bailes sean solo para mí —afirmó él.

Vicky se quedó pensativa durante unos segundos, pues cederle todos los bailes a un solo hombre durante toda una velada podía desencadenar una serie de rumores que para nada estaba dispuesta a soportar. Todos empezarían a comentar la posibilidad de un romance entre ambos y no quería que eso sucediera ni que Liam se hiciese ilusiones. Y mucho menos, deseaba que eso llegase a oídos de Robbie.

Justo en ese momento de duda, la joven sirvienta que momentos antes estaba besando los labios del guerrero, pasó junto ellos. Vicky pudo ver cómo la miraba con cierto aire de superioridad y eso hizo que la rabia se apoderase de ella. Miró a Liam y lo tomó de ambas manos, segura de la decisión que acababa de tomar.

—Iré contigo al baile y seré tu pareja de baile durante toda la noche —sentenció para alegría del muchacho de ojos marrones que siempre la miraba con tanta devoción.

Capítulo 6

La llegada de Rodderick Stewart fue el momento más emocionante que sucedía en semanas y eso se notaba entre los habitantes del castillo. Su *laird* no estaba de buen humor, ya que se veía obligado a celebrar un banquete en honor de su invitado inesperado y todos eran conocedores de lo poco que James Campbell gustaba de tales eventos.

Pero no era el único que estaba de un humor de perros. Abigail, como señora del clan, caminaba ansiosa de una estancia a otra y dando órdenes a cada sirvienta de cómo se debían realizar los trabajos diversos durante la estancia del enviado del rey. Acompañada por su madrina y ama de llaves, Iona, recorría cada zona del castillo revisando que todo estuviese en su debido lugar.

Aliena y Vicky cuidaban de los niños, ya que Beth había desarrollado un agotamiento algo atípico en las embarazadas en los primero meses de su embarazo. Abigail la obligó a mantener reposo absoluto y le dijo que no debía salir de la cama durante todo el día. Los niños estaban en buenas manos y podía prescindir de su ayuda.

Todo el castillo era una locura, pero en el exterior las cosas no iban mucho mejor. Al igual que su jefe del clan, los guerreros no estaban nada animados por la visita del emisario. Tan solo se veían

motivados por el tema de la recepción que se iba a celebrar y eso significaba que podrían tener unos momentos de relajación durante unas horas. Pero, aún así, debían reforzar la vigilancia y seguridad de todo el perímetro, tanto interior como exterior.

Robbie fue enviado a comprobar las inmediaciones del castillo junto a un grupo de guerreros. Ya había comprobado la tensión que había crecido entre su cuñado y el joven Liam desde hacía algunos días y prefería mantenerlos alejados el uno del otro. Tenía suficiente carga con tener que lidiar con Rodderick Stewart, como para tener que hacer de hermano mayor entre sus propios hombres.

Y el emisario del rey llegó.

El estruendo de los cascos de los caballos que escoltaban el pomposo carruaje en el que viajaban Rodderick, su esposa y su dama de compañía hizo vibrar el suelo bajo los pies de todo el clan Campbell que permanecía parado al pie de las escaleras. Acompañados de una gran comitiva, cómo no podía ser de otra forma en alguien como Stewart, el patio del castillo enseguida se llenó de caballos ansiosos por despojarse de sus monturas y descansar de tanto ajetreo.

La portilla del engalanado carruaje se abrió de golpe y un hombre de mediana estatura, de regordeta figura y ojos marrones salió esbozando una enorme sonrisa.

—¡James Campbell! ¿Dónde está ese *whisky* del que todo el mundo habla? —vociferó acompañado de una sonora risotada.

—Stewart, siempre entrando con elegancia —bromeó James acercándose a él.

Ambos hombres se dan un fuerte abrazo, golpeando sus espaldas con sonoros manotazos. Edine Stewart se dispuso a descender por las escalerillas cuando la gentil mano de James apareció ante ella. No dudó en aceptar la ayuda de uno de los hombres más apuestos de la corte del rey y se aferró a él con fuerza.

—¡Ah, la impresionante *Lady* Campbell! —exclamó Rodderick en cuanto estuvo ante Abigail.

Ella hizo una leve reverencia, esbozando una tímida sonrisa, pero no pudo evitar gritar de sorpresa cuando se vio entre los brazos de ese oriundo hombre y siendo estrujada como si de uno de los cojines del carruaje se tratase. James no pudo evitar tensarse al ver ese atrevimiento con el que el emisario del rey siempre

saludaba a su esposa.

—Si deseáis atravesar el cuerpo de mi esposo con vuestra espada por tal osadía, señor, no os lo impediré —susurró Edine.

—No me lo digáis dos veces, mi señora. Por suerte para vuestro esposo, somos buenos amigos y sé que sus halagos hacia Abigail son un simple gesto de cariño —respondió él agachando la cabeza para ocultar su risa.

—¡Campbell! ¿Se puede saber cómo haces para rodearte siempre de las mujeres más bellas del reino? —prosiguió Rodderick con sus comentarios tras saludar a la pequeña de los hermanos del clan.

—No comer como un cerdo, por ejemplo —espetó su esposa, de nuevo en un tono que solo James pudo escuchar. Este ya no pudo aguantar más y estalló en sonoras carcajadas.

Tras aquella gloriosa entrada, todos se dirigieron al interior del castillo para ser acompañados a sus respectivas estancias y poder así asearse antes del banquete.

—¿Y por qué no puedo acompañarte al baile, mami? —preguntó Sean.

El pequeño permanecía sentado en el borde de la cama que compartía con su madre, con sus pequeños pies y sus cortas piernas colgando y balanceándose. Miraba serio, con los brazos cruzados, los movimientos de su madre mientras terminaba de engalanarse con un precioso vestido de color azul turquesa que Aliena le había prestado para esa noche.

—Porque es un evento solo para mayores, Sean. Ya te lo expliqué esta mañana. Tú te quedarás con Beth, Elsie y los gemelos —respondió Vicky ajustándose bien el escote del vestido.

La pelirroja y ella tenían la misma figura, salvo por el busto. El suyo era más prominente y sentía que se le iban a salir los pechos en cualquier momento de lo oprimidos que estaban. Intentó colocárselos lo mejor que pudo para que no sobresaliesen tanto y parecer una mujerzuela en busca de atenciones que no deseaba ahora mismo.

—No es justo —protestó el niño haciendo un mohín.

—Sea justo o no, así son las normas.

—Seguro que el *laird* me dejaría ir, porque es mi amigo.

—No lo dudo, pero como yo soy tu madre, debes obedecerme —

finalizó Vicky las explicaciones—. ¿Y bien? ¿Qué tal estoy? —le preguntó a su hijo girando sobre sí misma.

—Estás muy guapa, mamá. A Liam le va a gustar mucho cuando te vea —respondió con la sinceridad que caracterizaba a los niños.

«Espero que no sea el único en fijarse», pensó ella.

Unos ligeros golpes en su puerta, anunciaron la llegada de una visita. Vicky indicó que podían entrar y la menuda figura de Elsie apareció ante ellos. Venía en busca del jovencito Sean para llevárselo a la habitación donde pasaría el resto de la noche. Madre e hijo se despidieron con un tierno abrazo y salieron de la habitación.

Unas voces en el pasillo llamaron su atención y se dispuso a ver qué sucedía. James e Ian se habían cruzado con Elsie y el pequeño Sean, y este le había pedido a su amigo, el *laird* del clan, que le dejase acudir a la fiesta con su madre. Las sonoras carcajadas de ambos hombres resonaron por todo el castillo. No pudo entender lo que le respondió, pero, por la expresión de júbilo de su hijo, Vicky intuyó que le habría prometido enseñarlo a montar a caballo o a luchar con la espada.

Sola, a la espera de que Abigail y Aliena acudiesen en su busca, se puso a pensar en cómo reaccionaría Robbie cuando la viese así vestida. Recordó entonces el momento en el que lo vio en brazos de esa muchacha, besándola a los pies de la escalinata y de cómo la había mirado con indiferencia cuando reparó en su presencia. Fue lo que más le dolió, mucho más que el verlo con otra mujer y sabiendo que habrían pasado la noche juntos.

—¿Por qué te comportas así conmigo, Robbie? —susurró con tristeza.

Suspiró y se abrazó el estómago, controlando las inmensas ganas que tenía de llorar. Jamás pensó que le podría pasar algo así con ningún hombre, y mucho menos con el pequeño de los SinClair. Lo había visto crecer y perseguirlos a todas partes cuando ella, Abigail e Ian se iban a explorar las callejuelas de Edimburgo.

Los sentimientos que profesaba por él eran los más fuertes que nunca había tenido. De hecho, no recuerda haber sentido nada igual por nadie, pero el destino parecía tener otros planes para ella. Tal vez deba claudicar y dejarse amar por Liam, que siempre se deshacía en halagos y atenciones hacia ella. ¿Podría obligar a su

corazón a aceptarlo? Y lo que era más importante, ¿podría yacer con alguien que no fuera Robbie?

Sacudió su cabeza para alejar todos esos pensamientos de su mente. Justo en ese instante, llamaron de nuevo a su puerta y la abrió a sabiendas de quienes eran sus visitantes.

—¿Lista para deslumbrar a todo el mundo, amiga? —preguntó Abigail con una enorme sonrisa.

—Wow, Abi. Va a ser imposible hacerte sombra —pronunció ella al ver la elección de su medio hermana para esa ocasión.

Abigail Campbell llevaba un vestido con los colores del clan, entallado hasta la cintura y con un escote que dejaba a la vista lo justo. Como era de esperar en ella, no llevaba el pelo recogido. Su negra melena caía con gracilidad sobre sus hombros y tan solo llevaba unos pequeños adornos que cuidaban de no dejar caer los mechones sobre su rostro. Se fijó en el colgante que llevaba y lo reconoció como el que James le había regalado en su aventura en Edimburgo. Cuando ella se hizo pasar por una dama misteriosa llamada *Lady* Monfort y donde el temido *laird* Campbell se enamoró perdidamente.

—Veo que te sienta bien mi vestido —comentó Aliena mirándola de arriba abajo—. Creo que alguien no podrá quitarte los ojos de encima —dijo.

—Estoy de acuerdo. Liam va a ser un hombre muy envidiado —respondió Abigail, asintiendo.

—No me refería a ese guerrero en cuestión —comentó la pelirroja esbozando una pícara sonrisa.

—Ese se va a lamentar de lo que ha perdido por su cabezonería. A veces siento vergüenza de que sea mi hermano.

—No digas eso, Abi. Lo quieres con locura y lo sabes —dijo Vicky.

—Y por eso se libra de que le patee el trasero y no le pida a James que lo envíe lejos, al exilio incluso.

—Tal vez hoy, al verte con este vestido y de la mano de otro hombre, se dé cuenta de que a quien ama en verdad es a ti. Así fue como Ian y yo volvimos a estar juntos —afirmó Aliena.

—Pero tú te has llevado al hermano sensato, Ali —dijo Abigail con resignación.

Ese comentario hizo reír a las tres. Cogidas del brazo, se fueron

hacia el gran salón. Allí ya estaban todos los invitados y la mayoría de los hombres del clan esperando a que las señoras del castillo hicieran acto de presencia para poder dar comienzo así a la velada. Descendieron la escaleras con elegancia, salvo por el hecho de que Vicky cada vez estaba más nerviosa. Cada peldaño la acercaba más a una posición que iba a traer las miradas de todos los allí presentes y se sentía absurdamente insegura.

En cuanto llegaron al último peldaño, todas las voces que provenían del salón se callaron. Las miradas estaban puestas en ellas tres. James, con la misma expresión de embobado que siempre mostraba cada vez que veía a su esposa aparecer ante él, se acercó en dos zancadas y se la llevó de su brazo con gran gentileza. Le susurró algo al oído que hizo que Abigail agachase la cabeza para esconder una risa.

Ian, imitando a su cuñado, se acercó a su esposa. Sus verdes ojos brillaban, dejando ver el enorme amor que profesaba por su pelirroja. Aliena se mordió el labio en cuanto lo tuvo ante ella, a sabiendas de lo mucho que le provocaba ese gesto. Con la misma galantería, se la llevó de allí para entremezclarse con el resto de invitados.

Vicky se quedó estática, nerviosa y notando el sudor frío apoderarse de sus manos. Se aferró a las faldas de su precioso vestido azul y suspiró. Trató de calmarse, pero al pasar su mirada por los invitados, vio unos ojos azules fijos en ella mirándola con tal intensidad que a punto estuvo de salir corriendo.

Robbie la miraba fijamente desde el otro extremo del salón, rodeado de otros compañeros que hablaban y reían de forma distendida. Durante unos eternos segundos, ambos se quedaron enganchados por alguna extraña magia que les impedía desviar sus miradas. Él le dio un trago a su bebida, clavando más sus ojos en ella.

Vicky sintió que su corazón se aceleraba al percibir el deseo en sus gestos. El azul de sus ojos se había vuelto oscuro como el más profundo de los océanos. Se preguntó si se acercaría a ella para introducirla en la fiesta, al igual que hicieron los esposos de sus amigas, pero nada más lejos de la realidad. Sin más, Robbie desvió su mirada y continuó su conversación con sus amigos. Ella suspiró resignada.

—¿La mujer más bella del salón me haría el honor de acompañarme? —dijo una voz masculina a su lado.

Ahí estaba Liam, con su sincera sonrisa y extendiendo su brazo hacia ella. Vicky sonrió, agradecida por su aparición en esos instantes, y asintió con la cabeza. Con suma delicadeza, posó su mano sobre el antebrazo de este y ambos caminaron hacia la que sería la noche más larga de su vida.

Gracias a su acompañante, y la agradable conversación con Aliena, sus nervios se fueron disipando a lo largo de la noche. Tan solo se sintió incómoda durante los momentos en los que la sirvienta se acercaba a la mesa y veía cómo Robbie y ella se dedicaban lascivas miradas. Estaba claro con quién iba a dormir aquella noche también.

Liderando la mesa, como siempre, estaban el *laird* y su esposa. A la izquierda de James, se sentaba Rodderick y a la izquierda de Abigail, Edine. Gavin, como lugarteniente del clan y mano derecha de su señor, había tomado asiento junto al invitado de honor de esa noche. La conversación había comenzado con las ansias de guerra que Jacobo no se molestaba en mostrar a todos sus súbditos.

Aquella visita, precisamente, era para tratar ese importante tema con el que todos sabían que era el único capaz de hacer entrar en razón a su alocado rey. Pero James poco o nada podía hacer ya. No mientras esa víbora de Beaton siguiese susurrándole al oído a Jacobo. El más interesado en un enfrentamiento entre el reino católico y el protestante era él. Sin importarle las tremendas bajas que con ello ocasionaría.

—Los clanes no están dispuestos a volver a la guerra de nuevo, pero existe cierto reducto de amantes de una buena sangría dispuestos a alimentar los delirios de nuestro rey —comentó Rodderick. Cogió un muslo de pollo de la bandeja que tenían frente a ellos y se lo llevó a la boca para después emitir un sonoro gemido de placer al saborear tal manjar—. Recordadme que le de la enhorabuena a vuestra cocinera por estas delicias caídas del cielo —dijo. Edine no pudo evitar poner los ojos en blanco ante ese gesto nada cortés en una mesa y Abigail tuvo que reprimir una risa tapándose la boca con un trozo de tela, simulando que se limpiaba la boca.

—Bueno, pero esos clanes no son peligroso, ¿o sí? —preguntó Gavin a su lado.

—Oh, no. Por el momento, no. Pero el cardenal quiere aprovechar su influencia en los borders para…

—¿Has dicho en los borders? ¿Acaso estás diciendo que los clanes de la frontera están dispuestos a entrar en guerra con el reino que colinda con sus tierras? —preguntó James, sorprendido.

—No todos, como ya he dicho. Tan solo unos pocos. Los Gordon, Maxwell, los Ferguson…

—¿Ferguson? —pronunció Abigail al escuchar ese apellido de nuevo.

—Sí, y creo que habéis conocido a su *laird*. Aiden Ferguson. Recuerdo haberos visto bailando con él en la celebración de Stirling —respondió Stewart.

James apretó la mandíbula al oír aquel nombre otra vez y pudo ver cómo su esposa se tensaba. Estiró su mano para tomar la suya y le dio un ligero apretón para calmarla y buscar la calma en él al mismo tiempo. Recordó bien ese encuentro. Gavin le dio un trago largo a su bebida comprendiendo que esa noticia no iba a traer más que problemas.

Se avecinaban tormentas.

Desde ese suceso, su amigo se había encargado de recabar toda la información que le fuera posible sobre ese tal Aiden. Se había convertido en su particular obsesión. Lo que no se explicaba era por qué no había hecho partícipe de esta aventura a su esposa, ya que a ella era a la que más le incumbía.

Los sirvientes entraron en el salón con la última remesa de platos y la velada continuó entre risas y miradas furtivas por parte de dos enamorados que optaban por mantenerse distantes.

Capítulo 7

Los señores del castillo abrieron el momento del baile, mostrando ante todos los ojos que los observaban el profundo amor que se profesaban. Fueron seguidos por Ian y Aliena, que estaban pletóricos por la pronta llegada de su primer hijo. El vientre de la pelirroja era más que notable, pues ya habían alcanzado el quinto mes de gestación. Los siguientes en acompañar a las dos parejas fueron Rodderick y su esposa, dando paso así a que el resto de los invitados fueran animándose poco a poco.

Tal y como le había prometido, Vicky le regaló todos sus bailes a Liam. Ambos se habían hecho grandes cómplices y confidentes de sus más profundos secretos. Por supuesto, él le había confesado sus sentimientos por ella. El único problema para el joven guerrero fue que sus sentimientos no eran correspondidos. Al menos, no por el momento.

Fue un gran alivio para ella poder reírse y dejar sus problemas, por unos breves momentos, a un lado. Bailar con Liam, ser cómplice de los comentarios que hacían Aliena, Edine y su amiga hicieron que por fin sintiese que formaba parte de una familia, de un clan. Debía reconocer que Kenneth la había mantenido engañada en cuanto a la imagen que proyectaba de James Campbell.

Vicky pudo ver la ternura con la que trataba siempre a su hijo, cómo interactuaba con sus propios hijos y con Abigail, y la templanza con la que atendía las dispensas de los miembros de su clan. En verdad que era un gran líder, amado y querido por todos los suyos. Pero también pudo comprobar el por qué tenía esa fama de demonio en la lucha, pues en alguna que otra ocasión fue a ver los entrenamientos y vio una parte ruda, fría e implacable por parte del *laird* Campbell.

A Sean lo tenía embelesado y el niño no veía la hora de correr a su encuentro. «Jamás hizo eso con su padre. Más bien rehuía de su presencia», pensó ella en una ocasión.

Durante toda la velada, Robbie no dejó de observarla en la distancia y, por un breve instante, creyó ver un atisbo de celos en su mirada. No pudo evitar pensar en si eso era algo bueno o no porque lo conocía muy bien y sabía de los arrebatos de ira que podía llegar a tener. No quería que los dos guerreros tuviesen un enfrentamiento por su culpa, u ocasionar alguna división entre los hombres del clan.

—¿Qué hay entre Liam y tú? —preguntó Abigail, sacándola de sus pensamientos.

Vicky estaba sentada con su amiga y Aliena en una zona del salón donde apenas se notaba el calor sofocante que emanaban las dos grandes chimeneas. Edine y su dama de compañía, Elsie, cerraban el círculo. En el centro de la pista de baile, el jolgorio inundaba toda la estancia.

—¿Por qué piensas que hay algo entre nosotros? —dijo intrigada.

—Pues, es evidente que algo hay, Vicky. Vais juntos a todas partes, pasáis mucho tiempo en compañía el uno del otro y hoy le has regalado todos tus bailes —comentó Aliena.

—Querida, si ese joven no está enamorado de ti, yo soy la reina de Inglaterra —apostilló *lady* Stewart.

—Teniendo en cuenta la fama del rey Enrique, bien podrías serlo, Edine —afirmó Aliena, provocando la risa del resto de mujeres.

—Tan solo somos amigos, buenos amigos. Liam está siendo un gran apoyo, porque…

—Mi hermano es un estúpido —intervino Abigail.

—No es estúpido, amiga. Ya sabes cómo es. Ambas lo sabemos —respondió Vicky con semblante entristecido.

Sí, ambas eran de sobra conocedoras de la actitud que Robbie estaba mostrando. Cuando volvió del asedio a Edimburgo, tras la liberación del rey Jacobo de su cautiverio, también se sumió en la misma oscuridad. Vicky recordó lo mucho que lucharon su padre y su hermana por no dejar que se perdiese en su tristeza.

Recordó todas esas veces en que Abigail tuvo que ir en busca de su hermano, recorriendo burdel tras burdel o de una taberna a otra hasta encontrarlo muchas veces tirado sobre su propio orín en alguno de los callejones de la gran ciudad. Hubo un momento en el que temieron por su vida, pues había dejado claro que no tenía ganas de vivir.

Ahora, por alguna extraña razón, parecía haber vuelto a recaer en aquella misma oscuridad y temía que fuese por su culpa. No podría perdonárselo jamás porque ella mejor que nadie sabía de lo mal que Gideon y Abigail lo habían pasado. Hubo un momento en que pensaron que lo perderían a él al igual que a Ian. Pero, ¿cómo podría ayudarlo? ¿Qué podría hacer ella, si apenas le dirigía la palabra?

Unas voces llamaron su atención en ese instante. En el otro extremo del salón, Robbie estaba siendo vitoreado por los dos amigos con los que siempre se le veía: Malcom y Niall. Ambos jóvenes palmeaban su espalda y reían divertidos.

El motivo de tanta algarabía no era otra que la intromisión de Sussy, una de las sirvientas del castillo y la que calentaba su lecho cada noche. Parecía haber roto todo tipo de protocolo al acercarse ella a pedirle un baile a un Robbie que sonreía victorioso.

Animado por sus amigos, se la llevó cogida de la mano hasta el centro de la pista y empezó a dar vueltas con ella entre sus brazos, al ritmo de las gaitas. Los dos se miraban y se reían, mostrando a todo el mundo su felicidad. Algo que entristeció sobre manera a Vicky, que los observaba desde la distancia y sintiendo cómo el corazón se le rompía pedazo a pedazo.

—Escúchame bien, amiga —dijo Abigail, cogiéndola de la mano y apretándola con delicadeza—. No se merece que sufras ni lo más mínimo por él. Es un tonto y un estúpido si se piensa que con ella será más feliz porque no lo será.

—Dije que esa jovencita nos iba a dar muchos dolores de cabeza y no me he equivocado en nada —comentó la señora Fitz, sobresaltándolas a todas. No se habían percatado de su presencia en ningún momento.

—¿Sabes quién es? —preguntó Aliena.

—Por supuesto que sí. Es la hija del panadero…, una de ellas y es una joven ambiciosa con grandes aspiraciones. Iona siempre la encuentra escuchando entre las habitaciones y la acaba enviando a las cocinas para que me sirva de ayuda, pero es una gran molestia —explicó la cocinera.

—¿Mi esposo está al tanto de todo? —Abigail sintió la necesidad de saber más acerca de esa muchacha, y no solo por su amiga. Su misión como la señora del clan así lo requería y si entre sus muros se encontraba una víbora que iba a provocar que la armonía de su familia se viese desestabilizada, debía saberlo cuanto antes.

—Yo no se lo he contado, mi señora. Si no lo ha hecho Iona, me temo que el *laird* es ajeno por completo a todo esto —respondió.

—Hum —pronunció Aliena.

—¿Qué sucede? —preguntó Abigail.

—Me extraña que mi hermano no sepa nada de eso. Siempre sabe todo lo que sucede dentro de estos muros. O bien él, o bien Gavin, pero uno de los dos ha tenido que ver algo extraño en esa tal Sussy.

—Tendré que averiguarlo, entonces —afirmó Abigail.

—Chicas, de verdad. Os agradezco que me queráis proteger, pero no hace falta. Robbie ha elegido y no somos nadie para interponernos en su decisión de…

—Disculpa, amiga. Soy su hermana y mi deber es velar tanto por su seguridad como por la de mi clan. Y si esa mujer es una serpiente en mi jardín, no dudaré en cortarle la cabeza —aseveró la señora del castillo.

—Wow, sí que te has vuelto toda una Campbell —bromeó Aliena, provocando que todas estallasen en sonoras carcajadas.

—Disculpen, señoras. Venía a preguntarle a mi acompañante si me haría el honor de dar un paseo por el jardín. Hace una noche estupenda —comentó Liam, apareciendo ante ellas con una deslumbrante sonrisa. Extendió su mano con gentileza hacia Vicky y esperó con cierto nerviosismo su respuesta. Ella sonrió y asintió,

aceptando su invitación y levantándose de su asiento con su ayuda.

—Espera —se apresuró a decir Abigail. Tomó el plaid que tenía a su derecha y se lo entregó al joven—. Ten, cúbrela con esto y así no pasará frío —dijo.

—Gracias, mi señora —respondió él. Extendió la gruesa tela y se la colocó a Vicky sobre los hombros. Ella tomó los extremos y envolvió su cuerpo con los colores del clan. Liam, de forma galante, posó su mano sobre su cintura y ambos emprendieron camino hasta el exterior de la edificación.

—Muy atenta, cuñada, aunque algo me dice que no eran esas tus intenciones —aseguró Aliena.

—Me conoces demasiado bien, pelirroja —contestó Abigail.

Desde su posición pudo observar cómo el rostro de su hermano se había encendido presa de los celos al ver el gesto del guerrero hacia su amiga. Se fijó en cómo su mirada se había clavado en ellos en el momento en el que Liam se acercó a ellas. A pesar de haberle prometido a su esposo no intervenir entre Robbie y Vicky, no pudo evitar aprovechar ese momento.

«Rabia de celos, hermano. Si no haces algo pronto, la perderás para siempre», pensó Abigail viendo como este comenzaba a resoplar molesto por lo que acababa de ver. Pero, para su sorpresa, obtuvo la respuesta equivocada por su parte. Robbie tomó a Sussy de la mano y salió del salón a grandes pasos, tirando de ella mientras sus dos amigos aplaudían y vitoreaban.

Abigail se levantó de un salto, disculpándose ante sus acompañantes, y se encaminó tras los pasos de su hermano. Unos fuertes brazos la toman de la cintura y la retienen en su intento por alcanzar a la joven pareja.

—Abi, te pedí que no intervinieses en los asuntos de tu hermano —le susurró su esposo al oído.

—Pero es que está cometiendo el mayor error de su vida, James. Esa jovencita no es trigo limpio y yo…

—Ya sé quién esa muchacha, mi amor, pero no debemos interferir en sus decisiones —afirmó él.

Abigail se giró y lo miró a los ojos, sorprendida por tal revelación.

—O sea, que estás al tanto de las ambiciones de esa tal Sussy.

—¿Acaso lo dudabas? Siempre sé lo que ocurre tras estos muros,

mi amor, y tanto Gavin como yo estamos atentos a todo lo que pueda suceder. Pero en este tema, ninguno podemos interceder.

—Pero, James. Si la deja encinta, se verá obligado a casarse con ella y eso será su ruina. No puedes pedirme que me mantenga al margen. Es mi hermano —dijo ella molesta.

—También lo es Ian y entiende mejor que tú que no debe meterse en los asuntos del corazón de otros —respondió. Su mujer hizo un mohín y se cruzó de brazos, dejando claro su disconformidad ante sus palabras—. Abigail —pronunció él. La tomó del mentón y la obligó a mirarlo de nuevo a los ojos—, prométeme que no vas a hacer nada.

—No puedo hacer tal cosa.

—Abi.

—Oh, por el amor de Dios. Está bien, no haré nada —dijo finalmente.

James sonrió victorioso, acercó su boca a la suya y le dio un delicado beso en los labios, teniendo que contener el tremendo deseo que se acababa de despertar en su cuerpo. Era algo que siempre le pasaba cuando la tenía tan cerca.

—Prometo compensarte…

—Oh, ya lo creo que me vas a compensar, James Campbell —susurró ella contra su boca.

En verdad que la noche, a pesar de estar ya más fría de lo normal, permitía poder estar a la intemperie sin acabar helados. El cielo estaba totalmente despejado y la luna brillaba con intensidad en el firmamento. Ideal para poder disfrutar de la magia que desprendían las noches así. Y la compañía lo era todo en momentos así. Liam, a pesar de no poder corresponder a sus sentimientos como debiera, estaba siendo el mejor apoyo que podía tener.

Era un gran conversador, alegre y divertido que siempre lograba sacarle una sonrisa. Pero esa noche parecía estar costándole bastante sacarla de sus pensamientos, pues en varias ocasiones la había tenido que traer de vuelta de sus divagaciones. Unas risas de mujer atrajeron sus miradas hacia la entrada del castillo. Robbie salía con paso rápido, arrastrando a una divertida sirvienta que lo seguía a duras penas.

—Es un tonto, y sus amigos lo son aún más —expresó el joven guerrero al ver cómo el semblante de Vicky cambió por completo.

—No hace falta que te muestres tan protector conmigo, Liam. Estoy bien…

—No, no lo estás. Puedo verlo en tus ojos. Vicky —dijo. Se colocó frente a ella y la tomó de las manos—, sé que tu corazón le pertenece a él y que no tengo ninguna posibilidad de que puedas albergar un poco de ese amor por mí, pero me duele en el alma ver cómo te castigas por alguien que no sabe apreciarte ni valorarte —afirmó.

—No conoces a Robbie. Siempre actúa así cuando…

—Deja de excusarlo, y deja de castigarte tanto. Es un idiota que no ve lo que ha perdido. Es un cabezota que solo escucha las insensateces de esos dos perros falderos que tan solo buscan su compañía porque es el cuñado del *laird*. Créeme, Vicky. Sé de lo que hablo, los conozco desde siempre. Un buen amigo que se precie jamás alentaría a otro a ir en contra de su corazón. Animaría y apoyaría esa unión. Malcom y Niall no son buenos amigos, son unos ineptos —dijo.

—Vaya, veo que te caen bien esos dos —comentó ella divertida, aunque con tristeza en sus ojos.

—Solo miran por sus propios intereses y que Robbie se vuelva un hombre casado no va con sus deseos. Se van jactando por ahí de lo hombres que son, de todas las mujeres que pasan por sus camas y se atreven a decirles a los demás cómo deben tratarlas. Para ellos solo son objetos con los que desquitarse.

—Eso que dices es muy triste, y me recuerda a unos amigos que Robbie tuvo una vez en Edimburgo.

—Si sigue haciéndoles caso es que es un inepto como ellos. No son buena compañía, le van a destrozar la vida porque, aunque me duela decirlo, sé que él siente lo mismo por ti. —Aquella afirmación la dejó pasmada—. Tengo ojos, Vicky, y veo cómo te mira, cómo te busca a todas horas aunque intente evitarte. Lo que no entiendo es por qué se comporta así. ¿Qué es lo que le atormenta tanto que no le permite ver que se está equivocando?

—No lo sé, Liam. No lo sé, y dudo mucho que alguna vez logre averiguarlo —respondió ella tras un largo suspiro.

¿Por qué no podía amar al hombre que tenía ante ella y que la hablaba con tanta sinceridad? ¿Qué le había hecho Robert Campbell a su corazón? Ella, que siempre se jactaba con su amiga Abigail de

no querer entregarle su corazón a ningún hombre. Su madre tenía razón, solo dan problemas y te destrozan el alma cuando logran enamorarte.

Si eso era amor, no lo quería.

Capítulo 8

El día amaneció encapotado, con unos colores grisáceos y unas nubes que auguraban tormenta. El viento también había decidido hacer acto de presencia y mecía las copas de los árboles con bravura. Soplaba con tanta furia que obligó a las sirvientas a dar comienzo su trabajo con la recogida de la ropa que tenían tendida.

Mientras el viento silbaba en el exterior, una pareja de amantes desataba su pasión entre las sábanas de su lecho.

—Oh, Dios mío. Sigue así, pequeña. No pares —pronunció Robbie retorciéndose en su camastro.

Sussy tenía su miembro en su boca y lo saboreaba con ansia. Tanto que el guerrero tuvo que aferrarse con fuerza a su almohada y ahogar ahí un grito de placer. Lo estaba llevando hasta lo más alto. Posó su mano sobre los castaños cabellos de la joven, revolviéndolos a la vez que ella proseguía con su labor.

Se colocó a horcajadas e introdujo su hinchado pene en su interior. Una vez en esa posición, se balanceó de tal forma que Robbie creyó que se desmayaría del tremendo dolor estaba sintiendo en su entrepierna por tener que mantener el control de no derramarse. Ella le cogió sus manos y las posó en sus grandes pechos, incitándolo así a que se los masajease. Aceleró el ritmo,

gimiendo de auténtico placer en cuanto llegó al clímax.

—Oh, Vicky, eres increíble —dijo él al dejarse ir del todo en su interior.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Perdona…, Sussy. Me he confund…

—¿Eso soy para ti? ¿Alguien que te calienta la cama mientras anhelas estar en brazos de otra? —inquirió ella. Indignada, se levantó y salió de la cama. Recogió toda su ropa esparcida por aquella pequeña habitación y comenzó a vestirse—. No me esperaba esto de ti, Robert Campbell —expresó entre prenda y prenda.

—¿Esperabas una declaración de amor? ¿Qué demonios te pasa ahora? Creía que esto era solo por diversión.

—No soy un juguete con el que puedas divertirte cada vez que se te antoje.

—No veía que te quejaras las otras veces. Vuelve a la cama y termina lo que hemos empezado —contestó él con frialdad.

—Termínalo tú solo —aseveró ella. Se ató con fuerza las cuerdas de su corsé y salió de la habitación dando un enorme portazo.

Robbie se quedó mirando al vacío de la estancia y se volvió a tumbar boca arriba sobre su mullido colchón. Aún estaba duro. De nada le había servido toda la habilidad con la que la muchacha le había hecho el amor. Un rostro apareció en su mente en ese instante: Vicky. Cerró los ojos y se masajeó, tratando de imaginarla ahí con él.

El sonido de las voces en el exterior rompió toda la magia de su ensoñación y lo trajo de nuevo a la realidad. Desnudo, se levantó de la cama y se asomó por su pequeña ventana para ver el tiempo que hacía. Gris, como su humor al parecer. Vio, entonces, a un grupo de guerreros dirigirse hacia el campo de entrenamiento. Entre ellos, Liam. Iban hablando y riendo entre ellos. Uno de los otros compañeros le dio unas ligeras palmadas sobre su hombreo, como si lo estuviese felicitando por algo, y este respondió esbozando una enorme sonrisa.

«Seguro que ya te has acostado con ella, maldito cabrón», susurró contra el cristal. La rabia se apoderó de él y, tras un fuerte resoplido, se vistió y salió decidido a aplacar su malestar. Por el camino se cruzó con Gavin, que lo saludó dándole los buenos días. Él tan solo respondió con un gruñido y desapareció de su vista.

Entró como una exhalación en el cobertizo donde se guardaban las armas con las que solían entrenar y tomó una al azar. La agitó en el aire para comprobar que el peso era el indicado para él y emprendió camino hacia el terreno donde los guerreros del clan entrenaban cada mañana. Lamentó no estar solos, pero eso no le importaba. Así podría demostrar al resto de sus compañeros que era tan válido como otro cualquiera.

—Lucha conmigo, Liam —dijo nada más llegar a la altura del pequeño grupo.

—No tengo ganas, gracias —le respondió desviando su mirada.

—¿Tienes miedo de caer bajo mi espada? Vamos, se un hombre y lucha conmigo —volvió a decir.

—Creo que ya tengo bastante por hoy —contestó Liam mirando a sus amigos, que estaban algo inquietos ante la tensión entre ambos guerreros. Pasó por el lado de Robbie, sin fijarse en él. Este lo sujetó con fuerza del brazo, impidiéndole abandonar el campo.

—No eres lo suficientemente hombre para ella —siseó entre dientes, apretando la empuñadura de su espada.

Liam se liberó de su agarre de un tirón y se enfrentó a él. Pudo ver como resoplaba cual toro embravecido, hinchando por completo sus fosas nasales. Estaba fuera de sí y nada calmaría su furia interna.

—Tampoco tú lo eres, puesto que buscas el calor de otra mujer entre tus sábanas solo para hacerle daño. Eres un cobarde, Robert Campbell, y una deshonra para nuestro clan —le espetó sin más.

Robbie, envuelto por la rabia, le propinó un puñetazo y le hizo tambalearse unos pasos hacia atrás. Liam se llevó la mano a sus labios y pudo comprobar que la sangre había hecho acto de presencia. Se limpió con la manga de su camisa y se lanzó contra él. La contienda estaba servida y ambos hombres luchaban con una furia incontrolable.

El chocar de las espadas resonaba en toda la ladera del castillo, atrayendo así a más guerreros curiosos por ver lo que allí se estaba desarrollando. Se atacaban sin control alguno, pero con la clara idea de hacerse el máximo daño posible. Giraban sus armas y sus cuerpos, golpeando y esquivando mandobles con agilidad. Hasta que el cansancio comenzó a apoderarse de ellos.

En uno de los ataques de Liam, Robbie hizo alarde de los

movimientos que Gavin le había enseñado durante todo este tiempo y lo desarmó con un hábil giro de muñeca. La espada del joven guerrero acabó tirada a varios metros de distancia de ellos. Miró a su atacante con miedo, pues veía en su rostro la decisión a acabar con su vida.

Con un giro de muñeca, Robbie se lanzó contra su víctima y exhalando tal grito que le heló la sangre a los que allí estaban observando. Liam tan solo pudo levantar sus manos de forma instintiva, como si así lograse impedir que el filo de la espada le atravesase el cráneo. Pero no hubo nada, salvo el resonar de otra espada chocando con la del guerrero.

James Campbell había llegado justo a tiempo. Con la agilidad que le caracterizaba, desarmó a Robbie casi sin apenas mover su muñeca. Fijó su gris mirada, oscura y fría, sobre su cuñado.

—¿Es que te has vuelto loco? —inquirió el *laird* del clan.

—Esta no es tu lucha, James —respondió con soberbia a su cuñado, que lo miró estupefacto.

—Hasta donde yo sé este es mi clan y, por lo tanto, sí es mi problema.

—Tan solo estábamos entrenando, tal y como tú nos has enseñado.

—Yo no os he enseñado a mataros unos a otros.

—¿Es que solo tú puedes luchar como te apetezca? —preguntó desafiándolo.

—Ten cuidado, Robbie. Estás hablando con tu *laird*, no con tu cuñado.

—¡Me llamo Robert! ¡Metéoslo todos en la cabeza! ¡No soy Robbie y esta no es vuestra lucha!

—¡Suficiente! —vociferó James.

El viento sintió miedo del poder que emanaba del imponente *laird* que hasta él dejó de soplar. El resto de guerreros ayudaron a Liam a incorporarse del suelo para llevarlo junto a Abigail y poder curar sus heridas. Robbie mantuvo su mirada desafiante durante unos segundos más; resopló, lanzó su espada al suelo y se fue de allí a pasos agigantados.

Caminó hasta dejar fuera de su vista las murallas del castillo y se internó entre la espesa arboleda que rodeaba toda la colina. Resoplaba lleno de rabia y apretaba los puños con fuerza. Empezó a

golpear la dura corteza de unos de los árboles, tratando de calmar así la ira repentina que se había apoderado de él.

—Destrozándote las manos no vas a conseguir nada, muchacho —dijo James a sus espaldas.

—¿Vienes a reprenderme otra vez como a un niño pequeño? —preguntó sin molestarse girarse y mirarlo.

—No. Vengo para saber qué te pasa y tratar de ayudarte.

—¿Por qué? ¿Acaso le importa al *laird* del clan lo que me pase?

—Le importa a tu cuñado y a tu amigo. Y por supuesto que a tu familia también.

Robbie se giró de golpe y avanzó hacia él, con los nudillos ensangrentados y decidido a golpear la cara del marido de su hermana.

—No te atrevas a nombrarlos a ellos o te juro…

—Cuidado con lo que vas a hacer, Robbie. Te lo he pasado una vez, pero no habrán más oportunidades —aseveró James cerrando sus puños, listo para presentar batalla y devolverle el golpe.

—¿Por qué no me dejáis todos en paz? ¿Por qué os interesa tanto saber cómo estoy? ¡Maldita sea, es mi vida! —vociferó desesperado.

—Porque tu familia está muy preocupada por ti. Y si te soy sincero, yo también.

Y las fuerzas abandonaron al guerrero, doblándose sobre sus rodillas y cayendo al suelo. Se llevó las manos a la cara y rompió a llorar. James, con suma cautela, se acercó a él y se agachó apoyando su mano sobre su espalda.

—Si tanto la amas, ve y díselo. El orgullo tan solo nos lleva por el camino erróneo, mostrándonos una oscuridad que devora el alma. Créeme, Rob. Sé de lo que hablo. Confiésale lo que sientes, habla con ella…

—Si hablo con Vicky me descarnaré vivo, me romperé en mil pedazos y no sé si podré recomponerlos —sollozó.

—Ella será quien reponga esos pedazos, no tú. Pero no puedes seguir sucumbiendo a esta oscuridad que te rodea porque no te va a llevar por buen camino. Y mucho menos debes tomarla con el resto de tus compañeros porque ellos no tienen la culpa —dijo James con la calma que le caracterizaba siempre.

—No querrá hablar conmigo. No después de todo el daño que le

he hecho. Yo no… no sé cómo…

—Solo tienes que levantarte e ir en su busca. Vamos, yo te ayudo y me tendrás ahí como apoyo. Al igual que a tus hermanos y al resto de tu familia. Venga. Vayamos a que te curen esas heridas —dijo incorporándose. Estiró su brazo hacia el muchacho, que lo tomó con fuerza y se irguió también.

—Creo que Abigail se va a enfadar mucho conmigo —comentó mirando sus manos.

—No más de lo que lo hará conmigo.

—En mi habitación hay sitio, por si te sirve de consuelo —respondió divertido, provocando que James estallase en carcajadas.

Ambos guerreros emprenden camino de vuelta al castillo, momento en el que el cielo decide romperse sobre sus cabezas y ponerse a llover como si no hubiese un mañana.

Ya que el tiempo no acompañaba para poder estar en el jardín con los niños, improvisaron un campo de juegos en el propio salón. Beth aún seguía teniendo que mantener reposo, pero logró convencer a su señora de que la permitiese estar con ellas y los pequeños. Gavin e Ian estaban con ellas, provocando a los gemelos que ya estaban en un momento muy gracioso de su etapa de crecimiento. Sean también se había unido a los guerreros. Las risas de los pequeños inundaban todo el castillo.

Las mujeres los observaban sonrientes y a veces intervenían en los juego. Aliena no podía moverse con agilidad, pues su barriga ya abultaba lo bastante como para imposibilitarla hacer ciertas cosas. Se la veía ansiosa por el alumbramiento, al igual que su esposo. Se dedicaban furtivas y picaras miradas el uno al otro cada vez que estaban en la misma estancia.

Los Stewart también habían decidido compartir aquellos momentos con la familia. Deberían haber partido esa misma mañana, pero con el temporal que se había formado, lo más seguro era permanecer allí hasta que todo se calmase. Cruzar cualquier zona de Escocia en estas fechas, y con un temporal así, era muy peligroso.

Cuando vieron entrar a un grupo de guerreros ayudando al joven Liam, que llevaba su brazo derecho pegado contra su pecho y un pequeño corte en su mejilla izquierda, se sobresaltaron y corrieron en su ayuda. Hicieron hueco en la mesa y lo sentaron para

que Abigail pudiese revisar que no había más heridas escondidas.

—Gavin, deberías hablar con tu amigo y decirle que los entrenamientos no pueden seguir siendo tan extremos. Me paso el día suturando heridas y recolocando brazos —protestó ella mientras palpaba el hombro del muchacho.

—No fue el *laird*, mi señora. Fue vuestro hermano —respondió Liam.

—¿Mi hermano? —preguntó sorprendida. Buscó a Ian con la mirada, que estaba tan sorprendido como ella.

—A mí no me mires. Yo estaba aquí —dijo levantando las manos.

—¿Robbie te ha hecho esto? —intervino Vicky.

—Creo que, por alguna extraña razón, se pensó que tú y yo nos acostamos anoche —contestó él.

—Ese no es motivo alguno para descargar sobre ti su rabia —inquirió Abigail, ofendida al pensar que su hermano se habría comportado como un auténtico bárbaro sin control. «Tendré que tener unas serias palabras con él cuando lo vea», pensó.

—Pero… ¿por qué habría de pensar eso? —comentó Vicky, desconcertada y angustiada a la vez por ver a su amigo malherido.

—¡Ah! —profirió en cuanto Abigail colocó su hombro dislocado —. Porque está celoso, ya te lo dije anoche. No sabe cómo afrontar sus sentimientos, pero están ahí. Lo vi claro cuando le llamé cobarde por no ser sincero contigo y castigarte como lo hace —dijo.

—¿Que tú has hecho qué? —expresaron ambas amigas a la vez.

—Alguien tenía que decírselo y abrirle los ojos —afirmó Liam.

—Has sido muy osado, muchacho. Conozco de sobra la furia interna de Robbie. Podría haberte matado —comentó Gavin.

—Y decidido estaba, si no llega a ser porque el *laird* intervino —respondió uno de los amigos acompañaba a Liam.

—¿James estaba allí? —preguntó Abigail.

—Sí —respondieron los tres guerreros a la vez.

Gavin y Abi se miraron a los ojos, sorprendidos por el relato e imaginándose la situación. Ambos sabían que, con casi total seguridad, Robbie habría recibido una severa reprimenda por parte de su *laird*. James no toleraba tales actitudes entre sus hombres.

—Vaya cómo han cambiado las cosas desde que desaparecí —comentó Ian en ese momento.

—No te haces una idea, hermano —respondió Abigail resoplando.

Mientras limpiaba la herida del rostro de Liam y comprobaba que se trataba de un leve roce superficial, su esposo hacía acto de presencia en el salón. Lo acompañaba su hermano, el causante de tal desastre. No se lo pensó. Se limpió las manos con un trapo y se encaminó hacia él con semblante serio.

—¡¿Se puede saber que tienes en la cabeza, maldito estúpido?! Estoy más que cansada de tus comportamientos infanti…

—Abi, déjalo —le ordenó su esposo.

Robbie permanecía inmóvil, sin mirarla a ella y fijando sus azules ojos en la única mujer con la que le interesaba hablar en esos momentos. Hizo un movimiento con sus manos, provocando tal descarga de dolor que cerró los ojos para calmarlo.

—¿Qué demonios le has hecho a mi hermano, James? —preguntó Abigail, tomando sus manos y mirando enfadada a su esposo.

—¡¿Yo?! ¿Por qué salvaje ser me tomas, mujer? —protestó él.

—Robbie, déjame que te… —Pero su hermano no la escuchaba. La dejó con la palabra en la boca y se dirigió hacia Vicky.

Lo miraba pasmada y temerosa de que dirigiese su furia contra ella, aunque en sus ojos no vio la oscuridad de otras veces. Su semblante era serio, triste más bien. Sus andares eran pesados, como si estuviese realizando una penitencia. Cuando estuvo a su altura, pudo ver el brillo de sus ojos que comenzaban a dejar asomar las lágrimas.

De pronto, y para asombro de todos los allí presentes, Robbie se dejó caer de rodillas antes ella, sollozando como un niño e implorando su perdón. Vicky, incrédula ante lo que estaba viendo, no lograba mover un solo músculo de su cuerpo. Él se aferró a las faldas de su vestido y lloró como nunca antes lo había hecho.

Sintió un tremendo nudo en su garganta al verlo a sus pies, tan derrotado. Movida por un impulso, se agachó y se abrazó a él, susurrándole que le perdonaba. Robbie rodeo su cintura con sus fuertes brazos y metió su rostro en el hueco de su cuello para dejarse ir del todo. Vicky acarició sus oscuros cabellos, dejando que sus lágrimas también brotasen.

No sabía qué había pasado entre James y Robbie, pero agradecía

al cielo porque su hombre hubiese regresado al fin de la oscuridad en la que estaba sumido. Ahora lo tenía allí, con ella, suplicando perdón y confesándole lo mucho que la amaba. Vicky pudo percibir la verdad en sus palabras y ya no le dejó hablar más. Posó sus labios sobre los suyos y lo besó.

Sin mediar más palabras, la tomó en brazos y se dirigió con ella hacia su alcoba.

Capítulo 9

Robbie cerró la puerta de la habitación con el pie, sujetándola con fuerza y sin poder separar sus labios. Con las respiraciones agitadas y la sangre fluyendo a gran velocidad por todo su cuerpo, se fueron desnudando. Estaban ávidos de deseo, ansioso por volver a tocarse, por rozarse y sentir el placer de estar piel con piel.

El primero en lograr despojarse de todas sus prendas fue él, ya que los ropajes femeninos eran mucho más complejos. Giró su delgado cuerpo hasta quedarse tras ella. Desanudó los cordones del corpiño mientras besaba su elegante cuello. Una vez caído al suelo el pesado vestido, Robbie la apretó contra él.

Vicky gimió excitada al notar su erección contra su trasero. La blanca camisola se deslizó hasta acabar bajo sus pies y entonces se sintió arder con las hábiles caricias de él. Deberían haber hablado, pero el deseo era mucho mayor que la necesidad de las palabras.

Robbie tiró con suavidad del extremo de su cinta del pelo y dejó que sus dorados cabellos cayesen de forma grácil sobre sus hombros. Volvió a colocarla frente a él y se alejó para poder observarla. Recorrió cada centímetro de su perfecto cuerpo femenino hasta llegar a su abultado busto. Su erección pulsó con fuerza al fijar sus ojos en esos perfectos bucles que caían de forma

grácil sobre sus pezones.

Volvió a apoderarse de su boca, devorando cada rincón, acariciando su piel y masajeando sus pechos. Vicky rodeó su cuello con sus brazos, incitándolo a tomarla de nuevo entre sus brazos. Él obedeció y la elevó del suelo cogiéndola de las nalgas. Con sus piernas rodeando su cintura, caminó hasta acabar sentado en la cama.

Necesitaba hundirse en ella, pero no quería ser un bruto y lastimarla. Metió su mano entre ambos cuerpos hasta llegar al lugar deseado, comprobando que la humedad era más que evidente. Comenzó a estimular el preciado botón del placer, a la vez que ella movía sus caderas contra su mano. Estaba lista. Justo cuando Vicky se dejó llevar por el placentero orgasmo, entró en ella.

Sus cuerpos quemaban, sus lenguas se buscaban y los gemidos envolvían toda la estancia. Comenzaron a moverse poco a poco, mirándose fijamente a los ojos. Robbie tomó uno de sus rosados pezones entre sus labios y lo acarició con la punta de su lengua. Vicky arqueó su espalda ante aquella caricia y revolvió sus oscuros cabellos.

Con sus manos sobre sus caderas, empezó a marcar el ritmo porque necesitaba dejarse ir. El dolor de su erección era tan grande que temía acabar explotando. Su grosor la llenaba por entera, pudiendo percibir cómo acariciaba todo su interior con cada penetración. Era grande y poderoso.

Vicky llegó a otro orgasmo que le produjo una enorme descarga de energía por todo su cuerpo. Arqueó su cuerpo para poder gritar con fuerza. Una oleada de espasmos se apoderó de su cuerpo y se derrumbó sobre él. Robbie la tumbó sobre la cama, se deslizó en su interior con fuerza y aceleró el ritmo hasta que ya no pudo más y se derramó en ella. Con un sonoro gruñido, se dejó ir.

Durante unos segundos, permaneció dentro de ella, apoyado en sus codos para no aplastarla. Su frente perlada de sudor estaba cubierta por sus oscuros cabellos que caían de forma grácil. Vicky acarició su rostro y él abrió sus ojos azules para fijarlos sobre ella. Necesitaba tumbarse o su cuerpo se desplomaría sobre ella. Se dejó rodar hacia un lado del colchón y la atrajo hacia él.

Apenas había dado comienzo el día, pero ellos se quedaron profundamente dormidos. Felices y saciados.

Cuando el sol estaba en lo más alto y entraba en las habitaciones, calentando todo a su paso, ambos amantes se desperezaron poco a poco.

—Buenos días, MacKay —dijo Robbie dándole un tierno beso en los labios.

—Bueno días… ¿Cómo debo llamarte ahora?

—Como tú quieras, mi amor. Rob, Robert…

—Robbie —respondió ella sonriendo.

—Me parece perfecto.

—¿Seguro que no te vas a molestar? Te esfuerzas mucho en hacer que todos te llamen Robert.

—Creo que debo aceptar que todos me sigáis llamando así. Me molestaba porque quería dejar esa etapa de mi vida fuera y quería empezar de nuevo, con un nuevo apellido. Pero ahora me doy cuenta que estaba haciendo daño a mis seres queridos por mi necedad —contestó él.

—Bueno, siempre has sido bastante obstinado, SinClair —dijo ella mordiéndose el labio.

La azul mirada de Robbie se oscureció y su erección volvió a hacer acto de presencia ante aquel gesto tan sensual. Se apoderó de su boca y la besó con hambre. Ella rodeó su cuello con sus brazos y dejó que sus lenguas se enredasen de nuevo en un excitante baile.

—Te he echado de menos, rubia. He echado de menos tus ojos verdes mirándome con deseo; tus carnosos labios listos para ser devorados, y la pasión con la me besas siempre —dijo tras separar sus bocas.

Frente contra frente, ambos se observaron con deleite, con deseo y con una sed el uno del otro que no podían controlar. Robbie acarició toda su femenina figura con la punta de sus dedos, parándose para juguetear con sus rosados pezones. Llegó a su sexo y pudo comprobar la humedad en él, algo que hizo que perdiese por completo la razón.

Con un ágil movimiento, se colocó sobre ella y abrió sus piernas con las suyas. Una vez se hubo hundido en ella, soltó un gruñido desde lo más profundo de su garganta al sentir el calor de su interior envolver su miembro. Hicieron el amor de nuevo, llenándose de besos y caricias que los quemaban por completo.

Cuando por fin lograron salir de la habitación y entraron en el

gran salón, la mesa para la comida ya estaba preparada. Todo el mundo se había reunido alrededor para tomar sus posiciones a la espera de los deliciosos manjares que la señora Fitz habría cocinado ese día.

—Vaya, sí que os ha llevado tiempo la reconciliación —bromeó Gavin levantando su vaso— ¡Ay! —protestó tras recibir un ligero codazo de su *laird*.

—Ya te tocará a ti enamorarte y entonces seré yo quien disfrute burlándome de ti —dijo James.

—Eso no lo verán tus ojos, amigo mío. No existe nadie en el mundo que logre echarme el lazo. Además, ¿por qué habría de renunciar a los placeres que me da la vida casándome, si tengo a la mujer que quiero cuando quiero? —respondió sonriendo.

—Seguiré rezando para que encuentres a la mujer perfecta —se burló Abigail.

—Ten amigos para esto —contestó Gavin.

—¿Los niños? —preguntó Vicky al darse cuenta de la ausencia de su hijo.

—Se los llevó Beth a la habitación de juegos. Bajarán enseguida —contestó su amiga.

—¡Mami! —gritó Sean a sus espaldas.

Su corazón dio un brinco enorme al oír la voz de su hijo y se giró para recibirlo con los brazos abiertos. El pequeño corrió y se aferró a ella como siempre lo hacía cuando se veían. Una escena que a Robbie le resultó de lo más enternecedora y se la imaginó así con sus propios hijos.

—¿Vas a ser bueno con mi mamá? —le preguntó Sean, clavando sus oscuros ojos en los del guerrero.

Aquellas palabras lo golpearon de tal forma que se quedó estupefacto por unos segundos. ¿Por qué le preguntaba eso? Él no le había hecho ningún gesto de desprecio ni nada por el estilo a Vicky durante este tiempo. Tan solo mantuvo las distancias con ella. ¿Acaso Kenneth la había maltratado de alguna forma?

—Siempre trataré bien a tu mamá, Sean. Y si en algún momento no lo hago, espero que tú intercedas por ella. Prometo protegerla y cuidarla siempre —respondió con la mejor de sus sonrisas.

—Mami, ¿tú lo quieres? —preguntó entonces a su madre.

—Con todo mi corazón, cariño. No debes temer nada malo de

Robbie porque es un buen hombre. Sé que nos protegerá siempre —respondió ella con sinceridad.

—¿Por qué nunca hay un cura cerca cuando se le necesita? —bromeó Gavin tras ver la escena. James resopló ante las burlas de su amigo, provocando las risas de todos los allí presentes.

El día se hizo bastante pesado debido al temporal. No se podía entrenar bien, pues el viento y la lluvia llegó a ser tan intenso que era imposible dar un paso sin acabar todos embarrados hasta las cejas. Los caballos se tuvieron que poner a resguardo, aunque el estruendo de la tormenta los puso bastante inquietos en sus establos.

Acabaron haciendo trabajo de interior y eso hizo que la jornada se hiciese tediosa y larga. Tras la cena, hicieron una pequeña reunión donde conversaron todos de forma distendida, pero pronto se fueron retirando uno a uno a sus aposentos. Los primeros en retirarse, como siempre lo hacían, fueron los señores del castillo.

Vicky y Robbie acompañaron a Sean hasta el cuarto de los niños donde dormiría esa noche. Le costó bastante convencer a su hijo para que entendiese que esa noche debía irse a otra habitación, pero al final lo logró. Se despidieron del pequeño y se fueron en busca del refugio de su nido de amor.

Al entrar, pudieron notar el calor del hogar envolviendo toda la estancia y calentando sus rostros. Vicky agradeció esa temperatura y se acercó a los ventanales para cerrar las pesadas cortinas.

—Vicky, ¿Kenneth te hizo daño de alguna forma? —preguntó Robbie sin más.

Ella se dio la vuelta para mirarlo, extrañada por aquella pregunta.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque tu hijo está muy preocupado por si te hago daño físico de alguna forma.

—Robbie, no… yo no… —balbuceó ella, sintiéndose nerviosa.

—Cuéntamelo, Vicky. Estoy aquí —dijo él avanzando hacia ella.

—Las palabras me hacen daño, aún me cuesta hablar de ello y solo se lo he dicho a tu hermana. No sé cómo contártelo sin que me juzgues o…

—¿Por qué demonios iba a juzgarte? ¿Qué te hizo ese bastardo, Vick?

—Creo que mejor te lo muestro —respondió ella tras un largo suspiro.

Comenzó a quitarse su vestido bajo la atenta mirada de Robbie. Sus labios temblaban ante la vergüenza de mostrar esas cicatrices que surcaban una parte de su cuerpo. Unas marcas que le quedarían para siempre y que serían el constante recuerdo de la tortura sufrida a manos de un sádico. Cuando se hubo quedado desnuda ante él, se alejó para dejar que la luz de las llamas le mostrase lo que antes parecía no haber percibido.

Robbie recorrió su cuerpo con la mirada, ese que ya había recorrido horas antes y en el que no había percibido nada extraño. Sus ojos se abrieron de forma súbita al fijarse bien en su pecho. Unas líneas plateadas cruzaban su cuerpo. Ella se giró para mostrarle también su espalda y él se quedo estupefacto ante tal visión.

La rabia comenzó a aflorar en su interior. ¿Cómo no lo había visto antes? Tenía tanta sed de ella que ni se había percatado de aquellas marcas en su preciosa piel. ¿Qué clase de animal podría hacer algo así? Escuchó unos sollozos provenientes de ella y corrió a abrazarla.

—Quise decírtelo muchas veces, quise correr a ti aquel día en Stirling, pero… no podía. Tenía a Sean en un lugar secreto, custodiado por uno de sus mercenarios y si no regresaba junto a él, lo mataría. Por eso, cuando tú y yo estuvimos en Edimburgo, no…

—Sscchh, ya, mi amor, ya —dijo él abrazándola con más fuerza y dejando que se derrumbase entre sus brazos—. Voy a matar a ese bastardo, lo juro por mi alma —prometió.

—No, Robbie, por favor —se apresuró ella a decir—. Kenneth es muy peligroso y yo no quiero que nada malo te ocurra. No me lo perdonaría jamás.

—¿Tan mal guerrero me consideras?

—No digas tonterías —respondió ella ofendida—. Te amo demasiado como para permitir que él te aparte de mí —dijo.

—Y por eso voy a matarlo. Porque yo también te amo más que a mi vida y debe pagar por lo que te ha hecho. A ti y a Sean.

—Robbie…

—Calla —ordenó posando sus labios sobre los suyos para poner fin esa conversación.

No hubo más réplicas, salvo los gemidos de ambos amantes haciendo el amor entre las sábanas de su confortable cama. Robbie saboreó su cuerpo con calma y delicadeza, llevándola otra vez hasta la locura más placentera que jamás haya conocido. Era un gran amante que sabía cómo obrar con una mujer. Yacer juntos, después de tanta tensión, era la mejor forma de poner fin a sus rencillas.

Hicieron el amor hasta la extenuación y cayeron rendidos bajo los brazos de Morfeo.

Capítulo 10

Una oleada de placenteras sensaciones recorría el cuerpo de Vicky. Su cuerpo estaba siendo agasajado por ardientes besos y excitantes caricias. Un sueño demasiado real que se desvaneció en cuanto un gemido la hizo aterrizar en la realidad. Robbie, con sus hábiles manos, la estaba llevando a la locura. Cada vez que sus labios rozaban su piel, sentía una enorme quemazón.

Jadeante, se retorcía de placer con el saber hacer del guerrero. Se aferró a las sábanas, contorsionando su cuerpo como si de una lombriz se tratase cuando notó su lengua acariciar los pliegues de su sexo. No tardó mucho en convulsionar cuando el orgasmo la sobrevino, momento en el que él decidió invadir su interior.

La penetró seguido de un alargado gruñido, acompañado por los jadeantes gemidos de la mujer que tenía bajo su cuerpo. Ambos se compenetraban a la perfección, sus cuerpos bailaban al mismo ritmo de la seducción marcado por sus caricias y sus besos. Se deseaban, se devoraban con hambre y se arañaban con pasión.

Con cada embestida, los muelles de su cama rechinaban con fuerza acompasados por sus gemidos. Cada vez que profundizaba en ella y notaba el calor de su interior abrazar su miembro, Robbie se sentía renacer. Vicky lo completaba y había sido un necio todo este

tiempo por negarse a reconocerlo. La necesitaba y la amaba más que a su propia vida. Era su alma, su todo.

—Oh, por Dios santo, Vick. Eres maravillosa —pronunció con la voz enronquecida tras derramarse en ella.

Agotado por el esfuerzo, apoyó su frente sobre la suya para después darle un beso en los labios y tumbarse a un lado. Ella colocó su cabeza sobre su pecho y pudo escuchar los fuertes latidos de su corazón desbocado.

—Gracias, pero no todo el mérito es mío. Eres un hombre muy habilidoso, Robert Campbell.

—Me complace que pienses que soy un buen amante —dijo sonriendo.

Le dio un beso en la frente, apartó las sábanas de la cama y se levantó. Caminó desnudo hasta la butaca donde habían dejado toda su ropa y comenzó a vestirse.

—¿Tan pronto abandonas el lecho? —preguntó ella acariciando la zona vacía y aún caliente que Robbie había dejado en la cama.

—Le prometí a mi padre ayudarle a herrar unos caballos que debe traer hoy para los nuevos guerreros. No quiero hacerle esperar o que empiece sin mí y se lleve una coz de alguno de los potros. Siempre lo hemos hecho juntos y…

—No necesitas darme explicaciones, Rob. No estamos casados —intervino ella.

Robbie la miró serio, se acercó a ella y la besó con ternura en los labios. La tomó del mentón y dejó que esas verdes esmeraldas se clavasen en él.

—Lo estaremos, pronto —afirmó para asombro de la joven MacKay.

—¿Qué… qué intentas…?

—No intento nada, rubia. Te digo que me quiero casar contigo y que hoy empezaré con los preparativos para nuestra unión. Debo hablar con James para poder realizar el casamiento aquí y…

Vicky no le dejó terminar. Rodeó su cuello con sus brazos y tiró de él hasta tenerlo de nuevo sobre ella, apoderándose de sus labios y besándolo con pasión. Era la mejor pedida de mano que le podían haber hecho jamás en su vida. El resto de las mujeres de las que se había rodeado, salvo su buena amiga Abigail, deseaban una declaración por todo lo alto. En un salón repleto de personajes

distinguidos e importantes y poder así mostrar ante todos su absoluta felicidad.

Pero ella no deseaba nada de eso. Tan solo la sinceridad en las palabras del hombre que amaba, y así habían sido. Porque si algo tenía claro era que Robert SinClair Campbell en verdad que la amaba con todo su corazón.

Cuando Vicky bajó al salón, se encontró con Ian sentado en el suelo, jugando con los gemelos y haciendo de reír a su hijo Sean. Aliena, con su pronunciada barriga, estaba sentada junto a ellos y se acariciaba el vientre esbozando una sonrisa sincera mientras observaba a su esposo en aquella actitud tan paternal.

—Buenos días, amiga. ¿Ha sido grata tu noche? —preguntó Abigail apareciendo a su lado.

Su exuberante medio hermana, deslumbrante siempre y rebosando una belleza que no era de este mundo, iluminaba todo a su alrededor con su sola presencia. Abigail Campbell, la esposa de uno de los *lairds* más importantes de toda Escocia, era una mujer imposible de no admirar. Bien lo sabía ella, pues tuvo que cerrarles la boca a varias mujeres que, envidiosas de la belleza de su amiga, llegaron a expandir los rumores de que su amiga era una bruja que encandilaba a los hombres para robarles el alma.

Por suerte, James Campbell no creía en nada de estas habladurías y tan solo la veía a ella. No había más que ver cómo la miraba, cómo se le iluminaba el rostro en cuanto su esposa aparecía ante él. Su sonrisa dejaba claro el profundo amor que sentía por ella y eso a Vicky la enorgullecía. Su amiga había logrado encontrar a un buen hombre.

—Lo cierto es que sí. No hay nada como una buena reconciliación —respondió ella.

—Oh, ya lo creo que sí. James y yo peleamos bastante, pero siempre acabamos solucionando nuestros problemas cuando nos entregamos el uno al otro. Es un hombre apasionado, grande, fuerte…

—Muy bien, creo que ya he oído suficiente, amiga. No podré mirar a tu esposo en una larga temporada sin sentir un tremendo azoramiento.

—Bueno, no creo que sea nada que no hayas hecho tú con mi

hermano —bromeó Abigail.

—¿Quieres que te lo relate?

—No, tranquila. No hace falta. Ya le he visto el trasero demasiadas veces a Robbie, gracias —se apresuró a decir.

—¡Mami! —gritó Sean corriendo hacia ella.

—Hola, cariño. ¿Has dormido bien? —dijo Vicky en cuanto lo tuvo entre sus brazos. El pequeño asintió.

—Te estábamos esperando para desayunar —respondió.

—Vaya, pues… gracias.

—¿Y bien, MacKay? ¿Cuándo podré llamarte cuñada? —preguntó Ian ayudando a su esposa a levantarse de su asiento.

—Bueno, eso depende de tu hermano —contestó ella. Sus mejillas se sonrojaron al instante al recordar su conversación en el lecho.

—Es increíble cómo cambian las cosas, ¿no creéis? —comentó Abigail. Todos la miraron esperando una explicación—. A ver, siempre creímos que sería con Ian con quien acabarías, Vicky —afirmó.

—¿Ah, sí? Interesante —pronunció Aliena. Una leve molestia le sobrevino en ese instante y se llevó la mano a la parte baja del vientre. Ese niño iba a ser todo un gran guerrero como su padre, pues no dejaba a su madre tranquila ni un instante.

—Será mejor que te expliques, hermana —dijo él. Con suma delicadeza, ayudó a su esposa a llegar hasta su lugar en la mesa.

—Oh, vamos, Ian. Le dejabas notas en mi cuarto cuando nadie te veía. Encontramos varias…

—¿Crees que estoy tan loco como para entrar en tu habitación sin tu permiso o tu presencia? ¿Tan necio me consideras, hermana? —exclamó cruzándose de brazos.

—Pero…, si no fuiste tú, ¿quién…? —preguntó Vicky, intrigada.

En ese instante, Robbie apareció en el salón junto con Gavin y James. Los tres guerreros dialogaban de forma distendida. Vicky notó a su corazón agitarse en su pecho y entonces comprendió todo. Dejó a Sean en el suelo y salió corriendo hacia él, quien la recibió con sorpresa entre sus brazos.

—Creo que acabamos de encontrar a su admirador secreto —comentó Ian divertido.

El desayuno se alargó hasta bien entrada la mañana, momento en el

que el sol decidió irrumpir entre las nubes. Ese temporal tan desagradable con el que habían amanecido decidió darles una tregua y permitir que el astro rey calentase la tierra. Tras despedir a sus huéspedes, los hombres aprovecharon para entrenar de nuevo.

Cuando llegaron al campo de entrenamiento, se encontraron a Gideon descargando de la carreta los sacos con las nuevas espadas. Un grupo de guerreros le ayudaban con la labor.

—¿Ahora también eres herrero, padre? —preguntó Robbie al llegar a su altura.

—Tenía que traer la nuevas herraduras para los caballos y Steve me pidió el favor de traer el encargo del *laird* porque la fragua dejó de funcionar y debía arreglarla antes de que se le acumulase mucho más el trabajo —respondió entregándole un saco a su hijo.

—Fergus, llévate a dos hombres contigo y ayudad a Steve —ordenó James a su guerrero. Este asintió y se llevó consigo a dos compañeros del campo.

—Buen acero —comentó Ian, haciendo movimientos circulares con una espada que tomó de uno de los sacos.

—Lo cierto es que sí, es uno de los mejores trabajos que he visto —dijo Gideon. Desciende de la carreta de un salto y coge el último saco para depositarlo junto al resto.

—¿Habéis sujetado muchas espadas en vuestra juventud, señor? —preguntó uno de los jóvenes tomando una con su mano.

—Alguna que otra, muchacho.

—Aquí donde le veis, sabe manejar bien la espada. Nada tiene que envidiar a ningún guerrero —pronunció Robbie con orgullo.

—No hagáis caso. Mi hijo me idolatra demasiado.

—Comprobémoslo, entonces. —James lanzó una espada a su suegro, que la cogió en el aire con una mano sin problemas. Luego, el *laird* tomó otra y la movió fijando su mirada en su oponente.

Rápidamente, todos formaron un círculo alrededor de ambos luchadores. A pesar de conocer la destreza de su padre con la espada, ya que él fue quien los instruyó de jóvenes, Ian y Robbie no pudieron evitar temer por él. Se iba a enfrentar a una de las mejor espadas del reino.

James fue quien lanzó el primer ataque, algo inaudito en él y por eso a Gavin le extrañó ver aquella acción por parte de su amigo. Nunca iniciaba él un combate, más bien solía esperar a que otro

diese el paso mientras observaba y medía las capacidades de su oponente.

Los primeros pasos fueron de calentamiento, aunque él no quería descargar todo su potencial contra su suegro. Si lo hería, tendría serios problemas con su esposa y no quería ser expulsado del lecho. Pero llevaba tiempo pensando en entablar esa conversación que le rondaba su mente desde hacía días con Gideon.

El enfrentamiento se iba recrudeciendo golpe tras golpe. El silencio solo era invadido por el sonar del acero al chocar entre sí y los pies golpeando la tierra a cada paso. Con cada giro, sus respiraciones eran cada vez más fuertes.

—¿Nuestro *laird* se está conteniendo? —preguntó uno de los guerreros.

—Creedme, no lo está haciendo —respondió Gavin. Su semblante era serio, cruzado de brazos y sin desviar la mirada de la contienda.

A Ian y a Robbie, aquellas palabras, les produjo un sentimiento de orgullo hacia su padre porque ellos mejor que nadie sabían lo duro que era James Campbell con la espada. Pero esta vez, al demonio rojo le estaba costando bastante desarmar a su adversario. Debían reconocer que Gideon SinClair, ahora Campbell, se movía con mucha destreza y soltura para su edad.

El cansancio comenzaba a hacer mella en ambos, pero no parecían decididos a poner fin hasta que uno de los dos cayese o soltase su arma. James manejaba la espada con la maestría que le caracterizaba, pasándola de mano en mano y frenando las estocadas de su suegro.

Con un hábil giro de muñeca del experimentado *laird* logró desarmar a su oponente. La espada cayó al suelo ante la atenta mirada de los allí presentes, que contenían la respiración desde que la lucha dio comienzo. James acercó el filo de su acero a la garganta de su suegro, pero se sorprendió al verle esbozar una pícara sonrisa.

Gideon giró sobre sus talones, apoyó su espalda contra el pecho del Campbell, lo tomó del brazo y lo lanzó por los aires. Luego, cogió su espada del suelo y apuntó con ella el cuello de un sorprendido James. Todos enmudecieron aún más tras aquella acción, sin lograr creerse que su *laird* haya sido derrotado.

Gavin fue quien rompió el silencio aplaudiendo con fuerza, seguido por Robbie e Ian. Gideon lanzó su espada a un lado y tendió su brazo hacia su yerno, que lo tomó con fuerza para incorporarse. Ambos se miraron, jadeantes por el esfuerzo y asintieron con sus cabezas.

—Mi querido suegro, tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, creo que ya es hora.

—¡Bravo, bravo, bravo! —pronunció Gavin sin dejar de aplaudir. Se acercó a ellos y palmeó el hombro de Gideon con efusividad—. Jamás pensé que mis ojos verían algo así —dijo.

—Padre, ha sido increíble —comentó Robbie, henchido de orgullo por su progenitor.

—Creo que vuestro padre tiene mucho que contar. Será mejor que volvamos al castillo y reunamos a toda la familia porque hay un secreto que clama por ser revelado, ¿me equivoco? —preguntó James mirando a su suegro. Este asintió tras un suspiro—. Eso pensaba. ¡Duncan! Recoged todo y guardadlo en el cobertizo. Hoy os doy el día libre a todos —exclamó para regocijo del resto de muchachos allí congregados.

—Quiero ver cómo se lo explicas a tu mujer —bromeó su segundo al mando, con su clásica sonrisa burlona.

—Cállate, Gavin —dijo James.

Capítulo 11

Con todos reunidos en el salón, y tras recibir James una regañina por parte de su esposa, Gideon tomó asiento frente a todos ellos y tomó un trago de cerveza para aclarar su garganta. Sabía que debía contarles a sus hijos la verdad sobre sus orígenes, aunque siempre mantuvo la esperanza de no tener que hacerlo nunca. Pero el suceso en Stirling removió viejos fantasmas que creía enterrados.

Tras un sonoro carraspeo, tomó aire y comenzó a contar el secreto que tan celosamente había guardado durante tanto tiempo.

Castillo de Caerlavercok, hogar del clan Ferguson de Carrick y cuyo *laird* era conocido por mantener buenas relaciones con los ingleses al otro lado de los borders. Viudo desde hacía más de siete años, jamás tuvo la intención de volver a casarse. Del matrimonio entre Ewan Ferguson y Effie SinClair nacieron dos hijos varones, quienes serían los encargados de continuar con el linaje familiar.

Aiden, el mayor de sus descendientes, siempre mostró un carácter autoritario y bastante impulsivo, pero su madre lograba acallar sus demandas con su saber hacer. Un niño que sabía desde bien pequeño cuál iba a ser su función dentro del clan, pues él heredaría el puesto de *laird* cuando su padre abandonase este

mundo.

Gideon, en cambio, era un niño cariñoso, trabajador y responsable. Poseía unas grandes dotes de liderazgo y siempre dio muestras de ser un gran guerrero. Le gustaba acompañar a su padre en los entrenamientos con el resto de los miembros del clan y fue el que primero empezó con sus enseñanzas con el manejo de la espada.

Ambos hermanos eran bastante parecidos, salvo por la diferencia de edad. Cuatro años distaban el uno del otro, pero el pequeño siempre mostró ser más maduro que el mayor. Algo que a Ewan le reconcomía por dentro. No quería dejar a su clan en manos de un tirano y, por desgracia para el *laird*, su heredero mostraba demasiados aspectos oscuros.

Con el paso de los años, lo único que acabaron compartiendo los hermanos Ferguson fue su físico. Ambos altos, de cabellos oscuros como la noche y ojos azules como el mar. Un contraste que no pasaba desapercibido entre las féminas, pues todas querían ser las que robasen el corazón de alguno de los hijos del *laird*.

Pronto hubo un preferido entre las damas. Por su alegría, su educación y galantería, aparte de ser el mejor líder que el ejército del clan podría tener, Gideon Ferguson acabó siendo el objeto de deseo de todas las mujeres casaderas y no tan casaderas. Eso hizo que la oscuridad en el alma de su hermano mayor creciese alimentada por la envidia.

Aiden estaba destinado a ser el *laird* y así se lo confirmaban sus más fieles seguidores…, y algunas lenguas viperinas que tan solo buscaban obtener el favor del futuro líder. Los jefes de otros clanes, los cuales estaban interesados en una alianza con los Ferguson, acudían a las celebraciones en Caerlaverock acompañados de sus hijas, con la esperanza de que fuesen elegidas como futuras señoras del clan.

Ewan comenzó a dudar si dejarle el mando a su hijo mayor o cederle el título a Gideon. Su hijo menor era querido por todos y podía ver el gran líder que era, cómo todos sus hombres luchaban bajo su mandato por pura devoción. Confiaban en él ciegamente y eso era lo que hacía a un gran jefe desmarcarse del resto.

—Mi amor, mi dulce esposa… Cuánto necesito de tu sabiduría y tu compañía ahora mismo —pronunció ante el retrato de su esposa

fallecida.

Como cada noche, antes de retirarse a sus aposentos, Ewan Ferguson se tomaba su último trago de *whisky* sentado en la cómoda butaca de su despacho. Un enorme cuadro gobernaba una de las paredes de la estancia, un vivo retrato de la mujer que le dio sus dos hijos. Su Effi, su esposa y a la que añoraba cada día.

—Debo tomar una drástica decisión que sé que ocasionará sendas divisiones en el clan, pero… ¿qué debo hacer, si no? —dijo con tristeza. Le dio un trago a su copa y volvió a fijar su mirada en el rostro de su mujer—. Effie, no sabes las cosas tan atroces que nuestro hijo, Aiden, es capaz de hacer. Se ha vuelto un monstruo, un ser sin alma y yo… yo no quiero dejar el clan en manos de un tirano. —Suspiró para tomar fuerzas y continuar—. Sé que es el mayor, el heredero por ley, pero también sé que Gideon ejercerá mejor el papel de *laird*. Este clan necesita a un gran líder y ese, por desgracia, mi amor, no es Aiden, sino su hermano —expuso con pesar.

El viejo *laird* se levantó de su asiento y caminó arrastrando sus pies hasta la mesa para depositar con cuidado su copa vacía. Dudó por un instante si servirse otro trago, pero tan solo pudo cerrar los ojos, aferrándose con fuerza al borde de la mesa. La decisión ya estaba tomada y debía hacerlo oficial cuanto antes, pues presentía que la muerte pronto lo visitaría.

—Mañana redactaré el documento y lo enviaré a la corte lo antes posible para hacerlo oficial. Presiento que pronto estaremos juntos, mi amor. Pronto me tendrás a tu lado, mi Effie —susurró.

Caminando como si su alma pesase cien mil toneladas, Ewan Ferguson emprendió camino hacia su estancia. Mañana tendría un duro día que afrontar y debía descansar. Lo que no sabía era que unos oídos recelosos habían escuchado su conversación con su difunta esposa.

Aiden, como siempre solía hacer, se había mantenido oculto entre las sombras del despacho de su padre y había podido escuchar cada palabra emitida por él. Palabras que golpearon con dureza su orgullo y alimentaron aún más su ira contra su hermano. Debía hacer algo para evitar que ese documento llegase a manos de la corte escocesa, no tenía pensado renunciar al liderazgo de su clan sin luchar. Haría todo lo que fuese necesario.

Al día siguiente, una joven sirvienta llamó a la puerta de su *laird* con unos ligeros golpes de sus nudillos en la madera. Al no obtener respuesta, fue en busca del ama de llaves y esta hizo llamar al consejero del clan. Los tres abrieron la puerta con sumo cuidado, pronunciando el nombre de su señor.

El hedor que se había concentrado en aquella estancia los hizo taparse la boca y las narices con un grueso trapo, notando incluso escozor en sus ojos. Un nauseabundo olor a muerte invadía por completo los aposentos. La sirvienta se apresuró a abrir las ventanas para dejar salir aquel apestoso olor.

Descorrió las pesadas telas que cubrían los ventanales, dejando entrar la luz del día y mostrando una imagen fantasmagórica ante ellos. Ewan Ferguson yacía en su cama, con una mano sobre su pecho y una expresión de auténtico dolor. Su corazón había decidido fallar esa noche y la muerte acudió en su busca.

En cuestión de segundos, todo el castillo se inundó de los sollozos de los sirvientes, que acudieron corriendo al oír lo gritos desgarradores de su ama de llaves. Hicieron llamar a uno de los hijos de su *laird*, ya que el otro no se encontraba en el castillo por motivos del clan.

Aiden entró corriendo en la habitación y lo encontró de la misma forma en la que lo habían descubierto los sirvientes. Se arrodilló junto al cuerpo sin vida de su padre, tomó una mano entre las suyas y lloró. Aunque, a pesar de lo que todos pensaron, no eran lágrimas de tristeza. Se tomó aquel suceso como una señal del destino. Él debía ser el líder del clan. Dios así lo había designado, era un mensaje divino y no se podían desoír los designios del señor.

Un jinete fue enviado en busca de Gideon, que hacía días que se había ido de patrulla por tierras Ferguson. Cuando regresó, Aiden ya había dado orden de enterrar a su padre, impidiéndole así poder despedirse de él. Eso es algo que jamás le perdonaría a su hermano.

Los meses siguientes fueron un auténtico suplicio tanto para el clan como para ambos hermanos, quienes estaban siempre enfrentados por cada decisión tomada por el nuevo *laird*. El antiguo consejero de su padre, Donel Ferguson, fue destituido de su puesto por orden de Aiden, que prefirió tener a su lado a su buen amigo Clyde.

Las divisiones dentro del clan cada vez eran más notorias y

pronto se empezó a hablar de un levantamiento en pro del auténtico elegido por el antiguo *laird* como heredero del clan. Gideon nunca sintió el deseo ni la necesidad de ser el jefe de nada, pero tampoco quería ver cómo su hermano destruía todo por lo que su padre había luchado.

El hijo menor de los Ferguson tenía muchos más apoyos que su hermano y comenzó a gestarse la rebelión del clan. La mitad del ejército estaba a favor de Gideon y la otra mitad no quería inmiscuirse en una lucha entre hermanos. Todo estaba preparado cuando una visita inesperada frenó en seco los planes del alzamiento.

A las puertas del castillo se encontraba un hombre sobre una carreta tirada por dos caballos, uno de ellos iba cojo. Se trataba de un mercader venido de tierras hispanas, de la zona mediterránea para ser más exactos. Buscaba alojamiento y poder curar la herida de su caballo para poder continuar viaje hacia la próspera ciudad de Edimburgo.

Con él, viajaba una joven de cabellos negros como la noche y brillantes esmeraldas por ojos que hipnotizó a ambos hermanos nada más descender del carromato. Una mujer de una belleza nada natural y nunca vista por tierras escocesas. Una tez dorada y una sonrisa embaucadora que provocaba delirios en los hombres que osasen fijarse en ella.

Arabela Monfort, así se llamaba la muchacha risueña que había llegado como una brisa fresca primaveral a tierras Ferguson. Don Ramiro Monfort era su padre, un hombre algo bajo al lado de los gigantescos escoceses y bastante regordete. Ambos formaban su pequeña familia de mercaderes y recorrían el mundo vendiendo productos elaborados por ellos.

Aiden agasajaba a la joven con todo tipo de joyas, siempre pendiente de que todo se hiciese bajo sus designios y sentándola siempre a su lado. Era su forma de dejar claro a todo el mundo allí presente que él había elegido a la muchacha española como su futura esposa y madre de sus hijos.

Pero Arabela ya había caído bajo el embrujo de la galantería de Gideon. Sin saber cómo lo hacía, cada mañana se encontrada un ramillete de flores sobre su almohada, recogidas de las colinas cercanas al castillo en las primeras horas del día. Era su forma de

decir que la amaba y que lucharía por ella.

Comenzaron a verse a escondidas, robándose besos entre las sombras de los pasillos o teniendo intensos encuentros en la arboleda que bordeaba al castillo. Se casaron a espaldas de todo el clan, con los únicos testigos del enlace que fueron el padre de Arabela y Donal Ferguson.

Aquella unión servía para reforzar aún más el estatus de Gideon sobre su hermano. Aún así, debían mantenerlo en secreto hasta que se asegurasen de tener a más de la mitad del clan de su parte. Pero de poco les sirvieron sus esfuerzos. Aiden Ferguson los había mandado espiar por sus hombres de confianza y había descubierto toda la trama días después de la unión entre su hermano y su amada.

Llevado por la rabia, encarceló al antiguo consejero del clan y al padre de Arabela. A ella la mantuvo cautiva en sus aposentos y a su hermano lo expulsó de los dominios del clan. Pero Gideon no iba a abandonar a la mujer que amaba y mucho menos a dejarla en las manos del depravado de su hermano.

Conocía bien el castillo y sus tierras. Por eso, era el único que conocía las entradas y salidas secretas de su hogar. Caerlaverock estaba construido sobre un foso y su única entrada a caballo era atravesando el puente que lo unía con tierra firme. Pero existía un hueco en la parte trasera de la gruesa muralla al que se accedía nadando.

Acompañado por los pocos hombres que lograron huir con él, atravesó las aguas que bordeaban el castillo hasta llegar a la abertura. Avanzaron en silencio con antorchas en mano por aquel lúgubre pasadizo. Llegaron sin dificultad a los calabozos, donde encontraron a don Ramiro en una de las celdas.

Gideon pidió a sus hombres que escoltasen a su suegro fuera de la muralla, mientras él iba en busca de su esposa. Prefería ir solo, así podría ir más rápido. Entró en sus aposentos de la misma forma en la que entraba cada mañana para dejarle las flores sobre la almohada.

Cogidos de la mano, avanzaron por el pasadizo que unía su habitación con el camino hacia su libertad hasta que la gutural voz de su hermano los hizo pararse en seco. Los habían descubierto, pero no podían parar ahora. La salida estaba a pocos metros de ellos

y pronto serían libres.

Las aguas estaban heladas a pesar de estar en pleno verano. Arabela nadó con bastante dificultad, ayudada en todo momento por los fuertes brazos de su esposo. Cuando llegaron a la orilla, se encontraron con los cuerpos de sus hombres y ni rastro de don Ramiro Monfort.

—¡Aquí arriba, hermano! —vociferó Aiden desde las almenas de la torre.

La muchacha se llevó una mano al corazón y emitió un grito de horror al comprobar que su padre había sido apresado de nuevo. El *laird* lo mantenía sujeto con fuerza y apuntaba a su garganta con el filo de su espada.

—¡Suéltalo, Aiden! ¡Tu guerra es conmigo, no con don Ramiro! —gritó Gideon.

—Oh, mi querido y gentil hermano. ¿Acaso crees que soy tan estúpido de batirme contra ti, que siempre fuiste el mejor luchador de todo el clan?

—¿Y qué quieres, entonces? Déjanos ir, ya no quiero el clan. Eres el *laird*, el dueño del castillo, de las tierras y de todos los hombres que en ellas viven. Lo has logrado, hermano. Me has vencido.

—No, Gideon. No te he vencido, pues tú me has robado mi posesión más preciada: ella —aseveró señalando hacia Arabela.

—¡Yo no soy tuya! ¡Soy suya y ya no puedes hacer nada contra ello, Aiden! ¡Yo amo a tu hermano! ¡Libera a mi padre, por favor! ¡Te lo suplico! —rogó de rodillas la muchacha.

—Me has traicionado, Arabela. Tú, mi hermano, Dios… ¡Todos! Y voy a enmendar ese error ahora mismo. —Y sin más, cercenó la cabeza de don Ramiro Monfort, dejándola caer al agua y empujando su cuerpo para caer a pocos metros.

Arabela gritó de dolor. Un grito desgarrador que se pudo escuchar en todo el castillo. Gideon se quedó en *shock* durante unos segundos, incrédulo de que su hermano hubiese sido capaz de cometer tal atrocidad.

—El siguiente serás tú, hermano, y ella lo verá también. Después, nos desposaremos y la tomaré cada día hasta que me de los herederos necesarios para perpetuar mi linaje —aseveró Aiden desde las alturas.

—¡Jamás yaceré contigo! ¡Eres un demonio y te pudrirás en el infierno! —gritó ella, desesperada y envuelta en lágrimas.

—Mi amor, debemos irnos —susurró él, tomándola entre sus brazos.

—¡No podréis huir de mí, Gideon! Os encontraré y recuperaré lo que es mío, tarde o temprano ella volverá a mí —sentenció.

Ambos amantes corrieron al refugio de la arboleda, huyendo de la lluvia de flechas lanzadas desde los muros del castillo. Allí, los aguardaban los caballos que él y sus hombres habían provisto para su huida. Ayudó a su esposa, que lloraba de forma desconsolada, a montar sobre uno de los caballos. Él subió sobre su montura de un salto y agarró las riendas con fuerza entre sus manos. Azuzaron a sus caballos y salieron de allí a galope tendido, sin mirar atrás.

Caerlaverock se había quedado sin el heredero que su anterior *laird* había dispuesto para tal fin y en su lugar, un tirano ocupó la silla que tanto ambicionaba. La decadencia del clan Ferguson era inminente.

Capítulo 12

Abigail tenía, desde hacía rato, una mano sobre sus labios y la otra en el corazón. Sus ojos se habían inundado en lágrimas con el relato de su padre y no era capaz de articular palabra alguna. James la tenía cogida entre sus brazos y acariciaba su cuello de forma suave, transmitiéndole calor. Aliena había entrelazado sus dedos con los de Ian, que parecía haberse convertido en piedra con el relato.

Pero el que estaba más ido de los tres hermanos era Robbie. Tenía la mirada perdida en algún punto del suelo, con los puños apretados. Que su padre dijese que él era el vivo retrato de su hermano, Adien Ferguson, lo conmocionó. Siempre fue consciente de tener una oscuridad peligrosa en su interior, pero el saber que a su tío lo asolaba el mismo mal hizo que todo su mundo diese un giro de ciento ochenta grados.

Un giro demasiado rápido y vertiginoso. Se preguntaba si acabaría convirtiéndose en alguien tan ruin como él. Miró a Vicky de soslayo y no pudo evitar sentir miedo por ella y su hijo. ¿Qué ocurriría si su oscuridad se apoderaba por completo de él? ¿Podría hacerles daño de alguna forma? No podía siquiera pensar en ello.

Cerró los ojos, suspiró con fuerza y salió del salón como una

exhalación. Todos se miraron pasmados por su reacción, sin saber cómo reaccionar. El primero en romper el silencio fue Gideon, quien empezaba a lamentarse de haber desvelado aquel oscuro secreto.

—No debería haber contado nada —pronunció cabizbajo.

—No diga eso, padre —se apresuró a decir Ian. Se liberó del agarre de su mujer y se acercó a su padre, posando una mano con delicadeza sobre su hombro—. Robbie tendrá que entender el motivo de haber mantenido este secreto durante tanto tiempo y…

—El problema es que tu hermano tiene una oscuridad en su interior que ha visto reflejada en su tío, el causante de tanto sufrimiento en vuestra madre —intervino Vicky sin pensarlo.

Ian clavó su mirada en ella, intrigado por sus palabras.

—Es cierto, Ian. Tú no estuviste aquí y no pudiste ver en lo que casi se convierte Robbie —afirmó Abigail.

—Hijo, cuando tú desapareciste y se te dio por muerto, tu hermano sufrió mucho. Tanto que se alejó de todos nosotros. Hizo cosas por las que un hombre no se sentiría jamás orgulloso y esa losa le pesa desde entonces. Durante un tiempo, se convirtió en el vivo reflejo de mi hermano y eso me pesaba demasiado —comentó Gideon con pesar.

—Pero salió de esa oscuridad, si no, no estaríamos aquí todos juntos —dijo Ian.

—Es cierto, pero nos costó mucho traerlo de vuelta. Vicky y yo nos vimos arrastradas por toda la ciudad, buscándolo sin descanso para encontrarlo en pésimas circunstancias. Papá también se recorría las calles de Edimburgo y hubo de sacarlo de lúgubres tabernas y burdeles en infinitas ocasiones —explicó Abigail.

—Dios mío, cuánto sufrimiento le he causado a mi familia —se lamentó Ian tras escuchar a su hermana—. Debo enmendar mis errores. Iré a hablar con él y…

—Permíteme que vaya yo, por favor —intervino Vicky.

—Mami… —balbuceo el pequeño Sean, aún sujeto a su mano con fuerza.

—Tranquilo, cariño. No pasa nada. Volveré pronto, pero ahora debo ir a ayudar a Robbie —le dijo con ternura.

—Ven aquí, muchacho —James estiró su mano hacia Sean, esbozando una sincera sonrisa que hizo que el niño se liberase sin

oponer resistencia. El *laird* lo tomó en brazos y lo sentó en su regazo—. Te quedarás conmigo hasta que tu madre vuelva, ¿de acuerdo? —El pequeño tan solo asintió con la cabeza. Siguió con su mirada la figura de su madre alejarse de allí y suspiró.

Le llevó un tiempo encontrar a Robbie, pero logró dar con él gracias a Liam. Lo había visto pasar por su lado como una exhalación, cabizbajo y pensativo, y atravesar el portón del muro exterior. Su amigo se ofreció a ir en su busca y acompañarla, pero Vicky se negó. Aquello debía hacerlo sola y conocía bien a ese testarudo hombre. No se abriría a ella si la veía aparecer con él. Agradeció su ofrecimiento con gentileza y partió en su busca.

Por fin pudo dar con él. Lo encontró a mitad de camino, entre la espesa arboleda colina abajo. El suelo estaba bastante embarrado para poder caminar con soltura con aquellos zapatos que llevaba, y más si tenía que llevar las faldas de su vestido sujetas con sus manos para no pisarlas a irse de bruces al suelo.

Pretendía poder acercarse sin hacer ruido, pero un repentino resbalón dio al traste con su idea inicial. Soltó su vestido y se apoyó contra la corteza de un árbol, raspándose la palma de la mano. Profirió un quejido y se miró su herida que comenzaba a sangrar ligeramente.

—Vicky, ¿estás bien? —preguntó Robbie, que se había apresurado a ayudarla.

—Me he hecho un poco de daño en la mano, pero no es nada.

—Trae, déjame ver —dijo él. La tomó con delicadeza, se quitó su pañuelo del cuello y cubrió la herida con él—. Debemos ir a que mi hermana te cure es…

—Después. Ahora quiero saber cómo estás —intervino ella.

—Estoy bien, Vick.

—Pues permíteme que no te crea, Rob. Te conozco lo suficiente como para saber que esa historia te ha removido viejos fantasmas.

Él la miró, le acarició su mejilla y sonrió. Acercó sus labios a los suyos y la besó con ternura. Tras separarse de ella, fijó sus azules ojos en esas brillantes esmeraldas que lo observaban con adoración.

—Me gusta que me llames Rob —pronunció él.

—Así te empecé a llamar en Edimburgo —recordó ella sonriente.

—Y por eso me gusta, porque me trae siempre de vuelta y

calienta mi corazón. Eres la luz que ilumina mi oscuridad, Vicky MacKay —dijo. Volvió a besarla, pero esta vez con más pasión.

—Entonces, ¿seguro que estás bien? —insistió ella tras separar sus labios.

—Sí.

—¿Seguro?

—No te negaré que no esté algo conmocionado por el relato, y más sabiendo lo que el hermano de mi padre y yo nos parecemos. No solo físicamente, como Abi contó en su día, sino en la forma de afrontar los problemas. Parece que ambos tendemos a dejarnos llevar por nuestros más oscuros pensamientos y…

—Pero no dejaré que eso pase, Robbie. Dices que soy tu luz, pues permíteme que te traiga de vuelta siempre que lo necesites.

—Vicky, yo… —Tomó aire y llenó sus pulmones para poder proseguir con su exposición—. Por un momento tuve miedo de haceros daño a ti o a tu hijo, de que ese ser oscuro que habita en mí tome el control y… No puedo hacerte pasar por un tormento así. No después de todo lo que Kenneth te hizo. Yo…

Esta vez fue ella quien acalló sus palabras apoderándose de sus labios y aferrándose a él con miedo a soltarse y que se lo arrebatasen.

—Robert SinClair Campbell, tú no eres Kenneth Murray ni lo serás jamás. Conozco tu alma, tu corazón, lo sé todo de ti y por eso estoy convencida que nunca osarás levantarnos la mano ni a mí ni a mi hijo. Porque tú serás nuestro protector —afirmó ella contra su boca.

—No sé qué he hecho para merecerte, Vicky, pero te juro ante Dios que seré merecedor de tu amor. Y que un rayo me parta si alguna vez oso hacerte daño. Me esforzaré, día a día, para ser el hombre que te mereces tener a tu lado. Te lo juro por mi vida.

—Acepto tu juramento, SinClair —Robbie la elevó entre sus brazos y giró con ella entre risas y besos—. Será mejor que volvamos. Has dejado a tu pobre padre muy disgustado con tu huida.

—Tienes razón. Además, debo empezar a planificar una boda y quiero que sea lo antes posible. No puedo esperar ni un minuto más para que seas mi esposa y empezar a hacerte feliz.

—Ya me haces feliz, Rob —afirmó ella.

—Más, quiero que lo seas aun más.

Ambos caminaron cogidos de la mano de vuelta al castillo, no sin robarse besos entre los árboles que protegían toda la montaña. En cuanto entraron en el salón donde todos estaban aún reunidos, Robbie se acercó corriendo a su padre y lo abrazó con fuerza. No hubo necesidad de más palabras. Aquel gesto emocionó a todos los allí presentes, incluida Vicky, que tomó a su hijo en brazos en cuanto este llegó corriendo y se tiró a sus piernas.

Tras ese gesto, informan a su familia de su decisión de contraer matrimonio. El júbilo y la alegría de aquella noticia habían logrado borrar por completo el mal momento pasado tras la historia de Gideon. Una boda era un motivo más que suficiente para poner fin a una vida tortuosa y dar comienzo así a una nueva.

Hasta el pequeño nonato hijo de Ian y Aliena pareció alegrarse por la noticia, ya que su madre tuvo que sentarse por las patadas y el excesivo movimiento que su pequeño estaba teniendo en su interior. Abigail, abrazada a su esposo, miraba todo a su alrededor con emoción. Tenía su gran familia deseada, tal y como James le había prometido.

Con el invierno bien avanzado y las nieves haciendo acto de presencia, habían decidido posponer el enlace hasta la llegada del deshielo. Pero una visita inesperada del párroco a la aldea hizo que sus esperanzas volviesen a crecer. James lo hizo llamar ante él y le ofreció alojamiento en el castillo mientras durasen los esponsales.

Por supuesto, como buen hombre de Dios que era Aaron MacAllister, aceptó la invitación de oficiar la boda entre Robert Campbell y Vicky MacKay. Una vez presentadas las capitulaciones, todos en el castillo empezaron la ardua tarea de organizar una ceremonia en tiempo record.

El novio, vestido con el traje de gala del clan, se removía nervioso bajo la atenta mirada de su padrino y hermano. Con su cabello negro cayendo sobre su rostro, sus ojos azules resaltaban aun más. Un porte elegante, con su espada impoluta colgando en un lateral y el manto bien sujeto sobre el hombro por el broche Campbell.

—Si sigues retorciendo tanto los cordones de tu camisa, los vas a romper y tendrás que escuchar a nuestra hermana protestar por no ir bien vestido —susurró Ian a su lado.

—¿Cuánto puede tardar una mujer en terminar de arreglarse, por el amor de Dios? —protestó él, dejando caer sus manos a ambos lados de su cuerpo.

—Hermano, este es su día y, por lo tanto, tienen licencia para poder tomarse todo el tiempo que necesiten y deseen. Tranquilo, vendrá —respondió palmeando su hombro de forma suave.

—No dudo de ello, pero sí de que mi corazón sea capaz de soportar más esta tensión —gruñó.

Ian rio divertido al ver a su pequeño hermano como un manojo de nervios. Recordó lo que se siente estando en el altar, a la espera de ver aparecer a la mujer con la que has decidido pasar el resto de tu vida. Esa mujer que amas con todo tu corazón y tu ser, y por la que darías tu propia vida.

El párroco pasaba las hojas de su vieja biblia y observaba a los allí presentes cada pocas páginas. No había muchos invitados, salvo la propia gente del clan. La capilla era pequeña, por lo que la mayoría estaban esperando a las puertas para ver aparecer a la novia ataviada con su precioso vestido.

—Por el amor de Dios, que alguien vaya a buscarlas —volvió a protestar Robbie. Un carraspeo del sacerdote atrajo su mirada.

—No se blasfema en la casa del señor —le recriminó de forma amable.

Tanto Ian, como James y Gavin tuvieron que disimular sus risas para no importunar ni al histérico novio ni al encargado de oficiar el enlace. Hasta que la novia hizo acto de presencia y todos enmudecieron al verla.

Vicky había elegido un precioso vestido verde que resaltaba por completo sus cabellos dorados y hacía juego con sus ojos. Esas dos esmeraldas que se habían clavado en Robbie desde que había atravesado el umbral de la capilla. Los bucles de su cabello caían de forma grácil sobre sus hombros.

El atuendo lo completaba una hermosa corona de flores, las mismas que llevaba en su diminuto ramo y las cuales iban sujetas por la tela con los colores Campbell. Agarrado con fuerza a su mano derecha iba el pequeño Sean, que caminaba sonriente por el corto pasillo y siendo observado con ternura por los allí presentes.

Unos pasos antes de llegar al altar, ella le susurró a su hijo que fuese junto con Abigail y James. Sin emitir ninguna protesta, se

soltó de la mano de su madre y se dejó coger en brazos por el gran *laird* del clan al que tanto admiraba. Vicky avanzó de nuevo hasta estar a la altura de Robbie, que la miraba embobado y sin dejar de tragar saliva.

—¿Tienes molestias en la garganta, mi amor? —preguntó ella, divertida.

—No es ahí donde siento molestias precisamente —respondió él.

El párroco carraspeó de nuevo, indicándoles silencio a ambos. Cogió el libro entre sus manos y rodeó la mesa hasta quedar delante de los novios. Miró a uno y luego miro a otro. Se aclaró la garganta y tomó aire para comenzar con la ceremonia.

—¿Quién entrega a esta mujer para…?

—¡Yo, señor! —exclamó Sean con efusividad, provocando que la gente riese ante la espontaneidad del niño.

—Muy bien, jovencito. Veo que eres el hombre de la casa —respondió el sacerdote tratando de aguantar la risa—. Estamos aquí reunidos para presenciar la unión de dos almas que se aman, bajo la bendición de nuestro señor —dijo, dando comienzo así a la celebración.

El sermón con el que el párroco decidió oficiar la ceremonia fue todo un tormento para Robbie, que no veía la hora de finalizar aquel teatro y poder llevarse a su mujer de allí. Pronto podrían formar su propia familia y juró, desde lo más profundo de su ser, protegerlos a ambos con su propia vida.

Había comenzado la construcción de lo que sería su hogar junto a la casa que su padre e Iona tenían en la aldea. Tuvo que luchar mucho contra los inconvenientes de su hermana, pues ella no entendía por qué no podían vivir todos en el castillo. Por suerte, James intercedió por él y esta acabó aceptando su decisión. Esperaba tenerla acabada para mediados de primavera.

—Ya puedes besar a la novia —pronunció el párroco las palabras mágicas que hicieron que la tomara de la cintura y se apoderase de sus labios con fervor—. Será mejor que dejes algo para la noche de bodas, muchacho —bromeó.

Todos aplaudieron y vitorearon a la nueva pareja al salir de la capilla. La celebración continuó en el salón del castillo, donde todas las mesas estaban dispuestas y repletas de comida para que los comensales pudiesen dar buena cuenta de ello. La cerveza no dejaba

de rellenarse y el *whisky* también estaba bien presente entre los hombres del clan.

Cánticos, vítores, aplausos con cada beso que se robaban los novios.

De pronto, un extraño dolor sobrevino a Aliena, que se dobló sobre sí misma llevándose las manos a su abultada barriga. Bajo las faldas de su vestido se pudo apreciar un charco cristalino que indicaba la llegada de su hijo. De la alegría por la celebración de la boda, pasaron al nerviosismo absoluto por el alumbramiento de una nueva vida dentro del clan.

Ian tomó a su esposa en brazos y subió corriendo las escaleras. Abrió la puerta de su habitación de una patada y la depositó con delicadeza sobre el colchón de su cama. Aliena se retorcía de dolores, gritando y empujando de tal forma que su rostro se teñía del mismo color que sus cabellos.

Abigail e Iona echaron a los hombres de la estancia y los baldes con agua caliente y paños limpios comenzaron a llegar de la mano de nerviosas sirvientas. Ian daba vueltas por el pasillo cual tigre enjaulado. No podía hacer nada, salvo escuchar los horribles gritos de su esposa al otro lado de la puerta.

Vicky estaba con ellas, ayudando con el parto. Seguía las indicaciones que su amiga le iba dando, mientras Iona le daba indicaciones a la madre primeriza.

—Traedme a mi esposo, por favor —suplicó Aliena en un momento de auténtico dolor.

Era algo que no se solía hacer en estos casos, pero Abigail recordó su difícil parto y lo que la presencia de James la había ayudado con el esfuerzo de traer al mundo a sus hijos. Sin pensárselo, hizo llamar a su hermano. Ian entró como una exhalación y se acercó a su mujer.

—Necesito que te sientes tras ella y la ayudes a empujar —le ordenó su hermana.

Él obedeció y se colocó tras el ardiente cuerpo de su esposa. Dejó que reposase su espalda contra su torso y le apartó el cabello sudado del rostro, dándole después un tierno beso en la mejilla.

—Vamos, pelirroja traviesa. Tú puedes con esto, estoy aquí —le susurró.

Otra fuerte contracción hizo que Aliena volviese a gritar y a

doblarse, empujando con fuerza hasta la extenuación. Sentía que las fuerzas se le iban, que no podría soportar otro golpe así. Si no salía ya, no creía que pudiese empujar de nuevo. Se agarró con fuerza a las manos de su esposo y lo hizo, seguido de un alargado y sonoro grito que inundó por completo todo el castillo.

Un silencio se apoderó de pronto del lugar, haciendo que a James se le parase el corazón. Hasta que el llanto de un bebé rompió la angustia de todos. Una nueva vida acababa de llegar al mundo. Un Campbell clamaba por su lugar en el clan con un fuerte llanto que hizo que todos aplaudiesen y se felicitasen unos a otros.

Sí, había sido un gran día. No había nada que bendijese más una unión que la llegada de una nueva vida y por eso, tanto Ian como Aliena, decidieron llamar a su primogénito Robert Campbell.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, el castillo amanecía con el llanto del nuevo miembro del clan. El parto había sido tan extenuante para todos que muy pocos decidieron madrugar como de costumbre hacían. Su *laird* les había concedido la mañana libre para descansar, aunque la señora Fitz e Iona se incorporaron a sus puestos como siempre.

Las viejas rutinas no se podían cambiar.

En la habitación de los recién casados, el amor y el deseo impregnaban las paredes. Robbie le había hecho el amor a su esposa durante casi toda la noche. Deberían estar agotados, pero, con las primeras luces del amanecer, volvió a saborear el dulce cuerpo de su mujer.

Vicky se aferraba a las sábanas bajo su cuerpo, notando toda una descarga de electricidad recorrer su cuerpo mientras él lamía su sexo con pasión. Gemía de auténtica excitación con el saber hacer de su esposo, quien la estaba llevando al más grande de los orgasmos.

Y llegó.

Una oleada de pequeñas convulsiones, seguidas de un largo y sonoro gemido, indicaron a Robbie que ella ya había llegado al

clímax de la pasión. A uno de tantos, porque no tenía pensado parar ahí. Con ella abierta de piernas y bien húmeda, se colocó sobre ella y la penetró.

Un sonoro gruñido salió de sus labios en el momento en el que pudo sentir el calor de su humedad rodear su erecto miembro. Empezó a moverse dentro de ella poco a poco, mientras la veía retorcerse bajo su cuerpo de nuevo. Aceleró el ritmo de sus embestidas, jadeando y con su rostro perlado de sudor.

Vicky se abrió más de piernas para dejarlo entrar bien profundo, acompasando las embestidas con el movimiento de sus caderas. Eso lo volvió loco y aceleró más el ritmo. Pudo notar sus uñas arañarle la espalda hasta clavarse en sus nalgas, que empujaban con fuerza con cada penetración.

Ya no podía contenerse más. Tras un par de embestidas, Robbie se dejó ir con un gutural quejido. Con los ojos cerrados, jadeante aún, apoyó su frente sobre la de ella. Luego, se dejó rodar a un lado y la atrajo hacia él arropándola con su brazo.

—Buenos días, esposo —pronunció ella con una enorme sonrisa en su rostro.

—Buenos días, esposa —respondió él—, espero que hayas dormido bien —dijo.

—Cada noche contigo es mejor incluso que la anterior.

—Me alegro. —Le dio un beso en la frente y colocó su brazo tras su cabeza para después cerrar los ojos. Su respiración era cada vez más pausada y pronto volvería a quedarse dormido. Ella acariciaba su torso desnudo, haciendo pequeños círculos con la punta de sus dedos.

—Una boda interesante, ¿no crees? —comentó Vicky.

—Lo cierto es que sí. Nos hemos casado y celebrado el nacimiento de una nueva vida en un mismo día.

—Es un buen augurio. —Él se movió en la cama y la miró intrigado por aquella expresión—. Cuando suceden cosas buenas el día de un nuevo casamiento, dicen que es señal de un futuro largo y prometedor. En cambio, si hubiese ocurrido algún desastre, sería un mal augurio para los novios.

—Me he casado con una bruja —bromeó. Ella le dio un ligero manotazo y él rio.

—No soy tal cosa. Son solo…, palabras que dicen las ancianas —

protestó burlona.

—Lo sé, mi amor. Sé que no eres una bruja —dijo él. Acarició su mentón y acercó sus labios para besarla—. ¿Qué te apetece que hagamos hoy?

—Quedarnos en la cama todo el día y hacer el amor —contestó ella.

—¡Jajaja! En algún momento tendremos que salir, al menos para comer algo.

—Podemos pedir que nos traigan comida aquí.

—Hecho, pero, para eso, debo vestirme e ir a informar a las cocina. —Ella emitió un sonido gutural a modo de queja que a Robbie le resultó de lo más enternecedor—. Bueno, tal vez pueda bajar más tarde a avisar —dijo.

Se apoderó de sus labios y la besó con pasión, volviendo a colocarse sobre ella para hacerle el amor de nuevo.

Los días pasaron llenos de alegrías y grandes momentos entre los miembros de la gran familia que se había creado dentro de las murallas del castillo Campbell. Ian y Aliena estaban llenos de una enorme felicidad con la evolución de su esperado hijo. Un niño que todos decían tenía buenos pulmones y dejaba claro que sería un gran guerrero.

Vicky y Robbie seguían viviendo intramuros, pues con las nieves cubriendo por completo todas las tierras altas era tarea imposible poder continuar con la construcción de su hogar. Sean se adaptaba poco a poco a su nueva familia e iba aceptando al hombre que sería su protector.

Durante el invierno, debido al mal tiempo y al frío, pasaban largas horas resguardados en su interior y al calor de las gigantes chimeneas del salón. Allí se había instalado la zona de juegos para los pequeños terremotos, Jamie y Collin, que eran el orgullo de sus padres y de todo el clan.

Todo iba bien en tierras Campbell, había paz y el rey permanecía en silencio en cuanto a sus intenciones de emprender un enfrentamiento contra su tío y rey de Inglaterra, Enrique VIII. Aunque la incertidumbre de una inminente guerra no dejaba de pulular entre sus más leales súbditos.

Un día, en el que los coletazos del invierno decidieron dejar de azotar las tierras de Dollar, una improvisada visita rompió el

silencio y la calma establecida tras los muros del castillo. Al otro lado de las gigantescas puertas, un caballo con dos jinetes resoplaba agotado por el esfuerzo de cargar con dos pesos sobre su lomo.

Segundos antes de que los hombres del clan las abriesen, el animal se desplomó y dejó caer al suelo dos cuerpos inertes. Uno de ellos era un hombre herido con dos flechas, que llevaba clavadas en su espalda. Entre sus brazos, iba una muchacha envuelta con apenas una manta.

Los guerreros tomaron a los heridos y los llevaron al interior del castillo, mientras algunos terminaban por dar muerte al pobre caballo que resollaba y respiraba con gran dificultad. De su boca salía una espuma blanquecina, un claro síntoma de que nada se podía hacer por él.

Abigail había sido avisada para tratar de salvarles la vida. Con la ayuda de Vicky y de Iona, colocaron dos mesas en el centro del salón. Las sirvientas se fueron a calentar agua y comenzaron a cortar tiras de tela de lino para utilizarlas como vendajes. Liam fue el primero en aparecer en el salón con el cuerpo de la joven, que respiraba de forma débil.

—¡Mai! —pronunció Vicky al ver el rostro de la muchacha.

—¿La conoces? —preguntó su amiga.

—Claro. Era una de las sirvientas en GilliesHill…

—El hogar de los Murray, ¿verdad? —Vicky asintió con la cabeza—. Déjala aquí, Liam. Voy a comprobar que no tenga ninguna herida oculta en su cuerpo —dijo Abigail.

—Traemos otro herido, mi señora —comentó Callum. Iba cargando con el cuerpo inmóvil del otro jinete con la ayuda de Duncan y Fergus.

—Vale, colocadlo en esa otra mesa —les respondió señalando el lugar indicado y sin levantar la vista del cuerpo de la joven.

—¡Ben! —exclamó Vicky de nuevo. Esta vez, corrió junto al muchacho herido y tomó su rostro entre sus manos—. ¿Qué os han hecho, por el amor de Dios? —dijo entre lágrimas.

—¿También era miembro del clan? —preguntó Abigail.

—Sí, pero odia a Kenneth y por eso me ayudó a escapar. Él fue quien me dio el caballo con el que llegué hasta vosotros. Sin su ayuda, jamás lo hubiese logrado —contestó angustiada—. ¡Oh, Ben, Mai! ¿Qué os ha hecho ese depravado?

—Los salvaremos, Vicky. Te lo juro —prometió su amiga—, pero voy a necesitar de toda tu ayuda porque Aliena no puede dejar solo a su pequeño…

—No, Abi. Tu hermano cuidará del pequeño Rob. Necesitas ayuda porque tú sola no puedes con ambos y el chico está muy mal herido. Yo me puedo encargar de ella —se apresuró a decir Aliena.

—Está bien. Manos a la obra, chicas —afirmó Abigail.

Con la ayuda de algunos guerreros, le sacaron las flechas al joven, que emitió débiles quejidos de dolor con cada extracción. Desde aquel ataque en tierras Campbell, donde Gavin casi perdió su vida por el veneno impregnado en la punta de una flecha salida de la nada, siempre comprobaba cada herida en busca de ese fétido olor. Nunca más lo había vuelto a encontrar, por suerte para ellos.

Hasta ese momento.

En cuanto Abigail acercó la punta de la flecha a su nariz y aspiró su aroma, su semblante cambió por completo. Su esposo, que estaba parado de pie tras ella, pudo ver su expresión y comprendió al instante lo que le quería decir. Gavin, que también estaba allí, entendió la mirada de su amiga y el semblante oscuro que asomó en el rostro de su *laird*.

Aquel ataque fantasma había sido obra de los Murray de Kenneth y con quien habían tenido siempre sendos enfrentamientos. Tal descubrimiento no era bueno, pues solo podía significar una cosa: lucha entre clanes. Porque James Campbell tomaría represalias por el ataque a su familia, así lo había jurado en su interior y él siempre cumplía sus promesas.

La recuperación de los heridos fue larga y angustiosa, pues las heridas del joven eran profundas y el veneno había estado demasiado tiempo en su cuerpo. Abigail se encargó de hacer las mismas curas que hizo con Gavin en su día, pero no estaba segura de poder salvarlo.

Las fiebres habían invadido a ambos heridos, aunque en ella parecía más un síntoma de debilidad. Pero en él era peor. Las convulsiones eran cada vez más intensas y su cuerpo no dejaba de arder. No sabían cuánto tiempo llevaban esas flechas clavadas en su cuerpo ni cuántos días llevaban cabalgando.

Vicky velaba por sus amigos día y noche, sin despegarse de sus

camas. Robbie tampoco la dejaba sola. Le partía el corazón verla tan derrotada, envuelta en lágrimas y preguntándose cómo un ser humano podía ser tan depravado. Recordó, entonces, la historia de su padre y su madre y comprendió que existía mucha más maldad en el mundo de la que él se pensaba.

Entre vigilia, Mai comenzó a balbucear palabras sin sentido. Las fiebres también estaban causando daños en su maltrecho cuerpo y su debilidad no ayudaba a que mejorase. La alimentaban con caldos de carne y verduras todo el tiempo, pero solo les quedaba esperar a que su cuerpo recuperase por sí solo.

En una de las ocasiones en las que las sirvientas ayudaron con el aseo de la joven, comprobaron que su cuerpo estaba lleno de magulladuras. A esa pobre criatura la habían maltratado de todas las formas posibles. Tenía moretones por todo el cuerpo y cortes por la zona interna de sus muslos.

—¡Por santo Cristo nuestro señor! —pronunció una de las sirvientas, haciendo la señal de la cruz en su frente y entrelazando sus manos—. ¿Qué clase de animal ha podido hacer algo así, Dios mío? —preguntó estupefacta.

—Un ser sin alma —respondió Vicky, que sujetaba la mano de su amiga, con lágrimas en los ojos.

—Debí dejar que James lo matase cuando tuvo oportunidad —aseveró Abigail.

Estaba tan pasmada como las demás, pero más por pensar que su amiga hubiese pasado por ese mismo tormento. Kenneth Murray nunca fue trigo limpio, nunca le inspiró confianza y ahora sabía el por qué. Era un demonio y ella sabía reconocerlos muy bien.

Larga y angustiosa fue la recuperación de la joven pareja llegada a sus puertas, pero todo parecía mejorar. Las fiebres habían desaparecido y, por ende, las convulsiones también. La vigilia de ambos heridos por parte de Abigail ya podía ser delegada en el resto de las mujeres del castillo, aunque ella era siempre la que más tiempo pasaba con ellos.

Una noche, tras dejar a Iona y Vicky al cargo de sus cuidados, fue en busca de su esposo. Llevaban días sin apenas dormir juntos, pues las curas y vigilias la mantenían lejos del lecho. Cuando ella regresaba a descansar unas horas, él ya se había ido a ejercer en su

puesto de *laird*.

No hubo de buscar mucho, pues sabía a la perfección dónde encontrarlo. Como siempre que una duda asolaba su mente, James Campbell se refugiaba en su rincón mágico lejos de las voces y la compañía del resto de la humanidad. Ese rincón que solo a ella le permitía entrar desde que yacieron juntos por primera vez.

Allí, en su terraza privada y apoyado sobre la fría piedra del muro, permanecía mirando al vacío de la oscuridad. Su semblante era serio y entrelazaba sus manos, apretándolas con fuerza. Estaba claro que tenía que tomar una dura decisión. Abigail se acercó a él y dejó que la rodease con sus fuertes brazos, dándole después un cálido beso en su mejilla.

—¿Vas a pasar aquí la noche? —preguntó ella.

—El lecho es demasiado grande y frío sin tu presencia.

—Bueno, ya estoy aquí —respondió, sacándole una sonrisa a su esposo—. Vas a ir a por Kenneth, ¿verdad? —preguntó sin más.

James suspiró contra su oscura melena. Sabía la respuesta a aquella pregunta, pero quería oírselo decir a él.

—Antes, debo hablar con el rey. No puedo organizar un ataque contra otro clan sin informarle, podrían arrestarme —pronunció.

—¿Crees que Jacobo tratará de impedírtelo?

—No, pero sé que tendrá un costo obtener su favoritismo —dijo.

Abigail se giró entre sus brazos hasta quedarse frente a él. Su mirada mostraba pesar, angustia y hasta un cierto punto de desesperación.

—Te va a obligar a que le acompañes en su enfrentamiento con los ingleses —afirmó ella.

—Me temo que sí —contestó cabizbajo—. No quiero separarme de vosotros, de ti ni de nuestros hijos. Yo… ya no tengo cuerpo para más guerras ni enfrentamientos. Quiero paz. Quiero vivir tranquilo tras estos muros y ver a mis hijos crecer. Pero, si voy a la lucha…

—No te atrevas a pronunciar esas palabras, James Campbell. No te doy permiso para morirte ni para abandonarnos —aseveró ella, tomando su rostro entre sus manos—. Y dile a tu rey que, en el caso de que algo te ocurriese, iría en su busca y le clavaría una lanza en sus reales posaderas —dijo.

James rio ante tales palabras y la atrajo hacia su cuerpo, apoderándose de sus labios para besarlos con fervor.

—Estoy convencido que lo harías, mi descarada ninfa —dijo contra su boca.

—Jamás lo pongas en duda. Eres mío, demonio, y nada ni nadie te va a separar de mi. Ni tan siquiera la muerte. Allá donde tú vayas, yo iré —afirmó.

Sonriente, él la tomó entre sus brazos cual pluma y se la llevó al interior de su rincón privado para hacerle el amor con la misma pasión con la que siempre se lo hacía.

Capítulo 14

Mai fue la primera en recuperarse de su convalecencia, pero a Ben le estaba costando soltarse de las frías garras de la muerte. La joven sirvienta les relató su agónica huida del castillo de GilliesHill y de la persecución que los hombres de Kenneth realizaron tras ellos. Solo detuvieron su caza en cuanto ambos cruzaron las frías aguas del río Forth.

—¿Por qué os dejaron ir? No tiene sentido. Esos hombres no cesan en cumplir las órdenes de su *laird* —comentó Vicky. Le pasó un paño húmedo por la frente y las mejillas, mientras su antigua sirvienta temblaba de pavor al relatar su historia.

—Ahí empieza el condado de Clackmannanshire y esas tierras pertenecen al clan Erskine. A Kenneth Murray no le interesa entrar en una disputa con un clan vecino y más con esos —contestó Aliena. Abigail y Vicky la miraron intrigadas por su comentario—. Soy la hermana de uno de los *lairds* más importantes de Escocia, debía saber todas esas cosas. En ello insistió mucho Jamie con mi educación —dijo.

—¿Y por qué dices que nos les interesa entrar en un conflicto con «ese clan»? ¿Acaso con los Campbell sí? —preguntó su cuñada.

—Pues porque son aliados de los Stewart y los Bruce. Entrando

en sus tierras sin su permiso, y más para dar caza a alguien, no solo provocaría la respuesta de sus vecinos, sino que el mismo rey movilizaría a su propio ejército para ajusticiarlo. Son parientes y su corona le viene de esa línea sucesoria. Si Kenneth atacase a los Erskine, sería como atacar a la mismísima familia real. Toda la línea de reyes anteriores a Jacobo descienden directamente del clan Bruce, que es un aliado de sus vecinos. ¿Entendéis el problema ahora? —relató la pelirroja.

—Por eso está tan preocupado tu hermano…

—Exacto. Este arriesgado movimiento por parte de ese loco solo podría ocasionar una nueva guerra civil en tierras escocesas. Si Jamie decidiese entrar sin más en tierras Murray, y cobrarse así su venganza, el precio que pagaría todo el reino sería demasiado grande y Jacobo se vería en la obligación de castigar con dureza a su salvador y a uno de sus más fieles aliados. Mi hermano está en una posición muy complicada ahora mismo.

—Dice que conseguir el favor del rey para capturar a Kenneth acarreará pesadas condiciones —dijo Abigail.

—Claro, porque Jacobo le exigirá posicionarse a favor de la guerra contra Inglaterra y eso significaría…

—Sé lo que significa, Ali, pero… No lo quiero ni pensar —contestó con angustia la señora del castillo.

—Estoy segura de que mi hermano sabrá cómo manejar al rey para postergar todo lo máximo que pueda la lucha, Abi. No te martirices. Confía en él.

—He ocasionado un enorme problema por venir aquí —balbuceo Mai, con lágrimas en los ojos.

—No, Mai. Por Dios que nada de esto es culpa tuya —se apresuró a decir Aliena—. El enfrentamiento entre Kenneth Murray y mi hermano viene de muy lejos. Nada que ver contigo o con Ben. No te aflijas, no es bueno para tu recuperación.

Unos suaves golpes en la puerta de la habitación donde habían instalado a la muchacha llamaron su atención. Cuando Abigail la abrió, una sirvienta la informó de que su presencia era reclamada por su esposo en su despacho. Se disculpó ante su cuñada, amiga y la joven Mai y emprendió camino escaleras abajo.

James y Gavin estaban reunidos, como siempre lo hacían, en el viejo despacho del castillo.

—¿Me buscabas, esposo? —preguntó llamando a la puerta y dejando asomar su cabeza.

—Sí, pasa. Necesito hacerte una pregunta —respondió él, haciéndole un gesto con la mano.

—Bien, tú dirás.

—¿Cuánto crees que tardará la muchacha en despertar y en estar totalmente recuperada?

—En despertar, nada. En estar recuperada del todo, puede tardar varios días más, aunque los caldos de la señora Fitz han hecho auténticos milagros. ¿Por qué?

—Pues porque necesito que me relate con detalle todo lo ocurrido en ese castillo para enviarle una misiva al rey. Quiero ir preparando…

—Quieres que Jacobo te dé permiso para entrar en tierras Murray y capturar a Kenneth —afirmó ella.

—Así es —respondió él con calma.

—James…

—Abi, son asuntos del clan que deben ser resueltos de una forma u otra.

—¿Y entrar en una guerra entre clanes crees que es la mejor forma? —inquirió ella.

Él levantó la vista de sus papeles y clavó su gris mirada sobre ella, helándole la sangre.

—Abigail, es necesario. Los actos de Kenneth no pueden quedar impunes —se apresuró a decir Gavin.

—Sé que no deben…

—No hablaré más este tema, Abi. La decisión está tomada y los Murray deberán ser juzgados por sus actos. Desearía poder ser yo quien impartiese esa justicia, pero es mejor que el rey sea quien intervenga en esta contienda. Tan solo necesito los testimonios de esos dos muchachos y de tus propias conclusiones con el veneno para presentarle las pruebas a Jacobo. Luego, él actuará en consecuencia —sentenció James.

—Muy bien, pues —dijo ella, levantándose de golpe de su asiento con semblante serio—, para hablar con Ben aún tendrás que esperar unos días más. Sigue sin despertar, pero, si os urge, le diré a Mai que debe formalizar una confesión para ser enviada al rey. —Tomó los faldones de su vestido entre sus manos y desapareció del

despacho con paso apresurado.

—¿No crees que has sido demasiado rudo con tu esposa? —le inquirió Gavin.

James suspiró con fuerza. Su amigo tenía razón en sus palabras.

—Sí… Es solo que…

—Es una situación complicada, lo sé. Pero deberías ir a pedirle perdón porque no solo estás sufriendo tú por la inminente guerra que nos viene encima, amigo —comentó su mano derecha, apoyando su mano sobre su hombro y dándole unos ligeros golpes.

No quiso demorarse más y le pidió a Gavin que se hiciese cargo de solucionar los problemas más importantes ahora mismo, que no eran otros que encontrar la forma de arreglar el molino. Subió las escaleras de dos en dos y caminó hacia la estancia donde se encontraban las mujeres cuidando de Mai.

Tomó aire antes de llamar a la puerta y esperó a que le abriesen. Quien lo recibió fue su hermana, con su clásica sonrisa y disculpándose de seguido porque debía ir a atender a su recién nacido o Ian la acabaría abandonando por mala madre. Entró con cierta inseguridad, pues no sabía cómo lo recibiría su esposa.

—Si vienes a interrogarla, que sepas que aún no está con fuerzas —inquirió Abigail.

Estaba sentada junto a la muchacha, ayudándola a tomarse un brebaje reparador que solía preparar para casos de debilidad como el suyo. Vicky sujetaba un paño entre sus manos, sintiéndose algo incómoda por la tensión que había en ese momento tras esas cuatro paredes.

—Vengo a buscarte a ti —respondió él—, si tienes un momento para hablar conmigo —dijo casi a modo de súplica.

—¿Puedes seguir tú, Vick? —preguntó a su amiga.

—Sí, claro. Ve tranquila —se apresuró a contestar.

Abigail se levantó de su silla, se limpió las manos contra la tela de su mandil y pasó por delante de su esposo sin mirarlo. James suspiró y agachó la cabeza derrotado porque sabía que le iba a costar que le perdonase por la dureza de sus palabras. Pero tenía que intentarlo, al menos.

—Y bien —pronunció ella. Se plantó delante de él, con ambos brazos colocados en jarras sobre su cintura y mirándolo con severidad.

—Quiero pedirte disculpas por mis palabras. Antes estuve desafortunado…

—Gavin te ha reprendido, ¿verdad?

«Sí, va a ser una dura batalla», pensó él suspirando con fuerza y cerrando los ojos.

—Mi amor, lo siento. Pagué contigo mis miedos y frustraciones. Todo esto está siendo una decisión muy difícil, Abigail. Yo…

—Está siendo difícil para todos, James. Todo apunta a que pronto nos tendremos que despedir de nuestros esposos, sin saber si volverán todos o no —aseveró ella.

—Abi, pónmelo un poco fácil. Por favor —suplicó él.

Su semblante era de auténtica derrota, algo que hizo que el corazón de su esposa se ablandase. Se acercó a él y acarició su mejilla con ternura. Él cerró los ojos al sentir el cálido tacto de su mano y la besó en la palma.

—No estás solo en esto, James Campbell. No debes cargar con todo el peso del clan. Ahora somos dos, ¿recuerdas? Tú y yo somos uno. Permíteme que calme tu angustia y que apague tu fuego. Déjame ser tu punto de retorno, tu anclaje a este mundo —dijo ella a modo de súplica.

—Pues claro que te dejo, Abigail. ¿Cómo puedes pensar lo contrario? Tú eres lo que me mantiene atado a esta locura de vida, la que me da paz, calma. Y la que apaga mi fuego cada noche. No hay ningún sitio donde me sienta más seguro y a salvo que entre tus brazos, mi amor. Es solo que…, esta guerra que se avecina va a ser…

—Lo sé, James. Tu hermana me lo ha explicado. Sé lo que Jacobo te va a pedir a cambio de interceder por ti ante el clan Murray. Y por eso quiero que me tengas en cuenta más que nunca. No me apartes, demonio cabezota.

Llevado por un impulso, la tomó de la cintura y la atrajo hacia él para apoderarse de sus labios. Abigail rodeó su cuello con sus brazos y abrió su boca para dejarlo entrar. Cuando sus lenguas se encontraron a mitad de camino, comenzaron un sensual baile que pronto se tornó en algo más ardiente.

—No sé qué he hecho para merecer a una mujer como tú, pero sí sé que arrasaría con todos los infiernos que me encontrase a mi paso por tenerte a mi lado, mi *lady* Monfort —pronunció jadeante

contra su boca.

—¿Qué te hace pensar que yo estaría en algún infierno retenida? —bromeó ella.

—Porque solo un demonio sería capaz de robarle su esposa a otro demonio. —Y volvió a apoderarse de sus labios.

—Vamos, ve con Gavin. Terminaremos esto más tarde —dijo ella tras separarse de él.

Abigail se recolocó su vestido y desapareció tras la puerta de la pequeña estancia. James se quedó durante unos segundos mirando al vacío del pasillo. Se relamió los labios en busca del sabor de su esposa aún en su boca, sonrió y emprendió camino en busca de su amigo.

Unos días más tarde de la recuperación de Mai, Ben abrió por fin los ojos y dejó atrás el mundo de las sombras que lo mantenía retenido. El veneno había desaparecido por completo y ya solo quedaba que sus heridas cicatrizasen del todo. Vicky se alegró de que su amigo estuviese de regreso en el mundo de los vivos.

Poco a poco fue recobrando las fuerzas y pudo relatar todo lo sucedido desde que salieron del castillo de GilliesHill hasta su llegada allí. Él, al igual que hizo con Vicky, tan solo iba a ser quien ayudase a Mai a huir de allí. La estaba esperando en el mismo lugar cuando la vio aparecer con tan solo su camisola blanca rasgada y llena de moratones.

No se lo pensó y la ayudó a montar sobre el caballo. Luego, subió tras ella y azuzó al animal para salir huyendo de allí, pues los hombres de Kenneth habían logrado darle alcance. Sintió las flechas clavarse en su espalda segundos antes de cruzar el río y la quemazón del veneno penetrar en su torrente sanguíneo. Pero no podía parar o ambos acabarían muertos.

En cuanto llegaron a la otra orilla, pudo comprobar que no los seguían, pero aún así no quiso arriesgarse y no rebajó el rito de galope de su montura hasta acabar ante las puertas del castillo Campbell.

—Hay que acabar con ese bastardo —pronunció Robbie en cuanto Ben terminó su relato.

—¡Robert Campbell! —le reprendió su hermana.

—Vaya… Así que tú eres él —dijo Ben intentando incorporarse de su catre.

—Aún estás débil, muchacho. Será mejor que permanezcas tumbado. Con tu relato, tengo todo lo necesario para enviar la misiva al rey. Descansa, aquí estás a salvo —comentó James.

Todos fueron abandonando la estancia hasta que solo quedaron Vicky y Robbie, que ya se dirigían hacia la puerta.

—Oye, MacKay —exclamó Ben llamando la atención de la rubia. Ella se giró hacia él—. Me alegro de que lo hayas logrado, en serio. Te veo feliz —dijo.

—Soy muy feliz, Ben, y es todo gracias a ti y a todos los que en verdad me queríais en ese castillo. Me protegisteis, me cuidasteis y os pusisteis en peligro por ayudarme…

—Y lo volveríamos a hacer, ya lo sabes —afirmó él, sonriendo con gratitud.

—El *laird* tiene razón, debes descansar. Vendré más tarde a comprobar cómo estás y hablaremos —prometió ella.

—Aquí estaré —dijo él, guiñándole un ojo.

Vicky cerró la puerta tras de sí y permaneció apoyada unos segundos, conteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar de forma salvaje. Robbie, que se había quedado a esperarla fuera, se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Ella se dejó vencer y lloró contra su pecho, mientras él acariciaba sus dorados cabellos y le susurraba palabras tranquilizadoras.

No podía evitar sentir que había traído la desgracia al castillo de los Campbell y que había provocado el estallido de una sangrienta lucha entre clanes. Por mucho que todos les explicasen que esas rencillas llevaban ocurriendo desde mucho antes de que ella llegase, el sentimiento de culpa no se lo podía arrancar de su corazón.

Ella más que nadie sabía del odio que Kenneth sentía por James, pues nunca se lo había ocultado y hasta ella misma llegó a creerse las palabras de ese bastardo. ¡Cuán necia e inocente había sido por dejarse embaucar por un hombre así! Por suerte, Robbie había acudido en su rescate y logró darle esperanzas para luchar contra la oscuridad que amenazaba con tragársela.

Ahora, solo quedaba esperar por la respuesta del rey.

Capítulo 15

Las nieves volvieron a cubrir de un grueso manto blanco buena parte del norte de Escocia. Era el momento de pasar tiempo con la familia, resguardados en el calor de los hogares. Los caminos se hacían demasiado peligrosos para andar deambulando, por eso les sorprendió cuando un jinete apareció ante las puertas del castillo portando un mensaje para el *laird* del clan.

Mientras el mensajero era llevado a las cocinas para que la señora Fitz le sirviese uno de sus guisos de carne caliente, James abrió la carta con sumo cuidado. Llevaba el sello real de los Estuardo, lo que hizo que suspirase con fuerza segundos antes de comenzar a leer su contenido.

—Maldita sea —protestó, arrugando el papel entre sus manos.

—¿Malas noticias? —preguntó Gavin.

—Jacobo nos llama a su presencia, Kenneth Murray incluido. Quiere que Mai y Ben vayan a dar testimonio en persona.

—Bueno, eso era lo que nos esperábamos, ¿no?

—Nos emplaza en el castillo de Linlithgow en dos semanas, sin objeción alguna —dijo poniendo especial énfasis en las últimas palabras.

—Oh —pronunció su amigo.

—Sí, oh.

Como buen conocedor de las artimañas de su rey, James sabía que no saldrían bien parados de aquella reunión. Confiaba en que el fallo de Jacobo sería a su favor, pero también estaba convencido que ese trato de favor se lo haría pagar muy caro. Malditos reyes y sus ambiciones, las cuales solo llevan a sus súbditos a absurdos enfrentamientos, muchos de ellos incluso pagando el precio con su propia vida.

«Si los que nos gobiernan tuvieran que librar ellos solos las guerras, se acabarían las sangrías, amigo James», le había dicho el actual marido de la reina madre en una de sus muchas conversaciones.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —preguntó Gavin, trayéndolo de nuevo a la realidad.

—Nada, no hay forma de posponerlo. Lo ha dejado bien claro, dos semanas sin excusas. Por lo pronto, hablaré con Abigail para ver si cree que el muchacho soportará el viaje hasta allí.

—Sabes que va a exigir acompañarte, ¿verdad?

—Pues, tendré que convencerla que no es buena idea y deberá obedecerme. Soy su esposo y su *laird* —afirmó James.

—Buena suerte con eso, entonces —bromeó Gavin, aguantando la risa para no ofender a su amigo.

—Así no ayudas —protestó.

—*Au contraire, monsieur*.

—¿Se puede saber desde cuándo sabes hablar francés?

—Pues, desde que…

—Déjalo —se apresuró a decir James, levantando la mano—, no necesito saberlo.

Abandonó el despacho y se dirigió en busca de su esposa, debía informarla cuanto antes y saber cuál era el estado actual de Ben. La muchacha ya hacía unos días que había salido de la cama y se la veía bastante recuperada. Pero le preocupaban las heridas del joven y su estado.

Encontró a Abigail en la habitación de Ben, junto con Vicky y Robbie. Ambos estaban ayudando con las curaciones, ya que las heridas aún no habían cicatrizado del todo. Debido a su débil estado, era su cuñado quien se encargaba de mover al muchacho.

—Perdón, siento interrumpir, pero necesito hablar un momento

con mi esposa —dijo James.

—Claro —respondió ella. Limpió sus manos con la tela de su mandil, se disculpó y salió tras su esposo.

—Acaba de llegar un mensaje del rey —comentó él una vez solos en el pasillo.

—¿Ahora?

—Sí, el emisario está esperando por mi respuesta en las cocinas.

—Bueno, ¿y qué dice?

—Nos convoca a todos a una reunión en Linlithgow.

—Por todos, se refiere a…

—Kenneth Murray, a mí y a Mai y Ben —respondió James.

—Bien. Pues, supongo que habrá que prepararse para el viaje…

—Nos quiere allí en dos semanas, sin excusas —sentencia él.

—¡¿Qué?! Pero, ¿se ha vuelto loco? Los caminos están intransitables aún en estas fechas. Llevará días llegar, por no decir que no podré tener listos a los niños en tan poco tiempo y…

—Tú no vendrás, Abi. Ni tú ni nuestros hijos. Me llevaré a Gavin, a tus hermanos y a un par de hombres más conmigo. El resto, se quedará aquí custodiando el castillo. Y por nada del mundo deberéis abandonar los muros, ¿queda claro? —afirmó.

—¿Tienes miedo a que Kenneth ataque en tu ausencia?

—No lo sé, todo es posible con ese ser. Estaría incurriendo en un delito grave, lo inteligente sería no hacer nada, pero no me fío de él. Estaréis todos más seguros dentro del castillo.

—No me gusta la idea de que pases tanto tiempo lejos de casa y más sabiendo que podríamos sufrir un ataque, James —dijo ella mirando al suelo y tratando de ocultar su angustia por aquella absurda situación.

Él la tomó del mentón y la obligó a mirarlo. Acarició la comisura de sus gruesos labios y los besó con ternura.

—Volveré pronto. Nada ni nadie podrá mantenerme separado de ti, Abigail. No lo olvides. Te amo más que a mi vida y quemaría el país entero si te ocurriese algo, a ti o a nuestros hijos.

—Solo te pido que tengas cuidado y que no cometas ninguna locura, demonio, o la que verá arder Escocia si te ocurriese algo seré yo —dijo ella, rodeando su cuello con sus brazos.

Se fundieron en un profundo beso antes de retomar cada uno sus quehaceres en el castillo. Ella, ejerciendo su labor de curandera; él,

siendo el *laird* del clan al que todos acuden en busca de ayuda y resolución a sus problemas.

El día en el que debían partir, el cielo decidió concederles una tregua y amaneció con un espléndido sol que, aunque a duras penas calentaba, les haría el camino más fácil. Al menos no tendrían que ir buscando refugio para protegerse de las tormentas de nieve o del viento incansable que siempre acotaba en esas fechas invernales.

James estaba preocupado por los dos muchachos que debían ir con ellos. A la joven Mai se la veía por completo recuperada, pero no dejaba de ser una mujer nada acostumbrada a cabalgar largas horas sobre la grupa de un animal. Aunque el que más le preocupaba era Ben.

A pesar de que su mujer le garantizó que estaba totalmente recuperado para el viaje, él mejor que nadie sabía lo peligroso de una herida mal curada. Cualquier herida de guerra era peligrosa, pero esas en especial lo eran más. Su padre había muerto así, por una astilla que se acabó emponzoñando y causándole las fiebres que se lo llevaron a la tumba.

Abigail estaba junto a él, observando cómo comprobaba por enésima vez que todas las cinchas de su montura estuviesen bien sujetas.

—Mi amor, como sigas así, *Dubh* se va a enfadar contigo —bromeó ella.

—Ojalá me diese una coz que me impidiese realizar este viaje —pronunció él apretando de nuevo la cuerda que sujetaba su gruesa manta.

—Te veo animado por el viaje —se mofó su mujer.

—¿Eres consciente que estaré fuera, por lo menos, una semana? Dos días que nos llevará llegar hasta Linlithgow, el tiempo que el rey estime necesario para solucionar la disputa y otros dos días de regreso. Y eso, con suerte, si no nos sobrevienen imprevistos, que los hab…

Abigail se lanzó a sus brazos y se apoderó de sus labios, un gesto nada propio de una dama, pero en el castillo Campbell nadie seguía las estrictas normas impuestas por la sociedad. Le dio tal apasionado beso que James sintió que su corazón iba a explotar, por no hablar de su entrepierna.

—Dejad algo para la vuelta —se burló Gavin, apareciendo tras ellos junto a Ian.

—¿Ali no viene a despedirte? —preguntó James al verlo.

—No puede. El pequeño Rob parece no querer soltarse de su pecho, así que ya nos hemos despedido en la habitación —respondió este.

—¿Y Robbie? —preguntó Abigail.

—Estará despidiéndose también de su reciente esposa —se mofó Gavin.

—No, ya lo he hecho esta mañana, pero gracias por tenerme presente en tus pensamientos —comentó apareciendo de la mano de Vicky y el pequeño Sean.

—De nada, para eso están los mentores —respondió con una pícara sonrisa.

Los tres hombres subieron a sus monturas casi al mismo tiempo. Se acomodaron bien mientras Mai y Ben eran ayudados por los otros guerreros del clan que viajarían con ellos. Entre ellos viajaría el joven Liam, que llevaría a la muchacha sobre su montura para no cansarla demasiado.

Robbie le dio un último beso a su esposa y le pidió al pequeño que protegiese a su madre hasta su regreso. Al decirle que confiaba en él, los ojos de Sean brillaron de orgullo. A ese niño nunca una figura masculina le había dicho nada parecido y eso hizo que se sintiese todo un valiente guerrero.

—Eh, demonio —dijo Abigail, llamando la atención de su esposo —. Tengo algo que decirte —comentó haciéndole un gesto con la mano. James se inclinó hacia un lado, lo justo para poder escuchar lo que su esposa tenía que decirle sin caerse del caballo—. Será mejor que encuentres la forma de volver en una semana o me veré obligada a tener que darme satisfacción yo sola, y no querrás que me habitúe a ello, ¿verdad? —le susurró.

Él tan solo pudo emitir un gruñido de protesta, clavando sus ojos sobre los de ella y notando a su miembro golpear con dureza contra la montura. Aquella imagen de ella dándose placer, retorciéndose sin que sus manos o sus besos fuesen los culpables, se instaló en su mente con fuerza para atormentarlo.

Ahora sí que el viaje se había convertido en una auténtica agonía para él, pero debía ir o el rey mandaría a sus soldados en su

busca y podría acabar encarcelándolo por desobediencia. Sin más demora, y con un tremendo dolor de testículos, inició la marcha. El resto del grupo fue tras sus pasos.

No llevaban ni dos millas recorridas cuando Gavin, que llevaba un tiempo observándolo moverse con molestias sobre su montura, se acercó para hablar con él.

—¿Estás bien, James? —le preguntó, pero tan solo obtuvo un gruñido a modo de protesta.

De pronto, James tiró de sus riendas e hizo que su caballo girase en redondo.

—Seguid camino, os alcanzaré enseguida —dijo.

Azuzó su montura y emprendió camino de regreso hacia el castillo como alma que lleva el diablo. Su amigo tan solo pudo abrir la boca para preguntar, pero su *laird* desapareció de su vista sin darle tiempo a nada más.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ian.

Todos habían detenido el paso tras ver a su líder huir.

—No lo sé. Está así de raro desde que salimos del castillo. No sé qué demonios le ha debido de susurrar vuestra hermana al oído, que lo dejó molesto todo el camino —respondió Gavin.

—Oh, vaya —pronunció Robbie, sonriendo divertido y tratando de contener la risa.

—¿Oh, vaya? ¿Qué demonios significa eso? —protestó el segundo al mando.

—Verás, Gavin, se trata de la habilidad que tiene mi hermana de meterse en tu cabeza mediante un susurro. Sabe tocar las teclas necesarias en el interior de cualquier persona para hacer que te remuevas y te sientas incómodo durante días —explicó Ian.

—Doy fe de ello. Dejé las malas compañías en Edimburgo gracias a que, cada vez que entraba en una taberna o burdel, solo lograba escuchar la voz de Abigail taladrando mi mente. Es una auténtica tortura, amigo. Créenos, conocemos bien a nuestra hermana —contestó Robbie.

—Vaya con *Lady* Campbell. Espero no tener nunca que sufrir alguno de sus susurros —bromeó Gavin.

—Reza por ello. La voz de mi hermana es como el canto de una sirena, solo logras acallarla cuando estrellas tu embarcación contra

las rocas —explicó Ian.

—Sí, ahí es a donde va nuestro amigo. A estrellar su embarcación contra una sirena —dijo Gavin con sorna.

Todos acabaron riendo tras ese comentario y prosiguieron camino.

Abigail estaba en la cocina eligiendo la comida que se servirían los próximo días, cuando uno de los guerreros acudió en su busca para informarle del regreso del *laird*. Sorprendida, salió corriendo para recibirlo.

Cuando llegó al patio, se encontró a James bajando de su montura de un salto. En varias zancadas, se plantó ante ella y, sin darle opción a preguntar, la cargó sobre su hombro y subió las escaleras que daban acceso a la entrada principal del edificio. Pasó a grandes pasos por delante de Vicky, Aliena e Iona, que se miraron pasmadas ante tan bárbara imagen.

Abigail, por su parte, tan solo podía protestar y patalear mientras exigía que le devolviese de nuevo al suelo. Algo que James no hizo hasta que estuvieron seguros y solos bajo la protección de las paredes de su estancia. Cerró la puerta tras ellos de un golpe y se aseguró de echar la llave para no ser interrumpidos.

Depositó a su esposa en el suelo y se apoderó de su boca para saborearla y no dejarla protestar más. Manoseó su trasero con fuerza, jadeante mientras sus lenguas danzaban en sus bocas. Sacó su daga de su cinturón y cortó los cordones que sujetaban el corpiño del vestido.

—¡James! ¿Es que te has vuelto loco? ¡Me has roto el vestido! —protestó ella.

—Y si no te apuras en quitarte el resto, más que te voy a romper —amenazó él moviendo la punta afilada de su daga en el aire.

—¿Se puede saber qué se ha apoderado de ti, demonio?

—Tú, mi querida esposa. Tú te has apoderado de mí y has instalado en mi mente unas imágenes que no lograré sacar de mi cabeza ni en cien años. No te haces una idea, mujer, de lo incómodo que es cabalgar con una erección —protestó él ayudándola a quitarse el resto de su ropa.

—¿Por eso entras como un bárbaro, me cargas sobre tus hombros y me rompes mi vestido?

—Vengo a calmar mi hambre, a apagar las llamas de un fuego que tú has provocado, mi descarada ninfa —dijo.

En un abrir y cerrar de ojos, ambos acabaron desnudos y haciendo el amor como salvajes tendidos en el suelo de su habitación. James Campbell estaba decidido a saciarse y no saldrían de aquella estancia hasta estar seguro de que sus testículos quedarán vacíos por completo.

Capítulo 16

Ya llevaban tres días y medio deambulando por los pasillos y jardines de Linlithgow. James comenzaba a impacientarse demasiado y eso lo transmitía a la hora de mantener sus reuniones con Jacobo y sus consejeros. A pesar de tener claro lo que el rey le pediría a cambio de interceder en aquella disputa, deseaba que se lo dijese ya para poder emprender el camino de vuelta al hogar.

Kenneth Murray había llegado un día más tarde que ellos, a pesar de estar más cerca, lo que le hizo sospechar de alguna treta oculta por su parte. Fue acompañado de un pequeño grupo de cinco guerreros que tanto James como Ian reconocieron como simples mercenarios.

Por su parte, Mai y Ben se reunieron con el rey en un par de ocasiones para relatarles lo ocurrido en su huida y persecución por parte de los hombres de Kenneth. La muchacha fue quien peor lo pasó, pues tuvo que relatarle todas las vejaciones y humillaciones que sufrió a manos de esos bárbaros, motivo por el cual decidió abandonar el clan.

Eran acusaciones muy graves que dejó a Jacobo y sus consejeros muy consternados por saber de tales atrocidades cometidas por un súbdito suyo. Pero cuando escuchó las declaraciones tanto de Gavin

como de James, relatándoles el suceso del ataque dentro de sus propias tierras, el rey tuvo que pedir un descanso para poder meditar bien cómo proceder con todo aquello.

La espera no hizo más que acrecentar las tensiones entre ambos clanes. En una ocasión, Ian tuvo que sacar a Robbie de una pelea contra tres de los guerreros Murray por atreverse a describir ciertas partes del cuerpo de Vicky. Buscaban la provocación y generar un altercado en presencia del rey.

Por eso, James decidió mantener una conversación con la reina madre. Necesitaba conseguir que Jacobo no se demorase mucho en su dictamen o acabaría habiendo un enfrentamiento serio entre ambos clanes.

—Mi querido, James. Sabes que no puedo interceder en los asuntos de la corona como antes, y menos desde que a mi hijo le a dado por conspirar contra mi esposo por oscuras influencias —confesó Margarita entre susurros.

—Y por oscuras influencias, ¿os referís al cardenal Beaton, alteza?

—¿Quién si no? Ese hombre no me inspira ninguna confianza, James, y tú sabes muy bien por qué.

—Así es, alteza. No es una persona muy estimada en la costa de Fife y pude escuchar muchos secretos que el cardenal ha intentado ocultar a golpe de castigo. Pero no ha servido más que para alimentar a sus ya enemigos ganados con anterioridad. Aun así, no entiendo qué motivos le han llevado a enfrentar a vuestro hijo contra el lord de Methven —comentó él.

—Bueno, pues porque, al igual que tú, Enrique también ha hecho sus propias averiguaciones y el resultado ha sido el mismo que el tuyo, mi querido James —contestó ella.

—Alteza, necesito que el rey tome una decisión cuanto antes. No creo que pueda mantener a raya a mis hombres por mucho más tiempo y, si os soy sincero, no me importaría atravesarles yo mismo el corazón con mi espada…

—Oh, no, por Dios Santo —dijo escandalizada—. Mi señor, ya sabéis que está prohibido desenvainar las espadas en presencia del rey. Sois sus invitados y podríais acabar en la cárcel, o peor aún: ahorcados.

—Pues, ayudadme a que esta espera llegue a su fin, majestad —

suplicó el *laird*.

—Veré lo que puedo hacer, James. Tanto mi hijo como yo, como todo el reino, le debemos mucho a vos y a vuestro clan —resolvió ella para su alegría—. Ahora, si no es mucha molestia, querido amigo, necesito descansar un poco del paseo —dijo.

—Por supuesto, alteza. —Tomó la mano de la reina madre y le dio un gentil beso en el dorso, esbozando su clásica sonrisa.

—Tan gentil como siempre, mi *laird* —expresó ella. Sonrió y desapareció escaleras arriba en compañía de sus damas.

James se fue en busca de sus hombres y los encontró dialogando de forma relajada en el patio del castillo. Mai estaba sentada en el borde de la fuente, riendo con las conversaciones que sus guerreros estaban manteniendo. Sus mejillas estaban teñidas de un rojo intenso, señal de que parte de la conversación no era idónea para una muchacha como ella.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho la reina? —preguntó Gavin en cuanto este se unió a ellos.

—La reina madre, querrás decir —inquirió James.

—Bueno, ya me entiendes…

—Hará lo que pueda, pero ya no tiene tanta influencia sobre su hijo como antes —respondió.

—Nuestro amigo, ¿verdad? —dijo Gavin refiriéndose al cardenal.

—Me temo que así es —contestó James resignado.

—Pues será mejor que tome una decisión pronto o no creo que pueda controlarme por mucho más tiempo —aseveró Robbie.

—Tendrás que hacerlo, Rob. Todos los que estamos aquí presentes tenemos muchos más motivos que tú para atravesar el corazón de esos Murray con nuestras espadas, pero no podemos. No, en presencia del rey y menos siendo todos sus invitaos —dijo James.

—Haré lo que pueda —respondió resoplando.

—Obedecerás mis órdenes, Robbie —sentenció.

En ese instante, Kenneth y sus hombres aparecieron en el patio. Caminaba de forma lenta y esbozando una maliciosa sonrisa que hizo que a James se le helase la sangre. Esa mirada no auguraba nada bueno y tuvo una extraña sensación de que algo terrible estaba a punto de ocurrir. Planeaba algo, pero ¿el qué?

Unos sirvientes les entregó a ambos *lairds* una misiva firmada por el rey. Ya tenía una decisión tomada, pero se la haría saber al día siguiente.

—Un día más aquí —protestó James, arrugando la nota con su mano.

—Tranquilo, amigo. Pronto estaremos de vuelta en casa y esto acabará para todos —afirmó Gavin. Posó su mano sobre su hombro en señal de apoyo a la vez que él suspiró con fuerza.

—Tengo la sensación de que nada ha acabado aún.

—¿Crees que Kenneth está planeando algo? —preguntó Ian.

—No lo sé, no estoy seguro, pero lo creo capaz de cualquier locura. Solo espero que todos estén a salvo en el castillo —respondió con resignación.

—Por su bien, espero que así sea —aseveró Robbie.

Abigail y Vicky recogían hierbas para su dispensario de remedios en la parte baja y más escondida del castillo. El tiempo seguía manteniendo su tregua y aprovecharon para recoger algunas plantas que crecían aún en temperaturas tan bajas, como la hiedra. Aliena e Iona se habían quedado al cuidado de los niños, ya que Beth seguía con sus funciones reducidas. Estaba siendo un embarazo bastante difícil para su pobre nodriza y no querían que tuviese más complicaciones por hacer esfuerzos innecesarios.

—¿Crees que todo irá bien con el rey? —preguntó Vicky mientras arrancaba algunas hojas.

—Espero que sí. Jacobo tiene a James en gran estima y nunca ha tomado ninguna decisión que perjudicase al clan.

—¿Y crees que ordenará el encarcelamiento de Kenneth…?

—Vick, no debes preocuparte. Sea lo que sea lo que el rey decida, estás a salvo aquí con nosotros —se apresuró a decir Abigail.

—Lo sé, es solo que… Tiemblo con solo pensar en las represalias por su parte y no quiero ni deseo que nada malo os pase a ninguno de todos vosotros. Abi, sois mi familia —dijo compungida.

—Ahora más que nunca, ¿verdad? —Su amiga esbozó una pícara sonrisa, haciendo alusión a su estado actual tras unirse a su hermano pequeño.

—Sí —respondió con las mejillas sonrojadas.

—Y dime, amiga, ¿hay planes de ampliar la familia? ¿Tenéis pensado darle algún hermano a Sean?

—Trabajar, se puede decir que trabajamos bien en ello —contestó entre risas.

—Oh, Dios. Ahora no podré mirar a mi hermano de la misma forma nunca más —exclamó Abigail. Ambas amigas estallaron en carcajadas tras aquel comentario—. Voy a acercarme a esa mata para recoger unas flores que crecen en estas fechas. Vienen muy bien para las fiebres y quiero estar provista de ellas. Vete recogiendo el resto, si no te importa —comentó.

—Claro, ve tranquila. Yo me encargo del resto —dijo Vicky.

Se sonrieron y Abigail tomó uno de sus cestos pequeños para alejarse hasta el borde del jardín. Los árboles en esa zona eran tan frondosos que apenas se lograba ver nada y la inclinación de la loma podía llegar a ser un problema, pues un traspiés y acabarías rodando colina abajo.

Vicky recogió la herramienta de labranza y las envolvió con un trozo grueso de tela. Luego, las colocó con delicadeza dentro de uno de los canastos. Se dispuso a recoger el resto de utensilios cuando un movimiento extraño entre la maleza llamó su atención. Creyendo que su amiga podría haberse enganchado con alguna rama, fue a ver si estaba bien.

Se acercó con cuidado hasta el lugar por donde Abigail se había metido, pero lo que vio no era para nada lo que se esperaba. Paralizada y sintiendo cómo el miedo recorría todo su cuerpo, vio a su amiga sujeta por los brazos de uno de los mercenarios de Kenneth. Forcejeaba, sin conseguir gran cosa. El hombre tenía su boca cubierta con su enorme mano, mientras sonreía excitado por los movimientos de su presa.

—No hagas ningún ruido, MacKay —dijo una voz masculina a su derecha.

De entre las zarzas, emergió la figura de Clayton, el jefe de esos bárbaros y el hombre de confianza del *laird* Murray. Movía una daga entre los dedos y la miraba con lascivia.

—Vosotras dos os venís con nosotros —pronunció él, acercándose a ella para cogerla del brazo. Vicky hizo ademán de salir corriendo, pero Clay la sujetó con fuerza—. No cometas ninguna estupidez, muchacha, o tu amiga pagará las consecuencias

—le susurró al oído.

—Su esposo os matará a todos —protestó ella.

—Puede, pero para cuando regrese y sepa lo ocurrido, ya estaremos muy lejos —respondió con sarcasmo—. Vámonos, muchachos. La mercancía ya está con nosotros —ordenó a sus hombres.

—¡Aaayy! —gritó el hombre que mantenía presa a Abigail.

Le había mordido con tanta fuerza que le hizo sangre en la mano. Le dio una patada en la espinilla y salió corriendo en busca de la ayuda de sus hombres, pero un fuerte golpe en la nuca la hizo desplomarse contra el suelo. Su cuerpo quedó tendido sobre la hierba.

Cargaron con la inerte figura de su amiga y comenzaron el difícil descenso de la ladera, sin hacer demasiado ruido para no llamar así la atención de los guardias del castillo. De lo que no fueron conscientes fue de que unos pequeños ojos negros lo habían visto todo desde su diminuto escondrijo.

Sean salió de entre un montón de ramas y fue en busca de Aliena, con los ojos anegados en lágrimas. No pudo hacer nada. Cuando vio a los hombres de su padre a lo lejos, se quedó tan paralizado que no supo ni cómo gritar para no ser descubierto y que dañasen a su madre o a la mujer del *laird*.

En cuestión de minutos, el jardín se llenó de guerreros Campbell que escudriñaban toda la ladera para encontrar el camino por el que descendieron los asaltantes. Fergus maldecía sin parar mientras azotaba los zarzales que se encontraba a su paso, más por haber permitido que unos extraños lograsen entrar dentro del castillo y llevarse a la mujer del *laird* que por el daño que se estaba haciendo en las piernas.

—¡Duncan! —vociferó. El joven guerrero asomó su cabeza por entre la vegetación—. Coge la yegua de mi *lady* y ve a avisar al *laird* —le ordenó.

—¿Quieres que monte a Seelie? —preguntó sorprendido.

—Te conoce, ¿no es así?

—Bueno, sí. Soy quien la cuida y…

—Es una yegua muy rápida y necesito que vayas en busca del señor ya —aseveró.

—Muy bien —dijo Duncan.

Salió corriendo de allí y se fue en busca de la yegua de Abigail. Solo esperaba que le permitiese subir a su grupa y no lo lanzase por los aires.

—Callum, envíale un aviso a Gideon. Los demás, conmigo. Debemos encontrar el rastro antes de que las nieves lo vuelvan a tapar —ordenó al grupo de guerreros que descendían la ladera junto a él.

En cuanto llegaron al final, pudieron ver una serie de huellas de caballos y de varios hombres. Había unas que eran de mujer. Siguieron el sendero marcado por los animales hasta llegar al arroyo. Allí acababan las pistas, pero estaba clara la dirección en la que se dirigían.

Fergus tomó una piedra del suelo y la lanzó con fuerza a la otra orilla, gritando de frustración. «El *laird* lo va a matar, va a arrasar con todo ese maldito clan», pensó cerrando los ojos y los puños con rabia. Esa acción era toda una declaración de guerra y ni el mismísimo rey lo iba a poder impedir.

Capítulo 17

James caminaba pensativo por el patio del castillo, con las manos a la espalda y semblante serio. Junto con sus hombres y los jóvenes huidos del clan Murray, el *laird* Campbell esperaba con nerviosismo la reunión con el rey. Pero Jacobo se estaba demorando demasiado en enviar a buscarlos.

La llegada inesperada del clan Douglas de Fife no hizo más que acrecentar la ansiedad del guerrero, que no pudo evitar preguntarse qué hacían allí Ellar y su hija, Adeline. Lo último que supo de ella fue que se unió en matrimonio con Brian Murray, el hermano mayor de Kenneth.

Jacobo pospuso su reunión para poner solución entre la disputa de los Campbell del Clackmannanshire y los Murray de Stirling con la excusa de que era imprescindible que hablase en privado con Ellar Douglas antes de hacer pública su decisión. ¿Por qué era tan importante esta visita inesperada? ¿Qué estaba ocurriendo?

—El rey te va a exigir un pago por el desgaste que le estás ocasionando al suelo —se burló Gavin.

James salió de sus pensamientos para contestar a su amigo, pero fue interrumpido por la llegada de uno de los guardias. Era la hora de resolver el conflicto.

Escoltados, los hombres Campbell avanzaron hacia el salón del trono donde se habían estado reuniendo todos estos días. Al entrar, observaron que Kenneth ya estaba allí, parado a un lado de la estancia y rodeado de sus hombres. James se fijó en que faltaba uno de los Murray y chasqueó su lengua.

—¿Ocurre algo? —preguntó Gavin a su lado.

—No estoy seguro —respondió mirando con gesto serio hacia su oponente.

—Esa es *lady* Adeline —susurró Mai a sus espaldas.

James la miró por encima del hombro, sin detener el paso.

—¿La conoces? —preguntó Liam.

—Era la mujer de Brian Murray, el hermano mayor de Kenneth y el que debería de ocupar el puesto de *laird*, pero… —Mai no pudo continuar, pues el rey les hizo un gesto para que tomaran su lugar al otro lado de la sala.

—Bien, como ya sabéis, hoy voy a dictaminar mi sentencia ante la disputa que se ha originado entre mi buen amigo, James Campbell, y mis convecinos y leales súbditos, los Murray —comenzó a relatar Jacobo.

»Tras haber escuchado los testimonios tanto de la joven Mai Murray y el joven Bennedict Murray, debo decir que no podría considerarlos como relevantes porque no existen pruebas veraces salvo su palabra. Kenneth, actual *laird* de su clan, asegura que nada de eso es cierto.

»Aún así, y tras recibir cierta información importante, mi decisión ha sido la de posicionarme del lado de mi querido James Campbell. Por ello, sentencio a Kenneth Murray a ser despojado de todos sus títulos y sus tierras…

—¡Eso no es justo! ¿Por qué debo ser relegado de mis cargos? Soy el único heredero vivo de mi padre —se atrevió a protestar el susodicho.

—No oséis interrumpir a vuestro rey, *laird* Murray. Además, no sois el único descendiente de vuestro padre, como bien decís —se apresuró a recriminarle el cardenal Beaton.

—¿Y quién demonios va a ocupar mi lugar? ¿Vos, monseñor? —preguntó de forma burlona.

—Tened cuidado con vuestro tono, señor, o me veré obligado a encarcelaros por rebelión —intercedió Jacobo. Su gesto era serio,

más bien se podría decir que su enfado iba en aumento—. Siempre fuisteis demasiado descarado, mi *laird*, y me aventuro a afirmar que es debido a vuestra posición de poder. Por eso, os despojo de todo cuanto poseéis. Suficiente clemencia os estoy mostrando al no decidir ahorcaros ahora mismo —aseveró.

—Debo insistir en saber quién va a dirigir mi clan…

—Eso no es asunto vuestro. Pero debéis saber que tenéis un mes para recoger vuestros enseres, a vuestros hombres y abandonar Escocia —sentenció el rey.

Kenneth apretó con fuerza los puños y clavó su oscura mirada sobre todos los allí presentes. Estaba manteniendo un gran autocontrol para no atravesar el corazón de ese niñato al que todos llamaban rey.

—¿Podemos retirarnos ya para poder empezar a cumplir vuestras órdenes, alteza? —preguntó con sarcasmo.

Jacobo asintió sin molestarse en decir palabra alguna ante tal osadía, pues comprendía a la perfección lo que se sentía cuando te despojan de todo lo que es tuyo por derecho. Pero así eran las cosas y él era el encargado de hacer cumplir la ley en su reino, evitando de esa forma una guerra civil entre clanes.

En cuanto los Murray abandonaron el salón, James y sus hombres se miraron unos a otros, intrigados por saber lo que el monarca les tendría preparado para ellos. Un carraspeo del rey atrajo su atención.

—Bueno, supongo que os estaréis preguntando quién tomará las riendas ahora de ese clan —comentó Jacobo con calma.

—No es asunto nuestro las decisiones que vuestra majestad tome por motivos ajenos a nosotros —dijo James.

—Mi querido amigo, siempre sabes lo que debes decir en todo momento —lo halagó el joven rey—. Es cierto, no es asunto vuestro, pero quiero haceros partícipe de esta noticia. Querida, acércate y cuéntales lo mismo que me has contado a mí. —Estiró su mano hacia la hija de Ellar Douglas.

La muchacha hizo una leve reverencia y se acercó al rey.

—Soy la mujer del difunto hijo mayor de Iain Murray, padre de Kenneth. Cuando Brian y yo nos casamos hace más de dos años, mi suegro enfermó de unas extrañas fiebres y murió al poco. Al ser el hijo mayor y estar así escrito en el testamento, mi esposo pasó a ser

el *laird* del clan —comenzó a relatar Adeline.

»Pronto supimos de la conspiración de Kenneth contra nosotros, porque yo ya estaba encinta y llevaba en mi vientre al siguiente heredero. Brian, temeroso de que nos hiciese daño a mí y a mi hijo nonato, urdió mi huida de las tierras de los Murray. Me envió de vuelta con mi padre para que nos protegiese.

»Brian se quedó para tratar de solucionar sus problemas con su hermano, pero, cuando vio que formó su propio ejército con esos mercenarios que siempre van con él a todas partes, supo que debía huir con los hombres que le seguían siendo leales. Logró enviarme una misiva para informarme de su partida del castillo de GilliesHill y de que pronto nos volveríamos a ver… —Tragó saliva para controlar las lágrimas que la sobrevenían y suspiró con fuerza para poder seguir con su relato—. Nunca llegó. Él…

—Encontramos sus cuerpos a pocas millas de los límites de mi clan —se apresuró a terminar su padre.

—Entonces, Brian Murray está muerto —dijo James.

—Así es —afirmó Ellar Douglas.

—Pero, ¿quién…?

—Como me habréis escuchado decir, mi señor, estaba encinta cuando hui —contestó Adeline.

—El verdadero heredero del clan —sentenció el rey.

—Esto no me lo esperaba para nada —susurró Gavin con asombro.

De pronto, la puerta del salón se abrió y un soldado entró corriendo. Pasó por el lado de los Campbell, que se miraron extrañados. Se acercó al cardenal y le susurró un mensaje al oído. Este, atónito, se apresuró en transmitírselo a Jacobo, que puso la misma expresión de asombro.

—Por Dios, hacedlo pasar ya —ordenó el monarca.

El soldado asintió y corrió de nuevo hacia la puerta. Una vez la hubo abierto, entró el invitado sorpresa.

—¿Duncan? ¿Qué demonios…? —preguntó James.

Un mal presentimiento se apoderó de él y corrió a ayudar al fatigado muchacho que caminaba con claros signos de agotamiento.

—Señor, las han… los Murray… mi *lady* y-y… —balbuceó el joven.

—¿Qué le ha pasado a Abigail, Duncan? —insistió James. Su

corazón comenzó a latir con fuerza y el pánico entró en escena—. ¡Habla, muchacho! —ordenó con desesperación.

—Tal vez deberíais dejar que el joven recuperase el aliento antes de hablar, mi *laird*. Está claramente agotado —intervino el cardenal.

—James, Beaton tiene razón —dijo Gavin a su lado.

—Que le traigan algo de beber al pobre muchacho, rápido —ordenó Jacobo.

Segundos más tarde, un sirviente entró en el salón portando una jarra que entregó al sediento Duncan. Este bebió un largo trago y se limpió la boca con la manga de su camisa.

—Gracias, majestad —le dijo.

—Hablad ahora, joven. Contadnos lo mismo que les habéis dicho a mis guardias —contestó el rey.

Duncan tomó aire y les relató palabra por palabra lo que Sean les había contado en el castillo. Los hombres de Kenneth Murray habían secuestrado a su madre y a Abigail cuando estaban recogiendo hierbas en el jardín inferior. Que pudo reconocer a Clayton, el hombre de confianza de su padre y por eso supo que eran Murray.

—¡Lo voy a matar! —vociferó James, dejándolos a todos atónitos por atreverse a expresar tales intenciones ante el rey.

—Calma, mi querido amigo —se apresuró a decir Jacobo.

—Majestad, con el debido respeto, esto no es…

—No te atrevas a terminar la frase, Campbell —aseveró Beaton.

James clavó su fría mirada sobre un cardenal que pronto se hizo pequeño ante él, momento en el que entendió el porqué del apodo que todos le habían otorgado al *laird*.

—Si necesitas ayuda para ir en busca de tu esposa, pongo a tu disposición a todo mi clan —se ofreció Ellar.

—No dejaré piedra sobre piedra de ese maldito lugar —prosiguió James con sus maldiciones y amenazas.

Ian tuvo que retener a su hermano, que tuvo el impulso de salir corriendo de allí, subir a su caballo e ir en busca de Vicky y de su hermana sin esperar por nadie más. El odio y la rabia que sentía por aquel bastardo de Kenneth ya había sobrepasado todos los límites que podía soportar.

—Si James no lo mata, juro que lo mataré yo —sisieó en voz

baja a su hermano.

—¿Estás loco? Si matas a un *laird*, te encarcelarán. O peor aún, te ahorcarán —respondió Ian.

—Me da igual —contestó Robbie. La rabia lo había cegado y no era capaz de razonar, pero James no estaba siendo mucho más cabal.

—Comprendo muy bien que esta situación os ha sobrepasado a todos y por eso no tomaré vuestras palabras como serias amenazas a cumplir. Yo… —comenzó a decir Jacobo.

—Alteza, por favor os lo ruego —pronunció James apretando su mandíbula.

—Os prestaré todo mi apoyo, mi querido amigo. Esta afrenta no solo os compete a vosotros, pues está claro que Kenneth Murray urdió este plan ya estando en mi presencia. Por lo tanto, no iréis solos en busca de vuestras mujeres, mis queridos amigos. Yo mismo os acompañaré con el grueso de mi ejército —dijo el monarca.

Tanto James como Robbie, que habían estado conteniendo el aliento para no gritar, respiraron al oír las palabras de Jacobo. Ellos tan solo eran cinco y poco podrían hacer contra todo un ejército refugiado tras las murallas de un castillo. Eran buenos guerreros, sí, pero no inmortales ni todopoderosos.

En cambio, de pronto, disponían del grueso del clan Douglas, que estaba acampado a las afueras de Linlithgow, y del mismísimo ejército real. Kenneth Murray no saldría indemne de aquello, por no decir que no saldría vivo. Ya sea por la espada de James, la de Robbie o por la del propio rey Jacobo, esta ofensa se verá saldada.

Una hora más tarde, todo un gran ejército escocés abandonaba el palacio y partía rumbo a tierras Murray.

Vicky golpeaba la puerta de su estancia, desesperada, gritando y llorando. Estaba de vuelta en aquel infierno y solo podía pensar en su hijo, en Robbie y en Abigail. A su amiga la habían golpeado, dejado inconsciente y entregado a un hombre robusto que vestía de una forma tan tétrica que bien podría tratarse del mismo ángel de la muerte.

Intentó impedir que se la llevasen, pero solo obtuvo un golpe en la nuca por parte de Clayton. Se había quedado inconsciente, por lo que no supo hacia dónde se la llevaron. Cuando despertó, ya estaba

encerrada entre las paredes de su antigua habitación en GilliesHill.

El retumbar de los cascos de unos caballos llamó su atención y corrió hacia la ventana. Pudo ver a cinco jinetes desmontando de sus caballos y a Clay acercarse para hablar con uno de ellos. Era Kenneth, que al escuchar el mensaje de su segundo al mando, miró en su dirección.

Asustada, retrocedió y se apartó de la ventana. El terror se apoderó de ella y comenzó a respirar con dificultad. Se llevó una mano al pecho, notando cómo su corazón latía con fuerza. Trató de calmarse. Debía recuperar la compostura y buscar la forma de salir de allí.

La puerta se abrió de golpe y Kenneth entró esbozando una victoriosa sonrisa.

—Querida, por fin has vuelto —pronunció con sorna. Cerró con calma y giró la llave, momento en el que el pánico la invadió por completo—. No me ha gustado nada que me abandonases, Vicky, pero menos me ha gustado que te llevases a mi heredero sin mi permiso —dijo avanzando hacia ella.

—No habías dejado otra opción, Kenneth. Tú no nos querías a tu lado —contestó con voz temblorosa.

Miró en derredor buscando la forma de huir de allí, pero estaba atrapada. No existía forma de salir de esa habitación, al menos con vida.

—Oh, cielo. ¿Cómo puedes decir esas cosas tan horribles de mí? Yo os amaba, os sigo amando. Vicky, mis noches están siendo horribles sin el calor de tu cuerpo en mi lecho, sin tus gritos con cada embestida o cada golpe. Echo de menos el olor de tu sangre al arrollar por tu piel…

—Kenneth, por favor… n-no —balbuceó ella.

—Hum, no sabes lo que me excita ver el miedo en tus ojos, mi amor —dijo.

De pronto, saltó sobre ella y la agarró del brazo con fuerza. Vicky trató de luchar, pero él era más fuerte. Le propinó un puñetazo en el estómago y la agarró del pelo para obligarla a mirarlo. Sus ojos no mostraban compasión, no había alma en su interior. Supo en ese instante que sería su fin.

Kenneth cogió una de las cuerdas que sujetaba las cortinas y le ató las muñecas. Tiró de ella, arrastrándola por el suelo hasta llegar

al borde la cama. La cogió de las muñecas y la ató al dosel. Con su cuchillo cortó la tela de su vestido y dejó su espalda desnuda libre de cualquier protección.

—¡Por favor, no! ¡Kenneth, no lo hagas! —suplicó ella.

—Lo siento, cariño, pero debo castigarte por tus acciones. —Y sin previo aviso, se quitó el cinturón y descargó el primer latigazo contra su piel.

La sensación de quemazón por el golpe hizo que Vicky gritase de dolor. Las lágrimas brotaron sin control, empapando sus ojos y arrollando por sus mejillas. El siguiente latigazo cayó de nuevo, seguido de otros muchos más. Con cada golpe, Kenneth gruñía enfurecido. Ella tan solo pudo aferrarse al mástil de madera, notando la sangre recorrer su espalda.

Ya apenas gritaba ni sollozaba, no tenía fuerzas. Tan solo rezaba porque toda esa tortura acabase pronto. No sentía casi dolor. Estaba a punto de desmayarse cuando llamaron a la puerta. Pudo escucharlo protestar por la interrupción y caminar con paso firme hacia la salida. Escuchó el pestillo y el chirriar de las bisagras al ser abierta.

—¡¿Qué?! —profirió.

—Los Campbell están aquí —dijo Clay al otro lado.

—¿Y qué? Mantenedlos entretenidos —respondió con desprecio.

—El rey y sus soldados vienen con ellos. Estamos en una seria desventaja. Tal vez deberías…

—Cuidado, Clayton. Te estás tomando demasiadas confianzas y te recuerdo que el *laird* soy yo —aseveró.

—Tan solo trato de mantenernos a salvo —le recriminó.

Kenneth masculló una protesta, se colocó el cinturón de nuevo y salió de la habitación, cerrando con llave de nuevo. Vicky dio gracias a Dios, no creía que pudiese soportar más tortura por su parte. Lloró de nuevo.

Cuando escuchó a Clayton informar que los Campbell estaban a las puertas del castillo, su corazón dio un vuelco. Estaba segura que Robbie venía con ellos, acudía en su rescate y pronto acabaría todo. Se dejó vencer por el agotamiento y buscó la forma de poder apoyar su cuerpo contra el colchón.

Unos gritos en el exterior, seguido por el chocar de espadas, la

sobresaltaron. Como si una descarga de energía se apoderase de ella, gritó con fuerza el nombre de Robbie, esperando que la pudiese oír en algún momento.

Capítulo 18

Vicky gritó casi hasta quedarse sin voz, mientras forcejeaba con las ataduras de sus muñecas. Intentó liberarse mordiéndolas, pero tan solo logró hacerse daño en la boca. Frustrada, trató de arrancar la madera a la que estaba sujeta sin lograr su objetivo. De pronto, la puerta se abrió de golpe.

—Robbie —pronunció aliviada al verlo al otro lado.

Él se quedó atónito ante lo que sus ojos vieron. No pudo contener la rabia cuando entró y la vio ahí atada y con la espalda ensangrentada. Maldijo y vociferó al cielo. Sacó su daga del cinturón y corrió hacia ella. Cortó las cuerdas y la envolvió con la manta de la cama.

—Has… has venido por mí —balbuceó ella con debilidad.

—¿A por quién si no iba a venir? No lo dudes nunca, mi amor. Te hice una promesa y pienso cumplirla —dijo él.

—¡Robbie! —exclamó Ian desde el pasillo.

—¡Aquí, hermano!

—Por todos los infiernos, ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué te han hecho, MacKay? —preguntó el mayor de los SinClair tras entrar en la habitación.

—Voy a matar a ese hijo de perra, Ian. Juro que… —Un grito

proveniente del exterior llamó la atención de los tres.

A través de la ventana vieron caer un cuerpo y precipitarse al vacío, seguido del desagradable sonido que hace un ser humano cuando se estrella contra el suelo. Le siguió una fuerte exclamación que todos identificaron en seguida. James Campbell vociferaba con desesperación desde lo alto de la azotea de GilliesHills.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dijo Ian acercándose a la ventana en dos zancadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robbie.

—Santo Dios… Es Kenneth Murray. Está muerto…, y creo que ha saltado él…

—Cobarde hasta para morir —masculló Robbie.

—Será mejor que bajemos —se apresuró a decir Ian.

Robert Campbell tomó a su esposa entre sus brazos y salió de la habitación siguiendo de cerca los pasos de su hermano. Cuando llegaron al patio, se encontraron a unos pocos de los hombres Murray arrodillados en el suelo y custodiados por varios guerreros Dougal y soldados del rey.

Jacobo estaba junto al cuerpo sin vida del señor del castillo, negando con la cabeza mientras Beaton le daba la extremaunción. James apareció casi a la vez que ellos, fatigado y lleno de rabia. Al parecer, Kenneth se había lanzado al vacío segundos antes de que él le diese alcance y llevándose a la tumba a quién se había llevado a su esposa.

—Yo puedo responderos a eso, señor —interrumpió Clayton.

Esa sucia sabandija había logrado sobrevivir. Tenía las manos atadas a la espalda y la punta de varias espadas apuntando hacia él.

—Habla —le ordenó James.

—Solo si me prometéis no matarme —dijo con osadía.

—Habla o te degüello aquí, delante de todos —aseveró Ellar.

—Prometédmelo, señor —insistió Clay sin desviar la mirada de James. Este miró a Jacobo, que asintió con la cabeza en señal de aceptación.

—Muy bien. Tenéis mi palabra de que no os mataré —dijo finalmente.

—Vuestra esposa está de camino a Caerlaverock. Se la entregué a un tal Aiden Ferguson —confesó.

Ian y Robbie sintieron un escalofrío recorrer todo su cuerpo al

recordar ese nombre. James, en cambio, sintió rabia y una furia tremenda que hubo de controlar por no sacar su daga y rebanarle el cuello a ese bastardo allí mismo. Su tío se la había llevado.

—¿Por qué, maldita sea? ¿Qué oscuras alianzas tenía vuestro señor con ese hombre? —inquirió James.

—Ninguna. Kenneth Murray no sabía nada de ese acuerdo. Fue algo propiciado por mí, me contrataron para ello —respondió Clayton.

El muy cerdo lo estaba confesando todo en presencia del mismísimo rey, creyéndose victorioso y que sus actos quedarían impunes. James cerró los ojos y apretó los puños para controlar su ira. Le dio la espalda y emprendió camino hacia su caballo.

—Mi querido amigo, esperad, por favor —le instó Jacobo.

—Alteza, ya lo habéis oído. El *laird* de los Ferguson tiene secuestrada a mi esposa y voy a ir en su búsqueda —dijo.

—Y no os lo impediré, James, pero no debéis ir solos. Os acompañaremos —comentó el monarca.

—Majestad, os agradezco el ofrecimiento, pero tardaríamos mucho en movilizar un ejército tan grande. Semanas, y no puedo perder más tiempo. Me llevaré a mis hombres que son buenos guerreros y grandes jinetes. No quiero demorarme mucho más y necesito regresar a mi hogar para organizarlo todo.

—Muy bien. Si así lo estimáis, mi buen amigo, podéis iros. Tenéis mi total bendición, James Campbell. Haced lo que creáis oportuno para salvar la vida de vuestra esposa —dijo Jacobo.

—Gracias, alteza.

Con una señal suya, sus hombres se dirigieron hacia sus caballos. Ian ayudó a Robbie a subir a su caballo con Vicky entre sus brazos. Ya todos sobre sus monturas, James tomó las riendas de su caballo. Miró de nuevo hacia el rey, asintió con la cabeza y pasó a mirar a Ellar, que le respondió a su gesto de la misma forma.

—¡Esperad! ¡Me prometisteis dejarme libre, que no me mataríais! —vociferó Clayton intentando levantarse.

—Y no he faltado a mi promesa —respondió James.

—Pero… pero…

—Quedáis arrestado por los delitos de secuestro, extorsión, abusos y conspiración contra la corona —pronunció el rey, dejando al mercenario atónito y gritando como un loco.

James azuzó a su caballo y salió al galope de allí, seguido de cerca por sus hombres. Rezó con fuerza por llegar a tiempo y que Abigail estuviese bien. Rezaba porque ese bastardo no le hubiese puesto una mano encima ni la lastimase.

Sean corrió a abrazar a su madre en cuanto la vio descender del caballo, ayudada por Robbie. Se aferró a las faldas de su vestido, sollozando como el niño que era.

—Ya estoy aquí, cariño —le dijo ella con ternura.

Intentó agacharse para poder coger a su hijo, pero las heridas aún abiertas en su espalda tiraron de su piel, provocándole un tremendo dolor.

—¿Estás bien, mami? —preguntó el pequeño.

—Lo estaré pronto —respondió ella.

—Será mejor que mi mujer te vea eso, Vicky —dijo Ian a su lado.

—Sean, ayúdame a llevar a mamá con *lady* Aliena. Vamos —lo instó Robbie.

Tomó a Vicky en brazos y cargó con ella escaleras arriba hasta su habitación.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Gideon a James.

—La tiene tu hermano —contestó serio.

—¡¿Qué?! —exclamó el hombre.

James cerró los ojos y apretó sus puños alrededor del cuero que sujetaba su silla de montar. Tomó aire, llenando por completo sus pulmones, y lo dejó salir con un sonoro suspiro. Miró entonces a su amigo.

—Gavin, reune a nuestros mejores hombres. Diles que partimos ya hacia…

—Iré con vosotros —interrumpió Gideon.

—No —aseveró el *laird*.

—No vas a poder impedirme ir en busca de mi hija, James. Además, necesitas a alguien que conozca Caerlaverock y nadie conoce mejor que yo esa fortaleza —afirmó con seguridad—. Voy a ir con tu permiso o sin él —sentenció.

—Tiene razón —dijo Gavin.

James maldijo y chasqueó su lengua.

—Prepara tu caballo y coge lo indispensable, Gideon —dijo

finalmente a su suegro.

—Tranquilo, aún recuerdo cómo era la vida de un guerrero —contestó.

Se alejó de allí con premura para informar a Iona de su partida y prepararlo todo. Gavin comenzó a seleccionar a los hombres que los acompañarían y le pidió a una de las sirvientas que avisase a la señora Fitz para que les preparase comida para unas semanas. El viaje hasta las tierras bajas era largo y, por mucho que azuzasen a sus caballos, les llevará varios días con sus noches llegar hasta el condado de Galloway.

Todo el castillo estaba agitado por las noticias tan nefastas y por la pronta partida de los hombres. También estaban preocupados al ver el semblante serio de su *laird*. Tan solo rezaban porque lograse salvar a su señora y que todos volviesen a casa sanos y a salvo.

En cuestión de minutos, el patio se llenó de caballos ansiosos por la partida. Los animales resoplaban, a sabiendas de que una nueva batalla estaba por venir, y se movían nerviosos mientras sus jinetes ultimaban los detalles de sus empaques. Gideon era uno de ellos.

Ian y Robbie aparecieron cargando con sus alforjas a los hombros, listos para montar sobre sus caballos y partir con el resto del clan. James ya estaba sobre su montura cuando los vio acercarse.

—Vosotros dos no venís —les informó.

—¿Qué? ¿Por qué? —protestaron a la vez.

—Porque vuestras mujeres os necesitan ahora mismo y yo necesito que os quedéis al cuidado del castillo y del clan. Gavin y Fergus vendrán conmigo —respondió James.

—Pero, necesitas a tus mejores hombres —dijo Ian.

—Y a vosotros os necesito aquí. Vicky está herida y va a necesitar que estés junto a ella, Robbie. Y mi hermana te necesita a su lado, Ian. Aliena no podrá sola con todo. No os preocupéis, somos suficientes hombres y vuestro padre viene con nosotros. Traeremos a vuestra hermana de vuelta, lo juro por mi vida —explicó.

Ambos hermanos se miraron y suspiraron resignados. Sabían que James tenía razón en sus argumentos, aunque no podían evitar sentir la necesidad de ir al rescate de su hermana. Pero también debían cuidar de sus propias familias. Asintieron con la cabeza y se

quedaron allí viendo a la comitiva partir.

Tres días llevaban de viaje, con un avance demasiado lento para gusto de James. Pero el terreno y el tiempo no les permitían ir más rápidos, y los caballos debían descansar también. Dormían resguardados en el interior de los bosques que encontraban en su camino o en cuevas donde poder guarecerse de las inclemencias meteorológicas.

Como siempre hacían cuando salían de patrulla, se dividían los turnos de guardia entre todos y el último lo escogía el propio *laird*. Aunque James apenas lograba pegar ojo durante la noche. No dejaba de pensar en su mujer, en si estaría bien o la tendría encerrada en una mazmorra, malherida.

La angustia le atenazaba el corazón. Solo lograba disipar aquellos pensamientos durante el día, mientras cabalgaba junto a sus hombres. Pero las noches estaban siendo horribles para él. Rezaba pidiéndola a Dios que la protegiese hasta su llegada.

—Deberías descansar tú también, James, o el agotamiento te acabará pasando factura —comentó Gavin a su lado.

Acababan de montar el campamento cerca de Lanark. Calculaban que les quedarían aún unos cuatro días de viaje, si lograban mantener el ritmo y no surgían impedimentos por el camino.

—Lo sé, pero me es imposible pegar ojo —respondió resignado.

Se había alejado del grupo para tratar de relajarse y de calmar su mente. Estaba apoyado en un árbol cuando Gavin lo encontró sumido en sus pensamientos.

—Va a estar bien, ya lo verás. Es una mujer fuerte y luchadora.

—Eso intento pensar, Gavin, pero…

—Mi hermano no le hará daño —dijo Gideon apareciendo tras ellos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó James.

—Porque ve en ella a su madre y jamás haría daño a Arabella. La amaba profundamente —afirmó.

—Eso no le impidió matar a su padre ante sus ojos o tratar de obligarla a casarse con él —contestó James con seriedad.

—Si mi hermano fue capaz de profesar esos sentimientos por alguien, quiero pensar que es incapaz de infligirle daño alguno.

Necesito creer que aún existe humanidad en él —dijo el hombre.

—Eso es lo que me repito cada noche, Gideon. Porque, de lo contrario, me volveré loco.

Su suegro posó su mano sobre su hombro y le dio unos ligeros golpes.

—Estará bien, James. Debemos pensar eso —afirmó.

Ambos se miraron y se sonrieron, aunque en sus ojos solo se reflejase la angustia y la desesperación. Pero debían ser fuertes y pensar en que en verdad Abigail estaría viva al menos y que pronto la tendrían con ellos. James tan solo deseaba poder abrazarla de nuevo. Se juró a sí mismo que se tomaría un descanso de sus labores para con el clan y no se separaría de ella durante semanas.

Antes de irse a dormir se hizo una promesa, la de que pasaría más tiempo con ella y con sus hijos.

Capítulo 19

Cuando Abigail despertó en aquella fría habitación, comprendió que todo había sido real y que no se trataba de una horrible pesadilla. En ese instante, quiso morir. Recordó el momento en el que ella y Vicky fueron capturadas. Como forcejeó con su captor hasta que un fuerte golpe en la base de la nuca la dejó inconsciente.

Al abrir los ojos, se vio a lomos de un caballo enorme y entre los brazos de un hombre. Su sorpresa fue cuando se giró y pudo ver a su captor, Aiden Ferguson. No sabía cómo demonios había acabado allí, cabalgando en una dirección desconocida. ¿Dónde estaba Vicky y qué habían hecho con ella?

Intentó hablar con el que se suponía era su tío, pero no logró sacarle ni una sola palabra en todo el largo trayecto. Tan solo emitió sendas protestas cuando Abigail había salido huyendo de él. La había cogido con muy poca delicadeza y la había atado de pies y manos para evitar así tener que salir corriendo a por ella cada vez que parasen. Tan solo liberaba las ataduras de sus piernas cuando iban a montar o cuando ella le pedía poder aliviarse.

Durante días, cabalgó a lomos de aquel imponente semental, maniatada y prisionera entre los brazos de aquel hombre de mirada oscura, a pesar de tener unos ojos tan claros como el agua. No quiso

decirle en ningún momento a dónde se dirigían. Solo la habló cuando entraron al galope en un enorme castillo construido sobre un lago.

—Bienvenida a casa, Arabela. Bienvenida a Caerlaverock, de donde nunca debiste huir —le susurró.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar la vorágine de sentimientos que la invadieron en ese instante. Comprendió que el hermano de su padre se había vuelto completamente loco y estaba convencido de que ella era su madre muerta. La había dejado sola en aquella fría estancia y no había vuelto a saber nada más de él.

Unos pequeños golpes en la madera de su puerta la trajeron de vuelta de sus recuerdos.

—Adelante —dijo con la voz quebrada.

Una robusta señora de pelo canoso entró y se quedó mirándola fijamente por unos segundos, como si estuviese viendo a un fantasma. Tragó saliva y sacudió su cabeza, recuperando así la compostura.

—El señor nos ha pedido que le subiésemos una tina para poder daros un baño —dijo esbozando una sonrisa sincera que hizo que Abigail no sintiese miedo.

—Cla-claro, gracias —balbuceó.

La mujer abrió la puerta más e hizo un gesto a los sirvientes que había esperando al otro lado. Al momento, dos jóvenes algo desaliñados entraron cargando con un balde gigante de madera. Tres niñas, de no más de catorce años, cargaban con dos baldes de agua caliente cada una. Vaciaron el agua y se giraron para mirarla, quedándose igual de sorprendidas que la señora.

La rodiza mujer les hizo un gesto y las echó de la habitación, seguidas de los muchachos. Luego, se acercó a la cama para ayudar a Abigail a quitarse su vestido.

—Sé por qué me miráis así, pero no soy…

—Ya sé que no sois Arabela, querida. Pero el parecido es impresionante. Disculpadme si os he incomodado, creí haber visto a un fantasma —se apresuró a responderla.

—¿Conocisteis a mi madre? —preguntó. Salió de la cama con la ayuda de la señora, que comenzó a desanudar los cordones de su corsé y de su falda.

—Así es, y al señorito Gideon también.

—Papá… —pronunció con pesar, sintiendo que las lágrimas volvían a apoderarse de ella.

—No temáis, muchacha. El señor no os hará daño alguno, pero…

—¿Cómo podéis decirme eso? Ya me lo ha hecho. Me ha arrancado del hogar de mi familia, de mis hijos…, mi esposo —dijo con un hilo de voz.

Fue la imagen de James la que hizo que se rompiese en un llanto incontrolable. El recuerdo de su esposo sonriendo a sus hijos, jugando con ellos, amándola y besándola con pasión… ¿Sabrá él dónde encontrarla? ¿Logrará venir en su rescate antes de que sea demasiado tarde?

—Ya, niña, ya. No desesperes —susurró la mujer rodeándola con sus brazos.

—Necesito mandarle un mensaje a mi esposo, decirle dónde estoy. Yo…

—No podemos, mi *lady*. Es muy peligroso. Si el señor se enterase, acabaríamos todos en las mazmorras como la mayor parte del clan o peor, muertos.

—Por-por favor, ayudadme a volver a mi hogar. Os lo suplico —rogó entre lágrimas.

—Vamos, os ayudaré con el baño. No debemos demorarnos mucho o el señor vendrá a buscaros. —La ayudó a levantarse del suelo y la llevó hasta el agua. Luego, tal y como había dicho, limpió su piel con un paño empapado y lavó su largo cabello.

Abigail tan solo pudo sollozar mientras la aseaba y la vestía de nuevo. Sentía que la estaban llevando a la horca y que esas serían sus últimas horas en ese mundo.

—Bien, lista —dijo la señora tras finalizar con el peinado.

Aunque era algo justo, estaba claro que el vestido que habían elegido para ella era de su madre. Reconocía el tipo de tela y el color era muy parecido al mismo con el que había tenido su primer encuentro con James. Un verde vivo muy intenso que resaltaba con su tono de piel, sus cabellos oscuros y sus ojos.

—Decidme, al menos, cómo puedo llamaros —le pidió mirando a la anciana.

—Margaret, mi *lady*.

—Gracias, Margaret. Llámame Abigail, por favor.

—Como gustéis, señora… Abigail.

Caminaron juntas por unos pasillos húmedos y bastante fríos sin apenas cruzarse con uno o dos sirvientes. Todos eran muchachos o muchachas de no más de quince años. Aquel era un hogar sin vida, triste, lúgubre. Algunos tapices colgaban de las paredes, pero no lograban dar sensación de calidez. Todo lo contrario.

Se fijó que tampoco había muchos guerreros guardando las murallas ni el resto del castillo. ¿Qué habría pasado? ¿Dónde estarían todos? ¿Acaso abandonaron el clan tras la huida de su padre? Pero de eso hacía ya más de veinte años.

Descendieron por las escaleras de una de las torres que formaban la estructura de la fortaleza y llegaron a la planta baja. Abigail seguía los pasos de Margaret sin perder detalle alguno de todo a su alrededor. Avanzaron por un largo pasillo hasta llegar a una gran sala.

Al entrar, notó en su rostro el calor que emanaba de las gigantescas chimeneas que alumbraban la estancia. Una larga mesa de madera robusta en el centro y al fondo, Aiden. Estaba claro que la esperaba con ansia, pues nada más verla entrar sus ojos se abrieron como platos.

Se levantó de un salto y se apresuró a acercarse a ella. Le ofreció su mano con gentileza, esbozando una ligera sonrisa. Abigail dudó por un segundo, pero sabía que no debía provocarle. Ya se lo había dejado bien claro Margaret. Y la historia que su padre les había contado a ella y a sus hermanos, le confirmaba que su carácter era muy volátil y peligroso.

Aceptó el gesto y se dejó llevar por él hasta el lugar que tenía reservado para ella, que no era otro que a su lado. Se sentó, sin dejar de sonreír para mostrarle una falsa felicidad. Necesitaba que él creyese que no tenía pensado huir.

—Estás más hermosa de lo que te recordaba, Arabela —pronunció él, haciendo que todo el interior del cuerpo de Abigail gritase con fuerza—. Toma, come algo. Estarás hambrienta del viaje —dijo.

—Gracias —respondió ella.

Aiden le acercó un trozo de pan y un plato de pequeños trozos de embutido seco. Luego, llenó su jarra con una cerveza aguada y de un sabor amargo que le costó tragar.

—No sabes cuánto tiempo he estado esperando este momento. He soñado tanto con tenerte de nuevo sentada a mi lado, como siempre debió ser… Como mi señora —dijo.

Abigail se atragantó con esa última expresión, pero logró recuperar la compostura.

—Y ya estoy aquí.

—Dime que no vas a volver a abandonarme, que no volverás con mi hermano. Dime que me vas a dejar tocarte —Aiden estiró su mano hasta acariciar su mejilla, un gesto que hizo que ella se tensase y apartase el rostro de forma involuntaria—. No me rechaces, Arabela, te lo suplico.

—Debes darme tiempo, Aiden —contestó ella con calma.

—Bien. Desayuna tranquila. Luego quiero mostrarte algo. —Ella solo respondió con una sonrisa e intentó comer algo más, aunque apenas tenía apetito. Tampoco es que el sabor de la comida fuese gran cosa.

Degustó los trozos de cecina y queso en silencio, bajo la atenta mirada de un ilusionado hombre que la miraba con deseo. A pesar de sentirse incómoda, ocultó su malestar masticando con calma y sonriendo con cada roce furtivo que él hacía al acariciar su mano o su mejilla.

Se sentía algo incómoda con el vestido, pues lo notaba demasiado ajustado a su pecho y eso provocaba que sus senos asomasen en exceso por encima del escote. También sentía cierta opresión bajo el pecho, pero eso creía que se debía a llevar los cordones demasiado apretados.

—¿Has acabado ya? —preguntó él tras el último trozo.

—Sí —respondió ella.

—Perfecto. Vamos —dijo.

Se levantó de golpe, arrastrando su silla hacia atrás y tendiéndole la mano a ella de nuevo. Abigail dio un último trago a su cerveza y tomó su mano con cierto temor. Este la apretó con ligereza y tiró de ella. La llevó de vuelta por el mismo pasillo por el que había ido antes y subieron las mismas escaleras de caracol.

Llegaron al final del torreón donde tan solo había una puerta. Aiden sacó una llave de uno de sus bolsillos y abrió emocionado. La invitó a entrar y ella, sonriendo, asintió con la cabeza y dio un paso hacia el interior de aquella solitaria habitación.

No estaba fría, pero tampoco hacía mucho calor. Era oscura, apenas iluminada por unas velas y un pequeño hogar encendido. Un gran butacón de terciopelo rojo colocado frente a la chimenea y una pequeña mesita redonda al lado.

El *shock* le sobrevino cuando levantó la vista hacia el gigantesco cuadro que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Un retrato enorme de su madre, con ese mismo vestido que ella llevaba puesto y su cabello negro suelto cayendo de forma grácil sobre su generoso pecho.

En ese instante, Aiden rodeó su cintura y pegó su cuerpo al suyo. Metió su rostro entre sus cabellos y aspiró el aroma que emanaba de ellos.

—No te haces idea de las largas noches que he pasado admirando tu retrato, acariciando cada curva de ese lienzo, imaginándote aquí…, conmigo y desnuda sobre mí. —Abigail sintió una enorme repulsión al oírlo hablar de aquella forma y se liberó de su agarre.

Él avanzó hacia ella hasta dejarla apoyada contra la pared. Pegó su cuerpo al suyo y se apoderó de sus labios. Tomó uno de sus pechos con su mano y lo masajeó con fuerza. Esta, al sentir la presión, lo empujó con rabia.

—¡Estás loco! ¡No soy ella, malnacido! —gritó limpiándose la boca.

El semblante de Aiden cambió por completo hasta volverse de nuevo ese ser oscuro que había visto durante todo su viaje. La abofeteó con tal fuerza que la hizo tambalearse sobre sus pies.

—¡Eres una zorra! ¡Sé que has estado fingiendo toda la comida porque estás deseando meterte de nuevo en su cama! ¡Pero eres mía, me oyes! ¡Mía! —vociferó zarandeándola.

Abigail trató de defenderse, forcejeando con él y notando la rabia apoderarse de ella. Allí, bajo la atenta mirada de su difunta madre, dejó salir toda su sangre morisca y lanzó arañazos y mordiscos a su agresor sin descanso. En uno de los forcejeos, él le arrancó el corpiño, dejando asomar sus senos cubiertos únicamente por la fina tela de lino de su camisola.

Se abalanzó sobre ella, oprimiéndola contra la pared. Trató de apoderarse de nuevo de su boca, pero ella logró rehuirlo. Aquella pelea lo estaba excitando demasiado y pudo notar su aliento cálido

contra su cuello. Lamió la piel de su escote y subió de nuevo hasta sus labios y los besó con fervor.

Abigail abrió su boca para dejarlo entrar. Una vez que su lengua la invadió, cerró con fuerza y la apresó entre sus dientes. Él abrió los ojos y ahogó un grito de dolor contra ella. Le propinó un puñetazo en el estómago. Ella abrió la boca, dejándolo libre así y con la sangre arroyando por la comisura de sus labios.

—¡Puta! —bramó.

Se limpió con la manga de su camisa y se lanzó de nuevo contra ella. La sujetó con fuerza de las muñecas con una mano y con la otra le levantó el vestido. Liberó su miembro y se colocó bien entre sus piernas, obligándola a abrirse. Abigail forcejeó cuanto pudo, tratando de impedir aquella atrocidad.

Aiden jadeaba contra su cuello, decidido a violarla allí mismo, bajo la atenta mirada de su madre. Notó cómo tomaba su miembro con su mano para guiarlo hacia su sexo. Abigail gritó, vociferó pidiendo auxilio, pero nadie acudió en su ayuda.

—¡No soy mi madre, bastardo! ¡Suéltame! —exclamó con insistencia, pero él no la escuchaba.

Aiden Ferguson estaba decidido a cobrarse su venganza y tomaría lo que consideraba que era suyo por derecho. Y si no pudo yacer con su madre, lo haría con su hija.

Abigail cerró los ojos, dejando arrollar las lágrimas y esperando el dolor de la invasión. Tan solo podía rezar porque acabase rápido. Pero un fuerte estruendo frenó su ataque. Unos gritos en el exterior y el chocar de espadas indicaban que acaban de ser invadidos.

De repente, escuchó un grito que pareció helarle la sangre a Aiden. Abigail reconoció la voz de su padre en aquel bramido y solo pudo sentir regocijo, pues eso significaba que James también estaría con él. Levantó con fuerza una de sus piernas, golpeando con dureza sus testículos. Con un grito de dolor, se dobló y cayó al suelo, llevándose las manos a su miembro.

Abigail aprovechó el momento para salir corriendo de allí. Tomó las faldas de su vestido con sus manos y bajó las escaleras con premura. En una de las pequeñas aberturas de la torre lo vio abajo luchando espada en mano contra varios guerreros. No pudo evitarlo y gritó su nombre. Él levantó la vista en la dirección de su voz y corrió al interior del castillo en su busca.

Con el corazón latiendo a mil por hora, prosiguió su descenso. Una mano la sujetó con fuerza cuando estaba a punto de llegar al final del camino y tiró de ella.

—Margaret —dijo sorprendida.

—Por aquí, niña. Te llevaré junto a tu esposo —indicó la anciana.

Capitulo 20

Cuando el grupo de guerreros Campbell llegó a la altura del lago Maben, un ejército de escoceses les salió al paso. Por su tartán, James supo que se trataba del clan Stewart. Al frente, el duque de Albani, Alexander Stewart, les dio la bienvenida.

—El mismísimo James Campbell en mis tierras —pronunció en cuanto estuvieron uno frente al otro.

—Alexander —respondió él—. Llevamos un poco de prisa y siento no poder detenerme en…

—El rey me envió una misiva, no hace falta que te excuses —dijo.

—¿Jacobo te envió una carta?

—Así es, por eso estoy aquí. Me pidió, como solo los monarcas piden las cosas, que saliese a tu encuentro y te ayudase en la liberación de tu esposa. Parece ser que nuestro amigo Ferguson vuelve a hacer de las suyas —comentó para sorpresa de todos los Campbell.

—Pues, te lo agradezco mucho, Alexander —contestó James.

—Tranquilo, le cobraré el favor a su majestad algún día. ¿Vamos?

James asintió con la cabeza, hizo un gesto a sus hombres y

emprendieron rumbo hacia Caerlaverock, seguidos por todo el ejército de los Stewart de Annandale. Se encontraban a unas pocas horas de distancia y el nerviosismo comenzaba a apoderarse de él. A veces, dudaba si resoplaba él más fuerte que su caballo.

—Ese hombre que os acompaña, ¿quién es? —preguntó el duque cabalgando a su lado.

James siguió la dirección en la que señalaba con la cabeza y comprobó que se trataba de Gideon.

—¿Por qué?

—Porque me resulta familiar. Por no hablar del tremendo parecido que tiene con el dueño del castillo que vamos a asediar.

—Eso es porque es su hermano —respondió sin más.

—No puede ser. Entonces, ¿él es… Gideon Ferguson? ¿El hermano que todos creían muerto? —preguntó un atónito Alexander.

—Como puedes ver, está bien vivo.

—Pero… ¿por qué os acompaña?

—Porque la mujer que vamos a rescatar es su hija…, y mi esposa. —El duque estalló en carcajadas ante tal afirmación, atrayendo las miradas de muchos de sus hombres.

—Vaya con los caminos del señor —comentó entre risas.

Apuraron el paso al máximo y pudieron llegar cerca de media tarde. El sol ya estaba cayendo en el firmamento, algo que los desagradó sobremanera porque no era la mejor hora para cruzar espadas con nadie. Pero James no iba a detenerse ahí. Y menos teniendo ya ante él las puertas del castillo.

Dejaron sus caballos atados y escondidos entre la arboleda que rodeaba el castillo y caminaron agazapados entre la alta hierba que cubría toda la tierra. Pudieron comprobar que apenas había vigías en las almenas, se podría pensar que estaba abandonado de no ser por algunas voces y luces que se podían ver en algunas ventanas.

El puente era muy estrecho para entrar todos por ahí. Estando las puertas cerradas, sería una trampa mortal para sus hombres y los Stewart. Debían encontrar otra forma de penetrar en los muros del castillo sin ser vistos.

—Yo podría ir con un par de hombres y abrir las puertas desde dentro —se apresuró a comentar Gideon.

—¿No crees que tu hermano habrá sellado todas entradas

secretas que conocía? —preguntó James.

—Cuento con ello. Por eso sé que hay una que no habrá sellado porque nadie la conoce más que yo —afirmó.

—Yo lo acompañaré y me llevaré a Fergus conmigo —dijo Gavin.

James miró al frente, chasqueó la lengua y sopesó el plan trazado. Hasta ahora, era la mejor opción porque de otra forma, se delatarían y posiblemente Aiden decidiese tomar una drástica solución. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Luego, se volvió hacia sus hombres y Alexander y asintió con la cabeza.

—Bien, vamos. Espero que no le tengáis miedo al agua —comentó Gideon.

—Tranquilo, me sujetaré a Fergus —contestó Gavin, dejando a su compañero pasmado por aquella respuesta.

Los tres hombres se perdieron entre la maleza, se arrastraron hasta la orilla oeste y se introdujeron en el lago de forma lenta para no agitar las aguas y alertar así a los vigías. Era bastante profundo, por lo que tuvieron que nadar hasta llegar al muro del castillo. Allí pudieron apoyarse sobre las rocas del lecho.

Caminaron de forma sigilosa por el borde, siguiendo a Gideon que parecía recordar a la perfección la ubicación de esa entrada secreta. Bien se podría decir que ayer mismo salió por allí y no hace más de veinte años. Encontraron una abertura en la base del muro, con un enrejado oxidado y corroído. Pasaron por entre los barrotes y avanzaron por el interior de aquel túnel pestilente y oscuro.

—Gideon, dinos que estas no son las cloacas del castillo —comentó Gavin con cara de desagrado.

—Sí, lo son —respondió este.

—Qué asco —contestó Fergus.

—¿Qué clase de guerreros sois? En mis tiempos nos arrastrábamos por donde fuera y sin protestar.

—No sé cómo se harían las cosas en tus tiempos, amigo, pero en el nuestro procuramos no acabar apestando a mierda —dijo Gavin.

—Estamos a pocos metros de la puerta. Es la mejor forma de pasar desapercibidos. Saldremos justo bajo los establos —les explicó el hombre.

—Por dios, y encima es mierda y pis de caballo. Este olor no se me va a quitar en semanas —protestó Gavin.

Llegaron al final del túnel y ascendieron con sumo cuidado. Tal y como Gideon les había dicho, salieron a pocos metros del portón. Gavin observó la falta de caballos en los establos, lo que indicaba que no había muchos guerreros en el interior del castillo. Algo que le resultó de lo más inusual.

Caminaron agachados, con sus cuerpos prácticamente pegados a la pared y cuidando de no ser descubiertos. A pocos metros de su objetivo, tuvieron que ocultarse entre una pila de heno seco porque una pareja de guerreros paseaba en esos momentos por ahí. Iban tan absortos en su conversación que no se percataron de la entrada de tres intrusos.

«Pocos soldados y los que hay, sin experiencia alguna en la vigilancia de una fortaleza como esta. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Dónde están los guerreros Ferguson?», se preguntó Gavin mientras esperaban a que el camino volviese a estar totalmente despejado. Ya no solo le parecía inusual, sino irreal.

Ya convencidos de que estaban solos y que nadie los vería, retomaron su avance. Llegaron hasta las puertas, quitaron la pesada viga que atravesaba el portón y abrieron con sumo cuidado. Segundos más tarde, James, Alexander y el resto de guerreros invadieron el patio del castillo bramando como auténticos bárbaros.

De una de las torres, comenzaron a salir guerreros Ferguson, armados y decididos a repeler el ataque de los invasores. Gideon pudo ver el miedo en el rostro de muchos de ellos, apenas unos muchachos de rozaban la mayoría de edad. Por eso, en el momento en el que desenvainó su espada, vociferó el grito de guerra del clan.

Se miraron extrañados, pero debían proteger el castillo y a su señor, por lo que cruzaron espadas contra unos guerreros que los superaban en número y en experiencia en la lucha. James también observó que eran muchachos demasiado jóvenes y procuró no matar a ninguno.

En un momento del enfrentamiento, escuchó a su esposa gritar su nombre desde lo alto de una de las torres. Al levantar la cabeza en su busca, la vio asomada y sin dudarlo, corrió al interior del castillo en su busca.

Margaret llevaba a Abigail sujeta de la mano con fuerza y caminaban con paso rápido hacia las escaleras centrales que llevaban al patio. Les quedaban pocos metros para la libertad

cuando Aiden les salió al paso, apuntando a la garganta de la anciana.

—Sabía que me ibas a traicionar, Marge —siseó apretando con fuerza la empuñadura de su espada.

—He visto a tu hermano y he oído su grito, el grito de su clan. Tu clan, Aiden —respondió con desdén Margaret.

—¡Siempre fue tu ojito derecho! —vociferó él.

—Me dijiste que estaba muerto. Que su tumba estaba junto a la de Arabela —le reprochó ella.

—¿Tú… estuviste en el cementerio…? ¿¿Tú eras quien dejaba ese ramillete de flores frescas todos los años por su cumpleaños?? —dijo Abigail atónita al descubrir que él siempre había sabido de su existencia y la de sus padres.

—Os pensabais que estabais a salvo de mí y nunca dejé de espiaros, Arabela —contestó Aiden.

—¡No soy mi madre! —gritó ella.

—Déjanos marchar, Aiden. Te lo suplico, por todos los años que cuidé de ti desde que eras un bebé… por tu padre, por Arabela —intervino Margaret.

—¡Jamás! ¡Ella es mía y siempre lo será! ¡No se la devolveré! ¡Antes la mataré! —vociferó levantando la espada sobre su cabeza con rabia.

Estaban perdidas, pensó Abigail. Aiden descargaría toda su furia sobre ellas con su espada y acabaría con sus vidas. Si tan solo pudiese verlo una última vez para poder despedirse, para poder decirle cuánto lo amaba y lo amará siempre. Cerró los ojos esperando sentir el filo del acero caer sobre ellas, pero lo que escuchó fue el sonidos de dos espadas al chocar.

Cuando abrió los ojos, vio a James interponiéndose entre ellas y el metal de Aiden. Lo miraba con odio, con rabia. De sus cristalinos ojos salía fuego y su rostro se había endurecido casi hasta parecer un ser de otro mundo. «Mi demonio», pensó ella aliviada.

Con un giro rápido de muñeca, desarmó a su oponente y le propinó tal puñetazo con su espada aún sujeta por su mano que cayó al suelo desmayado. No lo iba a matar, no era él quien debía decidir si perdonarle la vida o no, aunque en su fuero interno le gritase su voz que le atravesase el corazón.

Lo observó en el suelo desvanecido y se giró para encontrarse

con la verde mirada de su mujer. Abrió los brazos y la recibió rodeándola con fuerza.

—No sabes la angustia que he pasado y lo difícil que ha sido estar sin ti todo este tiempo —le susurró al oído.

—Pensé que no te volvería a ver jamás, James. Ni a ti ni a los niños. Tuve tanto miedo —dijo ella entre sollozos.

—Ssshh, ya está, mi amor. Estoy aquí, estás a salvo.

—Bésame, por favor. Quiero confirmar que esto es real —suplicó.

Él, obediente, posó sus labios sobre los suyos y la besó. Ella rodeó su cuello con sus brazos, abriendo su boca y dejando que sus lenguas se enredasen. La pasión brotó al instante, aunque tenían la sensación de haber estado años sin saborearse.

—Te amo, demonio —pronunció contra su boca, jadeante por la pasión puesta en aquel beso.

—Y yo a ti, ninfa descarada —respondió él.

Un quejido a sus pies les informó que Aiden Ferguson volvía en sí de su pequeño sueño. James lo miró, se liberó del abrazo de su esposa, muy a su pesar, y cogió al hombre del suelo por el cuello para ponerlo en pie. Este intentó protestar y forcejear con el Campbell, pero le fue imposible.

—¿Qué vas a hacer con él? ¿Tienes orden de llevárselo al rey? —preguntó Abigail.

—Jacobo me ha dado carta blanca para hacer lo crea conveniente con él.

—Mi señor, Aiden no merece morir así. Él… —intervino Margaret.

James la miro con severidad al oírla interceder por el hombre que había secuestrado a su esposa.

—Ella fue la nana de él y de mi padre —se apresuró a decir Abigail.

—Bien, pues que sea tu padre quien decida qué destino le aguardará —sentenció James.

Tomó al Ferguson nuevamente del cuello y lo llevó arrastras hasta el exterior. En cuanto estuvo en el patio, pudo ver a los jóvenes guerreros del castillo arrodillados y con lágrimas en los ojos mientras eran custodiados por sus hombres y los de Alexander.

Vio a Gideon hablando con los muchachos, tratando de

calmarlos y acariciando sus cabezas de forma paternal. James lo llamó y este se giró. Aiden fue lanzado al centro del patio, cayendo contra la tierra y raspándose las manos al caer.

—Tú decides, Gideon —le dijo a su suegro.

—¿No dejarás que mi padre y él se enzarcen en una lucha de espadas, verdad? —preguntó Abigail sorprendida.

—Te recuerdo que tu padre me derrotó no hace mucho. Sabrá cómo manejarse contra su hermano —respondió James.

—Pero…

—Abigail, tu padre necesita cerrar este ciclo y no pienso ser yo quién le quite ese derecho.

Margaret suspiró con fuerza tras ellos al ver a su niño, Gideon, convertido en todo un gran hombre. Pero también sintió angustia porque sabía cuál iba a ser el resultado de aquel enfrentamiento. Amaba a esos dos muchachos con todo su corazón, ya que ella fue quien los crio. Pero debía reconocer que la oscuridad de Aiden lo había consumido por completo. Ya nada quedaba de aquel niño risueño que se divertía jugando con su hermano. Ahora, eran Caín y Abel.

—Hola, hermano, ¿me recuerdas? —pronunció Gideon con espada en mano y plantándose frente a él.

Aiden escupió la sangre que aún brotaba de su boca por el puñetazo que James le propinó y clavó su fría mirada sobre la de su hermano pequeño.

—No eres rival para mí, nunca lo fuiste. Por eso te marchaste arrastrándote como un perro por las cloacas del castillo, llevándotela contigo y arrebatándome su amor —le espetó sonriendo con soberbia.

—Nunca fue tuya y lo sabes. Al igual que este clan, pero la envidia te consumió y te volviste todo lo que padre había temido. Eres un tirano que pone al frente de su castillo a niños que apenas saben sujetar una espada. Eres un cobarde y me avergüenza ser tu hermano, Aiden Ferguson —le espetó sin más.

—¡Dame una espada y veremos quién es el mejor de los dos! —bramó.

Alexander lanzó la suya a los pies de Gideon.

—Ten, dale la mía —dijo.

Aiden se apresuró a coger el arma entre sus manos y se

incorporó tambaleante, mareado aún por el golpe. Gideon meditó durante un segundo si merecía la pena entrar en batalla contra alguien tan vulnerable, pero sus dudas se disiparon cuando su hermano alzó la espada sobre su cabeza y la descargó sobre él con fuerza, acompañado de un sonoro grito.

Paró el golpe con su espada y dio comienzo así el duelo. Para llevar tanto tiempo sin apenas coger una espada o entrenar como solía hacer cuando era joven, se movía con mucha más soltura que su hermano. Abigail no quería mirar, por eso permanecía abrazada a su esposo y con su rostro pegado a su pecho. Con cada sonido del acero entrechocando, ella saltaba entre sus brazos.

Aiden Ferguson seguía moviéndose de la misma forma que antaño y por lo tanto, seguía teniendo los mismos puntos débiles. Algo que Gideon aprovechó para desestabilizarlo y tirarlo al suelo de la misma forma que había hecho con su yerno semanas atrás. Con su hermano en el suelo, desarmado, colocó la punta de su espada contra su garganta.

—Adelante, hazlo. Vamos, no seas cobarde —le instó él.

—¿Por qué, hermano? ¿Qué te ocurrió para que…?

—Hazlo de una vez o terminaré lo que habéis interrumpido con vuestra invasión en cuanto me sea posible —soltó. Gideon lo miró atónito, sin comprender muy bien a qué se refería con aquellas palabras—. Sí, así es, hermano. He estado a punto de yacer con tu hija porque tú me arrebataste la posibilidad de hacerlo con ella, con mi Arabela. —Pero Aiden no pudo terminar de hablar, pues el filo de la espada de su hermano atravesó su garganta.

Las lágrimas invadieron el rostro de Gideon, quien no pudo evitar sentir una rabia tremenda al escuchar lo que casi le hizo a su hija. No lo pensó. Sin más, dejó caer la espada y el peso de su cuerpo para asegurarse de que jamás volviese a levantarse y a hacerle daño a nadie más.

Cayó de rodillas junto al cuerpo sin vida de su hermano y lloró. Lloró y gritó de rabia al cielo por permitir que su hermano se perdiese en esa oscuridad…, y por haberle dejado a él la responsabilidad de tener que acabar con su sufrimiento.

Lloró, sin más.

Capítulo 21

Abigail sintió la inminente necesidad de correr hacia su padre y abrazarle, pero James se lo impidió. Ella levantó la cabeza hacia su esposo, sin comprender por qué.

—Mi amor, deberías cubrirte con algo. A no ser que desees que todos los hombres aquí congregados vean tus maravillosos atributos, algo que me desagradaría notablemente —le dijo, acariciando su mejilla.

Ella miró hacia su busto y vio que llevaba el corpiño roto.

—Oh —pronunció.

—Sí. Oh —respondió él sonriendo.

—Venid conmigo, muchacha. Os arroparé con algo —se apresuró a decir Margaret.

Abigail miró a la anciana que le tendía la mano y luego volvió a posar sus ojos sobre la cristalina mirada de su esposo. James volvió a sonreír, acarició sus mejilla y le dio un beso en la frente.

—Ve, yo iré con tu padre —le susurró con ternura.

A pesar de que su cuerpo no quería separarse de ella, la liberó de su abrazo y la dejó ir de nuevo al interior del castillo. Estaba viva y eso era suficiente para él. Suspiró y descendió las escaleras en dirección a su suegro, que permanecía arrodillado junto al

cuerpo sin vida de su hermano.

Se paró a su lado y se agachó hasta estar a su altura, colocando una mano sobre su hombro. Gideon lo miró con los ojos vidriosos y pudo ver una gran culpa en su interior. Algo que oprimió el corazón de James.

—Sabes que no había otra salida —le dijo con calma.

—Tantos años aferrado al pasado, con tanto odio y rencor dentro de su alma… ¿Por qué, James? ¿Qué corazón enfermo podría hacer algo así?

—Ninguno, amigo. Un corazón jamás tomaría un camino así, y mucho menos por amor. Esto solo es obra de su mente enferma, de una alma corrompida por completo. Él era así desde su nacimiento, Gideon. Ni tú ni tu esposa tenéis la culpa de nada —afirmó.

—Ahora podrás descansar en paz, hermano, donde quiera que Dios decida dejarte entrar —susurró a modo de plegaria.

James lo ayudó a levantarse, permitiendo que sus hombres se llevasen el cuerpo de Aiden Ferguson a un lado del patio. Gideon les pidió poder enterrar a su hermano junto a la tumba de sus padres, en lo alto de la colina. Gavin se encargó de prepararlo todo.

Abigail salió del castillo en el momento en el que cargaban con su tío a lomos de un caballo para llevarlo fuera de los muros. Buscó con la mirada a su padre y lo vio acompañado por su esposo. No lo pensó, corrió hacia ellos y se aferró con fuerza al hombre que le dio la vida.

Gideon la recibió con una enorme alegría. Su niña estaba a salvo, estaba viva. Padre e hija se miraron con adoración, se acariciaron sus rostros y se cubrieron de besos fraternales. Un carraspeo a sus espaldas llamó la atención de ambos. Él, al ver a la anciana que los observaba con lágrimas en los ojos, se quedó pasmado.

—¿Marge? —preguntó.

—Condenado muchacho, te has tomado tu tiempo para regresar a tu hogar —protestó con ternura la anciana.

Él dejó a su hija y corrió a abrazar a la mujer que los crio de niños. Su nana estaba ahí parada, mirándolo con una enorme alegría y sin poder dejar de llorar. La tomó entre sus brazos y hundió su rostro en su cuello, conteniendo sus lágrimas.

—Te creía muerta —susurró.

—Le hice la promesa a tu padre de que velaría por este castillo hasta que su *laird* regresase.

—Marge…, yo no soy un *laird*. Renuncié a ese título cuando me fui —protestó él.

—Niño testarudo. Tú eres el heredero de Caerlaverock y ahora lo serán tus hijos. Debes cumplir la voluntad de tu padre, Gideon. Él así lo quiso —afirmó la anciana.

—Y ese deseo es el que nos ha llevado a todos a esta situación. No, yo no…

—No aceptaré una negativa, muchacho. Ni yo, ni ninguno de tus súbditos —aseveró ella.

—¿Qué súbditos, Marge? ¿Esos pobres muchachos que tiemblan como una hoja, ahí arrodillados?

—No, los que tu hermano tiene presos en las mazmorras por serte aún fieles a ti —respondió para sorpresa del hombre.

La mujer le explicó lo sucedido durante todos esos años atrás y de cómo su hermano fue encarcelando o asesinando a todo aquel contrario a su mandato. Había prohibido decir su nombre, y mucho menos mostrar apoyo al hijo menor del antiguo *laird* Ferguson con pena de muerte en muchos casos.

Ni siquiera su buen amigo Clayde había logrado esquivar su ira, pues el mismo Aiden le había atravesado el corazón con su espada cuando, fruto de una discusión tras haber bebido considerablemente, bromeó con el hecho de ayudar a Gideon a recuperar su hogar y el lugar que le había sido concedido por su padre.

Marge le contó que muchos habían huido de tierras Ferguson, abandonando sus hogares para establecerse en otras regiones lejos de la tiranía de su hermano. Con cada palabra, Gideon sintió una enorme punzada en su corazón. Su gente había estado sufriendo verdaderas penurias tras su huida.

Al final, él y Arabela habían tenido suerte al abandonar Caerlaverock. No así sus propias gentes, esas personas con las que creció y luchó en sendas batallas fronterizas. No pudo evitar sentir cierta culpabilidad por el sufrimiento acaecido tras su partida. Si hubiese luchado por lo que era suyo, sus hijos hubiesen crecido allí y posiblemente su mujer seguiría viva.

Pero eso ya no lo sabría. Además, lo más seguro era que jamás

hubiese conocido a Iona y por ende, su hija, tampoco hubiese conocido a su esposo. No, todo ha ocurrido como debía ser. Así lo designó el señor.

Gideon le pidió a Marge que le contase lo mismo que le acababa de relatar a James y Alexander. Los dos *lairds* se miraron el uno al otro, pasmados por lo que estaban escuchando. Reunieron a un grupo de sus hombres y se fueron todos tras los pasos de la mujer, que los guio por aquellos oscuros pasadizos.

Allí abajo, en las mazmorras de un castillo lúgubre, húmedo y donde las ratas campaban a sus anchas, el hedor que respiraban era insoportable. No solo se mezclaba el olor a las defecaciones de los prisioneros, sino que sobresalía un olor a descomposición insoportable. Más de uno de los guerreros que los acompañaban se doblaron por las arcadas. Otros llegaron incluso a vomitar por no poder soportar aquel ambiente tan cargado.

Encontraron las llaves colgadas de una de las columnas a la entrada de las mazmorras. Con antorchas en mano, fueron abriendo una a una las jaulas donde permanecían varios hombres hacinados. Demasiados, pensaron James y Alexander. En algunas celdas tan solo se encontraron cadáveres, de ahí provenía el olor.

Gideon tenía los ojos encharcados, pero no solo por el mal olor. La tristeza y la rabia se habían apoderado de él al ver lo que su hermano había hecho con sus súbditos. Esas personas que siempre habían cuidado de ellos y protegido su hogar, procurando bienes y alimentos para que no pasasen penurias.

«¿Cómo has podido hacer algo así, Aiden? No te mereces el cielo», pensó indignado.

Al fondo de las mazmorras, y tras una puerta de madera cerrada con llave, se encontró con una estancia pequeña en la que había una mesa, una silla y una vela agonizante que se negaba a morir. Al fondo, un cubo de excremento rebosando líquido por el borde. En la pared opuesta, un pequeño camastro y un hombre tumbado de espaldas a él.

Una fuerte tos hizo que convulsionara en su desgastado colchón. Al notar una presencia, se giró y clavó su cansada mirada sobre los de Gideon. Este se quedó atónito al reconocer aquel anciano rostro.

—¡Santo Dios! ¿Donel? —pronunció corriendo hacia el hombre.

—¿Quién sois vos, señor? ¿Os envía el *laird* para torturarme de

nuevo? Ya le he dicho cientos de veces que no sé dónde está ese condenado testamento —masculló el anciano entre tos y tos.

—Soy yo, Donel. Soy Gideon.

El hombre se fijó más en las facciones del rostro de su visitante. De pronto, reconociendo aquellos ojos azules que lo miraban con angustia, estiró su mano y acarició el perfil de su rostro.

—¿Muchacho? ¿En verdad eres tú? —preguntó con un hilo de voz.

—Claro que soy yo, anciano estúpido. ¿Quién si no iba a ser capaz de andar entre tanta mierda por aquí tirada?

—Por fin, mis plegarias han sido escuchadas y has vuelto. Loado sea el señor —dijo Donel, dejando brotar las lágrimas en sus ojos.

Gideon ayudó al anciano a incorporarse, notando todas y cada una de sus costillas. Cerró los ojos tratando de aguantar la rabia contenida y de no gritar. Su hermano estaba muerto, ya se había acabado todo. Salieron de allí caminando con paso lento y acompañados por el resto de guerreros y prisioneros.

Al salir al exterior, levantaron la mano para tapar la poca claridad que aún le quedaba al día. Tomaron aire y llenaron sus pulmones con el aire fresco de la libertad. Estaban todos muy desmejorados, famélicos y sucios. Sus ropas estaban roídas y teñidas del color del hollín. Todos se apresuraron a darles agua, que bebieron hasta atragantarse incluso.

Para no dejarlos a la intemperie, a pesar que en esas tierras no hacía tanto frío como en las tierras altas, los ayudaron a entrar uno a uno al interior del castillo. Habilitaron todas las estancias como habitaciones improvisadas y Abigail hizo las labores de curandera, ayudada por Margaret y las pocas sirvientas que había en el castillo.

La noche cayó pronto. Con los pocos víveres que había en el almacén, habían logrado hacer un buen caldo que sirvieron entre todos los hombres. Tras acabar con la improvisada cena y revisar que todos estaban bien, Abigail y James subieron a la estancia en la que Aiden la había alojado cuando la trajo.

La bañera aún estaba allí, con las toallas empapadas a su alrededor y el agua fría. Ella se acercó y se quedó mirando al fondo, como hipnotizada. Él se acercó a ella y la abrazó por detrás.

—Si quieres, bajo y les pido que suban baldes con…

—No —se apresuró a responder ella—. Quiero que me abraces y

que me des calor. Necesito sentirme de nuevo a salvo y eso solo lo sentiré cuando esté entre tus brazos —confesó.

—Tus deseos son órdenes para mí, mi *lady*.

Le apartó el cabello con una mano y comenzó a darle sensuales besos por todo el cuello. Pegó su cuerpo contra el suyo, rodeándola con su brazo y provocándole una descarga de sensaciones que la recorrieron de arriba a abajo. Sus respiraciones comenzaron a acelerarse y cuando ya no lo soportaron más, jadeantes, se apoderaron de sus bocas con fervor.

Mientras se devoraban, hambrientos el uno del otro, se fueron desnudando y dejando caer sus prendas al suelo. Una vez desnudos, James la tomó de las nalgas y la elevó hasta colocarla sobre su cintura. Ella lo rodeo con sus piernas y se aferró a su cuello, gimiendo contra su boca y revolviendo sus rojizos cabellos.

Caminó con ella hasta la cama y se sentó, dejándola a horcajadas sobre su regazo. La urgencia por tenerse hizo que la penetrase en ese mismo instante, emitiendo ambos sonoros gemidos de placer al sentirse de nuevo. Tomó uno de sus pechos con su mano y lo masajeó, acariciando su erecto pezón con el pulgar.

Abigail arqueó la espalda tras esa caricia, presentándole sus hinchados senos. Él acercó su boca hacia uno de ellos y lo saboreó. Con la punta de su lengua, jugueteó con sus pezones, provocando que ella gimiese con más fuerza. Se balanceaba con ritmo lento, dejando que se deslizase dentro de ella una y otra vez.

Ya no aguantaron más y aceleró el ritmo, cabalgándolo cual amazona. Se miraban a los ojos, fijos y como en un extraño trance. James la tomó del cuello y la acercó a su boca para volver a devorarla a la vez que ella se movía con más ansia sobre él. Con un rápido giro, invirtió sus posiciones y la dejó bajo su cuerpo para poder embestirla con más fuerza.

Jadeante, entre los gemidos de su mujer, la penetró sin descanso hasta derramarse en ella seguido de un sonoro quejido.

—Te he echado de menos, mi ninfa descarada —susurró él aún apoyado sobre sus codos y con el rostro perlado de sudor.

—Y yo a ti, demonio de ojos grises.

James le dio un tierno beso en los labios y se dejó rodar a un lado, atrayéndola hacia su cuerpo con su brazo. Con el calor de sus cuerpos desnudos y las mantas cubriéndolos por completo, se

dejaron vencer por el cansancio de unos días demasiado agotadores.

Capítulo 22

El viaje de vuelta a su hogar fue bastante liviano. No veían la hora de llegar a casa y poder abrazar a sus hijos. Abigail hizo la mayor parte del trayecto montando con su esposo, a pesar de las constantes quejas por su parte por llevar su propia montura. James no quería separarse de ella ni tan siquiera para ir a caballo.

Antes de partir de Caerlaverock, Alexander se comprometió a ayudar con la restauración del castillo y a que sus gentes pudiesen retornar a sus antiguos hogares. Margaret y Donel le pidieron a Gideon que se quedase y ocupase el puesto de *laird* del clan, pero este les dijo que debía volver junto a su familia.

Durante todo el trayecto de regreso a casa, Abigail vio a su padre más pensativo de lo normal y supo, en lo más profundo de su corazón, que estaba encontrando las fuerzas y el valor para decirles que volvería junto a su gente. Pudo ver el cariño con el que algunos de los que lo reconocían lo trataban. En verdad que hubiese sido un gran señor para su clan.

Se preguntó cómo hubiesen sido sus vidas siendo sus padres los señores de aquella imponente fortaleza del clan Ferguson. Ella y sus hermanos serían los herederos, claramente, y su madre podría seguir viva. Pero no hubiesen conocido a nana y, por ende, no se

hubiese casado con James. Suspiró con amargura pensando en aquella posibilidad.

—¿En qué piensas? —preguntó él apareciendo tras ella.

Abigail estaba de pie, mirando a través de la pequeña ventana de su habitación. Mientras sus hombres descansaban en el establo, a ellos dos les ofrecieron alojarse al calor del hogar de aquella pensión que encontraron por el camino.

—Creo que papá quiere volver —dijo ella seguido de un suspiro.

—Bueno, y nosotros también queremos volver a casa.

—No, no digo a casa. Quiere volver aquí, a su auténtico hogar.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó él intrigado.

—No hace falta que me diga nada, James. Lo conozco y no ha sonreído desde que salimos de Caerlaverock. Algo oprime su corazón y veo una tristeza alojada en él que jamás vi —contestó con semblante entristecido.

Él la hizo girar sobre sí misma para poder mirarla a los ojos. La tomó del mentón y levantó su rostro, momento en el que pudo ver lágrimas asomando. La atrajo hacia su cuerpo y la abrazó.

—Abi, volver al lugar que lo vio nacer, ha debido de ser muy duro para él. Demasiados recuerdos le han venido de golpe. Allí creció, hizo amigos, entrenó para ser un gran guerrero, encontró a su gran amor y sufrió la peor de las traiciones a manos de su hermano. Son muchas emociones vividas en tan poco tiempo.

—Lo sé, pero me duele verlo así y no saber cómo consolarlo —dijo entre sollozos.

—Mi amor, mírame —la instó él—. Tu padre es un hombre de gran fortaleza que ha sufrido mucho para llegar a donde ha llegado. Si en verdad su corazón le grita que debe volver junto a su gente, encontrará la forma de decíroslo. Y eso no significaría que no os volváis a ver porque me encargaré de que puedas visitarlos las veces que lo necesites. Me crees, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza—. Bien. Vámonos a la cama, mañana será un día largo —dijo.

—No veo la hora de llegar a casa y comerme a besos a esos dos terremotos.

—Yo también me los pienso comer a besos, pero, por el momento, quiero comerme a su madre.

—¿A besos? —preguntó ella mordiéndose el labio.

—Y a mordiscos.

La cogió en brazos y la llevó hasta la cama, donde hicieron el amor hasta caer exhaustos y quedarse dormidos.

La alegría invadió por completo el hogar de los Campbell cuando vieron a sus señores atravesar las puertas de la muralla, seguidos por los guerreros que los acompañaban. Vítores, aplausos, gritos de júbilo… Las voces inundaron todo Dollar Glen. En el patio, a los pies de las escaleras, los esperaban sus hermanos, sus cuñadas con sus hijos, Iona y los gemelos.

En cuanto James frenó su montura, Abigail bajó de un salto, sin esperar a que su esposo la ayudase. Podría haberla regañado por tal acción, pues se podría haber lastimado al caer al suelo, pero entendía las ansias que sentía por abrazar de nuevo a sus dos hijos. Él desmontó con más calma que ella y saludó a todos esbozando una enorme sonrisa. Cuando hubo terminado, fue al reencuentro de sus hijos.

Todos estaban felices y contentos por haber logrado traer de vuelta a la señora del castillo. Por fin, la paz volvería a reinar en el hogar de los Campbell de Clackmannanshire. Pero había alguien que no parecía feliz del todo y eso a Abigail la estaba atormentando.

Se organizó un banquete de bienvenida donde todos los miembros del clan estaban invitados. Pero, antes, Gideon quiso reunir a toda su familia en el gran salón para hablar con ellos. En cuanto comenzó su exposición, las lágrimas arrollaron por el rostro de Abigail. Sentía pena, pero también alegría porque su padre hubiese tomado aquella importante decisión.

La que más se sorprendió al escuchar sus palabras fue Iona, que no se esperaba tal decisión. Siempre pensó que acabaría sus días en Dollar, junto a su clan. Pero ahora debía tomar una importante decisión. Gideon le pidió que la acompañase de vuelta a su verdadero hogar, como su señora. No demoró su respuesta, que fue un rotundo sí.

A la hora del banquete, todos los miembros del clan se reunieron alrededor de la gran mesa y degustaron los deliciosos platos que la señora Fitz se esmeró en preparar para tal fin. Rieron, cantaron y bailaron acompañados por las risas de los invitados y los chistes que los hombres contaban.

Los primeros en abandonar el salón fueron Abigail y James, que, excusándose del cansancio del viaje, subieron a su refugio mágico para hacerse el amor mutuamente. Los siguieron Aliena e Ian y, por último, Robbie y Vicky. El pequeño de los hermanos estuvo pensativo durante toda la cena, algo de lo que ella fue consciente en todo momento.

—¿Quieres contarme lo que te atormenta, esposo? —le preguntó en cuanto se vieron solos en su alcoba.

—No me atormenta nada, Vicky. Es solo que… —Pero no quiso seguir hablando sin tener ordenados sus pensamientos.

—Está claro que algo te está rondando, Robbie. Cuéntamelo, a lo mejor puedo ayudarte.

—Lo cierto es que tú serás quien me haga tomar la decisión —afirmó él. Ella lo miró extrañada, sin comprender muy bien qué quería decir con aquellas palabras.

—¿Por qué haría tal cosa? —preguntó.

—Pues porque algo me dice que debo acompañar a mi padre, pero no tomaré ninguna decisión si tú no quieres abandonar este castillo. Tú y Sean sois ahora mi familia y me debo a vosotros. Así que, si me dices que no quieres emprender un viaje tan largo para empezar una vida nueva en un lugar dif…

Vicky acalló sus palabras apoderándose de sus labios. Rodeó su cuello con sus brazos y profundizó en aquel beso. Él posó sus manos sobre sus caderas y respiro su aroma mientras se dejaba hacer.

—¿Y esto? —dijo tras separar sus labios.

—A dónde tú vayas, yo iré, Robert SinClair Campbell o como deba llamarte ahora —contestó ella.

—Con Robbie es suficiente, pero si me vas a besar así de nuevo, llámame cómo prefieras.

Tomó a su esposa entre sus brazos y la besó con pasión, devorando cada rincón de su boca. Le quitó su hermoso vestido y la dejó desnuda ante él y lista para ser amada. Él se liberó de todas sus prendas y las dejó desperdigadas por el suelo. La alzó con fuerza del suelo y se la llevó hasta su cama, donde la tumbó y la hizo gozar de sus habilidades como amante.

A la mañana siguiente, para pesar de su hermana, les dio la noticia en el desayuno. Abigail sintió que su familia se volvía a romper, aunque esta vez era por un futuro mejor. Echaría mucho de

menos a su padre y a su hermano pequeño, pero debía dejarlos ir. Aunque eso no quitaría que llorase con su partida.

El único que mostró cierto desconcierto por la decisión del joven SinClair fue Gavin, quien terminó su desayuno en silencio y salió del salón con semblante serio.

James encontró a su amigo apoyado en el muro, mirando al vacío del valle. Se acercó y adoptó la misma postura que él, guardando silencio durante unos segundos antes de hablar.

—Te veo demasiado callado y pensativo para ser tú, Gavin. Parece que la noticia de la pronta partida de Robbie y Gideon te ha afectado en demasía —dijo iniciando la conversación.

—Quiero acompañarlos, James —respondió para asombro de su amigo.

—¿Cómo has dicho?

—No pueden viajar solos y menos con un niño. Los caminos son peligrosos y tú y yo lo sabemos bien. Quisiera que me permitieses llevarme a algunos hombres conmigo…

—Vaya, sí que le has tomado cariño al joven SinClair —comentó James sintiendo pena y alegría.

—No será mucho tiempo, James. Tan solo serán unos meses…

—¿Unos meses? ¿Cómo cuántos, Gavin?

—Bueno, pues… Ya que los acompaño, me gustaría ayudarlos en la restauración y, bueno… Emprenderíamos camino de regreso en el siguiente deshielo.

—¡¿Un año?! —exclamó sorprendido.

—Es por el tiempo, James. No pretenderás que viajemos en pleno invierno.

—En verdad que has apadrinado a ese muchacho —soltó acompañado de un suspiro—. Está bien, un año. No más, o tendré que ir en tu busca. Sabes que te necesito aquí, como mi segundo —dijo con cierta tristeza en su tono.

—Tranquilo, volveré. No te vas a librar de mí tan fácilmente, amigo. Pero hasta entonces, puedes apoyarte en Ian. Creo que sería un digno heredero de mi puesto, en caso de ausencia —afirmó.

—Me voy a sentir muy extraño al no tenerte por aquí durante todo un año.

—Prometo escribirte, cariño —bromeó.

James le dio un codazo y este emitió un quejido. Ambos amigos

rieron y hablaron sobre cómo contárselo al resto, sobre todo a Abigail. Porque él sabía de sobra que esa noticia la iba a sumir en una gran tristeza. Demasiadas partidas en tan poco tiempo, aunque la de Gavin no sería definitiva.

Llegó el día en el que debían partir rumbo a Caerlaverock. Abigail no pudo evitar llorar como una niña, abrazándose con fuerza a su padre y a su hermano pequeño. Ian tampoco contuvo su tristeza por tener que decirles adiós, pero ni siquiera entró en su mente la posibilidad de irse con ellos. No volvería a alejar a su mujer de su clan nunca.

—Os vamos a echar mucho de menos —dijo ella entre sollozos.

—Sobre todo nuestras discusiones, ¿verdad? —se burló Robbie.

—Pues yo sí que las voy a echar de menos —respondió Ian.

—Esto no es un adiós, hijos míos. Nos volveremos a ver, os prometo venir a visitaros y espero que vosotros hagáis lo mismo. Y recordad: sois Monfort y Ferguson. Nunca olvidéis vuestros orígenes, aunque ahora seáis Campbell —afirmó Gideon.

Los cuatro se volvieron a abrazar entre lágrimas de alegría y tristeza al mismo tiempo. Demasiados cambios que a Abigail le estaba costando asumir, pero tenía a su esposo para ayudarla. Y, por supuesto, a su hermano mayor para apoyarla y hacerle sobrellevar mejor la partida de sus seres queridos.

—Tened mucho cuidado en el viaje y escribidnos en cuanto podáis para saber que habéis llegado bien —dijo James acercándose a ellos para despedirse.

—Lo haremos, señor —respondió Iona también con lágrimas en los ojos.

—Y a ti te quiero de vuelta en la próxima primavera —le ordenó a su mano derecha y buen amigo.

—Aquí me tendrás, con una esposa de la mano y un hijo —bromeó subiendo a su montura.

—¡Jajaja! —rio James a carcajadas—. No lo verán mis ojos —afirmó.

—Cuida de mi familia, Gavin Campbell, o te las tendrás que ver conmigo cuando regreses —le amenazó Abigail.

—Entonces, me pensaré mucho si volver…

—Eso no lo digas ni en broma o el que te irá a buscar soy yo —respondió James.

—Me siento tan halagado por vuestras muestras de amor, chicos. Empiezo a pensar que no podéis vivir sin mí. Veo que mi presencia os es de vital…

—Cállate, Gavin —dijeron los señores del castillo a la vez.

Todos estallaron en carcajadas tras aquella escena, aliviando así la tristeza por la despedida. No demoraron mucho más la partida, pues querían recorrer un buen trecho antes de que la noche los envolviese. Rodeada por los fuertes brazos de su esposo, Abigail vio partir a la comitiva y desaparecer tras las puertas del castillo con los ojos anegados en lágrimas.

epílogo

El parto de Beth se había alargado demasiado tiempo, llegando incluso a temer por su vida y la del niño. Fue un embarazo muy complicado y parecía ser que el alumbramiento no tenía pensado ponérselo mucho más fácil. De la mano de Aliena, Abigail tuvo que maniobrar desde el interior de su joven dama de compañía porque el niño venía de nalgas.

Fergus caminaba inquieto al otro lado de la habitación, cual tigre enjaulado. Tan solo podía escuchar los gritos de su esposa y se sentía impotente por no poder ayudarla. Pero como le habían dicho Ian y James, era mejor dejarlas a ellas en su saber hacer.

La mayoría de su compañeros estaban reunidos en el pequeño salón de su casa, la que fuera del padre de Abigail y que le legó con sumo gusto al joven guerrero y a su esposa para que formaran allí su familia. Una casa de piedra con tres estancias, divididas en dos habitaciones y una cocina-comedor que servía a la vez de salón.

Y el llanto de un bebé rompió el silencio en ese instante.

Fergus soltó el aire que llevaba contenido desde hacía horas y se dobló sobre sí mismo, aliviado al oír a su primer hijo clamar por su lugar en el mundo. Todos palmearon su espalda con cariño para felicitarlo por su reciente paternidad. Un nuevo miembro para el

clan que sería bien recibido entre el resto de integrantes.

La puerta de la habitación se abrió y Aliena salió sonriente limpiándose manos y brazos con un trapo blanco.

—¿El papá quiere entrar a ver a su hijo y a su esposa? —preguntó mirando a Fergus.

Este, con lágrimas de felicidad en los ojos, ni respondió. Pasó por su lado como una exhalación y corrió junto a Beth, que ya estaba amantando a su pequeño guerrero.

—¿Ha sido un varón? —preguntó Duncan.

—Así es. Y uno bien grande que nos ha dado muchos problemas, pero que se le ve sano —respondió Abigail apareciendo tras la pelirroja.

—¿Y Beth está bien? —preguntó James.

—Sí, está cansada por el esfuerzo, pero nad… —Un mareo la sobrevino de golpe, haciendo que se tambalease y se tuviese que sujetar a su cuñada.

Su esposo corrió hacia ella y la cogió entre sus brazos. Estaba pálida. La llevó hasta un pequeño sofá que había en la estancia y le puso la mano en la frente.

—No tengo fiebre, James —protestó ella.

—Estás agotada, Abi. Creo que el parto te ha dejado exhausta a ti también —dijo Aliena. Su cuñada empapó un trozo de tela en un barreño con agua y se lo puso en la nuca.

—No ha sido un parto tan difícil, no más de lo que lo han sido otros —afirmó.

—Mi amor, ¿qué no nos estás contando? —preguntó James, agachado junto a ella.

—Verás…, te vas a reír… —bromeó su esposa.

—Abigail —inquirió él.

—Estoy embarazada, James. Te lo iba a decir cuando se puso de parto Beth y ya no pude porque…, bueno, porque tuve que venir corriendo. Y hoy ya, pues… —contestó. Su esposo se quedó pasmado, sin pestañear ni articular palabra alguna. Se podría decir que hasta estaba en *shock*—. ¿James? ¿Mi amor? —dijo ella.

—Otro hijo… —soltó él sin más—. ¡Otro hijo! —exclamó, haciendo que ella saltase en su sitio del susto.

La cogió en brazos y la alzó al aire, girando con ella y riendo sin parar, rebosante de una felicidad inmensa que creía que ya no

volvería a sentir. Otro hijo, otra vida más que vendría en camino y a la que darle todo el amor que llevaba en su corazón. Otro ser más al que guiar y enseñar.

Su vida no podía ser más plena. Tenía un clan fuerte y temido; una familia que crecía por momentos, y una esposa a la que amaba con toda su alma. Más ya no podía pedirle al cielo. Solo permitirle vivir lo suficiente para ver a sus hijos crecer junto al amor de su vida, su ninfa descarada de ojos esmeralda. Su *Lady* Monfort.

Agradecimientos

Ante todo, quiero agradecer a mis lectoras beta por el esfuerzo de leer y aportar sus anotaciones en tiempo record. Sois geniales, de verdad.

Debo decir que no entraba dentro de mis planes escribir y publicar esta historia tan pronto, pero la vida del autopublicado es dura y, si quiero vivir de esto, tengo que escribir sin parar. Aunque en este caso, mi problema real es el momento y situación personal que estoy viviendo. Cualquier persona sensata me diría que debo parar, descansar y recargar mis baterías para tomar con fuerza mi nueva etapa…, pero no puedo. Así que aquí estoy, escribiendo casi por obligación o me veo pidiéndole al presi alojamiento gratuito en su casa.

Con esta tercera parte, se cierran todas las puertas que se fueron abriendo por el camino de las dos anteriores. Y sí, es el más corto de todos, pero se debe a mi desgaste. Podía haber forzado a escribir más texto de terceras historias, pero no quise. Decidí dejar que la historia hablase ella sola y decidiese qué extensión tener. Solo espero que os guste y haber conseguido transmitiros su esencia. Si no es así, os pido mil disculpas.

Como último favor, me gustaría conocer mejor vuestras opiniones, ya que a veces en Amazon solo figuran las estrellas y no los comentarios. Para ello, os dejo un enlace a una encuesta que es totalmente anónima. Podéis contestar con total libertad y estoy segura de que vuestras respuestas me ayudarán mucho a mejorar y a seguir creciendo en mi carrera profesional.

Gracias por vuestra paciencia infinita y por estar siempre ahí siempre para hacerles un huequito a mis highlanders.

Nos veremos en las próximas historias.

Nessa McDubh

¡Ey! ¡No te vayas todavía!

Si te ha gustado esta novela, te agradecería mucho que la valorases y, si te apetece, me dejas una pequeña reseña. Lo puedes hacer tanto en Amazon como en Goodreads. A mí me ayudaría mucho porque me dará más visibilidad y podré seguir con la creación de más historias.